

NARRAR EL CARIBE

VISIONES HISTÓRICAS DE LA REGIÓN

Laura Muñoz
(coordinadora)



historia
internacional



NARRAR EL CARIBE

VISIONES HISTÓRICAS DE LA REGIÓN

Laura Muñoz
(coordinadora)

historia
internacional

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

CIP INSTITUTO MORA. BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

NOMBRES: Muñoz, Laura, coordinador

TÍTULO: Narrar el Caribe: visiones históricas de la región/ Laura Muñoz, coordinadora;
Pedro L. San Miguel [y otros]

DESCRIPCIÓN: Primera edición electrónica | Ciudad de México : Instituto de
Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2019 | Serie: Colección Historia internacional

PALABRAS CLAVE: Caribe | Historia | Geopolítica | Identidad cultural | Condiciones sociales
|Historiografía|

CLASIFICACIÓN: 972.9 NAR.e | LC F2155 N3

Imagen de portada: Pedro L. San Miguel, *Alegoría histórica caribensis*, Cartagena de Indias,
Colombia, julio de 2017.

Primera edición electrónica, 2019

D. R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,
03730, Ciudad de México
Conozca nuestro catálogo en <www.mora.edu.mx>

ISBN: 978-607-8611-49-2

Hecho en México/*Made in Mexico*

A la memoria de:

Jorge Ibarra (Cuba, 1931-2017)

Fernando Picó (Puerto Rico, 1941-2017)

Emilio Cordero Michel (República Dominicana, 1929-2018)

tres grandes historiadores del Caribe,
tres hombres de compromiso e integridad,
tres hombres buenos.

Cierto es cosa maravillosa considerar que al entendimiento humano, por una parte, no le sea posible percibir y alcanzar la verdad, sin usar de imaginaciones y, por otra, tampoco le sea posible dejar de errar si del todo se va tras la imaginación.

Joseph de Acosta

Esta es la historia de nuestros antepasados tal como nosotros hemos decidido contarla, de manera que, por supuesto, también es nuestra historia.

Salman Rushdie

Pues son en cada doctrina sus principios lo más difícil de razonar; y por ello contienen [...] más de la mitad de la ciencia.

Giambattista Vico

ÍNDICE

Presentación

Laura Muñoz

MIRADAS ENTRECRUZADAS

Consideraciones intempestivas sobre los estudios caribeños

Pedro L. San Miguel

Desde Jamaica con amor

Donají Morales Pérez

GEOPOLÍTICA

El Caribe insular como encrucijada geoestratégica, 1492-2014

Humberto García Muñiz

Una coyuntura, cuatro visiones: la independencia de Haití en los años 1814-1825

Johanna von Grafenstein

[En los límites del imperio, la hermenéutica de la frontera entre la península de Yucatán y Belice en el siglo XVIII](#)

Ana E. Cervera Molina

[Ingenieros y marinos ilustrados en el Caribe neogranadino a finales del siglo XVIII](#)

Antonino Vidal Ortega

[La Cuba imaginada de la restauración española, 1875-1894](#)

Tomás Pérez Vejo

[La guerra de 1898 en el debate antiimperialista estadounidense](#)

María del Rosario Rodríguez Díaz

[El 98 en el ojo de *El Fénix*: una visión desde la prensa](#)

Yaima Rodríguez González

[La faz mediática de la guerra que terminó el siglo XIX en el Caribe: imagen y comunicación visual](#)

Yolanda Wood

[Las elecciones cubanas en 1916 a través de dos “diarios”](#)

Marisa Pérez Domínguez

[Haití ante el espejo del ser: narrativas imperiales de la ocupación militar estadounidense \(1915-1934\)](#)

Melody Fonseca

[El Golfo de México, la segunda guerra y la revista *National Geographic*](#)

Laura Muñoz

[Relatar la incertidumbre: representaciones historiográficas de la guerra fría en Puerto Rico](#)

Manuel R. Rodríguez

[Caribe, territorio e intelectuales en Arturo Morales Carrión](#)

Carlos D. Alta gracia Espada

IDENTIDAD

Entre la tierra y el cielo, entre el cielo y la tierra: apuntes sobre un cuento de Antonio Benítez Rojo

Efraín Barradas

Arrabal propio, paisaje del otro. Visiones estadounidenses en la invención del “Viejo San Juan”, 1938-1958

Jorge L. Lizardi Pollock

Historiografía dominicana

Roberto Cassá

José Vasconcelos en República Dominicana: redes, viajes e intercambios intelectuales

Isabel de León Olivares

Cartografías de la memoria cultural caribeña. Ecorrelatos en la “zona del huracán”

Margaret Shrimpton Masson

Apuntes para unas literaturas del desastre en el Caribe insular

Margarita Aurora Vargas Canales

Identidad en movimiento: la experiencia narrativa de la migración en dos cuentos puertorriqueños

Daniel Can Caballero

LAS RESISTENCIAS DE LOS SUBALTERNOS

Lo indígena “dominicano”: ideología y representación

Elissa L. Lister

Fragmentación y descolonización en la narrativa de Erna Brodber

Nair María Anaya Ferreira

[Amar y morir en la tierra del mambí](#)

José Abreu Cardet

[Créditos de las imágenes](#)

PRESENTACIÓN

Este libro se inscribe en la conmemoración de los quince años del proyecto El Caribe: Visiones Históricas de la Región. Desde entonces, se ha logrado consolidar un grupo de trabajo integrado por investigadores de diferentes disciplinas y provenientes de diversos centros de investigación y universidades nacionales, de la región vecina y aun de un área mayor, pero que coinciden en el objetivo de entender mejor al Caribe, a sus sociedades, sus políticas, su historia, su cultura, su evolución económico-social. Los diversos temas abordados en el seminario, que inició en 2002, dan cuenta de esta preocupación; y los trabajos que ofrecemos en este volumen, la persistencia de aquellos temas que siguen guiando la investigación.

La mayoría de las investigaciones desarrolladas se enmarcan, si atendemos a lo sugerido por Pedro L. San Miguel acerca de las “visiones del Caribe”, en uno de cuatro metarrelatos: la geopolítica, los dilemas de los procesos económicos, la identidad y las resistencias. Quizá, todos inmersos en un relato mayor: el de la dualidad de “civilización y barbarie” en sus diferentes manifestaciones. Según el primero de tales metarrelatos, el Caribe se concibe como un espacio definido fundamentalmente por fuerzas geopolíticas. La segunda de esas metanarraciones sostiene que la economía ha tenido aún más un papel determinante en los imaginarios sobre el Caribe. En el tercero –que gira alrededor de las identidades–, el color, la etnicidad o los orígenes nacionales actúa como factores cardinales en la configuración

de las interpretaciones sobre el Caribe. Finalmente, las resistencias, en particular de los subalternos, remite a las formas de oposición a los sectores dominantes y a las estructuras de poder –sobre todo el colonialismo–, que históricamente han operado en la región.

Los trabajos presentados y discutidos en el marco del seminario permanente del proyecto se convirtieron en libros de autor, en capítulos en libros colectivos o en artículos publicados en revistas de circulación internacional. Como grupo, hemos publicado números especiales en *Secuencia*, en la *Revista Mexicana del Caribe*, en la *Revista Brasileira do Caribe* y dos libros colectivos. El primero de ellos, *Caribe imaginado. Visiones y representaciones de la región*, fue una coedición del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y el Instituto Mora, coordinado por Rosario Rodríguez y Laura Muñoz en 2009. El segundo es una colección de textos reunidos en *Guerras informales en el Caribe. Algunos casos de estudio*, coordinado por Rosario Rodríguez y José Abreu, bajo el sello de la Universidad Michoacana y el Instituto de Historia de Cuba, y publicado en 2017. Este libro es resultado de la formación, dentro del proyecto, de un nuevo grupo interesado en particular en estudiar las diferentes manifestaciones y características de las guerras irregulares en el Caribe. Están en preparación un segundo volumen con el tema de las guerras informales y, otro más, acerca de las narraciones del Caribe.

Los diferentes trabajos presentados en estos años, tanto en el seminario como en las publicaciones, muestran las tendencias en la investigación sobre la región caribeña, el predominio de ciertos temas, aquellos que se ponen “de moda”, pero, también, evidencian las ausencias y los silencios, vacíos que también revelan los intereses de los caribeñistas. En *Narrar el Caribe. Visiones históricas de la región*, por ejemplo, no hay ningún trabajo dedicado a temas económicos; en cambio, es evidente que de los tres metarrelatos incluidos, el de la geopolítica está presente en un mayor número de colaboraciones. Hubiera sido deseable que las secciones fueran más equilibradas; sin embargo, el que no lo sean muestra hacia dónde van los intereses de la investigación. Una composición diferente resulta si revisamos cada uno de los programas del seminario, en el amplio periodo

que va de la colonia al siglo **xxi**, en los que están presentes los distintos Caribes y el uso de perspectivas diversas que incluyen la política, la literatura, la historiografía, la música y la economía.

En cuanto a la definición de Caribe, para algunos colegas, y por los temas escogidos, el Caribe es una cadena de islas, para otros es una cuenca. Estas concepciones están presentes en los trabajos que forman este volumen. Estos corresponden a visiones que se adscriben a un metarrelato o que comparten o incluyen más de uno. Los dos primeros textos ofrecen miradas a la forma en que se ha narrado el Caribe. Pedro L. San Miguel deconstruye ejemplos de esos metarrelatos a partir de libros publicados recientemente. Donají Morales ejemplifica con su trabajo la compleja red de herramientas y disciplinas que se conjugan para analizar la historia del Caribe. A propósito de Ian Fleming, como creador, desde Jamaica, de las aventuras de su personaje, James Bond, evidencia la intervención –entre otros elementos– de historia, novela, cine, geopolítica, competencia espacial, estereotipos, espionaje. Ambos son reflexiones cuyas miradas cruzan metarrelatos, y por ello las ubicamos en una sección denominada “Miradas entrecruzadas”, que en su título se refiere a esa particularidad.

A continuación, se reúnen trabajos presentados, en su mayoría, en el seminario realizado en 2016, algún otro que fue expuesto en primera versión en el seminario y más tarde en eventos de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, y uno más que fue publicado en proyectos editoriales allende la región. También se incluyeron dos intervenciones en seminarios previos, transcritos para este libro por su vigencia y para mostrar el interés que tenemos en la historiografía como línea de investigación, así como en las interpretaciones globales para entender el desarrollo de la región. Se trata, respectivamente, de los textos de Roberto Cassá y de Humberto García Muñiz. El de este último ya establece claramente que “el cambio climático es, a mediano o largo plazos, la amenaza principal a la seguridad nacional de los países insulares caribeños y no se visualiza hasta ahora una respuesta de mitigación como región, a pesar de que cualquier otra amenaza pierde vigencia ante ella”. Y en los meses recientes hemos atestiguado los embates de la naturaleza sobre la región y para cuya

prevención o respuesta adecuada el primer ministro de Santa Lucía, Allan Chastenet, afirma que “no tenemos tiempo”.¹

La sección de “Geopolítica” está formada por trece textos que cubren un amplio periodo en el que identificamos dos temas privilegiados: el 98 hispanoamericano y la guerra fría. Hay miradas imperiales, como las que estudian Johanna von Grafenstein, Ana Elvira Cervera, Antonino Vidal, Melody Fonseca y Tomás Perez Vejo, pero también miradas geopolíticas desde la perspectiva local, como los autores haitianos analizados también por Johanna von Grafenstein; los actores y políticos estadounidenses a los que hace referencia Rosario Rodríguez, o incluso el testimonio, recuperado por Marisa Pérez sobre Federico Gamboa exiliado en Cuba, sobre dos proyectos políticos propuestos para la isla. Las fuentes utilizadas fueron múltiples: mapas, caricaturas, pinturas, libros de viajeros, revistas, diarios personales o discursos de intelectuales. En cuanto al periodo de la llamada guerra fría, las colaboraciones de Manuel Rodríguez y de Carlos Altagracia develan las diversas representaciones que han realizado connotados intelectuales de la región.

Siete investigadores participan en la sección dedicada al metarrelato alrededor de las identidades. Predominan las miradas desde la literatura que se refieren a diferentes elementos sobre los que se construyen las identidades caribeñas, como los textos de Margaret Shrimpton y Margarita Vargas sobre los fenómenos naturales o la migración en el de Daniel Can Caballero, o las propuestas de sus intelectuales –el caso de Antonio Benítez Rojo– en el de Efraín Barradas. Llama la atención en la exposición de Jorge Lizardi el uso de fotografías tomadas por fotógrafos extranjeros, “sujetos imperiales”, que son los constructores de imágenes de la ciudad de San Juan, y de la isla de Puerto Rico en general, retratos que hoy son reconocidos como sellos de identidad.

Finalmente, la última sección, dedicada a la resistencia de los subalternos, está formada por tres trabajos que sostienen sendos discursos en los que se manifiestan las resistencias de actores caribeños. En el primero, las narrativas de la historia dominicana acerca de los grupos indígenas constituyen un espacio en el que Elissa Lister analiza las interacciones entre ideologías y representaciones desde una perspectiva

descolonizadora. Nair Anaya escribe en torno a la propuesta de Erna Brodber para ver la historia de la región, y José Abreu sobre el amor y el papel de las mujeres en las guerras del Caribe.

Como en otros libros colectivos, puede ser que el lector perciba en esta antología cierta falta de uniformidad en la madurez y los alcances de los textos. Ha sido uno de los objetivos centrales del seminario, reflejado en las publicaciones que hemos hecho como grupo, aunar el trabajo, la reflexión y los aportes de investigadores con larga experiencia a los de alumnos que inician su carrera. Estoy segura de que todos contribuyen al debate iniciado hace varias décadas en el intento por aprehender a la región.

Antes de cerrar estas líneas, quiero agradecer infinitamente a Alma Patricia Montiel Rogel, Estefanía Sara Mijangos y Jakeline Castelán Segovia por el prolijo trabajo que hicieron para formar el libro; fueron horas interminables en las que nunca faltó la disposición, la responsabilidad, la idea de que “¿no somos un equipo?” y el buen ánimo. Un reconocimiento aparte se merece Donají Morales Pérez por la rapidez y eficiencia en su auxilio, pero también por su conocimiento, ya sea por su cultura amplia que aportó mucho al diseño de este libro como por su conocimiento particular en el ámbito editorial, por su destreza en lo general en los detalles y, de manera específica, por ofrecer siempre una mirada ocurrente que hace una delicia trabajar con ella.

Queda abierta la invitación para que el lector confirme o modifique la propuesta de división, que ofrezca elementos que aporten a una crítica historiográfica y metodológica, pero, sobre todo, queda abierta la invitación a pensar si hay otros metarrelatos que nos ayuden a comprender mejor la región caribeña.

Laura Muñoz

NOTAS

- ¹ Allan Chastanet, “Small Island Developing States (SIDS), Climate Change and New Development Imperatives”, *Cátedra Matías Romero*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 24 de octubre de 2017.

MIRADAS ENTRECruzADAS

CONSIDERACIONES INTEMPESTIVAS SOBRE LOS ESTUDIOS CARIBEÑOS*

Pedro L. San Miguel

A Gabriela “Gaby” Pulido, mi exotista favorita.

“[...] we are facing, not mistakes, but devices”.

Fabian, *Time and the Other*, 2002, p. 32.

ISLAS, ALTERIDADES Y SUJETOS HISTÓRICOS

Desde las “utopías del Renacimiento” hasta los imaginarios turísticos y las representaciones geográficas e iconográficas contemporáneas, las concepciones acerca de los mundos tropicales e insulares poseen un potente asidero en las nociones que acerca de las islas antillanas emergieron a raíz de aquel colosal extravío de Cristóbal Colón, descarrío que lo condujo a un ignoto archipiélago “colocado en el mismo trayecto del sol”.¹ A partir de entonces, las islas adquirieron un aura especial: se convirtieron en espacios particularmente adecuados para la escenificación de tramas ficcionales u

objetivistas de variada tesitura; han fungido incluso como prosenarios de obras que intentan plantear dilemas de la vida moderna.² Ya concebidas como paraísos perdidos o en vías de extinción –por tanto, como reductos de la inocencia y del “buen salvaje”–, ya como guaridas de bárbaros e infames –caníbales, piratas, contrabandistas y conspiradores de toda laya, entre otros–, las islas, en general, y las caribeñas en particular han desempeñado una multiplicidad de funciones simbólicas.

Reconocidas y estudiadas con frecuencia en los ámbitos de la literatura y las artes, ha sido menos usual que las funciones simbólicas, alegóricas, metafóricas o hasta míticas desempeñadas por los espacios insulares hayan sido exploradas en obras de pretensiones científicas, como las investigaciones históricas. También hay una carencia de indagaciones acerca de cómo dichas obras han construido los agentes que fungen como protagonistas de sus interpretaciones y narraciones. Tales cuestiones, estoy seguro, serán percibidas por no pocas personas como irrelevantes, incluso como otros de los descarríos motivados por las malhadadas influencias de figuras como Hayden White, Michael Foucault o algún otro de los gurús de la “posmodernidad”. A mí, por el contrario, dichos asuntos me parecen de suprema importancia ya que remiten a cómo se conciben y forjan esos sujetos que cumplen, en los relatos objetivistas, la función de los personajes en una obra de ficción. Y por descontado que sin protagonistas, sean estos los que sean, no hay narración posible ya que todos los relatos –incluidos los históricos– requieren un mínimo de condiciones, entre ellas una trama y unos actores o personajes que encarnen, interpreten o ejecuten lo que sucede, que es precisamente lo que se expone en una obra histórica.

En lo que a los argumentos y las tramas se refiere, en otro trabajo realicé una propuesta acerca de los que considero los “metarrelatos” de la historiografía caribeña, a saber: 1) la geopolítica, originada en esas “miradas imperiales” que históricamente han oteado al Caribe con la intención de imponer su dominio; 2) el subdesarrollo, la dependencia o el atraso económico, de donde se deriva la obsesión con las economías monoproducidas y con el paradigma de la plantación como sustrato de las sociedades caribeñas; 3) la identidad, percibida ya desde una perspectiva nacional, étnico-racial, de clase o de género; y 4) las resistencias de los

subalternos, concepción que fue marginal en los orígenes de la historiografía caribeña, pero que en las décadas recientes ha ocupado un papel protagónico en esta producción intelectual.³ Ese texto previo sirve como telón de fondo del que presento ahora, en el que examino obras que, a mi entender, muestran varias de las tendencias actuales de eso que ha pasado a denominarse “estudios del Caribe”. El conjunto de obras analizadas es limitado; se circunscribe a una terna de libros que ejemplifican formulaciones conceptuales, modalidades argumentativas, corrientes heurísticas e interpretativas, e incluso estilos discursivos. Por ende, este ejercicio está muy lejos de ser exhaustivo. Pretende, ante todo, provocar la reflexión y la discusión acerca de un campo de estudio repleto de trampas y celadas, las que, la mayoría de las veces, son soslayadas o ni siquiera ponderadas. El resultado es un ámbito del conocimiento que se ha ampliado de forma palpable durante las últimas décadas, que ha generado incluso obras notables, pero en el cual predomina una ausencia de reflexión crítica en torno a cómo se ha constituido dicho campo del saber, acerca de cuáles son sus artilugios, o de cuáles son sus estrategias de representación y de simbolización de eso que conocemos como *el Caribe y lo caribeño*.

THE EMPIRES STRIKE BACK, O EL CARIBE COMO GOLEM IMPERIAL

May the Force be with you!

Lema Jedi, Star Wars.

El Caribe ha sido una de las regiones del globo que más intensamente ha padecido la impronta de las grandes potencias mundiales. Debido a ello, existe una corriente intelectual que subraya las repercusiones que han tenido esos poderes en el Caribe. Enraizada en concepciones provenientes de la geopolítica –y entreverada con frecuencia con corrientes ideológicas como el antiimperialismo, el latinoamericanismo, el caribeñismo o el tercermundismo–, tal corriente concibe la historia como una virtual

expresión o encarnación de las voluntades de los imperios, los que procediendo cual implacables deidades habrían trazado de forma irrevocable el destino del Caribe. Debido a que esta elaboración se presta para efectuar condenas morales, resulta frecuente en aquellas construcciones de la historia encauzadas a reprobar las gestiones de los poderes imperiales –del español al estadounidense– que han irrumpido en el Caribe.⁴ En relatos lastimeros como estos, las sociedades subordinadas cuentan con una sola opción: la rebelión. Así que este tipo de narración es común entre los intelectuales de la izquierda radical, quienes elaboran relatos de connotaciones morales en los cuales se escenifica un aciago combate entre los poderes mundiales y las sociedades que pugnan por liberarse de su opresión.

Dicha forma de construir la historia caribeña no es exclusiva de esos grupos ideológicos. La visión del Caribe como un espacio cuya historia ha sido forjada, esencialmente, por las fuerzas imperiales también se puede localizar en obras alejadas de tales posturas, como evidencia el libro de Luis Martínez-Fernández, *Torn between Empires: Economy, Society, and Patterns of Political Thought in the Hispanic Caribbean, 1840-1878*,⁵ un medido estudio que brinda una perspectiva comparativa sobre las Antillas hispanoparlantes en el siglo XIX, resaltando las transformaciones que vivieron estas sociedades entre las décadas de 1840 y 1870. En esos años, entre Cuba, Santo Domingo/República Dominicana y Puerto Rico existían diferencias significativas en lo que respecta a sus estructuras económicas, sociales y políticas. Cuba era a la sazón una gran productora de azúcar y contaba con una abultada población esclava.⁶ Puerto Rico también tenía un sector económico azucarero, aunque distaba de poseer la capacidad productiva de la Antilla mayor, y su población esclava ni remotamente alcanzaba las altas cuotas de Cuba.⁷ Santo Domingo/República Dominicana, finalmente, era una sociedad esencialmente campesina, en la cual prevalecían la agricultura de subsistencia combinada con una producción mercantil de pequeña escala y una ganadería extensiva de magra productividad.⁸ Así que, pese a sus vínculos históricos, desde fines del siglo XVIII las estructuras económico-sociales de estos tres países

comenzaron a diferenciarse y sus destinos divergieron de maneras palpables.

Pero eso era así sólo en la superficie, arguye Martínez-Fernández: había portentosas fuerzas externas que dictaban los destinos de ese trío de países, logrando que sus trayectorias confluyeran en torno a patrones que, pese a las apariencias, eran esencialmente similares. Según este autor, hacia mediados del siglo XIX, de manera inexorable, los tres países antillanos gravitaron hacia la órbita estadounidense. Sin duda, uno de los méritos de la obra de Martínez-Fernández estriba en que reintrodujo la geopolítica en la historiografía del Caribe; lo efectuó cuando en ella imperaban otros temas y asuntos, como el de las identidades y las resistencias subalternas. Asimismo, esta obra aborda una diversidad de cuestiones de gran relevancia en la historia caribeña: las relaciones raciales, el abolicionismo, el anexionismo y el antianexionismo, el conservadurismo, el liberalismo, el separatismo y el caudillismo son puntualmente escrutados y discutidos. De tal suerte, el autor recoge en ella esa miríada de corrientes sociales y políticas que, de formas complejas y contradictorias, desempeñaron papeles cruciales en los procesos históricos de las sociedades antillanas.

Mas, al hacerlo, Martínez-Fernández intenta demostrar cómo esas tendencias respondían a las crecientes polarizaciones entre los imperios en la zona del Caribe. Lo que implicaría que, en última instancia, las causas determinantes de los procesos históricos serían las externas, las que emanan de las potencias imperiales. El Caribe sería, según tal tipo de concepción – aludiendo al lenguaje teatral –, mero escenario, un virtual decorado en el cual se encontrarían y coludirían impulsos, fuerzas y agentes foráneos que terminarían sometiendo a su voluntad a los nativos, transformados, en virtud de esas influencias externas, en simples marionetas o títeres. Como en *La Ilíada*, en la cual los destinos de los héroes griegos y troyanos son ineluctablemente decretados por unas egocéntricas y volubles divinidades, en relatos como el propuesto por Martínez-Fernández las venturas y las desventuras de las sociedades caribeñas son fijadas por voluntades forasteras, virtualmente suprahumanas, que dictaminan albures y porvenires.

Concentrados principalmente en las políticas, los intereses y los conflictos de las naciones imperiales y en sus reverberaciones en el Caribe, el énfasis de autores como este estriba en rastrear esos Grandes Diseños. A tono con esta concepción, en la obra de Martínez-Fernández los imperios contraatacan, historiográficamente, con particular virulencia. En consecuencia, las “fuerzas imperiales” del Atlántico Norte –sobre todo Estados Unidos– hacen que empalidezcan los procesos internos de las sociedades caribeñas, luciendo como meros “reflejos” (Martínez-Fernández *dixit*) de los Grandes Diseños. Esto es así aunque sea dable pensar que las luchas, las resistencias y las respuestas –incluyendo los “fracasos”– de las sociedades caribeñas han repercutido sobre los diseños imperiales, alterando de alguna forma tales designios.⁹ Después de todo, como se ha alegado, la hegemonía es una relación dinámica, un espacio en disputa, un “campo de fuerza” político y cultural que se define históricamente con base en las relaciones entre los diversos grupos y sectores que pugnan por ocupar un ámbito de poder.¹⁰

Con todo, *Torn between Empires* adopta una interpretación en la cual las sociedades y los pueblos del Caribe, en sí mismos, aportan escasamente a su propio devenir. Reaccionando involuntariamente a estímulos provenientes del exterior, los sujetos locales terminan convertidos en mero reparto cuando no en puro escenario o en telón de fondo, en entes anónimos y hasta indeterminados que finalmente inciden poco sobre los procesos históricos. Se puede argüir que tal concepción responde al clima de confrontación y a los paradigmas intelectuales y políticos derivados de la guerra fría, uno de los cuales estribaba, precisamente, en que determinados países y regiones del globo –América Latina y el Caribe, por ejemplo– constituían simples tableros en los cuales las potencias mundiales –sobre todo Estados Unidos y la urss–, cual jugadores de ajedrez, se enfrentaban para dirimir sus conflictos y discordias. De ahí se deriva la concepción de que el Caribe es, en esencia, una zona sobre la cual las grandes potencias ejercen sus influencias y sus artes –buenas o malas–. Irónicamente, en obras que adoptan esta visión los verdaderos protagonistas no son ni el Caribe ni los caribeños, sino los poderes imperiales, las naciones dominantes, las potencias mundiales, las fuerzas externas. Cumplen puntualmente tales

obras el *dictum* de que en las historias de la modernidad el personaje central siempre es Occidente –el capitalismo, el imperio y todo lo que estos conceptos representen–. Insuflados de vida, artificialmente, por los poderes imperiales, los habitantes de la región caribeña actuarían, por ende, no como agentes históricos autónomos, con perspectivas y dilemas propios, sino cual Golem, como criaturas carentes de voluntad, impulsadas únicamente por las pasiones y las determinaciones de sus inapelables explotadores, amos y hacedores.¹¹

EL CARIBE ENTRE EL “CHOQUE DE CIVILIZACIONES” CALIBÁN, MAQUIAVELO Y EL CRUZADO

Es dudoso que jamás se haya saboreado lo que es helénico o se saboree ese néctar dorado con tanto disfrute como entre los helenos moribundos.

Nietzsche, *Humano demasiado humano*.

La forma en que Martínez-Fernández concibe el Caribe –en esencia: un destino marcado por conflictos, choques y enfrentamientos– no es exclusiva de la historia política ni de la geopolítica; la misma se puede encontrar en obras de facturas muy diferentes. Puede apreciarse incluso en obras que estudian la historia cultural. Tal es el caso de *An Intellectual History of the Caribbean* de Silvio Torres-Saillant, en la cual el autor pretende “articular una nueva ‘teoría’ sobre la historia, la cultura y el destino del Caribe”.¹² A tono con este ambicioso designio –casi milenarista–, Torres-Saillant rompe lanzas contra el canon intelectual occidental, que, según él, ha “difamado” al Caribe y a sus habitantes. Ante esta injuria, el autor reivindica la existencia de un “discurso caribeño”, compuesto por las diversas respuestas de los intelectuales de la región a esa “difamación perpetrada por Occidente”.¹³ Hay, pues, hachas que amolar.

Esto, por supuesto, no es nocivo en sí mismo. El problema estriba en la forma en que se construye esta peculiar historia intelectual del Caribe, centrada en esa “difamación” de la que Occidente es culpable, y en la

manera en que son delimitados sus “protagonistas” principales. Torres-Saillant construye dos grandes antagonistas: el infamante discurso occidental y el “discurso caribeño”, orientado este último a desagraviar, redimir, vengar, resarcir y corregir los ultrajes, las maledicencias, los insultos, las injurias y las calumnias producidos por el primero. Se trata, en fin, de una disputa entre entidades tajantemente delimitadas, entre categorías dicotómicas duras: Occidente/el Caribe (lo que vale tanto como el Imperio del Mal/las Fuerzas del Bien). Seguramente, alguien como Samuel Huntington, el profeta del Armagedón producido por el “choque de civilizaciones”, se sentiría muy complacido con esta manera de concebir la historia.¹⁴ Que es como aceptar que en estas nuestras tierras tropicales podría desatarse una versión antillana del “choque de civilizaciones”. Lo que dejaría al letrado caribeño en la muy comprometedora posición de tener que transmutarse en un cruzado o en un *yihadista*.

Elaborados de tal manera, los conceptos centrales en torno a los cuales Torres-Saillant erige su interpretación pierden buena parte de su capacidad para dar cuenta de la evolución intelectual del Caribe –o, para el caso, de explicar adecuadamente cualquier otro aspecto de su historia–. Esto se debe, sobre todo, a que las suyas son categorías construidas desde una moral absoluta, por lo que las obras y los autores analizados en este libro son valorados con base en su coincidencia o su divergencia con dicha moral. Al enfatizar categorías puras, incontaminadas, impolutas se desvirtúa la historicidad de los procesos sociales y, por ende, del pensamiento y de la historia intelectual. La labor interpretativa de Torres-Saillant parte de lo que Alejandro Grimson ha denominado una “metafísica trascendental de la identidad”,¹⁵ por lo que está más cercana a las exégesis religiosas, fundadas en la constatación en la vida de un Texto Sagrado, de una Palabra que enuncia una Verdad prefijada y que estipula de antemano condenas y absoluciones.

A mi modo de ver, una historia intelectual del Caribe debe ponderar, incluso, cómo los imaginarios y las nociones producidas por los intelectuales de la región han rearticulado, resignificado o reestructurado concepciones emanadas de los centros metropolitanos –amén, por supuesto, de elaborar concepciones autóctonas–. ¿Cuánto de los conceptos de los

intelectuales caribeños acerca de la identidad, la nación, las “razas”, la historia, la modernidad, el “atraso”, el subdesarrollo o la geopolítica –para mencionar sólo unos cuantos ejemplos– se debe o entronca con nociones formuladas por “Occidente”? ¿Las nociones mismas de “Caribe”, “Antillas” u “Occidente” que manejamos los intelectuales caribeños –incluso las que emplea el propio Torres-Saillant–, no son, fundamentalmente, invenciones o elaboraciones occidentales? ¿Dónde estriba, entonces, la pureza conceptual, dónde se traza el límite o la frontera; cómo, en un ámbito tan híbrido como el Caribe, se pueden deslindar de manera categórica los campos semánticos y conceptuales entre “lo caribeño” y “lo occidental”? ¿Cuál es la esencia de ese ser llamado Caribe? ¿Quiénes actuarán como “guardias fronterizos conceptuales”, capaces de atajar lo tráfuga, lo escurridizo, incluso a los “rayanos”, a esos que ocupan los límites culturales y que operan desde ellos? ¿No conlleva todo esto una suerte de *yihadismo* intelectual, un integristismo conceptual que, como todo fundamentalismo, puede desembocar en las más burdas simplificaciones e, incluso, en un terrorismo discursivo?

Según Torres-Saillant, los letrados caribeños tienen una especie de misión, encaminada a “reeducar el imaginario caribeño” y a “rehabilitar a Calibán”.¹⁶ Mas, ¿no implica esto que los intelectuales deben fungir como tutores de los señores y las señoras del poder con el fin de enmendar sus errores, de evitar que vuelvan a cometer esos actos de felonía que han conducido a los “jefes” y las “jefas” a defraudar perennemente las esperanzas de los caribeños? De ser así, esta propuesta acerca de Calibán, que arranca con Shakespeare, culminaría en Maquiavelo, ese lúcido y –este sí– difamado intelectual renacentista que anheló precisamente eso: ser consejero del Príncipe. (Aunque, en propiedad, en el Caribe el letrado sería consejero, guía, tutor o asesor del señor presidente, del ministro, del gobernador colonial o del comandante en jefe.) Sobre este rol asignado a los intelectuales –que no es sino otra versión de la “quimera del Rey Filósofo”–¹⁷ se pueden suscitar legítimas dudas debido a la relación que ha existido en el Caribe entre los letrados y el poder, relación en la cual usualmente este último, como Saturno, termina comiéndose a sus vástagos, los quijotescos intelectuales que creen que pueden enmendar las malas mañas, las arterías,

los ardides, las maquinaciones, las trapacerías y los artilugios del poder y de quienes lo detentan.¹⁸

En definitiva, varias de las posiciones de Torres-Saillant resultan harto cuestionables; lo es, ante todo, la manera en que concibe la historia intelectual del Caribe, construida a partir de categorías dicotómicas, inflexibles y esencialistas. De tal forma, el Caribe opera como una categoría moral, lapidaria, cuasi religiosa, por lo que termina convertido en una “geografía ontológica”.¹⁹ Esto es una forma de reduccionismo conceptual agudizado debido a la manera en que Torres-Saillant concibe al intelectual caribeño, el que queda marcado por un exclusivo designio: actuar como cancerbero de la identidad. Por otro lado, este indómito vigilante es modelado a partir de un ejemplar intelectual, esculpido en la alegada trayectoria del propio autor. Ergo, el sino del letrado caribeño es trazado a partir del destino al que parecería aspirar dicho autor/protagonista: ser tutor, preceptor o consejero del Príncipe. Ante tal hado, me brota a mí también la emblemática frase del escritor dominicano Andrés L. Mateo: “¡Oh, Dios!”

LA SEDUCCIÓN DEL EXOTISMO

Exoticism is willingly “tropical”.

Segalen, *Essay on Exoticism*.

En tanto siempre se refiere a una alteridad, a un Otro que no somos nosotros debido a la distancia temporal (y hasta espacial) que de él nos separa, toda reconstrucción del pasado –sugirió Victor Segalen– es, en última instancia, exotista.²⁰ Esta es una de las aporías del conocimiento histórico: invariablemente, pretende reconstruir las experiencias y hasta las vidas de unos seres humanos que son diferentes a nosotros. Pese a ello, los historiadores nos adjudicamos la presuntuosa tarea de referir cuáles eran sus faenas, qué hacían durante su ocio, qué anhelaban, qué y cómo soñaban, a quiénes y cómo amaban, o dónde residían sus temores y sus aprensiones.²¹ Del exotismo, pues, no consigue evadirse ningún historiador –incluyo, por

supuesto, a las historiadoras–, empeñados como estamos en ofrecer elucubraciones, disquisiciones y reflexiones acerca de eso que impávidamente llamamos *el pasado*. Todos –y todas– somos culpables de *leso* exotismo. Mas reconocernos entre los culpables y los réprobos no debe perturbarnos, ni provocarnos el llanto y los lamentos, mucho menos movernos a la flagelación, la penitencia o la expiación. Debería, más bien, incitarnos a reflexionar acerca de nuestras prácticas heurísticas, epistemológicas y discursivas. Esto también es asumir posiciones políticas ya que remite a nuestro poder –es decir, al de los letrados– sobre los sujetos cuyas vidas escrutamos y que discursivamente representamos.

El fenómeno que refiero –el de intelectuales, académicos, escritores y artistas que elaboran representaciones acerca de regiones extrañas, de alteridades sociales y culturales– es harto común. No obstante, acostumbrados a contemplar imágenes inusitadas, extraordinarias o asombrosas en las obras de arte, o a leer acerca de seres y lugares fantásticos, extravagantes e inverosímiles en las obras literarias, suele resultar más bien difícil concebir que las investigaciones académicas puedan, también, estar henchidas de exotismo.²² Pero ¿no fue eso, en esencia, lo que estudió Edward Said en *Orientalism*, obra en la cual escruta cómo varias de las figuras intelectuales y académicas más destacadas de Europa occidental concibieron lugares, sociedades y culturas como entidades exóticas, como conjuntos de extrañezas de toda laya?²³ Según Segalen, el exotismo es inducido por lo que trasciende nuestra cotidianidad, por todo aquello que resulta ajeno a nuestra “tonalidad mental” habitual.²⁴ En la visión del escritor francés, el “sentido de lo exótico” es un impulso esencialmente positivo, una fuerza de atracción y hasta un sentimiento de empatía que induce a quien lo experimenta a apreciar lo que queda fuera de su ámbito cultural. El verdadero exota –apunta Segalen– puede apreciar intensamente a China sin sentirse compelido ni forzado a transmutarse en chino.²⁵ No obstante, el exotismo no se circunscribe a paladear, aquilatar o valorar lo positivo, noble o bello de otras culturas ya que –parafraseando a Gabriel Weisz– “la sensación de lo exótico encaja tanto [...] en el ‘placer’ provocado por lo sublime [como] en el ‘terror’”.²⁶ Es decir, el exotismo puede girar no en torno a lo noble, lo bello o lo sublime de una sociedad o

una cultura, sino a lo horrible, lo bárbaro, lo salvaje o lo atroz que ellas puedan contener. Los monstruos, los engendros, las quimeras y los ogros pueden seducir tanto como las sirenas, las hadas, los elfos y los unicornios.

El Caribe no será el Oriente –es decir, no tendrá la extrañeza que a este se le adscribe–, aunque también se le suele caracterizar como una región saturada de rarezas, extravagancias, maravillas y portentos. Ya como hábitat de figuras y situaciones monstruosas, execrables, grotescas o repulsivas, ya como ámbito de lo sublime, lo paradisiaco, lo noble y lo seductor, el Caribe puede, al igual que el Oriente, ser representado en obras objetivistas –como las históricas, las sociológicas o las antropológicas– cual un espacio en el que imperan la rareza, lo peculiar y lo anómalo, cuando no lo estrambótico y lo funambulesco. De tal suerte, en muchas obras académicas –esas que proclaman que son una fiel transcripción de la “realidad real”, que ostentadamente vocean que no son fábula, ni mito, ni ficción– el Caribe termina siendo, también, un lugar “real maravilloso” en el cual sus habitantes actúan impulsados por el “realismo mágico” que alegadamente permea sus vidas.²⁷

Como muestra, remito a la obra de Lauren Derby *The Dictator's Seduction...*. En este libro, la autora se aboca a escudriñar las fuentes más profundas del poder político en República Dominicana entre 1930 y 1961, cuando en este país existió un régimen que, como pocos en América, alcanzó dimensiones totalitarias, encabezado por Rafael Leónidas Trujillo. La originalidad de Derby radica en que hurga en cómo los *imaginarios populares* contribuyeron a sostener y a enraizar el totalitarismo trujillista. Tal propuesta resulta novedosa en el contexto dominicano, si bien remite a la añeja noción de que, en última instancia, los pueblos tienen los gobiernos que se merecen; o al menos aquellos cuya cultura hace factible. Gracias a los elementos de la cultura popular por ella escrutados, la omnipresencia de Trujillo en la sociedad y el territorio dominicanos se convirtió en un “mito central del Estado”; dicha omnipresencia terminó transustanciando al tirano en un símbolo de la identidad nacional.²⁸ En suma, el argumento central de Derby gira en torno a cómo la cultura popular propició la existencia de un régimen despótico, haciendo de Trujillo una especie de poderoso hechicero, capaz de mantener bajo su embrujo a toda una nación. Esta concepción va a

contrapelo de buena parte de la literatura más reciente acerca de la subalternidad, que parte de la premisa de que la cultura popular está definida, en esencia, por estrategias de resistencia al poder. El estudio de Derby, por el contrario, resalta cómo la cultura popular dominicana abonó el terreno a la tiranía trujillista.

Conceptualmente, Derby se nutre de un abarcador espectro de nociones, obras y teorías antropológicas, principalmente de aquellas que destacan las dimensiones “mágicas”, arcanas y esotéricas del poder. Aparentemente, muchas de esas obras y teorías se refieren a sociedades preestatales, sobre todo de África. No obstante, los conceptos derivados de ellas son empleados por la autora sin tomar en consideración si tales principios pueden ser aplicados a una sociedad como la dominicana entre 1930 y 1960. Al respecto, puede resultar problemática la utilización de nociones provenientes del estudio de sociedades “premodernas” al análisis de sociedades como la dominicana en esos años –por muy “atrasada”, “subdesarrollada”, “premoderna” o hasta “primitiva” que fuese esta–. Más aún: el estudio de Derby parece arrancar de la premisa de que esas diversas sociedades comparten un mismo “primitivismo”, por lo que resalta las dimensiones míticas, fetichistas y “mágicas” del poder. Doy por descontado que, debido a los fuertes vínculos culturales del Caribe con África, resulte pertinente recurrir a obras sobre este continente para estudiar a la región caribeña. Pero ese tránsito debe estar mediado por una ponderación cuidadosa y con rigor; y esto conlleva tener presente los riesgos y las dificultades que ello implica. De otra forma, podríamos caer en la falacia de que todo es conmensurable con todo, que toda realidad es comparable con cualquiera otra; por ende, a obviar o menospreciar las especificidades, las singularidades, aquello que distingue a unas sociedades y culturas de otras; en fin, a construir lo “humano” como una abstracción que, como todas, no existe en ninguna parte ni en ninguna época. Esto, por cierto, también puede desembocar en alguna de las variantes del exotismo, entre ellas el utopismo radical, preñado usualmente de visiones románticas sobre el “primitivo” –entre quienes se encontrarían los proletarios modernos y hasta los estudiantes y los jóvenes de las sociedades altamente desarrolladas.²⁹

Hago una aclaración crucial: las representaciones que elaboramos los mismos caribeños acerca de la región, sus gentes, sus sociedades y sus culturas no están exentas de exotismo. Contra ello no existe un antídoto infalible, por lo que, a mi juicio, sólo queda seguir la propuesta de Michel de Certeau y volvernos más reflexivos acerca del “lugar” –identitario, discursivo, ético, político, institucional– desde el cual realizamos nuestras construcciones sobre la realidad y el pasado.³⁰ Esto, por supuesto, tampoco garantiza la objetividad, la integridad o la imparcialidad de nuestras elaboraciones intelectuales. Pero al menos brinda la posibilidad de relativizar tales elucubraciones, de admitir su contingencia, incluso de asumir que la extrañeza del Otro y el exotismo que percibimos “allá afuera” no son sino proyecciones nuestras; una especie de avatar de lo que verdaderamente somos o de eso que creemos ser –que nuestras identidades también son imaginarios y figuraciones–. Este autorreconocimiento puede estremecernos y hasta aterrarnos; pero también podría –como ha propuesto Mauricio Tenorio Trillo siguiendo a Edmundo O’Gorman– propiciar nuestras “carcajadas del porvenir”.³¹ Y esto último quizá nos aproxime a la sabiduría. También puede ser un antídoto contra la soberbia intelectual de quienes pretenden –autocráticamente– convertir sus criterios en los únicos legítimos en el complejo y denso mundo del conocimiento.

CODA: CARIBEÑISMO Y DESTINOS INTELECTUALES

While experiencing China profoundly, I have never had the desire to be Chinese.

Segalen, *Essay on Exoticism*.

El Caribe admite fórmulas, representaciones y encarnaciones múltiples y variadas. Cabe figurarlo, por ejemplo, como una comarca cuya existencia y evolución histórica son determinadas por las potencias foráneas, las que, alegadamente, lo habrían constituido y moldeado como entidad social, política y cultural. En no pocos relatos acerca de la región, esas fuerzas externas son concebidas como fenómenos naturales que regularmente inciden

sobre ella, llegando a definir así sus rasgos más distintivos. Ya de forma manifiesta, ya de manera velada, en obras de tal índole el Caribe es esbozado como una creación, una realidad engendrada por unos hacedores externos que, luego de haber fabricado a su criatura, continúan obstinadamente moldeando y marcando sus comportamientos. Percibido usualmente como víctima de sus artífices –cruels demiurgos que castigan a su retoño–, el destino del Caribe queda prefijado de manera indeleble. Sólo de manera excepcional alguno de sus miembros logra escapar –no sin pasar grandes tribulaciones y sufrimientos inenarrables– de ese hado retorcido al cual habría sido sometido por sus demiurgos y creadores. Victimizado de tal manera, ¿qué pueden hacer los países y las sociedades caribeñas para quebrar ese nefasto destino, si hasta los intentos por romper sus cadenas acaban atándolos a un nuevo poder que, como deidad insidiosa al fin, termina sometiéndolos a análogas desventuras? Es esta, en definitiva, una concepción determinista de la historia en la cual las colectividades y los humanos aparecen no como forjadores de su existencia, de su suceder en el tiempo, sino como entes que, aunque posean una historia, son incapaces de “hacer historia”.³² Tal manera de concebir al Caribe acaba, en última instancia, suscribiendo una visión eurocéntrica de la historia ya que en ese tipo de relato lo que prima son los hechos de las grandes potencias, de las europeas primero, y luego de sus herederas históricas.

Debido al carácter determinista de tal interpretación, ¿cabe algún otro papel al letrado sino el de convertirse en simple cronista de las desgracias colectivas, en mero rapsoda –un Homero moderno– consagrado a deplorar las crueldades perpetradas por sus hacedores contra sus inermes criaturas? No parecería ser este el caso si adoptase una actitud militante como la prescrita por Torres-Saillant: podría fungir, entonces, como un caballero andante, un cruzado o hasta un *yihadista* intelectual, pronto a esgrimir su lanza o cimitarra retóricas en contra de aquellos pérfidos y arteros discursos que agreden, injurian o mancillan al Caribe. Pese a las diferencias entre las posiciones de Martínez-Fernández y Torres-Saillant –que sin duda las hay–, ambas concepciones comparten la percepción de que el Caribe está subordinado a fuerzas externas. Sin embargo, Torres-Saillant arguye que existen sujetos activos –los intelectuales caribeños– que combaten y

contrarrestan a esos elementos foráneos –las discursivas occidentales– que mancillan a la región. De tal suerte, los letrados son sometidos a conscripción con el fin de desempeñar un perentorio mandato: el de actuar como guardianes o defensores del Origen –ello pese a la diversidad de criterios y de posiciones políticas e ideológicas existentes entre los heterogéneos componentes de la *ciudad letrada* caribeña.³³

Siguiendo a Roger Bartra, se puede afirmar que el argumento de Torres-Saillant constituye un “planteamiento ecológico” ya que se sustenta en la defensa de un territorio amenazado –en este caso por Occidente, término que podría ser sustituido por colonialismo, capitalismo, imperialismo, globalización o alguna otra categoría que remita a las fuerzas externas que han acechado a la región caribeña, cebándose en ella–. La protección brindada por los intelectuales al Caribe constituiría –citando nuevamente a Bartra– una “exaltación relativista del vínculo territorial”, por lo cual las “raíces de la verdad [...] se hunden en un territorio preciso”. El resultado es un fundamentalismo identitario, una cultura “atada [...] al territorio sagrado” –el Caribe–, que termina fungiendo como justificación para emitir *fatwas* intelectuales y discursivas. En lo que a los letrados respecta, su “creatividad individual es atada a fidelidades esenciales”, definidas a partir de criterios eminentemente geográficos o territoriales. Y esto, para seguir con Bartra, constituye un “retorno atávico a los modos más primitivos de sensibilidad” y, en consecuencia, a las formas más elementales y toscas de estipular la función del intelectual.³⁴ Concebido de tal manera, el intelectual caribeño y *caribeñista* –que es quien se erige en salvaguardia de esta identidad– queda hermanado con ese otro Cid Campeador identitario que es el *indigenista*, “quien a través de la referencia a lo indígena” –si bien resulta que usualmente él *no* es indígena– “se construye un alma, una tarea divina, un pasado glorioso, un apostolado, una esperanza, una patria”.³⁵ Tanto el *indigenista* como el *caribeñista* elaboran imaginarios en los cuales acechan amenazas por doquier, las que deben ser encaradas por esos quijotescos paladines que luchan esforzadamente –bolígrafo, computadora u otro instrumento de escritura de por medio– contra ogros, gigantes y malandrines de toda jaez, que con frecuencia sólo son molinos de viento.

Pero, ¿cuánto de tales elaboraciones y figuraciones parten de una infantilización de los pueblos y de las gentes del Caribe, de humanos que serían incapaces, por sí mismos, de adelantar sus propias agendas sociales y políticas? ¿Cuánto de tales imaginarios no son sino adaptaciones de esos mitos según los cuales una humanidad o un territorio irredentos esperan por unos imprescindibles salvadores, libertadores o protectores? Mas –¡ay!– resulta que en el Caribe no lejos del redentor se encuentran, agazapados o camuflados, el autócrata, el opresor o el caudillo. Por ello, lejos de constituir una categoría moral virtuosa e intachable –como implicaría la propuesta de Torres-Saillant–, el letrado ha existido con frecuencia, no enfrentado a él, sino maridado o amancebado con el poder. Dada esa condición, ¿cómo podrían los intelectuales cumplir una función protectora o redentora? ¿Cómo ejercer esa labor si, como sector, en esencia, conviven en amasiato con el poder y con los mandamases, sean estos encorbatados, ceremoniosos y pomposos señores presidentes, aguerridos e histriónicos comandantes en jefe de atuendo militar, enguayabados gobernadores coloniales, u otoñales patriarcas grotescamente enfundados en coloridos uniformes deportivos? Porque el caso es que la tramposa predisposición a “hablar por el Otro”, a asumir –sin mandato expreso– su representación, constituye una de las aporías de la función intelectual. Entre otras secuelas, esa pretensión –en el Caribe y en todas partes– sustenta, más que impugna, los fundamentos ideológicos y éticos de la autoridad, de forma que el letrado, con más frecuencia de la esperada, termina siendo otro de los artilugios del poder, uno más de sus hologramas, cuando no otro de sus secuaces y lacayos.³⁶

De las obras comentadas se desprende otro destino posible para los intelectuales caribeños y caribeñistas: el desempeñarse como indagadores, descubridores, coleccionistas y compiladores de las excentricidades, las rarezas, las particularidades y las idiosincrasias que, supuestamente, son distintivas de la región y de sus habitantes. Convertidos, pues, en recolectores de extrañezas y de comportamientos inusitados o pintorescos, en tales obras el Caribe y sus “nativos” son figurados como fantásticos, portentosos, maravillosos, perturbadores y hasta mágicos. Es decir, lo que se destaca de la región y de sus pobladores son sus elementos *exóticos*, si

bien dicha cualidad se desprende del punto de observación del investigador o intelectual: lo “extraño” que este percibe se fundamenta en la ausencia de familiaridad con los comportamientos y las prácticas observadas. Porque, como indica Segalen, el exotismo es, en gran medida, producto de la falta de contacto y de conocimiento con las otras sociedades y culturas; cuando lo Otro se vuelve cotidiano y familiar, se desvanece o debilita la “sensación de lo exótico”.³⁷

El exotismo es, en todo caso, uno de los signos más perdurables e indelebles en las figuraciones, las representaciones y los imaginarios acerca del Caribe. Los inauguró –como muchas otras cosas referentes a América– el almirante Cristóbal Colón, quien elaboró la primera interpretación occidental acerca del Nuevo Mundo³⁸ –término este que, en sí mismo, está cargado de denotaciones exotistas–. Así, al exotismo podemos encontrarlo en obras que pretenden explicar los procesos políticos en el Caribe –cual el libro de Derby que he comentado–, como en una pléyade de obras referidas a sus prácticas sociales y culturales. Por ejemplo, me parece que no pocas de la reciente retahíla de obras que exploran aspectos como la llamada *cultura popular* o determinadas prácticas de los habitantes del Caribe –la música, el baile, las fiestas, los carnavales, la gastronomía e incluso la sexualidad– irradian una buena dosis de exotismo. En virtud de esa “sensación de lo exótico”, el Caribe aparece en muchas obras como un espacio en el cual predomina lo lúdico, lo gozoso, el placer, el gusto, la fruición y el deleite. Y si bien en algunas de esas obras se argumenta que los usos sociales y culturales estudiados encierran o expresan formas de “resistencia” ante las prácticas hegemónicas –sean estas económicas, sociales, políticas, étnico-raciales, de género, musicales, gastronómicas o erótico-sexuales–, lo cierto es que, directa o indirectamente, dichos estudios terminan acreditando la concepción –colonialista en sus orígenes– de que el Caribe es una región signada por su exotismo. Vistas en conjunto, tales obras constituyen una versión académica de aquellos “gabinetes de curiosidades” que, en los inicios de la época moderna, fungían como muestrarios de especímenes o rarezas en general provenientes de esos Nuevos Mundos que Europa se encontraba en proceso de “descubrir”, explorar o conquistar.³⁹ En esos gabinetes se mostraba cuanta sabandija,

vegetal o fenómeno natural se reputara como inverosímil, novedoso, insólito, anómalo o extravagante; en las obras académicas aludidas se exhiben –con similar pasmo, fascinación y embeleso– peculiaridades e idiosincrasias sociales y culturales. El resultado es un abigarrado lienzo que, remedando a la obra pictórica del Bosco, constituye al Caribe como un tórrido, soleado y lúdico *jardín de las delicias*.

Existe, sin embargo, una diferencia crucial entre la propensión al asombro ante lo exótico de los naturalistas de los inicios de la época moderna y, por otro lado, la fascinación de los caribeñistas contemporáneos ante la región y las sociedades que constituyen su objeto de observación y estudio. En el primer caso –el de los naturalistas de los siglos XVI-XVIII–, se trataba principalmente de europeos que, en efecto, se encontraron con una variedad de Nuevos Mundos, con unos recónditos territorios de ultramar que, desde la óptica europea, contenían un sinfín de elementos naturales, sociales y culturales desconocidos y sorprendentes.⁴⁰ Para los asombrados europeos de entonces, resulta comprensible que clasificaran a las ananás con base en la similitud de esa fruta con la flor del pino y que, por ende, fueran designadas por ellos como *piñas*. Pero el caso es que, en la actualidad, muchas de las obras sobre el Caribe en las cuales aflora el exotismo son elaboraciones de letrados caribeños, es decir, de nativos de la región o de quienes se reputan a sí mismos como tales –pienso, por ejemplo, en los escritores, los académicos y los artistas de origen caribeño nacidos o criados en Europa o Estados Unidos y que operan desde esos centros “imperiales”–. En consecuencia, el exotismo que en la actualidad permea los estudios caribeños no se deriva exclusivamente de las “miradas imperiales” de los intelectuales fuereños. El mismo existe también –y en no poca medida– en las representaciones que elaboramos los caribeños acerca de nuestra región de origen. Incluso, florece amparado en doctrinas como el multiculturalismo y el relativismo cultural, por lo que en ciertas obras producidas por los intelectuales del Caribe la cultura termina transmutada en una “coartada pintoresca”.⁴¹ El resultado es la reificación de los Otros –los sujetos subalternos, coloniales, étnicos, sexuales, musicales, gastronómicos, deportivos, etc.– y la adopción de posturas acríticas y celebratorias ante ellos y sus prácticas sociales y culturales, así como ante

sus comportamientos y pseudonarrativas (esto de “pseudo” se deriva de que los relatos que supuestamente significan y caracterizan a los Otros son elaborados por los intelectuales, no por los sujetos subalternos mismos. Lo que en esencia ocurre es que el letrado se apropia de esas vidas para manifestar, a través de ellas, sus propias ansiedades, anhelos y utopías).

El exotismo entre los intelectuales caribeños no es totalmente inédito. Cuenta con antecedentes históricos entre los letrados que inauguraron el “patriotismo criollo” en las antillas, por lo que un escrutinio medianamente riguroso podría evidenciar que entre las primeras camadas de intelectuales de la región existían dosis significativas de exotismo, evidente, por ejemplo, en sus descripciones y representaciones de “lo local”, de las costumbres, de los “tipos” humanos, en fin, de “lo pintoresco”. No obstante, entre ellos el pintoresquismo fue con frecuencia un artilugio, desempeñando un rol irónico: tras sus usuales viñetas –pictóricas o escritas– de escenas y personajes antillanos, solía parapetarse un enfoque crítico, nutrido por un proyecto civilizatorio que concebía al “color local” como emblema de la barbarie, el atraso, la rusticidad y la incultura. Como muestras, remito a obras emblemáticas del siglo XIX puertorriqueño, como *El gíbaro* (1849), de Manuel Alonso, y la pintura *El velorio* (1893), de Francisco Oller. En ambos casos, pese a constituir representaciones de escenas locales, son, en el fondo, pungentes críticas –en las que se mezclan la sátira, la ironía, el sarcasmo y el humor– a prácticas sociales y culturales –incluso de los sectores subalternos– que los autores reputaban como cuestionables o reprochables. Es decir, para letrados como esos, el “color local” era una estrategia discursiva, un camuflaje o parapeto cuya finalidad era ofrecer perspectivas críticas sobre la realidad social. No había alabanza, glorificación ni exaltación.⁴²

El panorama ha cambiado de manera sustancial. Ahora el “color local”, lo subalterno y lo popular han adquirido rango de nobleza: y el Caribe, pese a su larga historia de explotación, opresión y sufrimiento, se ha convertido en un “mundo posible” de una alteridad tropical que parece prometer una vía de “salvación ontológica”. Y es que, como ha señalado Weisz, el exotismo también puede actuar como una “medicina espiritual”.⁴³ Para una parte sustancial de la ciudad letrada caribeña, lo subalterno y lo popular se

han trocado en las fuentes principales –o hasta en las únicas– de las identidades nacionales y regionales, razón por la cual sus manifestaciones son encumbradas y glorificadas por dichos intelectuales y artistas: ahora no son lo que habría que abandonar, transformar o rechazar, sino lo que se debería adoptar, encomiar y, sobre todo, celebrar. En épocas previas, los letrados del Caribe aspiraban a que los sujetos populares y subalternos se transfiguraran de manera que terminaran asemejándose a los primeros, ilustrados cabecillas que actuarían como sus guías, dirigentes y regentes. Ahora el anhelo se ha invertido y se espera, por el contrario, que el letrado se transforme, si no en un semejante a él, por lo menos en un avatar del subalterno o del sujeto popular. Pero este designio, por noble que pueda lucir, ¿no implica que el letrado terminaría fabricando –entre rumbas, descargas salseras, consumo de fritangas a granel, y celebraciones de carnaval y de todo tipo de festival– una nueva versión de aquellos coloridos y folclóricos “cuadros de costumbres” que en épocas pretéritas solían elaborar los escritores y los artistas románticos? En el pasado, las prácticas populares y subalternas se condenaban de manera perentoria; en el presente, por el contrario, se les suele celebrar, exaltar y reverenciar de forma irrestricta. En ambos casos se conciben “lo popular” y “lo subalterno” como categorías absolutas que no admiten matizaciones. Construidas de tal forma, de poco sirven para brindar perspectivas críticas sobre la realidad, incluso de aquellos elementos que afectan de manera especial a dichos sectores sociales. Así fabricados y concebidos, tales conceptos no son sino expresiones de la nociva disposición a construir al Otro como un ente exótico –ya condenable, ya loable– en virtud de su diferencia.

Pero, ¿no encubre ello –pese a enunciarse en clave rumbera, populachera y chinchorrera– un *Weltanschauung*, una visión de mundo eminentemente señorial y colonialista? En efecto, tras estas nuevas versiones de exotismo no puedo dejar de vislumbrar el espectro, la presencia fantasmática de los antiguos mayores –fusta en mano–, los esclavistas, los hacendados vestidos de dril, los mandones funcionarios coloniales, los afectados poetastros criollistas, y los mañosos licenciados tropicales impecablemente engalanados con sus guayaberas y sus patriarcales sombreros panamá.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Aramayo, Roberto R., *La quimera del rey filósofo: los dilemas del poder, o el frustrado idilio entre la ética y lo político*, Madrid, Taurus, 1997.
- Arnold, David, *La naturaleza como problema histórico: El medio, la cultura y la expansión de Europa*, trad. Roberto Elier, México, FCE, 2001.
- Bartosik-Vélez, Elise, *The Legacy of Christopher Columbus in the Americas: New Nations and a Transatlantic Discourse of Empire*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2014.
- Bartra, Roger, *Territorios del terror y la otredad*, México, FCE, 2013.
- Bitterli, Urs, *Los “salvajes” y los “civilizados”: El encuentro de Europa y Ultramar*, trad. Pablo Sorozábal, México, FCE, 1998.
- Carpentier, Alejo, *El reino de este mundo*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1984.
- Carpentier, Alejo, *Ensayos selectos*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 2007.
- Carrillo Castillo, Jesús María, *Naturaleza e imperio: La representación del mundo natural en la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Madrid, Fundación Carolina/Ediciones Doce Calles, 2004.
- Célestin, Roger, *From Cannibals to Radicals: Figures and Limits of Exoticism*, Minneapolis/Londres, University of Minnesota Press, 1996.
- Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, México, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, 1993.
- Derby, Lauren, *The Dictator's Seduction: Politics and the Popular Imagination in the Era of Trujillo*, Durham, Londres, Duke University Press, 2009.
- Derby, Lauren, “Who is Exotic? Local Knowledge and the Problem of Translation”, *A Contracorriente: Una Revista de Historia Social y Literatura de América Latina* (revista digital), vol. 8, núm. 2, 2011, pp. 291-297.
- Fabian, Johannes, *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*, Nueva York, Columbia University Press, 2002.
- Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1973.
- García Márquez, Gabriel, *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1971.
- González, José Luis, *El país de cuatro pisos y otros ensayos*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1989.
- González Alcantud, José A., *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1989.
- Grimson, Alejandro, *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011.
- Hodgen, Margaret T., *Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1971.
- Hulme, Peter, *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*, Londres, Methuen, 1986.
- Huntington, Samuel P., *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996.
- Joseph, Gilbert M. y Daniel Nugent (comps.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994.

- Lewis, Gordon K., *The Growth of the Modern West Indies*, Nueva York/Londres, Monthly Review Press, 1968.
- Lewis, Gordon K., *Main Currents in Caribbean Thought: The Historical Evolution of Caribbean Society in Its Ideological Aspects, 1492-1900*, Baltimore/Londres, Johns Hopkins University Press, 1987.
- Lewis, Gordon K., *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean*, introd. Anthony Maingot, Kingston, Ian Randle Publishers, 2004.
- Martínez-Fernández, Luis, *Revolutionary Cuba: A History*, Gainesville, University Press of Florida, 2014.
- Martínez-Fernández, Luis, *Torn between Empires: Economy, Society, and Patterns of Political Thought in the Hispanic Caribbean, 1840-1878*, Athens, University of Georgia Press, 1994.
- Meyrink, Gustav, *El Golem*, México, Grupo Editorial Tomo, 2013.
- Moreno Fraginals, Manuel, *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, 3 vols.
- Moreno Fraginals, Manuel, "Plantations in the Caribbean: Cuba, Puerto Rico, and the Dominican Republic in the Late Nineteenth Century" en Manuel Moreno Fraginals, Frank Moya Pons y Stanley L. Engerman (comps.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985, pp. 3-21.
- Muñoz, Laura, *Fotografía imperial, escenarios tropicales: Las representaciones del Caribe en la revista National Geographic*, México, Instituto Mora/El Colegio de Michoacán, 2014.
- Nietzsche, Friedrich, *Humano, demasiado humano: Un libro para espíritus libres*, Madrid, Mestas Ediciones, 2014.
- Picó, Fernando, *Amargo café: Los pequeños y medianos caficultores de Utuado en la segunda mitad del siglo XIX*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1981.
- Picó, Fernando, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX (Los jornaleros utuadeños en vísperas del auge del café)*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1983.
- Rabasa, José, *Inventing America: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*, Norman, Londres, University of Oklahoma Press, 1993.
- Rodríguez, Ileana, *Transatlantic Topographies: Islands, Highlands, Jungles*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2004.
- Rodríguez Vallés, Nora L., "Imágenes para fomentar el turismo: Puerto Rico durante la primera mitad del siglo XX", tesis doctoral, Departamento de Historia-Universidad de Puerto Rico-Río Piedras, 2012.
- Said, Edward, *Orientalism*, Nueva York, Vintage, 1979 [edición en español. De Bolsillo, Madrid, 2002].
- San Miguel, Pedro L., "Reseña de *Torn between Empires*, de Luis Martínez Fernández", *American Historical Review*, vol. 101, núm. 1, 1996, pp. 268-269.
- San Miguel, Pedro L., *El pasado relegado: estudios sobre la historia agraria dominicana*, Santo Domingo, Librería La Trinitaria/FLACSO/Decanato de Estudios Graduados e Investigación-UPR, 1999.
- San Miguel, Pedro L., *Los desvaríos de Ti Noel: ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*, San Juan, Ediciones Vértigo, 2004.
- San Miguel, Pedro L., "Intelectuales, sociedad y poder en las Antillas hispanohablantes" en Pedro L. San Miguel, *Los desvaríos de Ti Noel: ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*, San Juan, Ediciones Vértigo, 2004, pp. 101-124.
- San Miguel, Pedro L., "Falsos (además de confusos) comienzos de una digresión sobre historia y antropología" en Pedro L. San Miguel, *Los desvaríos de Ti Noel: ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*, San Juan, Ediciones Vértigo, 2004, pp. 139-174.

- San Miguel, Pedro L., “Reseña de *México descalzo: estrategias de sobrevivencia frente a la modernidad liberal*, de Romana Falcón”, *Historia Mexicana*, vol. LIII, núm. 4, 2004, pp. 1025-1032.
- San Miguel, Pedro L., “Reseña de *An Intellectual History of the Caribbean*, de Silvio Torres-Saillant”, *Caribbean Studies*, vol. 35, núm. 1, 2007, pp. 262-268.
- San Miguel, Pedro L., “La seducción del exotismo: Política e historia en la época posmoderna”, *A Contracorriente: Una Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, vol. 8, núm. 2, 2011, pp. 282-290, en <<http://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/429>>.
- San Miguel, Pedro L., “Sobre el subalterno, su conocimiento (local o global), su ‘traductor’ y el exotismo”, *A Contracorriente: Una Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, vol. 8, núm. 2, 2011, pp. 298-310, en <<http://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/431>>.
- San Miguel, Pedro L., *Los campesinos del Cibao: economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*, Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2012.
- San Miguel, Pedro L., *Crónicas de un embrujo: Ensayos sobre historia y cultura del Caribe hispano*, San Juan, Ediciones Callejón, 2016.
- San Miguel, Pedro L., “Visiones históricas del Caribe: Entre la mirada imperial y las resistencias de los subalternos” en Pedro L. San Miguel, *Crónicas de un embrujo: Ensayos sobre historia y cultura del Caribe hispano*, San Juan, Ediciones Callejón, 2016, pp. 29-76.
- Scarano, Francisco A., *Sugar and Slavery in Puerto Rico: The Plantation Economy of Ponce, 1800-1850*, Madison, University of Wisconsin Press, 1984.
- Scarano, Francisco A., “The *Jíbaro* Masquerade and the Subaltern Politics of Creole Identity Formation in Puerto Rico, 1745-1823”, *American Historical Review*, vol. 101, núm. 5, 1996, pp. 1398-1431.
- Segalen, Victor, *Essay on Exoticism: An Aesthetics of Diversity*, Durham/Londres, Duke University Press, 2002.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *De cómo ignorar*, México, CIDE/FCE, 2000.
- Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros: Reflexión sobre la diversidad humana*, México, Siglo XXI Editores, 1991.
- Torres-Saillant, Silvio, *An Intellectual History of the Caribbean*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.
- Utopías del renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- Vargas Llosa, Mario, *García Márquez: historia de un deicidio*, Barcelona, Barral Editores, 2a. ed., 1971.
- Weisz, Gabriel, *Tinta del exotismo: literatura de la otredad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- White, Hayden, *La ficción de la narrativa: Ensayos sobre historia, literatura y teoría, 1957-2007*, Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, 2011.

NOTAS

- * Originalmente, este texto fue presentado como “conferencia magistral” en el XX Congreso Internacional de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, celebrado en Veracruz, México, los días 12-15 de abril de 2015. Agradezco a la AMEC por honrarme con tal distinción.
- [1](#) *Utopías del renacimiento*, 1941; Arnold, *La naturaleza como problema*, 2001, pp. 130-153; Rodríguez, *Transatlantic Topographies*, 2004, pp. 3-30; Rodríguez Vallés, “Imágenes para fomentar”, 2012; y Muñoz, *Fotografía imperial*, 2014. La última frase entrecomillada proviene del poema “Hay un país en el mundo”, del escritor dominicano Pedro Mir.
 - [2](#) Entre ellas, obras históricas, antropológicas, sociológicas y hasta políticas. En este texto, para simplificar, aludiré principalmente a obras históricas, si bien mis planteamientos incluyen a esas otras disciplinas de las ciencias sociales que pretenden generar concepciones e interpretaciones objetivistas, inspiradas en las producidas por las ciencias naturales.
 - [3](#) San Miguel, “Visiones históricas”, 2016.
 - [4](#) En el ámbito latinoamericano en general, un ejemplo extremo de tal tipo de propuesta, en la cual los países o las sociedades sujetas a los imperios figuran como inertes entes sometidos, es la afamada obra del escritor uruguayo Galeano, *Las venas abiertas*, 1973, que en los años setenta del siglo pasado brindó un desgarrador alegato contra los atropellos que los imperios habrían infligido a las sociedades latinoamericanas.
 - [5](#) Martínez-Fernández, *Torn between Empires*, 1994. Mis señalamientos en torno a esta obra retoman, elaboran y amplían los argumentos que esboqué en San Miguel, “Reseña de *Torn between*”, 1996.
 - [6](#) Moreno, *El ingenio: complejo*, 1978, 3 vols., y “Plantations in the Caribbean”, 1985.
 - [7](#) Scarano, *Sugar and Slavery*, 1984; Picó, *Libertad y servidumbre*, 1983, y Picó, *Amargo café*, 1981.
 - [8](#) San Miguel, *Los campesinos del Cibao*, 2012, y San Miguel, *El pasado relegado*, 1999.
 - [9](#) Fue, precisamente, una perspectiva como esta la que inspiró la obra de Gordon Lewis. Véanse Lewis, *Puerto Rico*, 2004; Lewis, *The Growth of the Modern*, 1968, y Lewis, *Main Currents*, 1987.
 - [10](#) Al respecto, véase Joseph y Nugent, *Everyday Forms*, 1994.
 - [11](#) El Golem es una figura legendaria, popular entre los judíos de Europa oriental; era un “hombre artificial”, “un ser autómatas y sin pensamiento”, que adquiriría vida al colocarle “tras sus dientes una mágica cifra numérica”. Meyrink, *El Golem*, 2013, p. 22.
 - [12](#) Torres-Saillant, *An Intellectual History*, 2006, p. 7. Mis comentarios en torno a esta obra retoman y amplifican lo que planteé en San Miguel, “Reseña de *An Intellectual History*”, 2007.
 - [13](#) Torres-Saillant, *An Intellectual History*, 2006, p. 8.
 - [14](#) Huntington, *The Clash of Civilizations*, 1996.
 - [15](#) Grimson, *Los límites de la cultura*, 2011, p. 215.
 - [16](#) Torres-Saillant, *An Intellectual History*, 2006, p. 237.
 - [17](#) Aramayo, *La quimera del rey*, 1997.
 - [18](#) San Miguel, “Intelectuales, sociedad”, 2004.
 - [19](#) Weisz, *Tinta del exotismo*, 2007, p. 44.
 - [20](#) Segalen, *Essay on Exoticism*, 2002, p. 48. Esta sección se fundamenta en un comentario en torno a Derby, *The Dictator’s Seduction*, 2009 (San Miguel, “La seducción del exotismo”, 2011), en la réplica de la autora a dicho comentario (Derby, “Who is Exotic?”, 2011), y en mi subsecuente respuesta (San Miguel, “Sobre el subalterno, su conocimiento”, 2011).
 - [21](#) Sobre el particular: San Miguel, “Falsos (además de confusos)”, 2004.
 - [22](#) González, *El exotismo en las vanguardias*, 1989.
 - [23](#) Said, *Orientalism*, 1979.
 - [24](#) Segalen, *Essay on Exoticism*, 2002, pp. 16, 19-21 y 25.
 - [25](#) *Ibid.*, pp. 49 y 26.

- [26](#) Weisz, *Tinta del exotismo*, 2007, p. 75.
- [27](#) La idea de lo “real maravilloso” está asociada a la figura del escritor cubano Alejo Carpentier –sin duda una de las figuras cumbres de las letras caribeñas–, en especial a su novela *El reino de este mundo*, 1984; por su parte, la noción de “realismo mágico” se vincula principalmente con Gabriel García Márquez, sobre todo con *Cien años*, 1971. Al respecto: Carpentier, *Ensayos selectos*, 2007, pp. 101-154, y Vargas, *García Márquez*, 1971.
- [28](#) Derby, *The Dictator’s Seduction*, 2009, p. 8.
- [29](#) Todorov, *Nosotros y los otros*, 1991, pp. 19 y ss., y Célestin, *Cannibals to Radicals*, 1996.
- [30](#) Certeau, *La escritura de la historia*, 1993.
- [31](#) Tenorio, *De cómo ignorar*, 2000, p. 132.
- [32](#) White, *Ficción de la narrativa*, 2011, p. 556.
- [33](#) Como muestra véase San Miguel, “Intelectuales, sociedad”, 2004.
- [34](#) Bartra, *Territorios del terror*, 2013, pp. 32-38.
- [35](#) Tenorio, *De cómo ignorar*, 2000, p. 29.
- [36](#) San Miguel, “Intelectuales, sociedad”, 2004, y San Miguel, “Reseña de *México descalzo*”, 2004.
- [37](#) Segalen, *Essay on Exoticism*, 2002, pp. 61 y ss.
- [38](#) San Miguel, “Visiones históricas”, 2016, y Bartosik-Vélez, *The Legacy of Christopher*, 2014.
- [39](#) Sobre el particular, véanse: Hodgen, *Early Anthropology*, 1971, y Bitterli, *Los “salvajes” y los “civilizados”*, 1998.
- [40](#) Bitterli, *Los “salvajes” y los “civilizados”*, 1998; Hulme, *Colonial Encounters*, 1986; Rabasa, *Inventing America*, 1993, y Carrillo, *Naturaleza en imperio*, 2004.
- [41](#) Grimson, *Los límites de la cultura*, 2011, p. 210.
- [42](#) Sobre esto, remito a las reflexiones de José Luis González, *El país de cuatro*, 1989, acerca de la literatura puertorriqueña en el siglo XIX. Asimismo, resulta sugerente Scarano, “The *Jíbaro* Masquerade”, 1996.
- [43](#) Weisz, *Tinta del exotismo*, 2007, pp. 23 y 33.

DESDE JAMAICA CON AMOR

Donají Morales Pérez

Con o sin nuestro consentimiento, a cada generación le corresponde un James Bond. Hoy, me resulta difícil ajustar la imagen de agente irresistible en la figura del actor David Niven quien, en su momento, fue considerado todo un seductor –al parecer dentro y fuera de la pantalla–. Si bien, fue en la parodia cinematográfica de *Casino Royale* de 1967 en la que Niven representó el papel de Bond, lo que a la distancia podría aclarar mi reproche. *Casino Royale* es la primera novela de Ian Fleming que, publicada en 1953, protagonizó James Bond, el agente 007 de la MI6 (Military Intelligence, Section 6) del Servicio Secreto de Inteligencia del Reino Unido.

Sobre *Casino Royale* hubo una versión para la televisión en 1954 y una más para cine en 2006 con Daniel Craig como James Bond. Pero fue a raíz de las películas que el actor Pierce Brosnan protagonizó desde 1995 y hasta 2002 que renació la atracción por el espía creado por Fleming, que no sólo se tradujo en objeto de ganancia económica al convertirse en una franquicia, sino de interés académico. En 2007 tuvo lugar el coloquio Historia Cultural y Apuestas Estéticas de una Saga Popular que, organizado por la Biblioteca Nacional de Francia y otras instituciones, reunió a

“sociólogos, semiólogos, antropólogos e historiadores de Europa, Estados Unidos y Canadá, dispuestos a analizar científicamente el fenómeno 007”,¹ aunque en 1965 se había publicado *Il caso Bond*,² obra coordinada por Umberto Eco y Oreste del Buono y en cuya introducción se lee: “Cuando un fenómeno alcanza estas proporciones y da ocasión a interpretaciones tan diversas, constituye sin duda ‘un caso’. Y ‘un caso’ que afecta a una masa tan grande de personas merece ser examinado.”³ Entre los nueve ensayos que forman parte de este libro, el que toca a Umberto Eco “analiza la estructura narrativa de las novelas de Fleming”.⁴

En efecto, en la construcción de este fenómeno o bondismo, como fue llamado en su momento, se sumó el hecho de que en un artículo para la revista *Life*, en marzo de 1961, J. F. Kennedy colocara en la posición número nueve en la lista de sus diez libros favoritos a *From Russia, with Love* (1957) –la quinta novela de la saga escrita por Fleming y que este pensó sería la última–.⁵ Ese mismo año Fleming y Kennedy se habían conocido en Washington; durante su encuentro el escritor había compartido al presidente la clave para deshacerse de Fidel Castro: Estados Unidos debía anunciar que había descubierto que las barbas atraían la radiactividad y que cualquier persona que usase barba podía llegar a ser radiactivo como estéril; siendo la barba la marca registrada del líder cubano, este podía pasar sin ella por alguien cualquiera, luego entonces, en el momento que Castro se afeitara, caería pronto del poder cuando la gente lo viese como una persona ordinaria.⁶ Sugerencia graciosa o absurda que no deja de reconocer a un personaje extraordinario.

Así, el motivo de este trabajo tiene que ver con un dato que me pareció curioso y que se tradujo en un descubrimiento. Debo decir que, pese a todo, no me desanima el coloquio de la Biblioteca Nacional de Francia ni el ensayo de Umberto Eco, por ejemplo, para emprender un acercamiento al legado de Fleming que se inserta en el escenario político y cultural del Caribe; además que no es poca la historiografía producida desde la génesis del agente secreto. En algún momento leí que a lo largo de la década de 1950, Truman Capote –quien, nada extraño, consideraba a Fleming como un terrible escritor–⁷ y otros artistas como Lucian Freud, Graham Greene e incluso el primer ministro Anthony Eden visitaron la casa de Ian Fleming

en la isla de Jamaica.⁸ ¿Quería esto decir que en vez de tomar el té entre las tres y las cinco, Fleming bebía ron y escribía bajo el clima tropical del Caribe? Ahora sé que no era ron sino ginebra y que fumaba 70 cigarros al día en una casa de tres habitaciones que construyó sin alacenas ni agua caliente en el pequeño pueblo de Oracabessa donde pasó sus inviernos y a la que nombró *Goldeneye*.⁹

Como señalé, *Casino Royale* es la historia que inaugura las hazañas del agente 007, pero fue *Dr. No* (1958), la primera que se adaptó al cine (1962) y del conjunto de obras que Fleming creó, una parte de la trama de cuatro de sus novelas y tres cuentos se desarrolla en el Caribe: *Live and Let Die* (Nueva York, Florida y Jamaica), *Dr. No* (Londres, Jamaica y Cayo Cangrejo), *Thunderball* (Sussex, París, Londres, Bahamas y Nassau), *The Man with the Golden Gun* (Londres y Jamaica), “Quantum of Solace” (Bahamas y Bermuda), “For Your Eyes Only” (Jamaica, Londres, Ottawa y Nueva Vermont), y “Octopussy” (Jamaica y montañas Kaiser en Alemania). Por el propio argumento de dichas historias, las películas se filmaron en las islas a que se hace referencia o bien en locaciones que se asemejan al paisaje caribeño como es el caso de *Goldeneye* (1995) que contiene escenas rodadas en Cádiz para simular La Habana, aunque cabe decir que el final de la cinta se muestra como escenario el observatorio de Arecibo en Puerto Rico. En este sentido, resulta interesante lo que ha sucedido a raíz del levantamiento del embargo de Estados Unidos a Cuba y el fenómeno *Habanawood* que ha llevado a la industria fílmica de aquel país a la isla¹⁰ y que una vez más pone de manifiesto que, en definitiva, el cine es el reflejo del contexto histórico que se vive. Volviendo a Kennedy, poco antes de la sanción total del bloqueo solicitó a su jefe de prensa 1 000 puros de la marca Petit Upmann, “un caso de abuso de información privilegiada” a decir de los expertos¹¹ y sugestiva de los nexos que existen más allá de la política.

Así, analizar la imagen del Caribe a través de la obra de Ian Fleming resulta ineludible, y por *default* la de la isla de Jamaica. En 2015, por ejemplo, Matthew Parker publicó *Goldeneye: Where Bond Was Born: Ian Fleming’s Jamaica*,¹² una obra a la que lo condujo una investigación previa sobre los barones del azúcar en esta colonia británica y la de Barbados.¹³

Mi interés, como la secuencia del cañón que abre las películas de Bond, apunta hacia la novela de *Dr. No*, su adaptación al cine y, más allá de la ficción, a otros escenarios a los que en conjunto apenas podré acercarme. Uno es el relacionado, como dije, con el importante papel que desempeña el cine en relación con la historia, la obra de Fleming y las circunstancias en las que este escritor se instaló en Jamaica, es decir: durante el proceso en el que la isla dejó de ser una colonia y se convirtió en una nación independiente –oficialmente en 1962, el mismo año en que se estrenó aquella cinta y tuvo lugar la crisis de los misiles en Cuba–; sin dejar de lado el que lo anterior se inserta en el marco de la guerra fría y, puntualmente, en el de la carrera espacial.

Así, como a cada generación corresponde un James Bond, a cada James Bond le atañe un momento histórico. Por ello la misión del agente 007 de las primeras novelas y en especial la del *Dr. No* fue la de construir una nueva identidad británica, moderna, poscolonial

que emerge en oposición al otro “colonial” que ha regresado a Inglaterra para encontrar un hogar. La relación de Bond con esta nueva identidad invita a reexaminar las estrategias británicas de autodefinición en la era “poscolonial”, las hazañas del 007 continúan empapadas del discurso del “orientalismo”, el cual había colocado al Oriente como algo misterioso, incomprensible y patologizado con el objeto de justificar el imperialismo occidental.¹⁴

De ahí la trascendencia de poseer una licencia para matar que, como se sabe, es una de las principales características que define al personaje. En la novela de la que me ocupo, James Bond llega a Jamaica con el propósito de esclarecer la muerte de Strangways, agente y jefe de estación de la inteligencia británica en Jamaica, que había estado investigando las actividades del Dr. No en una isla de guano llamada Cayo Cangrejo situada entre Jamaica y Cuba. En cuanto aquel llega a Xaymaca –“como la habían denominado los indios arawak, o sea ‘la tierra de los montes y los ríos’”¹⁵ es perseguido por los secuaces del Dr. No para eliminarlo pero al fallar en el intento, el agente 007 ordena a Quarrel, un indígena de la isla de los Caimanes y viejo aliado, que consiga otro coche y busque dos hombres que se asemejen mucho a ellos para que lo conduzcan a Montego Bay y así despistar a sus agresores. Sólo unos días más tarde, a través del *Daily*

Gleaner,¹⁶ Bond se entera que los dos ocupantes del Sunbeam Talbot, matrícula H-2473 han muerto en una carretera entre Spanish Town y Ocho Ríos, así, sin más. A lo largo de la historia Fleming hace referencia a otros lugares de la isla como Stony Hill que hoy se ha convertido en una zona residencial, Puerto María y a una isla Sorpresa que, según parece, representa la isla de Cabarita.

Entre 1953 y 1954, Fleming “había publicado cinco novelas y contaba, sólo en su patria, con un millón doscientos cincuenta mil lectores”.¹⁷ De acuerdo con Cynthia Baron “‘las primeras cinco aventuras habían obtenido sólo respuestas de rutina por parte de los críticos de los periódicos y las revistas, atraídos o repelidos según sus gustos personales’, pero en 1958 con la publicación de *Doctor No*, el alboroto de la crítica respecto a los libros de Bond creció como bola de nieve”.¹⁸ Ese año Jamaica “se convirtió en un país independiente respecto a todos sus asuntos internos [...] Los poderes de veto del gobernador se conservaron pero podrían estimarse sólo bajo el consejo del gabinete”;¹⁹ en tanto, los británicos lidiaban con el hecho de que 500 000 000 de personas de sus antiguas colonias habían adquirido su autonomía (1945-1960).²⁰ La polémica que la novela despertó en su momento radicó en aspectos relacionados con el sexo y lo que algunos calificaron de sadismo y sadomasoquismo dentro de la trama como, por ejemplo, la escena que sucede en un supuesto salón de Kingston llamado The Joy Boat en el que Quarrel tortura a una adepta del Dr. No, a instancias de Bond y después de que esta ha roto un flash contra su rostro:

Quarrel aflojó la presión sobre el brazo derecho de la china, aunque siguió sujetándoselo por la muñeca. Después, le abrió la mano. La miró fijamente a los ojos. Los de él mostraban crueldad.

—Usted me ha señalado, miss. Ahora yo la señalaré a usted.

Levantó la otra mano y cogió el monte de Venus, la suave protuberancia de carne de la palma de la mano bajo el pulgar, y lo empezó a apretar con su propio pulgar y el índice. Bond observó cómo los nudillos de Quarrel se tornaban blancos por la presión que ejercía. La muchacha lanzó un chillido. Golpeó con su mano libre la del pescador y después su rostro. Quarrel sonrió y aumentó la presión. De pronto, soltó a la joven. Esta se puso de pie y se alejó de la mesa [...].

—Aún le dolerá —le explicó a Bond—, cuando yo ya tenga la mejilla cicatrizada. El monte de Venus es una zona estupenda en cualquier mujer. Cuando alguna lo tiene abultado como esa chica, puede asegurarse que es una buena compañera de cama. Lo sabía, ¿verdad capitán?²¹

A lo largo de la novela, el poder del imperio británico –o bien la necesidad de “volver a empaquetar anticuadas mitologías del pasado imperial”²² queda de manifiesto, entre otras cosas, en el racismo. Sin duda, este es uno de los aspectos que ha ocupado a los analistas de la obra de Fleming y hoy basta con asomarse a la red para corroborarlo. No me interesa ahondar en lo particular aunque, en efecto, forma parte de las imágenes que Fleming trazó respecto a Jamaica, pero considero que el ámbito de la percepción es muy complejo y que las descripciones de culturas ajenas tienden a malinterpretarse con facilidad. En todo caso, lo que me interesa es el contexto real que puede extraerse como, por ejemplo, cuando el agente 007 se entrevista con el secretario colonial de la isla y este se refiere a la Federación de las Indias Occidentales que, precisamente, se creó en 1958 y dejó de existir en 1962 con la independencia de Jamaica: “Actualmente sólo piensan en la Federación y en su propia importancia ¡En la autodeterminación! Y ni siquiera saben dirigir un servicio de autobuses ¡Y el problema racial! Mi querido amigo, existe un problema racial mucho mayor entre los jamaicanos de pelo liso y los de pelo rizado que entre yo mismo y mi cocinero negro”.²³ Este fragmento, además, deja asomar el peso del imperialismo en una sociedad que “consideraba la textura del cabello de los europeos como superior frente a la ‘mala’ textura de cabello africano”²⁴ y que hoy permanece vivo.

UN OJO DORADO EN UNA CABEZA DORADA

Para explicar la identidad cambiante de James Bond, Christina A. Clopton recoge, en el marco de las relaciones internacionales, la teoría de Alexander Wendt en la que este explica que los intereses se delimitan en el proceso de la definición de los contextos, los actores –dice Wendt–, “no llevan consigo un portafolio de intereses independiente de su contexto social”,²⁵ de ahí que el personaje no pierda vigencia y las circunstancias que condujeron a Fleming a Jamaica determinaran su legado: el momento presente. La primera novela la escribió en 1953, el mismo año que fue coronada la reina

Isabel II quien, 59 años más tarde, sería escoltada por el agente 007/Daniel Craig para inaugurar los Juegos Olímpicos de Londres. Pero, si bien es cierto que

el ajuste y las dinámicas de las aventuras cambian, así como se altera el entorno cultural, histórico y político en el que Bond opera. Parte del interés de las secuencias de las novelas y las películas se basa en la manera en que estas reflej[an] los cambios en la situación global y el papel que juega la Gran Bretaña dentro de esta. La decadencia y el cambio de rol del mundo británico y la visión del mundo, pueden ser abordados a través de Bond.²⁶

Y el hecho de que Fleming escribiera todas sus historias en Jamaica es parte intrínseca de dicha realidad en la que, además, la presencia de Estados Unidos emerge en la isla y el panorama mundial. De ahí la movilidad del personaje y la importancia de las locaciones que, más allá de un “telón de fondo pasivo”, contribuyen en la “construcción de las fronteras entre el bien y el mal”.²⁷ *Spectre*, la vigésima cuarta película de la franquicia que se filmó en 2015 con escenarios en la Ciudad de México, Londres, Roma y Viena, entre otros, ha sido considerada como la más violenta hasta la fecha; algo muy interesante es que reintroduce al villano Ernst Stavro Blofeld, un personaje recurrente de la saga, fundador y dirigente de SPECTRE,²⁸ una organización criminal de contrainteligencia, terrorismo –un espectro en sí mismo que, por supuesto, aumenta de tamaño conforme evoluciona la saga–, venganza y extorsión que apareció por primera vez en *Thunderball* (1961) y que fue incluida en la película de *Dr. No* pero que en la novela no se menciona. No obstante, el Dr. Julius No es un chino-alemán y Blofeld es un alemán, orígenes que resultan lógicos por el contexto de la posguerra que envuelve a las historias iniciales de Fleming. Aunque, en lo subsiguiente, los soviéticos reemplazarán a los nazis, cabe mencionar que el papel de Blofeld en la película protagonizada por Daniel Craig en dicho año fue interpretado por el actor vienés Christoph Waltz,²⁹ sobre lo cual no tengo noticia de que se despertara controversia alguna, como en su momento y a la distancia han suscitado los personajes de las novelas y sus adaptaciones. Mas, la etnicidad, el racismo –como dije–, así como la deformación física de los villanos que enfrenta el agente 007 son un tema muy estudiado.³⁰

Ahora bien, Ian Fleming nació en Londres en 1908 y murió en Canterbury en 1964. Antes y después de la segunda guerra mundial fue periodista y durante el conflicto trabajó para la inteligencia naval británica. En julio de 1943 fue enviado a Jamaica para obtener información respecto a los submarinos alemanes que operaban en el Caribe, pues “existían fuertes rumores de que Axel Wenner-Gren, el millonario sueco vinculado supuestamente a Hermann Goering, había construido una base submarina secreta en Hog Island, su paradisiaca isla privada cerca de Nassau”³¹ –tal como el Dr. No había adquirido la ficticia isla de Cayo Cangrejo y edificado su centro subterráneo de operaciones–. Al parecer, la decisión de Fleming de vivir en Jamaica fue instantánea y se cristalizó tres años después cuando compró un terreno de 6.1 hectáreas en donde construyó Goldeneye. El nombre de la propiedad derivó de una operación secreta en la que participó y que se planeó para la defensa de Gibraltar (1941-1942), además que resultó en la “feliz coincidencia que Oracabessa significaba ‘Cabeza Dorada’ en español”.³² De acuerdo con Mathew Parker, el espíritu de la isla no sólo influyó en su obra sino que ajustó con la melancólica y un poco maniática personalidad de Fleming.³³



Imagen 1. Ian Fleming y Sean Connery durante la filmación de *Dr. No*, en Jamaica, 1962.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

En 1995, cuando se estrenó *Goldeneye: el regreso del agente 007* (su título en español), habían pasado seis años desde la última entrega (*Licence to Kill*, 1989) debido a problemas legales sobre el control de la serie; por primera vez se trataba de una historia no inspirada en las que Fleming escribió, pero cuyo protagonista se acercaba por mucho al personaje que creó y, no menos importante, recordaba el nombre de la casa que habitó en Jamaica hasta su muerte. Una casa que Bob Marley adquirió en 1976 y hoy opera como hotel boutique, complejo turístico y permanente imán de celebridades como Bill y Hillary Clinton, Jay-Z, Beyoncé, las modelos Kate Moss y Naomi Campbell, la princesa Margarita y el mismo Pierce Brosnan.

Como queda claro, con la adaptación a la gran pantalla de *Dr. No* dio comienzo la serie de películas más larga en la historia del cine. En términos generales se trata de una versión muy fiel a la obra; se filmó casi en su

totalidad en Jamaica y registró una de las escenas más emblemáticas del séptimo arte cuando Ursula Andress emerge del mar con un bikini blanco mientras tararea una canción cuya letra hace referencia a frutos que se cultivan en la isla como el mango, el plátano y la mandarina –u ortanique de donde es originaria–, así como el *ackee* o seso vegetal, la fruta nacional de la isla, y otros productos como el azúcar y el cacao. La canción cuyo título es *Underneath the Mango Tree*, forma parte de la banda sonora original que fue escrita por Monty Norman, autor del tema principal que abre todas las películas de James Bond.³⁴ En la novela, Honeychile Ryder, la Venus que personifica Andress, silba un “calipso quejumbroso” llamado *Marion* que “siempre había sido una de las melodías favoritas de James Bond”.³⁵ Es clara la correlación que Fleming hace del título, pues en 1945 durante los festejos por la victoria sobre Japón (V-J day) en Trinidad y Tobago se hizo muy popular el calipso *Mary Ann*. La letra original acerca de una mujer hipersexual fue modificada y la que conocemos hoy fue compuesta por Roaring Lion (1908-1999),³⁶ uno de los más famosos músicos de ese género; en 1957 Terry Gilkyson & The Easy Riders –bajo el sello de Columbia Records–, The Hilltoppers y Harry Belafonte grabaron el éxito Marianne. Una parte del calipso dice:

All night, all day
Marianne
Down by the seaside, sifting sand
Even little children love Marianne
Down by the seaside, sifting sand
Marianne, oh, Marianne
Oh, won't you marry me
We can have a bamboo hut
And brandy in the tea

Hay otras referencias como las canciones *Don't Touch me Tomato*, un calipso clásico que en su momento también interpretó Josephine Baker (1962), y *Take Her to Jamaica (Where the Rum Comes From)*, un *mento* tradicional –y calipso– que permitirían ahondar en la historia de la música y las bandas de los tambores metálicos en el Caribe a través de la literatura. Asimismo, analizar los vuelos de ida y vuelta de los ritmos jamaicanos entre la isla y Estados Unidos en la época que nació el *rock and roll* deja

asomar un panorama fascinante si recordamos, por ejemplo, que 1957 fue el año en el que Elvis Presley grabó *Jailhouse Rock* que se tradujo en algo más que un *hit*. Sin ninguna duda, este primer acercamiento a la obra de Ian Fleming me ha llevado a descubrir una veta difícil de delimitar.

Pues bien, todo ese intercambio cultural no es sino el reflejo de la globalización que muestra cómo los procesos a nivel mundial “son un recordatorio útil de la naturaleza intensamente interactiva de la sociedad”³⁷ y de la

penetración del poder americano y la autoridad de su cultura moral [que] moldearon la tercera sensibilidad en la isla. El acento de los Estados Unidos en la dominación, durante la posguerra mundial, se dejó sentir en Jamaica. El impacto del poder económico estadounidense fue evidente en las inversiones en el sector turístico, la minería y los bancos. Para la década de 1960, los Estados Unidos habían reemplazado a Gran Bretaña como el mayor socio comercial de la isla y algunos de los más prodigiosos productos estadounidenses de la economía de posguerra encontraron un espacio abierto y generoso en Jamaica, a medida que la política económica abrió las puertas a la importación. Desde luego, los productos americanos importados, sus autos, comida y artículos de lujo, estuvieron de moda en la isla, y los jamaicanos de todas las clases los consumieron cada vez más.³⁸

Uno de los elementos que revela el dominio de Estados Unidos en la contienda mundial y, en este caso, de su preeminencia en la isla de Jamaica, es el personaje de Felix Leiter, un agente de la CIA que trabaja de manera conjunta con James Bond en la defensa de la seguridad internacional y que para los verdaderos fanáticos no resulta ajeno. Si bien Leiter aparece desde *Casino Royale* y en cuatro novelas (aunque renuncia a la CIA a partir de *Live and Let Die*), no lo hace en la de *Dr. No*; tampoco participa en todas las películas, pero en la primera sí, lo cual era necesario para introducir al agente 007 y aquello que lo rodeaba y, en el marco de la interpretación simbólica de los hechos históricos, reconocemos un balance de fuerzas ya que Leiter interviene sólo en pequeños momentos pero siempre, como digo, colaborando con Bond. Así, vemos cómo se desplazan las “fronteras” en la película de 1962 cuando en los primeros minutos Strangways es asesinado frente a su Ford Anglia 105E, un auto manufacturado en el Reino Unido mientras que Bond es conducido desde el aeropuerto por otro de los cómplices de Julius No en un Chevrolet Bel Air 2434, aunque también aparecen vehículos como el coche fúnebre de la A. J. Miller Company, en el

que huyen los homicidas, que evoca los años de la segunda guerra mundial y, desde luego, representa el contraste entre lo decadente y la modernidad.

Como probablemente algunos recuerdan, la escena a la que me refiero, presenta a tres hombres negros que fingen ser ciegos para acercarse a Strangways. La música de fondo es una versión de “Three Blind Mice”,³⁹ una antigua canción de cuna o de cuidado infantil inglesa que, de acuerdo con Cynthia Baron, remite a “los estereotipos raciales y a la imagen del colonizador de lo infantil-‘nativo’ que necesita del control imperial”.⁴⁰ Claro está que la acción puede interpretarse así, sin embargo habría que considerar el hecho de que en 1950, Agatha Christie publicó *Three Blind Mice and Other Stories* que incluye un relato con ese nombre que trata sobre el asesinato que ocurre en una casa de huéspedes que se convierte en una “ratonera” para los inquilinos; sin olvidar, de paso, la influencia que la escritura de Christie tuvo sobre la de Fleming –y este en la adaptación cinematográfica de *Dr. No*.

BLUE MOUNTAINS

Como sabemos, ficticio no quiere decir falso ni verdadero, sino verosímil y cada uno de los elementos acerca de la realidad de la época en la que se escribió la novela permite construir paisajes de la historia de Jamaica. De acuerdo con los estudiosos “las fantásticas guaridas de los villanos son un reflejo de sus planes. El Dr. No tuvo su propia isla en el Caribe, Blofeld sus cuarteles generales en un antiguo volcán en Japón, Hugo Drax construyó una ciudad en el espacio con el propósito de albergar a la siguiente generación de una raza perfecta y la propiedad de Max Zorin era un imponente castillo que recordaba la elegancia del pasado europeo”, lo que en conjunto simboliza que “las guaridas ocultas de los criminales siguen existiendo incluso después de la guerra fría representando la persistencia de una amenaza que opera en secreto”.⁴¹

En el caso de *Dr. No* resulta interesante que cuando Bond y Honeychile Ryder son atrapados por los seguidores de aquel, son conducidos a través de

un pasadizo excavado en la roca de Cayo Cangrejo a una sala de recepción semejante a “las grandes empresas norteamericanas [...] en los altos rascacielos de Nueva York” pero alfombrada con “una gruesa Wilton de color burdeos”,⁴² para después ser atendidos por dos mujeres chinas a la manera de unas anfitrionas quienes los instalan en lo que parecía ser “una *suite* del hotel más moderno de Florida”:

Era un dormitorio de matrimonio encantador y moderno, estilo Miami, con paredes verde oscuro, suelo de caoba muy pulimentado, ocasionales alfombritas blancas y buenos muebles de bambú con tapizado de rosas rojas sobre un fondo blanco. Había una puerta que comunicaba con un cuarto de baño moderno y extremadamente lujoso, con una bañera hundida en el suelo y bidet, y otra que daba a un baño más sobrio [...].⁴³

Aquí vale la pena recordar dos cosas. La primera, brevemente, que la historia del turismo en Florida se remonta hacia finales del siglo XIX, siendo sus recursos naturales lo que le otorgó una identidad propia en comparación con otros destinos que entre las décadas de 1940 a 1960 había “ideado y perfeccionado [su] moderno complejo hotelero y de turismo de masas”;⁴⁴ y la segunda, que la década de 1950 fue definitiva para el desarrollo del turismo en Jamaica, mismo que se inserta en el contexto del huracán Charlie, el desastre más devastador para la isla durante el siglo pasado, que ocurrió en 1951 y condujo “al gobierno colonial a realizar reformas en la infraestructura de Port Royal y sus alrededores”, entre ellas, la construcción del Morgan’s Harbour Hotel and Beach Club.⁴⁵ A ello se aunó el hecho de que en 1955 Abraham Abe Elias Issa, “The father of Jamaican tourism”, ocupaba la presidencia del Jamaican Tourist Board (JTB) y fue bajo su gestión que esta actividad se transformó en la entrada de recursos más importante de la isla.⁴⁶ Si bien durante “el periodo de la posguerra se había advertido un crecimiento en la industria del turismo, y América del Norte – particularmente Estados Unidos– se había convertido en la principal fuente de visitantes a Jamaica”,⁴⁷ de los cuales arribaron 75 000 en 1950.

Lo anterior puede explicar la presencia de Marilyn Monroe y Arthur Miller quienes ese año pasaron ahí su luna de miel, así como el arribo de otros famosos –como Vivien Leigh, Audrey Hepburn, Grace Kelly, Elizabeth Taylor, Richard Burton, entre otros– atraídos, a su vez, por otros

personajes célebres como Errol Flynn quien llegó, incluso antes que Ian Fleming, en 1942, y vivió en una pequeña isla frente a Port Antonio en la costa noreste –otra historia en la que también podría sumergirme que, en esa época, era un importante *banana port* a través de cuyos “muelles se ha[bían] exportado miles de toneladas de plátano, que ahí se estableció uno de los primeros hoteles de turismo y que fue la United Fruit la que impulsó ambas actividades, así como que era considerada la mejor área para el turismo”.⁴⁸ Por último, no podría quedar fuera la “visión y prospectiva” de John Pringle, director de la JTA quien, entre 1963-1967, ayudó a convertir el turismo, de empresa marginal, en una verdadera industria.⁴⁹ Así, cuando en la película, James Bond/Sean Connery llega al aeropuerto de Kingston es posible observar uno de los posters que la JTA diseñó para promocionar el patrimonio cultural y la belleza natural de la isla.

La década de 1950 se muestra entonces como un punto de inflexión en el camino de la construcción nacional y de autodefinición de la isla, en la que a la par del turismo, la extracción de bauxita, una roca compuesta en su mayor parte de aluminio, supuso la otra gran industria de Jamaica. Tal como se lee en el portal del Instituto de Bauxita de Jamaica (JBI), fue durante la década de 1940 que se llevaron a cabo trabajos de exploración y desarrollo en la isla, principalmente por

tres compañías de América del Norte (Alcan, Kaiser y Reynolds) [las cuales] llegaron a la isla para inspeccionar, adquirir tierras de reserva y establecer operaciones. En junio de 1952, Reynolds comenzó la exportación de bauxita desde Ocho Ríos. Kaiser siguió un año más tarde desde Puerto Kaiser en la costa sur. Alcan construyó la primera planta procesadora de aluminio cerca de sus minas en Kirkvine, Manchester y, en ese mismo año, comenzó a embarcar aluminio desde Puerto Esquivel.⁵⁰

Con el desarrollo de la producción comercial de aluminio la isla pasaba por uno de sus mejores momentos y para 1957 se había convertido en el primer productor mundial de bauxita, pero Fleming sustituye como elemento de ficción para *Dr. No* la extracción de guano en Cayo Cangrejo. Sin embargo, hay que señalar que en *Live and Let Die* (1953), su segunda novela, Fleming ya había hecho referencia a los depósitos de dicho mineral. En parte de la trama, Bond llega a Jamaica para acabar con Mr. Big –un agente de SMERSH⁵¹ y líder de un culto vudú–, donde se encuentra por

primera vez con Quarrel y Strangways, quien lo pone en antecedentes muy cercanos a lo real:

Desde 1950 Jamaica se había convertido en un importante y estratégico objetivo, gracias al desarrollo de Metales Reynolds y la Corporación Kaiser de enormes depósitos de bauxita encontrados en la isla. Hasta el momento y en cuanto a Strangways concernía, las actividades en [la Isla] Sorpresa fácilmente podrían tratarse, en caso de guerra, de la construcción de una base de submarinos para un solo hombre, particularmente desde que la bahía Tiburón estaba, algunas millas abajo de la costa, dentro de la ruta seguida por los barcos de Reynolds hacia el nuevo puerto de bauxita en Ocho Ríos.⁵²

Como explica Jeremy Black, el aluminio era importante para la fabricación de aviones y los submarinos para un solo hombre se habían utilizado con gran éxito en el sabotaje de misiones durante la segunda guerra mundial. Es revelador el análisis que Laura Muñoz hace respecto a los artículos de *National Geographic* que aparecieron entre 1952 y 1958 y la imagen del Caribe que proyectó la revista, en particular recupero aquí el título de uno de los que ella refiere: “Jamaica-Hub of the Caribbean, Once a Haunt of Buccaneers, this Ever Summer Isle Lures Vacationists and Prospers from Newly Exploited Aluminium Ore” (1954) que, en el contexto de la visita de la reina Isabel II (1953), nos dice la autora, se anuncia la “tríada que distinguirá a Jamaica entre los lectores [...]: como tierra de bucaneros, de eterna primavera para el disfrute de los vacacionistas y de formidable riqueza mineral”,⁵³ y una muestra es que Fleming concibe a Mr. Big como contrabandista de monedas de oro del siglo XVII recupera de una ensenada llamada Bloody Morgan en Jamaica y dado que a él mismo le interesaba la caza de tesoros.⁵⁴

Pero volviendo a *Dr. No* y la industria del aluminio, es importante mencionar que para representar la guarida de nuestro villano en la película, se eligió el muelle de la mina de bauxita de Reynolds, localizada en la parroquia de Saint Ann (donde, por cierto, nació Bob Marley), el argumento se centró en la carrera espacial. En la novela, la supuesta industria guanera de Julius No, es sólo la fachada de una moderna instalación subterránea desde donde provoca, con el apoyo de los rusos, el desvío de cohetes estadounidenses, maniobra que tiene como objetivo erigir “el centro de espionaje más valioso y con más técnica del mundo”.⁵⁵ Al narrar a Bond la

forma en la que adquirió Cayo Cangrejo y edificó su cuartel –para lo cual contrató chinos negros–⁵⁶, el Dr. No le confiesa que durante catorce años “no había habido ni una nube en el cielo” hasta la que trajo consigo “una ave ridícula llamada espátula rosada”.⁵⁷ Como se sabe, antes de cualquier misión, el agente 007 se reúne con M, jefe del servicio de inteligencia británico del MI6, para recibir órdenes; en la trama este último le explica que una sociedad norteamericana protectora de especies de aves raras –lo cual resulta avanzado–, llamada Audubon, había contactado al embajador inglés en Washington pues se había informado a dicha organización que en Cayo Cangrejo existía una colonia de espátula rosada que hasta hacía poco había estado en peligro de extinción y que antes de la guerra aquella había arrendado una zona del lugar como refugio para las aves y empleado a dos guardianes para custodiar la zona, pero la muerte de uno ellos había detonado la alarma y el interés sobre la isla.

¿A qué voy con esto? A lo largo de la novela, son varias las menciones que Fleming hace de las aves y al conocimiento que de ellas tiene pues las estudió a profundidad y, como se sabe, tomó el nombre de James Bond de un ornitólogo que en 1936 publicó un libro titulado *Birds Of The West Indies*. En algún momento el autor declaró: “Escribí cada uno de los thrillers de Bond aquí, con la celosía cerrada a mi alrededor, así, para no ser distraído por las aves y las flores y el sol afuera[...] ¿Estos libros habrían nacido si yo no hubiese estado viviendo en el magnífico vacío de unas vacaciones en Jamaica? Lo dudo.” Y yo también. Estas palabras suelen acompañar las publicaciones y los sitios *web* que promueven el turismo de Jamaica puesto que Fleming se ha convertido en una parte del imaginario de la isla. Asimismo, se refiere al cangrejo negro, un animal nativo del Caribe también llamado cangrejo zombie por su gran capacidad migratoria, y delata su atracción por la fauna marina en la fantástica pecera que el Dr. No construye en una cámara debajo del agua:

Bond anduvo a lo largo del muro, fascinado ante la idea de vivir contemplando aquella película lenta y siempre cambiante. Una enorme concha de tulipán ascendía lentamente desde el nivel del suelo, una bandada de *demoiselles* y ángeles, y un pez marino de gran tamaño, como una luna llena de color rojo, comenzaron a frotarse contra el cristal, en tanto que un ciempiés marino iba de un lado a otro, mordisqueando las diminutas algas que debían crecer todos los días fuera del

escaparate. Una sombra enorme se detuvo en el centro del cristal, alejándose lentamente ¡Si al menos fuese posible ver algo más!⁵⁸

En fin, me parece que las posibilidades que encierra la novela de *Dr. No* van más allá de los lugares comunes, que el rango de intereses puede ser amplio y que el historiador es quien hace el tema y no a la inversa. Desde esta perspectiva, la literatura y el cine convergen en imágenes del Caribe que podemos editar de distintas maneras. Por ahora cierro con lo que la novela abre: con la descripción de una puesta de sol detrás de la cadena de las Blue Mountains que atraviesan la isla casi en su totalidad y que en una oleada de sombras violáceas se hunde sobre una amplia y desierta calle llamada Richmond Road. Se trata de un comienzo casi anticipado pues los “jamaicanos encuentran su historia en el paisaje, en el amanecer”.⁵⁹ Day-o, day-o...

FUENTES CONSULTADAS

- Baron, “Doctor No: Bonding Britishness to Racial Sovereignty”, *Spectator: Usc Journal of Film and Television Criticism*, núm. 14, 1994, pp. 68-81.
- Black, Jeremy, *The Politics of James Bond: From Fleming’s Novels to the Big Screen*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 2005.
- Clarke, Gerald (comp.), *Too Brief a Treat. The Letters of Truman Capote*, Nueva York, Vintage, 2004.
- Clopton, Christina A., “James Bond: Signifying changing Identity Trough the Cold War and Beyond”, tesis de maestría, Central European University, Budapest, 2014.
- Fleming, Ian, *Dr. No*, Madrid, Punto de Lectura, 2002.
- Henke, Holger y Fred Reno (comps.), *Modern Political Culture in the Caribbean*, Kingston, University of the West Indies, 2003.
- Lilly, Laura, “James Bond y la crítica” en Umberto Eco y Oreste del Buono (coords.), *Proceso a James Bond (análisis de un mito)*, Barcelona, Fontanella, 1965, pp. 98-114.
- Look Lai, Walton, *The Chinese in the West Indies, 1806-1995: A Documentary History*, Jamaica, The Press University of the West Indies, 1998.
- Muñoz, Laura, *Fotografía imperial, escenarios tropicales. Las representaciones del Caribe en la revista National Geographic*, México, Instituto Mora/CONACYT/El Colegio de Michoacán, 2014 (Historia Internacional).
- Parker, Matthew, *Goldeneye: Where Bond Was Born: Ian Fleming’s Jamaica*, Nueva York, Windmill Books, 2015.
- Parker, Matthew, *The Sugar Barons: Family, Corruption, Empire, and War in the West Indies*, Nueva York, Bloomsbury Publishing, 2012.

Sherlock, Philip y Hazel Bennett, *The Story of the Jamaican People*, Kingston/Nueva Jersey, Ian Randle Publishers Princeton/Markus Wiener, 1998.

Sullivan, Steve, *Encyclopedia of Great Popular Song Recordings*, vol. 1, Plymouth, Reino Unido, The Scarecrow Press Inc., 2013.

NOTAS

- ¹ Véase <<http://edant.clarin.com/diario/2007/01/16/elmundo/i-02101.htm>>. [Consulta: 8 de octubre de 2016.]
- ² Existe un ejemplar en italiano en la biblioteca de la UAM-Xochimilco y una edición en español en la biblioteca de la FES Acatlán.
- ³ *Ibid.*, p. 5.
- ⁴ *Ibid.*
- ⁵ En total Fleming escribió doce novelas: *Casino Royale* (1953), *Live and Let Die*, (1954), *Moonraker* (1955), *Diamonds are Forever* (1956), *From Russia, with Love* (1957); *Dr. No* (1958), *Goldfinger* (1959), *Thunderball* (1961), *The Spy Who Loved Me* (1962), *On Her Majesty's Secret Service* (1963), *You Only Live Twice* (1964), y *The Man with the Golden Gun* (1965) publicada de manera póstuma; y nueve cuentos en dos colecciones: *For Your Eyes Only* (1960) que incluye cinco relatos y *Octopussy and the Living Daylights* (1966), también posterior a la muerte del autor y contiene cuatro historias.
- ⁶ Véase “The Relationship Between John F. Kennedy and James Bond 007”, James Bond Museum, <http://www.007museum.com/Kennedy_Obama.htm>. [Consulta: 5 de noviembre de 2016.]
- ⁷ Clarke, *Too Brief*, 2004, p. 402.
- ⁸ Véase Natasha Levy, “The story behind Goldeneye, Ian Fleming’s Jamaican Estate”, *Gentleman’s Journal*, 1 de noviembre de 2016, en <<https://www.thegentlemansjournal.com/article/story-behind-goldeneye-ian-flemings-jamaican-estate/>>. [Consulta: 6 de agosto de 2017.]
- ⁹ Véase E. Alex Jung, “How Ian Fleming’s James Bond Was Born in Jamaica”, en <<http://www.vulture.com/2015/03/ian-fleming-james-bond-jamaica.html>>. [Consulta: 6 de noviembre de 2016.]
- ¹⁰ Véase “‘HABANAWOOD’ with Dollars: Hollywood Dreams of Cuba”, en <<http://www.thecubanhistory.com/2016/06/habanawood-with-dollars-hollywood-dreams-of-cuba-photosvideo-habanawood-con-dolares-hollywood-suena-con-cuba-fotosvideo/>>. [Consulta: 6 de agosto de 2017.]
- ¹¹ Pablo Pardo, “Kennedy pidió 1 000 puros cubanos el día antes de imponer el embargo a ese país”, en <<http://www.elmundo.es/america/2012/02/07/cuba/1328648520.html>>. [Consulta: 7 de agosto de 2017.]
- ¹² Publicada en Nueva York por Windmill Books.
- ¹³ Parker, *The Sugar Barons*, 2012.
- ¹⁴ Baron, “Doctor No”, 1994, pp. 68-81.
- ¹⁵ Fleming, *Dr. No*, 2002, p. 50.
- ¹⁶ Este periódico comenzó a publicarse en 1834 bajo ese nombre y hasta 1992 cuando cambió a *The Gleaner* como se conoce en la isla hasta el día de hoy. Véase <<http://jamaica-gleaner.com/>>. [Consulta: 6 de agosto de 2017.]

- ¹⁷ Lilly, “James Bond”, 1965, p. 232.
- ¹⁸ Baron, “Doctor No”, 1994, p. 70.
- ¹⁹ Sherlock y Bennett, *The Story*, 1998, p. 374.
- ²⁰ Véase Baron, “Doctor No”, 1994, p. 71.
- ²¹ Fleming, *Dr. No*, 2002, p. 68.
- ²² Baron, “Doctor No”, 1994, p. 70.
- ²³ Fleming, *Dr. No*, 2002, p. 79.
- ²⁴ Henke y Reno, *Modern Political*, 2003, p. 249. Véase Michael Abrahams, “Too Many Black Children with Bad Hair”, *The Gleaner*, 29 de septiembre de 2014, en <<http://jamaica-gleaner.com/gleaner/20140929/cleisure/cleisure5.html>>. [Consulta: 2 de septiembre de 2017.]
- ²⁵ Citado en Clopton, “James Bond”, 2014, p. 6. Véase <<https://www.britannica.com/biography/Alexander-Wendt>>.
- ²⁶ Black, *The Politics of James*, 2005, p. x.
- ²⁷ Clopton, “James Bond”, 2014, p. 11.
- ²⁸ Special Executive for Counter-intelligence, Terrorism, Revenge and Extortion.
- ²⁹ El perverso *Standartenführer* de *Inglourious Basterds* (Quentin Tarantino, 2009).
- ³⁰ Véanse Black, *The Politics of James*, 2005, pp. 19-20, donde el autor nos dice que “el racismo refleja no sólo un tema pronunciado en la narrativa de aventuras de entreguerras, como las novelas de [John] Buchan, sino en una cultura literaria más amplia”, y también Clopton, “James Bond”, 2014, pp. 16-22.
- ³¹ Parker, *Goldeneye*, 2016, p. 1.
- ³² *Ibid.*, p. 22. Véase <<http://www.thefamouspeople.com/profiles/ian-fleming-4834.php>>. [Consulta: 6 de noviembre de 2016.]
- ³³ Véase Parker, *Goldeneye*, 2016, p. 7.
- ³⁴ Fue interpretada por Diana Coupland y parte de la letra dice: “Mango, banana and tangerine / Sugar and ackee and cocoa bean / When we get marry we make them grow / And nine little chil’ in a row / Underneath the mango tree / Me honey and me can watch for the moon / Underneath the mango tree / Me honey and me we plan marry soon”.
- ³⁵ Fleming, *Dr. No*, 2002, p. 119.
- ³⁶ Nacido como Rafael de León en Aroquita, Trinidad y Tobago. Véanse Sullivan, *Encyclopedia of Great*, 2013, vol. 1, p. 608, y <<http://www.mudcat.org/thread.cfm?threadid=9916>>. [Consulta: 5 de septiembre de 2017.], donde se discute el origen y la historia de la canción.
- ³⁷ Véase Henke y Reno, *Modern Political*, 2003, p. 239.
- ³⁸ *Ibid.*, p. 250.
- ³⁹ Con cadencia jamaicana, la parte que se escucha es: “Three blind mice here and there / Three blind mice everywhere / Searching all around for the cat / All over Kingston town pitter pat / They got the carving knife / To cut the pussycat’s life / The puss will get the knife for trifling / with three blind mice”. La rima original, parece ser que se inspiró en María I de Inglaterra y su persecución contra los protestantes. En el verso “original” se lee: “Three blind mice, three blind mice / See how they run, see how they run / They all ran after the farmer’s wife / Who cut off their tails with a carving knife / Did you ever see such a thing in your life / As three blind mice?” Véase <http://www.rhymes.org.uk/three_blind_mice.htm>. [Consulta: 6 de septiembre de 2017.]
- ⁴⁰ Baron, “Doctor No”, 1994, p. 72.
- ⁴¹ Véase Clopton, “James Bond”, 2014, p. 25. Hugo Drax y Max Zorin son, respectivamente, los villanos de la novela *Moonraker* (1955) y la película *A View to Kill*, estelarizada por Roger Moore (1985).

- ⁴² Fleming, *Dr. No*, 2002, p. 194. The Grosvenor Wilton Company Limited es una de las fábricas de alfombras más antigua de Gran Bretaña; hasta la fecha estas se conocen como de tejido Wilton. Véase <<http://www.grosvenorwilton.co.uk/>>. [Consulta: 6 de agosto de 2017.]
- ⁴³ Fleming, *Dr. No*, 2002, p. 201.
- ⁴⁴ Andres Viglucci, “The 100-Year Story of Miami Beach”, *Miami Herald*, 21 de marzo de 2015, <<http://www.miamiherald.com/news/local/community/miami-dade/miami-beach/article15798998.html>>. [Consulta: 8 de septiembre de 2017.], y véase Florida Memory State Library and Archives of Florida, <https://www.floridamemory.com/photographiccollection/photo_exhibits/roadside-attractions/>, donde se localizan fotografías históricas de parques, jardines, acuarios, turistas, cocodrilos, etcétera.
- ⁴⁵ Véase Henke y Reno, *Modern Political*, 2003, p. 150. En la película, James Bond se hospeda en ese hotel.
- ⁴⁶ Véase Sherlock y Bennett, *op. cit.*, 1998, p. 381.
- ⁴⁷ Henke y Reno, *Modern Political*, 2003, p. 250.
- ⁴⁸ Muñoz, *Fotografía imperial*, 2014, p. 270. Aunque, también hubo pérdidas, “los jamaicanos se sintieron desterrados de sus propias playas. En respuesta, en 1955 el gobierno estableció el Decreto de Control de Playas con los poderes para declarar cualquiera de ellas como un lugar público de recreo. Preocupaba el hecho de que los jamaicanos oscuros y negros no fuesen bienvenidos en los hoteles de la costa norte. Generalmente, era el dinero y no el color lo que hizo la diferencia. Pero, en definitiva, prevaleció el sentido común y en la década de 1950 el turismo se convirtió en una industria vital”. Sherlock y Bennett, *The Stooey*, 1998, p. 381.
- ⁴⁹ Véase Jamaica Tourist Board, en <<http://www.jtbonline.org/john-pringle/>>. [Consulta: 10 de septiembre de 2017.]
- ⁵⁰ Véase “Development of the Bauxite/Alumina Sector”, Jamaica Bauxite Institute, en <<http://www.jbi.org.jm/pages/industry>>. [Consulta: 10 de septiembre de 2017.] El nombre de bauxita proviene de la localidad francesa de Baux, donde se explotó por primera vez.
- ⁵¹ O Muerte de los Espías, una organización de contrainteligencia militar soviética establecida el 15 de abril de 1943.
- ⁵² Citado en Black, *The Politics of James*, 2005, p. 14.
- ⁵³ Véase Muñoz, *Fotografía imperial*, 2014, pp. 263-269.
- ⁵⁴ Fleming fue amigo cercano de Jacques Cousteau a quien alguna vez acompañó al Mediterráneo para explorar sitios arqueológicos bajo el agua.
- ⁵⁵ Fleming, *Dr. No*, 2002, p. 250.
- ⁵⁶ En 1854 arribó a Jamaica la primera migración de chinos para trabajar en la construcción del ferrocarril bajo contratos de mano de obra barata. A partir de entonces, este desplazamiento se produjo en intervalos y hacia finales del siglo XIX la isla se convirtió en un destino habitual para ellos. Por lo tanto, la presencia de la comunidad china no es una cuestión menor para la historia de Jamaica, pues se calcula que, para la década de 1960, la población ascendía a poco más de 10 000 personas. Fleming utiliza el término *chingroes* para referirse a la mezcla interracial entre chinos y negros que en la novela representan el papel de los asesinos de Strangways. Algunos consideran que la obra de Fleming no es sino sintomática de los tiempos que vivió, que él tan sólo era parte del *establishment* y que, por lo mismo, “amaba a los jamaicanos pero también desconfiaba de ellos”; para otros el autor es un racista o la controversia en ese sentido es inevitable. Comparto la idea de que “los estereotipos siguen siendo tan versátiles y peligrosos como han sido siempre” y que es fundamental mirar hacia dentro de las culturas. A finales del siglo pasado, al menos, los niños nacidos de padres jamaicanos y chinos eran considerados por estos últimos como *eleven o'clock children: not*

quite there, not quite twelve o'clock. Véanse Sherlock y Bennett, *The Story*, 1998, pp. 327-330; Look Lai, *The Chinese in the West*, 1998, p. 20; Lewis Jones “James Bond’s Secret: He’s Jamaican”, *The Spectator*, 9 de agosto de 2014, en <<https://www.spectator.co.uk/2014/08/goldeneye-by-matthew-parker-review/>>. [Consulta: 12 de septiembre de 2017.], y Nick Danford, “What James Bond’s Racism Teaches Us About Foreign Policy”, *Al Jazeera America*, 22 de noviembre de 2015, en <<http://america.aljazeera.com/opinions/2015/11/james-bond-racism-and-foreign-policy.html>>. [Consulta: 12 de septiembre de 2017.]

⁵⁷ Fleming, *Dr. No*, 2002, p. 239.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 220.

⁵⁹ Sherlock y Bennett, *The Story*, 1998, p. 336.

GEOPOLÍTICA

El orden [...] solamente [es] la forma que [tiene] el hombre de soñar el universo.

Salman Rushdie

EL CARIBE INSULAR COMO ENCRUCIJADA GEOESTRATÉGICA, 1492-2014*

Humberto García Muñiz

El tema de este trabajo fue inicialmente un capítulo solicitado por José Piqueras para una historia comparada de las Antillas –sólo de las Antillas– pero claramente mi acercamiento no podía limitarse al archipiélago. Nuestro marco de estudio tenía que ser la cuenca del Caribe, es decir, el mar Caribe y el Golfo de México, y los países en su entorno geográfico.

También se me pidió que discutiera la geopolítica, es decir, el predominio del espacio territorial en las relaciones internacionales,¹ en el entendido de que la raíz latina *geo* significa “tierra”. Aquí tampoco me sentí cómodo porque en la historia del Caribe, de 1492 hasta hoy, lo que ha predominado, lo que tiene mayor trascendencia, es la acuapolítica, entendida como la influencia del mar, del espacio marítimo, militar y comercial. Para problematizar y ser más específicos hablaremos también de la aeropolítica y la astropolítica en el Caribe, en referencia a aviones, cohetes, satélites y drones que, tanto en el espacio interior como en el exterior, el sideral, tiene un lugar de consideración en las relaciones del archipiélago con su periferia amplia.



Mapa 1. Mapa del Caribe amplio. Fuente: Mapas y Mapa del Mundo GifeX. Mapa de América Central y del Caribe, <<http://www.gifex.com/fullsize2/2009-12-25-11476/Mapa-Politico-de-Amrica-Central-y-del-Caribe.html>>.

[\[Regresar a “Créditos de las imágenes” \]](#)

El Caribe lo delimito más como influyente del mar Caribe y el Golfo de México, con una extensión desde la Guyana francesa –por su base espacial de Kourou– hasta el estado de Florida, en Estados Unidos, donde se ubica la base espacial de Cabo Cañaveral. Como bien ha estudiado Pedro San Miguel, la estrategia es una de las visiones de la región.² Otros enfoques predominante en las asociaciones académicas, como la Asociación de Estudios del Caribe, excluían el litoral costero, con la excepción de las Guyanas y Belice. Esta óptica, en cierta manera eurocéntrica, tiene su origen intelectual y popularización en 1940 con el reputado historiador y primer ministro de Trinidad y Tobago, Eric Williams.³ Una definición distinta la ofrece el reconocido intelectual y político dominicano, Juan Bosch, en su libro *El Caribe: frontera imperial*, que se acerca más a la nuestra.⁴

SEIS ETAPAS

Como he dicho, el espacio temporal del Caribe geoestratégico, en términos cronológicos va desde 1492 hasta la actualidad, más de 500 años, los cuales hemos dividido en seis periodos o etapas que incluyen procesos sociopolíticos como la revolución antiplantación esclavista y anticolonial de Haití, y también procesos tecnológicos como el impacto del submarino en la segunda guerra mundial.

La primera etapa, de 1492 a 1804, trata sobre la intrusión de las potencias extrahemisféricas europeas, comenzando por España y Portugal, luego por Francia, Inglaterra y Holanda. La interacción entre estos Estados fue muchas veces conflictiva en las Antillas y tierra firme, y por ello España estableció un sistema de fortalezas, los morros de Puerto Rico y Cuba, y San Juan de Ulúa en Veracruz, entre otros. Además, España se desalojó a sí misma de un tercio de La Española y de las Antillas menores al concentrar su atención en tierra firme y sus riquezas. Las otras potencias pasan a capturar varias islas antillanas.

Aparecen unos actores importantes. Primero, las fuerzas de seguridad que se establecen para mantener un orden interino frente a las amenazas interiores tradicionales –como las sublevaciones de indígenas, de esclavos africanos o ataques piratas–. Estos vienen a ser actores transnacionales que cuando no contrabandean, arremeten contra las ciudades porteñas y las naves de las potencias enemigas. Fundan hasta un mini Estado pirata en la isla de Tortuga, en la costa norte de La Española.

Mencionamos la acuapolítica y aquí aparece el primer estratega naval, el almirante Pedro Menéndez de Avilés, gobernador de Cuba y adelantado de La Florida, organizador del sistema de convoyes en el siglo XVI, “la carrera de Indias”, nombre con que se conoció la ruta marítima que llevaba las riquezas del Nuevo Mundo a España.⁵ Para esta eran más importante las flotas que las islas. Por eso Inglaterra pudo capturar Jamaica en 1655. Ya antes había adquirido St. Kitts y Barbados, las primeras islas del azúcar inglesas, aunque debemos recordar que la revolución azucarera comienza en La Española. Las primeras fuerzas de seguridad internas –o sea los cuerpos de voluntarios y milicias–, se crean en Santo Domingo durante el

siglo xvi para enfrentar las revueltas indígenas y esclavas. Su peculiaridad es que están compuestas por hombres libres y esclavos negros. Muy poco conocidas son “las guerras caribe” de Inglaterra y Francia contra los indios caribe y caribes negros en San Vicente y Santa Lucía. El conflicto perduró por dos siglos y concluyó con su deportación a Centroamérica en 1797, ahora son los llamados *garifuna*.

En 1662 se creó la primera milicia de Jamaica para sojuzgar a los cimarrones, con los que eventualmente también se firman tratados. Más tarde, en 1775, se fundó el regimiento de las Indias Occidentales, como consecuencia del proceso revolucionario en Saint Domingue, que culmina en 1804, con la independencia de Haití, el primer Estado negro del mundo. Su impacto se difundió por todo el hemisferio y ocasionó la creación de nuevas fuerzas de seguridad internas. También transitó el espacio “geo” y “acuapolíticos” de la cuenca del Caribe y de Norteamérica, ya que significó el fin del proyecto imperial napoleónico en el hemisferio occidental, con la venta, en 1803, del territorio de Luisiana a Estados Unidos, pero de esta manera obtiene una ciudad-puerto en el Golfo de México, Nueva Orleans.

La segunda etapa comienza en 1804, con la independencia de Haití y el surgimiento de Estados Unidos como un actor estatal intrahemisférico con una creciente participación económica y militar. Su objetivo principal es la expansión y dominio del espacio caribeño, y para ello lleva a cabo compras, como la de Florida en 1825. Emite declaraciones hegemónicas, como la Doctrina Monroe, y provoca guerras como contra México en 1846-1848. A mediados del xix aparecen sus planes de otras adquisiciones estratégicas: Cuba, República Dominicana, Islas Vírgenes, y la construcción de un canal istmico, pero su guerra civil, con sus secuelas internas, los contiene por unas décadas. En esta fase vemos a Inglaterra que se comienza a acomodar a los intereses de Estados Unidos y a Francia que pierde peso hemisférico con el fracaso de la construcción del canal por Ferdinand de Lesseps, aunque retiene las Antillas y la Guyana francesas.

El siglo termina con la derrota y salida de España del hemisferio: esta es la tercera etapa, hasta 1945. En ella vemos la consolidación de Estados Unidos como la potencia militar y económica: lleva a cabo las ocupaciones militares de Haití y República Dominicana, de 1916 a 1934; compra las

Islas Vírgenes danesas en 1917; implanta, durante la segunda guerra mundial, una ocupación militar del Caribe y construye y controla el Canal de Panamá –la clave de toda su política hacia la zona–. Bases y guarniciones por toda la región ante una Inglaterra, Francia y Holanda postradas por la guerra. Puerto Rico se convirtió en un baluarte militar. Allí fue Jorge Negrete a entretener a las tropas puertorriqueñas en el campamento de Henry Barracks. De 33 000 militares de Estados Unidos en el Caribe, 22 000 eran boricuas y fueron civiles puertorriqueños los que construyeron la pista de aterrizaje de la base de Rouchameau en la Guyana francesa en 1944.

Hubo un acuerdo trascendental entre el primer ministro Winston Churchill y el presidente Roosevelt por el cual Gran Bretaña autorizó a Estados Unidos a construir bases en ocho de sus colonias caribeñas. La más importante fue la de Chaguaramas, en Trinidad, que tendría un fuerte impacto social, como lo ejemplifica el famoso calipso *Rum and Coca Cola*, que interpretó Lord Invader en 1943. Un aspecto poco estudiado fue el impacto de los submarinos alemanes e italianos en la cuenca del Caribe.

Existe un extracto de una película de propaganda italiana donde se muestra el primer hundimiento de un tanquero petrolero de Curazao. El petróleo era un objetivo clave, al igual que la bauxita. Es en esta etapa cuando la aeropolítica hace su aparición en particular por el papel que desempeñaría la Pan American Airways en la construcción de pistas de aterrizaje y aeropuertos para el Departamento de Guerra.

En la cuarta etapa que va de 1946 a 1960, Estados Unidos, como potencia mundial y por su conflicto con la URSS, establece una estructura de comandos militares y un sistema de bases en la cuenca del Caribe. Ese es el origen del Comando Sur, radicado entonces en el Canal de Panamá y controlado por el ejército de Estados Unidos, distinto a su contraparte, el Comando del Atlántico, controlado por la Marina de Estados Unidos, con sede en Virginia, Estados Unidos.

En esta etapa, en los años de 1950, comienza la carrera espacial que fue captada por Hollywood en la primera película de James Bond, en donde se habla del desvío desde Jamaica de misiles lanzados desde Cabo Cañaveral por un malévolo científico, el Dr. No, que pertenece al consorcio del mal,

SPECTRE. Hubo instalaciones del programa espacial en Antigua, República Dominicana, Puerto Rico, y otras. La tecnología de misiles intercontinentales era básicamente la misma para lanzar un vehículo espacial, lo que trajo la astropolítica a las Antillas y su periferia en la era del espacio sideral. Por su cercanía al ecuador terrestre, la cuenca del Caribe adquirió una importancia especial. Dos estaciones de gran valor estratégico para el programa espacial de Estados Unidos y de Europa se erigieron en sus dos polos geográficos más alejados, una en el estado de Florida y otra en la Guyana francesa. En Florida, la estación de Cabo Cañaveral, como se conoce al Centro Espacial Kennedy de la Administración Nacional del Espacio y Aeronáutica (NASA, por sus siglas en inglés), comenzó a funcionar en 1949 como centro de lanzamiento de misiles y cohetes, seguido por satélites, transbordadores y otros vehículos espaciales. Las tecnologías de misiles intercontinentales y de comunicación hicieron obsoletas la base aérea Ramey, en Puerto Rico, y la naval de Chaguaramas, y ambas fueron cerradas en la década de 1970. El fundamento técnico para levantar la instalación en Florida fue su proximidad al Ecuador, la cual posibilita aprovechar la velocidad de rotación de la tierra y utilizar menos fuerza los cohetes impulsores.

Aunque tuvo que construir una infraestructura urbana, aérea y portuaria, Francia ubicó su programa del espacio en el poblado de Kourou, en el departamento ultramar de Guyana francesa, que queda fuera de la zona de huracanes y terremotos. El Centro Espacial Guyanés inició sus operaciones en 1968, y se comparte ahora con la Agencia Espacial Europea, que no es parte de la Unión Europea, aunque se compone de la mayoría de sus miembros y apoyan los mismos objetivos. Desde el principio esta base se dedicó con éxito al mercado de satélites de comunicación, no sólo estatales sino también de corporaciones de comunicaciones internacionales. Aunque Kourou es compartido con otros países europeos, en cierto sentido marca el regreso geoestratégico de Francia al hemisferio occidental.

Vale adelantar que dos potencias medias regionales, Venezuela y México, han ingresado en la carrera espacial. La primera, el país sudamericano con la costa, frontera marítima y vocación caribeña de más largo alcance, se ha insertado en la astropolítica con los satélites Miranda y

Bolívar, lanzados desde una base espacial en China. Más alineado con Estados Unidos, México desarrolla de manera lenta un programa espacial.

En esta etapa se consolida lo que llamamos “la conexión subordinada” de las fuerzas de seguridad del Caribe con el Departamento de Defensa de Estados Unidos. Esto se refiere mayormente al fortalecimiento de los programas de apoyo militar de Estados Unidos, consistentes en proveer equipos, armas, adiestramiento y doctrinas de seguridad –internas y externas–, regionales y globales. Esta conexión fue útil para sostener las dictaduras de Rafael L. Trujillo, Fulgencio Batista, François Duvalier y los Somoza. Hay que notar que la importancia de los programas varía según el interés de Estados Unidos. Por ejemplo, en 1990, prevalecieron los préstamos que había que pagar, incluso Haití. Los orígenes de la mayoría de las fuerzas de seguridad se ubican en etapas anteriores, en la creación de la policía de Puerto Rico, Cuba y las guardias nacionales de Haití, República Dominicana y Nicaragua durante periodos de ocupación militar.

La quinta fase comienza con la revolución cubana, en especial con dos sucesos importantes: la derrota de las fuerzas mercenarias, apertrechadas y armadas por Estados Unidos en Playa Girón, en abril de 1961. Después de este ataque la revolución se proclamó marxista-leninista y fortaleció sus relaciones militares con la Unión Soviética al extremo de montar plataformas de misiles, los cuales fueron captados por los aviones U-2, uno de los cuales fue derribado en Holguín. La crisis de los cohetes de 1962 llevó al retiro de los misiles soviéticos y los estadounidenses aceptaron que no intervendrían militarmente en Cuba.

El gobierno de Fidel Castro estableció las fuerzas armadas revolucionarias, de cuya capacidad militar no quedó duda, al nivel de que se desplazaron a África y vencieron militarmente en Angola y en Etiopía. Su mayor papel ha sido disuasivo en el sentido de que, en esta fase, una intervención militar hubiera tenido un costo enorme en sangre, después de la victoria guerrillera de Fidel. Ningún movimiento similar tuvo éxito en el Caribe, aunque hubo varios intentos fracasados: en Haití en 1960; Manuel Tavárez Justo en 1963 y Francisco Caamaño en 1973, en Dominicana; y The National Union of Freedom Fighters (NUFF) en Trinidad y Tobago, en 1975.

Estados Unidos no tuvo reparos en utilizar la fuerza militar cuando consideró que había un peligro comunista como, por ejemplo, en Dominicana en 1965, o para aniquilar la revolución granadina. La intervención tuvo como secuela una mayor penetración de las fuerzas armadas de Estados Unidos en la subregión de habla inglesa. En 1986 se organizó un sistema de seguridad regional del Caribe oriental, con su cuartel general en Barbados, que ha sido apertrechado y adiestrado por Estados Unidos. De 1960 en adelante el Caribe británico comenzó a independizarse, primero Jamaica y Trinidad en 1962, luego Barbados y Guyana en 1966, seguidos por los mini Estados de Antigua, Dominica, Granada, Santa Lucía, Saint Kitts-Nevis y St. Vicent, que han alcanzado un mayor grado de integración de sus fuerzas de seguridad que los otros países de la subregión. Todo está bajo la tutela del Comando Sur, y llevan a cabo ejercicios anuales para lograr su interoperabilidad. Estos se han celebrado, desde 1980, prácticamente en cada isla angloparlante del Caribe. El fin de la guerra fría, que vino con la desaparición de la Unión Soviética en 1991, no significó su conclusión en el Caribe, ya que la hostilidad de Estados Unidos contra Cuba persiste hasta el día de hoy.

La nueva y actual etapa, de 1992 a 2014, se inicia cuando Estados Unidos militariza lo que califica de “guerra contra las drogas” y la migración ilegal, ambas actividades llevadas a cabo por actores transnacionales intrahemisféricos en Sur y Centroamérica, las islas y Norteamérica. La guerra contra la droga, que se lucha en varios frentes, en el caribeño no tiene visos de terminar. La acuagrafía del archipiélago antillano, con sus miles de islas, isletas, cayos, pasos, canales y estrechos, favorece el comercio ilegal del narcotráfico que corrompe, a su vez, de manera particular a las fuerzas de seguridad caribeñas y a los propios sistemas políticos de la región. Este enfoque guerrerista contra la droga ha fracasado ya que este enemigo de muchas caras tiene vastos recursos, facilidad y rapidez de acomodación y movimiento. La tecnología más reciente de los drones no ha sido efectiva hasta ahora para enfrentar embarcaciones rápidas, avionetas y más recientemente submarinos. Ya se verá si los usualmente plegables países del Caribe buscarán su propia ruta para encontrar soluciones.

Al comienzo de esta etapa el Comando Sur velaba por los intereses de seguridad de Estados Unidos en el Caribe, Centro y Sudamérica. Su cierre y el cambio a la ciudad de Miami en 1999 fue resultado de la victoria de la lucha del pueblo panameño contra esta presencia externa. Esa mudanza acopló el aspecto militar con el económico, comercial y financiero ya instalados en la ciudad de Miami. Otra victoria de la sociedad civil caribeña fue la salida de la marina de la isla de Vieques, Puerto Rico, en 2003. El derrumbe de las torres gemelas en 2001 agregó el terrorismo como una amenaza para Estados Unidos y hubo un cambio casi inmediato en su sistema de seguridad nacional con la creación del Departamento de Seguridad Interior y la reestructuración del plan de comandos unificados con la creación del Comando del Norte en 2002.

Con ese cambio, la primera línea de defensa de Estados Unidos pasó del exterior al interior y se modificó la visión de los límites territoriales, costeros, marítimos, aéreos y espaciales con México y el Caribe. Hoy, el Comando del Norte incluye Estados Unidos, Canadá, México, Puerto Rico, las Islas Vírgenes, las Bahamas, el Golfo de México y hasta 500 millas mar adentro. El Comando Sur mantuvo su jurisdicción de Sudamérica, Centroamérica, los quince países de CARICOM y República Dominicana.

La crisis presupuestaria ha llevado a la consideración de establecer un solo comando combatiente para el hemisferio, a llamarse de Las Américas o algo parecido, lo que indica que se puede esperar un crecimiento del ya enorme poder e influencia del Pentágono en el sistema político de Estados Unidos, en la importancia del papel del Departamento de Estado y sus embajadas en el Caribe. Esta crisis presupuestaria ha llevado al mínimo los fondos del Comando Sur, que a su vez ha manifestado que no podrá cumplir con su campaña de interdicción de droga y otras tareas, incluso su labor de rescate y apoyo en desastres naturales. A manera de compensación, Colombia lleva a cabo un programa de adiestramiento a varios países de la cuenca del Caribe, entre ellos México, que entre 2009 y 2013 envió un total de 10 310 policías y militares.

La política militar de Estados Unidos privilegia la relación militar/militar por ser de mayor impacto y más costo-efectiva, eso ayudó a la reducción de su estructura de bases en la cuenca del Caribe que consiste

de la base aérea Palmarola-Soto Cano, en Honduras, y tres centros de seguridad cooperativa al lado de los aeropuertos Reina Beatriz, en Aruba, y Hato, de Curazao. Muchas de las funciones de las bases anteriores, como Roosevelt Roads, se pasaron a instalaciones en Estados Unidos, mientras que Guantánamo se ha convertido en un controvertido centro de detención de prisioneros sospechosos de ser miembros de Al Qaeda o del ejército talibán. Por otro lado, se sostiene, además de sus ventas de armas a Venezuela, Rusia ha formado varios acuerdos militares con Cuba, tiene inversiones en la bauxita de Jamaica y muchos turistas en Dominicana. La presencia económica china en el Caribe es sustancial, pero lo más notable es su relación con la expansión del Canal de Panamá. El reclamo de centralidad del canal en el espacio acuático caribeño desde su apertura en 2015, explica los numerosos ejercicios del Comando Sur en concierto con otras naciones del hemisferio y europeas. El cuadro ístmico se ha complicado con los planes de dos proyectos ferrocarrileros –Honduras y Nicaragua– y otro acuático –Nicaragua–, donde el capital chino tiene una participación mayoritaria.

Por otro lado, los puertos de trasbordo en el Caribe, la construcción de una zona de desarrollo con el financiamiento y empresas brasileñas en el Mariel, se consideran un parteaguas. El economista Pedro Monreal asevera, optimista, que “la geografía, al igual que hace 200 años, vuelva a ponerse a favor de la posibilidad de reinventar, al menos económicamente hablando, la isla de Cuba”.⁶ Jamaica, que ya tiene el megapuerto de transbordo más grande del Caribe en el Kingston Wharves, aprobó el desarrollo en Goat Island, un nuevo puerto de transbordo y un centro logístico, el primero construido y operado por una empresa china en el Caribe.

En resumen, en términos geoestratégicos, el Caribe no es el *Mare Clausum* económico y financiero de Estados Unidos. La presencia europea, es decir británica, francesa y holandesa, presente desde los siglos tempranos, se mantiene vigorosa. El cantar es otro con respecto a la cuestión de seguridad tradicional, pues el Comando Sur tiene control de las fuerzas de seguridad de la región, pero fracasa en derrotar las fuerzas transnacionales de la droga. En la astropolítica, la base de Kourou, lanzando cohetes rusos, evidencia la prestancia europea. Habrá que estar pendientes

de las potencias medias regionales, cuya presencia ahora es otra vez sustancial en el archipiélago. El resultado de la situación actual venezolana es crucial para Cuba y otras Antillas, mientras que, por otro lado, México y Colombia se integran a la política de defensa de Estados Unidos, lo que no impide que haya fuertes tensiones entre ellos.

Hay varios temas importantes para el Caribe geoestratégico que merecen atención y quiero terminar esta presentación sólo mencionándolos. En primer lugar, la delincuencia cibernética se convierte en un problema que afecta a individuos, organizaciones y gobiernos. Estos últimos, a veces, son los delincuentes, como ha revelado Edward Snowden en el caso de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos –que incidentalmente mantiene una estrecha relación operacional con el Comando del Norte–. Todavía no hay las suficientes acciones en común para forjar una estrategia regional caribeña de ciberseguridad y ciberdefensa a pesar de que la delincuencia organizada cibernética adquiere mayor capacidad y aumenta en número y sofisticación. En segundo lugar, el cambio climático es, a mediano o largo plazos, la amenaza principal a la seguridad nacional de los países insulares caribeños y no se visualiza, hasta ahora, una respuesta de mitigación regional, a pesar de que cualquier otra amenaza pierde vigencia ante ella.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Bosch, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe frontera imperial*, La Habana, Casa de las Américas, 1981.
- Monreal, Pedro, *Dilemas de la globalización en el Caribe: hacia una agenda de desarrollo en Cuba*, México, Gobierno del Estado de Quintana Roo/Siglo XXI Editores, 2004.
- Morse, Richard, “The Caribbean: Geopolitics and Geohistory” en Sybil Farrell Lewis y Thomas G. Mathews (comps.), *Caribbean Integration: Papers on Social, Political, and Economic Integration: Third Caribbean Scholars*, Río Piedras, Institute of Caribbean Studies/University of Puerto Rico, 1966, pp. 160-178.
- San Miguel, Pedro L., *Los desvaríos de Ti Noel*, Río Piedras, Ediciones Vértigo, 2004.

Starr, Harvey, *On Geopolitics: Space, Place, and International Relations*, Londres, Routledge, 2016.
Williams, Eric, *De Colón a Castro: La historia del Caribe 1492-1969*, México, Instituto Mora, 2009
(Pensadores).

NOTAS

* Este texto corresponde a la intervención del autor en el seminario realizado en noviembre de 2014.
Una versión previa –aunque publicada después de esta exposición–, se encuentra en García Muñiz, Humberto, “El Caribe insular como encrucijada geoestratégica, 1492-2013” en José Piqueras (coord.), *Historia comparada de las Antillas*, vol. v, Madrid, Edit. Doce Calles, 2014.

[1](#) Starr, *On Geopolitics*, 2016.

[2](#) San Miguel, *Los desvaríos de Ti Noel*, 2004.

[3](#) Williams, *De Colón a Castro*, 2009.

[4](#) Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel*, 1981.

[5](#) Morse, “The Caribbean”, 1966, p. 160.

[6](#) Monreal, *Dilemas de la globalización*, 2004.

UNA COYUNTURA, CUATRO VISIONES: LA INDEPENDENCIA DE HAITÍ EN LOS AÑOS 1814-1825

Johanna von Grafenstein

Este trabajo se propone analizar las visiones que plasmaron cuatro observadores contemporáneos en sus respectivas obras sobre la situación política de Haití en el contexto internacional del congreso de Viena de 1814 y 1815 y años subsecuentes.¹ Se trata de dos observadores externos, ambos británicos, que no sólo se encontraban entre los primeros que atrajeron la atención internacional sobre Haití, sino que representan también dos visiones encontradas por lo que su consideración para este ensayo me ha parecido relevante.² Barskett y Franklin escribieron sus obras sobre la situación haitiana durante los dos decenios posteriores a la consecución de la independencia del país. Las otras perspectivas son nacionales; elegimos las obras de dos representantes de la temprana historiografía haitiana: Thomas Madiou (1814-1884) y Beaubrun Ardouin (1796-1865) que escribieron sus historias nacionales entre 1835 y los últimos años de la década de los cincuenta del siglo XIX.³ Conocieron las guerras revolucionarias y la situación de Haití de las décadas posteriores por

experiencia propia, de testimonios orales contemporáneos, así como de la revisión de un gran número de documentos oficiales, correspondencia privada, prensa nacional e internacional.

Los cuatro autores se citan frecuentemente como fuentes en la historiografía sobre Haití. La confrontación y comparación de sus descripciones sobre un suceso dado o figuras determinadas, en cambio, sólo se han hecho en casos aislados. En este ensayo intentaré por ello trabajar las coincidencias y discrepancias de los cuatro observadores contemporáneos citados sobre las circunstancias políticas de la joven nación. El punto de partida del análisis es, entonces, historiográfico, en el que las visiones de los escritores nombrados están en el centro del enfoque.

Antes, sin embargo, unas breves palabras sobre la situación política de Haití en los años de 1814 a 1825.

Después de trece años (1791-1803) marcados por rebeliones esclavas, guerras civiles y de independencia, los líderes revolucionarios lograron la separación de la colonia francesa de Saint-Domingue de su metrópoli, la creación de un gobierno independiente, así como la igualdad ante la ley de los descendientes de esclavos, independientemente de su color de piel. En enero de 1804, Jean Jacques Dessalines declaró el país libre e independiente. Durante los siguientes diez años no se presentaron mayores amenazas para Haití aunque el aislamiento en el ámbito internacional, como consecuencia de la falta de reconocimiento político, era adverso a su desarrollo y hacía necesaria la manutención de numerosas fuerzas militares. Un desafío a la independencia obtenida se dio en 1814 cuando la recién restaurada monarquía francesa con Luis XVIII prestó oído a los antiguos plantadores de la isla y envió una misión a Haití con el fin de conocer su situación. El objetivo de la delegación enviada era el de convencer a los gobiernos haitianos del momento⁴ a someterse de nuevo a la corona francesa y volver al orden social previo a 1791. Esta primera misión fracasó por lo que Luis XVIII ordenó en 1815 preparar una operación militar, misma que se vio frustrada por el regreso de Napoleón Bonaparte de la isla de Elba. Siguió el envío de una nueva misión de delegados franceses que, a su vez, quedó sin resultados. La situación cambió en el decenio siguiente cuando el gobierno haitiano bajo Jean Pierre Boyer emprendió varios

intentos de lograr el reconocimiento de la independencia del país. Estas negociaciones terminaron en 1825 con una nueva expedición francesa a Haití y la ordenanza real de Carlos X que “concedía” la independencia del país bajo la condición de cumplir con severas imposiciones financieras y comerciales.

NEGOCIACIONES, AMENAZAS Y RESISTENCIA: HAITÍ EN LA POLÍTICA DE LOS BORBONES FRANCESES (1814-1825)

La visión de James Barskett de las misiones de 1814 y 1816

Entre los relatos bibliográficos sobre la expedición de 1814 se encuentra la obra *History of the Island of Santo Domingo*, publicada en forma anónima en Londres en 1818, atribuida a James Barskett y reimpressa bajo su nombre en 1824 en Nueva York. Este texto sirvió de base para la primera historia nacional publicada por Michel-Placide Justin dos años después.⁵ Barskett conoció Haití y, como muchos de sus coterráneos, estaba interesado en el país y su historia.⁶ Su obra contiene la historia de la isla desde sus inicios como posesión española –en cuya parte occidental se desarrolló desde la tercera década del siglo XVII un asentamiento europeo, principalmente de franceses, reconocido por España en 1697 como colonia francesa– y termina con un relato de los años de 1811 a 1817. En este capítulo final Barskett subraya la paz que reinaba desde 1811 entre las dos y aun tres partes del país, también hace hincapié en la “producción floreciente, la educación y buena moral” y en el hecho de que no existía amenaza exterior alguna para el país, puesto que Napoleón Bonaparte estaba ocupado luchando contra sus enemigos en Europa.⁷

Pero, en cuanto cayó el emperador francés y se restauró la monarquía de los Borbones bajo Luis XVIII, empezaron los antiguos amos coloniales a hacer valer su influencia en la Cámara de Diputados de los Departamentos (Chambre des Députés des Départements) con el fin de lograr una política

exterior favorable a sus intereses. El general Defourneaux, establecido en Saint-Domingue en tiempos coloniales, encabezaba un comité que preparó las siguientes recomendaciones para el rey: convencido de la facilidad de convencer a Pétion y a Christophe de reconocer la soberanía de Luis XVIII, el comité propuso el envío de una misión que debería prometer a Pétion y a algunas personas cercanas a él ciertos privilegios sociales y materiales (bajo la condición de que se tratara de mulatos de piel clara) a cambio de que renunciaran a la independencia. Para su mayor seguridad, la misión tendría que ser acompañada por un número suficiente de fuerzas de tierra y mar para, en caso de resistencia por parte de los gobernantes haitianos, intervenir militarmente. Este plan de revivir la economía de plantación del antiguo orden colonial francés se apoyaba en la negociación de un tratado adicional al Tratado de París (artículo 1) con Gran Bretaña, según el cual Francia estaba en libertad de continuar la trata por cinco años más. Esta disposición, sin duda, tenía como fin llevar a la colonia recuperada una masa de mano de obra africana que debería sustituir la población local reticente a volver a la condición de esclavos y trabajar en las plantaciones.⁸

Barskett juzga las esperanzas y planes de los antiguos plantadores como absurdos, poco realistas y tontos. ¿Por qué se dejaría expropiar “la población inteligente, próspera y valiente de la isla (las espadas todavía en mano)”?, pregunta Barskett.⁹ Sus propiedades fueron adquiridas de la manera igualmente legal y confirmadas por la Constitución como las de los grandes latifundistas de Francia después de las expropiaciones y subastas nacionales que siguieron a la caída del imperio napoleónico. El autor publica varios documentos como anexos a su obra que muestran que tanto Christophe como Pétion estaban bien informados sobre los cambios políticos en Europa y hacían preparativos para rechazar un eventual ataque militar por parte de Francia. En los almacenes se estaban atesorando armas, municiones y provisiones, las fortificaciones estaban en reparación; los arsenales estaban llenos de antorchas para que, en caso de un ataque, todas las ciudades costeras fueran consumidas por las llamas. De esta manera los invasores sólo encontrarían cenizas y escombros, mientras que la población se retiraría a las montañas para desde allí llevar una guerra de guerrillas en contra de los agresores.¹⁰ El despacho del 10 de junio muestra también

otros aspectos de la política de Christophe, sobre los que Barskett llama la atención: después de algunos comentarios sobre la caída de Napoleón y la situación política de Europa, Henri subraya (las palabras del rey se transmiten de manera indirecta por el conde de Limonade) que siempre ha distinguido entre el pueblo francés y sus gobiernos represivos, por lo que los puertos de su reino estaban abiertos a comerciantes franceses pacíficos a los que ofrecía seguridad y una recepción benevolente, bajo el supuesto de que aquellos no actuarían en contra de las leyes del país. Además, el rey esperaba que los principios filantrópicos que los gobiernos europeos parecían adoptar, traerían una renovada seguridad para su reino. También es importante la frase final del documento, en la que el conde de Limonade transmite el encargo de Henri, “de preparar los vínculos por los que las dos potencias [Haití y Francia] llegarían a un entendimiento concerniente a sus intereses recíprocos y los de sus súbditos”. En este caso no cabría duda alguna que “su Majestad prestaría oído a propuestas justas y razonables y nombraría un representante acreditado para defender sus intereses y los de su reino”.¹¹

En el ínterin tres enviados llegaron a Jamaica; en julio de 1814 habían dejado Francia, vía Inglaterra y en un barco inglés tomaron curso al Caribe. Se trata de Dauxion Lavaysse, quien encabezaba la misión, Agustín Franco y Draverman. El primero tenía que presentarse ante Pétion, Franco de Medina ante Christophe, y Draverman ante Borgella, al que se pensaba era todavía el gobernante de la península del sur. Cuando se supo que Borgella se había unido a Pétion en 1812, Draverman regresó inmediatamente a Europa. Entre el 24 de octubre y mediados de diciembre Lavaysse se quedó en Puerto Príncipe donde fue recibido por el presidente en varias ocasiones, pero no pudo obtener una respuesta positiva a sus propuestas y tuvo que abandonar la isla sin haber conseguido su objetivo. La suerte de Franco de Medina fue más sombría, porque fue arrestado como espía. No podía mostrar papeles como enviado oficial del gobierno francés ya que el ministro de Marina y Colonias, Malouet, había planeado que los tres agentes tenían que ingresar a la isla como comerciantes y obtener clandestinamente información sobre la situación del país y las inclinaciones de Christophe y Pétion. Entre los papeles de Medina se encontraron las

instrucciones secretas de Malouet, su contenido se dio a conocer públicamente, Medina fue declarado culpable y se inició un proceso en su contra.¹² Nunca se supo bajo qué circunstancias murió en prisión. Los papeles encontrados y las respuestas que Medina dio en los interrogatorios, escribe Barskett, “hubieran sido suficientes para convencer a los habitantes de Santo Domingo que no tenían que esperar mayores favores o amistad del gabinete de Luis que del de Bonaparte”.¹³

El intercambio de cartas y las entrevistas personales entre Pétion y Lavaysse –todas se hicieron de manera pública– contienen aspectos importantes que diferencian la misión de este último de la de Medina. En un primer momento Pétion no se enteró del contenido de las instrucciones secretas que Malouet dio a sus agentes: Lavaysse únicamente hizo la propuesta de que Pétion publicara la soberanía del rey de Francia sobre Haití, formara un gobierno provisional e izara la bandera francesa. A cambio prometió reconocimientos y recompensas al presidente y sus colegas. Para convencer a Pétion de las buenas intenciones de su propuesta, Lavaysse subrayaba las diferencias entre el gobierno de Luis y el de Napoleón. Habla en términos despectivos del “corso”, lo llama tirano y a Leclerc “un engreído pasha” y a sus acompañantes de expedición “bandidos”, entre los que, observa sarcásticamente Barskett, se encontraba también el general Defourneaux, quien “por sus falsedades y sofismas seguramente estaba esperando de ser enviado por el gobierno francés actual a una misión similar”. Como ya se mencionó, el gabinete de Pétion rechazó toda oferta de Lavaysse, pero mencionó la posibilidad de fijar una suma pecuniaria para indemnizar a los antiguos propietarios por las pérdidas sufridas a causa de la separación de Haití de Francia, “eso por respeto a su majestad, Luis XVIII”.¹⁴

Después del regreso de Lavaysse a Francia y de conocerse el fracaso de la misión, Luis XVIII condenó el tono de las cartas dirigidas a los gobernantes haitianos. Si bien Barskett no pone en duda la credibilidad del monarca, observa, sin embargo, que la actitud de los agentes había correspondido, por lo menos en lo general, a las indicaciones secretas recibidas. A pesar de que Luis dio la espalda a esta primera misión, los antiguos colonos prosiguieron sus actividades y lograron que se hicieran

preparativos para una operación militar, misma que se frustró con el regreso de Napoleón. En el breve tiempo que este recuperó el trono imperial, emitió un decreto que prohibió la trata, eso, opina Barskett, para ganarse a Gran Bretaña. Además, intentó tomar contacto con los dos gobernantes haitianos, con el fin de llevar a la isla de vuelta al estatus de una colonia francesa. Sus propuestas fueron rechazadas con desprecio, así como las que la monarquía restaurada de Luis XVIII les hizo llegar después de la segunda paz de París. En opinión de Barskett, los enviados de 1816 contaban con atribuciones civiles y militares para hacerse cargo de la administración de la isla. Después de este último esfuerzo de recobrar el control sobre Haití, anota nuestro autor, no se hicieron otros intentos militares o pacíficos similares.¹⁵ Barskett cierra su exposición con un juicio muy positivo y optimista sobre el fomento de la educación en ambas partes de Haití, que sin duda traerían paz y progreso.

LA OPINIÓN DE JAMES FRANKLIN ACERCA DE LA INDEPENDENCIA DE HAITÍ EN LOS AÑOS DE LA RESTAURACIÓN EUROPEA

Una segunda fuente británica permite conocer otra visión de la situación de Haití en los años de 1814 a 1825. *The Present State of Haití* de James Franklin se publicó en 1828, también en Londres. Franklin era un comerciante británico que importaba productos agrarios tropicales a Inglaterra y exportaba mercancías europeas al Caribe. Su visión está del todo marcada por sus intereses comerciales, lo que se puede apreciar en la discusión siguiente.

Franklin sólo menciona brevemente los sucesos de 1814, aunque conoció a Dauxion Lavaysse personalmente cuando este pasó por Jamaica en su camino de regreso a Francia. Oyó hablar al agente francés muy elogiosamente sobre Pétion, pero en un tono muy negativo sobre Christophe. De acuerdo con Franklin, eso debía tener su explicación en la oferta de una indemnización pecuniaria a los franceses por parte del

presidente Pétion. Es posible que el autor siga en los párrafos siguientes a James Barskett, cuya obra muy probablemente conoció, ya que fue publicada diez años antes, también en Londres. Como aquel, Franklin opina que la independencia del país estaba perfectamente segura y que ambos gobiernos “proseguían los mejoramientos civilizatorios y generales de sus respectivas porciones territoriales”.¹⁶ Este balance positivo de la independencia de Haití es, sin embargo, sustituido en las páginas siguientes por una crítica cáustica. Franklin ve a Pétion como una personalidad débil que no controlaba a sus colaboradores, descuidaba las tareas administrativas y, además, era incapaz de motivar a la población negra, “por naturaleza indolente”, a trabajar en las plantaciones.

Aquí es necesario observar que Pétion había distribuido tierras. El primero de estos repartos, realizado en 1809, beneficiaba a todos los miembros del ejército que se habían retirado, y el de 1814 a todos los funcionarios y con ello a una gran parte de la población.¹⁷ Esta parcelación de la gran propiedad favoreció el desarrollo de un campesinado en la República del Oeste, gobernada por Pétion. Una gran parte de la producción de bienes agrarios para el consumo propio, los mercados locales y regionales, pero también del café para la exportación se encontraba ahora en manos de campesinos, un objetivo que los exesclavos siempre habían perseguido.

Franklin, como representante del comercio británico en el Caribe, veía en este desarrollo la ruina definitiva de la economía de plantación, único garante de una producción comercial a gran escala de azúcar, algodón, café y otros frutos. En el norte, al contrario, Christophe no parceló la gran propiedad. Él mismo, así como los miembros de la nobleza de su corte, se apropiaron de las plantaciones expropiadas a los franceses y las dejaban trabajar por “cultivadores” bajo una estricta vigilancia y unas reglas de trabajo igualmente severas.¹⁸ Al igual que para la elite del reino de Christophe, también para los representantes del comercio internacional (aparte de Gran Bretaña, Estados Unidos, Dinamarca, Prusia y las ciudades hanseáticas) el modelo christophiano significó grandes ganancias. Al oponer a la dulzura e indulgencia de Pétion la dureza y resolución de Christophe, Franklin toma claramente posición a favor de estas últimas

características que le parecían más adecuadas para llevar adelante una producción agraria comercial, así como un intercambio internacional de grandes volúmenes.

En la obra de Franklin se encuentran otras críticas al régimen de Pétion. Una de ellas en relación con la acuñación de moneda. El reducido valor de la moneda haitiana (las monedas contenían 19 partes de estaño y sólo una de plata) afectaba los intereses comerciales del autor. Otro problema constituía para él el reducido consumo de productos de importación en la república de Pétion, que Franklin atribuye a la extendida producción agraria para el consumo propio, mientras que en la corte de Christophe existía una gran demanda de artículos de lujo provenientes de Gran Bretaña.

James Franklin tiene que admitir finalmente que el régimen represivo de Christophe era insostenible. En 1820 estallaron rebeliones, primero entre las tropas estacionadas en Saint-Marc, luego en el Cabo Henri y después también entre los trabajadores de varias plantaciones. Finalmente, los mismos oficiales al mando de las fuerzas militares abandonaron al rey. Pero, antes de que las tropas en rebelión pudieran alcanzar el palacio de Sans Souci, Christophe se quitó la vida. En el oeste y sur, mientras tanto, Jean Pierre Boyer había ocupado la presidencia después de que Pétion había fallecido a causa de una enfermedad prolongada. Después de la muerte de Christophe, Boyer unificó los dos estados de Haití; en 1822 integró a la república la parte este de la isla sin encontrar mayor resistencia. Estos logros apenas son mencionados por Franklin en su obra.

Nuestro autor concentra su atención, por un lado, en la reducida producción agraria y el “plan” de Boyer de “mantener a su pueblo lejos de todo deseo de poseer productos de importación del extranjero”.¹⁹ Los pocos ingresos monetarios y la falta de demanda eran graves fallas a los ojos de comerciantes como James Franklin. Esa circunstancia explica gran parte de su crítica a Boyer, al que, además de todas sus incapacidades, describe como “feo e incapaz de llevar adelante las tareas de gobierno”. También Boyer cometió el error, en opinión de Franklin, de emitir monedas con los metales que le proporcionaban algunas minas en el este de la isla. Pero la única mina del país, escribe Franklin, era el suelo fértil que había que trabajar.

Por otro lado, Franklin dirige sus ataques a las negociaciones que Boyer inició en 1823 con el fin de conseguir el reconocimiento de la independencia de Haití por Carlos X, rey de Francia. Para el autor se trataba de un esfuerzo completamente inútil. Haití, dice, existió durante 21 años como país independiente y ningún peligro había amenazado este Estado. Francia, opina Franklin, hubiera aceptado la independencia de Haití tácitamente, lo que le pareció suficiente.²⁰ En retrospectiva, el momento de las negociaciones era sin duda adverso, puesto que los antiguos amos coloniales tenían todavía gran influencia sobre Carlos X, el segundo Borbón en el trono después de la restauración. Con el reconocimiento oficial, Boyer quiso poner fin al aislamiento diplomático. Desafortunadamente, las negociaciones fueron muy poco favorables para Haití, lo que Franklin adjudica del todo a la incapacidad de Boyer y sus colaboradores.

El presidente haitiano envió en 1823 al general Jacques Boyé a París, con la misión de entablar negociaciones para el reconocimiento de la independencia de Haití, pero regresó sin resultados, así como los dos senadores, Rouanez y Larose, que un año después debieron haber ejecutado la misma orden. Según la versión de Franklin, tenían la facultad de ofrecer una indemnización de 100 000 francos, así como privilegios comerciales. Pero también su oferta fue rechazada. En este momento, escribe nuestro autor, se supo en Francia que Boyer había dado a una empresa inglesa la franquicia de explotar algunas minas en el este de la isla que incluían, además, algunos privilegios comerciales. Como respuesta, Carlos X envió una flota de catorce navíos de guerra al golfo de Gonâve con el fin de “convencer” al gobierno haitiano de reconocer la soberanía francesa o aceptar las condiciones que el rey impondría.

Franklin admite que el encargado de la misión, el barón Mackau, era un representante hábil de los intereses franceses y que sus facultades incluían la de bombardear Puerto Príncipe en caso de que el gobierno de Boyer se negara a aceptar las condiciones establecidas. La débil situación defensiva de la capital, así como la amenaza de la flota francesa pusieron a la población en un estado de extrema angustia. Franklin se burla de Boyer por su falta de valentía y decisión frente al peligro. Finalmente, Mackau deja saber al presidente que su misión era pacífica y que tenía la orden de

encabezar las negociaciones sobre el reconocimiento de la independencia del país. Urgía al presidente haitiano a llegar a una decisión pronta, si no, “tomaría las medidas para las que tenía amplios poderes”. Después de eso, Boyer aceptó la ordenanza firmada por Carlos X. Franklin reproduce el texto en forma abreviada.²¹ Sus principales puntos eran: la apertura de los puertos de Haití al comercio con todas las naciones; la rebaja a la mitad de los derechos de importación y exportación para barcos franceses; el pago de 150 000 000 de francos en cinco anualidades iguales para indemnizar a los antiguos colonos por sus pérdidas, y la concesión de la independencia en caso de que las condiciones nombradas se cumplieran.

Franklin se muestra indignado con Boyer por haber destruido de esta forma la obra de sus predecesores y dirige ahora su atención a los rumores que estaban surgiendo, según los cuales Boyer había traicionado al país y vendido a Francia con el propósito de reintroducir la esclavitud. El autor da ejemplos del creciente descontento entre todas las capas de la población y sobre todo del rechazo de contribuir al pago de las obligaciones contraídas, una actitud que prevaleció sobre todo en la antigua parte española de la isla. A este rechazo generalizado Franklin opone la alegría que demostró la población al conocer la noticia de que Gran Bretaña quería enviar un cónsul a Puerto Príncipe. Según el autor el secretario general Inginac, quien “siempre había estado cerca de los ingleses” estaba muy contento con esta noticia, no así Boyer mismo, al que Franklin atribuye una marcada animosidad frente a los británicos, mientras que secretamente mantenía vínculos con los franceses.²² Por ello, dice Franklin, el primer cónsul, Charles Mackenzie, sólo fue recibido por un funcionario subalterno y no como lo hubiera exigido su posición, por un representante digno del presidente.²³ Como se puede apreciar, la visión que Franklin tiene de los sucesos que refiere, no está únicamente marcada por sus intereses comerciales personales, sino también por los intereses de su país en general, que defiende frente a Francia. Igualmente quiere mostrar que en Haití existían grandes simpatías por Gran Bretaña mientras que el presidente privilegiaba las relaciones con los franceses.

LAS POSICIONES DE THOMAS MADIOU Y DE BEAUBRUN ARDOUIN

Los sucesos seguidos hasta 1817 por James Barskett y hasta 1825 por James Franklin, referentes a la independencia de Haití después de la restauración de los borbones franceses, se reflejan también detalladamente en la historiografía haitiana. Tanto Madiou como Ardouin ponen los gobiernos de Pétion y Boyer bajo una luz favorable, mientras que condenan el régimen de Christophe por su “tiranía”, siguiendo la visión “mulatista” que se estaba cristalizando en las primeras décadas del siglo XIX.²⁴ Sin embargo, se pueden notar matices en sus escritos: Madiou es más reservado en su crítica hacia Christophe mientras que Ardouin da rienda suelta a sus juicios negativos que en varias ocasiones expresan burla y desprecio.²⁵ En el seguimiento cronológico de los sucesos, las dos obras se parecen mucho; no obstante, también aquí sus autores ponen acentos diferentes y sus juicios no siempre son iguales. Ardouin precisa también, de vez en cuando, algunas observaciones de Madiou y no deja de llamar la atención del lector sobre estas correcciones.²⁶

Las decisiones de Pétion y de Boyer en relación con las diferentes misiones y expediciones francesas son evaluadas positivamente por ambos historiadores. En primer lugar, elogian la actitud de Pétion durante la estancia de Dauxion Lavaysse en Puerto Príncipe, celebran su hospitalidad, libre de todo servilismo, así como su determinación de rechazar toda oferta de cambiar soberanía por ventajas personales. No obstante, Madiou critica a Boyer cuando este –durante las negociaciones de 1814 y sobre todo después de la oferta de Pétion de pagar una indemnización a los antiguos propietarios– se vanagloriaba de que él nunca haría concesiones “a esta gente”, con lo que, dice Madiou, Boyer sólo quiso ganar popularidad a expensas de su bienhechor. Además, fue él quien en 1825 aceptó la ordenanza humillante de Carlos X, observa Madiou.²⁷

Ambos autores ven de manera muy crítica la política de Francia frente a Haití. Madiou copia, por ejemplo, dos cartas de un comerciante inglés (John Hardy) quien desde Jamaica insta a Pétion a cubrirse de gloria al llevar a

Haití de regreso a la madre patria, sin derramamiento de sangre. Hardy afirma que el gobierno francés del momento no tenía nada que ver con el anterior de Napoleón Bonaparte; y añade que todos los ojos del mundo estaban dirigidos hacia Francia y que “principios honorables necesariamente tienen que guiar sus actos políticos y me es difícil creer que uno de los primeros actos del gobierno [de Luis XVIII] estaría manchado de hipocresía y mala voluntad”. Madiou comenta secamente al respecto: “A diferencia de la opinión de Mr. Hardy, la primera acción del gobierno de Luis XVIII en relación a Haití estuvo manchada de hipocresía y mala voluntad.”²⁸ Esta observación de Madiou tiene que ser vista en el contexto de la publicación de las instrucciones secretas del ministro de Marina y Colonias, Malouet, de las que Pétion sólo supo después de la salida de Lavaysse, cuando Christophe mandó a tirar literalmente una copia de estas instrucciones sobre la frontera entre ambas partes del país. De esta manera, comenta Madiou, se conocieron también en el oeste y sur de la isla las intenciones “perversas” del ministro francés y de los antiguos colonos: la población negra debería ser llevada de regreso a la esclavitud; la “gente de color” recibiría derechos y privilegios dependiendo del “grado de claridad” de su piel.

Encontramos en Ardouin la misma crítica a la política de Malouet y a la influencia de los antiguos colonos en el gabinete de Luis XVIII; este autor introduce además unas interesantes reflexiones sobre la oferta de Pétion de pagar una indemnización a los antiguos colonos: la opinión de Ardouin es una toma de posición frente a las críticas posteriores –sobre todo en los años 30 y 40– que sostenían que los colonos no tenían derecho a una indemnización porque los haitianos habían ganado la libertad del país con grandes sacrificios y habían excluido a todos los blancos de su sociedad. Por ello las propiedades de los antiguos amos coloniales pasaron a la propiedad del Estado (el llamado dominio nacional). El argumento de Ardouin va en el siguiente sentido: Haití tiene el derecho de excluir de su sociedad a quien quiera pero correspondiendo a este derecho, tenía también una obligación que era la de pagar una indemnización a los propietarios anteriores, si no, no se podría hablar de derecho sino del uso simple de la

violencia. Por eso, concluye, no se podía hacer ningún reproche a Pétion por haber hablado de una posible indemnización en el futuro.

Además, sostiene Ardouin, la situación internacional de 1814-1815 era muy desfavorable para Haití. El país no podía contar con ayuda alguna en la defensa de su soberanía. El artículo secreto del Tratado de París en el que Gran Bretaña concedía a Francia cinco años más para ejercer la trata sin sanciones muestra, según Ardouin, que Londres iba a tolerar una reconquista de la isla por parte de su antigua metrópoli y su repoblación con esclavos bozales traídos de África. Ya no eran los tiempos de 1803, añade, cuando la guerra entre Francia y Gran Bretaña creaba una coyuntura favorable para la lucha de independencia de Haití. En 1814, el país no podía contar con el apoyo de Gran Bretaña en sus negociaciones con Francia. Además, después de diez años, Inglaterra no había reconocido la independencia del país y eso debía haber hecho pensar a Pétion; Haití se encontraba bajo la amenaza de una agresión externa, no contaba con ayuda alguna, por eso, argumenta Ardouin, Pétion tenía que recurrir a un lenguaje mesurado frente a Francia, tenía que apelar a la “justicia” y “filosofía” de Luis XVIII para evitar una guerra que, además, hubiera sido muy difícil de llevar a cabo por la división política del país.²⁹

Como se mencionó en apartados anteriores, los preparativos de una expedición militar a Haití en 1815 fueron interrumpidos y sólo un año después hubo otro intento por parte de Luis XVIII de volver a integrar a Haití a la monarquía francesa. El rey envió una misión de seis miembros bajo el liderazgo de Vicomte Fontanges. Esta vez la empresa era completamente diferente en su concepción a la de 1814. Los escritos y presentaciones verbales estaban imbuidos por un tono paternal que quería excluir toda sospecha de un posible uso de violencia. El rey tenía la voluntad de regresar la colonia a la seguridad, la calma y el bienestar que no eran posibles en la situación actual, decían los documentos. Quería reconocer los servicios que rindieron los que habían mantenido el orden y las instituciones en la colonia. Había venido el tiempo, proseguía, que todos los súbditos se unieran bajo la corona; Saint-Domingue era sólo una pequeña parte del reino, sin medios para defenderse, por lo que el monarca quería ofrecer a la colonia una verdadera independencia en lugar de la

ficticia en la vivía actualmente. Los miembros de la misión presentaron también el proyecto de un acuerdo según el cual la esclavitud sería abolida para siempre en la colonia, los gobernantes actuales estarían a cargo de la administración interior y las tropas y sus oficiales mantendrían sus posiciones.^{[30](#)}

Frente a esta misiva, escribe Madiou, Pétion se encontraba en una situación muy similar a la de Toussaint Louverture en 1802, cuando Leclerc vino a la colonia con las atribuciones de un capitán general y hacía promesas similares, pero que poco después fueron todas incumplidas. Por eso la decisión del presidente no podía ser otra que un claro rechazo de la oferta. Comunicó a los miembros de la misión que serían innecesarios contactos adicionales, ya que el rey de Francia se negaba a reconocer la independencia de Haití; el país se preparaba para una guerra con el fin de poder resistir eventuales represalias.^{[31](#)}

Después de la misión fracasada de 1816, durante varios años París no hizo intento alguno de volver a entablar negociaciones con Haití. Fue hasta 1823 que se envió a Liot como encargado del ministro de Marina y Colonias, Clermont-Tonnerre, para instar a Boyer a enviar una misión a Francia con la comisión de retomar las conversaciones sobre el tema de la independencia de la isla, ya que en años pasados Francia había hecho varios intentos infructuosos de llegar a una solución mediante el envío de misiones diplomáticas. Boyer mandó en mayo del mismo año un representante, el general Jacques Boyé, quien se entrevistó en Bruselas con el antiguo miembro de la misión de 1816, Esmangart, pero sin llegar a resultado alguno. Al año siguiente se hizo otro intento, esta vez Rouanez y Larose encabezaron la misión. Tenían el encargo de pedir el reconocimiento de la independencia por medio de una ordenanza y de ofrecer una indemnización “como muestra de la satisfacción del pueblo haitiano sobre el acto filantrópico y benevolente que su Majestad Cristiana tenía la gracia de realizar”. Ardouin ve en esta formulación un gran error. En su opinión, el pago de una suma determinada a Francia no podía ser una compensación por el reconocimiento de la independencia ni por un “acto filantrópico”, sino únicamente una indemnización de la propiedad perdida por los antiguos colonos.^{[32](#)} Los dos representantes ofrecieron 80 000 000 de

francos, que no fueron aceptados por el encargado de negociaciones francés quien exigió 100 000 000. Dos puntos más impidieron un acuerdo entre los dos partidos: por un lado, la negación del gobierno francés de conceder la independencia a la parte este de la isla porque, en su opinión, la soberanía pertenecía a España y no a Haití, y, por otro lado, Esmangart introdujo el tema de “una soberanía exterior”, un tema sobre el que Larose y Rouanez no tenían poderes para negociar. Como se mencionó en el apartado dedicado a la obra de James Franklin, en 1825 se llegó a un acuerdo definitivo entre Francia y Haití cuyo resultado era la aceptación de la ordenanza real.^{[33](#)}

CONCLUSIONES

La discusión sobre el reconocimiento de la independencia de Haití en los años de la restauración europea se abordó en este trabajo bajo cuatro perspectivas: los autores de los primeros dos textos (James Barskett y James Franklin) eran testigos oculares de las condiciones políticas, económicas y sociales del país en el momento de los intentos de los Borbones franceses de recuperar la colonia perdida. Los dos autores haitianos, en cambio, se basan esencialmente en testimonios orales y escritos que muchas veces citan *in extenso*.

Aunque no existen indicios directos en la obra de Barskett, me parece que los juicios de este autor sobre la política francesa frente a Haití y sobre la reacción de los dos gobernantes haitianos (Aléxandre Pétion y Henri Christophe) estaban marcados por la opinión pública predominante en Inglaterra que mostraba gran interés por la epopeya de la lucha por la libertad e igualdad de los esclavos y la gente de color de la isla caribeña. Estos sectores liberales de Inglaterra usaban los éxitos de los gobiernos independientes de Haití como argumentos en contra de la trata y la esclavitud y en oposición a la idea de los defensores de ambas instituciones de que sin el trabajo compulsivo no era posible la economía de plantación y que una liberación inmediata de los esclavos conllevaba irremediabilmente

un caos político y económico. La crítica de Barskett se dirige contra el egoísmo de los antiguos plantadores y contra su desconocimiento del Haití independiente, como factores que influyeron decisivamente en los intentos franceses de recuperar la colonia perdida (dos misiones pacíficas y una expedición armada, además de las negociaciones llevadas a cabo en Bruselas y París). Las aspiraciones francesas eran condenadas al fracaso, dice Barskett, ya que tanto los gobiernos de Haití como su población estaban listos para defender su independencia con todos los medios a su alcance.

Si Barskett defendía la independencia de Haití por razones filantrópicas, su compatriota James Franklin tenía interés en ella por razones completamente diferentes. En un Haití independiente, sus puertos estaban abiertos a barcos británicos; en una colonia francesa, en cambio, el comercio con otros países hubiera sido prohibido del todo u obstaculizado por altos gravámenes de importación y exportación. También las descripciones de la situación económica y social de las dos partes del país están marcadas por el cálculo económico del comerciante británico. Franklin elogia el régimen de Christophe ya que la producción de plantación traía altos ingresos a su reino que se traducían en un consumo considerable de bienes británicos. En la república del oeste, encabezada por Pétion y luego en el Haití unificado bajo Boyer, Franklin veía sus intereses sólo limitadamente atendidos, por eso no escatima en críticas al consumo reducido de artículos importados en esta parte del país. Buscaba la explicación para tal situación en la producción para la subsistencia de los campesinos del sur y el oeste, las cosechas menos abundantes de productos de exportación, las características “inherentes” de la población negra y los gobiernos “débiles” e “incompetentes” de Pétion y Boyer.

Con respecto a las obras de los dos autores haitianos, Thomas Madiou y Beaubrun Ardouin, se trató de mostrar que sus representaciones y juicios sobre las diferentes expediciones francesas, las negociaciones y sus resultados son complementarios en muchos aspectos. De la multiplicidad de opiniones, descripciones y juicios resulta una imagen rica en pormenores sobre la situación haitiana en la coyuntura de la restauración europea; también ofrecen una imagen detallada y matizada acerca de las estrategias

cambiantes de los Borbones franceses para recuperar el control sobre la colonia perdida, pero también acerca de las respuestas diferentes en Haití con respecto a las medidas políticas y militares que Luis XVIII y Carlos X pusieron en marcha. Los argumentos que usan Madiou y Ardouin para explicar y justificar la política de los dos presidentes de la república de Haití parecen indicar que están discutiendo con una historiografía prochristophiana, según la cual la dureza, ausencia de compromisos y el rechazo total de todas las ofertas por parte del monarca haitiano eran la única actuación correcta en el asunto del reconocimiento de la independencia de la otrora colonia francesa.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Ardouin, Beaubrun, *Études sur l'Histoire d'Haiti, survies de la vie du Général J.-M. Borgella, Dezobry et E. Magdeleine*, París, 1853-1860, 11 tt. [Consultado en PDF, Gallica, Bibliothèque Numérique de la Bibliothèque de France.]
- Barskett, James, *History of the Island of St. Domingo, from its First Discovery by Columbus to the Present Period*, Londres, 1818, Nueva York, Mahlon Day, 1824, <<https://archive.org/details/historyofislando00bars>>. [Consulta: 22 de agosto de 2017.]
- Benoît, Joaquim, *Les Racines du sous-développement en Haiti*, París, Prix Deschamps, 1980.
- Casimir, Jean, *Haití: acuérdate de 1804*, México, Siglo XXI Editores, 2007.
- Franklin, James, *The Present State of Hayti (Saint Domingo) with Remarks on its Agriculture, Commerce, Laws, Religion, Finances and Population*, Westport, Connecticut, Negro University Press, 1970.
- Grafenstein, Johanna von, "Die Unabhängigkeit Haitis im Kontext des Wiener Kongresses", *Zeitschrift für Weltgeschichte, Interdisziplinäre Perspektiven*, Peter Lang ed., Jahrgang 16, Heft 2, Herbst, 2015, pp. 45-68.
- Justin, Michel-Placide, *Histoire politique et statistique de l'île d'Hayti, Saint-Domingue*, París, Brière, 1826.
- Lepkowski, Tadeusz, *Haití*, 2 vols, La Habana, Casa de las Américas, 1968-1969.
- Madiou, Thomas, *Histoire d'Haïti*, Puerto Príncipe, Henri Deschamps, 1989-1991, 7 tt.
- Nicholls, David, *From Dessalines to Duvalier: Race Colour and National Independence in Haiti*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- Recueil des Traités et Conventions entre la France et les Puissances alliées, en 1814 et 1815; suivi de l'Acte du Congrès de Vienne*, París, Imprimerie Royale, 1815 [versión PDF consultada en Gallica, Bibliothèque Numérique de la Bibliothèque Nationale de France.]

Trouillot, Michel-Rolph, "Historiography of Haiti" en B.W. Higman (ed.), *General History of the Caribbean. Methodology and Historiography of the Caribbean*, Londres, UNESCO, 1999, t. vi.

NOTAS

- ¹ La contribución retoma planteamientos del artículo Grafenstein, "Die Unabhängigkeit Haitis", 2015, pp. 45-68.
- ² Barskett, *History of the Island*, 1824, y Franklin, *The Present*, 1970 (original publicado en Londres, 1828).
- ³ Madiou, *Histoire d'Haïti*, 1987-1991. Sólo los primeros tres tomos fueron editados durante la vida de Madiou, un tomo póstumo en 1907 y los restantes fueron publicados por Deschamps a finales de los años ochenta y durante los noventa del siglo xx. Ardouin, *Études sur l'Histoire*, 1853-1860.
- ⁴ En el momento de la planeación de la expedición se creía en Francia que Haití se encontraba escindida en tres partes políticas lo que, en efecto, había sido el caso por un breve lapso: entre 1807 y 1810 el país estaba dividido en dos partes, con la República de Haití que tenía a Aléxandre Pétion como presidente y el Estado de Haití con Henri Christophe como gobernante. En 1810 se dio la separación de la península del sur con André Rigaud como presidente de Consejo, después de su muerte le siguió el general Borgella en el puesto hasta que la península se reintegrara a la República de Haití. A partir de 1811 y hasta su muerte en 1820, Christophe gobernaba en el norte como rey Henri I.
- ⁵ Justin, *Histoire politique*, 1826.
- ⁶ Barskett era comandante de un barco inglés estacionado en Jamaica y realizó estancias prolongadas en Haití en los años de 1811 a 1817.
- ⁷ Barskett, *History of the Island*, 1824, p. 257.
- ⁸ Los términos exactos de dicho artículo son los siguientes: "Sa Majesté Très Chrétienne, partageant sans réserve tous les sentiments de Sa Majesté Britannique relativement à un genre de commerce que repoussent et les principes de la justice naturelle et les lumières des temps où nous vivons, s'engage à unir, au futur congrès, tous ses efforts à ceux de S.M., pour faire prononcer par toutes les Puissances de la Chrétienté, l'abolition de la traite des noirs; de telle sorte que la dite traite cesse universellement, comme elle cessera définitivement et dans tous les cas de la part de la France, dans un délai de cinq années, et qu'en outre, pendant la durée de ce délai, aucun trafiquant d'esclaves n'en puisse importer ni vendre ailleurs que dans les colonies de l'État dont il est sujet". *Recueil des Traités et Conventions entre la France et les Puissances alliées, en 1814 et 1815; suivi de l'Acte du Congrès de Vienne*, p. 23, Gallica, Bibliothèque Numérique de la Bibliothèque Nationale de France, <http://www.bnf.fr/en/collections_and_services/digital_libraries_gallica.html>. [Consulta: 22 de agosto de 2017.]. Thomas Madiou y Beaubrun Ardouin citan este artículo del tratado adicional de la Paz de París del 30 de mayo de 1814 entre Gran Bretaña y Francia.
- ⁹ Barskett, *History of the Island*, 1824, p. 214.
- ¹⁰ De hecho, esta estrategia se había aplicado con éxito contra el ejército punitivo de Immanuel Leclerc en 1802-1803. Sobre los preparativos en contra de una invasión en 1814, véanse la carta de un comerciante inglés, fechada en Puerto Príncipe el 1 de agosto de 1814, y el

despacho del conde de Limonade, secretario de Estado y ministro de asuntos exteriores de Christophe a M. Peltier, fechada en el Palacio de Sans Souci, 10 de junio de 1814, Barskett, *History of the Island*, 1824, pp. 251-253.

[11](#) *Ibid.*, p. 253.

[12](#) Barskett no hace mayor hincapié en las instrucciones clandestinas de Malouet. Las comentaremos más adelante en este trabajo.

[13](#) “[...] would have been sufficient to convince the inhabitants of St. Domingo, that they had no more favour or friendship to expect from the cabinet of Louis than from that of Bonaparte”. Barskett, *History of the Island*, 1824, p. 221.

[14](#) *Ibid.*, pp. 221 y ss.

[15](#) Recordemos que la historia de Barskett termina en 1817.

[16](#) Franklin, *The Present*, 1970, p. 218. Por desconocimiento o por otras razones Franklin no menciona la planeada expedición de 1815, ni la misión del año siguiente.

[17](#) Lepkowski, *Haití*, 1968-1969, vol. 1.

[18](#) Este modelo significó para los exesclavos una renovada explotación por una pequeña y privilegiada elite, en este caso del mismo color de piel. Franklin parece carecer de toda objetividad cuando describe a los cultivadores del norte como contentos y prósperos. Su juicio refleja, más bien, la buena impresión que le causaban la eficiencia del trabajo realizado y el bienestar de la reducida elite que rodeaba a Christophe.

[19](#) Franklin, *The Present*, 1970, p. 240.

[20](#) Esta idea ha sido también defendida en cierta historiografía del siglo xx. Véanse Benoît, *Les Racines du sous-developpement*, 1980, pp. 75-83, y Casimir, *Haití: acuérdate*, 2007.

[21](#) Franklin, *The Present*, 1970, p. 247. El texto completo reza como sigue: “Charles, para la grâce de Dieu, roi de France et de Navarre, à tous présents et à venir, salut. Vus les articles 14 et 73 de la Charte; voulant pouvoir à ce que réclament l’intérêt du commerce français, les malheurs des anciens colons de Saint-Domingue et l’état précaire des habitants actuels de cette île; Nous avons ordonné et ordonnons ce qui suit: Article 1ier: les ports de la partie française de Saint-Domingue seront ouverts au commerce de tous les nations. Les droits perçus dans ces ports, soit sur les marchandises, tant à l’entrée qu’à la sortie, seront égaux et uniformes pour tous les pavillons, excepté le pavillon français en faveur duquel ces droits seront réduits de moitié. Article 2: Les habitants actuels de la partie française de Saint-Domingue verseront à la caisse fédérale des dépôts et consignations de France, en cinq termes égaux d’année, 150 millions de francs, destinés à dédommager les anciens colons qui réclameront des indemnités. Article 3: Nous concédons à cette condition par la présente Ordonnance aux habitants actuels de la partie française de Saint-Domingue, l’indépendance pleine et entière de leur gouvernement. Et sera la presente Ordonnance scellée du gran sceau. Donné à Paris, Château des Tuilleries, le 17 avril de l’an de grâce 1825, et de notre règne le premier. Signé Charles”. Ardouin, *Études sur l’Histoire*, 1853, t. 8, pp. 338 y ss.

[22](#) *Ibid.*, p. 260.

[23](#) Sin embargo, Franklin no menciona que Inglaterra sólo reconoció la independencia de Haití en 1826, junto con los Países Bajos, Suecia y Dinamarca y no en 1823 cuando reconoció la independencia de las antiguas posesiones españolas.

[24](#) Nicholls, *From Dessalines to Duvalier*, 1979, pp. 55-57, habla de la “leyenda mulatista”.

[25](#) Véase por ejemplo su relato sobre la entrada en Puerto Príncipe de los enviados de Christophe, que debieron convencer a Pétion a someterse a él para, conjuntamente, enfrentarse a un posible ataque por parte de Francia. Entre esos cuatro embajadores se encontraba un conde, un barón y un caballero, todos vestidos de acuerdo con su alta posición en la corte del rey. Desafortunadamente el populacho de la capital no se dejaba impresionar por su aparición, en

su lugar seguían a los enviados por las calles, haciéndoles burla. Madiou sólo menciona este episodio, mientras que Ardouin la reproduce como la escena de una pieza teatral.

[26](#) Para un análisis historiográfico de ambas obras en un contexto más amplio, véase Trouillot, “Historiography of Haiti”, 1999, pp. 451-477.

[27](#) Madiou, *Histoire d’Haiti*, 1987-1991, t. 5, p. 329.

[28](#) *Ibid.*, p. 243.

[29](#) Ardouin, *Études sur*, 1853-1860, t. 9, pp. 100-103.

[30](#) Madiou, *Histoire d’Haiti*, 1987-1991, pp. 370-389.

[31](#) *Ibid.*

[32](#) Ardouin, *Études sur*, 1853-1860, t. 9, pp. 274 y ss.

[33](#) Sin embargo, es importante mencionar que en 1838 Boyer logró negociar un tratado con el gobierno de Luis Felipe que reconoció incondicionalmente la independencia de Haití y bajó el monto de la indemnización a 60 000 francos a los que hay que sumar 30 000 francos que corresponden al crédito que se había tomado para pagar la primera anualidad de la suma original.

EN LOS LÍMITES DEL IMPERIO, LA HERMENÉUTICA DE LA FRONTERA ENTRE LA PENÍNSULA DE YUCATÁN Y BELICE EN EL SIGLO XVIII

Ana E. Cervera Molina*

El estudio de la frontera sur de México, desde hace varias décadas, se ha visto opacado y supeditado al estudio de la “gran frontera”: la frontera norte. La intensa relación entre México y Estados Unidos, reactivada vívidamente desde la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), ha minimizado los alcances de todos los fenómenos de asentamientos poblacionales propios del sur, entendiéndolos bajo una óptica sesgada en donde dichos movimientos se establecen en una lógica “históricamente direccionada” de sur a norte con el objetivo de alcanzar la promesa individual del sueño americano.¹

Aunque comprobable hoy en día, esta premisa no es del todo cierta. Las dinámicas fronterizas del sureste mexicano, comprendido desde el istmo de Tehuantepec hasta las fronteras geopolíticas de México con sus vecinos centroamericanos, Guatemala y Belice, no se han visto, desde su origen, direccionadas en un sentido dependiente con la frontera norte del país,

entonces conocida como la Gran Chichimeca. Lo que sí es posible afirmar es que en el estudio del área, desde los inicios de la época colonial en México (siglo XVI), estos territorios liminales han guardado una dependencia incómoda con el centro administrativo del poder en turno a través de un movimiento pendular entre dicho centro administrativo y las periferias insumisas presumiblemente localizadas en las zonas deshabitadas, abandonadas o confinadas al salvaje dominio de grupos rebeldes, principalmente indígenas o ingleses.

Cabe destacar que en el sureste mexicano, en especial en la península de Yucatán, vivimos nuestras propias fronteras –reales, simbólicas e imaginarias como diría Foucher² que se construyen ajenas a la frontera norte, sobre un pasado romántico de indios serviles y grandes haciendas, y separadas del México azteca condensando en la región centro que capitanea la Ciudad de México. Esta separación simbólica, curiosamente, nos aleja del ideal de nación mexicana, pero nos une en una forma extraña, casi metafórica, a un Caribe acuático, insular y móvil, y a una Centroamérica rodeada de exóticos paisajes-barrera en donde la frontera es un signo que construye los límites del espacio al mismo tiempo que constituye una barricada protectora que mantiene a salvo a la patria de la embestida de extraños. Así, es en su acepción de signo que la frontera deja de ser una referencia espacial para volverse un punto de enunciación discursiva desde el cual es posible establecer un “correcto estar ahí” político y administrativo, es decir, un horizonte hermenéutico sostenido sobre un escenario de acción social en donde el espacio físico es conquistado lentamente a través del discurso y de un proceso de territorialización gradual, los cuales otorgan una potencialidad evocadora al sujeto en la medida que este ocupa un lugar privilegiado dentro del colectivo al que pertenece. Cada uno de los niveles de interpretación de una frontera refiere un diálogo simultáneo a diferentes escalas entre continuidad y discontinuidad. Su configuración territorial real, así como su interpretación simbólica e imaginada, refieren un proceso dialéctico constante e infinito que parte del sujeto que enuncia; impacta el trazo, acomodo y dibujo del espacio en representaciones abstractas, comúnmente llamadas planos o

mapas; y regresa al sujeto para otorgarle rasgos definitorios que lo caracterizan de forma inalienable como parte del área.

El objetivo de la presente reflexión es bosquejar los hilos conductores básicos de una nueva propuesta teórica denominada “hermenéutica de la frontera”,³ la cual pretende arrojar luz sobre la comprensión de los movimientos poblacionales en la frontera entre la península de Yucatán y Belice durante la segunda mitad del siglo XVIII y sus muy particulares formas de apropiación a partir del silencio y el vacío, así como en otros escenarios geográficos que compartan situaciones de poblamiento similares.

ABORDANDO LA REGIÓN, ANTECEDENTES DE LA ZONA

Durante los tres siglos de expansión, consolidación y desestructuración del régimen colonial en América (siglos XVI al XVIII) algunos proyectos hegemónicos de expansión territorial y económica, como los que desarrollaron España y Gran Bretaña, establecieron criterios arbitrarios de ocupación territorial basados en la enunciación explícita de los espacios de acción política conquistados y dominados hasta el momento.⁴ De ese modo, los imperios occidentales dieron origen a territorios *borderlands*, en donde el bloque discontinuo que ofrecía la frontera-límite⁵ no permitía la existencia del vacío; estos territorios se oponían directamente a los territorios vinculados a la frontera-frente,⁶ en la cual el bloque territorial reflejaba continuidad; por tanto, el vacío constituía una potencialidad semántica, necesaria y autogestora, del espacio en expansión. Dicho vacío debía ser producido y señalado previamente en un soporte estable para poder dar pie al despliegue de la máquina de poder y conquista. Estas políticas de dominación geoestratégicas del orden monárquico colonial occidental desarrollaron un complejo mecanismo de despliegue y establecimiento de poder que partió de una estrecha y recíproca relación económica entre el Caribe, México y Centroamérica y España y Gran Bretaña, en donde los primeros eran los posibles escenarios y frentes de expansión y explotación colonial de los segundos.

Lo que propongo aquí es que las fronteras en el istmo centroamericano y el Caribe durante la época colonial resultaron, más que ahora, un escenario, es decir, una abstracción discursiva, ambigua y borrosa, del espacio que ofrecía una nueva geografía de acción política disputada entre diferentes Estados coloniales que se construían sobre procesos de negociación bilateral que pretendían resistir, física, discursiva e imaginariamente, la expansión de la otredad manifiesta. En esta lógica, el análisis de las fronteras durante el siglo XVIII, en especial en el área de interés que nos compete, Centroamérica y el Caribe, permite vislumbrar que una frontera no siempre es igual a una nación, ya que este es un concepto moderno, pero que sí representa un signo que evoca el dibujo de un bloque territorial sobre el cual se ha establecido un mito de unidad basado en un “correcto estar ahí” político y administrativo del cual emanará posteriormente dicha nación. Es así como el posicionamiento discursivo que sugiere el establecimiento de un horizonte hermenéutico declara una conciencia aspiracional de autodefinición en el dibujo y creación de la frontera, pues con el nacimiento del signo mismo durante el ocaso del periodo colonial (siglo XVIII) no se trataba de reflejar el mundo conocido, sino de transformarlo en el plano de lo imaginado, visualizarlo en el plano simbólico y aplicarlo en el plano de lo real, haciendo que la huella física encaje con la huella imaginada del territorio en disputa.

En la presente reflexión interesan dos zonas geográficas en un periodo determinado: la península de Yucatán y Belice durante la segunda mitad del siglo XVIII. Estas dos regiones han sido imaginadas históricamente de forma diferente, lo cual ha conllevado procesos de configuración regional diversos, pero tienen como punto de encuentro no sólo la frontera geopolítica que las une, sino el hecho de que han sido víctimas de un aislamiento crónico en el que la producción del vacío ha estado vinculada con la potencialidad geoestratégica de la zona tanto como puerto de abrigo, paso de mercancías o como punto de entrada y salida al Golfo de México.⁷ Así, el proceso de insularización en estos territorios ha dado como resultado el nacimiento de una “isla continental”:⁸ la península de Yucatán, y un enclave político-territorial de carácter expansivo: Belice.

Hoy por hoy, Belice funciona parcialmente disociado del resto del continente americano al ser el único territorio continental de habla inglesa en un bloque prioritariamente hispanohablante, y la península de Yucatán ya no funciona como un bloque geográficamente unido en su totalidad, como se pensó en la época colonial, ya que esta ha sido fragmentada en entidades federativas. Además, se cuestiona su total pertenencia al espacio Caribe como región geográfica y cultural pues carece de un visible componente poblacional afrodescendiente, su entrada al sistema de producción azucarero fue tardía y casi inexistente en comparación con las Antillas y, en términos geográficos estrictos, sólo la costa de Quintana Roo es reconocida como perteneciente al área por tener salida directa al mar Caribe. Por tanto, la producción discursiva de estas entidades territoriales como espacios vacíos y aislados susceptibles de ocupación, es decir, como fronteras-frentes, data al menos de finales del siglo xvi. Su desarrollo es evidente a través de un análisis del espacio físico de cada uno de los proyectos de expansión que les atañen, pues es a través del desarrollo y análisis de dichos proyectos y sus correspondientes horizontes hermenéuticos que se evidencia cómo estas regiones, aisladas y autónomas simultáneamente, han sido el resultado de la articulación de un espacio ambiguo de negociación con el establecimiento de una diplomacia silenciosa, basada en testimonios imprecisos y rumores, que han provocado un desfase histórico y cultural entre el todo y las partes. Por ello la segunda mitad del siglo xviii resulta de interés crucial para este análisis, pues es en este periodo que podemos entender cómo la crisis de un sistema colonial representa el momento de consolidación de su otro antagónico, el cual se vislumbra como una “contracolonia”.⁹

Dada su lenta configuración administrativa, ambas zonas, la península de Yucatán y Belice, comparten como rasgo definitorio el lento establecimiento de la maquinaria del poder colonial que marcara el correcto “estar ahí” político de sus miembros con base en una hermenéutica de la frontera que trabajaré a continuación.

HACIA UNA HERMENÉUTICA DE LA FRONTERA

La hermenéutica constituye un modo de acceder a la verdad última del texto, basándose en el modo de lectura y en la formación y posicionamiento del individuo frente y en relación con dicho texto. Si la hermenéutica constituye un “estar ahí” que abarca la experiencia de mundo del sujeto, entonces ¿qué pasa, territorial y lingüísticamente, con el signo frontera?, ¿cómo se construye dicho signo?, y ¿cómo podría establecerse una hermenéutica de la frontera que facilite una aproximación documental a dicho fenómeno? Partiendo de la premisa de Anderson: “Frontera es un término del discurso”,¹⁰ es posible hablar de la ya mencionada hermenéutica de la frontera, la cual refiere la naturalización discursiva del derecho jurídico de un Estado sobre el territorio y el aislamiento de este con respecto al todo que lo contiene a través de un diálogo constante entre la continuidad y la discontinuidad en los modos de territorialización del espacio. En el modo de empoderamiento espacial que sugiere este tipo de abordaje teórico aplicado a las zonas liminales del Estado colonial, la corona representa el poder, visible a través de acción de los representantes administrativos del rey, y la frontera los límites de su acción frente a otro que reconoce como no perteneciente a su comunidad.

Desde el momento en que asumimos un abordaje hermenéutico para leer una forma discursiva en particular estamos partiendo de un modo de posicionamiento lingüístico que se construye a partir de una relación básica: por un lado, existe un sujeto que comprende, y un objeto que espera ser comprendido, por el otro. En el caso que nos compete, el abordaje hermenéutico sugiere que están los militares españoles Baltazar Rodríguez de Trujillo,¹¹ Juan Bautista Gual,¹² y el ingeniero militar Rafael Llobet¹³ que realizaron alternadamente sus visitas después de la Convención de 1786 a los establecimientos ingleses del Walix, ubicados en los territorios desocupados que poseía la corona española en los confines de Centroamérica, próximos a la península de Yucatán. Por otra parte está el territorio del Walix¹⁴ en sí mismo, junto con sus autoridades inglesas, contraparte de las españolas, y toda la población de origen afrodescendiente

o indígena. Ambos elementos existieron de forma separada en el discurso y sólo se relacionaron en el mismo plano de acción cuando intentaron comprenderse mutuamente, en decir, durante las visitas, ya que a pesar de tener un cercanía geográfica abrumadora en los archivos españoles no existen referencias constantes de su interrelación con excepción de la documentación derivada de las visitas semestrales que el rey Carlos III mandó realizar con el objetivo de contener el avance inglés sobre territorio español en las tierras insumisas ubicadas en la parte oriental de Yucatán. Como se aprecia en este ejemplo, la relación que une estas dos unidades de significado está dada por un concepto sustancial de la filosofía: la comprensión humana, ya que es sólo a través de ella que los visitantes españoles establecieron el modo de ser que le es propio de su “estar ahí”¹⁵ a través de una serie de elementos observables y medibles durante las visitas.

Aunque la hermenéutica de la frontera, como todo tipo de abordaje similar, se focaliza en la comprensión como eje transversal y significativo de la experiencia de aquel que habita el discurso, esta forma interpretativa busca el entendimiento dinámico de los diversos procesos que, en conjunto, establecen el horizonte de interpretación de aquellos que habitan y han sido formados en el centro y con respecto a la liminalidad. Para la aplicación de este proceso al área de estudio que nos interesa es pertinente recalcar lo volátil del punto de enunciación y comprensión del sujeto frente a lo esencialmente estático de la producción material del territorio, ya que, según la óptica de la hermenéutica de la frontera aquí bosquejada lo que cambia en la narración histórica de ambos bandos imperialistas confrontados no es el paisaje ni el territorio en sí mismo, sino la mirada de quien los interpreta y enuncia, es decir, del sujeto formado.

Como vemos, la comprensión está íntimamente ligada con la interpretación y formación del sujeto, debido a que sólo este es capaz de comprender e interpretar “correctamente”, pues se ha formado en el marco de una tradición que sienta las bases de la vida social armónica y la legalidad en una comunidad hermenéutica diferenciada. Para el caso del Walix y la frontera entre la península de Yucatán y Belice no importó a nivel administrativo quién atravesase la zona de manera cotidiana, sea español o inglés, dejando su impronta en el territorio, pues a nivel

institucional sólo fue importante la narración de quien fue enviado a ordenar y clasificar el espacio, dado que su mirada había sido entrenada por la tradición expansionista de su nación de origen y estaba focalizada en los detalles que le interesaban a dicha nación, acentuando o borrando aquello que más le resultara conveniente.

Comprender al otro, como lo hicieran las autoridades españolas en la zona del Walix a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, significó tomar una postura oficialista que partía de la diferenciación y la autoexclusión como modos válidos de generar el entendimiento. Para los capitanes españoles, cuyos diarios aquí citamos, tres elementos fueron clave para entender los asentamientos ingleses: 1) los antecedentes históricos de los individuos que habitan el territorio en relación con su pasado como piratas o contrabandistas; 2) la actividad económica que los sustenta basada en el corte y extracción de palo de tinte y caoba, con sus respectivos efectos sobre la economía de su contraparte; y 3) los usos prácticos del territorio que dichos sujetos potencializan cada día, los cuales comprendían las formas y tipos de cultivo en la zona, el lugar geográfico de asentamiento y las formas de gobernación o autogobernación que ejercían cotidianamente.

Como ya se dijo, para que el posicionamiento hermenéutico adquiriera potencialidad como estructura explicativa, la diferencia debe alzarse como una forma retórica clara y visible, ya que es en la diferenciación en donde se establece la distancia crítica, la cual se acerca o aleja en la medida que el encuentro de premisas opuestas sobre un mismo objeto fusiona los dos estados del ser —el que comprende y el que espera ser comprendido—. En esta fusión de horizontes se establece el diálogo con el cual se dinamiza la experiencia del yo frente al otro: el yo productor de significados frente al otro receptor de contenidos. Pensado en ofrecer ejemplos prácticos que ilustren el diálogo inaugurado con la diferencia se analiza la relación entre los tres diarios de los militares españoles que visitaron y narraron la zona fronteriza del Caribe continental en la que habitaban los cortadores de palo de tinte ingleses entre 1788 y 1799. En ellos el discurso oficialista surge de la fusión en un continuo proceso dialógico entre la producción escrita de sus predecesores —Trujillo y Gual a Llobet—, la cual es modificada por la experiencia del narrador en primera persona quien corrige o actualiza datos

permitiendo, a su vez la activación de la experiencia de su sucesor –Gual a Trujillo y Llobet–, y la del sucesor mismo, el cual llega a la zona buscando los elementos en los que le han dicho sus predecesores que debe focalizar la mirada –Trujillo a Gual y Llobet–. En esta lógica, la mirada del visitador español no es objetiva; llega buscando lo que le han dicho sus predecesores que debe encontrar, focalizando su narración en el aspecto central que interesa al poder hegemónico que representa: el ajuste de la otredad al marco legal a través de la observación de los tres elementos arriba señalados. Por tanto, el objetivo que cada visitador español busca alcanzar en sus visitas era que los cortadores ingleses que habitan las áreas liminales del imperio lo hicieran en los términos legales que la nación española les había demandado; sin embargo, las comunidades que habitan la periferia se autorregularon en un sistema diferente al reconocido por la administración española, que poseía una visión limitada, y por tanto fácil de burlar por aquellos que entienden el marco de referencia en que se movían sus censores.

Hasta ahora, en el análisis que he hecho, pareciera que la interpretación hermenéutica del texto siempre está maniatada al autor que la produjo; sin embargo, esta premisa tampoco es del todo cierta. En el análisis del fenómeno de la frontera que obliga a la creación de una nueva manera de abordaje llamada precisamente hermenéutica de la frontera se muestra que el texto, una vez creado y su autor desvanecido en la historia, adquiere su propia relevancia como herramienta formadora del presente. Las narraciones generadas de, sobre y desde la frontera adquieren aquí un dinamismo impresionante una vez que el autor haya perdido relevancia para su interpretación, ya que sus usos se vuelven anacrónicos, y sus sentidos originarios toman tintes metafóricos que ayudan a explicar el presente como un proceso que deviene activamente del pasado, pero sin aludir al cruce formación-vivencia del narrador. Un ejemplo de esto lo vemos en la construcción de la identidad regional yucateca concebida como una unidad aislada y autónoma que se alimenta de la metáfora explicativa de la isla de tierra firme, elemento exportado de manera anacrónica del siglo XVI, que sirve para entender la experiencia yucateca actual.¹⁶

Para la cultura occidental el texto escrito funciona como un modo de provocar o acceder a la memoria, pero, aunque la hermenéutica del texto le da al mismo una gran autonomía de interpretación al disociarlo del autor y de la legalidad de su tiempo, esto no quiere decir que una interpretación consensuada deba olvidar estos elementos, sobre todo al momento de aludir a la memoria. En esta son vitales tres elementos para la constitución histórica del hombre: retener, olvidar y recordar.¹⁷ De este modo, el texto conservado para la posteridad pretende retener y fijar en la memoria los eventos que se quiere salvar del olvido. En él se intenta aseverar la existencia de los hechos importantes asegurándolos para la posteridad, lo que permite al individuo formado –ya no al que produce sino al que interpreta– salvar del olvido sólo aquello que conviene a la comunidad hermenéutica. En la lógica del recuerdo, el olvido adquiere una dimensión intencional que presume su carácter aspiracional, pues en dicha lógica más que olvidar un evento, la comunidad hermenéutica pretende evitar la existencia de una legalidad social diferente a la suya en donde “evitar” no es apartar la mirada de algo, sino atender a ello en forma tal que no se choque con él, sino que se pueda pasar de lado.¹⁸ En este sentido, “evitar” es sinónimo de obviar la existencia del otro, pretendiendo que este no tiene corporalidad, mientras que “olvidar” no representa una negación del hecho, sino un no reconocimiento de la legalidad social sobre la que se sostienen otras comunidades hermenéuticas diferenciadas al considerar la propia como única óptica seleccionadora de recuerdos. Estos tres elementos centrales de la memoria –retener, olvidar y recordar–, son evidentes en el juego óptico que establece la frontera como punto de enunciación.

Mirando el Walix desde el lado español este territorio pareciera ser un escenario oscuro, agreste, empobrecido, que apenas supera el estadio de lo salvaje; pero mirando desde la óptica inglesa vemos un territorio activo, organizado, en constante evolución, el cual lentamente adquiere tintes de urbanidad. Entre ambas visiones lo que media no es el aspecto material del territorio, ya que este es el mismo para ambas partes, sino los modos en que se evitan las comunidades hermenéuticas y los elementos que retienen y recuerdan como parte de su historia. En el plan estratégico de avanzada de cada uno de los imperios occidentales aquí referidos lo importante no es lo

que se dice –pues al verbalizarlo ya ha pasado por un filtro seleccionador que lo considera importante–, sino todo aquello que se calla. Dentro de esta estrategia, los ingleses arranchados en la zona del Walix sólo tuvieron éxito en sus asentamientos durante el siglo XVIII en aquellos espacios en los cuales lograron evitar la mirada española, la cual poseía un sesgo que fue entrenado sistemáticamente sólo para observar una serie finita de elementos dispuestos sobre el espacio.

Por su parte, la fusión de horizontes hermenéuticos que inaugura la comprensión se construye en una relación de igual forma dialéctica y dialógica entre el autor, el lector y el contexto de producción del texto, la cual se da en el marco espacio-temporal de la existencia de quien interpreta. Para comprender un documento histórico, el sujeto lector debe existir en la fusión de elementos lingüísticos de dos o más comunidades hermenéuticas, relacionados a través del dialogismo en el cual texto-memoria-lector se funden dialógicamente en la heteroglosia en el interior de dicho texto. Un ejemplo de este fenómeno se ve claramente en la toma de declaraciones hechas por los capitanes españoles a los marinos ingleses acusados de piratería a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII. Dichos sujetos posteriormente se asentarán en el Walix y en la costa del Golfo de Honduras como cortadores de palo de tinte durante la segunda mitad del mismo siglo. En estas declaraciones constantemente vemos que la incapacidad de manejar un código lingüístico común para ambas partes obstaculiza la comprensión, condenando al declarante a una triunfal oscuridad en su caracterización dentro de la cual ni siquiera es posible referir su nombre pues en palabras del propio capitán español Nicolás Rodríguez “no hay quien lo sepa poner”.¹⁹ Esta incapacidad de expresarse en códigos lingüísticos reconocibles se da frente a un beligerante interlocutor que se declara incompetente para interactuar con el sujeto que interroga ante la imposibilidad de su contraparte de expresarse. En las declaraciones que recoge este expediente vemos que el texto, como hipotético soporte estable de la memoria, pretende capturar una o varias ideas que caracterizan la otredad para insertarlas en un marco mayor de significación e interpretación, pero que no logra retener todo el evento pues sólo captura aquellos elementos que es posible comprender en su totalidad o que se

perfilan como sumamente relevantes dentro del margen de comprensión de quien los pretende resguardar.

Como vemos, el texto escrito se vuelve un retén que busca fijar la memoria de los hechos que el autor quiere dejar para la posteridad, asegurando su existencia y resguardo en la historia, en la cual será interpretado según la necesidad del tiempo en que se actualice la lectura de sus declaraciones, como mejor convenga al poder, es decir, como oscuro criminal, como sujeto salvaje, o como ciudadano agredido. Esta capacidad de extraer los hechos y eventos de sus contextos de creación, clasificarlos e insertarlos en un escenario más grande de significancia, muchas veces de carácter anacrónico o desvinculado de su autor o situación original, permite que dichos elementos adquieran un universalismo incuestionable que les hace funcionar como entidades simbólicas, las cuales actualizan su interpretación dependiendo de las épocas con las que les toque bregar.

A pesar de esto, con todo y el prestigio que adquirió durante la colonia el texto escrito como salvaguarda de la memoria, al igual que la memoria misma, no es una plataforma de almacenaje estable. En él, los hechos, los actores y los objetos se organizan de acuerdo con la jerarquía de valores de quien los rescata del olvido, es decir, el autor que, para la conformación del texto, recurre constantemente a un catálogo finito de representaciones que le permiten entender el mundo en la medida en que traducen el entorno en algo susceptible de ser conocido, pero no necesariamente comprendido en su correcta dimensión. Para que el horizonte de interpretación se dé dentro del dialogismo es pertinente tener claro que los textos y las culturas son, en sí mismos, soportes inestables, ya que constituyen formas mediadoras de la experiencia, tanto personal como de la comunidad hermenéutica y que sólo adquieren estabilidad cuando se impone sobre ellos un orden imaginario de exclusión y diferencia.

La imagen de la isla entendida como una metáfora explicativa de la región peninsular yucateca es el mejor ejemplo de cómo funcionan estos elementos aplicados a un estudio de caso concreto. La isla es una metáfora de la continuidad interna de sus habitantes con el territorio, la cual se opone directamente a la discontinuidad externa del territorio con lo que no guarda estrechos vínculos ni cognitivos ni instrumentales. Esta metáfora

explicativa utiliza el bloqueo como elemento marcador de la diferencia que estabiliza la interpretación del área. Así, un miembro de la comunidad hermenéutica yucateca está facultado para decir “Yucatán es una isla”, aun cuando la geografía refute esta idea lo cual deja de ser una alegoría derivada del símbolo para volverse el resultado del impacto de la historia efectual sobre las nociones cognitivas del territorio que le otorgan identidad.

Es importante puntualizar que el texto como símbolo es susceptible de ser interpretado de maneras tan diferentes como tradiciones, sujetos y abordajes se propongan, por tanto, es una entidad abierta. Sin embargo, esta postura abierta hacia la interpretación del mismo sugiere muchos conflictos y trampas para el codificador y para el decodificador, ya que dicho texto puede ser manipulado y entendido en legalidades dispares de acuerdo con la intencionalidad de quien lo confronte, ya que el ejercicio de comprensión queda a la suerte del lector, el cual puede ser o no un sujeto competente o formado en la “correcta” legalidad social del “estar ahí” hermenéutico que el texto reporta. Pero, por otro lado, esta ambigüedad inherente del texto también tiene sus ventajas para mantener la vigencia y actualización del mismo, pues al ser una estructura abierta no se agota con una sola explicación, ya que dicha definición varía según el soporte y el modo en que es leído tanto como por la persona, el lugar y el momento en que se interpela su contenido. Como vemos en el caso de la metáfora de la península de Yucatán como una isla, el texto puede o no ser reflejo de la “realidad”, recuento de los “hechos crudos”, “maquillaje” del campo de batalla que encubre intensiones oscuras o una “alegoría” del sentido aspiracional de la comunidad hermenéutica que lo rescata; todas estas son realidades posibles que convierten a la verdad universal en verdad polisémica. Empero, a pesar de lo esencialmente abierto de los textos, lo que es innegable es que cada uno de ellos expresa la “verdad” del autor, sus motivaciones y su modo de comprensión, es decir, ofrece un panorama de lectura del horizonte hermenéutico en el que dicho sujeto se mueve y una legalidad social de la tradición en que fue concebido.

Ya una vez hecho el recorrido de polo a polo a través de los elementos explicativos que interesan dejar claro para fundar una hermenéutica de la frontera, es momento de construir el puente para unir la postura que

reconoce al autor como productor de significados con la que apunta hacia la comprensión del texto como entidad autónoma de carácter abierto, a través de una base sólida que dé sentido al correcto “estar ahí” mediante el entendimiento del carácter legal del acto de la comprensión y ocupación. Para ello me serviré de las bases simples de la hermenéutica jurídica, la cual contempla el plano difuso de “lo justo”, “lo valioso”, y “lo defendible”, comprendido a través de las normas y principios jurídicos que establecen la ley y la administración.²⁰ Este tipo de hermenéutica, igual que sus predecesoras aquí mencionadas, se centra en la comprensión y la interpretación en un sentido dialógico, pero esta tiene la particularidad de ofrecer un código muy específico construido con base común en la noción del derecho internacional vigente, el cual se edifica, a su vez, sobre el respeto a la ley y al aparato administrativo encargado de crearla y hacerla valer. Este tipo de abordaje, más que una forma de extracción de significados ocultos se concibe como una metodología que permite dialogar entre la verdad y lo justo a través de la interpretación de los motivos y la argumentación.

Es en este punto que entra la hermenéutica jurídica para complementar el abordaje que ofrece la hermenéutica de la frontera. Dicha forma explicativa funciona como enlace entre la hermenéutica del autor y la del texto y nos permite abordar la construcción instrumental del territorio. A partir de ella el objetivo es otorgar garantía al proceso de legalización de las narraciones que evidencia y fortalecer la parte instrumental del discurso, permitiendo que este pase de ser un “sentimiento de toda la vida espiritual y ética”²¹ a convertirse en una estrategia de abordaje en la que el texto por sí mismo constituye una herramienta de negociación, independiente del autor que la produjo, aunque ampliamente relacionado con él, y en el entendido de una base legal común que sirva como eje transversal. Este tipo de hermenéutica representa una herramienta retórica en donde las resoluciones “justas” se fundan sobre una regulación intelectual que es llevada posteriormente a la práctica. Como método de acercamiento a lo justo, Savigny establece cuatro criterios de interpretación que abordan otros tantos aspectos generales: el gramatical, el lógico, el histórico y el sistemático.²² A estos cuatro aspectos es necesario agregar uno más: la finalidad de la norma

y la aplicación transversal de los axiomas que dicta la ley. Es posible afirmar que la ley es un postulado histórico que deriva de la historia efectual, en la cual fungió como herramienta de regulación del conflicto social de acuerdo con la lógica interna de pensamiento de la comunidad hermenéutica y la tradición que la atravesaba en el momento de su creación. Con el nacimiento de la ley como forma de establecer lo “justo” del correcto “estar ahí” nacieron también las tradiciones jurídicas que, para la frontera y para las relaciones de política exterior de los Estados coloniales, se basaron en una serie concatenada de ejercicios retóricos que fundaban una legalidad establecida sobre una fusión de horizontes hermenéuticos que hoy entendemos como elementos de partida sustancial del derecho internacional, en el que el lenguaje jurídico y el documento escrito – entendido como prueba fehaciente de la verdad y evidencia del hecho pasado–, establecen un modo particular de acceder al territorio que instituye la noción de propiedad. Al estar en renovación constante, la interpretación del lenguaje jurídico mismo se hace flexible, abierta e histórica, es decir, se focaliza en el efecto que los hechos del pasado han causado sobre el presente, al lugar en que tienen cabida los hechos y a la ley vigente durante el momento de valoración jurídica de las acciones descritas.

Gracias al entendimiento de la hermenéutica jurídica como herramienta de aproximación a los acuerdos internacionales vemos cómo cada artículo decretado en Europa con respecto a los asentamientos británicos del Walix tuvo un impacto práctico sobre los modos en que interactuaron sus habitantes. Esto es particularmente visible en la transición de los antiguos bucaneros ingleses cortadores de palo de tinte a *baymen* y en los problemas que reportaron en sus visitas al área los comisionados españoles. La exégesis jurídica, que refiere la comprensión de estos artículos provenientes de tratados con valor internacional, consistió en hacer una paráfrasis, argumentada y directa del texto, en la cual se tomaba casi al pie de la letra lo que decía la ley sin salirse de ella, pero ajustando sus huecos o vacíos argumentales a las necesidades de aquel que la invoca. A partir de esto lo que no estaba explícitamente prohibido estaba implícitamente permitido.

CONCLUSIONES

Finalmente, después de esta reflexión sobre varios términos relativos a la hermenéutica filosófica del autor y del texto, y a la hermenéutica jurídica que nos sirve como puente entre ellas, por fin es posible establecer la clave exegética sobre la que se funda la interpretación del “legítimo derecho” de aproximación a la tierra en los territorios fronterizos que referimos. A partir de los postulados generales de la hermenéutica, es posible afirmar que la frontera es un signo espacial de tipo relacional que se construye, dialógica y dinámicamente, en el lenguaje. Por tanto, para establecer la hermenéutica de la frontera que interesa se hace necesario establecer una aproximación que parte de un debate pendular entre la hermenéutica de autor –Schleiermacher y Dilthey– y la hermenéutica del texto –*Verdad y método*–, las cuales tienen como puente de acceso y salida entre una y otra a la hermenéutica jurídica –Savigny y Larenz–. En esta forma de entender la frontera el binomio texto-autor está mediado por la concepción en turno del derecho, la cual, como ya vimos, es de carácter histórico y relacional.

A lo largo de esta revisión de nociones complementarias corroboramos que la hermenéutica es un modo de posicionamiento discursivo que establece el modo de ser de un correcto estar ahí –legal, político y administrativo–; por tanto, una hermenéutica de la frontera necesariamente tiene que recurrir a entender lo móvil y volátil de este posicionamiento en el que el sujeto que habita en los espacios liminales lee el espacio y a partir de ahí lo materializa en el logos. Así, este tipo de hermenéutica establece una necesidad de entender el imaginario y cómo este entra en diálogo con el contexto del autor y la obra y con el marco legal de su existencia jurídica.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

AGI Archivo General de Indias.
AGS Archivo General de Simancas.

Bibliografía

- Anderson, Malcon, “European Frontiers at the End of the Twentieth Century. An Introduction” en Malcon Anderson y Eberhard Bort (coords.), *The Frontiers of Europe*, Washington, Pinter, 1998, pp. 1-10.
- Cervera Molina, Ana Elvira, “La otra frontera: caracterización y diferenciación del migrante beliceño en relación a otros tipos de migrantes centroamericanos en la frontera sur de México” en Casimiro Leco Tomás y José César Lenin Navarro Chávez (coords.), *Migraciones centroamericanas. Realidad, tendencias y desafíos*, México, UMSNH/ININEE/CEO/Universidad de Guanajuato/Secretaría del Migrante del Gobierno del Estado de Michoacán, 2013, pp. 143-165.
- Cervera Molina, Ana Elvira, “Fronteras, mapas e islas. La conformación de la frontera península de Yucatán-Belice. Una aproximación dialógica”, tesis doctoral, México, Centro de Estudios de las Tradiciones-El Colegio de Michoacán, 2017.
- De Vos, Jan, “La frontera sur y sus fronteras: una visión histórica” en Edith F. Kauffer Michel, *Identidades, migraciones y género en la frontera sur de México*, México, El Colegio de la Frontera Sur, 2002, pp. 49-67.
- Embid, José Miguel, *Diccionario de hermenéutica. Una obra interdisciplinaria para las ciencias humanas*, Madrid, Universidad de Duesto, 2004, pp. 187-191.
- Foucher, Michel, “Tipología de las fronteras contemporáneas” en Philippe Bovin (coord.), *Las fronteras del istmo. Fronteras y sociedades entre el sur de México y América Central*, México, CIESAS/CEMCA, 2005, pp. 19-24.
- Gadamer, Hans-George, *Verdad y método, fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Sígueme, 1992.
- Muñoz, Laura, “El Golfo-Caribe, de límite a frontera de México”, *Historia Mexicana*, vol. LXVII, núm. 2 (226), octubre-diciembre de 2007, pp. 531-563.
- Shrimpton Masson, Margaret, “Islas de tierra firme: ¿un modelo para el Caribe continental? El caso de Yucatán”, *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe Colombiano*, año 11, núm. 25, enero-abril, 2015, pp. 178-208.
- Vidal Ortega, Antonino, “Fuentes para el estudio del comercio directo en el puerto de Cartagena en los siglos XVI y XVII”, *América Latina en la Historia Económica*, núm. 25, junio de 2006, pp. 155-166.

NOTAS

* UNAM. Becaria del Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales. Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, asesorado por el Dr. Adrián Curiel Rivera.

¹ Cervera, “La otra frontera”, 2013, pp. 150-165.

- [2](#) Foucher, “Tipologías de las fronteras”, 2005, p. 20.
- [3](#) Cervera, “Fronteras, mapas”, 2017, pp. 46-80.
- [4](#) Vidal, “Fuentes para el estudio”, 2006, pp. 157-161.
- [5](#) Según De Vos, la frontera-límite que establece la idea de *borderland* refiere una barrera estrecha, permanente, estática y definida que se alza como una línea que divide y atraviesa el territorio. De Vos, “La frontera sur”, 2002, p. 50.
- [6](#) Entiéndase como frontera-frente al territorio establecido como frente de expansión o frente de colonización que en un principio tuvo un registro militar, pero que hoy ha perdido este referente para entrar de lleno al terreno de lo económico, político y geoestratégico.
- [7](#) Muñoz, “El Golfo-Caribe”, 2007, p. 535.
- [8](#) Shrimpton, “Islas de tierra”, 2015, pp. 180-184.
- [9](#) El proyecto de expansión colonial británico en tierras americanas tuvo particularidades instrumentales que lo diferenciaron sustancialmente del español, puesto que desde el principio del despliegue de su capital humano en la zona del istmo centroamericano y el Caribe, su estatus legal estuvo configurado sobre intensos postulados de exclusión y extranjería que lo posicionaron como antagónico directo del derecho de propiedad internacional iuso-hispánico, por tanto, el proyecto inglés en América estuvo supeditado y subordinado al español al establecerse como una contracolonia que nació como reflejo de su antagónico declarado: España.
- [10](#) Anderson, “European Frontiers”, 1998, p. 5.
- [11](#) Diario del Capitán Baltazar Rodríguez de Trujillo, Bacalar, 1788, en Archivo General de Simancas (en adelante AGS), Secretaría de Guerra, 6948, exp. 26, s.f.
- [12](#) Diario del Capitán Juan Bautista Gual, Mérida, 1789, en AGS, Secretaría de Guerra, 6948, exp. 27, s.f.
- [13](#) Diario del ingeniero militar Capitán Rafael Llobet, Mérida, en Archivo General de las Indias (en adelante AGI), exp. 3023.
- [14](#) Hoy conocido como distrito de Corozal, Belice.
- [15](#) La noción de “estar ahí” que rescato y a la que constantemente aludo en este texto, es la que se apoya en los traductores al español de *Verdad y método*, los cuales afirman que la fórmula “estar ahí” es una propuesta mucho más viable para entender toda la resonancia ontológica del término alemán *dasein*, la cual funciona mucho más apegada al original que el “ser ahí” que propone J. Gaos como traducción para el mismo término, véase Gadamer, *Verdad y método*, 1992, p. 319. De este modo, por “estar ahí” se entiende el cruce temporal y espacial de la formación y la vivencia que dan como resultado al sujeto formado, es decir, al ser histórico que se mueve cómodamente a través de la historia efectual.
- [16](#) Shrimpton, “Islas de tierra”, 2015, pp. 180-184.
- [17](#) Gadamer, *Verdad y método*, 1992, pp. 44-45.
- [18](#) *Ibid.*
- [19](#) Interrogatorio de Nicolás Rodríguez a prisioneros ingleses, Campeche, 1724, en AGI, exp. 1017, s. f.
- [20](#) Embid, “Hermenéutica jurídica”, en *Diccionario de hermenéutica*, 2004, p. 188.
- [21](#) Gadamer, *Verdad y método*, 1992, p. 39.
- [22](#) Embid, “Hermenéutica jurídica”, en *Diccionario de hermenéutica*, 2004, p. 188.

INGENIEROS Y MARINOS ILUSTRADOS EN EL CARIBE NEOGRANADINO A FINALES DEL SIGLO XVIII

Antonino Vidal Ortega

Las reformas borbónicas en la gran cuenca del Caribe estuvieron estrechamente ligadas con la preocupación y a alarma que generó la pérdida temporal de La Habana y Manila a manos del imperio británico en 1762. A partir de ese momento los monarcas Borbones llevarán a cabo una profunda reorganización del territorio americano en general y en particular del caribeño. La convicción de que los mares estaban llamados a convertirse en los teatros de los enfrentamientos de las potencias europeas obligó a proteger con especial preocupación algunas áreas de la América española; el noroeste del continente, el Cono Sur y el Caribe, con especial interés en los estrechos que daban paso a las zonas estratégicas del imperio.

Se inició entonces una profunda reorganización del territorio, marcado ampliamente por la implantación de un sistema de intendencias y una apertura parcial hacia el libre comercio. Se buscó también aumentar la eficiencia fiscal para mejorar un sistema defensivo incapaz de controlar las costas y los territorios apartados de los puertos más destacados y sobre todo sostener el costo de las interminables guerras con Inglaterra, que mediante

una continuidad intencionada de estas debilitó cualquier posibilidad de recuperación comercial del imperio español. En realidad, a partir de 1762, y con considerable retraso respecto de sus competidores europeos, los funcionarios de la monarquía implementaron unas ambiciosas reformas para poner al día las anquilosadas estructuras sociales y económicas del continente.¹

Como afirma el historiador Juan Marchena, a finales del siglo XVIII sí hubo un momento en el cual las diferencias entre el sistema colonial y el orden colonial quedaron más de manifiesto y la fractura del régimen colonial fue más evidente en el último cuarto del siglo XVIII. Porque frente a un sistema colonial, rígido, obsoleto e ineficaz que había dado pruebas suficientes de ser poco funcional respecto de las necesidades imperiales, el orden colonial, la realidad americana y su compleja urdimbre demostraban una complejidad y vivacidad que contrastaba con la ineficacia gubernamental para controlarlas. Así, en el siglo XVIII, el sistema trató de dar una carrera para alcanzar ese orden que se le había escapado de las manos para concretarlo en sus intereses. Para ello en las últimas décadas del siglo decidió armarse de un cuerpo jurídico técnico e ideológico que fuera capaz de atraparlo y reducirlo y eso fue lo que se denominó reformismo. Para alcanzar ese objetivo los organizadores de esta política tuvieron la necesidad de poseer información exacta, veraz y detallada sobre la realidad del orden colonial, que ahora más que nunca se mostraba desconocido y lejano.² Los territorios americanos debían volver a ser una parte esencial de la monarquía sobre todo porque debían ser nuevamente el centro de la maltrecha Hacienda Real que durante todo el siglo XVIII había estado a merced de los imperios rivales que extrajeron los recursos americanos sin oposición alguna.

En ese orden de cosas era necesario conocer de primera mano las fallas estructurales de la organización, recopilar información sobre la población, sobre las rentas de la hacienda, la geografía, los recursos naturales, la producción, la circulación de productos y la situación de la defensa se volvieron pilares fundamentales del proceso, *orden de su majestad* que vino acompañado de un léxico nuevo con palabras como “progreso”, “eficacia”, “desarrollo” y una nueva metodología de aplicación: la ciencia. Existía un

prurito desde España por acrecentar el control del Estado colonial, tanto en las zonas centrales como en las fronteras, de ahí la abundancia de disposiciones emitidas para llevar a cabo las reformas.

La armada y sus ingenieros fueron protagonistas esenciales del proceso. Desde el siglo XVIII se había formalizado el cuerpo de ingenieros militares constituyéndose en un cuerpo militar técnico-científico al servicio de la corona y que, de alguna manera, pretendía oficializar las funciones asignadas a los técnicos que, con patente de ingenieros, realizaron en beneficio de los territorios bajo soberanía española desde el siglo XVI. Desde los primeros años de funcionamiento del cuerpo se dieron muestras importantes de su labor, y se encargaron de mantener y consolidar las relaciones de dominio sobre los territorios coloniales. Desde la vertiente civil, los ingenieros persiguieron dos objetivos: los reconocimientos territoriales, y la intervención en los diferentes territorios a través de obras públicas, tanto civiles como militares, sin olvidar que toda tarea se enmarcaba dentro de las necesidades básicas de defensa de los territorios.³ Fueron hombres de mar y guerra que creían en la ciencia y en el progreso y que durante décadas navegaron, descubrieron, estudiaron y lo escribieron. Fueron, incluso, respetados por sus enemigos y hasta acogidos en esos países cuando la involución conservadora de Fernando VII regresó a España.

Las semillas del pensamiento liberal y la ciencia llegaron de sus manos. Fue el tiempo donde los descubrimientos geográficos encontraron condiciones favorables, y por primera vez las actividades científicas se enfocaron hacia los problemas concretos que planteaba el desarrollo económico. Se hacía necesario conocer, tener información directa y pormenorizada para poner en funcionamiento la vieja y pesada máquina burocrática colonial.⁴

En el presente trabajo queremos resaltar la idea de que si comprendemos la verdadera dimensión de la información racional que emanó de sus escritos y la entendemos en su verdadera intención científica complejizaremos la explicación de los procesos de este periodo colonial, un tiempo que necesita otra relectura libre de prejuicios y sesgos ideológicos.

En realidad, si comparamos con Inglaterra o Francia, el factor determinante de la ilustración hispana y criolla fue el de la carencia de instituciones y el atípico funcionamiento de las escasas que hubo, asunto que nos llevó a desdeñar nuestras *aportaciones científicas* y a considerar la inferioridad de nuestro mundo hispánico y latino frente al anglosajón y europeo.⁵ Me interesa resaltar que una historiografía reciente dedicada en los últimos años a la historia de la ciencia da fe de todo lo contrario.⁶

Por ello insistiré en que fue la renovada e institucionalizada Armada borbónica y sus marinos e ingenieros la que dio un vital desarrollo a la ciencia ilustrada, supliendo con sus propias instituciones, las carencias de la sociedad civil y aportando a nuestro tardío desarrollo científico una importante infraestructura.

Para cerrar esta cuestión subrayo la idea de que el contacto con la realidad americana y con la evidencia de los problemas de la administración española en ultramar, llegó transformar radicalmente su inicial *propuesta de información* reservada al gobierno en una auténtica radical *propuesta de cambio*, de contenido extraordinariamente crítico y de claro signo liberal.

EL CARIBE DE NUEVA GRANADA

Muchas eran las preocupaciones de los virreyes en Nueva Granada, pero sobre todo dos asuntos necesitaban atención por encima de los demás: por un lado, la seguridad del istmo de Panamá correspondía a Cartagena de Indias y, por otro, tratar de recuperar el control del comercio que hacía más de medio siglo se había perdido en favor de los comerciantes –en gran parte sefarditas– radicados en las islas de Jamaica y Curazao, y con ello las ganancias comerciales se habían direccionado a beneficio de los imperios del norte de Europa, sin olvidar la presencia cada vez más numerosa en tratos con las doce colonias del norte que, desde Filadelfia, surtían a una marina española siempre necesitada de aprestos y harinas para su funcionamiento.⁷

En general, el virreinato en las postrimerías del siglo XVIII, como el resto de América, intentó definir con mayor claridad los límites del poder político administrativo y el control de los recursos. La mayoría de los virreyes gobernaron mucho tiempo desde Cartagena de Indias, a pesar de que Bogotá era la capital. Oficiales científicos como el caso de Gil y Lemos organizaron un plan de saneamiento de las arcas coloniales. Pero, fiel a la máxima de que la ignorancia degeneraba en el desgobierno, se puso a recabar información de todo lo concerniente a las costas del Caribe del virreinato:⁸ “Luego que tomé posesión [...] dediqué toda mi atención a formar las noticias más importantes [...] pues sin ellas no podía proceder a dictar las providencias oportunas ni adquirir ideas que son precisas para el acierto”.⁹

En este periodo un nutrido grupo de ingenieros militares fue destinado al apostadero naval de Cartagena encargado de participar en la reconstrucción de las defensas y en el levantamiento de una cartografía detallada de las costas de la Guajira, el Darién y la Mosquitia, incluyendo a las olvidadas y casi insignificantes islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Se trató de territorios fronterizos y periféricos poblados por pueblos indígenas y mestizos que durante el siglo XVIII entablaron, por medio del comercio, relaciones con mercaderes de los otros imperios europeos y que hacían vida por fuera de los designios reales.

En general, el virreinato en las postrimerías del siglo XVIII, como el resto de América, intentó definir con mayor claridad los límites del poder político-administrativo y el control de los recursos. El imperio tenía la necesidad de consolidar su presencia en lugares apartados. Tiempo de límites difusos, que se modificaban continuamente producto de esfuerzos militares, misionales, tratados diplomáticos y de la acción silenciosa y perseverante de los pobladores de las fronteras.¹⁰

El norte del virreinato, *la tierra caliente*, era un territorio de grandes llanuras, atravesadas por varios sistemas fluviales que bajan de las cordilleras andinas hasta el mar Caribe, afectadas al final por la aparición de montañas altas en la Sierra Nevada de Santa Marta. En este territorio vivía 20% del total de la población, aproximadamente unos 120 000 habitantes

repartidos por las provincias de Riohacha, Santa Marta, Panamá y Cartagena, la más importante y poblada.^{[11](#)}

En general, como refiere Anthony McFarlane, la población estaba aumentando y cambiando y Nueva Granada se convertía en una sociedad mestiza. Según los censos de la época y sus categorías raciales el número más grande de población equivalía al que denominaban libre de todos los colores, que correspondía a 46 % del total de la población.

En las áreas fronterizas de los territorios del Caribe, los indígenas habían eludido con relativo éxito la penetración occidental, pero ello los había llevado a convertirse en una minoría en sus propias tierras. El mestizaje modificó el crecimiento de la población, lo que paulatinamente modificó los patrones de asentamiento que impuso la conquista. Hubo una extensión de los pobladores hacia fronteras mineras, ganaderas, religiosas y el surgimiento de una incipiente agricultura campesina destinada a los mercados domésticos.

La gobernación de Santa Marta extendida por el oriente del virreinato fue una periferia dominada por un pueblo indígena que hasta el presente defiende su territorio. Durante décadas hubo enfrentamientos, campañas militares y sobre todo pactos para apaciguarlos. La isla de Curazao incidió de forma directa en este territorio, desde donde, además, se estableció una de las mayores rutas comerciales para surtir a los territorios interiores del virreinato.^{[12](#)}

A continuación presentamos un esbozo de la vida de algunos de estos hombres y cómo su nueva mentalidad impregnó su desempeño administrativo, en el tiempo complejo de las revoluciones liberales en el virreinato neogranadino, y con ello subrayamos la idea de cómo sus escritos informan acerca de la geografía costera, de sus habitantes y recursos naturales, a la vez que relacionan sus experimentos agrarios, con las acciones sobre el fomento de la educación y un preciso levantamiento cartográfico desde el lago de Maracaibo hasta la costa de los Mosquitos.

LA EXPEDICIÓN FIDALGO, CARTOGRAFÍA Y DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS

El 13 de diciembre de 1773 José Joaquín Fidalgo ingresó en la Academia de Guardiamarinas de la armada, en San Fernando, en Cádiz, lo que le significó la entrada a una proyección académica, militar y naval como parte del proyecto modernizador de la dinastía borbónica. Pertenecer a la academia era digno y un símbolo de estatus en el régimen monárquico. En 1775 navegó un año por el Mediterráneo en la expedición naval contra Argel. Tuvo la oportunidad de conocer a José de Marrazedo, quien años más tarde coordinó la expedición para elaborar el mapa de América septentrional. Ese año, por su destacado desempeño, consiguió el ascenso a alférez de fragata. Fidalgo destacó por sus cualidades académicas con especial desempeño en matemáticas y trigonometría. Finalmente, en 1780 fue ascendido a alférez de navío y participó en operaciones en el Canal de la Mancha con la escuadra francesa. Con el paso del tiempo logró combinar sus capacidades de navegante, militar naval y matemático.¹³

Con la paz de Versalles en 1783, España recuperó los territorios de la Florida con lo que la totalidad del Golfo de México quedó bajo la soberanía española. Fue el momento en que España tomó medidas estratégicas para reforzar los territorios del Golfo y el Caribe.

En 1796, durante la expedición al llegar a Cartagena de Indias, Fidalgo fue ascendido a capitán de navío. En la estrategia defensiva de los puertos, La Habana quedó como el gran astillero que alimentaría la armada real, y Cartagena vigilaría los flancos del Darién y la costa de los Mosquitos.

Estas expediciones científicas fueron conformando la idea de llevar a cabo una expedición para elaborar el atlas de la América septentrional, es decir cartas hidrográficas de las pequeñas y grandes Antillas y las costas continentales de la cuenca del Caribe, pues aunque las costas fueron ocupadas y navegadas durante tres siglos, la cartografía todavía era errada e incompleta. La expedición fue planeada para durar seis años y se dividió en dos, la primera dirigida por Damián Churruca encargado de relacionar las pequeñas y grandes Antillas, desde Trinidad hasta Cuba, y la segunda,

liderada por José Joaquín Fidalgo, responsabilizada del levantamiento de los mapas de las costas continentales.

La expedición de Fidalgo se dotó de dos bergantines La Empresa y La Alerta, contruidos y equipados especialmente. El viaje inició en junio de 1793 en la península de Paria. En poco más de diez meses los marinos elaboraron cartas de todos los accidentes geográficos de la costa venezolana hasta el golfo de Maracaibo, y desde ahí siguieron el levantamiento cartográfico del litoral de la Guajira con varios puertos señalados, además de Riohacha. Continuaron la línea costera de la gobernación de Santa Marta describiendo los ancones y ensenadas hasta la desembocadura del río Magdalena. Arribaron a Cartagena a comienzos de agosto de 1794 y desde entonces esta ciudad fue la cabecera de las sucesivas salidas. En 1795 levantaron un plano de Cartagena y de las islas cercanas hasta el golfo de Morrosquillo, estimando profundidades y pasajes para señalar los riesgos de la navegación. Mientras ello sucedía en torno a Cartagena, el otro bergantín navegó a Portobello y el río Chagres. Meses más tarde se dedicaron a las costas del Darién y del Golfo de Urabá. En 1776 como comandante interino en Cartagena, debió ordenar el envío de los bergantines para la guerra que Francia y España declararon a Inglaterra. Esta coyuntura paralizó el avance de los trabajos cartográficos hasta 1799 cuando concluyeron la revisión de las costas del Darién.

La última fase de la expedición reconoció desde Jamaica las rutas de las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. En ocasiones, los británicos dieron salvoconductos a sus naves por el carácter científico de las expediciones. En 1810 fue publicado en Madrid *Derroteros de las islas Antillas, de las costas de Tierra Firme y de las del seno mexicano*, por la dirección de Trabajos Hidrográficos de la Marina, un inmenso estudio de casi 500 páginas que, entre otros, recoge los derroteros más importantes del Caribe y el Golfo de México, incluidos los viajes de Fidalgo. Desafortunadamente la pobreza del fisco español, las consecuencias de la derrota de la armada en Trafalgar y las guerras de Independencia, tanto española como americana, hicieron que ambas expediciones se publicaran de manera desordenada e incompleta, por ello el atlas de la América septentrional nunca llegó a ver la luz.

INGENIERÍA, EXPERIMENTOS AGRARIOS Y EDUCACIÓN. EL GOBERNADOR DE SANTA MARTA JOSÉ DE ASTIGARRAGA

José Ignacio de Astigarraga nació en 1747 en Guipúzcoa, España. Inició su carrera en la Armada Real como guardiamarino en 1770 y 20 años después, en 1792, alcanzó la orden de Carlos III.¹⁴ Ocupó diferentes cargos administrativos y navegó en diversos buques de guerra. En 1775 participó en la expedición científica y militar que reconoció los presidios militares españoles, desde la costa norte de Argel hasta Larache, en Marruecos, incluyendo las islas Chafarinas y formó parte del equipo que realizó *la formación del plano y sondeos de todos estos*.¹⁵ Cruzó varias veces el Atlántico y navegó con recurrencia por el Caribe, escoltando flotas, persiguiendo enemigos, trasladando virreyes y transportando situados. En una de sus retornos a la península ibérica ocupó diversas ayudantías de guardiamarino, que lo condujeron hasta la escuadra del general francés marqués de Orvilliers, al canal de la Mancha, donde peleó contra la armada de Inglaterra.

Tras este embate bélico navegó destino a América conduciendo pliegos a los virreyes. Una vez allí residió varios meses en las Antillas francesas, Martinica, Guadalupe y María Galante. A comienzos de 1786, con 39 años de edad y una amplia hoja de servicios como marino, se posesionó como gobernador de Santa Marta, en la costa Caribe de Nueva Granada. Como marino, con méritos y virtudes contrastadas, buscó el bien público y en Santa Marta lo hizo bien hasta 1793, cuando lo relevó don Antonio Samper. Antes de su remoción en el cargo, entre 1792 y 1793 su benéfica labor le valió sólidos apoyos para ser reelegido. El obispo José Alejandro de Egues y Villamar, el Cabildo encabezado por las poderosas familias de los Díaz Granados y los Zúñiga, el Consejo de Justicia y Regimiento y los del visitador general, le apoyaron como gobernador de Santa Marta.

Dedicó esfuerzos al progreso de las comunicaciones y abrió caminos hacia el interior de las provincias con lo que facilitó el comercio; practicó desmontes sistemáticos en los alrededores de la ciudad, lugares donde se

ocultaba la negociación ilícita; trazó caminos para carruajes que ganaron en tiempo y seguridad y, sobre todo, mejoró la vía a Valledupar, estableciendo la fundación de San Carlos. Trabajó lo indecible para hacer navegable el río San Sebastián que aprovechó, a su vez, para irrigar las tierras cercanas y fomentar la agricultura. Esta población fue clave en la contención de los chimilas y sobre todo por el fomento agrícola.¹⁶

En las cercanías de Santa Marta llevó a cabo experimentos agrícolas sembrando cereales y añil, superior al de Guatemala y varios granos de Europa a excepción del garbanzo... probando también con el algodón y una gran variedad de árboles frutales. En sus escritos dejó explicado cómo organizar el regadío, en los terrenos llanos y hasta los montes cercanos que en ese momento eran un bosque que *acumulaba aguas y producía las temible terciaria* pero que convertido en cultivos podría abastecer las plazas militares de Cartagena e incluso La Habana, Portobello, Panamá e islas españolas y extranjeras. En sus informes abundaba la idea que productos como el cacao, el azúcar, el café y el algodón estaban escasamente explotados, aunque manifestaba que en esos años el cacao había prosperado, no sin dificultad, *en sitios de la orilla del río Magdalena*.

Levantó un puente sobre el río Manzanares que facilitó el trasiego de personas y mercancías, y construyó un canal que evitó inundaciones y arriadas. La salud pública y la higiene fueron centro de su preocupación y dos obras resaltaron en este campo: la construcción de la carnicería, destacado edificio de la ciudad, que por primera vez la proveyó de carnes con *aseo y beneficio*, y el cementerio a extramuros que disminuyó malos olores y epidemias. Puso empeño especial en cegar pozos y caños de aguas estancadas, en general medidas que ayudaban a disminuir las epidemias que diezmaban a la población.

Pero la más dura batalla la dio contra los tejares a los que alejó para que no contaminaran las aguas y el aire y, sobre todo, llenasen de peligrosas zanjias y huecos profundos las cercanías de la ciudad, que habían provocado más de un trágico accidente. La educación también fue otro de sus objetivos centrales, y *extirpar la ociosidad* su batalla. Destaca la construcción de una escuela de primeras letras para niños de ambos sexos y otra para *hembras maestras del coser*, esta última en Riohacha.

Finalmente defendió frente al virrey la necesidad de ampliar la libertad de comercio que condenaba a Santa Marta y a sus habitantes al estancamiento. Argumentó frente a este lo absurdo e irracional de prohibir el comercio natural, llamado contrabando, y que su impedimento contribuía a la asfixia del comercio y favorecía la trampa de no respetar la norma. Su informe aboga de manera firme por liberar el comercio de la gobernación que no iban para España, pero que sí era demandado por los vecinos del mar y sostenía que este comercio representaba una posibilidad real para el crecimiento económico de la provincia. Finalmente esta postura contribuyó en 1793 a su cese en el cargo, pues como oficial de la armada debía acatar las órdenes de sus superiores.

EL CARTAGENERO ANTONIO NARVÁEZ Y LA TORRE. SANEANDO LAS ARCAS, PLANEANDO EL GOBIERNO

Don Antonio de Narváez y la Torre, natural de Cartagena de Indias (1733) – hijo del cartagenero don Juan Salvador de Narváez y Berrio (1702) y de doña Catalina Antonia de la Torre y Berrio (Cartagena, 1709), hija del tercer conde de Santa Cruz y de la Torre– fue el último conde de Santa Cruz.

El que fuera mariscal de campo de los reales ejércitos de su majestad abrazó desde temprano la carrera militar, estudio en España donde se graduó de ingeniero y a su vuelta entró como cadete voluntario para las obras de la corona trabajando en el fuerte de Bocachica y destacarse como discípulo del ingeniero militar don Antonio de Arévalo.¹⁷ Sobresalió en el manejo de las matemáticas, en el arte de la guerra y su don de lenguas. Como ingeniero participó en la construcción y mantenimiento de las defensas de la ciudad y su puerto y formó parte de la expedición que Arévalo llevó por el golfo, istmo y costas de Darién para expulsar enemigos, donde dio apoyo *en la labor de elaboración de planos, relaciones y diarios y demás papeles que se hicieron para entender ese país.*¹⁸

Entró al servicio del rey en 1756 a quien sirvió por más de 30 años, desde cadete hasta teniente, y luego se desempeñó nueve años como gobernador y comandante general de las provincias de Panamá, Santa Marta y Riohacha. Durante este tiempo viajó a Madrid y formó parte de varias comisiones importantes, entre ellas una que en 1774 lo ocupó en la secretaría de la Dirección General a las órdenes del teniente general Pedro de Cermeño con quien participó un año más tarde en el asedio sobre Argel – en el norte de África – que intentó la armada española de Carlos III.

A su retorno a Nueva Granada encabezó, en 1777, la pacificación de los pueblos guajiros, labor que desempeñó hasta 1786, tiempo en el cual se dedicó a mejorar el sistema defensivo de Santa Marta aprovechando la tregua militar con Inglaterra. Suprimió algunas plazas de la guarnición y derivó los recursos a construir una batería en el morro para doce cañones. En ambas gobernaciones organizó milicias y repelió varios ataques por mar. Mantuvo en paz a la mayoría de los pueblos indígenas y así facilitó las comunicaciones que favorecieron el comercio.

Destacó en la gestión de las rentas públicas, consiguió el saneamiento de las cajas reales de Santa Marta y recuperó las rentas de aguardientes estancada en 3 300 pesos y las elevó hasta los 26 000 pesos. Formalizó un estanco de tabaco que antes se vendía libremente en ambas provincias y rindió más de 40 000 pesos mensuales. Pero su actuación más valiosa fue la de formalizar el estanco sobre la exportación de palo de Brasil para las islas extranjeras, ramo que llegó a rendir la considerable suma de 150 000 pesos mensuales. En general, incrementó las rentas de la provincia y saneó sus cuentas.

En una carta de apoyo para el ascenso a brigadier se le reconocía el buen *manejo de las rentas, el celo en la justicia y el fomento de la agricultura del giro interior y del comercio exterior nacional*. Debido a lo intenso del comercio con las Antillas holandesas el virrey le ordenó reforzar ese flanco. De ello destacan dos acciones: las negociaciones y pactos con los indígenas, y la comisión reservada que le llevó a visitar la isla de Curazao en nombre del virrey.

Además de su trabajo como administrador civil y militar Narváez escribió una obra dedicada a la reflexión sobre las posibilidades económicas

de la gobernación de Santa Marta, *Informe sobre la Provincia de Santa Marta y Riohacha*, donde hace una detallada relación de las potencialidades de ambas provincias. En él expone los problemas de la producción y el intercambio de productos con la idea de una economía vinculada con la producción a gran escala para competir en los mercados extranjeros y, con ello, abrir la posibilidad a amasar capitales como signo de poderío individual y colectivo.

Sus ideas provenían de la fisiocracia cuya idea principal era que la agricultura era el negocio por excelencia y lo único que podía permitir que funcionara la máquina del buen gobierno. Todo su pensamiento gira en torno a la necesidad de una agricultura próspera que incrementara las riquezas y el atractivo de esta periferia del virreinato. Postuló una producción racional de su naturaleza y describió cada uno de los productos de la provincia –trigo, caña de azúcar, algodón, cacao, tabaco...– y sus potencialidades.

Abogaba por una protección oficial y una mejor política en el comercio exterior. No se olvidó de las minas y del ganado a la par de las posibilidades que brindaba la generosa naturaleza de la provincia con sus maderas preciosas y tintóreas, bálsamos, careyes y perlas. Esgrime como argumento central a los grupos humanos y plantea la necesidad del crecimiento de la población para lo que aboga por la traída de esclavos para repoblar la provincia e impulsar su agricultura, tomando como modelo de producción el de las plantaciones de las islas francesas e inglesas.

Lo que más sorprende de este informe económico es que todos los asuntos se plantean con base en estadísticas así como para hacer sus apreciaciones sobre las cualidades y riquezas del suelo. Del mismo modo, hablaba abiertamente y por primera vez de cómo llevar a cabo transacciones en especias para evitar la fuga del oro, uno de los grandes problemas del virreinato durante todo el siglo XVIII. Pero su mayor preocupación, según se extrae de su trabajo, era entender cómo ingleses, franceses y holandeses hacían mayor aprovechamiento de *los frutos e industrias tropicales*. En general, el informe, aunque se centra en las provincias de Santa Marta y Riohacha, es un documento ágil y moderno que analiza la situación económica del virreinato.

A MANERA DE EPÍLOGO

Para cerrar el presente trabajo nos gustaría resaltar dos ideas. En primer lugar, afirmar que la Ilustración sí llegó a América tal vez con algo de retraso, pero con toda la intención de modificar un régimen administrativo anquilosado por dos siglos y controlado por una estructura social acomodada en una posición de privilegio que no beneficiaba al rey, ni a su reino. Sus propuestas fueron atrevidas, radicales e inclusivas, como se puede comprobar con todo el proceso de poblamiento y de creación de cabildo y milicias.

Y en segundo lugar lo valioso de los informes y actuaciones que tuvo este grupo de hombres, adelantados a su tiempo, que usaron la ciencia como método de trabajo para hacer frente a las cuestiones de los reinos. Sus trabajos escritos están llenos de una información que los historiadores usamos poco, pues una gran mayoría de los estudios del reformismo sólo centra la atención en la labor de extracción fiscal de la corona, obviando sus otras acciones y el intento de transformar un régimen colonial obsoleto que empezó, con ellos, a recibir las semillas del liberalismo del siglo XIX.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

AHN	Archivo Histórico Nacional.
AGS	Archivo General de Simancas.

Bibliografía

Barrera Monroy, Eduardo, *Mestizaje, comercio y resistencia. La guajira durante la segunda mitad del siglo XVIII*, Bogotá, ICANH, 2000.

- Bernabéu, Salvador, *Poblar la inmensidad, sociedades conflictividad y representación en los márgenes del imperio hispánico*, Sevilla, Editorial Rubeo, 2011.
- Cadena y Vicent, Vicente de, *Extractos de los expedientes de la orden de Carlos III. 1771-1847*, t. x, Madrid, CSIC, 1972.
- Capel, Horacio, *Geografía y matemática en la España del siglo XVIII*, Oikos Tau, 1982.
- Capel, Horacio, "Sobre ciencia hispana, ciencia criolla otras ciencias europeas", *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina de las Ciencias*, vol. xxxix, 1987, pp. 317-336.
- Cervera Molina, Ana Elvira, "Fronteras, mapas e islas. La conformación de la frontera península de Yucatán-Belice. Una aproximación dialógica", tesis doctoral, El Colegio de Michoacán, 2016.
- Conde Calderon, Jorge, *Espacio, sociedad y conflicto en la ciudad de Cartagena, 1740-1815*, Barranquilla, Universidad del Atlántico, 1999.
- Domínguez Ossa, Camilo Arturo (comp.), *Joaquín Francisco Hidalgo, derrotero y cartografía de la expedición Fidalgo por el Caribe neogranadino, 1792-1810*, Bogotá, El Ancora Editores, 2012.
- García de León, Antonio, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a sotavento, 1519-1821*, México, FCE, 2011.
- Gil Aguado, Iago, *Francisco Gil y Lemos, marino, virrey y ministro: una vida al servicio de la monarquía española*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.
- González-Ripoll, María Dolores, "Las expediciones del Atlas de la América septentrional (1792-1810), orígenes y recursos", *Revista de Indias*, 1990, vol. L, núm. 190, pp. 767-788.
- Higuera Rodríguez, Dolores, "El marino ilustrado y las expediciones científicas" en *Jornadas de Historia Científica*, Madrid, Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval, 2, 1988, pp. 105-118.
- "Informe al virrey José Manuel Ezpeleta, 19 de abril de 1790", *Revista Memorias*, núm. 12, 2010, pp. 279-281.
- Marchena Fernández, Juan, "Su majestad quiere saber información oficial y reformismo borbónico: el mundo andino bajo la mirada de la ilustración", *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, núm. 22, Quito, 2005, pp. 45-83.
- Martín Merás, Luisa, "La expedición hidrográfica del Atlas de la América Septentrional 1792-1805", *Revista de Historia Naval*, año xxv, núm. 98, 2007, pp. 25-42.
- McFarlane, Anthony, "Colombia antes de la Independencia. Economía, sociedad y política bajo el dominio Borbón", *Historia Social*, núm. 8, 2002, pp. 259-277.
- Moncada Maya, Jose Omar, "La cartografía española en América durante el siglo XVIII: la actuación de los ingenieros militares", *Anais do primer Simposio de Cartografía Histórica*, mayo de 2011 pp. 20-31.
- Múnera Cavadía, Alfonso, *El fracaso de la nación, región clase y raza en el Caribe colombiano: 1710-1810*, Bogotá, El Ancora Editores, 1998.
- Puig Samper, Miguel Ángel, "Las expediciones científicas españolas en el siglo XVIII", *Canelobre. Revista del Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert*, núm. 57, 2011, pp. 20-41.
- Safier, Neil, *La medición del nuevo mundo. La ciencia de la Ilustración en América del Sur*, Madrid, Marcial Pons editores, 2016.
- Sánchez Mejía, Hugues, "Tenencia de la tierra, mano de obra, mercados y productividad en la frontera: españoles, indígenas y comunidades campesinas en la gobernación de Santa Marta. 1700-1810", tesis doctoral, Universidad Pablo de Olavide, 2010.
- Vandervira González, Gregorio, *Los militares ilustrados y su contribución a las ciencias sociales y humanas*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.
- Vargas, Marco Tulio, "Don Antonio de Narváez de La Torre", *Boletín de Historia y Antigüedades*. Academia de la Historia de Colombia, vol. xxxvi. Bogotá, 1949, pp. 556-559.

Vidal Ortega, Antonino y Álvaro Baquero Montoya, *La gobernación del Darién a finales del siglo XVIII. El informe de un funcionario ilustrado*, Barranquilla, Editorial Uninorte, 2004.

NOTAS

- [1](#) García de León, *Tierra adentro*, 2011, p. 779; Puig, “Las expediciones científicas”, 2011, pp. 20-41; Cervera Molina, “Fronteras, mapas”, 2016, y Vidal y Baquero, *La gobernación del Darién*, 2004.
- [2](#) Marchena, “Su majestad quiere”, 2005, pp. 56-83.
- [3](#) Moncada, “La cartografía española”, 2011.
- [4](#) Vandelvira, *Los militares ilustrados*, 1996.
- [5](#) Higuera, “El marino ilustrado”, 1988.
- [6](#) Safier, *La medición del nuevo*, 2016; Capel, “Sobre ciencia hispana”, 1987, pp. 317-336, y Capel, *Geografía y matemática*, 1982.
- [7](#) “Informe al virrey”, 2010. Véase Múnera, *El fracaso de la nación*, 1998, cap. II.
- [8](#) Gil, *Francisco Gil*, 2015, pp. 187.
- [9](#) Borrador de la carta de Francisco Gil y Lemus al conde de Florindablanca, Cartagena de Indias, 26 de febrero de 1789, en Archivo Histórico Nacional (AHN), Diversos, Colecciones, leg. 34, exp. 17.
- [10](#) Bernabéu, *Poblar la inmensidad*, 2011, pp. 5-11.
- [11](#) McFarlane, “Colombia antes”, 1997, p. 64.
- [12](#) Los holandeses comerciaban con productos como palo de Brasil, ganados, cueros, esclavos, etc., y los ingleses se interesaron mucho más en abastecer a los indios de armas de fuego y adiestrarlos en el uso de ellas, aunque sin descartar el comercio. Barrera, *Mestizaje, comercio*, 2000, y Conde, *Espacio, sociedad*, 1999, p. 29.
- [13](#) Domínguez, *Joaquín Francisco*, 2012; González-Ripoll, “Las expediciones del Atlas”, 1990, y Martín, “La expedición hidrográfica”, 2007.
- [14](#) Cadena y Vicent, *Extractos de los expedientes*, 1979, t. x.
- [15](#) Expediente sobre el gobierno de Santa Marta, 1878-1792, en Archivo General de Simancas (en adelante AGS), Sección gobierno, SGU, leg. 7086.8.
- [16](#) Sánchez Mejía, “Tenencia de la tierra”, 2010.
- [17](#) Vargas, “Don Antonio de Narváez”, 1949.
- [18](#) Expediente de Grados Antonio Narváez, 1781-1790, en AGS, Consejo de Estado, SGU, leg. 7054.26, fs. 1-76.

LA CUBA IMAGINADA DE LA RESTAURACIÓN ESPAÑOLA, 1875-1894

Tomás Pérez Vejo

PERIODIZACIÓN Y ASPECTOS TEÓRICO- METODOLÓGICOS

Entre 1875 y 1894 las revistas ilustradas españolas reprodujeron en sus páginas decenas de grabados y fotografías sobre Cuba. A través de ellas las incipientes clases medias españolas se imaginaron un territorio cuya pérdida se convertiría en uno de los grandes dramas colectivos del país, tanto que, justificadamente o no, la crisis del 98 se convertiría en uno de los grandes hitos del devenir histórico de España.

El objetivo de este artículo es un análisis de cómo estas representaciones contribuyeron¹ a la construcción de un imaginario sobre la isla caribeña e, indirectamente, de la influencia de este en la forma cómo la sociedad española vivió la pérdida de la que, junto con Puerto Rico, fueron las últimas, es posible que también las únicas, posesiones coloniales de España en América.² Propósito que exige una previa justificación cronológica y algunas breves explicaciones teórico-metodológicas.

La justificación cronológica está relacionada con las fechas elegidas como marco temporal, 1875-1894. La primera no necesita muchas explicaciones, corresponde al regreso de los Borbones al trono español y el inicio de la conocida por la historiografía española como la restauración, periodo de características socioeconómicas, políticas y culturales claramente delimitadas y cuyo significado real va mucho más allá del restablecimiento de una dinastía. Más discutible podría parecer la segunda, 1894. Nada parecería justificar no concluir con la mucho más simbólica 1898, que marca no sólo la del fin de la presencia colonial española en América sino también, en muchos aspectos, la de un auténtico fin de siglo y de ciclo en la historia de España. La elección de 1894 se debe a que, desde la perspectiva de las imágenes de las revistas ilustradas españolas, este último año cierra una época en las imágenes sobre la isla de Cuba. El inicio, en febrero del año siguiente, de los conflictos que llevarían a la independencia convirtió a la mayor de la Antillas en el escenario de una cruenta guerra colonial, con las revistas ilustradas españolas llenas de imágenes que nada tenían que ver con las que se habían visto hasta ese momento. Es cierto que entre 1875 y 1894 hubo también conflictos bélicos, básicamente los últimos coletazos de la conocida como guerra Grande, 1868-1878, y la conocida como guerra Chiquita, 1879-1880, pero estos no tuvieron, ni de lejos, la presencia que la guerra iniciada en 1895 tuvo en las imágenes reproducidas por las revistas ilustradas y en ningún caso determinaron la imagen de la isla construida por ellas como sí lo va a hacer la iniciada en 1895. Mientras que en el caso de los dos primeros conflictos las imágenes bélicas son relativamente pocas –apenas el eco de fondo de una vida que parece seguir su ritmo normal al margen de los enfrentamientos militares–, en el de este último se vuelven claramente mayoritarias, con la guerra convertida en protagonista principal y casi única de las imágenes difundidas por la prensa ilustrada.

Las explicaciones teórico-metodológicas, breves, tienen que ver con el uso de las revistas ilustradas decimonónicas como fuente histórica, derivado de la afirmación, en la que por motivos de espacio no puedo detenerme aquí, de que la base última de todo debate político es el control de los imaginarios³ colectivos; de la forma como un grupo humano se imagina el

ser y el deber ser del mundo. Afirmación que puede aplicarse a no importa qué sociedad pero que se vuelve especialmente nítida a partir de finales del siglo XVIII y el nacimiento de nuevas formas de legitimidad basadas en la voluntad de la nación, con la lucha por el control de la imaginación de los pueblos convertida en el objetivo último de toda actividad política. En esta lucha por el control de los imaginarios colectivos la prensa ilustrada, cuyo gran momento fue la segunda mitad de siglo XIX, tuvo un papel determinante. Las imágenes difundidas por ella fueron las principales responsables de la configuración y difusión de una imagen del mundo capaz de justificar, explicar y legitimar las políticas llevadas a cabo por los gobiernos de los diferentes países.

Una representación del mundo que, obviamente, no es neutra sino que determina una forma de ver y de imaginar los diferentes espacios geográficos y de las relaciones que se deben de tener con los pueblos que los habitan. Las imágenes de la prensa ilustrada –en general una preciosa guía para la reconstrucción de los imaginarios colectivos de los grupos alfabetizados decimonónicos–, se convierten así en prácticamente imprescindibles para la reconstrucción de la imagen del mundo que justificó, explicó y legitimó las políticas exteriores mantenidas por los gobiernos de los diferentes Estados a lo largo del siglo XIX.⁴ Imaginación del mundo que en el caso de las revistas ilustradas europeas en general y de las españolas en particular, que son de las que me voy a ocupar aquí, está condicionada por la hegemonía cognoscitiva del imperialismo, entendido no sólo como una forma de organización económica sino también de comprensión de la realidad. Una ideología que, parafraseando a Pierre Bourdieu, posee una manera de explicar y contar lo social. Las interpretaciones economicistas del imperialismo, al ignorar este aspecto cognoscitivo, esta forma de entender el mundo, dejan importantes, cuando no decisivas, cuestiones por responder. El desarrollo del imperialismo sólo fue posible a partir de la construcción una imagen del mundo capaz de legitimar las políticas estatales y de convertir en “interés nacional” lo que en origen eran únicamente los intereses de determinados grupos políticos, intelectuales y económicos. El imperialismo se convirtió así en base de una estructura cognoscitiva de aprehensión de la realidad.

La prensa ilustrada contribuirá a esta configuración de intereses imperiales creando una imagen interesada de aquellos territorios en los que la acción imperial de los pueblos europeos debía “necesariamente” ejercerse. En el caso español, el norte de África, Filipinas y el Caribe, también en menor medida Guinea Ecuatorial, pero con la pervivencia de una vaporosa y nostálgica imagen de un imperio espiritual en los que habían sido territorios de la antigua monarquía católica. Estaríamos, desde esta última perspectiva, ante lo que en otros trabajos he denominado “imperialismo de sustitución”,⁵ más el sueño de un imperio que un proyecto imperial en sentido estricto. Sueño imperial capaz, sin embargo, de alimentar el narcisismo colectivo presente en todo el imperialismo decimonónico.

Un análisis de la imagen Cuba en la prensa ilustrada española⁶ arroja, por ello, mucha luz, tanto sobre las ambiciones de los gobiernos españoles en la zona, como sobre las complejas relaciones del imaginario español con lo que habían sido antiguos territorios de la corona en América y sobre su propia configuración como nación. A la pervivencia de la única presencia colonial española relevante, Cuba y Puerto Rico, el Caribe une la fantasmagoría de un espacio geográfico que en días no lejanos había sido el corazón del imperio español en América.

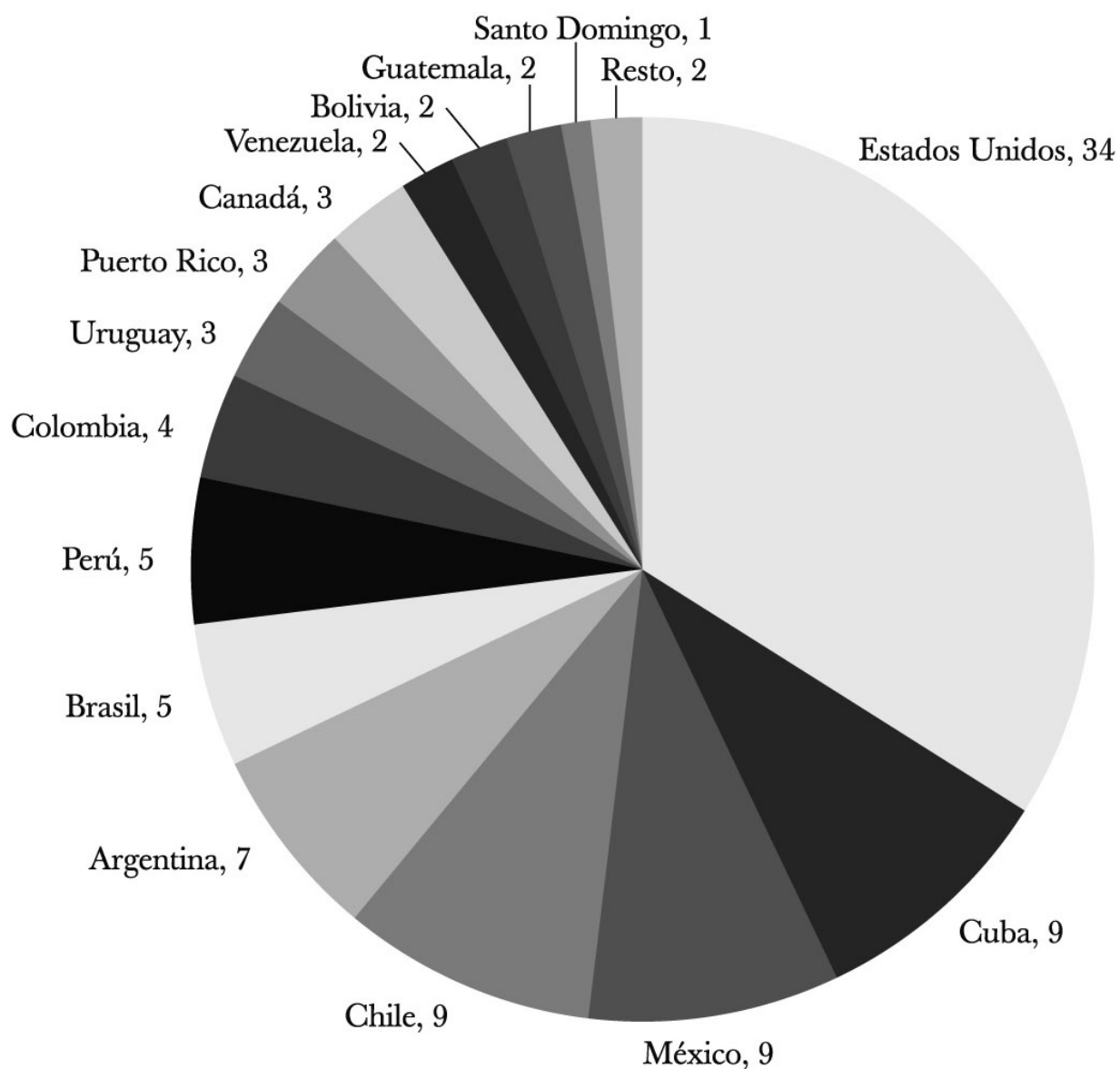
UNA CUBA QUE ES MÁS QUE CUBA

En este imaginario de imperialismo cognoscitivo la mayor de las Antillas es para el imaginario español de finales del siglo XIX mucho más que Cuba. Forma parte a la vez de un imperialismo real y otro de sustitución como centro de un espacio indefinido de territorios que anteriormente habían sido españoles. La isla como llave y centro del mundo americano: “A pocos minutos del trópico de Cáncer se extiende la justamente celebrada isla de Cuba, reina de las Antillas, por su riqueza, dimensión, importancia, civilización y nombradía. Situada a la entrada del seno mejicano, créela el viajero la llave de un vasto continente.”⁷ Un vasto e indefinido mundo de

territorios “españoles”, por historia y cultura, cuyo único límite preciso era la frontera norte con el siempre amenazante imperialismo estadounidense. Más amenazante desde que la retórica del conflicto de razas, latinos contra anglosajones, monopolizó el discurso político e ideológico, con especial incidencia a partir del último cuarto de siglo.

Esta percepción explicaría la aparente anomalía de que el país americano más presente en los grabados de las revistas ilustradas españolas en las dos décadas aquí estudiadas sea Estados Unidos y no Cuba o alguno de los otros países hispanoamericanos (véase gráfica 1). El otro frente al nosotros constituido por el conjunto de los países de raza española del continente. Un enfrentamiento que, en la visión de las revistas españolas, gira en torno a Cuba y la voluntad anexionista estadounidense como uno de sus puntos de referencia clave. Los intentos de anexión de la isla por parte de Estados Unidos, no sólo como una realidad, sino también de interpretación geoestratégica: el continente americano como escenario de un enfrentamiento multiseccular entre dos razas y dos civilizaciones, la española y la anglosajona, ellos y nosotros. En palabras de *La Ilustración Católica*, cuando comenta una de las numerosas vistas de La Habana que tanto proliferaron en esta y otras revistas ilustradas españolas: “Triste es pensar que la vista que publicamos podrá algún día cambiar de nombre tomando otro que no se pronuncie con la lengua de Calderón y Cervantes.”⁸ Al principio sólo una pintoresca vista de bahía con ciudad al fondo se convierte en un alegato geoestratégico en el que la amenaza del expansionismo estadounidense no es sólo para España sino para todos los hispanohablantes; para toda una civilización que podría llegar a desaparecer absorbida y conquistada por la anglosajona.

Gráfica 1. Imágenes de países americanos en las revistas ilustradas españolas, 1875-1894. Porcentajes del total de imágenes sobre América



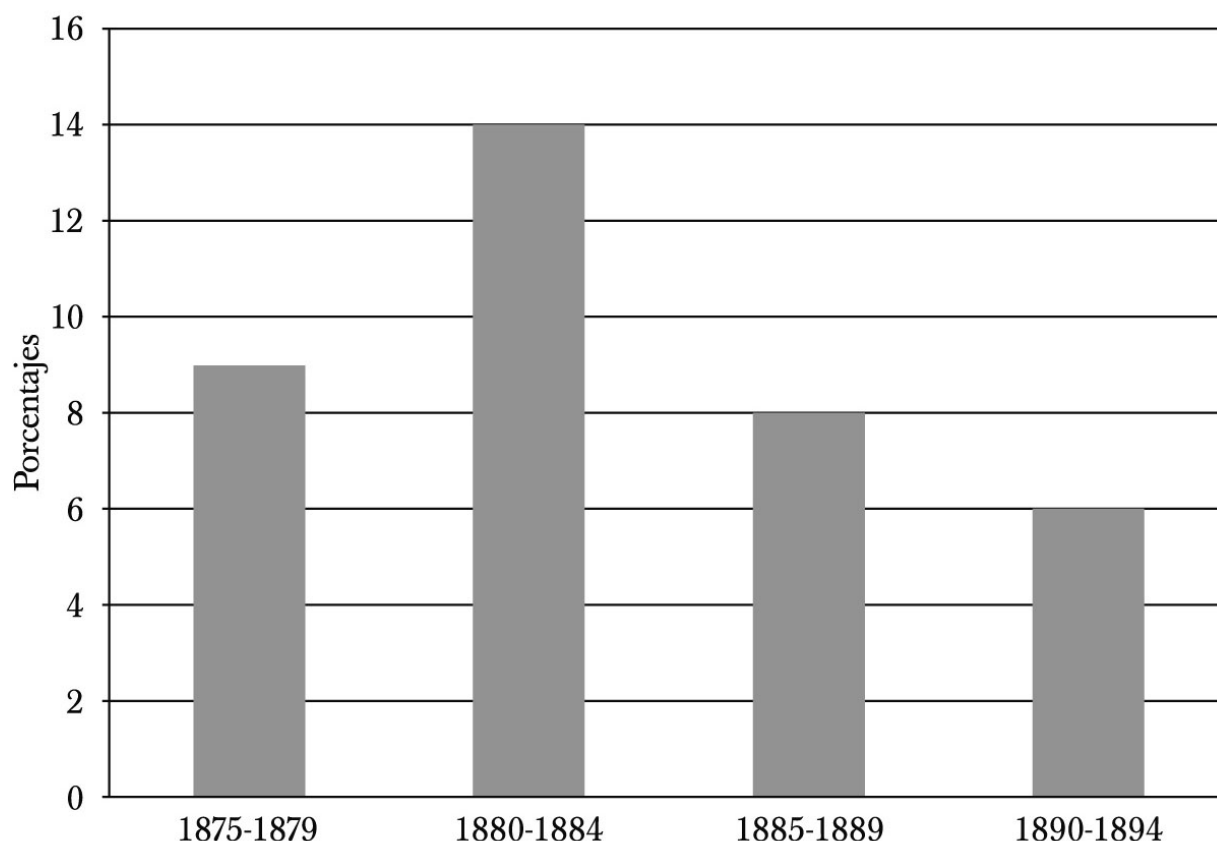
Fuente: elaboración de Tomás Pérez Vejo. Dibujó: Fabián Díaz.
[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

La presencia de los diferentes territorios americanos en las revistas ilustradas españolas de este periodo resulta enormemente representativa. Si dejamos de lado el caso de Estados Unidos, con más de un tercio del total de las imágenes sobre América en el periodo –el otro al que se teme y se admira–, el imaginario español sobre el resto del continente en el periodo se articula en torno a dos ejes: el caribeño, con Cuba y México como centro –

18% de las imágenes—, y el del Cono Sur, Chile y Argentina —16%—. Las dos claves del imaginario imperialista español sobre América de la época: un imperialismo real, articulado en torno a la isla de Cuba y su defensa frente al anexionismo estadounidense, en el que México desempeñaba un papel determinante no sólo como aliado sino también como la otra frontera con los anglosajones; y un imperialismo de sustitución, en torno a aquellos países hispánicos que estaban teniendo más éxito en el camino de la civilización, Argentina y Chile, la prueba de que la española seguía siendo una civilización viva y capaz de triunfar en el camino del progreso. Igual de operativos el uno que el otro.

Y paso ya al caso de Cuba. La evolución de su presencia en el imaginario español queda reflejada en la gráfica 2, con dos fases claramente diferenciadas, la primera, de 1875 a 1884, con una alta presencia relativa en relación con el resto de América y de tendencia ascendente; la segunda, 1885-1894, con una menor presencia relativa y de tendencia claramente descendente.

Gráfica 2. Evolución de la presencia de imágenes de Cuba en las revistas ilustradas españolas. Porcentajes del total de imágenes sobre América



Fuente: elaboración de Tomás Pérez Vejo. Dibujó: Fabián Díaz.
[Regresar a “Créditos de las imágenes”]

La primera fase está, en el inicio, muy marcada por el conflicto bélico y el progresivo restablecimiento de la paz; casi la mitad de las imágenes generadas en esos primeros años tiene que ver con la conocida como guerra Grande –batallas, captura de barcos filibusteros, restablecimiento de la paz, etc.–⁹. La mayoría de esas imágenes con una clara voluntad de mostrar la guerra como un enfrentamiento entre barbarie y civilización, uno de los grandes tópicos del imperialismo decimonónico. Y también del discurso español sobre los rebeldes cubanos: negros bárbaros refractarios al progreso y la civilización.

Ejemplo particularmente revelador de este discurso es el grabado representando un ídolo cogido a los rebeldes que, pesar de su aparente irrelevancia, mereció la portada de uno de los números de *La Ilustración Española y Americana*.¹⁰ Una tosca figura de madera que habría sido

utilizada por los negros para guardar las cenizas de los españoles muertos y celebrar en torno a ella ceremonias de brujería. La voluntad de mostrar el salvajismo y barbarie de los rebeldes es bastante obvia, tanto por lo que cuenta el título como por la tosquedad y primitivismo de una imagen casi deforme y alejada por completo de los cánones artísticos de la época. Pero por si pudiera quedar alguna duda respecto al discurso iconográfico la disipa el escrito:

Repetidamente se ha dicho que la insurrección cubana, ya muy próxima en convertirse en guerra exterminadora de razas inauguraría en la hora de su triunfo [...] una tristísima época de retroceso [...]. Testimonio sea de tal verdad la miserable idolatría que profesan [...] algunas partidas de negros insurrectos [...] En una batida que dieron recientemente en el Zumaraquacan [...] tropas de la nación [...] fue cogido el grosero ídolo de que damos exacta reproducción [...] Representa un negro casi desnudo toscamente esculpido [...]; la caja del cuerpo está hueca y servía para encerrar en ella cenizas de cadáveres de españoles quemados por los insurrectos [...]. En medio del pecho presenta un agujero, alrededor del cual aparece la figura de un gallo muerto, formado también con cenizas de españoles, que fueron sacrificados al odio brutal de los negros rebeldes, estos suponen que, aplicando a aquel agujero un pedazo de cuerno [...] se reproducen en un pequeño espejo que tiene dicho objeto en la parte inferior [...] las figuras y los movimientos de los españoles [...] ¡Mentira parece tanta superstición, tan bajo y miserable fanatismo!¹¹

Texto e imagen unidos en la misma voluntad de mostrar la guerra como un enfrentamiento entre civilización y barbarie, entre la raza negra de los insurrectos y la blanca de los soldados españoles.

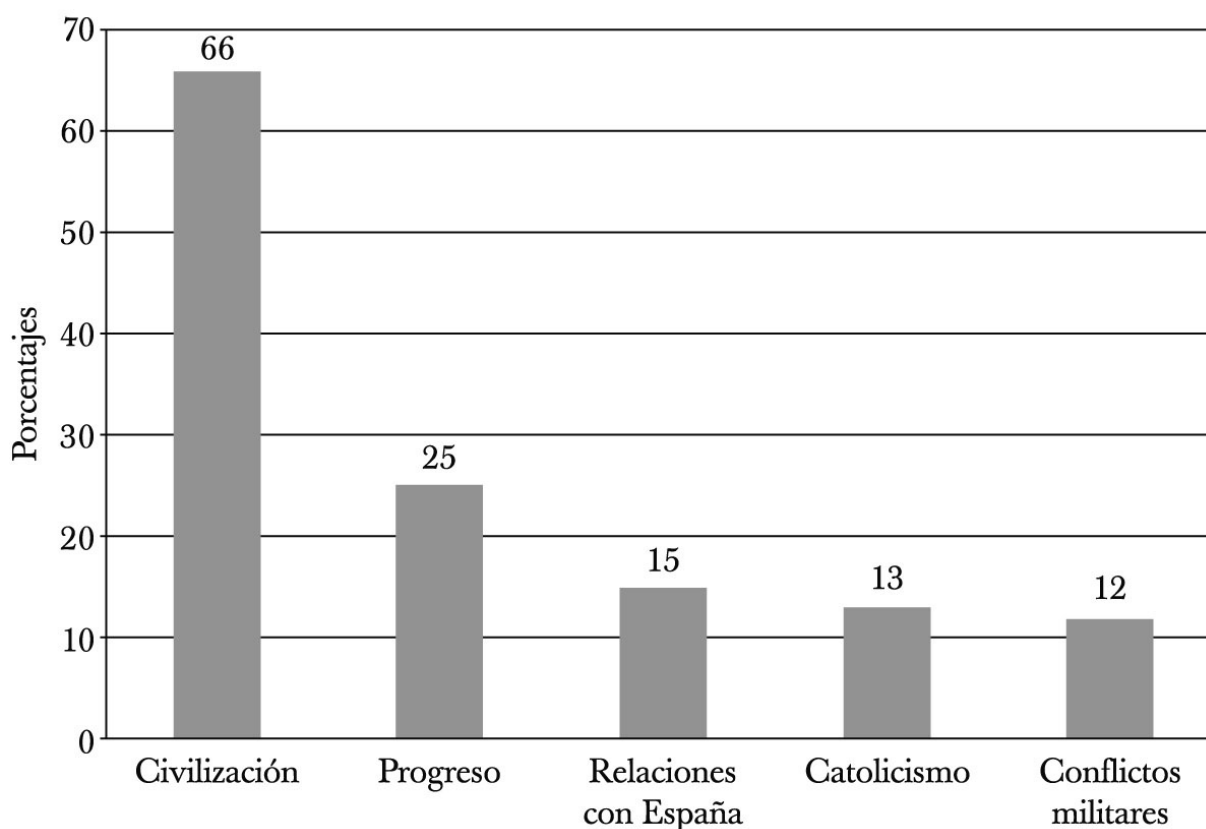
Acabada la guerra Grande las imágenes sobre Cuba siguen aumentando, tanto en cifras absolutas como relativas respecto al resto de América, hasta llegar a constituir a principios de la década de los ochenta casi 15% de todas las dedicadas al mundo americano, pero ahora ya no centradas en conflictos bélicos.

El lento proceso de pérdida de importancia posterior, iniciado a partir de mediados de la década de los ochenta, habría que relacionarlo con ese imperialismo de sustitución al que se hacía referencia más arriba. Alcanzaría su mínimo a principios de la década de los noventa, cuando la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento llevó a este imperialismo de sustitución a uno de sus grandes momentos, con la retórica del hispanoamericanismo convertida en el eje de la política exterior española y Cuba perdiendo importancia en el plano simbólico, por supuesto no en el real.

LA CUBA IMAGINADA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS

Al margen de estas variaciones cronológicas, la imagen de Cuba resulta de una gran homogeneidad, y gira en torno a cuatro rasgos que definen el imaginario de las revistas ilustradas sobre ella: civilización, un territorio civilizado cuyas formas de vida se confunden con las europeas; progreso, una sociedad dinámica cuyas mejoras materiales e intelectuales muestran su pujanza y desarrollo; catolicismo, un territorio cristianizado con la iglesia como eje de su vida social; y relaciones con España, una isla sólidamente unida al resto de las provincias españolas no sólo mediante lazos políticos sino también sociales y culturales (véase gráfica 3).¹²

Gráfica 3. Imágenes de Cuba en las revistas ilustradas españolas por temas, porcentajes de imágenes sobre Cuba (una misma imagen puede estar en varias categorías por lo que la suma total no es igual a 100)



El primer aspecto, el de la civilización como seña de identidad de Cuba, es claramente el hegemónico, además el que más distingue la imagen construida sobre ella de la del resto de los territorios coloniales españoles, Marruecos, Guinea Ecuatorial y Filipinas.¹³ Si tomamos como comparación el archipiélago asiático, con un número de grabados y fotografías muy similar al de la isla caribeña, la imagen predominante es justo la contraria, un territorio exótico¹⁴ y sin civilizar, escenario privilegiado de la acción colonizadora/civilizadora de España. Esta imagen tendrá uno de sus grandes momentos en la exposición de Filipinas de 1887, significativamente la única exposición colonial del XIX español,¹⁵ con centenares de objetos etnológicos “primitivos” expuestos, muchos de ellos reproducidos en las páginas de las principales revistas ilustradas.¹⁶ A diferencia de Filipinas no hubo una exposición colonial sobre Cuba y cuando esta última estuvo presente en alguna de las grandes exposiciones de finales del XIX, como la de Ámsterdam de 1883, la única imagen que las revistas ilustradas consideraron digna de ser reproducida fue una vista del edificio donde se exhibían los productos isleños,¹⁷ un templete neomorisco que en nada se diferenciaba de los que acogieron los productos españoles en algunas de las exposiciones universales de esos mismos años y en cuyo interior, a diferencia de lo que ocurre con el dedicado a Filipinas, faltan por completo los objetos etnográficos habituales en este tipo de exposiciones. La ausencia es tan notable que en el catálogo en el apartado dedicado a Cuba no existe la clase novena, “Vida doméstica y social de la población indígena”, y se pasa de la clase octava, “Estadísticas de la población”, a la décima, “Medios de existencia”. No ocurre así en el de Filipinas con una amplísima representación de objetos de la “Vida doméstica y social de la población indígena” –“taparrabos de Igorrotes”, “adornos que usan los moros en las orejas”, “arcos de los aetas y de los negros”, etcétera.¹⁸

De las imágenes sobre Cuba difundidas por las revistas ilustradas 66% hace referencia directa o indirecta a esta idea de una sociedad civilizada: centros de enseñanza equiparables a los de la metrópoli;¹⁹ edificios

históricos, especialmente la catedral de La Habana, a pesar de su estilo no coincidente con el gusto estético del momento, reproducida una y otra vez en fotografías y grabados,²⁰ en muchos casos con referencias explícitas a su pertenencia a la memoria histórica y cultural de España, como en un grabado de *La Ilustración Ibérica* en el que hace pareja con otro de la iglesia de San Esteban de Salamanca, a finales del siglo XIX, en que el plateresco era considerado el estilo nacional español. Ambas como escenarios de la epopeya por excelencia de la nación española, el descubrimiento de América; la segunda como el lugar “donde fue examinado por los doctores el proyecto de Colón”, y la primera como el “lugar donde se conservan los restos de Colón”,²¹ una vida política y religiosa civilizada en la que los cargos se suceden con regularidad en estas décadas finales del siglo XIX;²² vistas de ciudades cuyo trazado y arquitectura nada tiene que envidiar a las europeas, Matanzas, Cienfuegos, Cárdenas²³ y, sobre todo, La Habana, cuyas vistas serán reproducida una y otra vez por las revistas ilustradas españolas como ejemplo de ciudad civilizada;²⁴ medios de transportes modernos, trenes, el símbolo por excelencia del progreso en el siglo XIX,²⁵ pero también unos puertos, especialmente el de La Habana, que hacían de esta ciudad uno de los emporios del mundo”;²⁶ y una dinámica vida cultural y científica, músicos, poetas, médicos, periodistas.²⁷

Imágenes de civilidad reafirmadas con otras que muestran el continuo progreso, casi una cuarta parte de las fotografías y grabados, nuevos teatros como el Payret, “al nivel de los mejores del viejo mundo, y [...] digno émulo del de Tacón, el primero hasta hace pocos años de los coliseos de América”;²⁸ nuevos centros de enseñanza, como el proyectado edificio para la Universidad de La Habana, con el objetivo de convertirla en “la mejor de Europa y América”;²⁹ nuevas construcciones portuarias, almacenes de depósito de San José en el puerto de La Habana, “construcción sólida y permanente que refleja el progreso de este país”;³⁰ exposiciones regionales en las que se muestran los avances de la vida económica;³¹ y participación de productos cubanos en las grandes exposiciones internacionales, junto con los ferrocarriles, el otro gran símbolo del progreso, además del ya

citado pabellón de Cuba en la exposición colonial de Ámsterdam; la participación cubana en la gran Exposición Universal de París de 1878, cuyo “Pabellón de tabacos de La Habana”, también de estilo neomorisco, fue reproducido en primera página por *La Ilustración Católica*, símbolo no de un producto exótico sino de una moderna actividad industrial, “el producto más notable de nuestra grande Antilla tiene también, como es natural, su representación en el gran certamen de la industria que se llama Exposición de París”.³²

En el caso de las relaciones con España, 15% del total de imágenes, en las que habrían de distinguirse las más directamente políticas, con una explícita voluntad de discurso de unidad con la metrópoli, de las que podríamos denominar discursos de unidad banal. Ejemplos de lo primero serían las frecuentes imágenes de representantes políticos de la isla en las instituciones políticas españolas,³³ con una clara voluntad de equiparar la situación política de Cuba con la del resto de las provincias españolas, o el reportaje gráfico publicado por *La Ilustración Española y Americana* sobre la visita de dos miembros de la familia real a La Habana, cuyo principal objetivo parece ser mostrar el buen recibimiento, por parte de las autoridades “para hospedarlos dignamente en el palacio del Gobierno, con ser este edificio muy hermoso y estar perfectamente acondicionado, introdujéronse en él varias reformas de importancia”, de la población en general, “de la mucha gente que les esperaba da idea nuestro segundo grabado”.³⁴

Ejemplo de lo segundo, las numerosas vistas de ciudades, ya analizadas como expresión de civilidad, que en nada parecen diferenciarse de las españolas y, sobre todo, las representaciones de fiestas y romerías, mostrando una sociedad cuyas costumbres se confundían con las peninsulares. Festividades que no sólo tienen un marcado carácter español, nada las distingue de las imágenes de los mismos tipos de eventos en España, sino que en muchos casos parece haber una clara voluntad de reflejar la participación en ellas de españoles de uno y otro lado del Atlántico, no españoles y cubanos, sino cubanos, aragoneses, catalanes, etc. Es el caso de un grabado de *La Ilustración Española y Americana* representando la romería de San Cristóbal en La Habana de 1884, con los

pabellones de catalanes, asturianos, montañeses, canarios, andaluces, gallegos, vascos y navarros,³⁵ y en la que, según esta misma revista, se escuchaban

los ecos de variados aires nacionales; en un sitio, bajo la caseta de la isla de Cuba, la encantadora y voluptuosa danza [...]; cerca de allí, en la tienda de los andaluces [...] canciones malagueñas; un poco más lejos resuenan los *zorticos* de las provincias vascongadas y la melancólica *muñeira* de Galicia; los intrépidos catalanes [...] interpretan las deliciosas serenatas de la *Sociedad Coral de Clavé* [...]; valencianos y aragoneses tocan y cantan himnos marciales y vigorosas *rondallas*, y sobresalen entre todos los vivos ecos de la jota [...].³⁶

Unas fiestas que según esta misma revista, a propósito de otro grabado de una romería, la organizada por los catalanes en honor de la virgen de Monserrat, también con la participación de distintos grupos regionales, en este caso catalanes, vasco-navarros y montañeses, ejercían una “bienhechora influencia en los habitantes de la isla de Cuba, borrando asperezas que no deben de existir entre los habitantes de una misma patria”.³⁷

El carácter católico de Cuba, 13% de las imágenes, encuentra expresión en la sucesión de representaciones de edificios religiosos, símbolo de un territorio cristianizado, con la virgen de la Caridad del Cobre³⁸ como eje de un culto mariano en todo equiparable a los existentes en la península. “Esta imagen y este templo, en Cuba, representa lo que en España el templo y la Virgen del Pilar”;³⁹ también en la presencia de una jerarquía eclesiástica en la que obispos y sacerdotes se suceden como ejemplo de una sociedad fiel a la iglesia y a la jerarquía eclesiástica.⁴⁰

EL IMAGINARIO DE LA AUSENCIA: LO QUE NO ESTÁ

En este imaginario importa también lo que no está, las ausencias, lo que voluntaria o involuntariamente se olvida. Una de ellas, muy obvia, la escasa presencia de tipos populares, un subgénero dentro de este tipo de revistas pero casi por completo ausente en los grabados y fotografías de Cuba. Una de las escasas excepciones es *Familia de guajiros a la puerta de un*

potrero,⁴¹ reproducción de un cuadro de Víctor Patricio Landaluze,⁴² y que, a pesar de su obvio exotismo, “hoy el tipo legítimo de guajiro no se encuentra sino en el interior de la isla, en puntos donde no resuena el silbido de la locomotora y no existen los alambres del telégrafo eléctrico”,⁴³ conserva un claro eco de las escenas de costumbres de Andalucía, de la que Cuba es imaginada como su continuación natural. Como nos recuerda otra revista de la época, *La Ilustración Católica*, a propósito de otra de estas escasas escenas de costumbres cubanas reproducidas en aquellas revistas, en este caso una murga habanera, “Cuba [...] es una Andalucía más andaluza que la de España. Todas las cualidades, bellezas y defectos de nuestras provincias meridionales, aparecen allí agrandados, los defectos más defectuosos, las bellezas embellecidas.”⁴⁴

Cuba como una Andalucía del trópico, salvo por un pequeño detalle que ninguno de ambos grabados pudo obviar: el de la presencia de cubanos negros, en el primer caso como fondo de la escena, en el segundo como protagonistas. Una presencia que no hace sino resaltar la ausencia casi absoluta de negros en las imágenes sobre Cuba de la prensa ilustrada española de las últimas décadas del siglo XIX y cuya relevancia –lo que no se dice es también discurso–, no puede ser desdeñada. Y es que en la imagen de la sociedad cubana como una sociedad civilizada había dos aspectos, directamente relacionados, que no encajaban: la presencia de una numerosa población negra y la pervivencia de la esclavitud, abolida en la metrópoli pero vigente en la isla hasta 1880, 1886 si se considera el fin de los conocidos como “patronatos”. Tan no encajaban que ambos están casi totalmente ausentes, el primero de manera relativa y el segundo casi por completo.

La heterogeneidad racial se intuye como fondo de muchas de las imágenes de la vida social y también en muchos de los textos que acompañan a las imágenes “en este pueblo [Villa del Cobre] fue donde vimos [...] el cruzamiento de las dos razas humanas más opuestas, la del blanco y la del negro, con todas sus variaciones *del chino, del mulato, del cuarterón* y de otras nomenclaturas según el grado que alcanza dicho entrecruzamiento”.⁴⁵ Las pocas veces en las que salta al primer plano, como en el ya citado grabado de *Una murga en La Habana*, los editores suelen

considerar necesario precisar su carácter de problema, “hasta en los murguistas se refleja la diferencia de colores y razas, que es uno de los caracteres y uno de los mayores males de la sociedad antillana”.⁴⁶ La raza como problema político: ¿podía ser considerado español y civilizado un territorio en el que muchos de sus habitantes eran negros? Probablemente no, de ahí esa cuidada ausencia de negros en las imágenes de las revistas ilustradas, que contrasta con su constante presencia en la pintura costumbrista cubana de finales de siglo, por ejemplo, en la del ya citado Víctor Patricio Landaluze.

Más problemático resultaba todavía, desde la perspectiva de la sociedad cubana como una sociedad civilizada, la pervivencia de la esclavitud. Tanto que sólo una imagen entre las decenas de las reproducidas por las revistas ilustradas españolas sobre Cuba hace referencia a ella, y no parece necesario precisar que la esclavitud no era un asunto anecdótico en la sociedad de la isla sino uno de sus rasgos socioeconómicos más relevantes y significativos. Se trata de *Cimarrón sorprendido en un monte por los perros de los arrachadores*,⁴⁷ reproducción también de una pintura del ya citado Víctor Patricio Landaluze. La lectura por parte de la revista, a pesar de la brutalidad de la imagen, representa el momento en el que los perros de los cazadores de esclavos, los arrachadores, encuentran y acosan a un esclavo huido, es de una enorme ambigüedad. No está muy claro si se trata de una denuncia de los horrores de la esclavitud o de los males que acompañan al esclavo que intenta huir de su situación, esto es al menos lo que se deduce del texto que acompaña a la imagen:

¿Sabéis los que es el *cimarrón*? Yo os lo diré en breves palabras [...]. El *cimarrón* es un negro esclavo que huye del dominio de su amo y busca en la vida salvaje de los bosques la libertad que en sus bosques nativos disfrutaba ¿La encuentra allí? ¿Puede disfrutar de ella mucho tiempo? El cuadro de Landaluze responde por mí, porque ese cuadro representa el episodio más culminante de la vida del *cimarrón* en el que deja de serlo para volver al dominio y bajo la potestad de su amo, a sufrir el castigo que este le tiene reservado.⁴⁸

CONCLUSIÓN

La imagen final construida por las revistas ilustradas españolas, desde la restauración al inicio de la guerra en 1895, podría resumirse en un territorio profundamente hispanizado y con un nivel de progreso económico y civilización que nada tenía que envidiar a ninguna de las demás provincias españolas. Una risueña imagen de Cuba en la que debe verse tanto un reflejo del narcisismo nacionalista español decimonónico, pues la isla era finalmente territorio español, como también una justificación del colonialismo español, extendido al conjunto de los que habían sido territorios de la monarquía en América.

Una visión de Cuba, en realidad de toda la América española, como lugar de civilización que tiene un fuerte componente de nacionalismo panhispanista, con el conjunto de los países de lengua española entendido como una especie de *Gemeinschaft* hispanoamericana basada en la raza y la lengua, impulsado no sólo desde España sino también desde América.⁴⁹ Panhispanismo que tendría sus dos momentos culminantes en 1892, celebración del IV Centenario del Descubrimiento, y 1910, celebración del Centenario de las Independencias. La segunda fecha ya fuera del marco de este estudio; no así la primera, con un claro aumento de la presencia de imágenes sobre América en las revistas ilustradas españolas, acompañada de una disminución, relativa, de las referidas a Cuba, que en el contexto de este discurso panhispanista perdía centralidad.⁵⁰

Para la década de los noventa, en todo caso, la imagen de la mayor de las Antillas era clara y nítida para unas clases medias que en su mayoría no conocían Cuba pero sí “sabían” como era: un territorio civilizado, carente de exotismo y cuyas relaciones con España permitían verlo como parte de la nación. Imagen que explica en gran parte el psicodrama colectivo que supuso la pérdida de la isla frente a la relativa apatía con que, menos de un siglo antes, la opinión pública recibió la pérdida de los virreinos continentales. Estos los perdió el rey; Cuba, la nación española.

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

La Gran Vía, Madrid.
La Hormiga de Oro, Barcelona.
La Ilustración Catalana, Barcelona.
La Ilustración, Barcelona.
La Ilustración Católica, Madrid.
La Ilustración Española y Americana, Madrid.
La Ilustración Ibérica, Barcelona.
El Mundo Ilustrado, Barcelona.

Bibliografía

- Bachiller y Morales, Antonio, *Tipos y costumbres de la isla de Cuba*, La Habana, Miguel de Villa, 1881.
- Exposición colonial de Ámsterdam en 1883, *Catálogo correspondiente a las provincias ultramarinas de España. Publicado por la Comisión Central Española*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de El Correo, 1883.
- Fradera, Josep María, *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Bellaterra, 2005.
- Pérez Vejo, Tomás, “El Caribe en el imaginario español: del fin del antiguo régimen a la restauración”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Instituto Mora, núm. 55, enero-abril, 2003, México, pp. 11-43.
- Pérez Vejo, Tomás, “El uso de las imágenes como documento histórico. Una propuesta metodológica” en *Memorias del Simposio Diálogos entre la Historia Social y la Historia Cultural*, México, ENAH, 2005, pp. 147-160.
- Pérez Vejo, Tomás, “Nacionalismo e imperialismo en el siglo XIX: dos ejemplos de uso de las imágenes como herramienta de análisis histórico” en Fernando Aguayo y Lourdes Roca (coords.), *Imágenes e investigación social*, México, Instituto Mora, 2005, pp. 50-74.
- Pérez Vejo, Tomás, “¿Se puede escribir historia a partir de imágenes? El historiador y las fuentes icónicas”, *Memoria y Sociedad. Revista de Historia*, Pontificia Universidad Javeriana, vol. 16, núm. 32, enero-junio, 2012, Bogotá, pp. 11-25.
- Riego, Bernardo, *La construcción social de la realidad a través de la fotografía y el grabado informativo en la España del siglo XIX*, Santander, Universidad de Cantabria, 2001.
- Salas y Quiroga, Jacinto, “La Habana”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, s. e., 1840, pp. 257-259.
- Sánchez Gómez, Luis Ángel, *Un imperio en la vitrina. El colonialismo español en el Pacífico y la Exposición de Filipinas de 1887*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003.
- Sepúlveda, Isidro, *El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

NOTAS

- ¹ No lo crearon, sólo contribuyeron, porque este imaginario se había venido construyendo desde la aparición de las primeras revistas ilustradas. Es posible que la primera imagen de Cuba en una revista ilustrada española sea una vista del puerto de La Habana de 1840. Salas y Quiroga, “La Habana”, 1840, p. 257. Para estas primeras imágenes de Cuba en las revistas ilustradas españolas véase Pérez, “El Caribe en el imaginario”, 2003.
- ² No refiero a la condición colonial o no de los territorios americanos de la monarquía previos a la crisis imperial –una polémica sobre la que remito a la abundante bibliografía sobre el tema–, sino a la forma como fueron imaginados antes y después de esta. En el primer caso, como propiedades del monarca, lo que explicaría el desinterés con que fue recibida la pérdida de la mayoría de los territorios americanos por la incipiente opinión pública de la época; en el segundo, de la nación española, lo que explicaría el psicodrama colectivo que la pérdida de la mayor de la Antillas, un territorio minúsculo comparado con el de los perdidos menos de un siglo antes, entre una opinión pública ya significativamente mayor. Sobre la nueva situación colonial de Cuba, Puerto Rico y Filipinas a partir de la crisis imperial véase Fradera, *Colonias para después*, 2005.
- ³ Uso el término imaginario en el sentido de una forma de ver y entender el mundo, de “imaginar” la realidad social. Un término que no es equivalente al de imagen, pero que posiblemente, y esta es la hipótesis central de este trabajo, sea el análisis de las imágenes una de las mejores herramientas de que disponemos para la reconstrucción de los imaginarios colectivos y de su proceso de “invención”. Un imaginario no es una imagen, pero se construye y se plasma en imágenes, físicas o mentales. Para un análisis más detenido de estos aspectos véanse “El uso de las imágenes”, 2005, pp.147-160, y “¿Se puede escribir?”, 2012, pp. 11-25, de Pérez Vejo.
- ⁴ Para un análisis más detenido del uso de las revistas ilustradas decimonónicas como fuente para la historia política en general y del imperialismo en particular véase Pérez Vejo, “Nacionalismo e imperialismo”, 2005, pp. 50-74.
- ⁵ Véase, entre otros, Pérez Vejo, “El Caribe en el imaginario”, 2003, pp. 11-43.
- ⁶ Las revistas analizadas en este trabajo son, por orden alfabético, *La Gran Vía* (Madrid, 1893-1894); *La Hormiga de Oro* (Barcelona, 1884-1894); *La Ilustración Catalana* (Barcelona, 1880-1894); *La Ilustración* (Barcelona, 1880-1890); *La Ilustración Católica* (Madrid, 1877-1894); *La Ilustración Española y Americana* (Madrid, 1875-1894); *La Ilustración Ibérica* (Barcelona, 1883-1894), y *El Mundo Ilustrado* (Barcelona, 1879-1883). El peso relativo de cada una de estas publicaciones es muy diferente, tanto por el número de años que se publicaron como por el de imágenes dedicadas a Cuba. Cabe destacar el caso de *La Ilustración Española y Americana*, la única de estas revistas cuya publicación se extendió a lo largo de todo el periodo estudiado, con un número de imágenes sobre Cuba, en realidad sobre el conjunto de América, muy superior a cualquiera de las otras, casi 75% del total de imágenes sobre Cuba en el conjunto de las revistas ilustradas. La imagen de Cuba no es tanto la de las revistas ilustradas en general como la de *La Ilustración Española y Americana* en particular, distorsión no particularmente grave si consideramos que esta última es, sin ninguna duda, la revista ilustrada española más importante e influyente de la segunda mitad del siglo XIX. Sobre el nacimiento y desarrollo de esta última revista véase Riego, *La construcción social*, 2001.
- ⁷ Salas y Quiroga, “La Habana”, 1840, p. 257.
- ⁸ “Vista general del puerto y ciudad de La Habana”, *La Ilustración Católica*, 30 de julio de 1894.

- [9](#) “Habana. Acto de levantar el Estandarte Real en el Parque de Isabel ii, y colocación de la estatua despuesta en 1869”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de marzo de 1875; “Isla de Cuba. Voluntarios españoles en servicio de exploración por la manigua”, *La Ilustración Española y Americana*, 30 de diciembre de 1876, e “Incendio del vapor Moctezuma cerca de la costa de Mosquitos al darle caza el aviso español de guerra Jorge Juan”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de febrero de 1877.
- [10](#) “Ídolo ‘matiaro’, cogido a una partida rebelde en el Zumabaguacam, y destinado a guardar cenizas de españoles quemados por los insurrectos”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de agosto de 1875.
- [11](#) “‘Matiaro’. Ídolo cogido a una partida de insurrectos”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de agosto de 1875.
- [12](#) A estos habría que añadir el de las imágenes referidas a los conflictos bélicos, con una presencia también relevante, en torno a 12% del total de imágenes. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con los demás campos semánticos, las referidas a conflictos bélicos corresponden en su práctica mayoría, 86% del total de las imágenes de tema bélico, a los cuatro primeros años, 1874-1878, del periodo aquí estudiado, los últimos de la guerra Grande o guerra de los Diez Años. Tienen por lo tanto un fuerte carácter coyuntural y prácticamente desaparecen concluida la guerra.
- [13](#) La excepción sería Puerto Rico con una imagen muy parecida. Una especie de pequeña Cuba, diferente sólo por el menor número de imágenes, lo que se corresponde con el distinto tamaño de una y otra isla y, sobre todo, con la importancia que una y otra tuvieron en el imaginario español.
- [14](#) “Tipos de las Islas Filipinas”, *La Ilustración Española y Americana*, 30 de enero de 1876; “Indios beneficiando ‘Abacá’ en Camarines sur”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de julio de 1876, y “Costumbres filipinas: indios del campo adiestrando a los gallos de pelea”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de febrero de 1883.
- [15](#) Véase Sánchez, *Un imperio en la vitrina*, 2003.
- [16](#) “Exposición de Filipinas: Exterior de los edificios principales y anexos de la ranchería de igorotes”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de julio de 1887; “Exposición de productos filipinos en Madrid”, *La Hormiga de Oro*, 23 de julio de 1887, y “Exposición general de Filipinas: Usos y costumbres”, *La Ilustración Ibérica*, 3 de septiembre de 1887.
- [17](#) “Templete central de la instalación de Cuba, sección española”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de agosto de 1883.
- [18](#) Las distintas clases en las que debían ser agrupados los productos expuestos habían sido establecidas por los organizadores de la exposición. Para los objetos y productos enviados por el gobierno español véase Exposición, *Catálogo correspondiente*, 1883.
- [19](#) “Vista panorámica del Colegio de las Escuelas Pías, en Guanabacoa”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de agosto de 1881; “Real Colegio de Betlem”, *La Ilustración Catalana*, 15 de septiembre de 1887, y “Real Colegio de Belén, en la Habana”, *La Hormiga de Oro*, 12 de marzo de 1887.
- [20](#) “Catedral de La Habana”, *La Hormiga de Oro*, 31 de octubre de 1892; “Fachada principal de la catedral de La Habana”, *La Ilustración Católica*, 14 de mayo de 1882, y “La catedral de La Habana”, *La Ilustración Ibérica*, 19 de enero de 1889.
- [21](#) *La Ilustración Ibérica*, 8 de octubre de 1892.
- [22](#) “Exmo. Sr. D. Alejandro Rodríguez Arias. Teniente General, nuevo Gobernador General de la Isla de Cuba”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de junio de 1892, y “Retrato del Ilmo. Sr. D. Apolinar Serrano Diez, Obispo de La Habana”, *La Ilustración Católica*, 28 de marzo de 1879.

- [23](#) “Matanzas”, *La Ilustración Ibérica*, 23 de febrero de 1889, “Vista general de Matanzas”, *La Ilustración Española y Americana*, 30 de noviembre de 1880, y “Cárdenas”, *La Hormiga de Oro*, 8 de noviembre de 1886.
- [24](#) “Recuerdos de La Habana”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de julio de 1888, “Vista general del puerto y ciudad de La Habana”, *La Ilustración Católica*, 21 de febrero 1882; “Plaza del vapor. Calle del Prado. La catedral”, y *La Ilustración Ibérica*, 20 de diciembre de 1884.
- [25](#) Imagen reflejada con particular nitidez en un grabado de *La Ilustración Española y Americana* “De la Habana a San Diego”. En el camino de vuelta abajo: la “volanta” y el tren”, *La Ilustración Española y Americana*, 30 de enero de 1884 contraponiendo un medio de transporte tradicional, la volanta, con uno moderno, el tren.
- [26](#) “Bahía de La Habana”, *La Ilustración Ibérica*, 20 de diciembre de 1884.
- [27](#) “El señor Brindis de Salas, notable violinista cubano”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de mayo de 1879; “D. Juan Santos Fernández. Distinguido oftalmólogo cubano”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de octubre de 1891, y “Exmo. Sr. D. Vicente de Galarza, conde de Galarza, presidente de la empresa del *Diario de la Marina* de La Habana”, *La Ilustración Española y Americana*, 30 de julio de 1887.
- [28](#) “Nuestros grabados”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de marzo de 1877.
- [29](#) *Ibid.*, 22 de febrero de 1881.
- [30](#) “Los almacenes de depósito de La Habana”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de enero de 1889.
- [31](#) “Edificio construido para la Exposición Regional que se ha inaugurado el 3 del corriente”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de abril de 1881.
- [32](#) “Pabellón de tabacos de La Habana”, *La Ilustración Católica*, 16 de junio de 1878. Los productores de tabaco cubanos tuvieron también un pabellón propio en la Exposición Universal de Amberes de 1885, en este caso en un “civilizado” estilo local flamenco, también reproducido en un grabado por una revista de la época, “Pabellón de los fabricantes de cigarros de La Habana”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de agosto de 1885.
- [33](#) “Diputados a Cortes por la isla de Cuba”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de abril de 1880, y “Exmo. Sr. D. José Güel y Renté, senador por la Universidad de la Habana”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de mayo de 1882.
- [34](#) “Viaje de SS. AA. RR. los infantes D^a Eulalia y D. Antonio”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de mayo de 1893.
- [35](#) “La gran romería de San Cristóbal”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de enero de 1884.
- [36](#) “Nuestros grabados. La gran romería de San Cristóbal en La Habana”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de enero de 1884.
- [37](#) “Nuestros grabados”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de mayo de 1884.
- [38](#) “El Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre, y montañas del mineral cobrizo que la rodean”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de noviembre de 1884.
- [39](#) Miguel Rodríguez Ferrer, “El Santuario de la Virgen del Cobre, en la isla de Cuba, y las montañas que de este mineral lo sostiene”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de noviembre 1884.
- [40](#) “Exmo. Sr. D. Apolinar Serrano Diez, obispo de La Habana, muerto 16 del actual”, *La Ilustración Española y Americana*, 30 de junio de 1876, y “Exmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. José Martín de Herrera y de la Iglesia, arzobispo de Santiago de Cuba”, *La Ilustración Católica*, 15 de septiembre de 1884.
- [41](#) *La Ilustración Española y Americana*, 15 de agosto de 1881.

- [42](#) Es una de las ilustraciones de Víctor Patricio Landaluze para el libro *Tipos y costumbres de la isla de Cuba*. Véase Bachiller y Morales, *Tipos y costumbres*, 1881.
- [43](#) “Tipos y costumbres de la isla de Cuba: los guajiros”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de agosto de 1881.
- [44](#) “Una murga en La Habana”, *La Ilustración Católica*, 15 de octubre de 1891.
- [45](#) Miguel Rodríguez Ferrer, “El Santuario de la Virgen del Cobre, en la isla de Cuba, y las montañas que de este mineral lo sostiene”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de noviembre 1884.
- [46](#) “Una murga en La Habana”, *La Ilustración Católica*, 15 de octubre de 1891.
- [47](#) “Cimarrón sorprendido en un monte por los perros de los arrachadores”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de septiembre de 1875.
- [48](#) José E. Triay, “El cimarrón”, *La Ilustración Española y Americana*, 22 de septiembre de 1875.
- [49](#) Véase Sepúlveda, *El sueño de la madre*, 2005.
- [50](#) Una pérdida de centralidad obviamente relativa, pues Cuba seguirá siendo el territorio hispanoamericano más presente en las revistas ilustradas españolas hasta el momento de su independencia. Sólo una vez producida esta será desplazada por otros países como Argentina o México.

LA GUERRA DE 1898 EN EL DEBATE ANTIIMPERIALISTA ESTADUNIDENSE

María del Rosario Rodríguez Díaz

La guerra hispano-cubano-americana provocó una crisis de pensamiento y de actitud entre algunos sectores de intelectuales y de políticos estadounidenses expresada en un discurso preocupado no sólo por los problemas derivados directamente del conflicto con España, sino por cuestiones sobre la constitución futura de la sociedad norteamericana, de sus instituciones políticas y su papel en los asuntos continentales.

Algunos actores políticos estadounidense temían las implicaciones y consecuencias del involucramiento militar de Washington; creían que estas prácticas, podían hacer caer a Estados Unidos en la vorágine del imperialismo y entrar de lleno en la lucha del control por el espacio y el poder, lo cual contradecía sus principios políticos aislacionistas y como consecuencia de ello se retrocedía en el curso de la historia. Cientos de ciudadanos, algunos de ellos políticos de renombre, denunciaron al imperialismo estadounidense en revistas, periódicos y panfletos. La oposición al expansionismo se había realizado de manera constante, aunque carente de sistematización. Los antimperialistas que tenían una larga tradición, lanzaban llamadas de atención en contra del involucramiento en

el Caribe y en la región del Pacífico.¹ Ya habían visto los peligros de la posibilidad de una guerra con Chile en 1891; el intento de anexión de Hawái en 1893; el conflicto con Gran Bretaña en torno a los límites de Venezuela y la Guyana Británica, entre 1895-1896. Sin embargo, con la escalada militar de la guerra de 1898, el sentimiento antimperialista afloró con gran fuerza. La sociedad estadounidense no se expresó de una manera homogénea ante esta cuestión, ni siquiera el Partido Demócrata abanderó de manera formal el antiimperialismo y el antiexpansionismo como tal.² Lo que encontramos fueron voces de actores políticos independientes y oficialistas expresando su desacuerdo en torno al intervencionismo ejercido por su país, así como un fuerte activismo desplegado por líderes empresariales, sindicales, universitarios, miembros del Partido Demócrata, o de disidentes del Republicano, entre otros, quienes construyeron discursos impregnados de ideales “libertarios y republicanos” en contra de las políticas expansionistas de Washington.³

Las siguientes páginas se centran en la explicación de la postura y los argumentos sostenidos por los antiexpansionistas frente a las justificaciones vertidas por miembros del gobierno republicano en turno. La posición favorable se realizará a través de algunas muestras discursivas del capitán de la marina e ideólogo del poder marítimo, Alfred T. Mahan, y de integrantes del grupo político en el poder. La orientación contraria se realizará a través del discurso de algunos participantes de las ligas antimperialistas como el “Rey del Acero”, Andrew Carnegie, quien fundó una de las ligas más activas y contestatarias a las políticas de Washington.⁴ De igual manera, abordaremos algunos posicionamientos de actores sociales y políticos estadounidenses opuestos a la guerra de 1898 y destacaremos los argumentos y las justificaciones de los opositores a la política imperial de Estados Unidos durante los años de 1898 a 1900. Este contraste discursivo nos permitirá destacar los referentes simbólicos que apelaban al peligro y amenazas de la incursión de Estados Unidos en la carrera imperial, cuyo temor se expresó en una narrativa cargada de adjetivaciones que aludían al militarismo, al imperialismo, al fin del aislacionismo y las confrontaban con el pacifismo y el republicanismo inherente al sistema político estadounidense. En esta línea, primero

abordaremos a los que favorecían a la política imperial de Washington y posteriormente veremos los posicionamientos de sus detractores.

EL 98 Y LAS BONDADES DEL IMPERIO

La guerra hispanoamericana fue visualizada por el capitán de la Marina Alfred T. Mahan y por miembros del gobierno republicano de William McKinley como una conflagración donde se enfrentaba el avance y el retroceso; el progreso y la modernidad civilizadora contra la barbarie, al tiempo que se desenterraba por enésima ocasión el “árbol del odio”, del antihispanismo en Estados Unidos.⁵

En opinión de Mahan, la guerra del 98 constituía el acontecimiento finisecular más importante en la lucha por el poder y un paso obligado de Estados Unidos hacia la hegemonía. Por ende, se le dio a esta guerra estadounidense denominaciones tales como guerra de “liberación”, “humanitaria”, “civilizadora”, “regeneradora”, una “cruzada puritana”.⁶

La intervención de Estados Unidos en el movimiento libertador cubano y la contienda con España era vista por Alfred T. Mahan como una acción humanitaria y una guerra justa derivada de los “sentimientos democráticos” y republicanos. En su opinión, era un conflicto internacional que afectaría los bloques de poder. El capitán percibía como desenlace una inminente extensión de la influencia estadounidense, su expansión territorial y la obtención de colonias. A pesar de haberse retirado de manera oficial de la Marina dos años antes, se le nombró miembro del Comité Asesor de Operaciones Navales –Naval War Bureau– y de inmediato le envió al secretario de Estado, William R. Day, las primeras instrucciones y sugerencias de la estrategia naval a desarrollarse en la guerra.⁷

Para Mahan, la guerra no era un enfrentamiento en sí, sino una lucha por la conquista del espacio y el poder. En este sentido, el capitán se sumergió en medio de cavilaciones geopolíticas: ¿cuáles serían los lugares donde ejercer el control?, ¿cuál sería la estrategia y la táctica de guerra? El eje rector de su idea fue considerar a la armada y al poderío español decadente,

débil, mal armado, en oposición a la superioridad naval estadounidense; premisa que se reflejó en una retórica arrogante: “que absurdo es que la Marina norteamericana se preocupe por España”,⁸ dijo. No resulta extraño que en su epistolario estuviera más preocupado por las consecuencias financieras, por la estabilidad monetaria y por el posible involucramiento internacional, que por las confrontaciones militares con el país ibérico.

Mahan coincidía con el presidente McKinley en señalar que las causas que provocaron la guerra tenían como base humanitaria detener el derramamiento de sangre y liberar a Cuba del dominio español.⁹ Estas justificaciones se escucharon con insistencia en el Congreso. Hubo voces de congresistas como Joseph B. Foraker que presentaron a la guerra como un movimiento idealista y humanitario; se afirmaba que la intervención de Estados Unidos sería “un avance en la civilización y en el progreso de la humanidad”. Se llegó incluso a magnificarla, viéndola como el medio ideal para actuar en favor del progreso humano. Estas argumentaciones iban encaminadas a apaciguar la conciencia colectiva y a proporcionar una base moral que permitiera un consenso civil favorable a la guerra en contra de España.

Inclusive algunos grupos religiosos apoyaron la guerra, viéndola como una cruzada humanitaria, que contaba con la ayuda divina. Estos grupos se unieron y pidieron a sus compatriotas que aceptaran la misión cristianizadora y civilizadora que la providencia les había concedido. Las iglesias protestantes elaboraban proyectos para llevarla a cabo. Si Estados Unidos iba a entrar en su fase de imperialismo económico, dijo un escritor religioso, también sería “el imperialismo de la corrección”.¹⁰ La prensa nacional preveía como resultado de la contienda, la posible anexión de Cuba a la Unión Americana.¹¹ También se debatía sobre el derecho del acto de guerra y se concluía que, de acuerdo con el derecho internacional y basado en las atenuantes circunstancias, Estados Unidos sí estaba avalado jurídicamente para participar en la contienda.

La sociedad se encontraba en estado de agitación por los vientos de guerra. Los intelectuales se sumergían en debates teóricos acerca de los medios para obtener la supremacía mundial. Algunos vieron en la guerra con España la oportunidad de participar y fomentar una guerra colonial;

otros más apegados al darwinismo evolutivo, por el contrario, consideraban que el mismo desarrollo histórico-social de estos pueblos los llevaría a ser absorbidos por los más poderosos, es decir, no buscaban la guerra ni el intervencionismo armado. En el transcurso de abril a julio que duró la guerra se habló intensamente de la posibilidad de la intromisión europea.

Mahan veía con preocupación el entorno internacional lleno de confrontaciones colonialistas. Su obra se enmarca en el contexto del nuevo reparto del mundo, de rivalidad comercial, de búsqueda de mercados, de los deseos de Estados Unidos en involucrarse en la carrera imperial por conseguir zonas de influencia, estaciones carboníferas, colonias, etc. Sus escritos plantean la problemática y las disyuntivas económico-comerciales y políticas que la nación debería de asumir.¹² El Caribe albergaba las flotas de los países contrincantes prestas al combate. Sin embargo, la primera batalla tuvo como escenario el Pacífico y aseguró la primera victoria de las tropas del general Dewey en Manila. Este hecho tomó por sorpresa tanto a conocedores como a inexpertos. ¿Cuáles serían las implicaciones de esta victoria? Mahan afirmó: “no había contemplado las posibilidades abiertas por la victoria de Dewey en Manila”.

A fines de julio se iniciaron las negociaciones de paz. Mahan proponía, al igual que el presidente McKinley, una línea dura y no aceptar condiciones, ni otorgar concesiones. Las exigencias estadounidenses iniciales incluían la independencia de Cuba, la cesión de Puerto Rico como la indemnización de guerra y la cesión de las Islas de los Ladrones, probablemente Guam. Sin embargo, la situación en Filipinas quedaba pendiente. Esta cuestión se constituiría en el centro de negociaciones durante los meses de septiembre a inicios de diciembre de 1898 y que sería el eje de las disquisiciones en contra de la política imperialista estadounidense. Aun a los favorecedores del expansionismo, la posible toma de Filipinas por parte de Estados Unidos no les acababa de convencer. Les afectaba la conciencia racial.¹³ Mahan, vocero militar, textualmente dijo: “en cuanto a las Filipinas, yo opino siendo un expansionista que no me ajusto a la idea de ocuparla”. Sin embargo, al igual que lo hiciera en su momento el presidente McKinley, concluyó sus cavilaciones con una pregunta reflexiva “¿podemos ignorar nuestra responsabilidad y regresarlas

a España?”¹⁴ No obstante, Charles G. Dawes expresó que la retención de Filipinas era un hecho inevitable y que desde el principio “ningún hombre o partido podía haberlo evitado”.¹⁵

En la firma del Tratado de París se puso en práctica el derecho del más fuerte. En este sentido, era acertada la afirmación de los españoles que decían que el documento contenía todo lo que el vencedor quiso obtener,¹⁶ Estados Unidos obtuvo Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas.¹⁷ Este tratado fue ratificado en el Senado aprobándose con 57 votos a favor y 27 en contra, es decir con solamente un voto más de los dos tercios requeridos para su aprobación. El documento se ratificó gracias a la existencia de una mayoría que demandaba la expansión colonial y merced a la labor de los senadores republicanos H. Cabot Lodge, Mark Hanna y Nelson W. Aldrich. También se dijo que uno de los signatarios del tratado fue William Jennings Bryan¹⁸ quien se había opuesto a la guerra, pero ante el hecho consumado, tenía la idea de apoyar la independencia de Filipinas del dominio español y posteriormente presionar al Congreso a fin de que se les concediera su autonomía.¹⁹ Cabot Lodge escribió a Roosevelt sobre el debate senatorial y la votación del tratado en los siguientes términos: “ha sido la más cerrada, la pelea más dura que yo he conocido”.²⁰ Los representantes de los opuestos al tratado fueron esencialmente los de filiación demócrata del sur, quienes esperaban que el voto antimperialista castigase a los republicanos en las elecciones de 1900.

Naturalmente, los simpatizantes de la política expansionista se mostraron muy complacidos por la firma y posterior ratificación del Tratado de París. Mahan le envió a Cabot Lodge una misiva de felicitación en la cual dijo: “el país ahora está embarcado en una carrera, la cual será benéfica al mundo y honorable para nosotros mismos en la comunidad de naciones”. Y como buen discípulo spenceriano y darwiniano recalcó que las regiones adquiridas eran “pueblos en la etapa infantil de su desarrollo racial”.²¹

La extensión de la influencia estadounidense, su expansión territorial y el establecimiento de colonias fueron cuestiones que tendrían que validarse en lo jurídico-constitucional y justificarse en lo moral, político, económico-comercial, geoestratégico y militar. Como hemos visto, los que favorecían

la política gubernamental encontraron en Mahan un eficaz vocero, quien reconoció las diferencias culturales de Cuba, Puerto Rico y Filipinas: “sus habitantes, clima, tradición política son diferentes [...] por lo que – recomendó– para lidiar con ellos hay que ser fuertes y caritativos”.²² Otra cuestión aunada a la anterior, fue la necesidad de reforzar la armada y ayudarles a desarrollar su economía, por lo que consideró, con una tónica moral-militar: “el poder marítimo es esencial para la seguridad y progreso de las naciones [...] tenemos la obligación de asegurarles la paz e industria (a las nuevas posesiones)”.²³ Asimismo, refutó a los antimperialistas y les dijo que era falso que Estados Unidos no estuviera preparado para la obligación de gobernar a sus dependencias.²⁴ Argumentaba que se podía encontrar la manera de no contraponer los lineamientos constitucionales.

Ahora, conviene preguntarse sobre los argumentos de los antimperialistas.²⁵

EL 98 Y LOS RIESGOS DEL IMPERIALISMO

De entrada, para los antimperialistas se trataba de una guerra injusta y que contravenía el espíritu mismo de la Constitución. Se pronunciaban contra la aplicación de toda política y práctica expansionista y anexión de territorios en la que el Estado utilizase la fuerza. Es decir, para los miembros de las ligas, el imperialismo significaba una expansión violenta y contradecía el principio de la autodeterminación y soberanía nacional. Aún más, la política del Capitolio se debería apegar al aislacionismo y no intervenir en los asuntos internos de otros países.

Asimismo, conviene señalar que la oposición a la política intervencionista databa de tiempo atrás. En particular, se expresó como efecto de la escalada expansionista realizada por Estados Unidos a lo largo de la década de 1890. Algunos actores políticos creían que estas prácticas contradecían su “tradicional política aislacionista”.²⁶ Los aislacionistas se asociaron a las ligas antimperialistas, ya que consideraban que el imperialismo requería de una estructura militar y lo más delicado y costoso,

de mantener un ejército para controlar y reprimir a las colonias. Con ello, se atentaba contra las libertades civiles e individuales, lo que también traería consigo un ejecutivo más fuerte, que concentraría gran poder en la toma de decisiones, y conllevaría un costo humano y fiscal importante con el aumento de la carga impositiva.

En efecto, tanto la guerra como la política expansionista fueron cuestionadas a título individual, principalmente por miembros del Partido Demócrata, como William Jennings, Champ Clark, Arthur O. Gorman, J. Sterling Morton. Aunque escasos, también algunos miembros del Partido Republicano en el poder alzaron la voz de protesta, como George F. Hoar, Eugene Hale, Justin Morrill, Thomas Brackett Reed y John Sherman. Estos políticos creían que sus plegarias opositoras eran de suma importancia, pues estaba en juego “nuestro lugar y misión en el mundo”; también creían que era su deber cuidar el futuro de la nación. Las voces opositoras se unieron el 19 de noviembre de 1898 para fundar la Liga Antimperialista en Boston, Massachusetts, donde Edward Atkinson fue nombrado uno de sus vicepresidentes.²⁷ Su ambicioso objetivo consistía en detener a Estados Unidos para que no siguiera los pasos imperialistas de Europa, ya que ese sendero iba en contra de la libertad y encauzaba al país por el camino del militarismo. También trataron de evitar y contener la guerra que se desarrollaba en suelo filipino, ya que constituía una agresión criminal y una deslealtad a los valores políticos de la nación. Aún más, pensaban que una política colonial contradecía los postulados promulgados en la declaración de independencia y violaba el legado ideológico de George Washington y de Abraham Lincoln.²⁸

Consideraban la actividad imperialista como una seria amenaza a los valores e intereses estadounidenses, pues la misión del país era establecer la libertad, la justicia y el orden; por lo que les indignaba el abandono de estos principios.²⁹ Es decir, los ideales políticos tradicionales norteamericanos fueron la base real para su oposición a la política colonial. Estas manifestaciones tuvieron sus años de mayor intensidad de 1898 y hasta después de las elecciones de 1900. Entre los principales defensores de las ideas antimperialistas encontramos a órganos de información del Partido Demócrata y de grupos reformistas (*muckrackers*),³⁰ así como periódicos de

filiación republicana.³¹ Algunos de los integrantes de la Liga tenían una larga tradición y otros que se curtió al fragor de los acontecimientos de 1898. La obtención de la membresía se mantuvo abierta a cualquier ciudadano, independientemente de su raza o credo político. Las voces ant imperialistas se escucharon en gran parte del territorio de la Unión Americana.³² Andrew Carnegie, “El rey del acero” y uno de los hombres más ricos del mundo, fundó y financió algunas de las ligas ant imperialistas.³³

Para Carnegie era evidente que una consecuencia de la guerra con España era que el país se podía dirigir por el camino del militarismo.³⁴ Por su correspondencia Carnegie muestra preocupación por la crisis en las relaciones con España y sus implicaciones internacionales, y le propuso al presidente William McKinley someter el problema cubano al arbitraje británico, sin éxito.³⁵ Inicialmente, el magnate no alzó su voz de protesta, creía que existía una buena causa para el enfrentamiento militar: la independencia de Cuba. Además, confiaba en la superioridad militar estadounidense y pronosticaba que la guerra no duraría más de sesenta días.³⁶ Carnegie se mantuvo callado durante el conflicto militar, ya que afirmaba: “ningún poder en el mundo puede detener al pueblo estadounidense de cumplir con su obligación de liberar a Cuba de la opresión española”.³⁷ Sentenciaba que llegado el momento, exigiría que se hiciera lo correcto con España; creía que una vez finalizado el conflicto, e iniciadas las negociaciones Cuba sería dejada en libertad por parte de Estados Unidos. Es decir, este se concretaría a expulsar a España de Cuba y se retiraría. Concluido el conflicto militar en el mes de agosto, el Rey del Acero veía con preocupación el apoyo de amplios sectores a la política expansionista de Estados Unidos.

Carnegie escribió en diarios de circulación nacional como el *New York Times* sobre su temor de que el Estado se viese obligado a aumentar el presupuesto militar y por ende, aumentasen los impuestos, todo ello en detrimento de los negocios y el desarrollo industrial.³⁸ Envío una carta al editor del periódico *The World*, en el que hizo un llamado al gobierno para que restableciera las condiciones de paz alertando sobre los peligros que

acechaban al sistema republicano de gobierno en caso de continuar con su intervención militar en Filipinas. En otros artículos, conminaba al gobierno a poner fin a su intervención militar en suelo filipino.

En periódicos como el *Sun* y *The World* se mostraba en contra de poseer “islas distantes”. También se dedicó con ahínco a enviar cartas de protesta en contra de los peligros del imperialismo. La Liga Antimperialista de Nueva Inglaterra, de la que fue vicepresidente fue una de las más activas en contra de la política imperial. Carnegie también pertenecía al grupo de los escasos antimperialistas que provenían de las filas del Partido Republicano junto con George Hoar,³⁹ senador por Massachusetts, quien se opuso a la ratificación del Tratado de París con la misma intensidad con la que se oponía al movimiento obrero y al ingreso de inmigrantes al país.⁴⁰ Él proponía que se debía brindar una independencia completa a las ex colonias españolas. El también empresario y escritor, Andrew Carnegie, por su parte, estaba a favor del tratado siempre y cuando no se considerara la adquisición de Filipinas. Le preocupaba que las obligaciones imperiales fueran impopulares entre los ciudadanos y que favorecieran la derrota del Partido Republicano y por ende se le abriera el paso a la presidencia al demócrata, W. Jennings Bryan, quien al oponerse a la adopción del patrón oro, constituía una amenaza al crecimiento de la industria estadounidense. Carnegie proponía comprar las Filipinas y pagarle al gobierno los 20 000 000 que ofrecían por el archipiélago, con la intención de dejarlo en libertad.⁴¹

Otro miembros provenían de los antiguos grupos abolicionistas, como el hijo del filósofo Ralph Waldo Emerson; había expresidentes, como Grover Cleveland y Benjamin Harrison; hombres de negocios e industriales; líderes sindicales, como Samuel Gompers; algunos rectores como David Starr Jordan, de Stanford; de Cornell, Jacob Schurman; James B. Angell de Michigan; de Harvard, Charles W. Eliot y de la North Western, Henry Wade Rogers.⁴² También se manifestaron en contra numerosos intelectuales, entre los que encontramos a William Graham Sumner,⁴³ Charles Francis Adams y William James, quien dijo que el paraíso se había perdido con las adquisiciones estadounidenses y que el país había llegado al fin de la

inocencia. Asimismo, observó desmoralizado que: “la guerra se convirtió para los estadounidenses en un excitante tipo de deporte”.⁴⁴

Algunos literatos como Samuel L. Clemens (Mark Twain) y William Dean Howells, protestaron por la guerra. Twain dijo que la bandera estadounidense debería de tener cadáveres en lugar de estrellas.⁴⁵ E. L. Godkin, editor del periódico *The Nation*, afirmó que Estados Unidos tenía una labor misionera y no debía abandonarla. Lo mismo expresó Charles Eliot Norton, al aseverar que Estados Unidos era un ejemplo para el mundo y que no debería realizar políticas coloniales. George S. Boutwell, otro de los fervientes opositores, después de haber apoyado la guerra estadounidense en Cuba se opuso a la intervención estadounidense en el extranjero; vio que existía un conflicto entre principios democráticos y práctica imperialista. Propuso dejar a Hawái con un gobierno liberal, auxiliar a Cuba para que lograra su independencia y dejar de lado a Puerto Rico y a Filipinas. Argumentó su cambio de opinión sobre la base de que no era posible apoyar la expansión, pues la guerra se había iniciado por razones humanitarias para liberar a Cuba.⁴⁶

Carnegie estaba a favor del Tratado de París siempre y cuando no se considerara la adquisición de las Filipinas. Se dio cuenta demasiado tarde que la guerra no había dado el final “esplendido” contemplado el secretario John Hay. Su enojo y contrariedad iba en aumento, a tal grado que rechazó la invitación a una fiesta en honor de la comisión que negoció el Tratado de París, diciendo que no era un tratado de paz, sino todo lo contrario y que se estaba cometiendo un crimen en las Filipinas. Su labor fue tan ardua que Carl Schurz, el político republicano, lo consideró “el líder del movimiento antimperialista”.

En el artículo “Distant Possessions, The Parting of the Ways” escribió en contra de la política imperial de Washington dejando al descubierto su hegemonismo racial: “no temo al crecimiento, ni en población, ni en territorio, siempre y cuando el nuevo territorio produzca americanos y no razas foráneas que con el paso del tiempo defraudarán al sistema republicano”.⁴⁷

Carnegie intentó obstaculizar la ratificación del tratado en el Senado. Sin embargo, fue aprobado merced al consenso republicano. En sus escritos

el empresario mostró que la ocupación de Cuba no le causaba mucho conflicto, ya que estaba confiado en que Estados Unidos cumpliría la promesa de concederle la independencia y un autogobierno.⁴⁸

En su opinión, Estados Unidos desarrollaba una labor misionera, la cual la convertiría en “la madre de todas las naciones y el trabajo más noble que podría realizar sería la independencia de Cuba”.⁴⁹ Afirmaba que “el presidente tiene razón en retener a (Puerto Rico), pero es nuestra obligación concederle todos las prerrogativas de la Unión”.⁵⁰ Apoyado en el darwinismo evolucionista, consideraba que el Caribe y Centroamérica evolucionarían a estadios superiores, y en un futuro cercano se convertirían en “americanos en todo sentido”. Además, veía con beneplácito la ocupación de Cuba y Puerto Rico bajo el manto protector de la doctrina Monroe.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Podemos afirmar que los pronunciamientos de las ligas antimperialistas activas de 1898 a 1900 tuvieron sólo un valor representativo de los debates de la época y de los imaginarios que se forjaron alrededor del 98; se trató de un discurso opositor, de corte elitista y muy acotado, que no trascendió la coyuntura de una elección presidencial.

El poder económico de Carnegie respaldaba sus posturas en contra de las políticas de Washington. El capitán de la industria, si bien abanderó la causa antimperialista, su actuación y argumentos estuvieron llenos de inconsistencias. Por un lado, favorecía la intervención estadounidense en el Caribe y, por el otro, se oponía a la realizada en Filipinas. Desde su singular y muy conveniente antiimperialismo, coincidía con los objetivos de los promotores del expansionismo al pretender que Estados Unidos ocupara una posición predominante a través de una conquista económico-comercial. El barón de la industria una vez que aceptó la idea de tener posesiones en suelo caribeño, se entusiasmó atreviéndose a declarar que estaba preparado para aceptar las posesiones inglesas en el Caribe, como propiedad

estadunidense, si Inglaterra las intercambiaba por las Filipinas. Carnegie también demostró su falta de coherencia en sus planteamientos y un gran alarde de protagonismo: a la par de pacifista proveyó de materiales al ejército y a la marina. Él pudo detectar “aspiraciones nacionalistas” en Filipinas, pero no en Cuba y Puerto Rico, a estos aceptaba gobernarlos por encontrarse en tierras cercanas, y por ser pueblos pasivos, que pronto adoptarían los patrones de vida estadounidenses. Es decir, en estas islas Estados Unidos sí podía expandirse sin caer en los pecados del imperialismo.

Finalmente, hemos visto como para el grupo republicano en el poder la guerra del 98 se presentó como la coyuntura para arrebatarse a España sus últimos reductos coloniales y conseguir la hegemonía en el continente. La obra de Alfred T. Mahan, ideólogo del expansionismo y evangelista del poder marítimo se enmarca en el contexto del nuevo reparto del mundo, de la rivalidad comercial, de búsqueda de mercados, de los deseos de Estados Unidos de involucrarse en la carrera imperial por conseguir zonas de influencia, estaciones carboníferas, y colonias. Sus escritos plantean la problemática y las disyuntivas económico-comerciales y políticas que la nación debería de asumir. En este sentido, su pensamiento puede ser definido como mercantilista-pro-imperialista.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

LC Library of Congress, Washington.

Hemerografía

El Continente Americano.
New York Times.

Bibliografía

- Beisner, Robert, *Twelve against Empire. The Anti-imperialist, 1898-1900*, Nueva York, McGraw-Hill, 1968.
- Carnegie, Andrew, "Distant Possessions: The Parting of the Ways", *The North American Review*, University of Northern Iowa, vol. 167, núm. 501, 1898, Nueva York, pp. 239-248.
- Carnegie, Andrew, "Americanism versus Imperialism", *The North American Review*, University of Northern Iowa, vol. 168, núm. 506, 1899, Nueva York, pp.1-13.
- Carnegie, Andrew, "The Opportunity of the United States", *The North American Review*, University of Northern Iowa, vol. 174, núm. 546, 1902, Nueva York, pp. 606-612.
- Coletta, Paolo E., "Bryan, McKinley and the Treaty of Paris", *Pacific Historical Review*, University of California Press, vol. 26, núm. 2, 1957, pp. 131-146.
- Graebner, Norman, *Ideas & Diplomacy. Readings in the Intellectual Tradition of American Foreign Policy*, Nueva York, Oxford University Press, 1964.
- Harrington, Fred H., "The Anti-imperialist Movement in the United States" en Richard Miller, *American Imperialism in 1898: The Quest for National Fulfillment*, Nueva York, John Wiley and Sons Inc., 1970 (Problems in American History).
- LaFeber, Walter, "A Note on the 'Mercantilist Imperialism' of Alfred Thayer Mahan", *The Mississippi Valley Historical Review*, Oxford University Press, vol. 48, núm. 4, 1962, pp. 674-685.
- Mahan, Alfred T., *Lessons of the War with Spain. And other Articles*, Boston, Little, Brown, & Company Publishers, 1899.
- Miller, Richard, *American Imperialism in 1898: The Quest for National Fulfillment*, Nueva York, John Wiley and Sons Inc., 1970 (Problems in American history).
- Musicant, Ivan, *Empire by Default: The Spanish American War and the Dawn of the American Century*, Nueva York, H. Holt, 1998.
- Pratt, Julius, *A History of the United States Foreign Policy*, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1980.
- Proclamations and Decrees During the War with Spain*, Washington, Government Printing Office, 1899.
- Rodríguez Díaz, María del Rosario, *Estados Unidos y América Latina en la visión de Andrew Carnegie, 1889-1901*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/ Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 2001.
- Rodríguez Díaz, María del Rosario, *El Destino Manifiesto. El pensamiento expansionista de Alfred Thayer Mahan 1890-1914*, México, Porrúa/IIH-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003.
- Stephanson, Anders, *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right*, Nueva York, Hill and Wang, 1995.
- Trask, David F., *The War with Spain in 1898 (The McMillan Wars of the United States)*, Nueva York, McMillan Publishing Co., 1981.
- Traxel, David, *1898. The Birth of the American Century*, Nueva York, Alfred. A. Knopf, 1998.
- Zermeño, Guillermo, "Imperialismo y sociedad 1896-1920" en Ángela Moyano Pahissa y Jesús Velasco Márquez (comps.), *EUA. Síntesis de su historia*, México, Instituto Mora, 1988, vol. III, pp. 269-279.

NOTAS

- [1](#) Los antimperialistas se pronunciaron en contra de la aplicación de toda la política y práctica expansionista y anexión de territorios, en la que el Estado utilizase la fuerza. Es decir, para ellos, el imperialismo significaba una expansión violenta y contradecía el principio de la autodeterminación y soberanía nacional.
- [2](#) En documentos de la época se utilizan como sinónimos imperialismo y expansionismo.
- [3](#) El antiimperialismo no sólo estuvo presente en grupos políticos nacionales o de izquierda sino también en sectores liberales y conservadores.
- [4](#) Rodríguez, *Estados Unidos*, 2001.
- [5](#) Rodríguez, *El Destino Manifiesto*, 2003, p. 117.
- [6](#) Alfred Thayer Mahan a George Sydenham Clarke, Washington, D.C., 17 de agosto de 1898, en Library of Congress (en adelante LC), Manuscript Division, Mahan Papers.
- [7](#) Alfred Thayer Mahan a William R. Day, Nueva York, 29 de abril de 1898, en LC, Manuscript Division, Mahan Papers.
- [8](#) *Ibid.*
- [9](#) La declaratoria de guerra del presidente afirmaba: “En defensa de la humanidad y para poner término a las crueldades, al derramamiento de sangre, al hambre y a las tremendas desgracias [...], en defensa de los intereses amenazados de los Estados Unidos [...] es nuestro deber porque Cuba [...] está justamente en nuestra puerta”. *Proclamations and Decrees*, 1899.
- [10](#) Pratt, *A History of the United States*, 1980, p. 182.
- [11](#) *El Continente Americano*, 13 de enero de 1898, p. 1.
- [12](#) Véase LaFeber, “A Note on the ‘Mercantilist’”, 1962.
- [13](#) Conciencia o conocimiento de que se pertenece a determinado grupo racial y de su diferenciación frente a otros grupos y lleva implícito un sentimiento de superioridad.
- [14](#) Esta misma pregunta se realizó el presidente McKinley quien comentó que pidió consejos por doquier y no hubo otra solución que resignarse a tomarlas, dijo: “[...]no quedaba más que hacer que tomar a todos los filipinos y educarlos, civilizarlos, cristianizarlos y Dios mediante, hacer lo que mejor pudiésemos por ellos”. Zermeño, “Imperialismo y sociedad”, 1988, vol. III, p. 272.
- [15](#) Trask, *The War with Spain*, 1981, p. 466.
- [16](#) *New York Times*, 18 de diciembre de 1898, p. 1.
- [17](#) Los primeros tres artículos del Tratado de París se refieren a la situación en que quedan los territorios intervenidos. El primero especificó la renuncia de España a la soberanía de Cuba, el segundo la cesión de Puerto Rico y de Guam y el tercero la cesión del archipiélago de Filipinas a cambio de una indemnización de 20 000 000 de dólares.
- [18](#) William Jennings Bryan fue un político destacado por sus actividades en pro de la acuñación libre e ilimitada de la plata. Jennings fue candidato a la presidencia en dos ocasiones: la primera contendió por el Partido Populista y Demócrata en 1896 y la segunda, en 1900, únicamente por el Partido Demócrata. En ambas elecciones fue derrotado por William McKinley.
- [19](#) Coletta, “Bryan, McKinley”, 1957, pp. 131-146.
- [20](#) Trask, *The War with Spain*, 1981, p. 436.
- [21](#) Alfred Thayer Mahan a H. Cabot Lodge, Nueva York, 7 de febrero de 1899, en LC, Manuscript Division, Mahan Papers
- [22](#) Mahan, *Lessons of the War*, 1899, p. 244.
- [23](#) *Ibid.*, pp. 249-250.

- [24](#) Alfred Thayer Mahan al Editor de Churchman, Nueva York, septiembre de 1899, en LC, Manuscript Division, Mahan Papers.
- [25](#) Los antimperialistas estaban en contra de la conversión estadounidense de un imperio, se oponían a que el Estado se constituyese en un ente político, centralizado y poderoso y mantuviera bajo sujeción política a territorios extranjeros anexados por la fuerza.
- [26](#) Trask, *The War with Spain*, 1981, p. 438.
- [27](#) Traxel, *1898. The Birth*, 1998, p. 284.
- [28](#) George Washington creía que Estados Unidos no debería establecer alianzas con países europeos y Abraham Lincoln proclamó su estricto apego a la Constitución. Miller, *American Imperialism*, 1970, p. 152.
- [29](#) Musicant, *Empire by Default*, 1998, p. 6.
- [30](#) Entre los principales encontramos: *The New York Evening Post*, *The Springfield Republican*, *The Boston Herald* y *The Baltimore Sun*. Harrington, “The Anti-imperialist Movement”, 1970, p. 154.
- [31](#) Los principales fueron: *The Boston Transcript*, *The Philadelphia Ledger* y *The Pittsburg Dispatch*. *Ibid*.
- [32](#) Los más importantes fueron: Massachusetts, Nueva York, Philadelphia, Baltimore, Washington, Cincinnati, Cleveland, Detroit, St. Louis, Los Angeles, Portland y Oregon.
- [33](#) Rodríguez, *Estados Unidos*, 2001.
- [34](#) Carnegie, “Americanism versus Imperialism”, 1899.
- [35](#) Rodríguez, *Estados Unidos*, 2001, p. 79.
- [36](#) Andrew Carnegie a Henry Frick, Washington, 18 de abril de 1898, en LC, Manuscript Division, Carnegie Papers.
- [37](#) Rodríguez, *Estados Unidos*, 2001, p. 81
- [38](#) Andrew Carnegie al *New York Times*, 20 de octubre de 1898.
- [39](#) Trask, *The War with Spain*, 1981, p. 468.
- [40](#) Stephanson, *Manifest Destiny*, 1995, p. 104.
- [41](#) Carnegie, “Americanism versus Imperialism”, 1899.
- [42](#) Beisner, *Twelve against Empire*, 1968, p. x.
- [43](#) Graebner, *Ideas & Diplomacy*, 1964, p. 365.
- [44](#) Stephanson, *Manifest Destiny*, 1995, p. 73.
- [45](#) Traxel, *1898. The birth*, 1998, p. 286.
- [46](#) De esta opinión era William Endicott Jr., ex secretario de Guerra. Musicant, *Empire by Default*, 1998, p. 603.
- [47](#) Carnegie, “Distant Possessions”, 1898, p. 242.
- [48](#) Carnegie, “Americanism versus Imperialism”, 1899, p. 12.
- [49](#) Carnegie, “The Opportunity of the United”, 1902, p. 612.
- [50](#) *Ibid*.

EL 98 EN EL OJO DE *EL FÉNIX*: UNA VISIÓN DESDE LA PRENSA

Yaima Rodríguez González

A la hora de abordar el complejo tema de las guerras por la independencia cubana, y en particular el trascendental año de 1898, ha sido característico de un grupo considerable de historiadores centrar su atención en el análisis de las causas que condujeron a esas guerras, o en los aspectos relacionados con su desarrollo militar, la descripción de las principales batallas o contiendas o el papel de algunas personalidades o determinados sectores en la lucha, por sólo mencionar algunas de las temáticas. Sin embargo, son menos abundantes quienes han escudriñado en cómo la prensa de la época reflejó o recibió dichos acontecimientos o qué posición tomaron ante los mismos.

En las investigaciones históricas, la prensa escrita adquiere cada día mayor interés como fuente primaria. La prensa permite el análisis científico a partir del conocimiento y análisis de los elementos del pasado que refleja. Los periódicos se catalogan como fuentes primarias, dado que surgen directamente de los hechos y resultan testigos directos de la propia época en que salen a la luz. Estos, como ha señalado Tuñón de Lara,¹ permiten estudiar temas económicos, políticos, sociales y culturales, entre otros.

Mauro Rodríguez, al definir la prensa escrita en su obra *Radioperiodismo*, asume a esta como “diarios, revistas y publicaciones periódicas en general”.² Por su parte, el *Diccionario periodístico* delimita como prensa y, en específico al periódico, como “el impreso que se publica periódicamente”³ y que “contiene artículos sobre política u otras materias y noticias de varias clases”.⁴

La autora se adscribe a la conceptualización de la prensa que expuso el profesor Lesby José Domínguez Fonseca en su trabajo *Cienfuegos en El Siglo: segundo semestre de 1887*, quien asume a los periódicos como

aquellos impresos en papel que, publicados a diario, son utilizados por el hombre como medio específico de comunicación y expresión del pensamiento, ofreciendo y circulando ideas y noticias referentes a los más diversos entornos, entre otros, y en lo fundamental, de tipo ideológico, económico, político, social y cultural. A estos, siempre los diferencia un marcado carácter clasista, dado que, invariablemente, responden a los intereses e ideologías de sus dueños o de aquellos a quienes representa.⁵

Hoy en la comunidad de historiadores se revelan disímiles criterios hacia los periódicos.

[Estos abarcan] desde una precaución extrema ante lo publicado, hasta la aceptación indiscriminada de sus verdades por algunos. El justo lugar se localiza allí donde el historiador sea capaz de sostener un equilibrio, es decir, acepte a la prensa como una fuente histórica primaria, a la cual, con una mirada pluralmente crítica, es preciso someter, con los más contemporáneos métodos e instrumentos de investigación, a idéntico análisis y contrastación que al del resto de las fuentes históricas tradicionales.⁶

El historiador precisa analizar cualquier periódico considerando que tras su apariencia efímera se “esconde” un valor testimonial, decisivo por sus datos y noticias, que contribuye a elaborar la historia.⁷ Tal es el caso del periódico *El Fénix*, considerado por la casi totalidad de los más importantes historiadores espirituanos, uno de los diarios más significativos de la época en la localidad. Reflejó la realidad sociopolítica durante los años en que vio la luz, recogió en sus páginas prácticamente los hechos más notables en una época de febril actividad política, asumió la situación política con una postura crítica superior a la que realizaban órganos de prensa contemporáneos, por lo que sus números –ejemplares únicos localizados en

el Archivo Provincial de Historia de Sancti-Spíritus—, constituyen, a juicio de varios autores espirituanos, una fuente imprescindible para el estudio del contexto político-social espirituario a lo largo de su historia.

El Fénix resulta una fuente de primer orden, toda vez que no sólo reflejó los hechos acontecidos, sino que también fue parte de ellos. No obstante, y debido a ello, el historiador precisa acercarse a *El Fénix*, con extrema cautela pues la mirada que ofrece sobre los acontecimientos resulta sesgada por su partidismo. A tenor del bajo aprovechamiento de las fuentes documentales y publicitarias antes citadas para la reconstrucción de la situación económica, política y social espirituaña durante el año 1898 en la última guerra por la independencia en el siglo XIX, lo que conlleva a la búsqueda de repuestas como las siguientes: ¿cómo reflejó en sus páginas el periódico *El Fénix* el desarrollo del año 1898?, ¿cuáles noticias recibió o publicó?, ¿qué posición adoptó ante los acontecimientos que registró?

La selección del periodo obedece a las razones siguientes: el año 1898, tanto en Cuba y Sancti Spíritus, como a nivel internacional, es significativo en acontecimientos de carácter político, militar y social.

EL FÉNIX Y UNA PERIODIZACIÓN DE LA PRENSA ESPIRITUANA

Martínez-Moles señala tres épocas en el desarrollo del periodismo decimonónico espirituario. Un primer momento, que podría llamarse de inicios y tanteos, desde la salida de *El Fénix*, el 3 de marzo de 1834, hasta el estallido de la guerra de los Diez Años; un segundo y desolador periodo entre 1869 y 1878, dominado por las pocas publicaciones entreguistas que sobrevivieron durante la guerra, y un tercer momento al que se anticipó el órgano *Guzmán de Alfarache* –1877– y que pudiera considerarse como de madurez y consolidación del periodismo en la villa. Este periodo se inició en 1878 y cerró con el inicio de la guerra de 1895.⁸

El periodo iniciático de la prensa es extendido por Manuel Martínez-Moles a la literatura, al dar por sentado que en Sancti Spíritus “naciera con

El Fénix en su primera etapa, porque a partir de esa empezó a notarse cierta afición a las letras y a escribir en periódicos”.⁹ De cualquier modo, el inicio de la publicación de *El Fénix* en 1834 no indica el inicio del ejercicio del periodismo en la localidad, tal y como hoy día se le concibe. En sus comienzos *El Fénix* publicaba muy poco material informativo. Lejos de ello, se dedicó a reproducir leyes y bandos militares desde su nacimiento hasta 1840. La suscripción, por adelantado, costaba ocho reales.

El impulso periodístico le vino a *El Fénix* con un oficial del Escuadrón de Lanceros del Rey, de nombre Rafael Hernández de Alba. La llegada de Varapalo, seudónimo que empleó en la prensa, marcó la entrada del órgano al verdadero periodismo, y en consecuencia, marcó la segunda época del rotativo, la cual abarca de 1842 hasta 1869. Como aspecto curioso es preciso referir que, aunque en sus salidas de martes y viernes había materiales variados sobre ciencia, comercio, religión y literatura, el diario seguía siendo visto por la mayoría iletrada espirituana como un entretenimiento de desocupados con recursos, opinión alentada por la Iglesia católica desde el púlpito y el confesionario.

A inicios de 1898, en las principales ciudades y poblados de la región central, como en toda Cuba, se efectuó la evacuación de las tropas españolas. En los ayuntamientos se bajó el pendón español para izar otra bandera extranjera: la estadounidense. Las fuerzas vencidas dejaban en manos de sus adversarios, una zona prácticamente en ruinas.

El testimonio más evidente de la situación de la comarca espirituana, lo daría por anticipado, en 1896, José Miró Argenter, cuando sobre el paso de la invasión por el territorio escribió: “No quedaría un solo rumiante de tantos miles como allí pastaban, ni un solo caballo, ni una sola cría, ¡Ni vestigio de tanta abundancia y fecundidad! Todo estaría devorado: únicamente la tierra.”¹⁰

Fruto de la guerra, la riqueza pecuaria, otrora emblema de la zona, quedó liquidada. Los campos estaban arrasados, alrededor de 343 fincas se encontraban en estado de abandono, 392 en reconstrucción y sólo 157 en producción. Escaseaban los productos de primera necesidad, como la carne y la leche, y era difícil encontrar animales de trabajo o de cría. El comercio se hallaba paralizado y las pocas manufactureras que existían habían

cerrado. Los principales accesos, puentes, caminos y vías férreas se hallaban destruidos.¹¹ La situación no difería de otras comarcas de la región central.¹² Para entonces, el territorio que abarcaba la región histórica de Sanc-ti Spíritus comprendía los términos municipales de Sancti Spíritus, el mayor de todos, El Jíbaro, Taguasco, Cabaiguán, Trinidad y parte de Yaguajay.¹³

A partir de las particularidades de la zona, los acontecimientos que ocurrieron y que este órgano de prensa reflejó, además de los cambios de posicionamiento que el periódico sufrió a lo largo del año, fundamentalmente en el último semestre, se puede periodizar de la siguiente manera:

1. Un periodo que abarca el primer mes del año donde el periódico recibió las noticias de la guerra, tanto a nivel regional como nacional.

2. Un segundo momento, entre febrero y agosto de 1898, donde se refleja lo referente a la intervención estadounidense en el conflicto hispano-cubano y las acciones de este ejército en Cuba y en la zona.

3. Una última etapa, entre agosto y diciembre, que recoge las noticias, comentarios, reflexiones y otros trabajos sobre la evacuación de las tropas españolas, la ocupación de las plazas militares por las fuerzas norteamericanas y las cuestiones referentes a las conversaciones de paz.

Dentro de las secciones del periódico, de interés para la autora, y por la información que brinda se escogieron:

- a) “Noticias de la guerra y noticias de la isla”: –aparecen generalmente en las páginas dos y tres del periódico–, en ella se recogieron los principales acontecimientos de la guerra tanto en la zona central como el resto de la isla.

- b) “Noticias varias”: sección multifacética, recogía noticias y comentarios de diversas índoles –político, social, cultural, entre otras.

- c) “Lo del día”: sección que recogía, con un nivel medio de premura, los acontecimientos ocurridos entre una tirada y otra del periódico.

- d) “Última hora”: reflejó acontecimientos con mayor inmediatez.

El Fénix inicia el año 1898 con un llamado de paz y conciliación. En su edición del 2 de enero expresa: “entramos en el nuevo año con las angustias profundas con que nos lo han amargado los luctuosos acontecimientos del

noventa y siete, pero con la alentadora esperanza de ver realizados los firmísimos anhelos de paz que todos abrigamos en lo más íntimo de nuestro espíritu”.¹⁴

El periódico apuesta todo por el régimen autonómico en Cuba, pone en este sus esperanzas y lo considera la solución real que necesita el país. No hay en sus páginas una única exaltación a la guerra, más bien se encarga de enfatizar lo innecesario de los enfrentamientos entre españoles y cubanos. *El Fénix* no desea la guerra, más bien la paz, y trabaja para ello, aunque con la misma no se alcance la independencia de Cuba, sino el reconocimiento como una provincia bajo el pabellón español.

Cuenta la tradición que día tras día, el pueblo espirituario se agrupaba frente a la redacción de *El Fénix*, ávido de noticias sobre la guerra. En numerosas ediciones el consejo de este órgano de prensa se proclamó como vocero y narrador de la beligerancia, así como de llevarle a los coterráneos los últimos acontecimientos que ocurrían en los frentes de batallas. Pero ¿fue así realmente?, ¿cuál guerra se encargó *El Fénix* de informar a sus lectores?, ¿qué visión de la guerra transmitió?, ¿qué acontecimientos reflejó?, o ¿cuáles silenció u obvió?, ¿de cuál bando contendiente se hace eco el periódico?, ¿a favor de quién tomó posicionamiento? Sus comentarios no dan margen al error.

Los resortes propagandísticos estuvieron dirigidos a minimizar los hechos concernientes a la insurrección, restarles significación social y política, incitar el deseo a la paz y condenar enérgicamente lo que se calificaba de intentona criminal.

El poder español trató de paralizar el proceso armado, al menos en el papel. De ahí que pusiera un celo descomunal en el control de la información y de la literatura impresa, por su cualidad de medios transmisores de ideología que pudieran entrar en conflicto con la verdad establecida.

Por sólo citar ejemplos contundentes. La campaña de la reforma se desarrolló entre enero de 1897 y principios de 1898, al este del territorio espirituario, y tuvo por escenario la zona comprendida entre los ríos Jatibonico del Norte y del Sur por el oeste, y la Trocha de Júcaro a Morón al este; fue dirigida por Máximo Gómez. Hay escasas referencias en el

periódico al accionar del jefe mambí en la zona y a las acciones combativas que desarrolla el ejército libertador en los campos de la jurisdicción.

No hay una sola referencia de las victorias mambisas. Este detalle lo hace ser poco confiable a la hora de tomarlo como fuente para el estudio de los hechos militares ocurridos en la macrorregión villareña.

El régimen español aplicó un eficaz aparato ideológico-informativo con el siguiente procedimiento. Primero, con la aplicación de leyes punitivas contra los que se apartan de la política oficial; segundo, con la creación de sus propios aparatos de difusión de noticias y de mensajes; y, por último, con la concesión de permisos para publicar sólo a impresores de su absoluta confianza. *El Fénix* se favoreció de estas medidas españolas para publicar sus noticias; siempre, por supuesto, con un matiz proespañol.

En la sección “Noticias de la guerra”, de la tirada correspondiente al día 5 de enero, el periódico informa de una batida ocurrida en jornadas pasadas.

Columnas combinadas de Isabel II y Pavía, operando sobre Tasajeras batieron el día 30 a la partida del negro González, la cual fue dispersada con bajas, ocupándole el campamento, haciéndole dos prisioneros con armas y cogiéndole dos caballos con monturas, una acémila y documentos. Por nuestra parte tres heridos graves y dos leves. Además el batallón de Pavía en La Legua y El Mamey causó dos muertos ocupando siete caballos con monturas.^{[15](#)}

Esta noticia habla por sí sola. *El Fénix* informa sobre el lado español de la guerra. Así lo haría sucesivamente, anunciaría las victorias españolas, sobre todo la captura de individuos y la captura de armamentos y caballos a los insurrectos. Al asumir como “nuestras” las bajas que sufren las tropas españolas deja bien claro su posicionamiento político y militar al lado de España. Obsérvese también que el diario, en más de una ocasión, se encargaría de elogiar, felicitar y congraciarse con las tropas españolas que combatían a los insurrectos en Cuba y veía con satisfacción el envío de refuerzos desde la metrópoli a la isla.^{[16](#)}

El Fénix no vaciló en recurrir a todos los medios a su alcance para poner en ridículo la causa de los cubanos. Para enfrentar al enemigo se utilizaron varios procedimientos; entre ellos minimizar al otro, recurso dirigido a hacerlo insignificante, despreciable, inmerecedor de cualquier tratamiento

humano. Se manejaron algunos atributos culturales que contribuyeron a afianzar el carácter salvaje e inferior, fundamentalmente, de los negros.

Los nombres que utiliza *El Fénix* para referirse a los jefes mambises, y a sus tropas, son denigrantes, con claros matices racistas. Los términos *negro*, *cabecilla*, *partida*, *insurrecto* serán esgrimidos para hacer alusión al bando enemigo. Cuando se haga obligatorio hacer referencia a los insurgentes se les mencionará con estos calificativos.

El Fénix se esfuerza en mostrar una visión desorganizada del ejército libertador, no usa siquiera los términos *ejército* o *fuerzas*, se refiere a estas como *partidas*, dándole a las mismas una connotación bandidesca. Otro aspecto del cual hizo eco el periódico fue lo referente a las presentaciones de los provenientes del ejército mambí. El diario se encargaría, sistemáticamente, de reproducir la lista de los presentados en sus páginas. En la edición correspondiente al 5 de enero recoge la presentación, en todo el término de Santa Clara, de varios individuos provenientes del campo enemigo, con sus respectivas familias, alcanzando la cifra de 32 personas.¹⁷ Días después, el 9 del propio mes, el periódico recogería la cantidad de 132 presentados, entre ellos dos oficiales del ejército enemigo.¹⁸

La cuestión de las presentaciones de los soldados mambises y los campesinos al ejército español constituyó, durante el transcurso de la guerra, uno de los temas más explotados por la propaganda de guerra de la prensa y el ejército colonialista. No debe obviarse que muchas de las listas de presentadas eran exageradas. Para los españoles era preciso dar la impresión de que las fuerzas cubanas estaban desmoralizadas, que los soldados desertaban de sus unidades y que la revolución decaía inexorablemente.

En las listas se recogía entre otros datos, raza, sexo, edad, estado civil, la vecindad y observaciones tales como si se presentaban o no con las armas. Un análisis de las listas constata que varias fueron las familias que se presentaron en su totalidad, integradas por los adultos y niños cuyas edades oscilaban entre uno y catorce años. Las familias numerosas con niños pequeños, ancianos y enfermos se vieron obligadas a presentarse. Otras eran detenidas y forzadas a establecerse en los poblados controlados por el enemigo.¹⁹

Las noticias de las presentaciones ocupaban mayor espacio en el periódico si los protagonistas de las deserciones eran oficiales del ejército mambí u ocupaban alguna responsabilidad en el mismo. Sucedió así con la presentación del brigadier Masó, la que estimaron de importante noticia.

Acaba de presentarse en Placetas titulado brigadier Masó con su partida, compuesta de dos tenientes coroneles, tres comandantes, un capitán, cinco tenientes, ciento diez individuos, todos con armas, municiones y caballos que entregaron al frente de la tropa, después de cuyo acto arengados por el comandante general y gobernador regional aclamaron con entusiasmo al rey de España y á Cuba Española.²⁰

Sobre la deserción de este jefe en particular el periódico volvería en varias ocasiones. Como ya se ha apuntado *El Fénix* apostaba por la paz. Durante el trascurso de enero de 1898 dedicó varios de sus espacios a la publicación de llamados a la concordia, incluso llegaba a preguntarse, sorprendido que aún se mantuvieran los enfrentamientos: “¿Sirve ó no sirve la autonomía para dar término a la contienda armada de Cuba? ¿Qué aguardan para deponer las armas todos los sublevados? ¿Por qué no se ha terminado ya la guerra con el nuevo régimen?”²¹

Como puede apreciarse, el periódico culpa a los sublevados de que los esfuerzos para alcanzar la paz hayan sido infructuosos. Incluso defendería la idea de que al alcanzarse la autonomía ya no era necesario el derramamiento de sangre entre hermanos.

El periódico espirituario volvería, en varias ocasiones, sobre esta tesis. “La culpabilidad” de los insurgentes fue reiterada en las páginas del órgano de prensa. El 12 de enero publicaba un texto de José Manuel Zamora titulado “A los insurrectos”, y al cual calificó de “bien razonado trabajo”:

No voy a hablar en nombre de ningún partido, ni credo político [...] La misma compasión, el mismo deseo, me inspira el insurgente herido, que sufre, en medio de las selvas, bajo el rústico cobertizo sin más abrigo que el seco ramaje desprendido de algún árbol [...] la misma compasión me produce el pobre soldado, que sumergido en el lecho de dolor, busca con ojos desencajados por delirante fiebre, en medio de la poblada soledad del hospital, la ausente madre, que á millares de leguas se postra sobre las gradas del templo, para elevar sus preces por la vida del hijo amantísimo que considera expuesto en lejanas tierras á las inclemencias del clima, ó a la certera herida de traicionera bala.²²

Hay evidentemente aquí un llamado a la conciliación, a mostrar como sufrientes de una innecesaria guerra tanto a los cubanos como a los españoles. No obstante, la supuesta imparcialidad de Zamora se desmorona cuando, más adelante en su trabajo periodístico apunta:

A la fuerza habéis apelado para mantener los que consideráis como vuestros derechos [...] Vosotros lucháis en los campos por conseguir la independencia de Cuba [...] ¿habéis meditado bien en las fuerzas que aprontáis á la lucha? ¿Habéis calculado los recursos de que disponéis? ¿Habéis medido la intensidad de las fuerzas contrarias? [...] ¿creéis posible el triunfo por medio de las armas?”^{[23](#)}

Indudablemente, Zamora apuesta por la superioridad española y trata de convencer a las fuerzas independentistas de lo insensato de mantener una guerra contra la metrópoli. Los mensajes pretendían persuadir a los insurrectos del error cometido, exhortarlos a presentarse bajo la promesa del perdón y el olvido del pasado. Era una estrategia de resolución de los problemas que confiaba en “peticiones” más que en la coacción. Los destinatarios de estas persuasiones eran, casi en su mayoría, los campesinos. Se buscaba imposibilitar la incorporación de los hombres de campo a las filas insurrectas y garantizar así las fuerzas productivas necesarias para sus negocios.

Por último, el mismo escritor, que al inicio de su trabajo anunciaba no tomar posicionamiento por ningún credo político, se refería a los insurrectos de la siguiente manera:

No quiero dudar de vuestra fe. No quiero suponer que hay entre vosotros hombres ambiciosos que, so pretexto de amor á la patria, tratan de encumbrarse sobre las ruinas de ésta, para adquirir glorias y honores. No quiero pensar que militen en vuestras filas seres holgazanes, repulsivos al trabajo, que sólo ven en las contiendas políticas medios hábiles para ejercer á mansalva el hurto y el pillaje. No quiero presumir siquiera, que, verdaderos criminales busquen refugio y amparo bajo vuestra enseña para oscurecer su larga carrera de crímenes y horrores.^{[24](#)}

Este autor transmitía una imagen del insurrecto como un ser degenerado y portador de vicios genéticos, psíquicos y sociales. Los desafectos eran, a la luz oficial, personas envidiosas, emponzoñadas con la sociedad, ambiciosas y ruines; y en el sexo, lujuriosas y aberradas, propensas y dispuestas a lograr su cometido, incluso por medios violentos y viles.^{[25](#)}

Para *El Fénix* los culpables de la guerra eran los cubanos. Dibujaría un pasaje desolador sobre la comarca, la devastación, la pobreza y la reconcentración en los poblados, las enfermedades y las muertes de personas. Sin embargo, estas descripciones que hace en sus páginas no tienen una intención de compasión o indignación, son utilizadas para dar a entender lo innecesario de mantener una guerra contra el gobierno español. Insistiría el 23 de enero, dejando una interrogante abierta en uno de sus artículos, con título “¡Viva la paz!”: “En horas de vacilación, numerosos correligionarios olvidaron su credo y adoptaron el proceder de alzarse á la revolución. ¡Y ruinas tenemos por todas partes! ¡Y el pueblo espirituano expira de enfermedad, hambre y miseria! ¿Qué satisfacción puede producir el cooperar á que prosigan muriendo centenares de infelices?”²⁶

El arribo de los campesinos a la ciudad de Sancti Spíritus a inicios de año también fue manipulado. “Los campesinos que piensan en que su interés está en la paz, cada día se retiran más de las filas revolucionarias, pues las presentaciones menudean, y la paz se acerca cada vez más para bien de todos.”²⁷ Lo que el periódico jamás dijo fue que muchas de esas presentaciones no fueron voluntarias, sino más bien forzadas, debido a la política de reconcentrar a la población rural en las ciudades y poblados. Las referencias a Weyler y su genocida política de reconcentración, son tenues.

Resulta interesante que el periódico reprodujo un grupo de documentos que expresaban la orden de las autoridades superiores de brindar una ración de alimentos a cada uno de los presentados hasta tanto se decidiera su situación y se encargó el envío de suministros a la cárcel del poblado.²⁸

El Fénix, a solicitud de la junta de socorros para los reconcentrados, publicaba las generosas donaciones de señores para adquirir ropas y repartirlas entre los reconcentrados.²⁹

¿Existía un interés oculto en esta “generosidad” de las autoridades hacia los presentados? Indudablemente, las autoridades, con dichos gestos, querían aparentar una atmósfera de conciliación y perdón del pasado. El gesto de brindar alimentos por aquellos, que hasta el momento se habían encargado de fusilar, asesinar o encarcelar, unido a las penurias pasadas por las familias en la manigua, contribuyeron a inculcar en la mente de los presentados la idea de que habían tomado la decisión correcta al marchar

hacia los poblados. Además, Cento Gómez apunta que la obtención de esa “limosna” no era un acto libre, sino el resultado de la labor de comisiones que hacían cuantiosas preguntas, en un ambiente de hostilidad hacia quienes hubiesen estado en el campo insurrecto.³⁰

El diario, como ya se ha dicho, adoptó una actitud de silencio y colaboración con el régimen. Manipuló, además, los principios cristianos y utilizó a la religión como instrumento para encubrir una operación cuyo principal objetivo era la justificación del sistema. Impuso la moral y la cultura de la sumisión, de la obediencia ciega y de fidelidad a la madre patria; una cultura de resignación ante el destino fijado para cada uno; de cumplimiento, sin discusión, de la fe cristiana. Varios comentarios de las páginas del periódico dan fe de ello.

EL FÉNIX Y LA INTERVENCIÓN ESTADUNIDENSE. LOS GIROS “INESPERADOS”

El papel de la prensa, en cuanto a la formación de opinión y seguimiento de un conflicto armado, tuvo eclosión, justamente, en torno al 98 cubano con el auge de la prensa amarilla en Estados Unidos. A partir de ese momento, toma protagonismo no sólo el seguimiento de la guerra, sino también, la representación de esa lucha, que llega a conformar un imaginario específico.

Testigo de aquel hecho en el territorio espirituario fue la prensa, y sin dudas, *El Fénix* fue el primero en alzar su voz. Aunque, desde los primeros sucesos relacionados con la intervención estadounidense en el conflicto hispano-cubano, el periódico detalla los cambios camaleónicos con respecto a su posición ante tal acontecimiento.

Debe destacarse que en un primer momento a partir del mes de febrero *El Fénix* sólo se mostraba en sus páginas en calidad de informante de los sucesos referidos a la explosión del acorazado Maine, la posición del mismo, los auxilios prestados por parte de los pobladores de la isla, el número y entierro de las víctimas y posibles causas del atroz hecho. En fin,

catalogando el suceso de “pánico, confusión e incertidumbre en todos las habitantes”.³¹

Posteriormente, el periodo que comprende los meses de marzo a agosto se percibe en *El Fénix* un fuerte pronunciamiento en contra de los “intrusos”, noticias de repudio, odio y repulsión en sus páginas, dan muestra al imaginario popular de la representación que el diario quería dejar patentizada. Muestra de ello lo constituyen las reflexiones citadas a continuación: “Sin razón ni pretexto alguno legal, sin haber mediado la más pequeña ofensa, cuando sólo muestras de amistad y consideración han recibido de nosotros, los Estados Unidos vienen á movernos guerra, precisamente en los momentos en que empezaba á renacer la tranquilidad en el país [...] Y a dibujarse la paz.”³²

Sin duda alguna es evidente de qué lado se encuentra *El Fénix*; su entrega servil al régimen imperante –España– no deja cabida a otra actuación. Y para dejar sentada sus bases continúa en su escrito: “De nada ha servido la moderación y la prudencia de España que ha llevado al límite sus concesiones y su tolerancia á fin de evitar un rompimiento, que aún hoy deplora; pero que acepta con toda la energía que le inspiran su gloriosa historia y el orgullo propio de su raza, que no sede jamás ajenas arrogancias, ni consiente ver hollado por nada ni por nadie su razón y su derecho.”³³

Los cuestionamientos y las advertencias por parte del diario continuaban, pero ahora en la voz del gobernador Marcos García en aras de hacer un llamado a los habitantes de la isla con respecto a las “verdaderas intenciones” de los americanos: “El gobierno de los Estados Unidos pretende realizar su reto. Han acordado sus cámaras la intervención armada, y autorizan al presidente de la república para efectuarla cuando lo crea oportuno. El presidente ha aprobado esos acuerdos, los que ya constituyen ley. La guerra es, por tanto, inevitable.”³⁴

Estas eran las palabras del gobernador, que ya veía como un hecho la intervención y todo lo que desencadenaría esta: la guerra. Pero su servilismo a la metrópoli estuvo siempre claro al enfatizar en cuestiones como esta: “Todos los sacrificios de la Metrópoli y los esfuerzos de la inmensa mayoría de este país, se han dirigido [sic] desde los comienzos de

esta fraticida contienda, a evitar la ingerencia [sic] extranjera en nuestros problemas de vida”.³⁵ Su llamado al combate siempre quedó claro y evidente: “Habitantes de Las Villas: sea cual fuere vuestro partido político, apartaos de toda rencilla o división, levantad vuestro sentimiento a la altura de las presentes circunstancias, y con el civismo por lema, la Patria por altar y el sacrificio por generosa ofrenda, combatamos la absorción de los Estados Unidos.”³⁶ Y al final los ¡Viva España!, ¡Viva Cuba autonómica! y ¡Muera la usurpación extranjera!, le dieron fin al llamado de “alerta”.³⁷

Los “llamados” continuaron, pero esta vez con el manifiesto al pueblo por Juan Massó Parra, el jefe cubano que se había presentado a inicios de año, y *El Fénix* no dudó en su publicación:

Cubanos: ha llegado el momento en que las energías de este pueblo, distraídas hasta hoy en lucha estéril contra hermanos nuestros, se invirtiera en rechazar al enemigo procaz de nuestra raza que con falsos pretextos de amistad y de filantropía trata de poner su planta invasora en esta tierra donde nunca ha ondeado más bandera que la gloriosa e invicta de nuestros progenitores.³⁸

Y termina su intervención diciendo “Cubanos: ¡A las armas!” Amén de toda la labor realizada por *El Fénix*, de sembrar en la población espiritana desconfianza y odio hacia la intervención estadounidense, no faltó tampoco el repudio por parte del pueblo a los más de cuatro siglos de explotación española. Ante la retirada y evacuación de estas tropas se coreó un pasacalle folclórico:

Ya Cuba no es del cubano
Ni tampoco del español
Porque la parte mayor
La quiere el americano
¡Adios... no vengan más!
¡Adios... váyanse ya...!³⁹

También fue repudiada por gran parte de la población la llegada de los voluntarios estadounidenses; seis compañías de Tennessee, una de transporte, una de caballería y otra de infantería. El desfile se realiza ante la presencia del general estadounidense Simón Esnyder y el teniente coronel Harvery Hanna, así como numerosos ayudantes, los que se harían cargo del gobierno de la jurisdicción y de la provincia de Santa Clara. Testigos presenciales de

aquellos días dan testimonio que el pueblo repudió a los intrusos interventores.⁴⁰ Al llegar al terruño espirituario lo primero que hace la soldadesca invasora es recorrer la localidad como bárbaros conquistadores, cometiendo todo tipo de atropellos y violaciones, abusando de las mujeres y convirtiendo a las calles en lugares de prostitución, juego y defecación. A pesar de la situación imperante, la jocosidad de los cubanos en vez de disminuir aumentaba, en esta región cuna del punto yayabero y el punto espirituario, se improvisaba en los hogares y en las calles; las típicas parrandas populares, donde el pueblo manifestaba su odio contra los “gringos”, se producían en cualquier lugar, como antes lo habían hecho contra el opresor español, ahora lo hacían contra el opresor del norte.⁴¹ He aquí uno de los cantos más populares de aquel momento:

A qué viniste blanco y rubio
A turbar, a colonizar aquí
No es fuerte, ni grande, ni noble
quien como tú se comporta.
España con sus dominios y
sus años de opresión no
pudo, ni tu podrás
turbar nuestro corazón.⁴²

Ya para los meses de septiembre a diciembre se muestra claramente en *El Fénix* otro cambio de timón, pero esta vez va a quedar bien con “dios y con el diablo”. Ya toda acusación, alarma y odio habían quedado atrás. Acercarse al gobierno interventor era su estilo ya que era un hecho el eminente triunfo de los estadounidenses y la bochornosa derrota de las tropas españolas.

En los últimos meses del año 1898 el periódico da cuenta en sus páginas de la hambruna de cientos de hogares espirituanos, las secuelas de las guerras se hacen ahora más críticas por el caos económico propiciado por los años de lucha en todo el país. Aprovechando la situación de miseria y devastación de la región, llegan a la ciudad espirituaña por vía marítima 52 toneladas de víveres; el representante de la Cruz Roja Americana Mr. W.S Warner coopera personalmente en el reparto de raciones a los menesterosos y hace declaraciones de la “buena voluntad” de su gobierno por ayudar a

Cuba a salir de tan difíciles momentos. El mencionado periódico, parcializado a favor de la clase dominante, por aquellos días publicaba en sus páginas:

La limosna de la Cruz Roja americana ha salvado las vidas a más de quinientas personas en Sancti Spíritus. La miseria que abate generalmente a la clase trabajadora va en progreso vertiginoso. Para esos dolores no tiene hoy la sociedad cubana otro remedio que la limosna de filántropos extranjeros y de un gobierno extranjero. Por sarcasmo de la suerte, los cubanos que lucharon por la libertad de la patria, conseguida esa victoria por ellos, no tienen facultades ni para salvarse del hambre.^{[43](#)}

La entrada de las tropas estadounidenses en la ciudad de Sancti Spíritus fue anunciada por *El Fénix* con “bombos y platillos” y solicitaba a los dueños de negocios en la ciudad de atender y brindar los mejores servicios a los “generosos amigos”. En la edición del 18 de diciembre reproducía un grabado que mostraba la entrada de las fuerzas interventoras.



Imagen 1. Gracias por salvarnos, *El Fénix*, 18 de diciembre de 1898, p. 2.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Durante la larga etapa colonial el referido diario estuvo incondicionalmente al servicio de España, pero ahora fustiga ligeramente a los intervencionistas para al final llamarlos “generosos tutores”. No de balde *El Fénix* comenzó a editar su *American Supplement* en inglés plegándose dócilmente a los intereses hegemónicos yanquis.

Sin duda alguna era claro y evidente su incondicional apoyo al gobierno estadounidense y para ello utilizó los medios necesarios para convencer al lector. El artículo “Confianza en el porvenir” está preñado de fuertes elementos de confianza y de credibilidad en el nuevo destino:

Los cubanos deben tener confianza en la obra de los Estados Unidos, es el consejo que se oye y se lee en todas partes, pronunciado por personas serias y escrito en periódicos sensatos, con ánimo sin duda, de ahogar cualquier clase de recelos que tiendan a estorbar la consumación del programa escrito por el Gobierno de La Unión al intervenir en la guerra de nuestro país con objeto de forzar la paz y dotarlo de un Gobierno fuerte y estable.⁴⁴

¿UN CAMBIO DE BANDO?

A partir del cese al fuego entre las tropas españolas y estadounidenses y la entrada en las principales ciudades y poblado de estas últimas, el periódico espirituario comenzará a mostrar una visión diferente a la que había expuesto hasta el momento.

Paradójicamente, los que habían sido calificados como *bandidos*, *insurrectos*, *locos* o *insensatos*, a partir de entonces, como por arte de magia, comenzaron a hacer nombrados revolucionarios. Incluso los nombres de Máximo Gómez, Calixto García, José Miguel Gómez, entre otros líderes del ejército cubano, empezaron a ser nombrados con mayor sistematicidad en el diario: “El general en jefe revolucionario se encuentra acampando últimamente en las inmediaciones de Yaguajay, en el ingenio demolido Bofill, y según se dice, no saldrá de ahí, con las muchas familias que lo acompañan, siendo el número de estas ochocientas. Desea el Sr. Gómez colocar todas esas familias en posición de poder trabajar en el campo”.⁴⁵

Fue, esta, una de las pocas veces, que el diario hizo referencia a Gómez como señor y como jefe máximo de las fuerzas cubanas. A otros jefes mambises también se les señalaría benévola y respetuosamente. Por ejemplo, al conocerse de la proximidad a la ciudad, de las tropas al mando del general Tello Sánchez, hermano del prócer Serafín, caudillo espirituario, se explayaron en calificativos grandilocuentes hacia las mismas. Al jefe lo llamaron “hijo ilustre de esta ciudad”; al jefe de la brigada sanitaria Juan Fusté lo consideraron “ilustrado y cumplido caballero”, y a otros miembros de la jefatura de “distinguidas, cultas y simpáticas personas”.⁴⁶

Por si fuera poco, derrocharon páginas para describir los campamentos de muchos de estos líderes. Y lo que hasta el momento se habían considerado tropas desorganizadas, sin estructura u orden posible, ahora serían descritas como “campamentos de lo más pintorescos”⁴⁷ en los que: “reina en las citadas fuerzas el orden más completo, recibéndose a los visitantes [los corresponsales del periódico] con la más exquisita cordialidad y seria corrección”.⁴⁸

El periódico comenzó, también, a resaltar la vida revolucionaria de algunos de los líderes que meses antes había considerado enemigos. Desarrolló todo un panegírico de varios de ellos. Así, el 7 de diciembre, al cumplirse dos años de la caída en combate del Titán de Bronce, publicó una nota: “Cumple dos años que cayó el mayor general cubano José Antonio Maceo; que cayó para siempre en defensa del bello ideal triunfante y vencedor [...] vivirá eternamente en el corazón de los patriotas y de los amantes de la libertad ¡Héroe legendario, Cuba celebra con respeto y con orgullo el aniversario de tu muerte!”⁴⁹

Resulta curioso que el diario califica, ahora, de triunfante y vencedor a un ideal, que pocos meses atrás, había tildado de insensato e innecesario. ¿Cómo entender este giro brusco de opinión del periódico si se tiene en cuenta que dos años atrás calificaba de insurrecto y negro al caudillo cubano? Sin embargo, no sólo quedó ahí la referencia, sino que *El Fénix*, en esos días, había reproducido el acuerdo del Ayuntamiento de Sancti Spíritus de enviar al jefe de las tropas española un telegrama felicitándole por la muerte del insurrecto. El texto, en cuestión decía:

La presidencia hizo presente que habiéndose confirmado la muerte del cabecilla, insurrecto Maceo, debido al brillante éxito que han tenido las operaciones en Vuelta Abajo creyó oportuno pasar un telegrama al excelentísimo Sr. General en Jefe felicitándole al nombre de la corporación, interpretando así la expresión de júbilo de esta ciudad con motivo de dicha noticia, y enterado el cabildo unánimemente aprobó lo hecho por la presidencia como fiel intérprete de la corporación.⁵⁰

Ahora, en 1898 llegó, incluso, a publicar un poema sobre el líder cubano, donde se exaltan las virtudes del mismo:⁵¹

Hay fiesta en el alto cielo,
Dios mismo de gala está:
alguien muy grande se va
huyendo de nuestro suelo.
Miradle con hondo anhelo á
la luz de nuestra historia:
¡deja la mundana escoria
el cubano sin segundo!

¡No cupieron en el mundo
los trofeos de su gloria!
Hay cinco letras, “Maceo”
en todas partes grabadas, en
las sierras escarpadas, en
los llanos florecidos, en los
pueblos destruidos, en las
chozas arrasadas.

La muerte del jefe cubano Calixto García en territorio de Estados Unidos sería publicada en el periódico con el titular de “Dolorosa noticia”.

No obstante, la exaltación de las tropas cubanas no significa que se dejara de mencionar a las españolas que abandonaban la isla de Cuba. El 18 de diciembre publica la obra lírica titulada “Retirada del león”, en la que significó la derrota ante Estados Unidos y el fin del imperio español.⁵²

Para colmo, sobre el general español Valeriano Weyler, escribirían: “No es de justicia la saña / de todo el que te flagela / por tu insólita campaña, / y llamándote alimaña / quiere deprimir tu escuela”.⁵³

Dos poemas relacionados con el bando español en una misma impresión dan mucho qué pensar. *El Fénix* apuesta, “supuestamente”, por la parte cubana; sin embargo no se desentiende por completo de los hechos concernientes a España. Nótese en el poema referente al león, símbolo del poderío español, ciertos soplos de tristeza, resignación y nostalgia.

CONCLUSIONES

Uno de los aportes más significativos derivado del estudio de *El Fénix* radica en que en él se encontraron datos inéditos acerca de la política de la

villa espirituana, no reportados antes en las fuentes historiográficas existentes en la localidad. Ello lo constituye en una fuente significativa para la reconstrucción de la historia espirituana en el año 1898.

El tratamiento que *El Fénix* hizo de los acontecimientos político-sociales y militares ocurridos en Sancti Spíritus y en Cuba en el año de 1898, dependió en medida muy señalada de los pragmáticos cambios en el posicionamiento político de su consejo de redacción.

Las transformaciones y las contradicciones que se viven en Sancti Spíritus y en el centro de la isla a finales del siglo XIX, se ven reflejadas desde la prensa local. En ello se destacó *El Fénix*, el cual centró su labor en llamar a todos los sectores políticos y sociales a mantener la paz en la región. La recepción de los acontecimientos más significativos de la ocupación militar yanqui en la prensa cubana y, en particular espirituana, deberá ser objeto de futuros análisis por aquellos que, al decir del historiador francés Pierre Vilar, entienden que “el objetivo de la Historia no es hacer revivir el pasado sino comprenderlo”.⁵⁴

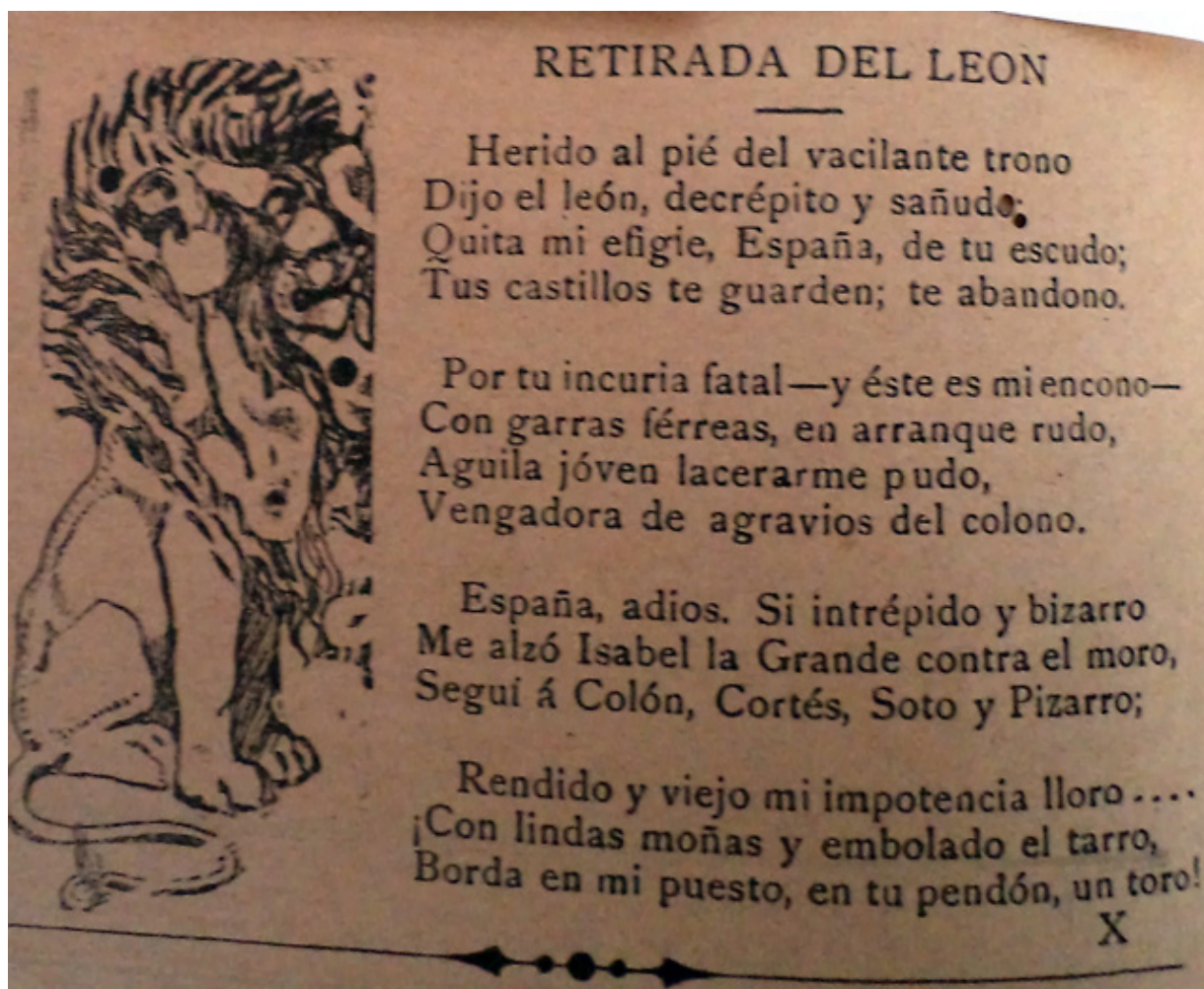


Imagen 2. Retirada del león, *El Fénix*, 18 de diciembre de 1898, p. 2.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

FUENTES CONSULTADAS

Archivo

AHPSS Archivo Histórico Provincial de Sancti Spíritus, Cuba.

Bibliografía

- Cento Gómez, Elda E., *Nadie puede ser indiferente. Miradas a las guerras (1868-1898)*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2013.
- Domínguez Fonseca, Lesby José, *Cienfuegos en El Siglo: segundo semestre de 1887*, La Habana, s. e., 2011.
- Martínez Casanova, Manuel, “La mítica y la mística del horror: ‘justificación’ antropológica de la guerra”, *Islas*, Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, año 45, núm. 137, julio-septiembre de 2003, pp. 34-49.
- Martínez-Moles, Manuel, *Periodismo y periódicos espirituanos: trabajo de ingreso*, La Habana, El Siglo XXI, 1930.
- Miró Argenter, José, *Crónicas de la guerra. 1. La invasión*, La Habana, Instituto del Libro, 1970.
- Rodríguez Díaz, Mauro, *Radioperiodismo*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1981.
- Sáiz, María Dolores, “Nuevas fuentes historiográficas”, *Historia y Comunicación Social*, Universidad Complutense, núm. 1, 1996, pp.131-144.
- Síntesis histórica provincial: Sancti Spíritus*, La Habana, Editora Historia, 2011 (Colección Anales).
- Tellería Toca, Evelio, *Diccionario periodístico*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1986.
- Vázquez Díaz, Ricardo, *La unión espirituana: periodismo y relaciones interraciales*, Sancti Spíritus, Ediciones Luminaria, 2013 (Colección Pensamiento).
- Vilar, Pierre, *La historia y el oficio del historiador*, La Habana, Editorial Imagen Contemporánea, 2012.

NOTAS

- [1](#) Sáiz, “Nuevas fuentes”, 1996, p. 132.
- [2](#) Rodríguez, *Radioperiodismo*, 1981, p. 15.
- [3](#) Tellería, *Diccionario periodístico*, 1986, p. 221.
- [4](#) *Ibid.*
- [5](#) Domínguez, *Cienfuegos en El Siglo*, 2011, p. 80.
- [6](#) *Ibid.*
- [7](#) *Ibid.*
- [8](#) Vázquez, *La unión espirituana*, 2013, p. 44.
- [9](#) Martínez-Moles, *Periodismo y periódicos*, 1930, p. 12.
- [10](#) Miró, *Crónicas de la guerra*, 1970, pp. 190-191.
- [11](#) Producto de esta situación el gobierno interventor dictó leyes restrictivas para la matanza y exportación de ganado.
- [12](#) *Síntesis histórica*, 2011, p. 52.
- [13](#) *Ibid.*, p. 51.
- [14](#) “Mensaje anual”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 2 de enero de 1898, p. 2. La colección de este periódico se encuentra en Archivo Histórico Provincial de Sancti Spíritus (en adelante AHPSS).
- [15](#) “Noticias de la guerra”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 5 de enero de 1898, p. 2.
- [16](#) “Noticias de guerra”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 12 de enero de 1898, p. 2.
- [17](#) “Noticias de guerra”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 5 de enero de 1898, p. 2.
- [18](#) “Noticias de guerra”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 9 de enero de 1898, p. 2.

- [19](#) *Ibid.*
- [20](#) “Importantísima noticia”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 23 de enero de 1898, p. 2.
- [21](#) “Calma”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 11 de enero de 1898, p. 2.
- [22](#) “A los insurrectos”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 12 de enero de 1898, p. 2.
- [23](#) *Ibid.*
- [24](#) *Ibid.*
- [25](#) Martínez, “La mítica y la mística”, 2003, pp. 34-49.
- [26](#) “¡Viva la paz!”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 23 de enero de 1898, p. 2.
- [27](#) *Ibid.*
- [28](#) *Ibid.*
- [29](#) “Junta de socorros para los reconcentrados”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 12 de enero de 1898, p. 2.
- [30](#) Cento, *Nadie puede*, 2013, p. 64.
- [31](#) “Explosión del acorazado Maine”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 18 de febrero de 1898, p. 2.
- [32](#) “Los intrusos”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 29 de abril de 1898, p. 2.
- [33](#) *Ibid.*
- [34](#) *Ibid.*
- [35](#) *Ibid.*
- [36](#) *Ibid.*
- [37](#) *Ibid.*
- [38](#) Juan Massó Parra, “Manifiesto al pueblo”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 29 de abril de 1898, p. 2.
- [39](#) *El Fénix* y la intervención norteamericana, 1898, en AHPSS, fondo Movimiento de activistas de historia: La intervención norteamericana en Sancti Spíritus, exp. 324, leg. 8, pp. 5-6.
- [40](#) *Ibid.*
- [41](#) *Ibid.*, p. 9.
- [42](#) *Ibid.*
- [43](#) “Gracias por salvarnos”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 10 de septiembre de 1898, p. 2.
- [44](#) “Confianza en el porvenir”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 26 de octubre de 1898, p. 2.
- [45](#) “Máximo Gómez”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 21 de septiembre de 1898, p. 2.
- [46](#) “Campamento de Tello Sánchez”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 11 de septiembre de 1898, p. 2.
- [47](#) *Ibid.*
- [48](#) *Ibid.*
- [49](#) “Maceo”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 7 de diciembre de 1898, p. 3.
- [50](#) “Acuerdo del Ayuntamiento de Sancti Spíritus”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 19 de diciembre de 1896, p. 3.
- [51](#) “Maceo”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 7 de diciembre de 1898, p. 3.
- [52](#) “Retirada del león”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 18 de diciembre de 1898, p. 2.
- [53](#) “A Don Valeriano”, *El Fénix. Periódico Liberal Autonomista*, 18 de diciembre de 1898, p. 2.
- [54](#) Vilar, *La Historia*, 2002, p. 5.

LA FAZ MEDIÁTICA DE LA GUERRA QUE TERMINÓ EL SIGLO XIX EN EL CARIBE: IMAGEN Y COMUNICACIÓN VISUAL

Yolanda Wood

¡Y las islas se fueron y no las veremos más!

El Baluarte

Sevilla, 7 de diciembre de 1898

El siglo XIX no tuvo 100 años en el Caribe. Su extensión simbólica puede indicarse por dos fechas de la mayor significación, 1804 y 1898, dos acontecimientos que cambiaron los derroteros de la historia y que indican un antes y un después para la propiamente americana; fechas que hicieron de la región caribeña el epicentro de una nueva época en el mundo occidental. La revolución de Haití y la guerra hispano-cubano-norteamericana (denominación incompleta en la que no aparecen ni Puerto Rico ni Filipinas), son los hitos de una nueva circunstancia que hicieron del siglo XIX un momento esencial del Caribe en el contexto mayor de nuestra América.

La guerra de 98, sintéticamente la denominaré así, cambió el rumbo de los acontecimientos en Cuba y Puerto Rico, los únicos reductos del colonialismo español en el continente, dos islas que –coincidentemente– habían lanzado su grito libertario en 1868: Cuba en La Demajagua y Puerto Rico en Lares. Con la ocupación, Estados Unidos inauguró –de manera clara y evidente– su papel de nueva potencia imperial y expansionista en su propio continente, y desde él hacia el mundo. Según José Tabares del Real, así “pasó del capitalismo yanqui en su etapa premonopolista a la imperialista”.¹ Se inauguraba una nueva era.

Tomando en consideración la compleja intensidad de los acontecimientos de 1898, no me detendré en secuencias cronológicas de hechos y sucesos sólo cuando sea muy necesario, sino que utilizaré algunas claves para desentrañar las cuestiones del tema desde la perspectiva de la imagen y la comunicación visual. La faz mediática de la guerra que terminó el siglo XIX en el Caribe ha sido ampliamente estudiada y documentada a través de fuentes periodísticas, desde las ciencias históricas y la teoría de la comunicación. Sin embargo, el estudio de la iconografía que sobre esos propios medios ilustró, comentó o satirizó la guerra, no ha corrido la misma suerte en la historia del arte. Para ello me centraré en una selección de imágenes procedentes de Estados Unidos, España y Cuba.

Como consecuencia de la revolución de Haití y su nuevo paradigma libertario, el miedo al negro pasó a ocupar un lugar de primer orden para los esclavistas en el área del Caribe. Pero con la caída de la producción de Saint Domingue en el mercado mundial, la colonia de Cuba encontró una oportunidad comercial y se produjo un momento de ampliación de la economía agrícola basada en el azúcar y el café que significó –paradójicamente– una masiva entrada de esclavos durante la primera mitad del siglo XIX, lo que hizo a la isla grande de las Antillas, en pocos años, una intensa productora internacional.

La economía de plantación llegó relativamente tarde por esos motivos a Cuba, si la comparamos con el despliegue en otros territorios insulares antillanos. Hizo su aparición casi conjuntamente con los aportes de la modernización industrial, y cuando ya existía un sector dominante adinerado que entraba en conflicto con el poder colonial en cuanto a sus

ventajas para desenvolverse con mayores libertades en el mercado, lo que le aporta al caso cubano una cierta particularidad en el contexto caribeño insular. Cuba era ya a fines del siglo XIX, un socio comercial principal de Estados Unidos y el segundo destino en cuanto a exportación de capitales provenientes de ese país. La isla y Puerto Rico eran puntos estratégicos para el nuevo imperio por su ubicación geográfica y potencialidades en los circuitos marítimos, y a ello se añadía –en el caso cubano– una nueva potencialidad inversionista y comercial.

La Doctrina Monroe (1823), ya contenía –en su esencia– la proyección expansionista de Estados Unidos. En cuanto a Cuba, John Quincy Adams no había dudado en significar, por las razones antes expuestas, que una vez que se rompiera la artificial conexión que la unía a España, la isla era incapaz de sostenerse por sí misma y que habría de gravitar² necesariamente hacia Estados Unidos. Esta tesis del que fuera unos años después el sexto presidente de Estados Unidos es conocida en la historia cubana como la teoría de “la fruta madura”. Calificaba a Cuba como “la adquisición más interesante para nuestro sistema de estado”,³ y consideraba a España como la metrópoli más débil en el contexto regional, por lo que Estados Unidos prefería que se mantuviera con el control de Cuba, aunque hizo varios intentos por adquirirla.

Mientras los españoles –escribió José Luis Alfonso en carta a José de la Luz y Caballero en 1835–, “resentidos de haber perdido las Américas se proponen encadenarnos más de lo que nos tienen para que nunca podamos escaparnos [...] Qué política tan equivocada”.⁴ Refiere Ana Cairo que después de la gran derrota militar de la batalla de Ayacucho, en la sociedad colonial cubana crecía el terror creado por la revolución haitiana y a una rebelión desde adentro, liderada por esclavizados y libertos; además se sumaba la nueva situación de independencia de la América hispana por lo que “de mayo de 1825 hasta 1898, los capitanes generales gobernaron con facultades extraordinarias. Durante más de 70 años se implementó una política represiva y en la reconcentración decretada por Valeriano Weyler estuvo la expresión más horrenda de la crueldad genocida.”⁵

En ese contexto de contradicciones se forjó lo que Cairo define como “un corpus ideológico” de ideal emancipatorio y de pensamiento liberal,

contrario a los mecanismos de dominación empleados por España, así como diversas tendencias de pensamiento tales como el independentismo, el reformismo, el anexionismo y el autonomismo. De modo que la palabra libertad –desde diversas posturas ideológicas– comenzó a adquirir nuevo valor en la sociedad cubana; combinaba diversos sentimientos que debían integrarse en un ideal, en medio de corrientes encontradas que construyeron un espacio polémico en la isla durante el siglo XIX.

En ese debate la palabra nacionalidad también afloraba y tenía un efecto en el fragor de las contiendas libertarias y en los debates, lo que tuvo en muchas de las inteligencias cubanas sus más auténticas expresiones. Entre ellos fue José Martí el constructor de un discurso fundador para la república que buscaba nacer en medio de tan difíciles situaciones. En el proceso conducente a la que él llamó, “la guerra necesaria” de 1895, nadie como José Martí comprendió las complejidades que se avecinaban por la estrategia de poder de ese imperialismo naciente que avanzaría sobre nuestros pueblos de América.

LA FAZ MEDIÁTICA DE LA GUERRA QUE TERMINÓ UN SIGLO

La guerra de 98 tuvo una faz mediática de la mayor importancia, gracias a la extensión que habían alcanzado la imprenta, las publicaciones periódicas y con ellas la ilustración, la caricatura y la fotografía. Como lo ha demostrado Adelaida de Juan, fueron esas manifestaciones identificadas como arte menor,⁶ las que dejaron testimonio y evidencia de las contiendas y los impactos de la invasión. La caricatura y la fotografía periodística y la temprana cinematografía, construyeron los recursos más novedosos y fueron los que aportaron a la contemporaneidad un universo visual marcado también por todas las contradictorias posturas del momento.

Desde esas expresiones visuales se construyó una imagen de un gran valor documental, reveladora de una conciencia ideológica que conceptualizó la guerra y proyectó los marcos polémicos desde diversas

voces y miradas, no sólo en Cuba sino también en España y Estados Unidos, territorios en los que centraremos nuestra atención. Ante los acontecimientos que se precipitaban, la prensa actuó hábilmente en el proceso intervencionista y con dimensión internacional.

La de Estados Unidos difundía el estado de la guerra en Cuba y ponía el énfasis en el dramatismo de la situación cubana, en la impresión que producía la reconcentración y las atrocidades cometidas por Valeriano Weyler, lo que ha dicho Francisco Pérez Guzmán, fundamentaría convertir en acción humanitaria la intervención de Estados Unidos en Cuba. En nota de denuncia de junio de 1897, el gobierno de Estados Unidos hacía referencia a las pérdidas económicas estadounidenses en la isla y al peligro para la seguridad nacional, y cuando William McKinley decide la intervención militar alega, justamente, “razones humanitarias” y el propósito explícito de “pacificar la isla de Cuba”.

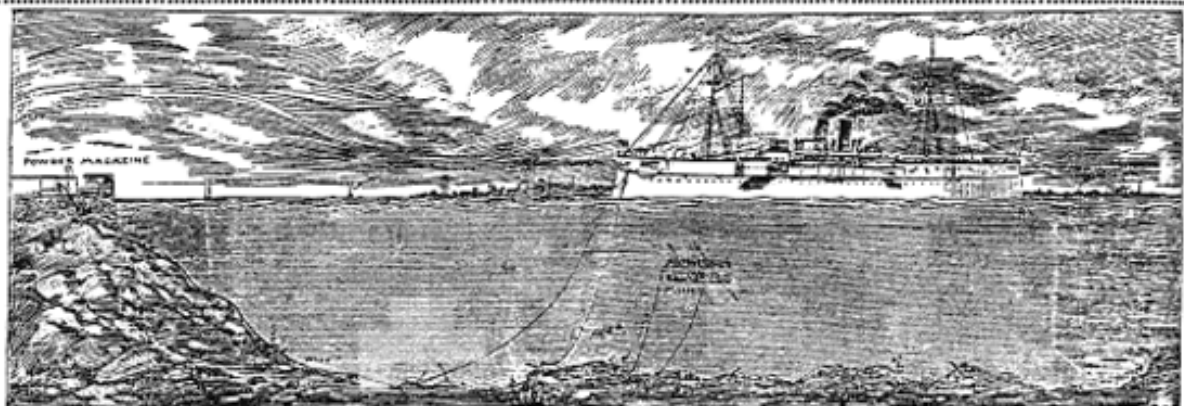
La faz mediática del proceso fue utilizada como propaganda sensacionalista, lo que muestra otro valor de este acontecimiento en la formación de un sistema de relaciones comunicativas que justificara la acción de Estados Unidos ante los estadounidenses y ante el mundo, como ocurrió con la explosión del Maine en la bahía de La Habana el 15 de febrero de 1898.

\$50,000 REWARD.—WHO DESTROYED THE MAINE?—\$50,000 REWARD.
 EDITION FOR GREATER NEW YORK.
NEW YORK JOURNAL
 AND ADVERTISER.

NO. 5372. (PUBLISHED BY W. S. HEALD.)—NEW YORK, THURSDAY, FEBRUARY 17, 1898.—16 PAGES. PRICE ONE CENT IN CASH FOR THE NEWS; FIVE CENTS FOR THE JOURNAL.

DESTRUCTION OF THE WAR SHIP MAINE WAS THE WORK OF AN ENEMY

\$50,000! \$50,000 REWARD! For the Detection of the Perpetrator of the Maine Outrage! The New York Journal hereby offers a reward of \$50,000 CASH for information, FURNISHED TO IT EXCLUSIVELY, which may lead to the detection and conviction of the person, persons or persons who are responsible for the explosion which resulted in the destruction of the Maine, of the United States Navy, at Havana, on the night of January 15, 1898. The \$50,000 CASH reward for the above information is in addition to the \$50,000 CASH reward for the detection and conviction of the person, persons or persons who are responsible for the explosion which resulted in the destruction of the Maine, of the United States Navy, at Havana, on the night of January 15, 1898. The person or persons who are responsible for the explosion which resulted in the destruction of the Maine, of the United States Navy, at Havana, on the night of January 15, 1898, are hereby notified that the \$50,000 CASH reward for the above information is in addition to the \$50,000 CASH reward for the detection and conviction of the person, persons or persons who are responsible for the explosion which resulted in the destruction of the Maine, of the United States Navy, at Havana, on the night of January 15, 1898. FOR THE PERPETRATOR OF THIS OUTRAGE NO ADOPTANCE. W. S. HEALD.	Assistant Secretary Roosevelt Convinced the Explosion of the War Ship Was Not an Accident. The Journal Offers \$50,000 Reward for the Conviction of the Criminals Who Sent 258 American Sailors to Their Death. Naval Officers Unanimous That the Ship Was Destroyed on Purpose.	\$50,000! \$50,000 REWARD! For the Detection of the Perpetrator of the Maine Outrage! The New York Journal hereby offers a reward of \$50,000 CASH for information, FURNISHED TO IT EXCLUSIVELY, which may lead to the detection and conviction of the person, persons or persons who are responsible for the explosion which resulted in the destruction of the Maine, of the United States Navy, at Havana, on the night of January 15, 1898. The \$50,000 CASH reward for the above information is in addition to the \$50,000 CASH reward for the detection and conviction of the person, persons or persons who are responsible for the explosion which resulted in the destruction of the Maine, of the United States Navy, at Havana, on the night of January 15, 1898. The person or persons who are responsible for the explosion which resulted in the destruction of the Maine, of the United States Navy, at Havana, on the night of January 15, 1898, are hereby notified that the \$50,000 CASH reward for the above information is in addition to the \$50,000 CASH reward for the detection and conviction of the person, persons or persons who are responsible for the explosion which resulted in the destruction of the Maine, of the United States Navy, at Havana, on the night of January 15, 1898. FOR THE PERPETRATOR OF THIS OUTRAGE NO ADOPTANCE. W. S. HEALD.



NAVAL OFFICERS THINK THE MAINE WAS DESTROYED BY A SPANISH MINE.
 Longest Expert Opinion, the Journal's special correspondent at Havana, states that it is the active opinion of many Spaniards in the Cuban capital that the Maine was destroyed and pulled to her doom by means of a submarine mine, or fixed torpedo. This is the opinion of several American naval authorities. The Spaniards, it is believed, managed to plant the Maine anchored over one of the harbor mines. It was contended that the mine, with a powerful magazine, and it is thought the explosion was caused by sending an electric current through the mine. If this can be proved, the brutal history of the Spaniards will be shown by the fact that they dared to spring the mine just after all the men had retired for the night. The Spaniards' error in the picture above shows the mine near their harbor.

Hidden Mine or a Sunken Torpedo Believed to Have Been the Weapon Used Against the American Man-of-War—Officers and Men Tell Thrilling Stories of Being Blown Into the Air Amid a Mass of Shattered Steel and Exploding Shells—Survivors Brought to Key West Scout the Idea of Accident—Spanish Officials Protest Too Much—Our Cabinet Orders a Searching Inquiry—Journal Sends Divers to Havana to Report Upon the Condition of the Wreck.

Imagen 1. Destruction of the War Ship Maine Was the Work of an Enemy, *New York Journal*, 17 de febrero de 1898.

[[Regresar a "Créditos de las imágenes"](#)]

Y en esta faz mediática pudieran encontrarse rasgos que anticipan modos de actuación y formulaciones que han sido parte de un *modus*

operandi en momentos y circunstancias más recientes y en diversos contextos, a través no sólo de esos medios –considerados hoy tradicionales–, sino de los actuales recursos digitales y satelitales. Y si bien numerosos estudiosos del tema coinciden en que –como lo expresa María Antonia Fernández Jiménez– “la prensa sensacionalista de Nueva York no fue directamente la responsable de la guerra entre Estados Unidos y España, tuvo su parte de culpa”,⁷ especialmente la controversia mediática entre William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer, dueños respectivamente del *New York Journal* y del *New York World*.

Por su parte, los españoles construían también sus estrategias de comunicación, textual, y visual, definiendo la situación que significaba para ellos el fin de un imperio como “desastre” pues en el camino se había perdido “la brújula”.⁸ María Dolores Saiz García, al analizar en su texto “El día después a través de la prensa madrileña”, califica de “crispación e intolerancia”⁹ la actitud de los periódicos frente a la pérdida de las colonias, como expresión del propio impacto en la conciencia colectiva española. La reacción adquirió todos los matices: se piden elecciones y un plebiscito, mientras se comenta que “ahora España se verá obligada a recibir hasta el último cigarrillo de La Habana como producto extranjero”.¹⁰ Se comprende cómo fue en ese ambiente que surgió una frase célebre que todavía hoy se escucha –como expresión popular– entre los españoles: “Mas se perdió en Cuba”, porque allí se puso fin un imperio de cuatro siglos, y popularmente se instalaba una cierta nostalgia hacia lo que de las Antillas llegaban como productos de placer.

Los títulos de los editoriales que circulaban en la prensa de la época eran reveladores de una angustia, una añoranza y un impacto inesperado: “Anteojos al revés”, “Mala señal”, “¿De quién es la culpa?”¹¹ Un personaje de la prensa sevillana, Carrasquilla, expresaba además los sentimientos populares ante el “desastre” a través de poemas satíricos en los que si bien se exaltaba el patriotismo español se revela el sentimiento acerca de la falta de preparación de España para la guerra:

A la orilla de un arroyo
Me puse a considerar

Aquí cabe nuestra escuadra
Y hasta puede navegar¹²

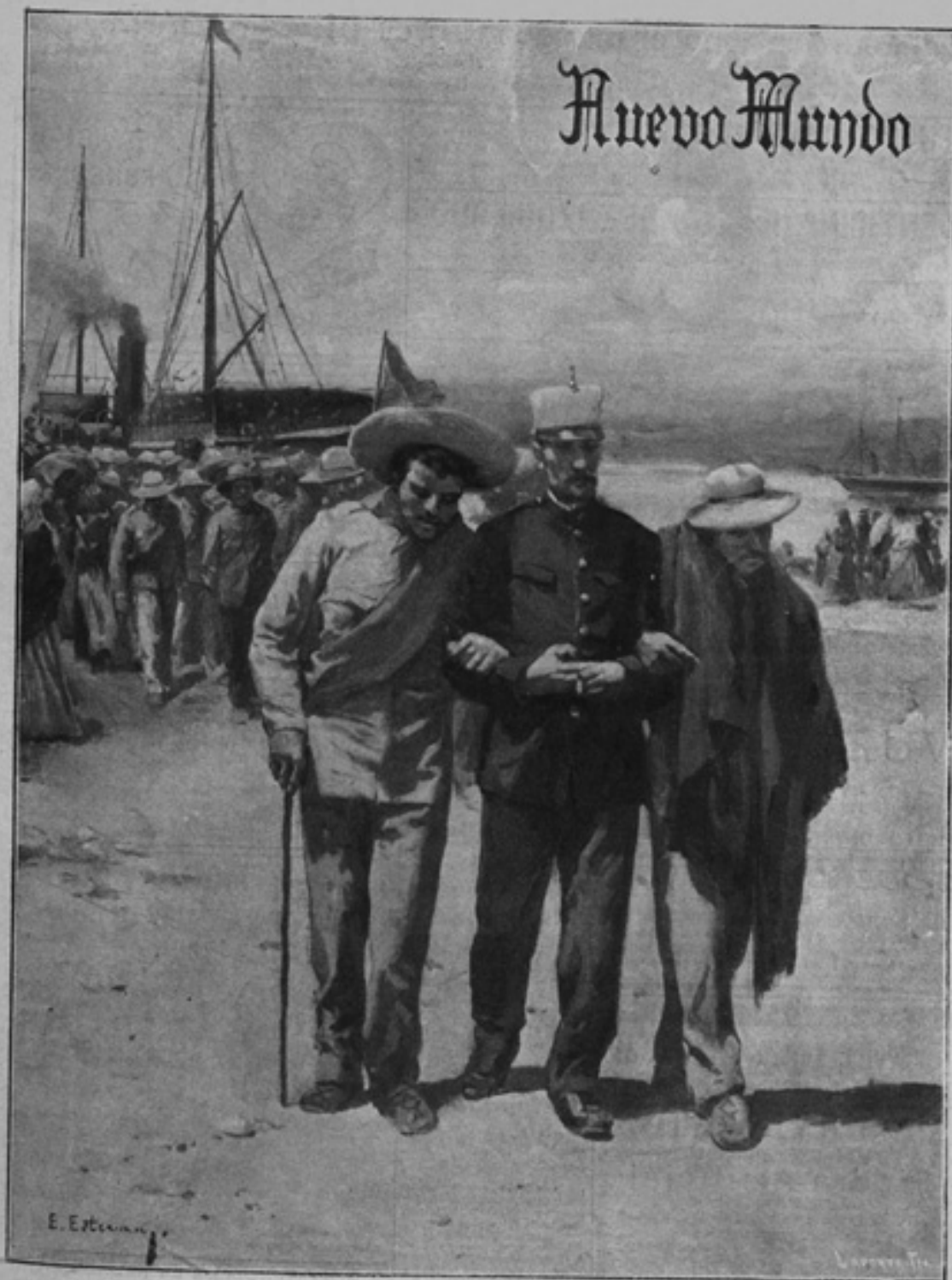
Y uno de los momentos más dramáticos de esa evidencia lo constituyó el desembarco de soldados españoles en la península después de la derrota.

Del batallón de Alcántara, compuesto por 1 200 hombres, sólo han regresado siete soldados,¹³ precisó la prensa, expresa Saiz García en su ensayo.

Sobre Cuba y los acontecimientos de 1898, Miguel Barnet ha dicho, “ganamos una guerra y perdimos un país”, refiriéndose a otro aspecto esencial del sentimiento nacional, pues cuando los estadounidenses entraron con sus fuerzas militares en Santiago de Cuba, ya los mambises estaban allí después de una guerra de 30 años, que había alcanzado fuerzas nuevas a partir de 1895. Se trataba de una clásica batalla anticolonial, de carácter nacional-liberador, precisa Oscar Loyola Vega, y añade:

Históricamente lo que sucedió fue que a esta guerra anticolonial se le superpuso otra guerra, la que libran los Estados Unidos y España por apoderarse o por permanecer en Cuba; dicho de otra manera, un colonialismo nuevo da la batalla histórica –que ganará de antemano– por desplazar de la arena cubana a un viejo colonialismo[...] Los intereses que llevaron a la guerra a Cuba, a España y a los Estados Unidos serán tremendamente diferentes[...] A la guerra nacional-liberadora del pueblo cubano le fue arrebatada, en los marcos de una guerra interpotencias, la primacía histórica.¹⁴

Nuevo Mundo



LA REPATRIACIÓN...

POR E. ESTEVAN

AÑO V-21 SEPTIEMBRE 1898

NÚM. 246 - 20 CÉNTIMOS

Imagen 2. E. Estevan, La repatriación, dibujo de portada del *Seminario Nuevo Mundo*, Madrid, 21 de septiembre de 1898.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Quizás por eso Miguel Barnet expresó, “se perdió un país, pero la nación contra viento y marea, fue creciendo en el sentimiento de los cubanos que no se resignaron a la derrota”.¹⁵ Y es que la nacionalidad cubana existía ya en la música de Ignacio Cervantes, en la poesía de José María Heredia, en la novela de Cirilo Villaverde y en la pintura de Esteban Chartrand, bien que llame la atención que en la obra de algunos artistas como Guillermo Collazo, que habían tomado el rumbo de la manigua y participado en las luchas mambisas, la pintura se mostraba distante y ajena a la situación nacional a partir de los modelos de representación del arte europeo imperantes en el gusto del sector adinerado que era el principal comitente de obras de arte. Entonces fueron también los medios de prensa los que con mayor intensidad siguieron los acontecimientos.

ICONOGRAFÍA DEL 98. LO CARICATURESCO

El trabajo de periodistas, dibujantes y fotorreporteros, así como la difusión de estas imágenes eran de gran impacto, y de especial interés –por sus perfiles críticos y marcada intencionalidad ideológica–, las ilustraciones y caricaturas. Ellas son esenciales para conformar el panorama de los acontecimientos de esta guerra en la que puede definirse un repertorio iconográfico fundador para esa nueva era que se inauguraba para el Caribe y que tuvo como importante antecedente la expansión de Estados Unidos hacia el territorio de México, en la que muchos de los recursos visuales de carácter satírico fueron también empleados por ambas partes.

En la contienda de 1898, dos polos se entrecruzan al valorar las tendencias de la representación caricaturesca entre lo que difunde la prensa de España y la de Estados Unidos: en la primera la disección de un cadáver se muestra como símbolo de una impotencia ante los acontecimientos que daban lugar a la pérdida de la isla y con ella de un imperio. *La Campana de*

Gracia, periódico de Cataluña, publicó el 4 de diciembre de 1897 una imagen de primera plana en un aparente quirófano. Allí una figura femenina yacente –con su cabeza coronada– muestra un pie sobredimensionado que lleva inscrito el nombre de Cuba, y el título dice *Preparatius per l'amputació* (“Preparación para la amputación”).

ANY XXVIII.—BATALLADA 1400

BARCELONA

4 DE DESEMBRE DE 1897



LA CAMPANA DE GRACIA.

DONARÀ AL MENOS UNA BATALLADA CADA SEMANA.

CADA NÚMERO 5 CÉNTIMS PER TOT ESPANYA.

Números extraordinaris 10 céntims

ADMINISTRACIÓ I REDACCIÓ: Llibreria Espanyola, Rambla del Mig, 30, botiga.
BARCELONA

PREU DE SUBSCRIPCIÓ: Fora de Barcelona cada trimestre ESPANYA penca 1'50
Cuba y Puerto-Rico, L.—Estranger, 2'50

PREPARATIUS PER L' AMPUTACIÓ



El cloroformo.

Imagen 3. Preparatiu per l'amputació, La Campana de Gràcia, 4 de diciembre de 1897.

[\[Regresar a “Créditos de las imágenes” \]](#)

Recuérdese que, en 1897, Práxedes Sagasta había ocupado el poder español e intentaba buscar caminos para conservar la isla de Cuba, por eso la fecha de esta caricatura no es nada inocente, se sitúa en el periodo inmediatamente anterior a los meses que detonarían la guerra. Es de sumo interés destacar en esta imagen, la presencia de Ramón Blanco, quien fue enviado a sustituir a Valeriano Weyler como parte de un conjunto de medidas tomadas por Sagasta para reivindicar la situación española en Cuba otorgando un estado de autonomía a los cubanos que llegaba demasiado tarde, después de casi dos años de lucha en la manigua; pero justamente Sagasta y el Tío Sam se disputan –de algún modo– el realizar la amputación que parecía inexorable, lo que significa la burla catalana ante las medidas tomadas, y si bien cada uno posee sus propios medios, la figura del Tío Sam reclama a Sagasta el cuchillo bien afilado para hacerlo él, definitivamente. Una figura, caricaturizada en extremo, se asoma por la ventana que está en el fondo, un “negrito” con sombrero de yarey, una visión cubana que se muestra muy asustada ante la escena, en fin, toda una declaratoria visual del estado de cosas.

Mientras que en Estados Unidos los atuendos de los personajes y la representación de Cuba distinguen un relato visual asociado a la fuerza del poder estadounidense –que ataviado con ironía “a la española–, se muestra protector de la “joven doncella” mientras la isla es un prototipo femenino de dependencia y sumisión. Esos medios visuales refuerzan la dimensión crítica, y la agudeza de un conflicto que se reveló para la opinión pública de España y de Estados Unidos, como un conflicto entre dos contendientes, ellos mismos. La desvalorización hegemónica hacia la isla la colocaba en los extremos de los significados dominantes: miembro a amputar de un cadáver en una mesa de disección o infanta dócil buscando protección.

Por su parte, la prensa española reaccionaba con acidez ante un recurso muy al uso en la caricatura del siglo XIX, la sustitución simbólica de las figuras de poder por representaciones zoomórficas. Se emplean con frecuencia la contrastante imagen del león, que rememora la fuerza de un imperio, aunque en franco declive, o la del puerco para identificar a los

otros estadounidenses, a la manera de alcancía de donde se dispersan monedas por todas partes; también reaparece el águila, como signo poderoso y violento, expresión frecuente para distinguir la fuerza del imperio naciente. De su lado, la prensa estadounidense emplea similares recursos al situar el rostro de Valeriano Weyler en un cuerpo volador con alas de murciélago por sobre los campos de Cuba, a la vez que utiliza el disfraz como otro medio de caracterizar a los españoles, a través del traje de torero, por ejemplo, o situándolos con sus conocidas alpargatas trenzadas a las piernas.

En todas estas imágenes, y muy especialmente en las producidas en Estados Unidos, se hace evidente la extensión y popularización de la imagen del Tío Sam, que adquirió fuerza como atributo y representación de la nueva fuerza imperial. La figura, como se ha dicho, también ocupó sitio preferente en las ilustraciones y caricaturas durante la ocupación de los territorios mexicanos. Como figura central, se destaca por su indumentaria característica asociada a los colores y formas de la bandera estadounidense. Se hace del Tío Sam un uso moralizante por las escalas de relación y proporciones que guarda con los restantes personajes representados, lo que le permite –por ejemplo– cruzar “la cerca fronteriza” que divide los territorios casi sin esfuerzo alguno, distinguiéndose –además– por su porte y estatura ante los mexicanos, representados mayormente como indígenas “chaparros”. En su actitud gestual, el Tío Sam es empleado como imagen de fuerza y de poder aleccionador.

Las marcadas orientaciones de los estadounidenses para dismantelar el imperio español se hacen claras en los medios empleados por la caricatura, la apetencia de esos nuevos territorios se revela en un humor dramático, cuando como menú, se ofrece al Tío Sam la carta de un restaurante, donde el mesero espera su elección ante la lista donde se leen los nombres de los “apetitosos” territorios: la isla de Cuba (*Cuba steak*), Puerto Rico montada sobre cuatro patas a la manera de un puerquito (*Puerto Rico pig*) y así las restantes islas que caerían también en poder estadounidense como parte de esta contienda de fin de siglo.

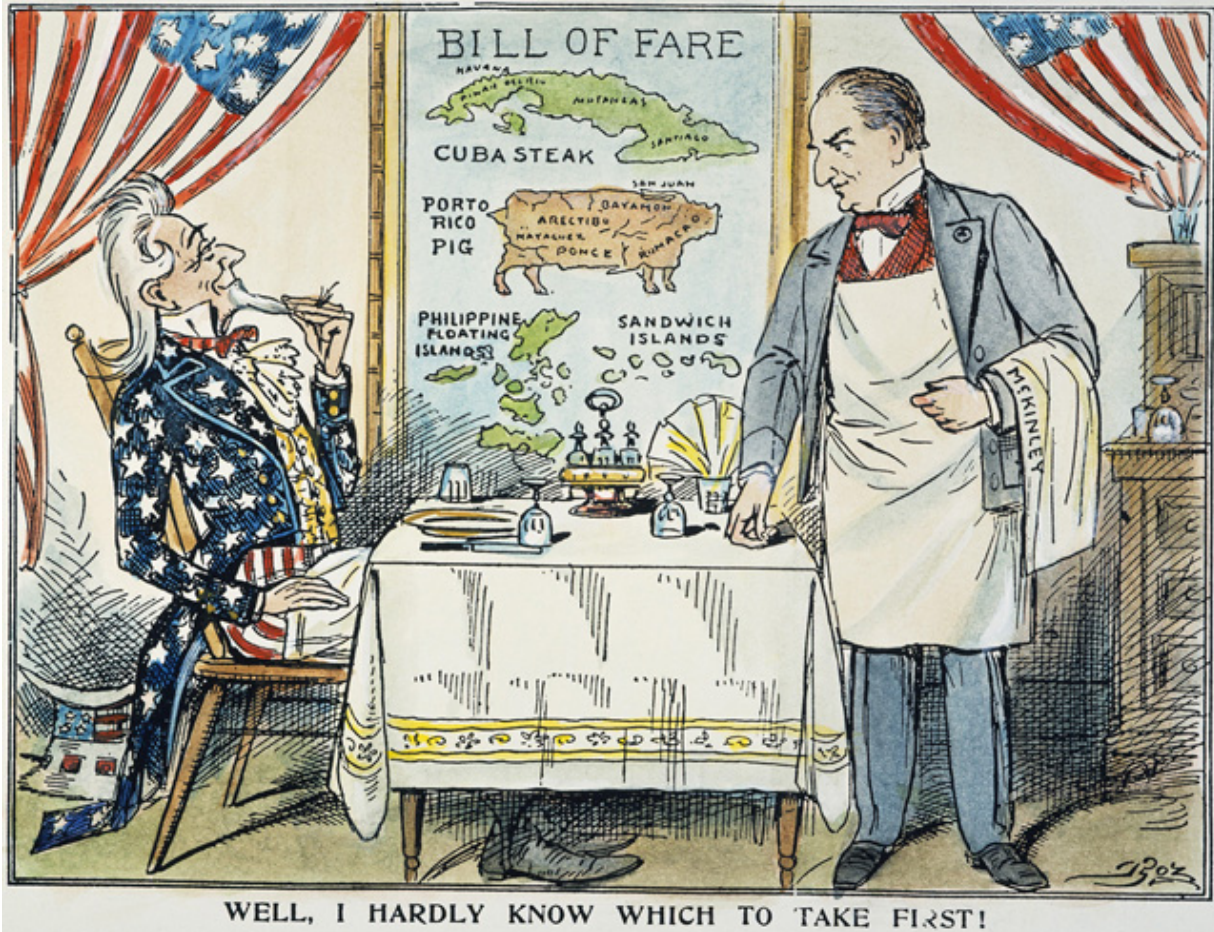


Imagen 4. Bill of fare, c. 1900.

[[Regresar a "Créditos de las imágenes"](#)]

Estas dimensiones contrastantes en el lenguaje simbólico y valor comunicativo iluminan las aparentes zonas oscuras del proceso que, aunque evidentes, se hacen intensamente significativas y hasta grotescas, por el uso de las exageraciones y deformaciones en algo que es propio e inherente a la caricatura, la síntesis. La dimensión expansionista de la política estadounidense no entra en dudas ni para el que realiza las piezas dirigidas a un público masivo a través de los medios de comunicación, pues todo encaja como política de Estado y los recursos mediáticos de esa proyección de tendencia imperial; ni tampoco la subvaloración y la devaluación de los otros a través de la propia ductibilidad escénica de la figura del Tío Sam asumiendo roles diversos; imagen que como se sabe tiene su origen en el *Uncle Sam Wilson*, comerciante de carne que suministraba su producto al

ejército de Estados Unidos durante la guerra de 1812 y que, cuando estas caricaturas se hicieron, no estaba aún oficialmente declarado como símbolo del país, lo que ocurrió en 1961 por decisión del Congreso estadounidense. O sea, después de todo este acervo de significados y la clara intencionalidad de dominación en los nuevos espacios conquistados, refiriéndonos solamente a las imágenes en torno a la guerra de 98...pues claro, hubo después mucho más.

Otro elemento de gran interés en lo visual y comunicativo que motiva este estudio, está asociado con ciertas cuestiones de género en la visualización de la historia a través de imágenes tan susceptibles como la ilustración y la caricatura, en las que se aprecia la referencia a las naciones como afeminadas, sumisas e inexpertas. En el caso que nos ocupa la relación adquiere matices muy significativos, al tratarse de islas. Su imagen feminizada contrasta sensiblemente con el macho Tío Sam que, aunque viejo, se muestra siempre superior y en actitud altanera, según un lenguaje de marcada jerarquía dominante. No sólo el imperio en picada era identificado como un cuerpo doliente y cadavérico, cubierto con la bandera y con su sombrero nuevamente de torero bien destacado, presto a alcanzar su sepultura ante la historia, también identificada como mujer ataviada a la antigua con sus documentos trascendentes en la mano, mientras que la masculinidad del poder se expresa significativamente en todos los que de ambas partes están en la escena, significándose la pose –en apariencia despreocupada ante la historia– del Tío Sam.

Pero las nuevas naciones que entraban al poder estadounidense se les reconocía visualmente como figuras débiles, situadas en planos de inferioridad y agradecimiento ante las nuevas circunstancias; particularmente Cuba, una doncella hincada de rodillas ante la imagen del Tío Sam, en pose de benefactor y protector, que la cubre con la bandera estadounidense como gesto salvador. Mientras que, para otros territorios más masculinizados como Puerto Rico y Filipinas, las imágenes remiten a figuras infantiles, con vestuarios de indígenas y pobretones, o en caso contrario, bien engalanados con las ropas ajenas, en fin, vestiditos todos con la copia en pequeño del traje del Tío Sam.

En esa tendencia de exaltar los fundamentos del rico país del norte para proteger la pobre figura de la isla feminizada o de los territorios en versión infantil e irónica, el humor gráfico y caricaturesco adquirió visos de agresividad visual, lograda con una excelente factura. Esas imágenes se asentaron en el imaginario visual y continuaron en la caricatura que penetró el siglo xx porque también continuaron las problemáticas que las crearon, en 1898, con otras diversas tendencias. Como un anexo a la Ley del Presupuesto del Ejército, aprobada por el Congreso de los Estados Unidos, nació la Enmienda Platt que quedó instalada como una cláusula en la Constitución cubana de 1901 –y estaría vigente hasta 1934–, por la cual Estados Unidos se abrogaba el derecho de intervención cuando pudieran sentirse amenazados las personas o bienes de ese país, entre otras regulaciones. Sobre esta enmienda se expresó el gran poeta cubano Cintio Vitier: “la filosofía de la Enmienda por primera vez ensayada en Cuba [...] se ha convertido en ley casi universalmente aceptada”.¹⁶

Uno de los periódicos de la época, *La Discusión*, fundado en 1879 en La Habana con circulación dominical, tuvo momentos de intenso control de la censura por el modo en que trasmitía informaciones provenientes de la manigua cubana y sus batallas libertarias. Pero también se expresaban de manera, más o menos solapada, sobre la presencia interventora de Estados Unidos. El 21 de marzo de 1901 publicó a toda página una caricatura bajo el título “Asalto y robo”, en la que sólo aparecían dos personajes enfrentados, Cuba (figura femenina vestida con la bandera y sobre su cabeza un brillo de estrella solitaria) y el ya conocido Tío Sam. La figura masculina tiene encañonada a la mujer y en la pistola aparece un texto: Enmienda Platt. “A un lado estaban los frutos del robo: el tesoro nacional, la isla de Pinos y el saco de carbón”,¹⁷ que de algún modo aludía a la instalación de una carbonera que devendría instalación militar con el tiempo, conocida hasta hoy como Base Naval de Guantánamo. Fue un periódico que enfrentó en varias ocasiones situaciones complejas por sus posturas ante la presencia estadounidense en Cuba, al punto que el propio Juan Gualberto Gómez que fungió como director ya a inicios del siglo xx, consideró no continuar en esa responsabilidad porque cada vez se hacía más difícil combatir la Enmienda Platt en sus páginas, lo que fue no sólo una de

sus grandes luchas, sino una de las grandes batallas de los cubanos nacionalistas en todo ese periodo.

Al respecto, el 5 de abril de 1901 –Viernes Santo– una caricatura realizada por Jesús Castellanos apareció en el periódico.

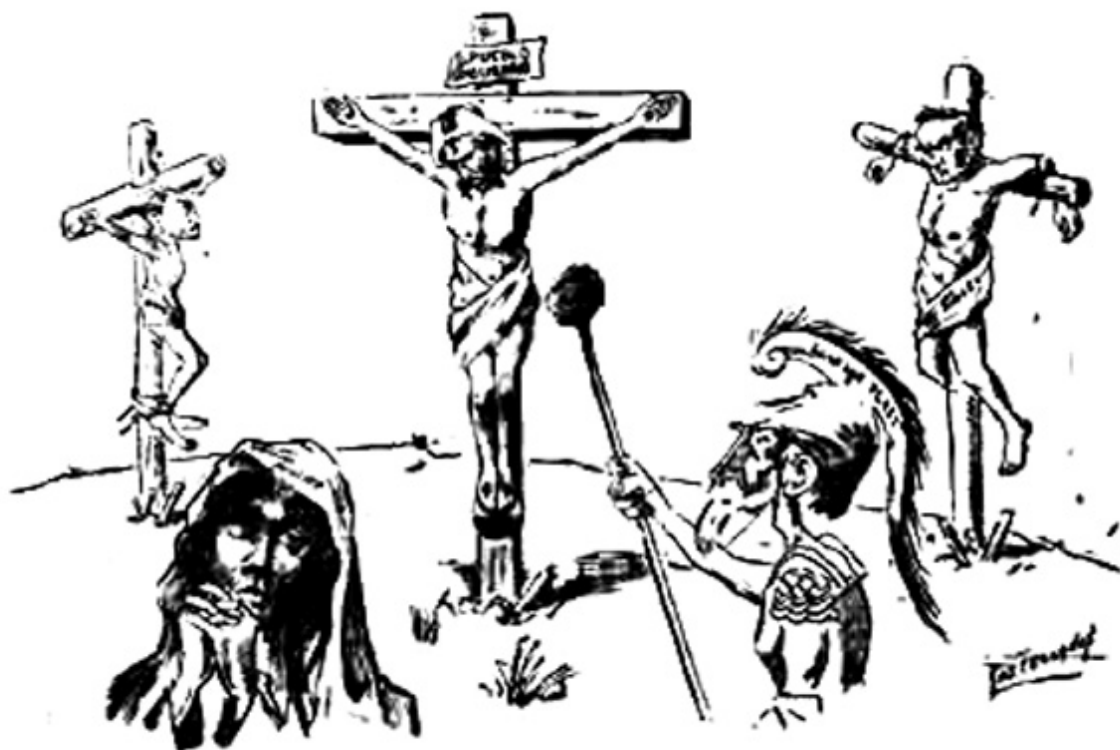
La caricatura en cuestión se tituló *El calvario cubano*, y en ella el pueblo cubano aparecía como Cristo, clavado en la cruz, y lo flanqueaban dos ladrones, personificados en este caso por Wood¹⁸ y el presidente McKinley. Completaba el dibujo la imagen de la virgen María, a manera de símbolo de la opinión pública, y se preguntaba: ¿no nos deparará el destino nuestro sábado de gloria? El gobernador Wood actuó sin intermediarios, ordenó la prisión inmediata de Manuel María Coronado, de Jesús Castellanos y la clausura del periódico.¹⁹

LA DISCUSION

DIARIO CUBANO PARA EL PUEBLO CUBANO

HAHANA, VIERNES 5 DE ABRIL DE 1901.—OCHO PAGINAS.—TIRADA ANTERIOR: 14,744 ejemplares

EL CALVARIO CUBANO



¡No nos reservará el Destino nuestro Sábado de Gloria!

Imagen 6. El calvario cubano, *La Discusión*, 5 de abril de 1901.

[[Regresar a "Créditos de las imágenes"](#)]

Liborio, personaje de Ricardo de la Torriente, surgido en 1904, comentarista de la situación cubana que encarnaba en sí la imagen del pueblo, tuvo sus primeras apariciones en el periódico *La Discusión*, antes mencionado, y fue identificado como “el pueblo cubano”. Figura imprescindible para seguir el acontecer de la nación, un guajiro, con su

machete en la cintura y sombrero de yarey que expresaba las angustias y los temores de un país que después de luchar por su independencia la había perdido por la ocupación extranjera. Con Liborio se instalaron el choteo y la chispa criolla, el antiimperialismo y el escepticismo, ambos coexistiendo en el imaginario popular –contradictorio– de la nación cubana en aquellos años que inauguraron el siglo xx.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Barnet, Miguel, “Cuba y el 98”, *Debates Americanos*, núm. 4, 1997, La Habana, pp. 114-116.
- Cairo Ballester, Ana, “Los intelectuales del siglo xix y la humillación permanente”, La Habana, *Debates Americanos*: 4, 1997, pp. 134-141.
- Fernández Jiménez, María Antonia, “La repatriación de los soldados españoles en la prensa del momento. Imágenes de una tragedia del 98” en Mirta Núñez Díaz Balart y Antonio Rojas Friend Argés (coords.), *1898. El día después. España y su ex colonias tras el desastre del 98*, Madrid, 1998.
- Juan, Adelaida de, *Paisaje con figuras*, La Habana, 2005, Ediciones Unión.
- Loyola Vega, Oscar y Eduardo Torres-Cuevas, *1492-1898. Historia de Cuba. Formación y liberación de la nación*, La Habana, Editorial Félix Varela, 2008.
- Núñez Díaz-Balart, Mirta (coord.), *El día después. España y sus excolonias tras el desastre del 98*, Madrid, Argés, 1998.
- Saiz García, María Dolores, “El día después a través de la prensa madrileña” en Mirta Núñez Díaz-Balart (coord.), *El día después. España y sus excolonias tras el desastre del 98*, Madrid, Argés, 1998, pp. 123-132.
- Serrano, Carlos, *Final del imperio. España 1895-1898*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1984.
- Sevilla Soler, Rosario, *La guerra de Cuba y la memoria colectiva. La crisis del 98 en la prensa sevillana*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1996.
- Tabares del Real, José, “Estados Unidos, la sociedad política norteamericana y el 98”, *Debates Americanos*, núm. 4, 1997, La Habana, pp. 21-32.
- Vitier, Cintio, “Martí en el 98 de ayer y hoy”, *Debates Americanos*, núm. 4, 1997, La Habana, pp. 104-106.

NOTAS

- ¹ Tabares del Real, “Estados Unidos”, 1997, p. 21.
- ² En el propio año de 1823, John Quincy Adams, a la sazón secretario de Estado, escribió: “hay leyes de gravitación política, como leyes de gravitación física, y Cuba, separada de España, tiene que gravitar hacia la Unión, y la Unión, en virtud de la propia ley, no iba a dejar de admitirla en su propio seno. No hay territorio extranjero que pueda compararse para los Estados Unidos como la isla de Cuba. Esas islas de Cuba y Puerto Rico, por su posición local, son apéndices del continente americano, y una de ellas, Cuba, casi a la vista de nuestras costas, ha venido a ser de trascendental importancia para los intereses políticos y comerciales de nuestra Unión”. “John Quincy Adams”, en *Ecu Red* <https://www.ecured.cu/John_Quincy_Adams>. [Consulta: 10 de abril de 2017.]
- ³ *Ibid.*
- ⁴ Citada en Cairo, “Los intelectuales del siglo”, 1997, p. 135.
- ⁵ *Ibid.*, p. 134.
- ⁶ Juan, *Paisaje con figuras*, 2005, p. 45.
- ⁷ Fernández, “La repatriación de los soldados”, 1998, p. 163.
- ⁸ Serrano, *Final del imperio*, 1984, p. 48.
- ⁹ La autora se refiere a publicaciones como *El Imparcial*, *El Liberal*, *Heraldo de Madrid*, *La Época* y *El Socialista*, fundamentalmente. Saiz, “El día después”, 1998, p. 123.
- ¹⁰ *Ibid.*, p. 125.
- ¹¹ *Ibid.* En el mismo orden, esos artículos aparecieron en *El Imparcial*, 13 y 20 de diciembre de 1898, y *El Socialista*, 2 de septiembre de 1898.
- ¹² Sevilla, *La guerra de Cuba*, 1996, p. 129, y *El Baluarte*, 7 de diciembre de 1898.
- ¹³ Sevilla, *La guerra de Cuba*, 1996, p. 125.
- ¹⁴ Loyola y Torres-Cuevas, *1492-1898*, 2008, p. 393.
- ¹⁵ Barnet, “Cuba y el 98”, 1997, p. 114.
- ¹⁶ Vitier, “Martí en el 98”, 1997, p. 105.
- ¹⁷ “Periódico *La Discusión*”, *Ecu Red*, en <https://www.ecured.cu/index.php/Peri%C3%B3dico_La_Discusi%C3%B3n>. [Consulta: 11 de abril de 2017.]
- ¹⁸ Se refiere a Leonardo Wood, gobernador militar estadounidense durante la ocupación.
- ¹⁹ “Periódico *La Discusión*”, *Ecu Red*, en <https://www.ecured.cu/index.php/Peri%C3%B3dico_La_Discusi%C3%B3n>. [Consulta: 11 de abril de 2017.]

LAS ELECCIONES CUBANAS EN 1916 A TRAVÉS DE DOS “DIARIOS”

Marisa Pérez Domínguez

No ha habido en Cuba republicana ninguna contienda electoral que haya excitado mayor interés y expectación, que se haya de-senvuelto con mayor intensidad, con más vivo fervor en uno y otro campo. Aun aquellos elementos apáticos indiferentes a quienes el ruido electoral los molestaba, tomaron participación en esta campaña.

Diario de la Marina, 3 de noviembre de 1916.

El proceso electoral presidencial de 1916 en Cuba desató desde su inicio una gran intensidad política que se percibía como riesgosa para el desarrollo económico. El 29 de enero de 1916, en su edición vespertina, el habanero *Diario de la Marina* publicó un editorial titulado “Lo primordial”. Hacía referencia al acuerdo a que habían llegado los jefes de los Partidos Conservador y Liberal de Cuba, en el sentido de aplazar toda propaganda electoral hasta pasado el mes de abril, con el fin de no “perturbar” las tareas agrícolas. Añadía que la campaña para las elecciones presidenciales cubanas que se realizarían el 1 de noviembre de ese mismo año, sería en ese momento prematura y haría más difícil el trabajo en el campo. Por lo anterior, las asambleas y mítines políticos debían prorrogarse hasta

finalizados los trabajos de la zafra y la recolección de los demás productos agrícolas, en virtud de que representaban una “brillante perspectiva” económica para la república. El editorial cerraba apuntando: “Ahora nos interesa a todos que los trabajos agrícolas no se interrumpan, que su intensidad no se aminore por motivo alguno: es el programa del momento, la ‘plataforma’ de la hora actual, lo mismo para los conservadores que para los liberales, porque constituye una necesidad evidente para el país”.¹

Como era de esperarse, el proceso electoral de 1916 en la isla caribeña ocuparía un importante lugar en las planas de la prensa periódica cubana, que siguieron cotidianamente el enfrentamiento en las urnas del representante del Partido Conservador, Mario García Menocal, presidente en funciones que buscaba la reelección, y de Alfredo Zayas, del Partido Liberal. La intención de este trabajo es establecer un “diálogo” entre las opiniones vertidas por Federico Gamboa en *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros*,² con las difundidas por el *Diario de la Marina*, periódico de gran circulación en la isla, que en sus ediciones matutina y vespertina dio cuenta de los pormenores del citado proceso electoral.

El *Diario* de Gamboa constituye una fuente invaluable para conocer y explicar no sólo su vida en el exilio, sino también la de otros personajes que, como él, abandonaron el país durante la revolución mexicana; una fuente cuya riqueza es indudable, aunque no debe de pasarse por alto que se trata, desde luego y claramente, de la mirada de un extranjero, de un exiliado que llegó a la isla profundamente resentido y un tanto amargado; un hombre que añoraba su país. El otro diario, el *de la Marina*, de tendencia conservadora y autodenominado “decano de la prensa cubana”, estaba dirigido por un asturiano radicado en Cuba, Nicolás Rivero Muñiz. Durante su existencia, el *Diario* fue renuente a cualquier cambio social y proclive a España durante las guerras de independencia de Cuba. Desde el inicio de la república fue un fiel portavoz de la oligarquía cubana, estrechamente vinculada con la producción azucarera y el latifundio en la isla.³

DE PARTIDOS Y CANDIDATOS

El 1 de noviembre de 1916 se celebrarían las elecciones para renovar al titular del poder ejecutivo de la república cubana, proceso que se polarizó fuertemente entre los dos protagonistas de la vida pública de la isla que fueron los candidatos principales ya citados. No era la primera ocasión que Menocal y Zayas se enfrentaba en las urnas, pues el primero había derrotado al segundo en las elecciones presidenciales de 1912.

Si bien a principios de ese año electoral los dirigentes de ambos partidos pactaron que la propaganda electoral no daría inicio sino hasta pasado el mes de abril, pues era muy importante para la economía de la isla no alterar a los trabajadores de la zafra y, en consecuencia, la vertiginosa prosperidad de la industria azucarera que caracterizó a Cuba los primeros años del siglo xx, desde el mes de enero, ambos partidos iniciaron los trabajos políticos internos para definir quien los representaría en la contienda electoral.

En este contexto, al interior de la Asamblea Nacional Conservadora se generaron algunas controversias relacionadas con la pertinencia de la reelección presidencial. Algunos de los miembros de la junta juzgaban que esta era “un arrogante reto a la estabilidad” de las instituciones cubanas, por lo que se declararon contrarios a la inmediata reelección, sin por ello dejar de reconocer los méritos del general García Menocal.⁴ Otros, por el contrario, sostenían que la “salvación del país” residía en “confirmar el actuar del gobierno en el poder”.⁵ Después de varias reuniones en las que las diferentes corrientes conservadoras expusieron sus argumentos, finalmente consiguieron un consenso. De los 160 delegados que votaron, 146 lo hicieron por Menocal.⁶ Los acuerdos adoptados por la asamblea causaron, según afirmó el *Diario de la Marina*, “buen efecto en el país”, un “acto digno de elogios”, prueba fehaciente de que los conservadores aspiraban a mantener por sobre todo su unidad, “posponiendo a ello los intereses de grupo”. Este acatamiento, continuaba, “evidencia un progreso en nuestras costumbres públicas”.⁷ Tomada la decisión, el presidente Menocal y sus allegados comenzaron a prepararse para la campaña electoral.

Los liberales, por su parte, estaban muy divididos. Si bien un contingente significativo apoyaba la candidatura de Alfredo Zayas, existía una minoría nada desdeñable que estaba detrás de José Miguel Gómez, ex

presidente de la república (1909-1913), así como un reducido sector unionista.⁸ Los arreglos para la designación de su representante en la disputa electoral se complicarían aún más por la disconformidad que algunos tenían con relación al tema de la reelección presidencial. Insistían que el candidato que contendiera por la presidencia de Cuba debía ser producto de la unidad del partido, pues de lo contrario, temían su desaparición, “pues estas elecciones son de vida o muerte para el Partido Liberal”.⁹ Sin embargo, después de la instrumentación de un conjunto de trabajos políticos en las asambleas provinciales, finalmente Zayas logró unificar y obtener el apoyo de las fuerzas liberales,¹⁰ como fue el caso de Oriente, Camagüey y Matanzas, donde “felizmente” se adhirieron “bajo una sola bandera y un solo programa todos los liberales de dichas provincias”.¹¹

Con respecto a los primeros trabajos políticos para las elecciones, el *Diario de la Marina* reseñó que, en esta ocasión, no se advertían “los grandes fervores que suelen preceder a las campañas electorales”, pues los distintos partidos y grupos no estaban “turbando” la normalidad de la vida cotidiana. En este sentido, el periódico vislumbraba dos campos perfectamente deslindados: el de los profesionales de la política y el del pueblo que trabajaba, y apuntaba que los liberales, en lugar de perder el tiempo y “las energías en estériles enojos e intempestivas amenazas”, ahora concentraban sus esfuerzos en la unificación, esperando evitar un nuevo y último fracaso. Expresaba también que la cohesión de liberales y conservadores contribuiría sin duda a la lucha ordenada y legal de los comicios, pues “cuando las fuerzas de los contendientes están medidas y equiparadas, crece el respeto al sufragio, a la voluntad y a los derechos del ciudadano y no se agitan con tanta audacia la coacción y el fraude”.¹²

Empero, al paso de los meses los ánimos políticos crecieron augurando un ambiente tirante entre conservadores y liberales. De hecho, el verano transcurrió en una atmósfera de revuelta; abundaban las amenazas. “O Zayas o la revolución, coreaban los liberales.” Se tuvo noticia de que casi todos los días, en los mítines electorales había tiroteos, muertes violentas, la mayoría de conservadores.¹³

El *Diario de la Marina* consignó que la causa que promovió estos disturbios fue la provocación, pues “los manifestantes políticos han tenido

especial empeño en pasar por aquellos lugares en donde había de verlos y oírlos el adversario. Al acercarse a él hacían alarde arrogante de sus fuerzas, redoblaban sus gritos y no se contentaban con vocear vivas, sino que lanzaban también mueras a sus candidatos y prohombres.” Que estas actitudes imprudentes fueron las que propiciaron choques feroces, cuyo resultado fue el de muchas víctimas en las calles.¹⁴

FEDERICO GAMBOA EN LA HABANA

Mientras en Cuba se preparaban para las elecciones presidenciales, Federico Gamboa, prestigioso autor de la novela *Santa*, y quien fuera miembro del servicio diplomático en los gobiernos de Porfirio Díaz y Francisco I Madero, así como responsable de la Secretaría de Relaciones Exteriores con Victoriano Huerta, se encontraba viviendo en calidad de exiliado en La Habana desde junio de 1915, lugar en donde permaneció hasta 1919, luego de gestionar con las autoridades mexicanas su repatriación.

Si bien en el puerto habanero Gamboa trabajaba en distintos medios periodísticos para ganarse la vida, en sus ratos libres continuó la labor de la escritura literaria y de fondo a través de obras como su *Diario*, donde dejó constancia de sus pensamientos, ideas y críticas de los acontecimientos de México, Estados Unidos y la ciudad en la que vivía. El proceso electoral cubano no fue ajeno a su mirada crítica, aunque fue hasta un mes antes de las elecciones que comenzó a dedicarle un espacio en su *Diario*.

Así, el 4 de octubre, Gamboa reconoció que aunque las elecciones cubanas estaban en sus momentos “álgidos”, no le conmovían mayormente, lo mismo que la “horripilante” guerra en Europa, pues “su corazón y cerebro se encontraban ocupados por entero en los acontecimientos mexicanos”.¹⁵ Sin embargo, no pudo evitar verse envuelto en el ambiente electoral que por ese entonces se vivía en la capital cubana, de suerte que a su paso por la calle de Virtudes pudo advertir las numerosas guirnalda de papel y los retratos de los candidatos, pero sobre todo, llamó su atención el

desfile de automóviles colmados de electores y la “rumba” que los acompañaba, música con la que “aúllan y bailan a los acordes de una caja golpeada con las manos y de unos palillos, un racimo de negros encaramados en un carretón”.¹⁶ No obstante, lo que más preocupaba a Gamboa en este entorno era que, por las elecciones, no lo recibiera Orestes Ferrara, quien lo había empleado desde su llegada a La Habana en su revista *La Reforma Social*, y que se encontraba entregado plenamente a la campaña de Alfredo Zayas.¹⁷

El *Diario de la Marina* también dio cuenta del hecho de que en algunos mítines realizados en la capital cubana se podían observar “automóviles que recorrieron con bandas de cornetas, estandartes y banderas varias calles de la ciudad”;¹⁸ la nota contrastaba este hecho con los “tonos desagradables” registrados en los discursos de la mayoría de los oradores de ambos partidos, actitud que, juzgaba, constituía “una falta de principios políticos, de doctrinas económicas y de teorías administrativas, y sobra de diatribas e insultos para los adversarios”. El periódico conservador opinaba que no se guardaba el menor respeto a nada ni a nadie, pues para los liberales, los que militaban en el partido conservador eran “hombres funestos, sin rectitud de principios, sin amor a Cuba, sin prestigio ni honorabilidad”, y a su vez, los conservadores se expresaban en igual forma refiriéndose a sus contrincantes. En suma, concluía, “no se discutían ideas ni se exponían principios, no se defendían doctrinas y programas, sino que el mayor esfuerzo consistía en amontonar sobre los adversarios los mayores insultos y los calificativos más acres”.¹⁹

Ambos partidos programaron sendos mítines en la capital habanera muy pocos días antes de la jornada electoral. El del partido conservador se llevó a cabo el 14 de octubre en el Teatro Nacional, antiguo teatro Tacón, actividad en la que, según el *Diario de la Marina*, el partido demostró su “fuerza arrolladora”, pues a pesar de que se avizoraba la entrada de un posible ciclón, el recinto, lleno, lució “bellamente iluminado con guirnaldas de luces, desde los frisos hasta los zócalos del edificio. En los portales ondulaba a la brisa el pabellón nacional, a cuyos lados lucían sus vivos colores la bandera estrellada de los Estados Unidos, la gualda y roja de España, que parecía saludar a la de todas las repúblicas latinoamericanas,

que adornaban aquel lugar”, además de que una orquesta ejecutaba selectas piezas criollas, animando aquel conjunto. Los escudos provinciales se ostentaban “en hermosos doseles y frente al escenario en el piso principal, se veía en elegante dosel, un retrato del primer Presidente de la República, Don Tomás Estrada Palma”.²⁰

La “fiesta” de los liberales se llevó a cabo días después, la noche del 27 de octubre. En plena ebullición electoral, Federico Gamboa plasmó en su *Diario* sus impresiones, calificando la manifestación de imponente, pues se trató de un desfile de 5 000 caballeros, 800 automóviles y auténticas “nubes” de gente:

La Habana era una fiesta, con música ñañiga resucitada y consentida por las autoridades: la CHAMBELONA y la conga; concierto de corneta, pistón, palillos, cencerros y tamboril africano que conmueve a las muchedumbres y las agita en rítmicas convulsiones de erotismo que principia con movimientos gráciles y acaba en sacudidas bestiales al compás de la sonata que se entra tercamente en el cuerpo. Desbordamiento de la nigricia por las calles y plazas; multiplicación, en ellas, de tribunas que ocupa el que quiere. ¡Libertad absoluta y envidiable!²¹

Llama la atención la referencia que en ambas fuentes hicieron de los festejos partidistas. El *Diario de la Marina*, en congruencia con su línea editorial, únicamente dio cuenta del encuentro conservador, destacando su elegancia y sobriedad, pero sobre todo la “exclusividad” de los asistentes en el majestuoso espacio del Teatro Nacional. Por su parte, Federico Gamboa centró su atención en el encuentro de los liberales, que en contraste con el conservador, tuvo la participación de manera entusiasta del “pueblo” en las calles, plazas y tribunas habaneras; la música era igualmente popular ya que era la tonada que identificaba a los liberales: la chambelona, así como la conga afrocubana acompañada de tambores. Resaltaba particularmente la presencia de la población negra con sus instrumentos, música y bailes de origen africano. Eso, para Gamboa, expresaba la libertad de los cubanos.

EL DÍA DE LAS ELECCIONES

En la mañana del 1 de noviembre en La Habana se abrieron los colegios, se constituyeron las mesas y dio inicio la esperada jornada electoral;²² los soldados vigilaron las “cuadras” en donde los votantes cubanos pasarían a depositar sus boletas en las urnas. El ambiente inicial se percibió relativamente tranquilo y los votantes manifestaron abiertamente arengas partidistas: en los automóviles de los conservadores se podían apreciar los retratos de sus candidatos, mientras que los liberales llevaban banderas con lemas entusiastas, que “al pasar, contentos y animosos dicen que Zayas va!”, a lo que los conservadores respondían: “Menocal se queda”.²³

Cuando dieron las seis de la tarde y se cerraron los colegios, liberales y conservadores se entregaron al regocijo presumiéndose, con “un optimismo fortificante, victoriosos”. Por las calles habaneras discurrían los grupos de curiosos inquiriendo, preguntando con “mal contenido afán”, noticias sobre el resultado de la justa electoral; “en las esquinas se formaban corrillos y se hacían augurios, el gentío circulante era, en realidad, enorme”.²⁴ Por la noche, frente a los lugares donde se colocaron lienzos o pizarras para publicar los partes locales y el resultado de la contienda, se “estacionaba” la muchedumbre, y ante los balcones del *Diario de la Marina*, una masa inmensa miraba con ansiedad hacia la pizarra. Las anchas calles de la capital cubana fueron totalmente ocupadas; en Prado y Teniente Rey no se podía transitar; en el parque, una abigarrada multitud se debatía mirando los “avances” que se iban recibiendo por telégrafo de todas partes de la república. Se percibía mucha curiosidad e interés por saber el resultado de las elecciones. Automóviles lujosos, pequeñas máquinas de alquiler, coches de diversas clases circulaban en los alrededores del periódico, todo con el afán de llevar noticias a diferentes puntos de la ciudad donde esperaban la información.²⁵

Gamboa no se encontraba entre la multitud callejera, pues esa noche, desde la Richmond House, casa donde se hospedaba junto con su familia desde su arribo a La Habana, estaba reunido con algunos compatriotas exiliados en una de sus acostumbradas tertulias, aunque en esta ocasión “aumentada” por el interés de conocer, como todos los cubanos, los resultados de las elecciones. Desde su balcón, advirtió las ventajas de vivir enfrente del *Diario de la Marina*, pues pudo visualizar las novedades en la

pizarra del rotativo. A las once de la noche todo auguraba que el triunfo de la reelección estaba asegurado. Las noticias no cesaban de llegar minuto a minuto.^{[26](#)}

Según el *Diario de la Marina* la derrota de los conservadores fue “tan aplastante como inesperada”, aunque había muchos que no querían creer en ella. El rotativo atribuía el resultado electoral “al patriótico empeño del general Menocal de hacer unas elecciones completamente libres, sin coacciones ni amañeos del poder público”. Apuntaba que con tal proceder, el presidente había dado “un alto ejemplo de civismo, no sólo a este país, sino a todas las repúblicas hispano-americanas y hasta a la Madre Patria misma, donde nunca ha ocurrido el caso de que el gobierno se dejase derrotar en unas elecciones generales”. Manifestaba que en Estados Unidos, en donde en más de una ocasión habían dudado de las aptitudes de los cubanos para tener un gobierno propio, ya se irían convenciendo de que Cuba sabía ser libre.^{[27](#)}

Gamboa, por su parte, señaló que todo indicaba que los resultados apuntaban hacia la derrota de Menocal, que el triunfo era de los liberales. La noticia generó “gran regocijo público”, alegría que, según confesó, lo contaminó, pues la juzgaba como “un grandioso precedente que quizás hasta influyera y repercutiera en Estados Unidos, en contra de Wilson, ¡Bendita sea la libertad!”, señaló. No obstante, el gozo del “triunfo” liberal fue breve, pues a las pocas horas comenzó a circular un “rumor siniestro: que el gobierno no se conforma con su derrota y, fraudulentamente, ¡se adjudica la victoria comicial!”. La excitación crecía, y Gamboa apuntó: “A las diez se cerraron los cafés; en Galiano hubo un muerto y varios heridos; las tropas se esparcieron por la ciudad febricitante; un gran movimiento de automóviles cuyos tripulantes lanzaban gritos provocativos de ¡viva la reelección!; se respira la tragedia; desfila un pelotón de caballería a trote, parejas de soldados deshacen los grupos gesticulantes de ciudadanos.” La zozobra se apoderó de los habitantes, pues corría el rumor de que los militares Carlos Mendieta Montefur y Enrique Loynaz del Castillo, en protesta al fraude electoral, se habían “echado al campo, es decir a las vías de hecho”.^{[28](#)}

Cuando empezaron a circular por la ciudad las noticias de que los partes oficiales de los colegios escrutados daban mayoría en varias provincias al Partido Conservador, el *Diario de la Marina* publicó que comenzó a notarse gran agitación entre los liberales, que se reunieron enseguida para intercambiar impresiones. A primeras horas de la noche del 2 de noviembre, de todos los barrios afluyó gran número de personas al centro de la ciudad, situándose frente a las sedes de los partidos políticos, donde se comentaba vivamente los últimos escrutinios. En virtud de las inquietantes noticias, los liberales proyectaron una manifestación que habría de organizarse en la calle de Galiano, frente a las oficinas del directorio del partido, mientras que los conservadores decidieron recorrer las calles para festejar su triunfo. Para evitar choques entre unos y otros, la Secretaría de Gobernación giró instrucciones al jefe de la policía para “que actuara la reserva y que los vigilantes de servicio impidiesen de cualquier manera que las manifestaciones se pusieron en marcha”. A pesar de ello, varios grupos recorrieron las calles de la ciudad, dando vivas y muertas. En vista de que la situación se tornaba alarmante, porque los partidarios de una y otra tendencia recrudecían su actitud hostil, se dispuso que de Columbia y de los cuarteles de La Habana salieran tropas para recorrer la ciudad en patrullas de vigilancia.^{[29](#)}

El desasosiego acerca del resultado de las elecciones persistió los siguientes días. A juzgar por las apariencias, decía Gamboa, el fraude por parte del gobierno era manifiesto, pues “había marcada tensión en los espíritus y una relativa paralización en los negocios”. No obstante, consideró que no había “mejor policía que un aguacero”, pues la intensa lluvia que se registró en La Habana el 4 de noviembre, impidió la circulación de las agrupaciones de descontentos. En estas circunstancias, el exiliado mexicano pensaba en el dilema desconsolador que se estaba imponiendo a los cubanos, pues “si consienten el fraude electoral, pierden la libertad; si lo castigan o combaten con vías de hecho, pierden la autonomía plena de que disfrutaban; dado lo menoscabado de su independencia, en virtud de la Enmienda Platt”.^{[30](#)}

En este ambiente de tensión, comenzó a circular en los medios periodísticos cubanos la noticia de la posible reelección del presidente de

Estados Unidos. La jornada electoral en dicho país se realizó el 7 de noviembre y se enfrentaron en las urnas el presidente en funciones, Woodrow Wilson, por el Partido Demócrata, y Charles Evans Hughes, juez de la Suprema Corte de Justicia, por los republicanos. En las agitadas calles habaneras se comentaba que si en la contienda lograba obtener el triunfo el candidato republicano, ello significaría en Cuba el de los liberales representados por Zayas. Sin embargo, el 10 de noviembre se tuvo conocimiento de que Wilson había obtenido la victoria y permanecería en el cargo por un periodo más,³¹ circunstancia que, desde la mirada de la prensa cubana, significaba un claro indicio en favor del éxito de la reelección del general Menocal.

A un mes de realizadas las elecciones cubanas, después de una fraudulenta operación gubernamental, los resultados dieron el triunfo definitivo a Mario García Menocal. Empero, fue hasta principios de febrero del año siguiente cuando Gamboa escribió lo siguiente: “Hablando en cubano, la cosa está en candela, por lo que a política interna se refiere: que anoche hubo de estallar un complot contra este gobierno que no quiere soltar la breva (qué gobierno desea soltarla, cuando están ya acomodados los políticos del mismo), que hoy hay prisiones, quizás seguidas de fusilamientos, y que de aquí al 14 ocurrirán acaecimientos graves.”³² Lo anterior se relacionaba con la guerra que se inició en Oriente y Camagüey, que se conocería como “La Chambelona”. El general José Miguel Gómez estuvo al frente de los alzados y marchó contra La Habana.

Según Gamboa, lo que siguió fue el “espasmo revolucionario”. El gobierno clausuró el *Heraldo de Cuba*, declarado “centro de conspiración”, y echó el guante a cuantos allí se encontraban, entre ellos tres mexicanos, “sin orden escrita, ni nada que lo valga. ¡Viva la libertad, qué diantres!” Señalaba que la cosa “estaba que ardía”, pues el gobierno, “sin encomendarse a Dios ni al diablo, está olvidando las garantías individuales. Prisiones, privación de empleos... La Habana que de suyo es una sonaja silenciosa, quieta, hosca. El interior de la isla, suspenso; oriente, alzado en armas. Ya hubo encuentros, ya hubo heridos y muertos...”³³ También dio cuenta de la clausura del periódico *La Nación*, con el rumor de que su fundador y director, Manuel Márquez Sterling, que había participado en la

oposición para la reelección de García Menocal, estaba oculto en alguna legación, así como de la presunción de la desaparición misteriosa del periodista cubano Maza, redactor del *Heraldo de Cuba*, quien señaló Gamboa, años atrás había abofeteado, dentro de la Secretaría de Estado, al encargado de negocios yanqui. También vivió en carne propia la suspensión de la revista *La Reforma Social*, donde colaboraba, entre otras medidas arbitrarias. Al respecto, Gamboa reflexionó que “todas nuestras repúblicas no son sino cafrerías disfrazadas de personas decentes; y en cuanto se nos cae el barniz, aparece el salvaje que palpita en las entrañas de la Humanidad. Consúltense ejemplos europeos y yanquis, donde también cuecen habas cada vez que se ofrece.”³⁴

En este contexto, el exiliado mexicano apuntó en su *Diario* que, según el gobierno cubano, si lograba capturar a José Miguel Gómez y a su estado mayor, el levantamiento tocaría a su fin, aunque los simpatizantes de este opinaban lo contrario. Insistía en que el embajador estadounidense en la isla, William González, era quien realmente arbitraba en el país caribeño, y que finalmente se trataba de una “revolución de ambiciones”, que también tenía cifradas sus esperanzas en el yanqui. “Y de uno y otro lado desvergüenza moral y política.” El gobierno persigue, escribía, castiga, no hace caso de las garantías individuales. “La revolución prende fuego a los campos de caña. El ejército mitad indiferente. Todos culpables en mayor o menor grado. ¡Viva la América libre! ¡Vivan los Estados Unidos, que se han declarado sus guardianes y su modelo!”³⁵

CONSIDERACIONES FINALES

Al mismo tiempo que se llevaba a cabo la calificación final de las elecciones, el 6 de abril de 1917, la Cámara de Representantes de Estados Unidos confirmó la proclamación del Senado de declarar la guerra a Alemania. La república de Cuba, a su vez, por voz de sus cámaras colegisladoras, y de su presidente, también lo hizo. Al respecto Gamboa comentó “discúlpala el que, por un millón de razones, no le queda otra

salida”.³⁶ Pero se preguntaba ¿no es triste que porque Estados Unidos vaya a la guerra, tenga que seguirle Cuba? Comprendía, lo mismo que todo el mundo, “que era imperativamente indispensable, so pena, si no, que los yanquis se la sorbieran del todo.”³⁷

Reflexionaba que “los pueblos débiles e indefensos, menores que Cuba, tienen que correr la misma suerte del pueblo astro en cuya órbita giran”. De ahí, exponía, la actitud de la república de Cuba y Panamá: “el amo de la casa se les presentó a cobrar el arrendamiento y han tenido que pagarle, en el acto, para evitarse que les pongan sus trastos en la calle. ¡Tal es sino de los que no viven en casa propia!” Pero que en el caso de Cuba la cosa se agravaba, “supuesto que los yanquis han venido con sus fuerzas de mar y tierra a que el presidente se quede en el solio presidencial. Y las fuerzas americanas han perpetrado toda clase de abusos y atropellos (¡oh fuerza implacable de los poderosos y grandes...!), con aplauso y regocijo de ellos mismos”.³⁸ Esta apreciación la reiteró a principios del mes de mayo, cuando el Congreso cubano proclamó “la elección” de Menocal y Núñez, para la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, de esta “república tutelada y dirigida por el yanqui. ¡Qué horror, tener a Wilson por niñera!”³⁹

En este mismo sentido, apuntaba que Woodrow Wilson, por conducto de su embajador William González, pasaba por encima de la dignidad de Menocal y de la soberanía de la república de Cuba, en virtud de que en un manifiesto reproducido por todos los periódicos habaneros “para mejor conocimiento del público”, amenazaba a los alzados y amonestaba a los incondicionales”. Gamboa ironizó diciendo: “el que se permita estornudar sin licencia, será declarado reo de traición y castigado y tratado como tal”.⁴⁰

La elección presidencial cubana de 1916 fue un proceso complejo que se caracterizó por el enfrentamiento entre los partidos liberal y conservador. El primero representado por el abogado Alfredo Zayas y, el segundo, por el general Mario García Menocal, quien buscaba la reelección en el cargo. Ambos personajes gozaban de una trayectoria política importante.

La joven república de Cuba realizó su cuarta elección presidencial con la esperanza de que sería una contienda democrática que representara los intereses de sus ciudadanos. El desarrollo de los consensos en el seno de los

partidos contendientes, las campañas instrumentadas por las partes y la elección misma despertó gran interés y generó expectativas en los sectores políticos de la isla.

Las opiniones vertidas por el conservador *Diario de la Marina*, así como los testimonios escritos por Federico Gamboa en su *Diario*, nos muestran la intensidad del proceso electoral, a través de dos acercamientos con miradas e intencionalidad diferentes y complementarias. El primero, en congruencia con su línea editorial, es detallado en sus noticias, pero no deja de ser una fuente que en general describe los éxitos del partido conservador, mientras que el segundo, exiliado mexicano en La Habana da testimonio de esos hechos como parte de un conjunto de vivencias más amplio en el que el tema de la elección cubana no era prioritario. Escribe lo que está viviendo y resalta algunos acontecimientos del partido liberal, esperando en que no gane la opción conservadora, más claramente identificada con los intereses de su aborrecido Wilson, el presidente de Estados Unidos.

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

Diario de la Marina, La Habana.

Bibliografía

Gamboa, Federico, *Mi Diario: mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA, 1995 (Memorias Mexicanas).

Thomas, Hugh, *Cuba. La lucha por la libertad*, Nueva York, Vintage Español, 2010.

NOTAS

- 1 *Diario de la Marina*, 29 de enero de 1916.
- 2 Gamboa, *Mi Diario*, 1995, pp. 9-10. En este trabajo, Federico Gamboa llevó a la práctica el memorialismo “como un género literario con derechos propios”, a la manera del *Journal* de los hermanos Jules y Edmond de Goncourt.
- 3 “Diario de la Marina”, *En Caribe. Enciclopedia de historia y cultura del Caribe*, República Dominicana, <<http://www.encaribe.org/es/article/diario-de-la-marina/797>>. [Consulta: 24 de marzo de 2017.]
- 4 *Diario de la Marina*, 15 de enero de 1916.
- 5 *Diario de la Marina*, 16 de enero de 1916.
- 6 *Diario de la Marina*, 18 de enero de 1916.
- 7 *Diario de la Marina*, 21 de enero de 1916.
- 8 Thomas, *Cuba. La lucha*, 2010, p. 386.
- 9 *Diario de la Marina*, 17 de enero de 1916.
- 10 *Diario de la Marina*, 11 de febrero de 1916.
- 11 *Diario de la Marina*, 15 y 22 de febrero de 1916.
- 12 *Diario de la Marina*, 22 de febrero de 1916.
- 13 Thomas, *Cuba. La lucha*, 2010, pp. 386-387.
- 14 *Diario de la Marina*, 3 de octubre de 1916.
- 15 Gamboa, *Mi Diario*, 1995, p. 404.
- 16 *Ibid.*, pp. 404-405.
- 17 *Ibid.*, p. 406. Ferrara había dedicado su vida al ámbito de la prensa. Fue fundador de *El Heraldo de Cuba* y *La Reforma Social*, y en ese momento se desempeñaba como presidente de la Cámara de Representantes.
- 18 *Diario de la Marina*, 7 de octubre de 1916.
- 19 *Diario de la Marina*, 12 de octubre de 1916.
- 20 *Diario de la Marina*, 15 de octubre de 1916.
- 21 Gamboa, *Mi Diario*, 1995, pp. 411-412. Las mayúsculas son del autor.
- 22 Los requisitos para votar eran: ser varón natural de Cuba o hijo de un natural de la isla nacido durante la residencia temporal de sus padres en el extranjero; o español, que con arreglo del artículo 9 del Tratado de París, no hubiese declarado su propósito de conservar su condición de español. Tener 21 años de edad, residir en el municipio donde votarían por lo menos 30 días consecutivos; tener además, cualesquiera de las siguientes condiciones: saber leer y escribir o poseer bienes muebles o inmuebles por valor de 250 pesos moneda de Estados Unidos, y haber servido en el ejército cubano con anterioridad al 18 de julio de 1898 y haberse licenciado “sin nota desfavorable”. Estas restricciones impedían a un amplio sector de la población ejercer el voto. “Sistema electoral cubano”, *EcuRed. Conocimiento con todos y para todos*, Cuba, en <https://www.ecured.cu/Sistema_electoral_cubano>. [Consulta: 19 de abril de 2017.]
- 23 *Diario de la Marina*, 1 de noviembre de 1916.
- 24 *Diario de la Marina*, 2 de noviembre de 1916.
- 25 *Ibid.*
- 26 Gamboa, *Mi Diario*, 1995, p. 412.
- 27 *Diario de la Marina*, 2 de noviembre de 1916.
- 28 Gamboa, *Mi Diario*, 1995, pp. 412-413.
- 29 *Diario de la Marina*, 3 de noviembre de 1916.
- 30 Gamboa, *Mi Diario*, 1995, p. 413. La Enmienda Platt fue aprobada el 20 de abril de 1898. En su artículo III señalaba “Que el Gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos puedan ejercitar el derecho a intervenir para la conservación de la Independencia cubana, el

mantenimiento de un Gobierno adecuado para la protección de vidas, propiedad y libertad individual y para cumplir las obligaciones que con respecto a Cuba han sido impuestas a los Estados Unidos por el tratado de París y que deben ahora ser asumidas y cumplidas por el Gobierno de Cuba”. “Enmienda Platt”, *Biblioteca Jurídica Virtual*, México, en <<https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2525/15.pdf>>. [Consulta: 19 de abril de 2017.]

[31](#) Gamboa, *Mi Diario*, 1995, pp. 414-415.

[32](#) *Ibid.*, p. 442.

[33](#) *Ibid.*, pp. 442-443.

[34](#) *Ibid.*, p. 443.

[35](#) *Ibid.*, pp. 449-450.

[36](#) *Ibid.*, p. 455.

[37](#) *Ibid.*, p. 456.

[38](#) *Ibid.*

[39](#) *Ibid.*, pp. 464-465.

[40](#) *Ibid.*, p. 467.

HAITÍ ANTE EL ESPEJO DEL SER: NARRATIVAS IMPERIALES DE LA OCUPACIÓN MILITAR ESTADUNIDENSE (1915-1934)

Melody Fonseca

A inicios del siglo xx el contexto político haitiano era, sin duda, complejo. Entre 1888 y 1915 ningún presidente haitiano había terminado su mandato y siete fueron depuestos o asesinados entre los años de 1911 a 1914.¹ En medio de esta situación compleja, el entonces presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, exigió a su secretario de Estado, Robert Lansing, ir a Haití “y agarrar el toro por los cuernos y restaurar el orden”.² Finalmente, el 28 de julio de 1915, la marina de guerra estadounidense desembarcó en Puerto Príncipe e inició oficialmente la ocupación de Haití.

Esta ocupación duró 19 años y tuvo el propósito de mantener la estabilidad regional y la seguridad de las fronteras estadounidenses a través de una política civilizatoria, modernizadora y desarrollista que incluyó la reestructuración y el entrenamiento del ejército haitiano, así como la construcción de infraestructuras estatales y la intensificación de la producción capitalista de la tierra.³ Inicialmente, los oficiales

estadunidenses se enfocaron en calmar las protestas en contra del gobierno local, convocar elecciones, modificar la Constitución haitiana y establecer un tratado comercial con Haití. Para esto, hicieron uso de la “ley marcial” y llevaron a cabo una campaña militar en contra de la resistencia armada haitiana y los llamados *cacos*, grupos de los sectores populares que se enfrentaron a la ocupación estadounidense. Seguido de este proceso, comenzaron también las llamadas prácticas de *corvée* por las que se obligaba a los ciudadanos haitianos a trabajar gratuitamente en la construcción de infraestructuras, sobre todo carreteras, que permitían la conexión entre los principales puertos de importación y exportación de productos. Además de la resistencia armada, para la década de los años veinte surgió una resistencia intelectual que fue fundamental en el cuestionamiento de los “logros” de la ocupación y que sirvió como base para exigir el establecimiento de una comisión de investigación. El entonces presidente estadounidense, Herbert C. Hoover, nombró la llamada Comisión Forbes que llegó a Haití en 1930,⁴ con lo que se iniciaba el fin de la ocupación de Haití.⁵

En su análisis sobre las narrativas literarias de la ocupación estadounidense de Haití de 1915 a 1934, el intelectual haitiano Michael J. Dash dice que sus autores “parecían Alicia cuando entra en ese extraño e ilógico otro mundo en *A través del espejo*”.⁶ Tras un largo siglo XIX en el que la ciudadanía estadounidense había sido alimentada por las fantasías generadas en torno al “impenetrable” Haití, imaginando un territorio “salvaje” en donde el hombre negro gobernaba al blanco,⁷ el momento de la intervención militar en Haití sirvió para la proyección de lo que Michel Foucault llamó un “régimen de verdad”. Con esto se refirió al “conjunto de reglas que disciernen lo verdadero de lo falso y se atribuye a lo verdadero efectos específicos de poder”.⁸ Siendo lo “verdadero”, es decir, el “saber”, un enunciado que se vuelve “verdad” en un momento dado en relación con un discurso y una práctica de poder concreta. Como argumento en este capítulo, los discursos proyectados a través de artículos científicos y de difusión, así como los libros de viajeros sobre Haití, reforzaron “el sentir de que [el sometimiento militar] era la única forma de enderezar los instintos bárbaros de esa nación”.⁹

A partir de cómo las representaciones discursivas de la otredad operan en las prácticas de política exterior estadounidense, en este capítulo discuto cómo Haití fue representado como un país bárbaro e infantil a través de discursos racialistas y racistas en textos académicos y de difusión, y cómo esto produjo un saber sobre un determinado territorio y cuerpo que permitió al sujeto imperial legitimar sus prácticas de poder colonial sobre la haitianidad. Este análisis parte del entendimiento foucaultiano del saber/poder como un régimen de verdad y del discurso como un dispositivo de poder, definido por Giorgio Agamben como una “red que se establece entre varios elementos”¹⁰ e incluyen lo material y lo inmaterial, el espacio, el tiempo, lo enunciado y lo que permea en la psiquis.

Como veremos en el análisis de los textos “The Development of the Intervention in Haiti”, de Charles E. Chapman; *Roaming Through the West Indies*, de Harry A. Franck, y de varias publicaciones del mismo periodo en *National Geographic Magazine*, el dispositivo de poder de la “raza” y, por lo tanto, el discurso del régimen de verdad del racismo científico, imperante durante el periodo de la ocupación, distinguió entre lo que “es aceptado como enunciado científico de lo que no es científico”.¹¹ De esta forma, legitimó su “verdad” sobre la otredad haitiana que fue constantemente representada y reproducida en términos contrarios asimétricos a través del dispositivo de la “raza”.

LA REPRESENTACIÓN DE LA OCUPACIÓN EN EL DISCURSO ACADÉMICO

Ante la crisis suscitada por la fuerte resistencia armada e intelectual haitiana a la ocupación estadounidense, durante la década de los años veinte, los políticos, la academia y la prensa estadounidense recurrieron frecuentemente a la siguiente idea:

Independientemente de los méritos de la pregunta inicial, de las personas que entienden la situación actual, muy pocas creen que Estados Unidos puede inmediatamente e incondicionalmente retirarse de Haití sin provocar las mismas situaciones indeseables que

llevaron a la ocupación [...] Ahora que el periodo militar ha pasado, lo que queda es determinar si se podrá construir un sistema político y culturalmente estable dentro de este estado hasta ahora distraído por la revolución y la anarquía crónica.¹²

En este mismo orden discursivo, Charles E. Chapman escribía en 1927 en un artículo titulado “The Development of the Intervention in Haiti”, que “Estados Unidos está haciendo un gran experimento de laboratorio, intentando asistir a algunas de las más cercanas repúblicas del sur a ayudarse a ellas mismas”.¹³ Luego de criticar a aquellos “artículos superficiales” que basan sus ideas en la “desinformación” y la “falsedad”, el autor indica que su propósito “no es argumentar ni protestar [sobre la ocupación] sino presentar los datos más destacados [y] dejar al lector que llegue a sus propias conclusiones”.¹⁴ Sin embargo, antes de formular sus conclusiones [a favor de mantener la ocupación estadounidense], desarrolla un discurso racista sobre la otredad haitiana que evidencia cómo era el régimen de verdad imperante a finales de la década de los años veinte en medio del discurso del racismo científico y el control de los trópicos.

El primer dato que aporta es la descripción del *créole*¹⁵ como lenguaje “bastardo” del francés, seguido de su descripción de las “mejores familias” haitianas que, según este, buscaban establecerse en los altos cargos del gobierno para así poder mantener su “alta posición social”. Para Chapman, las prácticas de esta clase se basaban en la apropiación del dinero público y la explicación de esto era que, simplemente, se trataba de una tradición centenaria. A estas prácticas individuales les sigue el neopatrimonialismo que, desde luego, para el autor, no era más que una cuestión del “modelo de familia” latinoamericano. Esta descripción proyectaba al haitiano –ahora comparado con el resto de países latinoamericanos–, como representante de la cultura latina, en contraposición a la anglosajona donde sólo el mérito garantizaba la ocupación de puestos de trabajo en el sector público.

A esta imagen que Chapman considera “sin estigma”, le añade el papel jugado por los extranjeros en el desarrollo social, político y económico de Haití.¹⁶ Para el autor, “los haitianos habían demostrado muy poca capacidad o interés en la variedad de formas de producción económica y de negocios” y tampoco habían sabido “asistir a la naturaleza”, al explotar sólo una parte

mínima del “valor que sus tierras podría producir”.¹⁷ Esta mención a las tierras mal aprovechadas refleja cierta ansiedad desde la cultura política liberal por la no producción y maximización de los recursos. Se le considera una señal de irracionalidad, barbarie y desorden, y también un síntoma de la decadencia de la “raza”; esto es, una amenaza para la existencia propia ante el peligro de caer en dichas prácticas. En este sentido, Chapman describió a Haití como “un país con grandes recursos pero de poca riqueza; con un suelo fértil pero con formas excesivamente montañosas que hacen la comunicación difícil y distribuyen sus abundantes reservas de agua en los lugares equivocados”.¹⁸ Su descripción ubica a la naturaleza haitiana en una posición de irracionalidad e ineficiencia que sólo la inversión de capital extranjero y formas modernas de producción podrían solventar. Un discurso muy similar a los que, a lo largo de todo el siglo XIX, habían justificado la necesidad de expansión estadounidense hacia el oeste del continente norteamericano a partir de la idea de que el modelo de producción comunitario de las poblaciones nativas no respondía al manejo racional de la tierra.

El autor no sólo advierte sobre la compleja geografía haitiana, también provee una imagen fija de “las masas” del pueblo haitiano con las que “la intervención tiene que lidiar”.¹⁹ Su sujeto a comparar surge del afroamericano, que es, para Chapman, “un espécimen físico fino”, mientras que el haitiano es “más pequeño”. Su comparación continúa de la siguiente manera:

El primero es un personaje de risa chillona, jovial y feliz, pero es ruidoso, ordinario y, a veces, si se le da la oportunidad, es dominante y egoísta; el último muestra los rasgos felices del tipo negro de una forma mucho más sutil, simple y de forma educada. [...] Si hasta ahora la comparación parece favorecer al haitiano en ciertas cosas, en otras este tiene una carga mucho más grande de la que zafarse antes de que pueda ocupar su lugar entre los pueblos civilizados de la tierra.²⁰

Con esta descripción, Chapman aporta una visión racialista y racista tanto del afroamericano como del haitiano en la que las virtudes de uno y los males del otro resultan igualmente inferiores a los del sujeto blanco estadounidense. Este discurso, como sostuviese Uday S. Mehta, asume que “la inclusión política es contingente a la capacidad de razonamiento

cualificado”,²¹ cuestión necesaria para el autogobierno y, por tanto, para ubicar su “lugar” en la “zona del ser”.²² Así, la comparación entre estos resulta en una necesidad propia de afirmación de la superioridad de la “raza” blanca. Chapman proyecta al primero como un ser más desinhibido quien, no obstante, expone lo peor de sí “si se le permite”. Mientras que el segundo, carga con el legado del entorno anárquico en el que se ha desarrollado [tal como lo describe más adelante en su artículo] y está maniatado por la precariedad económica y social. Más aún, para este autor el elemento diferenciador entre las virtudes de uno y los males del otro, entre la abierta y confidente expresión de felicidad, y el difícil camino por recorrer, no está en dichas subjetividades, sino en la socialización de los primeros con la “raza” entendida como superior. En consecuencia, la presencia de los estadounidenses en Haití, como concluye Chapman, era necesaria y debía mantenerse, al menos, hasta que venciese en 1936 el tratado de 1916.

LA OTREDAD HAITIANA EN LOS OJOS DEL VIAJERO

Al final de su artículo, Chapman confiesa que sus “datos objetivos” se basan en lo que fue su experiencia en Haití, pero también, en otras fuentes de información como la memoria de viajes de Harry A. Franck, *Roaming Through the West Indies* (1920).²³ Dicha obra fue considerada por John O. La Gorce, entonces editor asociado del *National Geographic Magazine*, como una “autoridad” sobre las Indias Occidentales y, con ello, sobre Haití. Estas publicaciones de *National Geographic Magazine*, no obstante, levantaron críticas por parte de cierto sector de la prensa estadounidense opuesto a la ocupación. Sin interés de profundizar en sus detalles, merece la pena mencionar la discusión generada entre La Gorce y Hugo Mueller, lector del diario estadounidense *The Nation*, que reflejan cómo el editor de *National Geographic Magazine* otorgaba la autoridad del conocimiento “objetivo” a Harry A. Franck, a la vez que dejaba clara su no parcialidad en relación con el papel de los marines en Haití.²⁴

Mueller envió una carta a *The Nation* en la que copiaba la respuesta que recibió de parte de John O. La Gorce tras quejarse por la falta de objetividad de *National Geographic Magazine* al analizar la situación de Haití bajo la ocupación. La Gorce le respondía diciendo que la seriedad de su revista merecía un respeto, al igual que la labor de los *marines* estadounidenses en Haití, pero además, decía que la información publicada partía de los datos examinados y consultados a Harry A. Franck “de quien su nuevo libro sobre las Indias Occidentales es considerado una autoridad”.²⁵

Más allá del intercambio de apreciaciones sobre el estado de la cuestión haitiana, sus palabras reflejan la aceptación explícita de que las obras de viajeros –en este caso, de un viaje de ocho meses por diversas islas del Caribe– eran consideradas una “autoridad”; un “saber” sobre los trópicos, sus sociedades y sus costumbres, construido sobre la base de los estereotipos reproducidos desde la supremacía blanca y, desde el punto de partida comparativo entre las poblaciones afrodescendientes en distintas partes de las Américas.²⁶ Por tanto, es necesario resaltar algunas de las representaciones que sobre Haití hizo Franck pues se trata, no olvidemos, de un relato de un viajero que un artículo académico –el de Chapman– estableció como “saber objetivo” y que fue, además, avalado como una “autoridad” del saber por un medio de gran difusión como el *National Geographic Magazine*.

Franck dedicó tres capítulos de su relato a Haití. El primero, titulado “Under the Palm-Tree of Haiti”, describe su llegada a la isla desde Cuba. Desde las primeras páginas, menciona a los jóvenes *marines* a quienes describe dotados “con esa habilidad de adaptabilidad que nos gusta entender como estadounidense”,²⁷ por el hecho de observarles comunicándose con sus interlocutores haitianos en esa “extraña serie de sonidos que es dignificada en las Indias Occidentales francesas con el nombre de *créole*”.²⁸ Luego pasa a describir ciertas escenas en los mercados, evidenciando la pobreza existente y realizando la siguiente reflexión:

Para toda su pobreza, los habitantes parecían estar francamente felices con la vida. Estos tenían la gracia de los niños, con alaridos de risa frecuentes; no parecían estar más conscientes del estado andrajoso de sus vestimentas de lo que lo estaban los lentos y sobrecargados burros de los parches ridículos de sus arreos. La falta del sentido de dignidad personal, característica del africano, venía a rescatarlos en lo miserable de su condición.²⁹

Esta imagen del mercado contrasta con la que el autor da de Puerto Príncipe como una ciudad que “no tiene nada que ver con las villas africanas”.³⁰ Hay dos imágenes, por tanto, que se proyectan como ideas de fascinación y rechazo. El autor provee entonces su narrativa sobre la historia haitiana para aclarar esas dos “realidades” del legado de la civilización francesa, por un lado, y de la terrible violencia y anarquía del Haití independiente, por el otro. El resultado del devenir histórico de Haití, para Franck, “es lo que nuestros políticos sureños habían profetizado”.³¹ Luego de describir la crisis política de la primera década del siglo xx, dice que, “entonces, nuestros marines desembarcaron y, para usar sus propias palabras, ‘la cosa se terminó’”.³²

En el capítulo titulado “The Death of Charlemange”, Franck relata la crisis social generada por los *cacos* y sus ofensivas en Haití en contra de la presencia extranjera. Hace mención a la práctica de la *corvée* como una de las situaciones que tensó las relaciones entre los oficiales de la marina y los habitantes. Sin embargo, su discurso define a los oficiales de la ocupación como agentes ingenuos, o con buena voluntad, sometidos a la falta de cultura de trabajo de los haitianos. Por ejemplo, este comienza diciendo que “en su buena disposición de proveer al país con los primeros pasos obvios hacia el desarrollo, las fuerzas de la ocupación resucitaron una antigua ley francesa llamada *corvée*”.³³ Luego de definir la práctica como el trabajo obligatorio de unos días al año en la construcción de caminos, dice, “no obstante, hay una gran diferencia entre los estadounidenses con espíritu hacia lo público y el hombre negro salvaje en el que las masas haitianas han degenerado”.³⁴ De su discurso no se desprende una justificación a la *corvée*, en tanto la idea del sometimiento de una “raza” por la otra, sino que este alude, al menos, a dos cuestiones que eran recurrentes en los imaginarios estadounidenses sobre Haití. El primero es que la cultura de trabajo estadounidense y su apego por el servicio público es otra

característica de su excepcionalidad, y está contrapuesta al egoísmo y, paradójicamente, individualismo, de las razas consideradas como inferiores. En segundo lugar, la justificación moral que este hace ante las “buenas intenciones” de la práctica que apuntaba a un objetivo mayor [el desarrollo del Estado] termina por relativizar, y cuando no, invisibilizar, la violencia y el sometimiento que estas prácticas conllevaron. Este discurso, sin embargo, no representa una contradicción de la cultura política liberal, sino que es ejemplo de su ontología y una misma consecuencia de la modernidad/colonialidad. Es decir, una vez más, la violencia ejercida en nombre del progreso queda justificada ante la moral y la ética de la cultura política liberal.

El último capítulo dedicado a Haití es “Hither and Von in the Haitian Bush” en el que Franck narra su viaje por las carreteras construidas por los estadounidenses. Además de insistir una y otra vez en cómo los “salvajes” haitianos no hacen un uso correcto de las mismas y, aun viendo que son amplias, se aterrorizan al sentir los coches pasar, tirándose a la vereda con sus compras y animales, el autor vuelve a recurrir a la animalización del haitiano y al estereotipo de su psicología primitiva. Al contar cómo los conductores haitianos ni usan, “ni entienden”, el uso de la bocina del coche, dice:

La audición de los haitianos es suficientemente aguda, pero su mente no sincroniza sus varias facultades; él está al tanto del sonido desagradable detrás suyo, pero ese sonido no es registrado como una advertencia de peligro, una llamada a la acción. [...] Desafortunadamente, su psicología es la del pollo, y en ocho de diez casos este acelera en el camino en vez de retirarse hacia el lado.³⁵

Ya instalado en la zona rural de Cul-du-Sac, Franck alude a las dinámicas laborales de los trabajadores de la caña de azúcar y otras empresas agrícolas. Cuenta que las compañías dan un alimento al día a sus empleados y dice que los haitianos “se han vuelto tan vagos sin sus dueños que esta única comida se ha convertido en la dieta habitual de las masas y todo lo que estos esperan de sus empleadores”.³⁶ Para Franck, la idea compartida por ambas partes, empleadores y trabajadores, “de que esto es todo lo que necesitan está probablemente costándole más a las compañías

en cuanto a la falta de la labor eficiente”.³⁷ Desde luego, de las palabras de Franck no se desprende ninguna incomodidad con prácticamente sugerir que el periodo de la “esclavitud” era más provechoso tanto para el amo o empleador, como para el haitiano pues, en el caso de este último, significaba una mejor actitud de su parte hacia el trabajo y hacia su propio cuidado personal.

En definitiva, la obra de Franck es un ejemplo paradigmático del régimen de saber/poder del periodo que abarcó la ocupación estadounidense de Haití como uno sostenido por el racismo científico –biológico y cultural– y ejercido a través de distintos dispositivos de poder y prácticas de gubernamentalidad como parte de las lógicas de la cultura política liberal. Se trata, como mencioné anteriormente, de una obra de gran influencia,³⁸ como se muestra en el volumen 38 del *National Geographic Magazine* y que incluía un par de artículos sobre Haití: “Haiti and Its Regeneration by the United States”, de autor anónimo y “Haiti, the Home of Twin Republics” de sir Harry Johnson.³⁹ Debido a que el primero de estos, y para el que no figura autor, aborda en términos muy parecidos a los de Franck la historia haitiana y la situación política del periodo anterior y posterior a la intervención, a continuación, presento brevemente un análisis de este artículo, específicamente de las imágenes publicadas en el mismo.

LA DIFUSIÓN DEL “SABER OBJETIVO”: *NATIONAL GEOGRAPHIC MAGAZINE*

El relato presentado en el artículo “Haiti and Its Regeneration by the United States”, puede resumirse como una celebración y exaltación a la ocupación en la misma línea que diversos artículos publicados en la prensa estadounidense, como por ejemplo, en el *New York Times* y el *Washington Post*.⁴⁰ Sin embargo, este recoge una serie de imágenes que buscan evidenciar, en unas diez páginas de un texto de quince, lo que los *marines* han hecho por Haití para incorporarlo en la “senda de la civilización”. Cuatro son las imágenes que de forma más concreta reflejan la

representación que de Haití se hacía en este artículo y, por tanto, el imaginario que su autor tenía del país.

En primer lugar, la imagen titulada “Helping the Haitian to help himself: An American Marine Officer inspecting a Company of the Haitian Gendarmerie”, en la que, como esta indica, se muestra a un oficial estadounidense inspeccionando el entrenamiento de la gendarmería haitiana. Al pie de la imagen se comenta brevemente cómo Estados Unidos ha reproducido en Haití la misma lógica que en Filipinas al reclutar a “los mejores hombres” para garantizar el establecimiento y mantenimiento del orden y, también, les ha dotado de un cuerpo y formación médica para atender la situación sanitaria del país.



Imagen 1. Helping the Haitian to help himself.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

En segundo lugar, se encuentra la sugerente imagen titulada, “Recalcitrant Natives Forced to Follow Peaceful Pursuits”. En esta se

presenta a un grupo de haitianos a los que la nota al pie de imagen llama “particulares” y que, bajo la vigilancia de oficiales estadounidenses, aprenden a hacer sombreros de paja en vez de “vagabundear” con los *cacos*. Una vez más, se refleja un imaginario que posiciona la paz en torno a la cultura del trabajo como una idea liberal de la felicidad que debe, incluso, ser impuesta. En este sentido, es notable el parecido con la justificación hecha por Franck de la *corvée* como un discurso que asume y reproduce la idea de que el otro, por su propio bien, tiene que ser obligado a trabajar (y encontrar la felicidad en ello).



Imagen 2. Recalcitrant Natives Forced to Follow Peaceful Pursuits.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

En tercer lugar, y en este mismo orden representativo, la imagen titulada “Learning Labor-Saving Methods of Advance Civilization” busca poner en evidencia el concepto de civilización estadounidense; esto es, la tecnología, el pragmatismo y la eficiencia en tanto modos de producción, y a su vez, como cultura superior. Por último, merece la pena señalar la imagen que muestra, no sólo la limpieza del país después de la intervención, sino

también a sus propios ciudadanos limpiándolo, y que se titula “A new order of cleanliness prevails in Haiti”.



Imagen 3. Learning Labor-Saving Methods of Advance Civilization.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]



Imagen 4. A new order of cleanliness prevails in Haiti.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Al mostrar como una imagen del éxito de la ocupación a los propios haitianos limpiando su ciudad, los estadounidenses envían un mensaje fundamental a su propia sociedad sobre el rol civilizatorio en los trópicos. La intervención, según esta narrativa, estaba teniendo el éxito esperado y los haitianos ya mostraban las primeras señales de civilización. Esta lectura optimista de la labor de la ocupación, sin embargo, fue contestada desde diversas posturas e identificaciones antiimperialistas y raciales, haitianas y extranjeras (como es el caso de la prensa afroamericana), prolongándose hasta la retirada de las tropas estadounidenses.

CONCLUSIÓN

Como se ha discutido en este capítulo, la intervención y ocupación estadounidense de Haití entre 1915 y 1934 marcó un hito en las relaciones

políticas entre ambos Estados, pero, más aún, en las prácticas discursivas del primero sobre el segundo. Hilbourne Watson ha sostenido que el Caribe, con su población negra, fue uno de los primeros espacios donde la potencia estadounidense probó (fuera del territorio continental) estrategias de poder marcadas por sus imaginarios y políticas raciales.⁴¹ En este sentido, Haití no sólo no fue una excepción, sino que representó el paradigma por excelencia de estas prácticas articuladas con base en su construcción racial como república negra proyectada en su epidermis y en sus costumbres.

Las tres publicaciones analizadas en este capítulo permiten develar el tránsito de la “verdad” estadounidense sobre Haití, construida a lo largo del siglo XIX entre el saber y el desconocimiento, a una “nueva verdad” –de inicios del XX– entendida como objetiva y basada en la incuestionable supuesta rectitud de quien produce ese conocimiento sobre Haití. Estos discursos permiten comprender cómo los imaginarios estadounidenses sobre Haití reflejaron su continua racialización en términos contrarios asimétricos y cómo esto informó las prácticas concretas de gestión de la otredad en el escenario colonial. Dichos discursos estuvieron informados por los legados de las teorías racialistas de finales del siglo XIX así como por imaginarios colectivos anteriores que, desde la propia revolución haitiana, habían constituido a Haití como ese espacio rebelde e indomable, que generaba tanto fascinación como temor.⁴²

La intervención, como “momento psicológico”⁴³ e histórico, indicó diferentes posturas identitarias en Estados Unidos y en Haití. Mientras que para el primero supuso la confirmación del Caribe como un área necesitada de su tutela, para el segundo significó su caída bajo el yugo de la dominación tras un siglo de libertad conquistada. Sin embargo, la resistencia identitaria haitiana abrió un horizonte de expectativa basado en la recuperación y resignificación de su negritud y, por tanto, en la reapropiación de Han y Calibán.⁴⁴ Empero, el distintivo antiintervencionista generado desde su guerra de independencia, unido al legado de este nuevo momento de dominación bajo una fuerza blanca y extranjera, sirvió como un dispositivo de poder y marca identitaria de la posterior dictadura de los Duvalier. Dicha marca identitaria, es decir, la cuestión de la “raza” y la racialización, continuaron afectando a Haití por muchas más décadas,

siendo resignificada y teniendo un papel fundamental en las prácticas discursivas de Estados Unidos hacia Haití a lo largo del periodo de transición a la democracia, particularmente en la intervención militar “Defender la democracia”, de 1994, y “Aseguremos el mañana”, de 2004.⁴⁵

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

The Nation.

The New York Times.

The Washington Post.

Bibliografía

Castor, Suzy, *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias (1915-1934)*, México, Siglo XXI Editores, 1971.

Chapman, Charles E., “The Development of the Intervention in Haiti”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 7, núm. 3, 1927, pp. 299-319.

Cooper, Donald, “The Withdrawal of the United States from Haiti, 1928-1934”, *Journal of Inter-American Studies*, vol. 5, núm. 1, 1963, pp. 83-101.

Dash, J. Michael, *Haiti and the United States: National Stereotypes and the Literary Imagination*, Nueva York, St. Martin Press, 1995.

Fanon, Frantz, *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, Akal, 2009.

Fonseca, Melody, “‘We Must Kill the Bandits’: Identidad, alteridad y estado de excepción en Haití (2004-2006)”, *Relaciones Internacionales*, núm. 29, 2015, pp. 11-31.

Fonseca, Melody, “American Discourse on Haiti: Defining the Other and Military Intervention” en Sybille Reinke-Buitargo (coord.), *Portraying the Other in International Relations: Cases of Othering, Their Dynamics and the Potential for Transformation*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2012, pp. 39-54.

Fonseca, Melody, “Raza, poder e identidad en las prácticas discursivas de Estados Unidos sobre Haití: una perspectiva decolonial”, tesis doctoral en Historia, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015.

Franck, Harry A., *Roaming Through the West Indies*, Nueva York, Blue Ribbon Books, 1920.

Franck, Harry A., *Our Imperialist Propaganda I: The National Geographic Anti-Haitian*, Washington D. C., National Geographic Magazine, 1921.

- Geggus, David Patrick y Norman Fiering, *The World of the Haitian Revolution*, Bloomington, Indiana University Press, 2009.
- Heinl, Robert D. y Nancy Gordon, *Written in Blood, The Story of the Haitian People 1492-1995*, Lanham, University Press of America, 1996.
- Johnson, Harry, "Haiti and its Regeneration by the United States", *National Geographic Magazine*, vol. 38, 1920, pp. 497-511.
- Johnson, Harry, "Haiti, the Home of Twin Republics", *National Geographic Magazine*, vol. 38, 1920, pp. 483-496.
- Jordan, Winthrop D., *The White Man's Burden. Historical Origins of Racism in the United States*, Nueva York, Oxford University Press, 1974.
- Mehta, Uday S., "Liberal Strategies of Exclusion", *Politics and Society*, vol. 18, núm. 4, 1990, pp. 427-454.
- Muñoz, Laura, "Del jardín del Edén a república negra. Haití en las primeras miradas del *National Geographic*", *Revista Mexicana del Caribe*, núm. 19, 2005, pp. 159-179.
- Muñoz, Laura, "La tierra que Colón amó. Visiones y representaciones de República Dominicana en *National Geographic*", *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 121, 2008, pp. 281-304.
- Muñoz, Laura, "Discurso imperial. Imágenes y representaciones del Caribe en *National Geographic*", *Relaciones Internacionales*, núm. 25, 2014, pp. 35-51.
- Plummer, Brenda G., *Haiti and the United States: The Psychological Moment*, Athens, G.A, University of Georgia Press, 1992.
- Prichard, Hesketh, *Where Black Rules White. A Journey Across and About Hayti*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1900.
- Schmidt, Hans, *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1995.
- Sommers, Jeffrey, *Race, Reality, and Realpolitik: U.S.-Haiti Relations in the Lead Up to the 1915*, Londres, Lexington Books, 2016.
- Sousa Santos, Boaventura de, "Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes" en Heriberto Cairo y Ramón Grosfoguel (comps.), *Descolonizar la modernidad, descolonizar Europa: un diálogo Europa-América Latina*, Madrid, Iepala, 2010, pp. 101-146.
- Spector, Robert M., *W. Cameron Forbes and the Hoover Commissions to Haiti (1930)*, Boston, University Press of America, 1985.
- Veyne, Paul, *Foucault. Pensamiento y vida*, Barcelona, Paidós, 2014.
- Watson, Hilbourne, "Theorizing the Racialization of Global Politics and the Caribbean Experience", *Alternatives*, vol. 26, núm. 4, 2001, pp. 449-483.
- Weatherly, Ulysses, "Haiti: An Experiment in Pragmatism", *The American Journal of Sociology*, vol. 32, núm. 3, 1926, pp. 353-366.

NOTAS

¹ Schmidt, *The United States*, 1995, p. 42.

² Heinl y Gordon, *Written in Blood*, 1996, p. 395.

- ³ Castor, *La ocupación norteamericana*, 1971; Plummer, *Haiti and the United States*, 1992; Schmidt, *The United States*, 1995; Fonseca, “Raza, poder”, 2015, y Sommers, *Race, Reality*, 2016.
- ⁴ Spector, *W. Cameron Forbes*, 1985.
- ⁵ Cooper, “The Withdrawal of the United”, 1963, p. 94.
- ⁶ Dash, *Haiti and the United*, 1995, pp. 22-44, hace referencia a la obra de Lewis Carroll *Through the Looking Glass, and What Alice Found There* de 1871. El autor recurre a este término para titular su capítulo sobre la ocupación estadounidense de Haití como “Through the Looking Glass: Textual Politics and the American Occupation”.
- ⁷ Prichard, *Where Black*, 1900.
- ⁸ Veyne, *Foucault. Pensamiento*, 2014, p. 83.
- ⁹ Dash, *Haiti and the United*, 1995, pp. 22-23.
- ¹⁰ Agamben, “¿Qué es un dispositivo?”, Conferencia en la Universidad Nacional de La Plata, 12 de octubre de 2005, p. 1, en <<http://ayp.unia.es/r08/IMG/pdf/agamben-dispositivo.pdf>>. [Consulta: 10 de marzo de 2017.]
- ¹¹ *Ibid.*
- ¹² Weatherly, “Haiti: An Experiment”, 1920, p. 355.
- ¹³ Chapman, “The Development of the Intervention”, 1927, p. 299.
- ¹⁴ *Ibid.*
- ¹⁵ Para conocer más sobre el término *créole o créolización*, véase Can, “Identidad y movimiento”, 2017, en esta misma publicación.
- ¹⁶ Después de describir a las “mejores familias” por sus prácticas neopatrimoniales este dice, “sin añadir ningún estigma”. Chapman, “The Development of the Intervention”, 1927, p. 299.
- ¹⁷ *Ibid.*, p. 300.
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 303.
- ¹⁹ *Ibid.*
- ²⁰ *Ibid.*
- ²¹ Mehta, “Liberal Strategies”, 1990, p. 436.
- ²² Desde el pensamiento decolonial se ha conceptualizado la “zona del ser/zona del no ser” para diferenciar las prácticas de poder que ocurren entre estas dos zonas/cuerpos de aquellas que ocurren en la llamada dialéctica del yo y el otro. El argumento principal es que mientras que en la zona del ser [que incluye al yo y al otro] hay una constante lucha entre el reconocimiento y la emancipación y la violencia es excepcional, la zona del no ser es aquella en donde la violencia es la constante a través de las que las subjetividades marginalizadas son afectadas por el poder. Estas discusiones pueden encontrarse en distintos textos como Fanon, *Piel negra*, 2009; Sousa, “Más allá”, 2010, pp. 101-146, y Ramón Grosfoguel, “La descolonización del conocimiento: diálogo crítico entre la visión decolonial de Frantz Fanon y la sociología decolonial de Boaventura de Sousa Santos”, *iv Training Seminar de jóvenes investigadores en Dinámicas Interculturales*, noviembre, 2011, en <file:///C:/Users/Melody/Desktop/Investigaci%C3%B3n%20PUEG/Publicaciones/Libro%20Laura/97-108_RAMON%20GROSFOGUEL.pdf>. [Consulta: 10 de marzo de 2017.]
- ²³ Franck, *Roaming Through*, 1920. Chapman también tomó en cuenta la conocida obra de Blair Niles, *Black Haiti: A biography of Africa's Eldest Daughter*, London, s.e., 1926. No obstante, la considera una “interpretación en vez de una Historia de Haití y su gente”.
- ²⁴ Franck, *Our Imperialist*, 1921.
- ²⁵ *Ibid.*
- ²⁶ *Ibid.*
- ²⁷ Franck, *Roaming Through*, 1920, p. 107.
- ²⁸ *Ibid.*

[29](#) *Ibid.*, pp. 110-111.

[30](#) *Ibid.*, p. 113.

[31](#) *Ibid.*, p. 119.

[32](#) Este dice: “the stuff was all over”, *ibid.*, p. 120.

[33](#) *Ibid.*, p. 129.

[34](#) *Ibid.*

[35](#) *Ibid.*, p. 151.

[36](#) *Ibid.*, p. 153.

[37](#) *Ibid.*

[38](#) John O. La Goce indicó en su carta a Hugo Mueller que la obra de Franck había sido consultada para esta edición de la *National Geographic Magazine*. Goce, “Our Imperialist”, 1921, p. 508.

[39](#) Johnson, “Haiti and Its Regeneration”, 1920, pp. 497-511, y Johnson, “Haiti, the Home”, 1920, pp. 483-496. Un interesante análisis sobre las representaciones del Caribe en *National Geographic Magazine* véase en Muñoz, “Del jardín del Edén”, 2005, pp. 159-179; Muñoz, “La tierra que Colón”, 2008, pp. 281-304, y Muñoz, “Discurso imperial”, 2014, pp. 35-51.

[40](#) “Haiti Election Today Under Our Auspices”, *The New York Times*, 12 de agosto de 1915, y “What Uncle Sam’s Marines Have Done for Haiti”, *The Washington Post*, 4 de marzo de 1917.

[41](#) Watson, “Theorizing the Racialization”, 2001, pp. 449-483.

[42](#) Jordan, *The White Man’s*, 1974, y Geggus y Fiering, *The World of the Haitian*, 2009.

[43](#) Plummer, *Haiti and the United*, 1992.

[44](#) Dash, *Haiti and the United*, 1995, p. 44.

[45](#) Fonseca, “American Discourse”, 2012, pp. 39-54, y Fonseca, “We Must”, 2015, pp. 11-31.

EL GOLFO DE MÉXICO, LA SEGUNDA GUERRA Y LA REVISTA *NATIONAL GEOGRAPHIC*

Laura Muñoz

De septiembre de 1939, cuando Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania, a septiembre de 1945, cuando se rindió esta, dos únicos artículos dedicados al Golfo de México fueron publicados por una de las más populares revistas de Estados Unidos.¹ Los dos en el mismo año, 1944. El primero, “How we use the Gulf of Mexico”, en enero, y “The delectable Shrimp. Once a culinary stepchild, today a Gulf Coast Industry”, en octubre. Sus autores, Frederik Simpich y Harlan Major, respectivamente, aunque compartían ciertas características, diferían en sus trayectorias. El primero, miembro del equipo *National Geographic*, había sido periodista, algunos años miembro del servicio exterior de Estados Unidos, y había servido en la U.S. Army Intelligence,² mientras Major, especialmente activo en los años cuarenta y cincuenta, dedicó la mayor parte de su trabajo, hasta donde se sabe, a escribir sobre pesca.

Estos artículos aparecieron cuando el mayor peligro había pasado en el Golfo de México, los ataques de los submarinos alemanes en sus aguas,

intensos en la primera mitad de 1942, y cuando las estrategias para mantener la seguridad en el Golfo de México y en el mar Caribe, escudo protector del continente, estaban logrando los resultados deseados.³ Con el tiempo, Estados Unidos emergería como el poder regional. En los años previos a 1944 la revista había recorrido con sus artículos varias islas del Caribe, mostrando sus peculiaridades, señalando en cuáles se habían establecido bases militares, cuáles habían quedado en entredicho al depender de una Francia invadida por los alemanes, o identificando cuáles poseían materias primas fundamentales para la guerra.⁴ Sin embargo, del Golfo de México apenas se había hablado, no obstante que constituía una de las zonas estratégicas de la defensa de Estados Unidos y teatro de confrontaciones. ¿Por qué no se había publicado acerca de esta importante área marítima? ¿Qué lugar ocupaba en la narrativa de la guerra y en el marco del Caribe insular considerado un arco defensivo? ¿De qué hablan los dos únicos artículos dedicados específicamente a esta zona? ¿Hay una correspondencia entre el discurso escrito y el visual? ¿Se diferencian los discursos visuales si se trata de imágenes a color o si estas son en blanco y negro? ¿Quiénes son los fotógrafos escogidos? ¿Qué representa su trabajo? Estas son algunas de las preguntas que surgen al revisar los números de *National Geographic* de esa época.

Por ese entonces, la presencia de los fotógrafos de *National Geographic* en diferentes lugares del mundo habla del despliegue que llevó a cabo la revista para cubrir, desde su particular punto de vista, los acontecimientos de la guerra, sin esconder la crudeza de la contienda, pero sin mostrar tampoco sus horrores.⁵ Con todo, las imágenes en otras latitudes fueron más duras que las que la revista utilizó al hablar del Caribe y en el caso particular del primer artículo sobre el Golfo de México, fueron intercaladas y privilegiadas escenas cotidianas con las que se transmitía el entusiasmo y la empatía, tanto como la tranquilidad de la población, la eficiencia en la organización y el despliegue de las medidas y equipo necesario para llevar a cabo con éxito las misiones emprendidas en la preparación de la lucha. La tarea fue impresionante. La revista cumplió un papel cardinal como una máquina reproductora de representaciones.⁶ Una revisión de las cartas que

los lectores enviaron en esa época es todavía un tema pendiente para conocer mejor sus percepciones.⁷

En esos años *National Geographic Magazine* tenía más de 1 100 000 suscriptores y, en promedio, un número de lectores que multiplicaba por cuatro esa cantidad.⁸ El gobierno estadounidense había estado atento a los acontecimientos europeos y había intervenido en la batalla, finalmente, después del ataque a Pearl Harbor, adscrito a la causa de los aliados. Durante ese tiempo, entre otros temas, la revista cubrió los preparativos, mostró cómo se organizaba el apoyo en el país, cómo se adiestraba a marinos y militares, cómo la aviación adquiría relevancia y la marina se preparaba con equipo militar para acompañar ese desarrollo. Al mismo tiempo, exponía cómo la National Geographic Society apoyaba la guerra: con fotografías aéreas a color, además del archivo en blanco y negro que había acumulado con registros del mundo entero, y con la elaboración de mapas, los mapas para la victoria. Materiales todos que puso a disposición del gobierno de Estados Unidos. Desde luego, con fotografías y mapas, sí, pero también con la difusión de ciertas representaciones que circularon entre los lectores y alimentaron un espíritu esencial para apoyar en la guerra.

“THERE’RE BIG DOINGS ON THE GULF OF MEXICO THESE DAYS”

El número de enero de 1944 abre su edición con el artículo escrito por Frederick Simpich, por cierto, uno de los más prolíficos autores de la revista y quien era en ese momento editor asistente de la revista. En 40 páginas ofrece una mirada al mar interior que rodean los estados sureños de Florida, Alabama, Misisipi, Luisiana y Texas, en Estados Unidos, y los del territorio mexicano hasta la península de Yucatán. Despliega un mapa, en dos de ellas, y 39 fotografías, 20 en blanco y negro, más 16 láminas a color con trece imágenes a página completa y seis de media página. La variedad de tamaños en las fotografías en blanco y negro es mayor: seis son de

página completa, tres de menos de media página, una de más de la mitad de la página y diez de media página. Por la importancia que la revista otorgó a las imágenes veamos primero de qué tratan estas ¿Qué encuentra el lector en estas fotografías? ¿Hay un discurso diferente entre las que son a color y las que son en blanco y negro?

Del total, casi la mitad muestra a los pobladores disfrutando en los clubes de pesca, a niños de paseo en bicicleta, en escenas de actividades cotidianas, ya sea capturando peces para hacer fertilizante,⁹ preparando camarones para la industria en una fábrica en la que se empleaba a mexicanos, mujeres sonrientes al lado de sus mascotas, parejas frente a sus casas, bañistas en la playa, etc. Entreveradas con fotografías de los tiempos de paz se insertan imágenes en las que vemos a los estudiantes de la Universidad de Tampa enlistándose en la reserva en un momento en que, según el pie de foto, toda Tampa estaba inmersa en el ambiente de la guerra; distinguimos el lanzamiento ladeado del destructor Newell, en Houston, nombrado así en honor del teniente comandante Byron Bruce Newell quien murió en acción en el Pacífico; a los anfibios entrando y saliendo del mar, los que de acuerdo con el pie de foto eran comparables con las estatuas *Bronco Buster* y cuya base de operaciones estaba en Dunedin;¹⁰ atestiguamos también a los guardias paseando perros entrenados (encargados de estar alertas por las noches para detectar cualquier desembarco enemigo). Una imagen de Port Arthur coloca en segundo plano un tanquero que parece deslizarse en el canal. En otra, la escena muestra cómo a causa de la guerra la carga es trasladada por las vías internas de comunicación.

El mapa aparece como la octava ilustración. Se trata de un mapa dibujado en blanco y negro, en el que se aprecian las poblaciones del interior del golfo, de las penínsulas de Florida y Yucatán, así como de la isla de Cuba. Sin embargo, pareciera que el objetivo es, en realidad, mostrar cómo se mueven las corrientes marinas entrando y saliendo por el mar americano.¹¹ Los lectores pueden ubicar en ese mapa todos los lugares nombrados en el texto del artículo y en los pies de foto. Simpich los invita a recorrerlo con una línea imaginaria para identificar el área, compararla con

el Mediterráneo, pero sobre todo, para conocer su valor en tiempos de guerra o de paz.

Como era costumbre ya en esa época, se intercala en el artículo y en la secuencia visual una especie de cuadernillo con láminas a color, los *plates*, que llevan un título y una numeración diferente (en números romanos). En esta ocasión se llama “Gulf Coast Towns Get into the fight” y aunque alude mejor a la intención del artículo, de mostrar precisamente cómo las poblaciones del Golfo se preparan para entrar a la lucha, el discurso visual no es diferente a lo que el lector había venido observando en las fotografías en blanco y negro. Abre la sección la fotografía a página completa de una joven sonriente y coqueta, con la cabeza adornada con una peineta, mantilla y rosas naturales en el cabello. La fotografía de J. Baylor Roberts lleva como título “A Stunning Reason Why Tampa’s Latin Quarter is Called Romantic” y el pie hace referencia a la población cubana que vive en Ybor City y a sus costumbres, asociadas, todo parece apuntar, a “lo romántico”, una etiqueta usada casi siempre que se habla de Cuba.¹² Cierra el texto de este pie de foto el señalamiento de que cientos de cubanas trabajan en las fábricas de puros en Tampa.

A pesar del título de esta sección a color, las fotografías contrarrestan cualquier sensación de que hubiera guerra y de que Estados Unidos estuviera en ella. Dos fotografías más, a página completa, y del mismo fotógrafo muestran a la población en actividades recreativas. La primera es una escena del festival para conmemorar el regreso del pirata José Gaspar, carnaval que la población de Tampa pensaba retomar en cuanto acabara la guerra, según el pie de foto. La segunda muestra a cuatro chicas en una de las playas ubicadas, se aclara, en el tramo en el que la US Highway 98 corre paralela a la costa del Golfo. El pie de foto recuerda que lo que se ve en la imagen era de otros tiempos: “Now no pleasure cars are seen —only trucks, buses, and long lines of Army vehicles”, pero los editores de la revista deciden no mostrar esto.¹³ Las siguientes fotografías en las que se ve a miembros de la marina o de la guardia costera en entrenamiento o en alguna práctica no parecen de tiempos de guerra. Son los pies de foto los que hacen alusión a que la Naval Air Station de Pensacola era llamada frecuentemente “la Anápolis del Aire”,¹⁴ o a que la guardia costera tiene pequeñas

estaciones distribuidas por todo el golfo mientras las bases permanentes estaban en centros importantes.¹⁵ Una tercera fotografía que recuerda más una escena de algún famoso musical, muestra a marineros mercantes en entrenamiento, distribuidos en los mástiles como bailarines a punto de saltar. Están en el Joseph Conrad, embarcación conocida para los asiduos lectores de la revista porque ha sido mostrada en otros artículos surcando las aguas del Caribe.



Imagen 1. J. Baylor Roberts, Bell-bottom Trousers; Coat of Navy Blue. He'll Climb the Rigging Like His Daddy Used to Do.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Hay fotografías que hablan de otros momentos, de cuando no había guerra, en las que bellas mujeres con mascotas junto a ellas resaltan los colores intensos de las películas usadas por el fotógrafo; una está rodeada de buganvillas en Fort Miers, con una cotorra en el hombro; la otra, una

mujer rubia muy sonriente, según el pie, está en Sarasota, y muestra a un cachorro de tigre y alude a las funciones gratis que tiene la población cuando practican los entrenadores de los circos Ringling Brothers y el Barnum and Bailey Circus. Dos fotografías más cierran esta primera sección de fotos a color. En una, dos pescadores están en la cubierta de un bote, uno de ellos con un modelo a escala de un barco en el regazo. El pie alude a que en otros tiempos se obtiene suficiente pesca. La segunda es una de las famosas imágenes de J. Baylor Roberts. Se trata de las dos jóvenes que están sentadas bajo el agua, una de ellas pintándose la boca. El título alude precisamente a eso: “What’s the use of putting lipstick at the bottom of a lake?”¹⁶



Imagen 2. J. Baylor Roberts, What's the Use of Putting on Lipstick at the Bottom of a Lake.
[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Después de este paréntesis, las fotografías con escenas que recuerdan la guerra retornan a las páginas de la revista. En la primera, se ve cuando un cadete del Naval Air Training Center de Corpus Christi, Texas, realiza una maniobra, que según el pie de foto “most students call the greatest thrill of their cadet career”.¹⁷ En otra, el pie de la foto alude a la situación especial que se vive, con el retrato de una mujer que conduce un tranvía, en sustitución de su esposo porque este se había unido a la guardia costera.¹⁸ En dos más, proporcionadas por la marina, se ve a un paracaidista en descenso y en la otra a estudiantes para pilotos aviadores “recibiendo órdenes de último minuto”. En ambos casos se trata de alumnos de la Naval Air Station de Corpus Christi. El pie de foto aclara que, al momento de la publicación, los de la segunda imagen estaban sirviendo en los siete mares.

Un mapa de la base de Corpus Christi aparece pintado en el suelo de concreto en la siguiente fotografía, una kodachrome a página completa que busca convencer al lector, al parecer, de que los pilotos estudian una y otra vez el mapa para familiarizarse con él. Lo relevante, creo, es la oración con la que termina el pie de esa fotografía: “Like a long necklace, air bases and ‘satellite fields’ are strung along the Gulf Coast from Key West to Brownsville”.¹⁹ Es decir, toda la costa estadounidense del Golfo estaba protegida. Y uno de los objetivos de la revista, me parece, era crear en la población una sensación de seguridad. El otro, muy importante también, era fomentar la empatía hacia los esfuerzos del gobierno estadounidense para preservar la libertad. En el caso de esta fotografía del mapa en el piso de concreto, el lector podía compararlo con el otro incluido páginas atrás y corroborar el enorme espacio cubierto por la vigilancia. Una toma de un muelle en Houston sirve de marco para señalar que, en tiempos de paz, se exporta una gran cantidad de toneladas de algodón por ese puerto que es visitado por cerca de 3 000 barcos al año. Edwin L. Wisherd, otro de los fotógrafos del equipo National Geographic, ofrece la imagen de una casa típica en Mobile. La toma la muestra magnificente, con exuberante vegetación al frente, que casi cubre toda la fachada y como otras casas, informa el pie de foto, recibe al público para disfrutar de la vista de los jardines. Las últimas seis fotografías son escenas de la vida en Texas (cuatro de ellas), y dos paisajes, uno con un grupo de pelícanos y otro de un

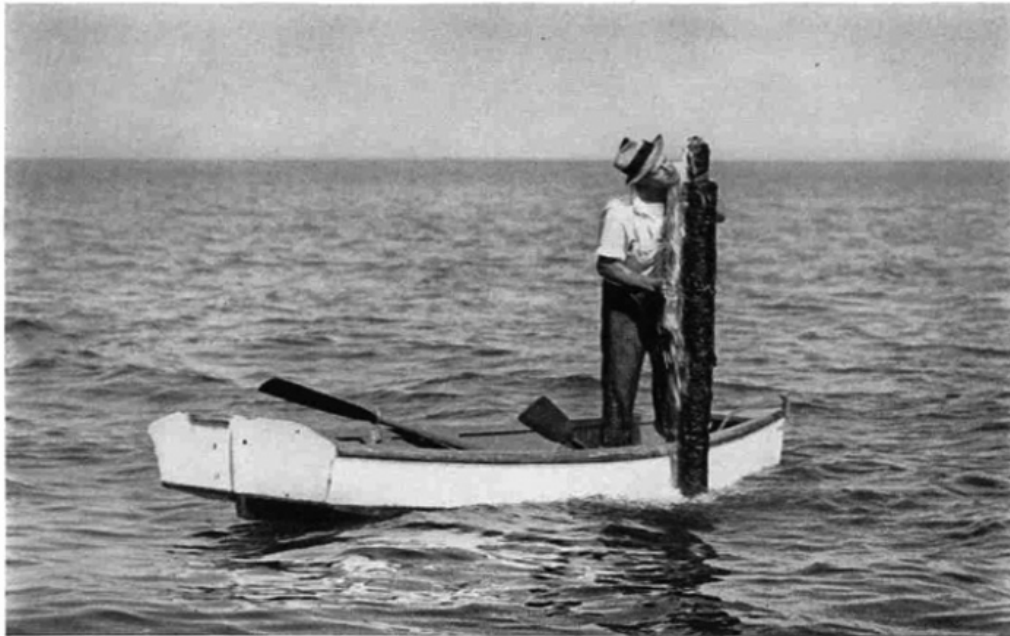
depósito de azufre en una de las minas de la Texas Gulf Sulphur Co., cerca de Newgulf. El artículo termina con las fotografías de la segunda parte del cuadernillo. La última imagen, de J. Baylor Roberts, es una vista a página completa del muelle en la boca del Sabina, con unos cuantos pescadores disfrutando de paz y tranquilidad. “Few Waters, anywhere, afford better fishing than the Gulf of Mexico, noted especially for tarpon, red snapper, barracuda, and Spanish mackarel”, es la oración que cierra el último pie de foto y lo último que se puede leer de este artículo. Con esa última idea se queda el lector.

En total, las fotografías aéreas no llegan a media docena, con unas cuantas más tomadas de cierta altura, lo que llama la atención, en tanto que la revista declaraba que ayudaba al país a pelear en la guerra con sus fotografías, en especial las aéreas, y con sus mapas detallados y precisos.²⁰ De las 39 fotografías, 26 son de J. Baylor Roberts, y dos de Edwin L. Wisherd, fotógrafos de planta de *National Geographic*, como ya he dicho. Siete fueron proporcionadas por la marina, y las cuatro restantes son de Robertson and Fresh, Anthony V. Ragusin, F. S. Lincoln y Wide World from PA (Pan American), es decir, todos proveedores recurrentes de fotografías para los artículos de la revista.

Roberts se unió a *National Geographic* en 1936 y estuvo en la segunda guerra como oficial de la marina, como tal fue llamado nuevamente a servicio en 1960 para filmar la primera vuelta al mundo del submarino U. S. S. Triton.²¹ Wisherd, por su parte, se había incorporado a *National Geographic* a los 19 años, como asistente de fotografía. Fue el primero en tomar placas naturales a color expuestas en exteriores y uno de los promotores del cambio a 35 mm.²² Ejemplo de esto es la imagen citada de una casa en Mobile. En cambio, la otra fotografía incluida de Wisherd, en la que guardias costeros pasean por una playa en Florida ejercitando a los perros que acompañan a los vigilantes nocturnos, es en blanco y negro.

Hasta que no tuvo un equipo numeroso de fotógrafos, *National Geographic* usaba imágenes de otros fotógrafos o de compañías ajenas, fue el caso de las once que no eran ni de Roberts ni de Wisherd. Con la marina y otras instancias oficiales del gobierno estadounidense, la National Geographic Society tuvo estrechos lazos desde su fundación, así que

frecuentemente publicaba fotografías proporcionadas por estas. En el caso de la de Robertson y Fresh, en la que “two proud Naval Air Cadets” reciben sus alas del rector de la Universidad de Tampa, es parte de la producción del estudio de William Vernon Robertson y Harry Fresh, famoso por el registro visual que dejaron de Tampa en la década de los treinta y cuarenta,²³ mientras que el retrato de la conductora de un tranvía proviene de la colección de Wide World PA, otra fuente de materiales muy cercana a *National Geographic*. Anthony V. Ragusin, el autor de la imagen de un hombre tomando agua en el océano frente a Biloxi, es identificado como el que logró el establecimiento de la base Keesler Air Force en dicha población.²⁴ Finalmente, Fay Sturtevant Lincoln, quien también había participado en la primera guerra, pero se había especializado después como fotógrafo de arquitectura, es el autor de la imagen del puente sobre el río Misisipí, probablemente tomada en 1938 cuando viajó por el sur de Estados Unidos.²⁵ Varios artículos publicados en esos años incluyeron fotografías de Lincoln, entre ellas las que tomó en La Habana.



Anthony V. Ragusa

He Gets a Drink of Fresh Water from a Well Far out in the Salty Gulf

He's 14 miles at sea, off Biloxi. Till storms washed it away, the Isle of Caprice lay here. During a resort boom, this 1,000-foot well was drilled, and it still flows fresh drinking water for thirsty fishermen.

"We're playing this is an enemy island," the reckless, sunburnt Marine said, "and we're making a landing. Come, go with us!"

Uniformed men crowd the buses, trains, and even the tiniest villages till a civilian visitor can hardly buy a hot dog or beg a drink of water. Mobile, Biloxi, Tampa, Key West, Galveston, Corpus Christi—they're all jammed with soldiers, sailors, war workers.

Airfields stretch about the Gulf Coast like links in a 2,000-mile sausage. You're amazed at the number of small new-made emergency landing places, and "satellite fields" that dot the country.

Some military and secret industrial areas are so restricted that if you fly over them you will be shot at. Barbed-wire-encircled shops make tank parts, gun barrels, machine-gun tripods, airplane struts, 100-octane aviation gasoline, TNT, butadiene for synthetic rubber; others make steel, smelt tin ore from Bolivia, or manufacture the now precious light magnesium metal from sea water.

Nobody ever dreamed such new industries would rise here.

Hungry for more and more workers, these roaring new factories upset old population centers, and draw busloads of men and women from remote inland towns.

From Tampa to Texas new ships splash into the Gulf. Rivet hammers rattle like machine guns, and night crews in iron masks toil in floodlights brighter than Times Square in antedimout days.

Nine shipyards with 48 shipways construct ocean-going cargo ships and tankers. Ten yards build coastal vessels, tugs, and barges, and can work 32 vessels at one time.

As I write, Gulf shipyards hold contracts for building 739 ships, or more than we have lost to date. Two hundred and ten have been delivered, 84 are on the shipways, 50 are in the water for outfitting, and 395 are scheduled to be built.

Here the Navy Works, Fights, Frolics

Many a mullet has wriggled down pelicans' throats since some tattooed old Yankee bosun first whistled for a breeze, or rode out a hurricane on a wooden gunboat in these historic waters.

It was 1825, and John Quincy Adams was President, when we planned Pensacola Navy Yard (Plate IV). Earlier, the Spaniards, French, and English had dropped their rusty mudhooks here; but that's another story. This short sketch has no space for exciting tales of how men used this Gulf long years ago. They

Imagen 3. Tomada de Fridrich Simpich, “How We Use the Gulf of Mexico”, *The National Geographic Magazine*, enero de 1944, Washington, p. 3.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Frente al discurso visual, ¿qué dice el discurso escrito? Frederick Simpich, registra otra imagen de esos recorridos que parecían atestiguar las imágenes. Una imagen más fuerte. De entrada, el autor afirma que muy pocos, aparte de los pobladores, se daban cuenta de lo que estaba pasando en la región, como podía hacerlo él, “After weeks in noisy Gulf shipyards, restless Army and Navy bases, crowded docks, sulphur mines, oil fields, turpine stills, new mills working night and day on war orders, and the muddy camps of men struggling to lay new pipe lines to take more Gulf oil to the East”.²⁶ Leyéndolo, la impresión que queda es que los cambios son asombrosos y desde luego no como los sets para filmar películas que el lector percibe frente a ciertas fotografías. Quizá es porque la imaginación va más allá al leer el artículo, pero también porque las descripciones son más dramáticas:

Today, about the Gulf Coast, boisterous Army and Navy bases fairly shake the sandy ground. Bombs fall, cannon boom, training planes fill the skies, and air patrols swarm like hawks over chicken farms. Turtles can’t sleep for the noise; deer dash for the brush; even bored-looking old pelicans flap nervously away from the chatter and splash of machine guns [...] Amphibian landing vehicles, roaring like behemoths, swam about in the sea, crawling ashore and crashing through the mangroves.²⁷

Las imágenes que hacen referencia a poblaciones costeras como Mobile, Biloxi, Tampa, Key West o Corpus Christi que el lector ve a todo color o en blanco y negro en el artículo no transmiten la idea que expresa el texto: “they’re all jammed with soldiers, sailors, war workers. Airfields stretch about the Gulf Coast like links in a 2000-mile sausage. You’re amazed at the number of small new made emergency landing places, and ‘satellite fields’ that dot the country”.²⁸ Lo anterior sin importar que alguna de esa información se menciona en los pies de foto. Y desde luego, ninguna de las imágenes –aun cuando varias aluden a algunos de los temas que señala Simpich o muestran a trabajadores, marinos y pilotos– refleja lo siguiente:

Some military and secret industrial areas are so restricted that if you fly over them you will be shot at. Barbed-wire-encircled shops make tank parts, gun barrels, machinegun tripods, airplane struts, 100 octane aviation gasoline, TNT, butadiene for synthetic rubber; others make steel, smelt tin ore from Bolivia, or manufacture the now precious light magnesium metal from sea water.

Nobody ever dreamed such new industries would rise here.

Hungry for more and more workers, these roaring new factories upset old population centers, and draw busloads of men and women from remote inland towns.

From Tampa to Texas new ships splash into the Gulf. Rivet hammers rattle like machine guns, and night crews in iron masks toil in floodlights brighter than Times Square in antedimout days.

Nine shipyards with 48 shipways construct ocean-going cargo ships and tankers. Ten yards build coastal vessels, tugs, and barges, and can work 32 vessels at one time.

As I write, Gulf shipyards hold contracts for building 739 ships, or more than we have been delivered, 84 are on the shipways, 50 are in the water for outfitting, and 395 are scheduled to be built.^{[29](#)}

En el estilo clásico de *National Geographic*, de párrafos cortos, incluyendo muchos datos y haciendo comparaciones con ellos, Simpich ofrece en la cita anterior una imagen de los cambios que había experimentado el paisaje y la población de la costa. Este tipo de descripciones continúan en las siguientes páginas en las que también se ofrecen cápsulas históricas que informan del pasado del golfo, en tiempo de los piratas, de la guerra con México, del emperador Maximiliano o de la invasión a Veracruz en 1914. Dividida en pequeños apartados, la narración resalta en los subtítulos los temas abordados: el entrenamiento de las fuerzas armadas, la riqueza petrolera, el crecimiento de las industrias químicas, el uso del azufre, la comunicación y volumen del tráfico en los ríos que desembocan en el golfo, el incremento de sobrevuelos, el golfo como productor importante de alimento marino, y como uno de los espacios más grandes apoyando la defensa, los bombarderos en la zona. Subtítulos y pies de foto se complementan, se refuerzan, orientan la atención del lector. Como ocurre con los artículos dedicados en esos años a los países del Caribe, en los que su importante papel en la defensa continental no se separa de la característica principal de esos lugares considerados destinos turísticos, el Golfo de México también espera, dice Simpich que “‘When lights come on again’, vacationist Will be back, from ‘all over the world’. In how many kindly ways this Gulf is good to us!’”.^{[30](#)}

Al final, texto y fotografías coincidían en el mensaje: la región estaba siendo patrullada, la vigilancia era estrecha, los preparativos y

entrenamientos acuciosos y la población estaba activa, y no se veía desanimada, más bien comprometida a participar. De igual forma, tanto el texto como las fotografías dejan como última imagen la del golfo como un sitio para disfrutar, atractivo para los turistas y excelente para la población como proveedor de alimentos. Si el texto es más enfático en el mensaje, las fotografías causan mayor impresión, de tal suerte que al final ambos recursos dejan la sensación de optimismo, de tranquilidad, de seguridad.

A GOLF COAST INDUSTRY

Una imagen desplegada a página completa en la que se observa una escena relacionada con la industria del camarón en el artículo de enero, conecta con el tema del segundo artículo. Alrededor de una veintena de chicas y muchachos mexicanos fueron captados descabezando camarones en algún sitio de Palacios, Texas. ¿Se trata de una fotografía puesta ahí de manera intencional para dirigir la atención a la rica industria en otro número? ¿Un número que fuera publicado cuando el furor de la guerra hubiera pasado? Y para octubre de 1944 ya se celebraba la liberación de París. Se anunciaban mejores tiempos, tiempos propicios para hablar del Golfo de México nuevamente y destacar su riqueza. Tal parece que la importancia de la actividad camaronera proporcionaba suficiente material para tener su propio artículo.

Harlan Major es el autor del texto que cierra el número de octubre de 1944. Major incluyó once fotografías de diversos tamaños, todas en blanco y negro, para mostrar diferentes facetas de la pesca y procesamiento del camarón. Tres de ellas son acreditadas a J. Baylor Roberts, una de ellas aérea, y no queda claro si una cuarta también es de este fotógrafo. Debajo de otra fotografía aparece el nombre del autor del artículo. El resto, más de la mitad, no tiene ningún crédito. Las imágenes del fotógrafo de *National Geographic* podrían ser parte de aquellas que se publicaron en el artículo de enero.

Me ocupo aquí de este segundo texto, no porque sea el otro único artículo dedicado al Golfo de México en esos años, sino porque sirve para comparar los mensajes contenidos en cada uno de ellos. Si el primero era una invitación a ver la guerra como una empresa para defender la libertad, en la que el Golfo de México y sus pobladores aportaban muchos recursos, que era además un espacio asegurado y pertrechado para la defensa, este segundo artículo es una pieza propagandística de una industria próspera y en crecimiento. La población aparece en las imágenes también muy sonriente y satisfecha, mostrando diferentes momentos de su labor. Las embarcaciones no son los destructores, como el Newell (mostrado al inicio del año en primer plano y a toda página), sino una flotilla de botes pesqueros de arrastre. Cuando uno de estos botes se muestra en primer plano son evidentes su pequeño tamaño y su fragilidad. Las festividades también convocan a toda la población, pero en este caso es a los francoparlantes descendientes de los acadios, los famosos *cajun*, según el pie de foto, que congregados desean buena suerte en la captura. En otro de los pies de foto se repite la referencia a los trabajadores mexicanos en Palacios, Texas, que había conocido el lector a principios de 1944, y junto a las fotografías de J. Baylor Roberts se tiende, me parece, un hilo conector con el contenido del artículo de enero, como si aquel recorrido hubiera dado el material para enfocar este segundo artículo exclusivamente a la industria camaronera. Una sola toma aérea es suficiente para mostrar cómo se secaba el camarón al sol. El pie de foto la ubica en el Golfo de Barataria. El autor, es desde luego, J. Baylor Roberts.

En este texto, el lector cuenta también con un mapa, dibujado por Theodora Price, en el que puede ubicar que es en las aguas de Luisiana donde se recolecta la mitad de la cosecha de los “delectable shrimps”. El mapa muestra las características del área cercana a Nueva Orleans donde se lleva a cabo esa pesca, y en un recuadro en la parte superior del mapa, se puede observar dónde queda la zona, en el contexto amplio del Golfo.

Como el objetivo del artículo es hablar del enorme negocio que significa esta industria, se conocen todas sus características, ubicación, volúmenes, cómo se procesa, los controles de calidad, y no falta la información acerca de lo mucho que aporta el sabor del camarón a los platillos que lo incluyen.

Ninguna mención a la guerra ni al Golfo de México vinculado con ella. El tema resurge solamente después de terminar el artículo, en un anuncio de la compañía Kodak de la siguiente página. El texto de la propaganda y la imagen de un militar en uniforme, que lleva de la mano a su pequeña hija, recuerda al lector que soldados estadounidenses siguen en servicio fuera del país. El mensaje propone: “Pictures carry him back” e invita al público a enviarle a sus soldados fotografías: “Send *your* serviceman real-as-life Minicolor Print from kodak Bantam or 35-mm Kodachrome Film transparencies [...] Or send Kodacolor snapshots”.³¹

No conozco la fecha exacta de preparación de los artículos, pero sí puedo señalar que aparecieron en momentos especiales y que podríamos calificarlos hoy como artículos de coyuntura, una característica que encuentro también en el caso de los textos publicados acerca del Caribe, en el que se enmarcan estos dos relativos al Golfo de México, tema que excede estas páginas y requiere un trabajo aparte. Me interesa destacar que publicados el mismo año, los dos artículos responden a contextos diferentes, el espacio es el mismo pero cambiaron el ritmo y la dirección de la vida de la población. El primer artículo corresponde al periodo de preparación para el gran desembarco en Normandía. El ejército y la marina estadounidenses están en una actividad febril y el golfo es uno de los escenarios en los que se realiza esa actividad.³² Mostrar eso y lo valioso e importante de pelear es el objetivo del artículo. En cambio, el segundo texto fue publicado en tiempos de celebración. París había sido liberada varias semanas antes. Su mensaje está destinado a destacar uno de los rubros que representaba la riqueza del Golfo de México. En ambos casos la revista transmite al lector un sentimiento de pertenencia, de satisfacción por lo que es y hace Estados Unidos.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Arnold, H. H., "Aerial Color Photography Becomes a War Weapon", *National Geographic Magazine*, junio de 1940, pp. 757-766.
- Canova, Enrique C., "Cuba, the Isle of Romance", *The National Geographic Magazine*, septiembre de 1933, Washington, pp. 344-380.
- Grosvenor, Gilbert, "Maps for Victory. National Geographic Society's Charts Used in War on Land, Sea, and in the Air", *National Geographic Magazine*, mayo, 1942, pp. 667-690.
- "Gulf Coast Towns Get into the fight", *The National Geographic Magazine*, Washington, enero de 1944, pp. I-XVI.
- Hawkins, Stephanie L., *American Iconographic. National Geographic, Global Culture, and the Visual Imagination*, Charlottesville, University of Virginia Press, 2010
- Livingston, Jane, *Odisea. El arte de la fotografía en National Geographic*, Barcelona, Folio, 1990.
- Major, Harlan, "The Delectable Shrimp. Once a Culinary Stepchild, Today a Gulf Coast Industry", *The National Geographic Magazine*, octubre de 1944, Washington, pp. 501-512.
- Muñoz, Laura, "Bajo las barras y las estrellas. Representaciones del Caribe en el *National Geographic* durante la segunda guerra mundial" en Laura Muñoz y María del Rosario Rodríguez (coords.), *Caribe imaginado. Visiones y representaciones de la región*, México, Instituto Mora/IIH-UMNSH, 2009, pp. 67-81.
- Muñoz, Laura, *Fotografía imperial, escenarios tropicales. Las representaciones del Caribe en la Revista National Geographic*, México, Instituto Mora/El Colegio de Michoacán, 2014.
- Morris, John G., *Get the Picture. A Personal History of Photojournalism*, Chicago, Chicago University Press, 2002.
- "Photographer's Biographies" en *Images of the World. Photography at the National Geographic*, Washington, National Geographic Society, 1981, pp. 394-397.
- Simpich, Frederick, "How We Use the Gulf of Mexico", *The National Geographic Magazine*, enero de 1944, Washington, pp. 1-40.

NOTAS

- ¹ No consideré aquellos dedicados fundamentalmente a temas de biología o botánica, por ejemplo, John O'Reilly, "South's Florida Amazing Everglades. Encircled by Populous Places is a Seldom Visited Area of Rare Birds, Prairies, Cowboys and Teeming Wild Life of Big Cypress Swamp", *National Geographic Magazine*, enero de 1940, Washington, pp. 115-142.
- ² Grant Foreman, Necrologies Frederick Simpich, University of Oklahoma Libraries en <<http://digital.library.okstate.edu/Chronicles/v028/v028p365.pdf>>. [Consulta: 10 de abril de 2015.]
- ³ Quizá a consecuencia de esos intensos ataques en el primer semestre de 1942, fue que en julio apareció en la portada de *National Geographic Magazine* una imagen a color de la bandera de Estados Unidos. La segunda ocasión fue en julio de 1943. Estas dos fueron las únicas portadas a color mientras Grosvenor padre fue director de la revista. El cambio se debió a Melville Bell Grosvenor cuando se hizo cargo de esta a finales de la década de los cincuenta.
- ⁴ Véanse Muñoz, "Bajo las barras", 2009, pp. 67-81, y Muñoz, *Fotografía imperial*, 2014.
- ⁵ Más allá de la censura impuesta por las autoridades. Véase Morris, *Get the Picture*, 2002, p. 4.
- ⁶ Véase Muñoz, *Fotografía imperial*, 2014.

- ⁷ Como hace en su trabajo Hawkins, *American Iconographic*, 2010.
- ⁸ Desde finales del siglo XIX la revista se distribuía mediante membresías, figura ideada en la época de editor de Alexander Graham Bell y los inicios en la National Geographic Society de Gilbert Grosvenor, su yerno, y luego casi perenne director de la revista. Los cálculos más comunes señalan que cada ejemplar era visto por cuatro personas. En 1942 la revista tenía 1 165 000 familias miembro y calculaba en 5 000 000 sus lectores entre hombres, mujeres y niños. Grosvenor, “Maps for Victory”, 1942, p. 667.
- ⁹ Se trataba de enormes volúmenes de peces menhaden.
- ¹⁰ Véase la nota de la corresponsal Terry Brice Reeves, “Dunedin event commemorates end of World War II, Dunedin was the testing ground for Donald Roebling’s Alligator tank and also an important training ground for the Marines”, *Tampa Bay Times*, 13 de agosto de 2015, en <<http://www.tampabay.com/things-to-do/events/dunedin-event-commemorates-end-of-world-war-ii/2241219>>. [Consulta: 8 de septiembre de 2017.]
- ¹¹ El mapa desplegado en las páginas 8 y 9 del artículo aparece sin autor y tampoco lleva una leyenda que proporcione más información.
- ¹² Por ejemplo, Canova, “Cuba, the Isle”, 1933, pp. 344-380.
- ¹³ Véase “Gulf Coast Towns Get into the fight”, *The National Geographic Magazine*, Washington, enero de 1944, plate III, p. 19.
- ¹⁴ Simpich, “How we use”, 1944, p. 20.
- ¹⁵ *Ibid.*, p. 21.
- ¹⁶ Véase “Gulf Coast Towns”, *The National Geographic Magazine*, Washington, enero de 1944, plate VIII, p. 24. “Taken in January 1944 by photographer J. Baylor Roberts, this photo captures performing swimmers applying lipstick on a set –located in Wakulla Springs, in northern Florida– used for underwater films”. Véase <<http://www.oprah.com/world/photography-advice-from-national-geographic/all#ixzz4s7XdxDBL>>. [Consulta: 4 de septiembre de 2017.], y “Here we spectate two performing swimmers putting on makeup underwater. The color palette of this photo lends itself to a bit of surrealism, as well as the juxtaposition of two women doing an activity that is normally done reserved for a dressing room on dry land”, <<https://prezi.com/yld-fpb80k9k/the-annenberg-space-for-photography/>>. [Consulta: 4 de septiembre de 2017.]
- ¹⁷ Simpich, “How we use”, 1944, p. 26.
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 28.
- ¹⁹ “Gulf Coast Towns”, *The National Geographic Magazine*, Washington, enero de 1944, Plate IX, p. 33.
- ²⁰ Arnold, “Aerial color”, 1940, p. 757, y Grosvenor, “Maps for Victory”, 1942, p. 667.
- ²¹ “Photographer’s Biographies”, *Images*, 1981, p. 395. Joseph Baylor Roberts nació en 1902 y antes de unirse a *National Geographic* fue fotógrafo del cuerpo de *marines* de Estados Unidos durante la primera guerra mundial, trabajó en el *Washington Times* y llegó a ser jefe de fotografías y director de ilustraciones del *Times*. Entre 1950 y 1963, la White House News Photographers Association lo premió en seis ocasiones por su trabajo en color. Una de sus imágenes de un navío belga en una tormenta en el mar se exhibe en el Museo de Arte Metropolitano. Livingston, *Odisea. El arte*, 1990, p. 357.
- ²² *Ibid.*, p. 360.
- ²³ Información contenida en la ficha descriptora de la colección de estos fotógrafos que se encuentra en la Universidad del sur de la Florida, en <<http://digital.lib.usf.edu/robertsonandfresh>>. [Consulta: 4 de septiembre de 2017.]
- ²⁴ E incluso quien personalmente llevó fotografías de Biloxi a la Prensa Asociada para que promocionaran la belleza del lugar. Ragusín fue presidente de la Cámara de Comercio durante

varias décadas. *The Sun Herald*, 4 de marzo de 1997, en <<https://www.findagrave.com/cgi-bin/fg.cgi?page=gr&GRid=26466679>>. [Consulta: 4 de septiembre de 2017.]

[25](#) Información recogida en la ficha descriptora de la colección de este fotógrafo que se encuentra en la Universidad de Pensilvania, en <<https://www.libraries.psu.edu/findingsaids/1628.htm>>. [Consulta: 4 de septiembre de 2017.]

[26](#) Simpich, “How We Use”, 1944, p. 1.

[27](#) *Ibid.* Y hace la referencia, al finalizar el párrafo, a la página 6 donde se encuentra en primer plano la imagen de esos anfibios.

[28](#) *Ibid.*, p. 3.

[29](#) *Ibid.*

[30](#) *Ibid.*, p. 33.

[31](#) En la primera página de propaganda en la sección posterior de la revista. Énfasis marcado en cursivas en el anuncio. *National Geographic Magazine*, octubre de 1944, p. 512.

[32](#) Incluso fotógrafos de la U.S. Army Signal Corps, la Marina y la Air Force estaban alertas y dispuestos en Europa. Morris, *Get the Pictures*, 2002, p. 7.

RELATAR LA INCERTIDUMBRE: REPRESENTACIONES HISTORIOGRÁFICAS DE LA GUERRA FRÍA EN PUERTO RICO

Manuel R. Rodríguez

The time has come to US historians to assess The Latin American Cold War from a higher vantage point, one less preoccupied with what motivated United States policymaker what was being fought in Latin America itself.

Greg Grandin, "Off the Beach", 2002, p. 426.

Varias son las personalidades a quienes se les atribuye haber acuñado el término "guerra fría". En octubre de 1945, el escritor George Orwell publicó en el periódico inglés *Tribune* el artículo "You and the Atomic Bomb" donde reflexionaba sobre los peligros que presentaba la recién inaugurada era nuclear para la sociedad inglesa de la posguerra. Ante los potenciales horrores de una guerra atómica, Orwell describía esos nuevos tiempos como unos "de paz sin paz", ominosa situación que apuntaba a una guerra fría de carácter permanente y difícil solución.¹ Dos años después, en un discurso del 16 de abril de 1947 ante la Cámara de Representantes de Carolina del Sur, Bernard Baruch, para entonces uno de los principales

consejeros del presidente Truman en materia de relaciones exteriores, reaccionaba a la creciente rivalidad y designios bélicos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y de Estados Unidos advirtiéndolo a la audiencia que “debemos estar atentos y no permitir que nos engañen. Estamos en medio de una guerra fría. Nuestros enemigos están tanto afuera como en nuestro espacio doméstico. Nunca olvidemos esto: nuestra preocupación es el corazón mismo de su triunfo”.²

Tanto Orwell como Baruch, trataron de entender desde las humeantes ruinas de la segunda guerra mundial y los grises años iniciales de la guerra fría, un nuevo escenario global, desconocido e incierto, donde la humanidad había consumado uno de los “logros” más álgidos de la modernidad industrial-bélica: la capacidad de destruirse a sí misma. Para Orwell, la amenaza nuclear constituía un peligro inédito e incomprensible que se mostraba inmune a límites y temporalidades. Las preocupaciones de Baruch ante los inéditos tiempos de la posguerra, parecían hacer eco de los peligrosos presagios de George Kennan quien vaticinaba de manera ominosa la inevitabilidad de un enfrentamiento con la Unión Soviética y su perenne amenaza a la armonía suburbana de los espacios domésticos estadounidenses y el *american way of life*. La paz sin paz que preocupaba a Orwell y la amenaza de ese enemigo incorpóreo y amenazante invocado por Baruch, hacen de la guerra fría un acontecimiento difícil de subsumir en las lógicas causales esgrimidas por las relaciones internacionales o los binarismos ideológicos de derechas e izquierdas. Las expresiones de estos dos importantes protagonistas de los años iniciales de la guerra fría denotan perplejidad e impotencia ante un evento histórico que se desenvolvía con pasmosa rapidez y a la vez develaba un carácter elusivo, asimétrico e incierto, con potencial para empañar el futuro de una posguerra próspera capaz de disipar de la memoria las penurias y horrores causados por la segunda guerra mundial.

Los temores de Baruch y Orwell a ese vacío, que no se ajustaba a experiencias bélicas previas, eran igualmente compartidos por una generación de historiadores empeñados en formar el contenido de los documentos en narrativas coherentes y temporalidades creíbles. Sin duda, la naturaleza esquiva e imprevisible de la guerra fría ha presentado un reto

para el ejercicio de historiar pues, ante todo, fue una guerra que no asumió las formas violentas de un conflicto bélico tradicional y sin embargo, su mera expectativa transformó de manera contundente como plantea Eric Hobsbawm, los escenarios internacionales de la segunda mitad del siglo xx.³ ¿Cómo relatar la historia de una guerra no declarada? ¿Cómo entender las tendencias fragmentarias y siempre cambiantes de lo que conocemos por guerra fría? Al explorar la producción historiográfica estadounidense sobre el tema, no es difícil percatarse de una serie de lineamientos historiográficos que se han constituido en miradas normativas al momento de representar este evento. La disciplina de la historia en Estados Unidos, particularmente la concerniente a la diplomacia y las relaciones internacionales, ha representado –con sus debidas excepciones– a la guerra fría como relato coherente y causal donde se ha pretendido domesticar sus discontinuidades en aras de una metanarrativa que ofrezca certezas y explicaciones aceptables ante aquellas cuatro décadas de terrores, intrigas políticas e incertidumbre.⁴

En Puerto Rico, al igual que en otras partes del mundo, una generación de historiadores y estudiosos de las ciencias sociales se dieron a la tarea de anclar los relatos de la guerra fría en las condiciones particulares de sus entornos. Así, las representaciones de la guerra fría en la isla han estado profundamente matizadas por su relación colonial con Estados Unidos y el importante papel estratégico-militar desempeñado por Puerto Rico en la región del Caribe en los años iniciales de la posguerra. Este breve escrito ausculta y analiza el desarrollo y propuestas de algunas tendencias historiográficas que a través de los años han representado la guerra fría en Puerto Rico a partir de las lógicas geopolíticas, la persecución ideológica, el imperialismo cultural estadounidense y el surgimiento del Estado Libre Asociado (ELA). Sin embargo, este escrito busca exponer al lector un resquicio mínimo, pero a la vez paradigmático que le permita apreciar y explorar los límites y posibilidades de las diversas representaciones historiográficas de la guerra fría en Puerto Rico. La presente reflexión propone un nuevo acercamiento al tema de la guerra fría en la isla en aras de ampliar las posibilidades de investigación y proponer otras miradas a este importante tema para toda la región caribeña.

LOS LÍMITES DE LO GEOPOLÍTICO

Por décadas, la perspectiva geopolítica ha sido uno de los acercamientos más importantes utilizados por los historiadores para referirse al tema de la guerra fría en Puerto Rico. En esta categoría es pertinente destacar los trabajos de historiadores como John Enders, Jorge Rodríguez Beruff y Humberto García.⁵ Los planteamientos esgrimidos por estos autores coinciden en que la guerra fría –al igual que otras coyunturas históricas– convirtieron a Puerto Rico y a la región caribeña en un baluarte estratégico y militar de vital importancia para la seguridad nacional de Estados Unidos. Esta vertiente propone una diversidad temática que dirige sus intereses al estudio del establecimiento de bases y comandos militares en Puerto Rico y el resto de Caribe, el surgimiento de una carrera armamentista de proporciones alarmantes y cómo estas variables incidieron en eventos como la revolución cubana en 1959, la crisis de los misiles en 1962, la invasión a República Dominicana en 1965 y, más tarde, El Salvador y Nicaragua en la década de 1980. Los eventos reseñados por estos autores en las latitudes caribeñas durante la guerra fría enmarcan estudios como *La presencia militar de los Estados Unidos en Puerto Rico*, del historiador John Anders, en el que el autor señala como indispensable entender la confrontación global entre las superpotencias durante la guerra fría con el propósito de tener una mejor comprensión de la naturaleza y ejecutorias de la presencia militar estadounidense en un lugar como Puerto Rico.⁶ La propuesta de Anders ubica la guerra fría en la región caribeña, y por ende Puerto Rico, vinculándola en el plano de los designios y prioridades estratégicas de las superpotencias.

La visión geopolítica propuesta por Anders ha influido los estudios de la guerra fría mucho después de la caída del muro de Berlín. En *Security Problems and Policies in the Post War Caribbean*, Jorge Rodríguez Beruff y Humberto García proponen que el periodo de la posguerra fría no representó necesariamente un cambio significativo dentro de los asuntos de seguridad nacional, simplemente se registró un cambio de escenario, donde

el final de la guerra fría fue un parteaguas en las relaciones internacionales y el ambiente de seguridad en el Caribe. Como ocurrió en otras partes del globo el final de la confrontación global entre los Estados Unidos y la URSS junto a cambios graduales en las sociedades de esta región resultaron en cambios significativos en el patrón de conflictos en la región, la percepción de las amenazas por los actores de la seguridad y sus políticas de seguridad.⁷

De esta forma, el concepto de seguridad nacional de Estados Unidos, como política de Estado diseñada para velar por los intereses del país en los cambiantes escenarios internacionales, extendió su influencia aún después de concluida la guerra fría. Esta vez las “amenazas” a los intereses estadounidenses no provendrían de las violencias guerrilleras inspiradas y apoyadas por Cuba en América Latina o de la pobreza material de un hemisferio marginado que sirviera de caldo de cultivo para el surgimiento de peligrosas insurgencias. En ese mundo de la posguerra fría, encaminado a la globalización y el neoliberalismo que emergía a finales de la década de 1980, las amenazas a la seguridad nacional de Estados Unidos pronto asumirán las formas del tráfico de drogas y la inmigración ilegal. En este escenario cambiante, el concepto de seguridad acuñado en el fragor de los inicios de la guerra fría seguía teniendo vigencia mucho después del colapso de la Unión Soviética.

No hay duda de que la mirada geopolítica sobre la guerra fría ha sido determinante para comprender la magnitud global de este evento y sus dimensiones transnacionales. Sería difícil negar que hoy por hoy esta tendencia interpretativa sigue primando en una cantidad considerable de producción historiográfica sobre este tema. Sin embargo, este acercamiento ha limitado las posibilidades de entender la complejidad de la guerra fría en otros registros. A estos efectos, el historiador Gilbert Joseph apunta a que las nociones de geopolítica y estrategia han tendido a representar la guerra fría como un modelo sistémico y totalizante que ha relegado a un segundo plano la agencia de los sujetos tocados por las transformaciones ideológicas de aquellos tiempos de incertidumbre.⁸ La territorialización de la guerra fría en su dimensión geoestratégica no ha atendido debidamente cómo este evento transformó la cotidianidad y prácticas culturales de los sujetos que vivieron sus efectos o las violencias generadas por la polarización ideológica. Ante estos señalamientos habría que preguntarse, ¿cómo

reflexionar sobre la guerra fría desde lo geopolítico sin tener en cuenta las diversas y múltiples formas en que la política internacional afectó la existencia de aquellos que la vivieron? Tales cuestionamientos han estimulado el interés de un grupo de estudiosos de este periodo que, si bien reconocen la importancia de la política exterior como parte intrínseca de la razón de ser del Estado, se interesan también en explorar cómo los devenires de esa proyección internacional transformaron las cotidianidades de los sujetos que vivieron las incertidumbres de la guerra fría.

REPRIMIR Y PERSEGUIR EN TIEMPOS DE GUERRA FRÍA

Una segunda tendencia historiográfica ha influido de manera significativa los acercamientos a la guerra fría en Puerto Rico. La misma ha dirigido sus investigaciones a entender este evento en el contexto de las persecuciones políticas de la época y los efectos del imperialismo cultural estadounidense a finales de la década de 1940. Los trabajos de autores tales como Ivonne Acosta, José Ché Paralitici y Jaime Rodríguez Cancel han dirigido sus intereses interpretativos en esta dirección.⁹ La historiadora Ivonne Acosta ha estudiado la represión política en Puerto Rico a partir de la imposición de la Ley 53, mejor conocida como la Ley de la Mordaza de 1948.¹⁰ Inspirada en gran medida por la persecución del senador estadounidense Joseph McCarthy en contra de una posible “conspiración comunista”, este estatuto legal, producto de la legislatura local, codificaba como delito cualquier intento de derrocar, paralizar o destruir al gobierno de Puerto Rico. Acosta logra vincular la imposición y consecuencias de esta ley en Puerto Rico en los años iniciales de la guerra fría señalando que Estados Unidos “declararon una política internacional y doméstica dirigida a contener el comunismo en el mundo y la subversión en ese país. El auge del independentismo y el protagonismo de Pedro Albizu Campos presidente del Partido Nacionalista constituían un serio problema que no encajaba con los planes de seguridad nacional de la administración del presidente Truman”.¹¹ Los señalamientos de Acosta insertan a Puerto Rico en las racionalidades

establecidas por la doctrina Truman basadas en la contención de las amenazas comunistas en un contexto global. Pese a su condición de subordinación política y de ser una posesión territorial de Estados Unidos, la isla no podía escapar de las aprensiones causadas por el terror rojo.

En su libro *la Represión en contra del independentismo puertorriqueño*, el historiador José Ché Paralitici señala las persecuciones en contra de grupos nacionalistas e independentistas, en particular al líder nacionalista Pedro Albizu Campos entre los años 1947 y 1959.¹² Su propuesta es complementaria a la de Acosta, matizando las formas en que se perpetraron las persecuciones en contra de agrupaciones políticas e individuos que profesaban la independencia en Puerto Rico en los años iniciales de la guerra fría. Ambos autores sostienen que tanto la ley de la mordaza como la persecución de los simpatizantes de la independencia de la isla, fueron amalgamadas por las autoridades estadounidenses así como por las locales, y por otra parte por elementos vinculados al comunismo internacional. Este fatídico vínculo le sirvió bien a un joven Estado libre asociado que, aprobando un estatuto legal como la ley 53, buscaba legitimar su existencia política y su fidelidad a las instituciones estadounidenses en las atribuladas aguas de la guerra fría.

Los argumentos del historiador Jaime Rodríguez Cancel abordan el tema del nacionalismo y la identidad puertorriqueña como frente en contra de la persecución política y el imperialismo cultural estadounidense. En su libro *La guerra fría y el sexenio de la puertorriqueñidad*, Rodríguez Cancel reconoce que la guerra fría “no es un tema abierto para la historiografía puertorriqueña. La persecución, el discrimen, la arbitrariedad, el autoritarismo, el miedo y el silencio de este periodo no son considerados en esta historia”.¹³ A la vez, subraya que durante los años de 1953 a 1959, el recién estrenado Estado libre asociado, auspició un amplio programa de reafirmación nacional y cultural que creó las condiciones para “un crecimiento único para el “florecimiento de la cultura puertorriqueña” a pesar de la represión política imperante”.¹⁴ Siguiendo esta argumentación, los programas culturales auspiciados por el ELA fueron la punta de lanza de una ofensiva en contra de la represión político-cultural por parte de Estados Unidos en los años iniciales de la guerra fría.¹⁵

Los trabajos de Acosta, Paralitici y Rodríguez Cancel ciertamente auscultan uno de los aspectos más trágicos de los efectos de la guerra fría en Puerto Rico, el atropello imperial estadounidense y la persecución política. En esta mirada a la violencia que se suscita en Puerto Rico en los años iniciales de la posguerra, no sólo se refleja la intolerancia ante toda insinuación de comunismo sino un intento metropolitano por suprimir aspiraciones independentistas y coartar identidades culturales con la complicidad de las autoridades locales. Sin embargo, valdría la pena preguntarse si pese a la ignominia de la violencia, la persecución política y los intentos de supresión identitaria en los años iniciales de la guerra fría en Puerto Rico pueden ser comprendidos únicamente desde la camisa de fuerza impuesta por la mirada imperial. Los historiadores Mark Laffey y Jutta Weldes cuestionan esta noción señalando que si bien es innegable la naturaleza imperial de la presencia estadounidense desde el siglo xix y su constante intromisión en los asuntos caribeños a lo largo del siglo xx, la misma no puede ser asumida como matriz interpretativa del denso entramado político, social y cultural incoados por la guerra fría.¹⁶ Habría que considerar que paralelamente al discurso del imperialismo cultural y la persecución política, miles de puertorriqueños pactaron –con toda la contradicción que esto podría conllevar– con los parámetros de prosperidad y modernidad que trajo consigo el ELA en 1952: la utopía del ideal suburbano, los programas de industrialización, el acceso de los veteranos a los sistemas de educación superior y la posibilidad de movilidad social prometida a la clase media. Estas variables convocaron a amplios sectores de la sociedad puertorriqueña a observar la guerra fría desde un registro paralelo al de aquellos que fueron víctimas de la misma. Esta disonancia invita a emprender la difícil tarea de entender la presencia de la guerra fría en Puerto Rico más allá de la victimización y las causalidades ideológicas.

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO Y GUERRA FRÍA

La tercera y última categoría historiográfica que quisiera mencionar en este breve escrito es la exploración de la guerra fría a partir del establecimiento del Estado libre asociado de Puerto Rico, en 1952, y la generación de políticos que gestionaron sus orígenes, particularmente Luis Muñoz Marín, para entonces gobernador de Puerto Rico.¹⁷ El estudio de los orígenes y posterior desarrollo del ELA coincide con los años más intensos de la guerra fría entre las décadas de 1950 y 1970. No resulta extraño entender que una generación de historiadores explorase cómo el entramado político de este novel proyecto político fue influido por los acontecimientos internacionales que configuraron los años iniciales de la guerra fría y los planes estratégicos que para aquel entonces Estados Unidos tenía reservados para la región caribeña y la América Latina. Dentro de este tema es pertinente mencionar los trabajos de las historiadoras, Mayra Rosario, Silvia Álvarez Curbelo y Evelyn Pérez.

En su artículo “Detrás de la vitrina, expectativas del Partido Popular Democrático y política exterior norteamericana, 1942-1954”, Mayra Rosario se acerca al importante debate que generó el controversial punto 4 incluido en el discurso inaugural del presidente Harry S. Truman en 1949.¹⁸ Este punto proponía, entre otras cosas, que los países democráticos invirtieran sus recursos económicos y técnicos al servicio y desarrollo de los llamados países del tercer mundo. Rosario plantea que la extensión del punto 4 a Puerto Rico fue de vital importancia para el desarrollo del programa industrial Manos a la Obra bajo los auspicios del ELA. La historiadora argumenta que el establecimiento de un modelo de desarrollo económico basado en la industrialización por “invitación” convertiría a la isla en un ejemplo o más bien “vitrina” que mostraría las posibilidades de un progreso desarrollista digno de emular por otras naciones latinoamericanas y caribeñas. Luis Muñoz Marín, para entonces gobernador de Puerto Rico, no sólo contaba con exportar esa visión de desarrollo industrial sino también deseaba convertir a la isla en la cabeza de lanza de las iniciativas estadounidenses en América Latina y el Caribe en tiempos en que el espectro ominoso del comunismo se alimentaba de las miserias materiales del continente. La reflexión de Rosario subraya la importancia del desarrollismo como discurso que prevendría escenarios similares al de

Cuba o el surgimiento de revoluciones populares. Sin embargo, en su estudio queda pendiente cómo la política Truman y sus directrices dirigidas a contener el avance del comunismo a escala global coartaron las posibilidades del punto 4 para potenciar las posibilidades económicas de países en desarrollo.

La historiografía del ELA aborda otros aspectos importantes de la guerra fría, tales como la participación de los puertorriqueños en la guerra de Corea. En su artículo “La bandera en la colina: Luis Muñoz Marín en los tiempos de la guerra de Corea”, la historiadora Silvia Álvarez Curbelo no se limita únicamente a narrar la experiencia del combatiente puertorriqueño en tierras asiáticas.¹⁹ La autora presenta la guerra de Corea como una continuidad con el discurso épico enarbolado por Luis Muñoz Marín para resaltar la participación de tropas puertorriqueñas durante la segunda guerra mundial. En aquel entonces, Muñoz observaba la participación de los soldados puertorriqueños como responsabilidad ciudadana que demandaba sumarse a la defensa de la libertad y la democracia ante las terribles amenazas del fascismo a la paz y la estabilidad mundial.

La participación de los soldados puertorriqueños en el legendario regimiento 65 de infantería durante el conflicto de Corea, presentaba otra oportunidad para revalidar ese compromiso con la democracia en tiempos en que la amenaza no provenía del fascismo sino de las oscuras intrigas del comunismo. Haciendo hincapié en esta continuidad con la segunda guerra mundial, Álvarez Curbelo señala que “si en el periodo previo, el evento que había organizado gran parte de la discursiva muñocista había sido una mezcla conveniente de épica y cruzada, ahora era la guerra fría, presenta una mezcla inconveniente de chantaje tecnológico y binarismos ético-políticos la que matizaba muchos de sus énfasis y de sus exclusiones”.²⁰ Refiriéndose a cómo la participación del 65 de infantería incidía sobre el recién fundado ELA, la autora añade:

otra distinción es que en 1950 Muñoz Marín se encontraba en medio de una vertiginosa serie de fundaciones: el Estado puertorriqueño, el pacto o convenio con los Estados Unidos, la gubernatura electa, fundaciones sólo anticipadas en la etapa anterior. Lo que diez años atrás adoptaba el sello indiscutible de la marcha heroica de los de abajo frente al privilegio, exhibía ahora la cadencia más instrumentalizada, no por ello menos dramática, de la construcción institucional”.²¹

El análisis de Álvarez Curbelo representa un parteaguas en el estudio de la guerra fría en Puerto Rico. La autora analiza con claridad cómo la participación de soldados puertorriqueños en la segunda guerra mundial validaba el compromiso de los ciudadanos de la posesión territorial con los valores de la democracia enarbolados por Estados Unidos. Este compromiso bélico-ciudadano se sostiene en los inicios de la guerra fría al estallar la guerra de Corea como discurso que fortalece la fundación del ELA y por ende propicia la legitimación de la relación política entre Estados Unidos y Puerto Rico hasta el presente.

¿Es posible que Puerto Rico, siendo un territorio subordinado políticamente a los designios del Congreso de Estados Unidos, pueda establecer una política exterior durante las décadas iniciales de la guerra fría? La historiadora Evelyn Vélez plantea esta pregunta en su libro *Puerto Rico: política exterior sin estado soberano*.²² Vélez sostiene que a partir de 1961 los arquitectos del ELA se dieron a la tarea de organizar –con el aval de las autoridades estadounidenses– el Programa de Intercambio Educativo y Cultural adscrito al Departamento de Estado insular. Este programa dirigía sus esfuerzos a mostrar a sus participantes –en su mayoría latinoamericanos– las virtudes del ELA en un intento por integrar las premisas desarrollistas del mismo en sus respectivos países. La autora sugiere que este programa formaba parte de un esfuerzo orquestado entre Luis Muñoz Marín y el subsecretario del Departamento de Estado del ELA Arturo Morales Carrión, como alternativa a las nefastas prácticas de las agencias de seguridad estadounidenses de establecer y apoyar dictaduras como medida preventiva para detener la expansión del comunismo en América Latina y el Caribe. Así las cosas, programas como el de Intercambio Educativo y Cultural se consolidaron como estrategias internacionalistas para reforzar la importancia del ELA en la lucha en contra de la promoción del comunismo en el hemisferio. De esta forma, el ELA consolidaba su relevancia y lealtades políticas asistiendo a los intereses estratégicos de Estados Unidos en América Latina y el Caribe durante la guerra fría.

Resulta interesante constatar que la historiografía del ELA y la gesta muñocista hayan sido en buena parte responsables de promover los estudios

más prometedores sobre la presencia de la guerra fría en la isla. Sin embargo, estas reflexiones –a pesar de sus importantes contribuciones–, relegan a la guerra fría a un de telón de fondo que enmarca los orígenes, desarrollo, éxitos y fracasos de un Estado libre asociado que con la supervisión estricta de sus gestores, se abría paso en las inciertas aguas de la posguerra. Paradójicamente, estos límites constituyen una oportunidad para extender las posibilidades de esta tendencia historiográfica. Para potenciar esta oportunidad, se hace necesario contemplar cómo los eventos de la guerra fría afectaron a Puerto Rico no solamente desde las particularidades del muñocismo sino desde las instancias que los generan. Para esto es imprescindible un diálogo más directo, una mirada hacia afuera con aquellos funcionarios –especialmente los estadounidenses– que contribuyeron junto a la *intelligentsia* muñocista a potenciar las posibilidades del ELA acorde con los designios de la política exterior de Estados Unidos en Puerto Rico y en toda la región caribeña.

¿CÓMO REPRESENTAR LA GUERRA FRÍA EN PUERTO RICO?

En fin, ¿cómo representar la guerra fría en Puerto Rico? Esta parece ser la pregunta obvia a partir de las categorías historiográficas que han tratado de entender la enmarañada complejidad de este evento. Una parte de los retos que enfrenta la historiografía puertorriqueña al tratar las múltiples capas de complejidad que reviste la guerra fría reside en la misma naturaleza de la disciplina de la historia. En el afán gremial de clasificar, verificar, corroborar y establecer narrativas coherentes y causales de los eventos que conformaron el pasado no hemos admitido como disciplina que la ambigüedad y la incertidumbre han sido aspectos intrínsecos de la actividad humana, indistintamente de su temporalidad. La guerra fría representa precisamente eso: las incertidumbres, paranoias y miedos en la anticipación de lo que haría el otro, en la ominosa amenaza del exterminio nuclear y la imposibilidad de predecir el futuro valiéndonos de las certezas que nos

brindan las metodologías que utilizamos para rescatar los fragmentos del pasado. He aquí el problema, nuestra disciplina ha contribuido significativamente a la domesticación de este evento cortando las posibilidades de contemplar sus ramificaciones de una forma más amplia. En este sentido habría que tomar nota de los señalamientos del historiador Gilbert Joseph:

Desde las cumbres del Olimpo las grandes narrativas tienden a generalizar sobre los conflictos entre las superpotencias a finales del siglo xx proponiendo cómo la sociedad debe ser ordenada. Desafortunadamente tal postura excluye cómo los seres humanos quedan atrapados en este enredado proceso de la historia. Quizás un intento para reconstruir y contextualizar esta compleja historia a partir de quienes las vivieron es donde verdaderamente encontraremos el comienzo de la nueva historia de la guerra fría en la América Latina.²³

En el caso de la historiografía puertorriqueña parecería ser que este nuevo episodio de la guerra fría apenas ha comenzado.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Acosta, Ivonne, *La Mordaza: Puerto Rico 1948-1957*, Río Piedras, Editorial Edil, 1989.
- Álvarez Curbelo, Silvia, “La bandera en la colina: Luis Muñoz Marín en los tiempos de la guerra de Corea” en Fernando Picó (comp.), *Luis Muñoz Marín: perfiles de su gobernación 1948-1964*, San Juan, Fundación Luis Muñoz Marín, 2003, pp. 1-20.
- Arroyo Muñoz, José Carlos, *Rebeldes al poder: los grupos y la lucha ideológica 1959-2000*, San Juan, Isla Negra, 2003 (Visiones y Cegueras).
- Bosque-Pérez, Ramón y José Javier Morera, *Puerto Rico Under Colonial Rule: Political Persecution and the Quest for Human Rights*, Nueva York, State University of New York Press, 2006.
- Denis, Nelson A., *War Against all Puerto Ricans: Revolution and Terror in America's Colony*, Nueva York, Nations Books, 2016.
- Enders, John, *La presencia militar de Estados Unidos en Puerto Rico*, Río Piedras, Proyecto Caribeño de Justicia y Paz, 1985 (Militarismo, 1).
- García Muñiz, Humberto y Gloria Vega Rodríguez, *La ayuda militar como negocio: Estados Unidos y el Caribe*, San Juan, Ediciones Callejón, 2002 (Coediciones José Manuel).
- Gatztambide, Antonio, *Tan lejos de Dios. Ensayos sobre las relaciones del Caribe con Estados Unidos*, San Juan, Ediciones Callejón, 2006.

- Grandin, Greg, "Off the Beach: The United States, Latin America, and the Cold War" en Jean-Christophe y Roy Rosenzweig (comps.), *A Companion to Post-1945 America*, Malden, Blackwell Publishing, 2002, pp. 426-445 (Blackwell Companions to American History, 6).
- Hobsbawm, Eric, *The Age of Extremes: A History of the World 1914-1991*, Nueva York, Vintage, 1996.
- Joseph, Gilbert M. y Daniela Spenser (comps.), *In from the Cold: Latin America's New Encounters with the Cold War*, Durham, Duke University Press, 2008 (American Encounters/Global Interactions).
- Laffey, Mark y Jutta Weldes, "Decolonizing the Cuban Missile Crisis", *International Studies Quarterly*, Wiley/The International Studies Association/Oxford University Press, vol. 52, núm. 3, 2008, pp. 555-577.
- Marsh Kennerley, Catherine, *Negociaciones culturales: los intelectuales y el proyecto pedagógico del Estado muñocista*, San Juan, Ediciones Callejón, 2009 (Colección en Fuga. Ensayos).
- Paralitici, Ché, *La represión contra el independentismo puertorriqueño, 1960-2010*, Río Piedras, Publicaciones Gaviota, 2011.
- Picó, Fernando, *Luis Muñoz Marín: imágenes de la memoria*, San Juan, Fundación Luis Muñoz Marín, 2008.
- Picó, Fernando (ed.), *Luis Muñoz Marín: perfiles de su gobernación 1948-1964*, San Juan, Fundación Luis Muñoz Marín, 2003.
- Reina Pérez, Pedro (comp.), *Cavilando el fin del mundo: apología y confesión en las Conferencias Godkin 1959 de Luis Muñoz Marín*, San Juan, Universidad de Puerto Rico/Alamo West Caribbean Publishing, 2005.
- Rodríguez Beruff, Jorge, *Política militar y dominación en el contexto latinoamericano*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1988 (Colección Semilla).
- Rodríguez Beruff, Jorge y Humberto García Muñiz (comps.), *Security Problems and Policies in the Post-Cold War Caribbean*, Basingstoke, Macmillan Press, 1996 (International Political Economy Series).
- Rodríguez Cancel, Jaime L., *La guerra fría y el sexenio de la puertorriqueñidad: afirmación nacional y políticas culturales*, San Juan, Ediciones Puerto, 2007.
- Rosario Urrutia, Mayra, "La vitrina: expectativas del Partido Popular Democrático y política exterior norteamericana 1942-1954" en Silvia Álvarez Curbelo y María Elena Rodríguez Castro (comps.), *Del nacionalismo al populismo. Cultura y política en Puerto Rico*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1993, pp. 147-178.
- Spenser, Daniela, *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, México, SRE/CIESAS/Porrúa, 2004 (Sociedades, Historias, Lenguajes).
- Vélez Rodríguez Evelyn y Jorge Rodríguez Beruff, *Puerto Rico: política exterior sin Estado soberano, 1946-1964*, San Juan, Ediciones Callejón, 2014.
- Zapata Oliveras, Carlos Ramón, "United States-Puerto Rico Relations in the Early Cold War Years 1945-1953", tesis doctoral, Pennsylvania, University of Pennsylvania, 1986.

NOTAS

- ¹ George Orwell, “You and the Atomic Bomb”, *George Orwell*, secc. George Orwell’s Essays and articles, 24 de septiembre de 2015, en <http://orwell.ru/library/articles/ABomb/english/e_abomb>. [Consulta: 21 de mayo de 2017.]
- ² Andrew Glass, “Bernard Baruch Coins Terms ‘Cold War’, April 16 1947”, *Político*, 16 de abril de 2010, en <<http://www.politico.com/story/2010/04/bernard-baruch-coins-term-cold-war-april-16-1947-035862>>. [Consulta: 21 de mayo de 2017.]
- ³ Véase Hobsbawm, *The Age of Extremes*, 1996.
- ⁴ Spenser, *Espejos de la guerra*, 2004.
- ⁵ Para otros acercamientos al tema de la guerra fría en Puerto Rico desde una mirada geopolítica, véase Gatzambide, *Tan lejos de Dios*, 2006; García y Vega, *La ayuda militar*, 2002; Rodríguez, *Política militar*, 1988, y Zapata Oliveras, “United States”, 1986.
- ⁶ Enders, *La presencia militar*, 1985.
- ⁷ Rodríguez y García, *Security Problems*, 1996.
- ⁸ Joseph y Spenser, *In from the Cold*, 2008, pp. 8-17.
- ⁹ Para otros autores que han explorado la guerra fría en Puerto Rico desde esta tendencia, véanse Denis, *War against All*, 2016; Bosque-Pérez y Morera, *Puerto Rico*, 2006, y Arroyo, *Rebeldes al poder*, 2003.
- ¹⁰ Acosta, *La Mordaza*, 1989.
- ¹¹ *Ibid.*, p. 1.
- ¹² Paralitici, *La represión contra el independentismo*, 2011, p. 107.
- ¹³ Rodríguez, *La guerra fría*, 2007, pp. 405-406.
- ¹⁴ *Ibid.*
- ¹⁵ Para otra mirada del asunto cultural de la guerra fría, véase Marsh, *Negociaciones culturales*, 2009.
- ¹⁶ Laffey y Weldes, “Decolonizing the Cuban”, 2008, p. 571.
- ¹⁷ Entre los trabajos más importantes sobre esta mirada historiográfica a la guerra fría en Puerto Rico es importante mencionar los textos de Picó, *Luis Muñoz*, 2003 y 2008, y Reina, *Cavilando el fin*, 2005.
- ¹⁸ Rosario, “La vitrina: expectativas”, 1993, pp. 147-178.
- ¹⁹ Álvarez, “La bandera en la colina”, 2003, pp. 7-8.
- ²⁰ *Ibid.*
- ²¹ *Ibid.*
- ²² Vélez y Rodríguez, *Puerto Rico*, 2014, pp. 15-19.
- ²³ Joseph y Spenser, *In from the Cold*, 2008, p. 29.

CARIBE, TERRITORIO E INTELLECTUALES EN ARTURO MORALES CARRIÓN

Carlos D. Altagracia Espada

El pasado gravita el presente.

Alberto Flores Galindo

En este trabajo me interesa indagar en torno a las representaciones que han realizado intelectuales en el Caribe sobre la historia, el poder y la geografía. Esa imbricación disciplinaria y conceptual es clave para entender las concepciones del paisaje y del tiempo en la construcción de las ideas de nación e identidad, temas que durante gran parte del siglo xx han ocupado el quehacer de los intelectuales de la región. Nuestra premisa es que parte del proceso de construir la nación implica una politización de la tierra, pues ubicar en un mapa “es una de las actividades racionalizadoras de la cultura occidental moderna y, podríamos decir, es un dispositivo central en la definición de las identidades colectivas”.¹ De manera que la confección de mapas y descripciones científicas o plásticas de los territorios son parte de las estrategias “centrales” de construcción de los territorios.²

A partir del anclaje teórico establecido en el párrafo anterior me interesa analizar las concepciones y representaciones de la historia, la geografía y

los intelectuales del historiador y político puertorriqueño Arturo Morales Carrión en dos de sus obras: *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean* y *Auge y decadencia de la trata negrera en Puerto Rico*. Particularmente, es mi interés rastrear la relación entre guerra fría y las concepciones de espacio y tiempo que conforman la base teórico-política sobre la cual se sostienen los argumentos de este autor. También destacaré el vínculo entre procesos políticos como la descolonización, el establecimiento del Estado libre asociado y las obras académicas producidas. Asumo que no existe separación, al menos para estos casos, entre lo político y lo académico; lo académico es parte de la intervención en lo político, lo que lo convierte en forjador de los espacios de acción del poder. No es casualidad que temas como relaciones internacionales, frontera, revolución, colonia, imperio, defensa, agresión y dependencia sean ejes fundamentales de las concepciones espacio-temporales de este autor; tampoco lo es que todos los conceptos antes mencionados tengan un fuerte anclaje espacial y temporal.

UBICAR: PUERTO RICO Y LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA EN EL CARIBE

El libro *Puerto Rico y la lucha por la hegemonía en el Caribe* comienza con una afirmación geográfica: “El área antillana es un complejo mosaico social entrecruzado por los más diversos rasgos étnicos y culturales”.³ El Caribe es producto de una diversidad cultural y étnica que a su vez es el resultado de unas condiciones geográficas que abrieron la posibilidad de que los intereses externos se fijaran en la región.⁴ De ahí su afirmación de que el Caribe “históricamente, es el producto de una intensa lucha por el poder entre los Estados marítimos”. Esa lucha implicó que ninguna comunidad de la región “se desarrollara en plácido aislamiento sin ser perturbada por el oleaje de grandes conflictos bélicos e imperialistas”.⁵ En la cita anterior Morales Carrión no perdió tiempo en refutar la tesis de Antonio S. Pedreira sobre el aislamiento como condición histórica de Puerto Rico.⁶ Establece las distancias entre la propuesta insularista y la suya

al puntualizar que el insularismo como clave argumentativa para entender la historia de Puerto Rico “deberá considerarse inaceptable”.⁷ Más aún, adelantará una definición de espacio en la que tierra y mar no están separados; en la que la trama de la tierra queda relacionada con la trama del mar. Ambas se complementan para que la idea de lo “abierto” sea la condición histórica de la región y, por ello, el contacto fluido una de las características fundamentales para entender los procesos históricos de la isla y de la región.

Morales Carrión plantea la existencia histórica de la región como relación y como frontera, como uno de los “límites” de los intereses metropolitanos. Llama la atención la referencia a los argumentos de Alfred T. Mahan y Frederic Jackson Turner. Por un lado, Mahan hace un fuerte énfasis de la importancia del control de las rutas marítimas y las relaciones de poder de los Estados. Propuso que la balanza de poder internacional se inclinara a favor de quien controle las rutas de navegación. Por su parte, Turner escribe un influyente ensayo sobre el papel determinante de la frontera en la historia de Estados Unidos. De ahí la importancia del concepto de frontera, por un lado, como uno que permite analizar el contacto y el vínculo –“el intercambio directo de productos e ideas” entre distintos lugares– y, por otro, la frontera como el lugar límite y la expresión geográfica de unos deseos imperiales. Lo interesante es que esos deseos imperiales y de las relaciones que implicaron impulsaron el proceso “lento y doloroso, a través del cual la civilización echó raíces en la isla tropical de Puerto Rico”.⁸

Esa característica de lo abierto y fluido no supone una idea de cierre de la frontera, como sería el caso en países que comparten límites políticos. Su argumento se centra en entender la “naturaleza” de la ubicación de la isla. Por eso señala sobre Puerto Rico que “su posición en el cruce de rutas imperiales de abastecimiento expuso a la isla a contactos inevitables con pueblos no-hispánicos”. De esta manera, la fluidez y el contacto facilitaron las condiciones para la civilización, y no hay duda de que Morales Carrión está hablando de civilización occidental, que comenzará a florecer en Puerto Rico desde muy temprano en su historia colonial.

“Contacto” e “inevitable” son dos conceptos importantes aquí. Frente al aislamiento y sus repercusiones identitarias, el contacto como base de la historia del Caribe provee las posibilidades históricas de desarrollo de unos vínculos saludables, en cuanto experiencia cultural, económica y política, con el exterior. Por su parte, la idea de lo inevitable esta enlazada a un imperativo geográfico que determinó todo lo contrario al aislamiento. La tesis del triunfo sobre el exclusivismo comercial español planteó la posibilidad de la formación y desarrollo de una tradición histórico-geográfica que determinara, eventualmente, la formación de la identidad de los pobladores de la isla en el marco de lo que para este historiador es la civilización.⁹

La propuesta metodológica implica un análisis de la esfera de las relaciones internacionales y la forma en que Puerto Rico formó parte de una historia de la región y del mundo. Esa trama establece un vínculo que deviene en contacto fructífero con el mundo civilizado. En la argumentación de este historiador se establece una fuerte distinción entre un adentro y un afuera, no para determinar un deslinde y sus repercusiones, si no para establecer la relación entre ambos espacios como condición de la historia antillana y, por consiguiente, de la de Puerto Rico. La geografía supuso una burla a las pretensiones coloniales españolas y expuso a nuestra isla “a contactos inevitables con pueblos no-hispanos”.¹⁰ En otras palabras, para Morales Carrión un asunto fueron las pretensiones coloniales exclusivistas de la metrópoli española y otro las circunstancias y necesidades de la realidad social de los primeros tres siglos de colonialismo español en Puerto Rico.

Mas para marcar un *inicio* había que “encontrar” a Puerto Rico. La estrategia fue rastrear la isla en un cuerpo de archivos que no fueran los españoles para situar la historia de Puerto Rico “dentro del marco antillano de rivalidades imperiales y contactos inevitables entre las islas”. La geografía y una historia de los deseos imperiales europeos en las Antillas provocan la inevitabilidad de esos contactos. Un determinismo geográfico hermanado con unos determinados intereses imperiales es parte fundamental de un argumento mayor. Se trata de asumir una relación entre geografía y política. La mirada a las relaciones internacionales que trabajara

Morales Carrión se hace desde la plataforma de la geopolítica. A partir de esas relaciones, entiende, floreció la civilización en nuestra isla.

Mas, ¿cuáles fueron las claves de ese proceso que, para él, potenciaron el desarrollo de la civilización en Puerto Rico? Como ya he señalado, para Arturo Morales Carrión las claves están íntimamente ligadas a la geografía y a los intereses metropolitanos. No obstante, la civilización comenzará a expresarse a partir de la puesta en práctica de la transformación de la naturaleza por la producción económica. De ahí que el inicio de la industria y el comercio, o como lo asentó en otro de sus libros, los *Albores del capitalismo en Puerto Rico*, serán el punto de partida de su análisis. En su narrativa es importante entender este “inicio”. No se trata de cualquier comienzo. Lo que este historiador está planteando es que desde el mismo momento de la fundación de la colonia se dio un vínculo con unas prácticas de producción y transformación de la naturaleza que relacionan la historia de la isla con la cultura y los intereses occidentales. De manera similar a Eric Williams, a Morales Carrión le interesa definir las características de la relación colonial y su vínculo con el desarrollo del capitalismo mundial, no para establecer necesariamente una crítica a los efectos de la relación colonial sino para aquilatar la participación de la colonia y, en este caso, la región caribeña en la formación del capitalismo mundial. De ese vínculo, Morales Carrión construye la participación histórica de Puerto Rico y del Caribe en uno de los procesos definitorios de la modernidad.

Articulado de esta manera, el “nacimiento” de la colonia implicaba un “inicio” fruto de la expresión de los intereses civilizatorios occidentales. Al respecto Morales Carrión señala que a partir de la fundación del primer poblado español en 1508 inicia “un importante capítulo en el proceso de transculturación que ocurrió dentro de los límites del *mare clausum*”. Fungir como baluarte militar para enfrentar, como “trampolín en el proceso de exploración y colonización” y como “laboratorio tropical, un jardín de adaptación para hombres, animales y plantas” fue la manera en que se origina la relación de la isla con la civilización occidental.¹¹

Mas no bastaba definir un papel por desempeñar. Era necesario establecer un vínculo inicial con uno de los conceptos clave de la modernidad política, la libertad. Morales Carrión plantea que la concepción

política de la libertad y los cuestionamientos al colonialismo se expresaron en el Caribe y en Puerto Rico en siglos previos a la experiencia de las revoluciones atlánticas y de la Ilustración. A diferencia de Eric Williams, quien desarrolla la hipótesis de que la libertad como deseo y experiencia política hay que buscarla en las resistencias de los esclavos, para Morales Carrión ese primer encuentro con la libertad lo ubica en la “compulsión moral de proteger la libertad de los indígenas y de fomentar su incorporación pacífica y humana a las formas de vida españolas”. Esta necesidad moral, elabora este historiador, “se mantenía viva debido a un espíritu crítico prevaleciente entre los frailes dominicos que continuamente desafiaban los abusos de los conquistadores”. De ahí que concluya que ese “criticismo colonial, introdujo la idea de libertad en América mucho antes que la Ilustración y que los precursores de la ideología revolucionaria”.¹²

Como es posible apreciar, Morales Carrión establece el espacio en el cual deben acontecer los debates y cuestionamientos en torno a la libertad. El espacio del saber institucional será el lugar llamado para articular los cuestionamientos al orden colonial. Desde ese lugar deben surgir las voces que enarbolan los reclamos de “libertad” o las denuncias a los abusos y a la explotación de los sujetos coloniales. No podemos perder de perspectiva ¿de quiénes está hablando Morales Carrión? Por un lado, está haciendo referencia a Bartolomé de Las Casas y sus cuestionamientos y denuncias, desde la esfera institucional, de las formas de explotación del trabajo indígena en el Caribe. En su análisis es fundamental la existencia de unos sujetos capaces de “ver” las injusticias y consecuencias del modelo colonial. Además, gracias a que esos sujetos pueden “ver”, lo que los hace distintos a los que no “ven”, deben asumir un imperativo moral que los hará posicionarse de forma crítica frente al poder, pero, en este caso, sin pretender derrocarlo ni desplazarlo. Por otro lado, el mismo argumento provee los sujetos a quienes hay que defender, proteger e intentar redimir; en este caso, los pobres y desvalidos indígenas. Es gracias a la fundación de esta tradición de vínculo, podríamos decir, prerrevolucionario con la libertad, que podemos entender la manera en que este historiador se posiciona en relación con su función como intelectual y político. Mas en el caso de Arturo Morales Carrión la libertad se juega en el terreno de lo

institucional. Es decir, al posicionarse ante Las Casas este historiador consigna un umbral en el que fue inaugurada en Puerto Rico una tradición de cuestionamiento al orden colonial para modificarlo a partir del diálogo político y la negociación.

INTELECTUALES: ARTURO MORALES CARRIÓN, AUGE Y DECADENCIA DE LA TRATA NEGRERA EN PUERTO RICO

En este libro Morales Carrión también comienza ubicando espacialmente a Puerto Rico. La primera afirmación que hace es señalar que su trabajo se ha concentrado en el estudio de los vínculos e interacción de la historia de Puerto Rico con la del archipiélago y con la del mundo americano.¹³ Como es posible observar, a este historiador le interesan los cruces históricos para de ahí partir y establecer lo que para él serían las claves para entender a Puerto Rico como parte de una región y del mundo. Esa trama le proporciona a Morales Carrión la posibilidad de construir su argumento a partir de la concepción de que la historia es historia de las relaciones y de los contactos. Así, la idea del contacto funcionará como el vector histórico clave de sus argumentos. Mas el contacto está íntimamente relacionado con las formas del lugar y las escalas en las que se va a interactuar. En otras palabras, a Morales Carrión le interesa mostrar los vínculos de las islas, pensadas como escalas menores o pequeñas, y esa será una de sus coartadas argumentativas, “somos pequeños en términos geográficos espaciales”, pero gracias a la posición geográfica en la que nos ubicamos hemos podido ser parte, “importante”, del mundo civilizado. De ahí que señale que su estudio sobre el proceso abolicionista en Puerto Rico es un análisis del “influjo de factores externos en el proceso abolicionista puertorriqueño”.¹⁴ La base material de la ubicación de Puerto Rico y el Caribe será nuevamente el punto de arranque de su análisis.

Metodológicamente se plantea integrar la historia de Puerto Rico a una historiografía más amplia. ¿Por qué? ¿Cuál es la estrategia y el argumento político que se deriva de este planteamiento de método? Puerto Rico es un

país en el mundo y su historia es la historia de las relaciones con ese mundo. No es casualidad que uno de los primeros ejercicios que hace en este libro sea uno cartográfico, con un fuerte énfasis en la movilidad y la fluidez. Afirma Morales Carrión que

se movió el interés entre hechos distantes ocurridos en África, controversias entre Londres y Madrid, o sucesos acaecidos ya dentro del marco de la movida historia antillana. Hubo, pues, que aunar polémicas diplomáticas con decisiones de ministerios o gobiernos, o enlazar hechos de la intrahistoria isleña, de la historia cotidiana, con las complejísimas tendencias internacionales que envolvían la aguda pugna por el poder en el Caribe.¹⁵

De todos los temas relacionados con la trata negrera en Puerto Rico y su abolición me interesa analizar el papel que le asigna, así como la representación que Morales Carrión realiza de los personajes que adelantaron la idea de la abolición. Para este historiador, en el siglo XIX surge una minoría ilustrada que dejó una “honda huella en la historia del país. Su hora es la hora del romanticismo social, democrático e igualitario”.¹⁶ Es prudente detenerse en esta cita ya que cuando habla de estos ilustrados podemos enfatizar dos asuntos. Primero: la importancia de la educación para que ocurran los cambios políticos, económicos y sociales. La educación deviene en una condición clave para la articulación de procesos de cambio. Hay un imperativo moral de Morales Carrión hacia los intelectuales, hacia aquel que es educado. Se trata de un imperativo no sólo con la producción de conocimiento, sino con la transformación del país. En otras palabras, se trata de una minoría educada que debe asumir la responsabilidad de ayudar en la transformación de una mayoría de la población que no es educada, al menos formalmente. Una mayoría que no sabe, no puede o no debe dirigir los cambios del país. Más bien, esa mayoría debe ser transformada por aquellos hombres educados. Será esa transformación la que facilitará que Puerto Rico sea parte de una historia que salve sus fronteras geográficas y la haga participar en otras historias. Ese pertenecer a un aquí y que a su vez se las ingenia para ser parte de un allá, es clave para entender sus planteamientos.

En Morales Carrión es posible advertir una transformación en la historia de las relaciones y de los contactos de Puerto Rico con el exterior. Desde

unas relaciones signadas por las agresiones de los enemigos de España, seguidas por el desarrollo del contrabando, como otra forma de vínculo, hasta la maduración de unos contactos por un grupo de sujetos selectos y educados que desde la razón logran que Puerto Rico ingrese al mundo de la mejor manera posible. Es decir, desde un comienzo que marca la base de la estructura social y política de la isla con agresiones, contrabando y falta de interés metropolitano, hasta el surgimiento de la inclinación de unos sujetos isleños por asumir la responsabilidad de transformar el futuro de la isla.

Un segundo aspecto que deseo destacar es la caracterización que Morales Carrión hace y les adscribe a estos universitarios. Podemos argumentar que cuando Morales Carrión habla de esta elite decimonónica, también parece estar hablando de él y de su cohorte de universitarios-políticos vinculados con el Estado libre asociado. Dos semejanzas valen la pena enfatizar: primero, grados universitarios y estudios fuera de Puerto Rico como una condición clave para su acción política. Segundo, esos grados universitarios, las lecturas realizadas y un compromiso social sirven de vínculo entre estos intelectuales, aunque sea en torno a un *tema*, la abolición. En relación con sus personajes señala que, “revela esta minoría ilustrada, en varias de sus figuras más representativas, una formación universitaria. En su pensamiento, en sus actitudes, en su semántica, están presentes las lecturas hechas en las aulas de Madrid o en las de Barcelona o París. Segundo Ruiz Belvis, Eugenio María de Hostos, Ramón Emeterio Betances, José Julián Acosta, Román Baldorioty de Castro –para mencionar algunos de los más conocidos– constituyen una constelación de universitarios, apasionados por las ideas, más capaces también en sus momentos de sosiego de un pensamiento reflexivo, sistemático, con ribetes de erudición. Las contiendas políticas los separaron con el tiempo, ramificando y dispersando su acción ideológica, pero el abolicionismo “fue por unos años el gran aglutinante, el denominador común del impulso generacional, la ingente batalla de todos y la máxima conquista colectiva”.¹⁷ De la cita se desprende que la experiencia universitaria es clave en la formación de sujetos y del desarrollo de la discusión de las ideas que facilitarán las transformaciones de la sociedad y su contemporización. La universidad es pensada por Morales Carrión como la institución

encargada de formar a quienes deben asumir la responsabilidad de soñar el futuro y potenciar su materialización. Sin universidad, desde la perspectiva de este intelectual y político no es posible soñar el futuro.

Además, a Morales Carrión le interesa señalar que estos intelectuales del siglo XIX fueron producto de un largo proceso histórico que desembocó en el antiesclavismo. Comenta que “no podemos afirmar en rigor que fueron sus creadores [de la conciencia antiesclavista] porque ella resultó fruto a su vez de una lenta gestación histórica”. Añade que el “germen” antiesclavista existía “antes de que la generación universitaria de mediados del siglo XIX le diera un armazón conceptual y la apertrechara con las ideas batallonas y libertarias de la época”.¹⁸ Morales Carrión construye una historia de un Puerto Rico signado por una tradición de relación con la libertad y la civilización que parece desembocar sin remedio en las voces autorizadas del siglo XIX que logran darle un sentido de época. Lo que parece estar sugiriendo este historiador es que la trayectoria temporal isleña y caribeña facilitó la construcción de una determinada sociedad en cuyas características no se atisbó el esclavismo ni la economía de plantación hasta finales del siglo XVIII. Por lo tanto, concluye, “no echó ondas y recias raíces el sistema esclavista, en contraste con lo que aconteció en el Saint-Domingue francés, en Jamaica o en Barbados”.¹⁹ De ahí que se le facilite plantear la tesis del entrecruzamiento étnico producido por una práctica económica diferente a la plantación y a la esclavitud: el contrabando. No es casual su afirmación de que en el mundo del corso y la piratería “se mezclan los grupos étnicos, se borran las diferencias de color, y [en] todo ello queda una admiración en la conciencia popular, enemiga de castas” y se produce una “histórica tendencia al rechazo del trabajo servil”.²⁰ Este énfasis en el rechazo al trabajo servil como producto histórico será parte de una tensión histórica a través de la cual navega.

Las revoluciones atlánticas redefinirán el mapa de intereses caribeños a finales del siglo XVIII. Peligros y oportunidades se asoman en el horizonte. La dinámica de la guerra fría como metáfora o plataforma desde donde se lee esta coyuntura histórica permiten advertir en los argumentos de Morales Carrión el doble juego de amenaza y oportunidad, miedo y poder. Para finales del siglo XVIII, dice Morales Carrión, España ve una oportunidad,

pero otros intereses internacionales se le contraponen. Particularmente Inglaterra, la que a partir de la invasión napoleónica tendrá la “oportunidad de influir directamente en los destinos hispanos”.

Para Morales Carrión, mostrar el paisaje en el cual se inserta Puerto Rico fue fundamental. Hace falta “situar” la isla en relación con su entorno. Recordemos que la historia para Morales Carrión es relacional y por eso puede ser entendida como una historia de determinadas relaciones de poder. Su narración adquiere sentido político en la medida en que el paisaje narrado refuerza el devenir histórico. De hecho, el paisaje abonó al drama de la historia estableciendo, al mismo tiempo, las pautas para entender las oportunidades que se avecinaban. El cuadro era el siguiente:

Mientras surge el movimiento en contra de la trata, mientras arde en Tierra Firme la contienda revolucionaria, Puerto Rico se mantiene fiel a España. Es el centro del gran arco antillano, la base del maltrecho poderío español, el punto de apoyo para sus intentos de reconquista, el puerto de recala de sus barcos, el refugio de los realistas que vienen del Haití incendiario o de la Venezuela convulsa.^{[21](#)}

Como es posible apreciar, se trataba para Morales Carrión de una isla rodeada de peligros políticos, pero con grandes posibilidades económicas. En la cita se destaca el énfasis en la geopolítica, como parte de una tradición de servicio colonial a la metrópolis. Sin embargo, en el contexto de principios del siglo XIX, como eventualmente durante el siglo XX, el papel estratégico signado por el imperativo geográfico debe ser complementado por un mayor énfasis en la producción económica y su relación con el mundo del capitalismo internacional. Amenaza política y oportunidad económica se acercan en su argumento.

La idea de las revoluciones y la violencia generada, particularmente la francesa y la haitiana, sirven como ejemplo de los temores que provocan estos movimientos. El tema de las revoluciones es importante para establecer la tradición de reformismo *versus* la tradición revolucionaria en el Caribe y en Puerto Rico. La revolución es el peligro que acecha, pero al mismo tiempo, como en el caso de Haití, abre una oportunidad de transformación económica, política y social para la isla. Hay una oportunidad y se esbozan diferentes maneras de aprovecharla. De manera que la pregunta de fondo, política e histórica es cómo transformar la vida en

la isla sin transitar por el peligroso modelo revolucionario. Para Inglaterra, dice Morales Carrión, la oportunidad está en lo que logra hacer en ese contexto: influir diplomáticamente para adelantar la abolición del tráfico de negros. Y la oportunidad para Puerto Rico era convertirse en una colonia de plantación. Inglaterra logra que España firme el tratado de 1817 que prohíbe la trata de esclavos africanos. Sin embargo, una cosa es la ley y otra lo que ocurre en la realidad, motivado por los intereses políticos y económicos. En Puerto Rico, por su parte, “en medio de tanta peripecia, se transforma la economía”. En otras palabras, comenzó un proceso de “modernización” basado en la producción azucarera para la exportación. Mas para que ello ocurriera había que violar el tratado firmado entre España e Inglaterra.

Para Morales Carrión el éxito de una ley dependerá de que la misma responda a una combinación de intereses internos y externos. En otras palabras, a la construcción de un balance de intereses. Por ello apunta, al referirse al tratado de 1817, que “todo este aparato jurídico resultó letra muerta”,²² al menos para Puerto Rico. En esta explicación parece estar sugerida una lección y el inicio de una trayectoria histórica de maduración en la construcción y el manejo de las relaciones e intereses de la isla con el exterior. Su argumento en relación con el tráfico de esclavos dibuja la relación entre dos firmantes, España e Inglaterra, y un tercero que es la colonia, Puerto Rico. Los intereses de dos metrópolis se anteponen a los intereses y oportunidades para el desarrollo económico de la colonia. Por consiguiente, se trató de un aparato jurídico violado.²³ En ese sentido, una de las lecciones de este episodio de la historia de las relaciones internacionales es que los acuerdos firmados en esa esfera, para que funcionen y no sean “letra muerta”, deben ser el resultado de un acuerdo beneficioso para ambas partes. Beneficio que se debe expresar como transformación política, económica y social para Puerto Rico.

No es casualidad que Morales Carrión entienda que los estatutos o las leyes muestran una trayectoria de los avances reformistas en la isla. Sin embargo, argumenta que la disposición para aprovechar el momento es un proceso histórico de progreso acumulativo y preparatorio. De manera que un determinado futuro es ineludible. Por eso comenta, que

desde la Real Cédula del 14 de enero de 1778, que aspira a distribuir tierras y fomentar los cultivos, hasta la Real Cédula de Gracias de 1815, se extiende un periodo preparatorio en el cual se afianza un incipiente capitalismo de exportación con nuevos hombres, nuevas técnicas y nuevas ideas. La Cédula de Gracias dará renovado impulso a un proceso que, pese a las muchas trabas y dificultades de la época, venía ya dibujándose en la historia isleña.²⁴

Detengámonos un momento en la cita. Primero: para este historiador es importante enfatizar la historia de las leyes y lo que fomentan. De ahí su énfasis en el progreso de la historia, en este caso de la relación colonial. Las leyes apuntan hacia un proceso de maduración o de preparación, es el espacio donde se expresa la civilización. Mas, ¿quiénes son lo que maduran?; la metrópolis y la colonia, las relaciones coloniales. Segundo: esa noción de crecimiento se manifestó en dos aspectos, reforma agraria, adelanto del capitalismo e incorporación del extranjero de manera oficial a la historia de Puerto Rico. Digo oficial porque Morales Carrión estudió el vínculo con el extranjero mediante el contrabando desde el siglo xvi. Tercero: cuando leo los argumentos de Morales Carrión no puedo evitar pensar en las leyes orgánicas Foraker, de 1900, y Jones, de 1917, que culminaron en la Constitución de 1952 y en el establecimiento del Estado libre asociado. Como sabemos, ese proceso marcó una redefinición de las relaciones coloniales de Puerto Rico con Estados Unidos y con la manera en que se insertaba la isla en el capitalismo mundial. Cuarto: similar al proceso histórico del siglo xviii y xix el momento en el que ocurre la oportunidad de transformación de las relaciones coloniales (Estados Unidos-Puerto Rico) también es un contexto de crisis política y algidez revolucionaria. Se trata de la guerra fría. De la misma manera que las revoluciones atlánticas significaron una oportunidad económica y política para la isla, la guerra fría implicaba unos miedos, pero también una serie de oportunidades. Miedo-oportunidad política es una de las coordenadas discursivas que caracterizan el análisis de nuestro historiador. Parece sugerir que siempre hay hombres a lo largo de la historia que logran ver ese momento que va a marcar el rumbo histórico de la isla. Lo interesante en Morales Carrión, y en este caso en particular de su análisis de los acontecimientos del siglo xix, es que alguien ya había visto y escrito lo que se debía hacer. Alejandro O'Reilly había establecido el rumbo, faltaba la

oportunidad y los sujetos para ejecutarlo. Por eso comenta Morales Carrión que “el plan que había esbozado O’Reilly, de convertir a Puerto Rico en otra Santa Cruz comienza a cumplirse. La agricultura de frutos mayores – azúcar, tabaco y café– hace firmes avances. No serán espectaculares como los de Cuba. Tendrán sus altibajos. Pero el ritmo ascendente es visible, a pesar de la incertidumbre política y la crisis guerrera”.²⁵

Para Morales Carrión la experiencia británica tendrá un profundo efecto en las Antillas españolas. Entiende que “constituye un ejemplo a seguir en los planteamientos que unas generaciones más tarde se harán ante la metrópolis”.²⁶ A nuestro historiador le interesa el futuro y entender las bases sobre las cuales se toman las decisiones. Para Morales Carrión, el gesto comparativo es clave, pues le permite establecer una relación de influencia en los posicionamientos e ideas desplegadas en el futuro abolicionista de la isla. La experiencia de Haití marca el camino de la revolución como forma de erradicar la esclavitud. Sin embargo, acota Morales Carrión, al triunfo revolucionario abolicionista se llega a partir de la violencia de “la guerra de razas, del exterminio del poder del hombre blanco [y] de la ruina de la industria”. El historiador también vincula la abolición de la esclavitud a las revoluciones de independencia en América Latina. Apunta que “la tendencia abolicionista en lo movimientos revolucionarios contra España había formado parte de una lucha emancipadora, larga, cruenta, de carácter civil”.²⁷ De manera que en la narración de Morales Carrión revolución y abolicionismo quedaron atados a dos espacios geográficos (Haití y América Latina) y a las respectivas consecuencias históricas. En ese sentido los lugares, como signos, van a recibir una carga simbólica que le facilita la comparación.

No obstante, Inglaterra siguió el camino de la política y el debate para la consecución de la abolición de la esclavitud. La historia del abolicionismo inglés se presenta como el modelo ideal en la medida en que el mismo “se destaca más bien como intensa contienda de voluntades, como debate agrio y duro, puntualizado por rebeliones esporádicas de los esclavos; pero sin las consecuencias de otras experiencias históricas más sangrientas del abolicionismo, como había ocurrido en Haití”.²⁸ Esa es la diferencia que desea subrayar Morales Carrión y que le facilita marcar un vínculo con un

proceso abolicionista cuyo énfasis será la política como argumento en vez de la violencia revolucionaria. Hay ahí una tradición de la que es deseable ser heredero y que le servirá a nuestro autor para puntualizar una diferencia importante entre los hombres y los procesos políticos puertorriqueños y los hombres que asumen la revolución como opción política.

Esa distinción entre revolución y argumento político se destaca a su vez en el contexto en el que Morales Carrión ejerce como académico y como funcionario político. Al hablar de dos opciones, revolución o reformismo político, está hablando de su propio contexto. Las opciones que se dibujan en el Caribe de la posguerra y en plena guerra fría señalan a la revolución, en este caso comunista y a la transformación reformista del espacio económico, político y social de la región. Así que el presente de Morales Carrión se prefigura en el pasado que analiza y donde establece las pautas de una tradición política y de unos sujetos que la ejecutan. Morales Carrión deslinda dos campos de acción, privilegia uno como la opción correcta y señala al otro como la opción peligrosa. Los binarismos y ansiedades de la guerra fría marcan su mirada y establecen el campo de acción que prefiere como tradición para los puertorriqueños. Será en el Parlamento inglés donde acontecerá la gran batalla por el abolicionismo que, tarde o temprano, habrá que emular en las cortes españolas.²⁹

La base epistémica de la guerra fría también es posible apreciarla cuando Morales Carrión revisa las medidas propuestas para enfrentar la oportunidad que implicaba el cuadro internacional en el que inserta a Puerto Rico. La relación entre énfasis geopolítico y oportunidad económica es evidente a partir del paisaje de amenazas internacionales que dibuja Arturo Morales Carrión: la revolución haitiana, el abolicionismo inglés, las guerras de independencia en las colonias españolas de tierra firme y un naciente abolicionismo en ciudades del norte de Estados Unidos. En ese contexto, desarrollar una economía de plantación constituía una oportunidad económica (modernización) y política. El problema era uno de población y, por ende, de mano de obra.

Al analizar las respuestas dadas a este problema, Morales Carrión encuentra que el asunto ha sido una preocupación de la elite burocrática colonial. La idea de la población con la que se cuenta y la que se desea para

transformar el futuro es clave para el éxito de los proyectos políticos y económicos. De manera que esta preocupación sobre quiénes deben trabajar y de qué manera deben hacerlo funciona, en su argumento, como la evidencia de una preocupación de una elite burocrática responsable y consciente de la relación de la esclavitud, la modernización económica y las amenazas geopolíticas, problema que había que intentar resolver.

Morales Carrión identifica esa intención en varias instancias, pero me interesa destacar una. Ante la debilidad de las defensas y el miedo que implicaba la posibilidad de otro Haití, en 1834 Miguel de la Torre³⁰ nombra una comisión para que redacte unas instrucciones al procurador a Cortes, José San Just. Morales Carrión destaca del informe la preocupación por reducir la vagancia y la necesidad económica y política de convertir a los vagos en “ciudadanos útiles” ya que “la naciente prosperidad de la isla necesita de muchas empresas que reclaman mayores trabajadores”.³¹ Lo interesante es que para nuestro historiador el énfasis en la productividad de la población para facilitar la transformación económica de la isla, ese “sitiar la vagancia”, no tenía un fin moral. De lo que se trataba, señala, era de una “evidente motivación económica y demográfica, un impulso propio de las exigencias del capitalismo agrario, así como una razón geopolítica”.³² La acción de “sitiar” la vagancia supera el mero hecho de satisfacer una demanda de mano de obra. La productividad y transformación económica de la isla será el resultado de una población aplicada y ordenada en torno a un proyecto de desarrollo que tendrá como resultado responder positivamente a los peligros que acechan en la escena internacional. Por eso afirma que los sujetos que trabajan son un “recurso para contener el asedio del exterior”.³³ La reforma política y el desarrollo económico operan en este argumento como contenedores de las ideas revolucionarias del exterior. En otras palabras, Morales Carrión “descubre” una tradición política en la isla que enfatiza en la reforma como vía de cambio social y económico para demostrar cómo es posible sortear y contener el canto revolucionario. Lo interesante es que para él el imperativo geográfico hace de la isla un lugar excepcional, no para que florezca un proyecto de revolución abolicionista, acaso más bien un espacio en el que podrá florecer el proyecto abolicionista como una respuesta civilizada a la necesidad de mano de obra. De ahí que

ante los peligros que acechan como posibles revueltas y revoluciones, la respuesta que se articula en Puerto Rico es producto del intelecto y de medida política. Más vale destacar la referencia a la idea de la contención del avance de las ideas revolucionarias. Es evidente la referencia al ámbito de la guerra fría y a una política internacional norteamericana diseñada a partir de la lógica de la amenaza del comunismo y de las estrategias desarrolladas para contener su avance.

Morales Carrión identifica como un ejemplo a seguir la figura del cónsul británico en Puerto Rico, Lindegren. Comenta una carta que este cónsul le envía al gobernador Norzagaray para destacar la habilidad diplomática del británico. Este énfasis destaca la relevancia que Morales Carrión le adjudica a las relaciones internacionales como uno de los espacios fundamentales donde ocurren las relaciones de poder que le interesa historiar y destacar. No es casualidad que gran parte de su carrera académica y como funcionario de gobierno la dedicara al estudio y ejecución de la diplomacia. Sobre la habilidad diplomática de Lindegren demostrada en la carta a la que hace referencia nuestro historiador y diplomático destaca que “el tono, cortés; la posición, firme; la protesta, bien razonada, en términos que permitan encontrar una fórmula con posibilidades reales dentro del diagrama de las circunstancias sociales y económicas en que se mueve Norzagaray. Y al final, introduce el recuerdo implícito de la necesidad española de no malquistarse con Londres”.³⁴

Esta cita es interesante: con la mayor confianza establece lo que deben ser las habilidades de un buen diplomático. La palabra debe ser su arma. No se rehúye el debate y la tensión, mas el decoro y las buenas maneras deben prevalecer. El lenguaje es el arma de la diplomacia y la comunicación efectiva es fundamental para prevalecer. Esta arma bien utilizada será eficiente para provocar situaciones dentro de otras situaciones. Así, para hacer diplomacia hay que partir de una meta definida de antemano y de una apertura de posibilidades que, en el ejercicio político del diplomático, deben quedar sugeridas o forzadas para, a partir de la discusión que se desate, sean la opción elegida. Se destaca también de esta cita que la meta del diplomático no debe ser la imposición o al menos no debe dejar sentir que se está imponiendo. Más bien debe construir la situación de tal manera para

que su contrario político no llegue forzado al acuerdo, sino que encuentre por sí solo la fórmula política que resolverá el asunto. Si nos fijamos con detenimiento lo que hace Morales Carrión al analizar esta carta es dictar una clase de diplomacia centrada en la idea del *soft-power* o en la habilidad de crear situaciones y efectos.³⁵

En las consideraciones finales del libro sobre la trata negrera Morales Carrión enfatiza en su intención inicial de situar a Puerto Rico dentro de un “drama” más amplio que el insular. Por eso, en su narración los espacios geográficos se van imbricando para establecer una relación de interdependencia espacial que incide en la narración de lo histórico. Metodológicamente, Morales Carrión propuso un doble desplazamiento por un “laberinto documental” y de ahí desplazar su atención “hacia hechos y situaciones ocurridos en una variada geografía”. Afirma que gracias a ese caminar pudo “fijar los efectos étnicos y sociales de la trata en el acontecer puertorriqueño”.³⁶ La metáfora de la movilidad es clave para entender la historia; el historiador no debe estar quieto, debe moverse para rastrear los caminos sinuosos de lo acontecido. De igual manera, la metáfora del movimiento y la búsqueda lleva al historiador hacia el contacto con lo extranjero. Más aún, en este caso el contacto es importante en la medida en que relaciona la historia local con una historia más amplia. En otras palabras, las escalas espaciales logran ser aumentadas en la medida en que las metáforas de desplazamiento y búsqueda son utilizadas. De esta forma, la historia local entra o es parte de una trama más vasta que requirió la participación de hombres capaces de asumir la responsabilidad que le imponía su tiempo y su educación. De igual manera, la metáfora del desplazamiento tiene la virtud de abrir un espacio mayor de análisis y, al mismo tiempo, establece el lugar donde proyectará la trama narrada. Entiendo que en el análisis que practica Morales Carrión lo fundamental es ese juego de escalas en el cual se inserta la historia local, de ahí la primacía de las relaciones de poder entre los espacios que interactúan. Morales Carrión elabora un relato signado por la intensa necesidad de establecer un *interplay* geográfico-histórico para poder ubicar y entender la historia de Puerto Rico.

Más para hacer gráfico ese *interplay* en sus consideraciones finales, Morales Carrión dibuja el mapa que le dictó la “huella documental” que rastreó. El mapa juega un papel clave en esta parte final del libro en la medida en que nos permite “ver”. Lo que dibuja por medio de la narración tiene dos características importantes. Primero, es un mapa cuyas partes van siendo encontradas en la documentación que estudia Morales Carrión. Esto le permite construir un juicio valorativo en relación con los fondos documentales que estudia. ¿Qué es lo que le ha permitido la documentación consultada? “Localizar regiones en el África Occidental donde ocurrieron ventas de esclavos y capturas de barcos: Boni, los ríos Sherbo y Gallinas, el Golfo de Guinea, etcétera.”³⁷

De la misma manera que encuentra a África, también encuentra a las islas y a Puerto Rico y nos muestra una ruta al apuntar que

la huella documental nos llevó a descubrir el papel que desempeñaron en la trata las islas del Atlántico –las Canarias, las de Cabo Verde– como bases intermedias para el comercio de esclavos y centro de artimañas en el intercambio de banderas y en los turbios manejos para alterar los manifiestos y los documentos de los barcos. Por la misma ruta, arribamos también a las pequeñas Antillas que en los años estudiados nutren la trata puertorriqueña: San Bartolomé, San Thomas, las Antillas francesas, Curazao. En el desarrollo del estudio surgen claros atisbos de la extensa red de intereses negreros en América, desde Brasil hasta Cuba y los Estados Unidos, sin olvidar los agentes palaciegos en España.³⁸

El argumento de Morales Carrión sería el siguiente: si es posible localizar, digamos, ciertas regiones de África y el Caribe en la documentación inglesa, entonces es posible establecer la relación y el valor del papel desempeñado por esas regiones en la construcción de una historia que, obviamente, expande las fronteras imperiales y pone en contacto regiones distantes. Esa historia, en este caso, la de la esclavitud y su tráfico, tiene la facultad de acortar las distancias geográficas y de establecer una base relacional entre las regiones y los centros metropolitanos que le permiten al historiador narrar la historia de las relaciones económicas, culturales y políticas, al tiempo que puede sopesar la importancia de los espacios “marginales” en la formación de una trama que supera cualquier región, ya que forma parte de la historia de la humanidad y, en este caso, de la civilización occidental. Entonces, aparecer en la documentación imperial

es similar a haber aparecido en el mapa, lo que es equivalente a existir. Pero se existe porque se es parte de una red de fuerzas.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Altagracia, Carlos D., *La utopía del territorio perfectamente gobernado: miedo y poder en la época de Miguel de La Torre (Puerto Rico 1822-1837)*, San Juan, s. e., 2013.
- Álvarez Curbelo, Silvia, *Un país del porvenir: el afán de modernidad en Puerto Rico (siglo XIX)*, San Juan, Ediciones Callejón, 2001.
- Colón Meléndez, Jaime R., “El discurso civilizador en Puerto Rico, 1865-1912”, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 1996.
- Gelpí, Juan, *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1993.
- Montaldo, Graciela, *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2004.
- Morales Carrión, Arturo, *Auge y decadencia de la trata negrera en Puerto Rico*, San Juan, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe/Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1978.
- Morales Carrión, Arturo, *Puerto Rico y la lucha por la hegemonía en el Caribe. Colonialismo y contrabando, siglos XVI-XVII*, Río Piedras, Centro de Investigaciones Históricas/Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995.
- Nye, Joseph S., *Soft Power. The Mean to Success in World Politics*, Nueva York, Public Affairs, 2004.
- Pedreira, Antonio S., *Insularismo. Ensayos de interpretación puertorriqueña*, Madrid, Tipografía Artística, 1934.
- Rodríguez Vázquez, José Juan, *El sueño que no cesa. La nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño, 1920-1940*, San Juan, Fundación para la Libertad/Ediciones Callejón, 2004.
- San Miguel, Pedro L., *Los desvaríos de Ti Noel*, Río Piedras, Ediciones Vértigo, 2004.

NOTAS

¹ Montaldo, *Ficciones culturales*, 2004, p. 14.

² *Ibid.*, pp. 14-15.

³ Morales, *Puerto Rico*, 1995, p. 1.

- [4](#) Si seguimos la tipología elaborada por Pedro San Miguel en su ensayo “Visiones históricas del Caribe”, a Morales Carrión hay que ubicarlo entre aquellos que enfatizaron la geopolítica como el factor condicionante de la historia del Caribe. San Miguel, *Los desvaríos de Ti Noel*, 2004, pp. 27-81.
- [5](#) Morales, *Puerto Rico*, 1995, p. 1.
- [6](#) Pedreira, *Insularismo. Ensayos*, 1934. De los trabajos de análisis crítico de la obra de Pedreira destaco: Rodríguez, *El sueño que no cesa*, 2004, y Gelpí, *Literatura y paternalismo*, 1993.
- [7](#) Morales, *Puerto Rico*, 1995, p. 3.
- [8](#) *Ibid.*
- [9](#) Sobre la tradición del discurso civilizador en Puerto Rico, véanse Colón, “Discurso civilizador”, 1996, y Álvarez Curbelo, *Un país del porvenir*, 2001.
- [10](#) Morales, *Puerto Rico*, 1995, p. 2.
- [11](#) *Ibid.*, p. 11.
- [12](#) *Ibid.*, pp. 10-11.
- [13](#) Morales, *Auge y decadencia*, 1978, p. 1.
- [14](#) *Ibid.*, p. 2.
- [15](#) *Ibid.*
- [16](#) *Ibid.*, p. 7.
- [17](#) *Ibid.*
- [18](#) *Ibid.*, p. 8.
- [19](#) *Ibid.*
- [20](#) *Ibid.*, pp. 9 y 14.
- [21](#) *Ibid.*, p. 29.
- [22](#) *Ibid.*, p. 25.
- [23](#) Altagracia, *La utopía del territorio*, 2013.
- [24](#) Morales, *Auge y decadencia*, 1978, p. 29.
- [25](#) *Ibid.*, p. 25.
- [26](#) *Ibid.*, p. 49.
- [27](#) *Ibid.*
- [28](#) *Ibid.*, p. 50.
- [29](#) *Ibid.*, p. 51.
- [30](#) Sobre las relaciones de poder en la época de Miguel de la Torre en Puerto Rico, véase Altagracia, *La utopía del territorio*, 2013.
- [31](#) Morales, *Auge y decadencia*, 1978, pp. 72-73.
- [32](#) *Ibid.*, p. 73.
- [33](#) *Ibid.*
- [34](#) *Ibid.*, p. 201.
- [35](#) Sobre la idea del *soft-power* y las relaciones internacionales, véase Nye, *Soft Power*, 2004, pp. 153-171.
- [36](#) Morales, *Auge y decadencia*, 1978, p. 236.
- [37](#) *Ibid.*, p. 235.
- [38](#) *Ibid.*

IDENTIDAD

La parte más onerosa de nuestra identidad se sostiene sobre lo que los demás saben o piensan sobre nosotros.

Antonio Muñoz Molina

ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO, ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA: APUNTES SOBRE UN CUENTO DE ANTONIO BENÍTEZ ROJO

Efraín Barradas

DESCUBRIMIENTO

En mayo de 1979 viajé a Cuba por primera vez. Iba a conocer a los miembros del grupo Orígenes que todavía vivían en La Habana. Ya había entrevistado a algunos que se habían exiliado en Nueva York y, aunque para entonces había presentado y defendido mi tesis doctoral que versaba sobre el tema, quería continuar mi investigación sobre la revista con entrevistas a los “origenistas” que quedaban en Cuba. Allí y entonces conocí a Cintio Vitier, a Fina García Marruz, a Eliseo Diego y a José Rodríguez Feo. Hablé por teléfono con Virgilio Piñera, pero no pude llegar a conocerlo personalmente pues rehusaba dar entrevistas a extranjeros que no vinieran recomendados por amigos muy íntimos. Esa experiencia, además de marcar la visita a Cuba, me tocó profundamente, aunque en el momento no me diera cuenta de ello. Quedé deslumbrado por Diego, su poesía y su persona,

y simpatiqué mucho con Rodríguez Feo, más que con ningún otro “origenista”. Pepe se convirtió en mi guía literario en La Habana.

Fue el mismo Rodríguez Feo quien me puso en las manos el primer libro de Antonio Benítez Rojo que leí, *El mar de las lentejas*,¹ novela que había sido publicada durante los días de mi visita a La Habana. Pepe me la recomendó como una de las mejores que se habían escrito en Cuba en los últimos años. Por él conocí al autor muy de pasada: conservo y atesoro un ejemplar de una colección de sus cuentos que me regaló y que lleva inscrita una parca dedicatoria.

Pero fue hasta mi regreso a casa cuando verdaderamente descubrí a este importante escritor. Y fue por la lectura de esa novela, su primera, que me di cuenta de que estaba frente a un escritor de interés e importancia. Impresionado por la obra, escribí una reseña donde subrayaba la relación entre esta obra y las de Alejo Carpentier. En mi texto recalcabá más las semejanzas entre los dos autores porque las diferencias entonces, tras la lectura de esa sola obra suya, no las percibía con claridad. Intuía que la obra de Benítez Rojo empalmaba con la de Carpentier por el profundo interés compartido por la historia caribeña, pero no lograba ver cómo y en qué se diferenciaban.² Posteriormente otros lectores críticos de la totalidad de la obra de Benítez Rojo, no sólo de esta primera novela, apuntaron su afinidad con el neobarroco caribeño de visos carpenterianos; un caso ejemplar entre estos es el de Edgardo Rodríguez Juliá quien ha visto toda la narrativa de Benítez Rojo en ese contexto estético.³ Estas lecturas vienen a reafirmar la que hice tempranamente de su primera novela.

Mi lectura y la reseña que escribí,⁴ texto que Benítez Rojo no llegó a conocer, como supe mucho más tarde por una conversación que tuve con él, quedaron en el aire hasta que diez años después leí *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*,⁵ libro que estableció su reputación como una fuerza innovadora en cuestiones de cultura caribeña. De inmediato quise volver a la novela para verla desde las ideas que presentaba en este importante texto, pero este fue un proyecto que se quedó sin desarrollar. Muchas veces volví a releer partes de *La isla que se repite* y siempre pensaba en *El mar de las lentejas*, pero nunca desarrollé esos atisbos.

CIERRE Y CULMINACIÓN

Continué leyendo a Benítez Rojo, aunque nunca de manera sistemática. Lo hacía por el placer que me brindaban sus textos; nunca pensé en dedicarle un ensayo, aunque siempre terminaba de leer sus cuentos o ensayos con el firme propósito de volver a su primera novela porque de alguna forma hallaba en aquellos algo que me hacía pensar en aquella. Cuando me llegó la noticia de su muerte, como una especie de homenaje privado, tomé todos sus libros que tenía en mi biblioteca. Hojeándolos me di cuenta de que había una colección de cuentos suyo que no poseía, *Paso de los vientos*,⁶ y decidí adquirirla de inmediato. Cuando vi el libro recibí una gran sorpresa. Después del índice aparece una “Nota del autor” que dice en parte: “Con esta colección de cuentos doy fin a un viejo proyecto: escribir una trilogía sobre el Caribe utilizando distintos géneros literarios. Preceden al presente libro la novela *El mar de las lentejas* y los ensayos de *La isla que se repite*.”⁷

Ahí estaba, expresada de manera distinta, la idea que se me había ocurrido cuando leí por primera vez este importante libro de ensayos: la relación entre este y su primera novela. Volví de inmediato a esta, en su primera edición, la cubana de 1979, y hallé en la contraportada de la misma unas palabras que hacían eco a las que acababa de leer: “Antonio Benítez Rojo inicia con esta novela un ciclo que ha denominado ‘Mar de fondo’, y en el que diversos acontecimientos sociales del Caribe han de estructurar una impresionante crónica a lo largo de cinco siglos”.⁸

El anuncio de “Mar de fondo” era una promesa abierta y ambiciosa que el autor hacía en 1979. Entonces hablaba de un ciclo, de algo aún sin parámetros fijos, de un proyecto todavía indefinido, amplio, y no de una trilogía, una unidad definida, de componentes precisos. Pero 20 años después de publicar *El mar de las lentejas*, el proyecto cobraba cuerpo exacto, aunque me parecía intuir que había una diferencia entre lo que se nos ofrecía, la trilogía de obras publicadas en plazos de diez años entre sí (1979, 1989, 1999), y la promesa hecha en la primera de estas. Me parecía que cuando Benítez Rojo publicó *El mar de las lentejas* (tenía entonces sólo

48 años) se imaginaba con fuerzas para producir “un ciclo” caribeño, una especie de “comedia humana” o de “comedia social” de cinco siglos de historia antillana. Pero cuando recogió algunos de sus nuevos cuentos en *Paso de los vientos*, a los 68 años, volvía a pensar que no había cumplido la promesa de crear ese amplio ciclo narrativo, pero se daba cuenta que de alguna manera lo ha hecho, aunque no de la forma que pensaba hacerlo originalmente.

Por supuesto, no tengo evidencia concreta para sustentar la veracidad de este cambio de actitud que intuyo y propongo en Benítez Rojo y de esta revelación del autor ante su obra; en mi propuesta concibo al autor como un personaje de su propia narrativa o de un cuento de Borges: un viejo sabio narrador que se da cuenta que ha hecho lo que se había propuesto hacer, aunque de manera muy distinta a la que creía iba a hacerlo en su temprana madurez. Ese Benítez Rojo que imagino descubriendo un patrón en su propia obra, que no es el que se había propuesto años antes, me hace pensar en una figura histórica que el propio autor usa como personaje en uno de los cuentos de esta su última colección, fray Bernardino de Sahagún. Así como en “La flauta rota” el sabio fraile descubre que la realidad se impone y tiene que dar por terminada una sección de su obra maestra, Benítez Rojo, en mi imaginación, cerraba la promesa de un amplio ciclo al darse cuenta, después de terminar su última colección de cuentos, que las piezas se habían colocado por sí mismas para darle fin o forma al rompecabezas literario que construía desde hacía años.

Pero mis asombros y revelaciones con la lectura de la última colección de cuentos de Benítez Rojo no terminaron con la nota que abre el libro. La dedicatoria de la colección –“A Julio, donde quiera que esté”– parece hacer del texto, de otra forma, un círculo que lo remite a sus orígenes, a Julio Cortázar, narrador que lo marcó en sus comienzos como escritor. La crítica ha visto en sus primeros cuentos la destacada influencia de Cortázar y el mismo Benítez Rojo ha reconocido la importancia para su obra de la lectura de la narrativa, especialmente los cuentos, del maestro argentino ¿Quién puede ser ese Julio sino Cortázar?

Pero ahí no acababan las sorpresas que hallaba en esa colección de cuentos. Los textos mismos están llenos de otros asombros e iluminaciones.

Aparecen aquí, por ejemplo, cuentos de gran destreza narrativa como el ya citado, “La flauta rota”, una de sus mejores narraciones, donde el autor maneja con maestría elementos esenciales que definen su obra, sobre todo la erudición como intertextualidad para crear una obra que sirva para aclarar de manera novedosa un problema histórico, en este caso el conflicto y los traumas de la deculturización previa a la creación de una nueva cultura. Esta narración, como tantas otras de Benítez Rojo, se puede leer a la luz de las ideas esenciales de Fernando Ortiz. Pero esta en particular rompe con el marco histórico caribeño que había sido el privilegiado por el autor; en ese sentido “La flauta rota” no cabe en la colección, aunque ejemplifica de manera excepcional los rasgos característicos de su obra.⁹

También en *Paso de los vientos* hallamos cuentos que vuelven a personajes que ya habían aparecido en *El mar de las lentejas*, como ocurre directamente en “Acuerdo de caballeros”; regresa también a temas que en la novela había tratado desde otra perspectiva, pero que aquí ve desde un ángulo distinto –el mundo colonial francés más que el inglés– pero que quedan emparentados con esa primera narración; este es el caso de “Veracruz” y “Alta política”. También hallamos experimentos narrativos que rompen con la definición clásica del cuento. Hay en esta colección textos que funcionan mejor como fragmentos o bosquejos de novelas que como cuentos, según la definición clásica, lo que él mismo llamó “el cuento perfecto, el cuento que por sí mismo tiene un extraordinario valor literario”.¹⁰ Recordemos que ya desde su primera colección de cuentos, *Tute de reyes*,¹¹ Reinaldo Arenas había apuntado la tendencia a romper con la norma clásica que se halla en algunos de los cuentos de Benítez Rojo: “En sus cuentos se observan detalles que son más propios de la novela que de la construcción obligatoriamente concisa de un cuento [...]”.¹² Notamos, además, que el orden de las narraciones en la colección responde a una cronología: la trama de estos va de la conquista a la revolución. Pero la mayor sorpresa es la inclusión de una nueva versión de un cuento ya publicado en varias otras colecciones del autor, “La tierra y el cielo”.

¿Por qué incluyó sólo un viejo cuento en esta nueva y última colección? ¿Por qué una nueva versión del mismo? ¿Qué cambia Benítez Rojo en ese viejo cuento? ¿Por qué lo hace? ¿Por qué le da la posición privilegiada del

cierre del libro? Todas esas preguntas me llevaron a releer “La tierra y el cielo” en el contexto de esta colección de cuentos que según el propio autor es la culminación o cierre de una trilogía compuesta por importantes obras suyas o el remate y final de un ciclo que había anunciado desde su primera novela.

HISTORIA DE UN CUENTO

“La tierra y el cielo” aparece por primera vez en el segundo libro de cuentos de Benítez Rojo, *El escudo de hojas secas*,¹³ libro con el cual ganó el Premio Luis Felipe Rodríguez de la UNEAC. Recordemos que nuestro autor entra tardíamente al mundo literario y sin haber pasado por un proceso de aprendizaje e iniciación. En 1967 gana el Premio Casa de las Américas con su primer libro, *Tute de reyes. El escudo de hojas secas* y “La tierra y el cielo” se vuelven a publicar en Buenos Aires en 1972. En 1976 el cuento sirve de base para una película del mismo título, dirigida por Manuel Octavio Gómez y con guión del propio Benítez Rojo.¹⁴ Dos años más tarde el autor recoge en un solo volumen sus dos primeras colecciones de cuentos bajo el revelador título de *La tierra y el cielo*.¹⁵ El que el cuento sirva de base a un filme y que sirva también de título para la recopilación de sus narraciones confirman su importancia en la totalidad de la obra del autor o, al menos, el reconocimiento y la posición privilegiada que este le otorga. El cuento también se incluye en la antología de narraciones de Benítez Rojo publicada en 1984, *Estatuas sepultadas y otros relatos*,¹⁶ aunque aquí sea otro de sus cuentos más antologizados el que da el título a la colección. Años más tarde aparece reunido entre los textos que forman su *Antología personal*,¹⁷ selección que, como apunta el título, fue hecha por el propio autor. También aparece en dos colecciones de cuentos traducidos al inglés: *The Magic Dog and Other Stories*¹⁸ y *A View from the Mangrove*,¹⁹ una traducción de *el Paso de los vientos*, libro que aún no había aparecido en español cuando aparece esta traducción y que incluye uno de *Heroica*,²⁰ relato no incluido en la colección en español. Hay antólogos que no le han

dado la misma importancia a “La tierra y el cielo”. Los que han compilado cuentos de Benítez Rojo en sus antologías han preferido agrupar otros cuentos suyos, sobre todo “Las tijeras” o “Estatuas sepultadas”. A pesar de ello, no cabe duda de que “La tierra y el cielo” es un texto privilegiado por Benítez Rojo como lo prueban los datos antes señalados y, sobre todo, el que haya sido el único de sus cuentos ya recogidos en libro que forme parte de su último libro de relatos, *Paso de los vientos* que, como ya hemos señalado, es la culminación o el cierre de su ciclo caribeño que abría con *El mar de las lentejas* y, probablemente, el testamento literario de su autor, a pesar de la publicación, dos años más tarde de su segunda novela, *Mujer en traje de batalla*,²¹ un texto de gran importancia que reanuda su interés en la novela histórica.

DE FANÁTICO HAITIANO A CUBANO REVOLUCIONARIO

“La tierra y el cielo” narra la historia de Pedro Limón y de Aristón, dos haitianos en Cuba. Ellos forman parte de una comunidad de emigrantes de esa nacionalidad que vive en la parte oriental de la isla. El cuento tiene tres planos temporales que se alternan y se entrelazan: la vida de la comunidad antes de la revolución, la actuación de los dos personajes principales como guerrilleros en Sierra Maestra, y el regreso del protagonista tras su experiencia revolucionaria y la muerte de su amigo Aristón. Como en otros cuentos de Benítez Rojo, la trama de “La tierra y el cielo” parece el bosquejo de una novela. No sorprende, por ello, que sirviera de base a una película.

La acción prerrevolucionaria sirve para establecer claramente los prejuicios de los cubanos contra la comunidad haitiana y la pobreza que lleva a esta al trabajo en los cañaverales; también sirve para presentar un punto importante para la trama: el apego de estos haitianos a sus creencias religiosas de origen africano, el vudú.

El segundo plano temporal narra el hecho central del cuento: la experiencia de Aristón y Pedro Limón en la sierra. Cada uno de los

personajes encarna un modo de vida distinto. Aristón, fuerte y valiente, es “caballo” de Oggún, loa guerrero; Pedro Limón, en cambio, encarna lo racional y lo razonable, el personaje que parece acoplarse al nuevo mundo cubano. Ambos representan opuestos –fe/razón, acción/intelectualidad: cielo/tierra– pero a la vez están enlazados por su historia común y por su pertenencia a una misma comunidad. Este importante aspecto del cuento se podría estudiar desde las perspectivas críticas desarrolladas por Eve Kosofsky Sedgwick, específicamente su concepto de lo “homosocial”.²² Hay que apuntar también que, desde el punto de vista narrativo, este segundo plano temporal formaría por sí mismo un cuento completo con una estructura clásica. Los otros dos momentos o planos sirven para ofrecer antecedentes al lector que hacen al segundo más verosímil o para completar la acción, lo que, como se verá, puede percibirse como una falla narrativa si se parte de una visión restringida del cuento moderno clásico. Por ello mismo, en su reseña a *La tierra y el cielo* y *Heroica* Luis Álvarez Álvarez ya apuntaba que esta pieza en particular “comienza a exceder ya los imprecisos límites del cuento”.²³

El tercer plano temporal es el regreso de Pedro Limón como maestro rural a su comunidad tras haber sido transformado por su experiencia política en Cuba. Su transformación es literalmente un cambio de cara ya que se la tienen que reconstruir tras las graves heridas que recibe en Playa Girón. Luego de la separación y la transformación de su comunidad siente miedo de no llegar a ser aceptado por esta.

Aunque las tres partes cumplen una clara función en la estructura narrativa, el meollo de la narración y la trama es la acción en la sierra. Por ello mismo la narración (el discurso o el “récit”) culmina en este segundo plano de acción. El protagonista debe enfrentar el fusilamiento de su amigo por haber dado muerte en un trance o en un momento de cólera –dependiendo de que aceptemos o no la realidad de la posesión del personaje por el loa– a uno de los jefes revolucionarios. Aristón, como hijo del loa de la guerra que le había prometido protección, tiene la certeza de que en el momento de la ejecución se transformará y no morirá. El narrador omnisciente –el cuento está narrado por Pedro Limón y por esa voz narrativa impersonal– dice al contar la muerte de Aristón:

Rebotó contra la ceiba. Hizo un ruido como de tos y largó un buche de sangre. Luego resbaló por el tronco, y se hundió en la hierba. El capitán caminó hasta el árbol con la pistola en la mano. Se inclinó. No sé qué clase de culebra fue, si un jubo o un majá, pero bajo el humo del disparo, un latigazo de ceniza corrió por entre la hierba y se perdió monte arriba. No fue idea mía: todos nos quedamos mirando a lo alto de la ladera aunque nadie hizo comentarios.²⁴

El incidente, obviamente, nos remite al capítulo 8 de *El reino de este mundo*,²⁵ “El gran vuelo”, donde se narra la muerte y transformación de Mackandal, personaje mencionado varias veces en “La tierra y el cielo”. Si en Carpentier Mackandal, al menos para los creyentes haitianos, se metamorfosea en pájaro, en Benítez Rojo Aristón, personaje que por más de una razón recuerda a este otro, se convierte en serpiente. Pero en ambos textos la transformación, que ponen en duda algunos personajes, es central y representa una exaltación de la cultura haitiana y las creencias neoafricanas caribeñas.

Pero el cuento no termina con la supuesta transformación de Aristón sino con la confrontación entre Pedro Limón y el líder guerrillero que fomenta la transformación de este haitiano supuestamente ignorante en un cubano revolucionario, según sus criterios racionalistas. Por ello el clímax del cuento se da con las últimas palabras del habanero, narradas por Pedro Limón: “Sin alzar la cabeza me dijo que me retirara, que me retirara y que me decidiera, porque en la vida los hombres siempre habían tenido que escoger entre la tierra y el cielo, y para mí ya era la hora.”²⁶

Otra vez el texto de Benítez Rojo parece hacer eco del de Carpentier; en este caso es el último capítulo de *El reino de este mundo*: “el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida, en el reino de este mundo”.²⁷ En la novela de Carpentier la voz narrativa establece que la decisión ya se ha tomado, mientras que en el cuento de Benítez Rojo se termina en el momento en que el personaje tiene que decidir entre un este concreto (tierra/compromiso/revolución) y un aquello invisible (cielo/fe/religión), aunque ante sus ojos esa abstracción se ha manifestado en una serpiente. Sabemos ya, que el tercer plano temporal de la narración se nos presenta desde la primera oración del cuento cuando se da el regreso del personaje a su comunidad. Este conocimiento, en el fondo, destruye la posibilidad de

que el cuento termine en un verdadero clímax ya que sabemos desde el principio qué decidió el protagonista.

VERSIONES

Para entender el proceso de transformación ideológica de Benítez Rojo, es necesario ver “La tierra y el cielo” en sus diferentes apariciones en libros. Aunque la estructura narrativa, la trama y los personajes permanecen esencialmente iguales en todas las ediciones del cuento, un examen detallado demuestra que, en verdad, hay, al menos, cinco versiones sin contar el guion fílmico. La versión original es la que aparece en la primera edición de *El escudo de hojas secas* en 1969. Esta se repite, sin cambio alguno, en la edición argentina del libro (1972).²⁸

La segunda versión,²⁹ la más problemática, aparece la tercera vez que se publica el cuento, en el libro que lleva el título del relato y que, como hemos señalado, recoge los de las primeras dos colecciones de Benítez Rojo. Aquí el autor introduce algunos pequeños cambios gramaticales y estilísticos, y, además, añade o elimina frases para aclarar la trama y caracterizar mejor a los personajes. Pero los cambios centrales son la permutación de un nombre en una oración al principio del cuento y la introducción de un discurso de dos párrafos, al final, tras el fusilamiento de Aristón, discurso marcado por una retórica revolucionaria y pronunciado por el personaje que encarna en la narración al guerrillero ideal. Es necesario ver con más detalle estos cambios en el cuento para entender mejor la importancia de esta pieza en el desarrollo de la obra de Benítez Rojo.

En la versión original, al principio del cuento, cuando se describe la llegada de Pedro Limón a su comunidad como maestro, se presenta a Tiguá, el viejo *houngan*, líder de esta. La voz narrativa omnisciente dice que este, ya senil, se pasaba el tiempo “sermoneándole [*sic*] a las viejas que Fidel estaba loco y había revuelto el mundo cogiéndose los campos que el *bone* [*sic*] *Dieu* les había dado a los cubanos”.³⁰ En la versión de 1978 Benítez

Rojo cambia esta frase: “sermoneándole [*sic*] a las viejas que los cubanos estaban locos y habían revuelto el mundo cogiéndose los campos que *bon Dieu* les había dado a los ricos.”³¹

Aparecen otros pequeños cambios de esta índole. Por ejemplo, un chofer mulato que engaña y roba a los haitianos se transforma en esta nueva versión meramente en un chofer, sin marca racial, eliminando así un ligero índice de los prejuicios raciales en la comunidad cubana del momento, tema que Benítez Rojo había tratado en otras narraciones. Las medallas de la virgen que Aristón les quita a los soldados batistianos muertos ahora son meramente medallas, que pueden entenderse como religiosas o militares. Estos son cambios menores pero reveladores.

Pero el cambio principal es la introducción del discurso que no aparece en la primera versión. La versión de 1978 dice: “Entonces él se puso de cara a la tropa y habló muy claro y muy bien, como él sabía hablar, y habló de que éramos la vanguardia de la Revolución, que teníamos que dar ejemplo [...]”³²

Todo el discurso que emparenta a los guerrilleros con los fundadores de la patria cubana y propone una conducta ejemplar para los soldados revolucionarios está estructurado a partir de una retórica revolucionaria predecible y que contrasta marcadamente con el estilo mucho más fluido del cuento. Aunque no se conociera la versión anterior, el lector se da cuenta de inmediato que el pasaje rompe con el estilo y el tono del resto de la narración.

¿Por qué estos cambios? Es obvio que en la edición de 1978 Benítez Rojo intenta darle un tono más ortodoxo en términos políticos a su cuento que, aunque desde el principio defendía la incorporación de esta comunidad haitiana al proceso revolucionario y a la sociedad cubana, en la nueva versión se intenta eliminar toda posible ambigüedad ideológica; se trata de ser más claramente revolucionario. Aunque en la versión original del cuento es un viejo brujo senil quien dice que Fidel les ha quitado las tierras que Dios generosamente les ha dado a los cubanos, parece ser que en la nueva versión el narrador no quiere correr el riesgo de malas interpretaciones; no quiere que un lector ingenuo confunda la voz del personaje con la del narrador y, por ende, la del autor.

El retórico discurso revolucionario del final del cuento lo pronuncia el personaje que encarna en la obra la ortodoxia política y, por ello mismo, marca más aún la retórica revolucionaria y rompe, como ya se ha señalado, con el estilo y el tono del cuento. Hasta un lector ingenuo reconoce que este personaje es el portavoz de la ideología revolucionaria, que es razonable, optimista y defiende y quiere cambiar a Pedro Limón. Por ello su discurso establece claramente la ideología que aparentemente se defiende en el cuento.

Esta explicación, desde las estructuras narratológicas de la pieza, sirve para aclarar la función de los cambios en esta segunda versión, pero no nos esclarece los motivos que tuvo el autor para introducirlas. Roberto González Echevarría, sin referirse a los cambios en este cuento, sino en un balance de la obra de Benítez Rojo en general, establece que entre la publicación original de *El escudo de hojas secas*³³ y 1979, un año después de la aparición de la segunda versión del cuento, el autor pasa por un grave problema político: “Ya para 1970, Benítez Rojo había llegado a ser Director del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas, y después de un periodo ‘en desgracia’ como simple investigador literario en la misma institución, ascendió de nuevo esta vez nada menos que a Director del Centro para Estudios del Caribe de la Casa. Transcurría el año 1979.”³⁴

Las fechas que González Echevarría nos ofrece quedan enmarcadas con precisión por las dos versiones del cuento: 1970, un año después de la edición original; 1979, un año después de la nueva versión, corregida y más ortodoxa. Esta situación, creo, sirve para aclarar los motivos del cambio en el cuento.³⁵

La tercera versión de “La tierra y el cielo” fue publicada en 1984, cuatro años después de su salida de Cuba. Aparece en una selección de sus cuentos preparada y prologada por el mismo González Echevarría,³⁶ en la que se hace una síntesis de las primeras dos versiones. Se eliminan los cambios principales de la segunda edición –la frase sobre Fidel y el discurso del habanero–, pero se mantienen los cambios gramaticales y estilísticos introducidos en la segunda versión; no se vuelve por completo a la versión original, aunque se eliminan los dos cambios principales de la segunda versión.

Y es muy sorprendente la cuarta versión que aparece en una selección de su narrativa breve preparada por él mismo, *Antología personal*. Escribe en la introducción al libro que ha seleccionado para él mismo “aquellos que tuviera para mí un valor personal”.³⁷ Esta versión vuelve a introducir el discurso del habanero, aunque no reinstala la alusión a Fidel. Esencialmente esta cuarta versión coincide con la segunda. ¿Por qué esta vuelta a la versión más problemática o la más ortodoxa en términos de la política revolucionaria? ¿Por qué se vuelve incluir el retórico discurso revolucionario? La cuarta versión se hace más enigmática aun cuando vemos que la quinta y última vuelve a eliminar esas dos expresiones del texto e introduce un número mayor de cambios estilísticos y gramaticales.³⁸ Sin poder explicar la cuarta versión, tomo la quinta como la definitiva por ser la última y porque el propio Benítez Rojo las señaló como el cierre de la obra que completa su ciclo caribeñista. Esta quinta y última versión, a pesar de las profusas revisiones de la expresión narrativa, es una vuelta a la primera, aunque no coincide plenamente. Esta versión es de importancia por otras razones, específicamente por el contexto en que se coloca. Por ello merece un comentario aparte.

¿TIERRA Y CIELO? ¿CIELO Y TIERRA?

Como ya he señalado, la inclusión de “La tierra y el cielo” como el último cuento de *Paso de los vientos*³⁹ es significativa y reveladora. Con este relato se cierra un ciclo que parecía contener un número indeterminado de piezas pero que incluyó sólo tres, pero de las más importantes del autor: su primera novela, la colección de ensayos que lo estableció como una imprescindible voz innovadora en los estudios de la cultura caribeña, y su última colección de cuentos, cuyas piezas redondeaban o concluían puntos de vista e ideas presentados en las dos obras anteriores. Es obvio, pues, que este cuento es una obra privilegiada por el mismo autor. Pero ¿por qué?

En el título mismo del cuento se hallan muchas de las claves para responder a esta pregunta. En primer lugar, hay que notar que Benítez Rojo

invierte aquí una estructura lingüística establecida y tradicional: el hispanoparlante dice comúnmente “cielo y tierra”; no, “tierra y cielo”.⁴⁰ “Me ofreció el cielo y la tierra”, decimos ya de forma casi natural; la secuencia contraria molestaría al oído, rompe con la práctica lingüística establecida como norma. Por ello, este pequeño cambio en la secuencia de los términos, creo, esconde un importante mensaje.

Benítez Rojo no es el único artista cubano que ha empleado este curioso título para una de sus obras. Ya el pintor vanguardista Marcelo Pogolotti (1902-1988) había titulado de la misma manera un lienzo suyo de 1934.⁴¹ No sé si nuestro cuentista conocía esta pieza del viejo pintor, pero sorprende la coincidencia en títulos dada la inversión lingüística que este implica. El cuadro de Pogolotti también representa un conflicto social, pero en su pieza el “cielo” lo ocupan un hombre y una mujer con caricaturescos ángeles al lado; este es el mundo de la burguesía. En el cuadro, la “tierra” está poblada por varias figuras que representan la iglesia, el ejército, el campesinado y los obreros, todos en conflicto; con su representación de opuestos es una alegoría irónica de la lucha de clases.

El cuento de Benítez Rojo también está estructurado a partir de la representación de opuestos en conflicto, pero sin alegorías ni ironismos. Sin llegar a convertir en símbolos los elementos en oposición empleados en el cuento, y sin reducir nuestra lectura de estos en un ejercicio estructuralista, podemos decir que la narración está construida a partir de elementos antagónicos: cubano/haitiano, razón/fe, ciudad/campo, educación/ignorancia, Pedro/Aristón, Él/Aristón: tierra/cielo. Esas parejas dicotómicas presentan el tema central y esconden el sentido último del cuento: la transformación del que se presenta como un ignorante campesino haitiano que vive en los cañaverales de Oriente en un cubano revolucionario dispuesto a negar u olvidar sus creencias religiosas y la visión del mundo estructurada a partir de estas para incorporarse a una sociedad racional y progresista. Por ello, el personaje que encarna el ideal del revolucionario, le plantea al protagonista, el campesino haitiano, que no tiene que escoger entre el cielo y la tierra sino entre la tierra y el cielo. Como es común en estas parejas de opuestos, el primer lugar se le otorga al término privilegiado: hombre/mujer, blanco/negro, bueno/malo. Por ello, aquí la

tierra es el ámbito de los valores positivos: de la razón, de la educación, de la revolución y del progreso. En cambio, el cielo es el de lo irracional, de la ignorancia, del pasado prerrevolucionario y de la tradición. “La tierra y el cielo”, en todas sus versiones, parece ser un cuento que defiende la razón ante la fe, el progreso frente a la tradición, el cambio político concreto frente al *statu quo*. No propongo que este lo sea, sino que parece ser un cuento que defiende el cambio político e ideológico del momento.

¿Vuelve, pues, Benítez Rojo a una defensa de la revolución al incorporar este cuento al final de un libro que se convierte en una especie de testamento ideológico o, al menos, en culminación de un magno proyecto al cual había dedicado muchos años? Creo que tal lectura del cuento y de su posición en la totalidad de la obra del autor sería simplista y hasta errada. Propongo, en cambio, otra lectura de este hecho, una lectura más arriesgada y difícil de probar, pero más compleja en matices y en posibilidades interpretativas, y también más cercana a las posiciones ideológicas de Benítez Rojo.

En primer lugar, nótese el título del libro en el que se incluye el cuento en su última versión: *Paso de los vientos*. La referencia es clara: este es el pasaje marino que separa a Cuba de Haití, la línea divisoria que divide dos mundos pero que, a la vez, los une. Esta frontera es también punto de contacto. En el contexto del cuento, Cuba es la tierra y Haití, el cielo. Pero hay que recordar que aquí hay una inversión de valores y que, por ello, el cielo parece ser lo negativo, mientras la tierra adquiere todo el valor, es lo positivo. El conflicto del cuento está en que el personaje tiene que elegir entre uno y otro, entre tierra y cielo, entre ser cubano y ser haitiano.

Segundo, una lectura del cuento desde sus estructuras narrativas demuestra que los tres planos temporales o los tres episodios centrales que componen la narración poseen cierta función en la elaboración de la misma. El mundo prerrevolucionario nos da los antecedentes; el episodio central es el segundo plano, el incidente en la sierra; el tercer momento, el regreso de Pedro Limón a la comunidad haitiana como maestro, nos hace ver cuál fue su decisión; Pedro Limón aceptó el mundo de la razón y del progreso, se transformó de haitiano en cubano. Ese tercer plano es el que hace de la narración un bosquejo de novela, el que elimina de la estructura las

posibilidades de leer la narración como un cuento clásico. Consciente de ello, Benítez Rojo no cierra el “récit” con el regreso de Pedro Limón a su comunidad sino con la presentación de sus opciones hecha por él. Esa incógnita –¿qué decidirá el protagonista? ¿Optará por la tierra o el cielo?–, parece quedar resuelta con el tercer plano temporal de la narración.

Pero siempre queda otra interrogante: ¿podrá el protagonista transformar su sociedad? Optar por un mundo, el de la tierra, la razón y el progreso, no es garantía de obtener frutos. Las preguntas quedan sin respuesta y se mantienen como dudas tras la lectura del cuento y no parecen permitirnos leerlo como un ente completo, como una obra cerrada en sí misma, como una estructura narrativa autónoma que resuelve los problemas que plantea. Tampoco el que Benítez Rojo vuelva una y otra vez al mismo cuento y ofrezca versiones y cambios, sin parecer satisfecho con ninguna de estas, queda aclarado. ¿Por qué volver a un viejo y problemático cuento? ¿Por qué reescribirlo tantas veces?

TIERRA Y CIELO, HISTORIA Y LITERATURA

La clave para comenzar a responder a estas preguntas se halla en una meditación del propio Benítez Rojo sobre su primera novela, la obra que abría el ciclo de “Mar de fondo” y la trilogía caribeñista que llegó a completar. En 1988 establecía con una nueva certeza: “Así llegué a una conclusión fundamental: a ningún texto le estaba dado representar fielmente un evento. La suma de ellos venía a ser algo así como la suma de las distintas versiones de un mito inalcanzable. La historia, al igual que la literatura, no probaba nada con certidumbre, nada que no estuviera ya previsto en otros textos, igualmente insuficientes y arbitrarios.”⁴²

Aquí el autor parece dejarnos con las manos vacías ya que ni en la historia ni en la ficción, que vienen a ser lo mismo, hallaremos las certezas que buscamos. Pero su cuento, sobre todo este tan problemático, y toda su obra, es un constante apunte que, aunque no tengamos certezas absolutas, la literatura y la historia son recordatorios tenaces de que los seres humanos,

como creadores y consumidores de la historia y de la literatura, tenemos que tomar decisiones muy radicales. Cuando Benítez Rojo escribe el cuento y lo publica por primera vez, quizá por las presiones que sentía en el ambiente del momento, quizá porque así lo veía entonces, parece creer que las parejas de opuestos están estructuradas a partir de polos positivos y negativos, que estas son estructuras morales. Con el tiempo nuestro autor descarta esa mirada maniquea, esa rigidez ideológica y advierte que el ser humano nunca tiene la certeza absoluta de saber cuál de las opciones a las que se enfrenta es la verdadera y la buena. Pero a pesar de ello tiene que decidir.

Lo curioso de este cuento es que los lectores, en distintos momentos, valoran de diferente manera la decisión del protagonista. El cuento no cambia: se presentan las mismas opciones a Pedro Limón: tierra y cielo. Sabemos que Pedro se decide por la tierra (razón, progreso, cambio) y que esa lectura marcó el cuento desde un principio. Pero cuando pensamos en las decisiones vitales que tomó el propio Benítez Rojo, quien parece identificarse o fundirse en esta otra lectura con el protagonista del cuento, ya no estamos tan seguros de que el cuento nos diga que la tierra es el polo positivo y el cielo, el negativo, como quedaba implícito en las palabras de Benítez Rojo. ¿Qué nos dice en verdad su cuento?

Quizás estamos demasiado cercanos a la vida y la muerte de Antonio Benítez Rojo para entender su cuento si nos aproximamos al mismo desde este ángulo interpretativo. Pero, tal vez, sus propias palabras nos ayuden a entender su cuento: “La historia, al igual que la literatura, no probaba nada con certidumbre, nada que no estuviera ya previsto en otros textos, igualmente insuficientes y arbitrarios”. Es por ello mismo que, a veces, en casos ejemplares como este, un viejo cuento nos vuelve a recordar con efectividad casi paradigmática que tenemos que decidir entre opuestos fundamentales, a pesar de nuestra ignorancia, a pesar de nuestra ceguera. Eso es, en el fondo, lo que siempre ha dicho, en todas sus distintas versiones “La tierra y el cielo”.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Álvarez Álvarez, Luis, "Faena naciente de Antonio Benítez Rojo", *Revista Casa*, Casa de las Américas, año XIX, núm. 111, 1978, La Habana, pp. 148-150.
- Arenas, Reinaldo, "Benítez entra en el juego", *Unión*, UNEAC, año VI, núm. 2, junio de 1968, La Habana, pp. 46-52.
- Barradas, Efraín, "Antonio Benítez Rojo. *El mar de las lentejas*", *Sin Nombre* (San Juan), vol. XI, núm. 1, 1980, pp. 62-65.
- Béjar, Eduardo C., "Benítez Rojo y la genealogía del Caribe", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 479, mayo de 1990, Madrid, pp. 118-124.
- Benítez Rojo, Antonio, *Tute de reyes*, La Habana, Casa de las Américas, 1967 (Colección Premio).
- Benítez Rojo, Antonio, "Condenados de Condado", *Revista Casa*, Casa de las Américas, año IX, núm. 49, 1968, La Habana, pp. 158-160.
- Benítez Rojo, Antonio, *El escudo de hojas secas*, La Habana, UNEAC, 1969.
- Benítez Rojo, Antonio, *El escudo de hojas secas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972 (Narradores de Hoy, 28).
- Benítez Rojo, Antonio, *Heroica*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976 (Colección Cocuyo).
- Benítez Rojo, Antonio, *La tierra y el cielo*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1978 (Colección Cocuyo).
- Benítez Rojo, Antonio, *El mar de las lentejas*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1979.
- Benítez Rojo, Antonio, *Estatuas sepultadas y otros relatos*, selec. y pról. Roberto González Echevarría, Hanover, Ediciones del Norte, 1984 (Ediciones del Norte, 112).
- Benítez Rojo, Antonio, "Las crónicas y el autor de hoy: una experiencia personal", *Discurso Literario*, vol. 5, núm. 2, 1988, Pittsburgh, pp. 335-341.
- Benítez Rojo, Antonio, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*, Hanover, Ediciones del Norte, 1989 (La Serie Rama, 509).
- Benítez Rojo, Antonio, *The Magic Dog and Other Stories*, selec., ed. e introd. Frank Janney, Hanover, Ediciones del Norte, 1990.
- Benítez Rojo, Antonio, *Antología personal*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1997.
- Benítez Rojo, Antonio, *A View from the Mangrove*, trad. James Maraniss, Amherst, University of Massachusetts Press, 1998.
- Benítez Rojo, Antonio, *Paso de los vientos*, San Juan, Editorial Plaza Mayor, 1999 (Cultura Cubana).
- Benítez Rojo, Antonio, *Mujer en traje de batalla*, Madrid, Alfaguara, 2001.
- Carpentier, Alejo, *El reino de este mundo*, introd. Federico Acevedo, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1994.
- Núñez Gutiérrez, Miguel Luis, *Salas del Museo Nacional de Cuba*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1990.
- Rodríguez Juliá, Edgardo, "A View from the Mangrove, o los placeres del barroco caribeño" en Edgardo Rodríguez Juliá, *Mapa de una pasión literaria*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 2003, pp. 207-210.
- Sedgwick, Eve Kosofsky, *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire*, Nueva York, Columbia University Press, 1985 (Gender and Culture).

NOTAS

- [1](#) Benítez, *El mar de las lentejas*, 1979.
- [2](#) Eduardo C. Béjar trata el tema de esta relación y señala que “la inserción de la novela de Benítez Rojo dentro de este marco referencial no es, sin embargo, ni acomodaticia ni subordinada [...]”. Y más concretamente apunta que “la idiosincrasia del texto de Benítez Rojo emerge en la coyuntura de dos estrategias narrativas contradictorias: la de suministrar un relato histórico detallado, y la de construir un intenso comentario sobre la problemática de la historiografía en el contexto de la narratología”. Béjar, “Benítez Rojo”, 1990, p. 119. El mismo Benítez Rojo ofrece una explicación del proceso de creación de *El mar de las lentejas* en un artículo de 1988, momento en que ya concebía el proceso histórico, así como la historia de manera distinta a cómo los veía cuando escribió esta obra. Por ello mismo el artículo no sólo es útil para entender el proceso de creación de esta sino para ver el desarrollo ideológico de su autor. Benítez, “Las crónicas y el autor”, 1988, pp. 335-341.
- [3](#) Rodríguez, “A View from the Mangrove”, 2003, pp. 207-210.
- [4](#) Barradas, “Antonio Benítez”, 1980, pp. 62-65.
- [5](#) Benítez, *La isla que se repite*, 1989.
- [6](#) Benítez, *Paso de los vientos*, 1999.
- [7](#) *Ibid.*, p. 7.
- [8](#) Benítez, *El mar de las lentejas*, 1979.
- [9](#) Quizás este cuento e “Incidente en la cordillera”, también incluido en la colección, habrá que entenderlos desde la amplia perspectiva caribeña que Benítez Rojo establece en *La isla que se repite*. El Caribe para él va más allá de una definición geográfica y por ello mismo es posible aceptar estas narraciones como parte de este proyecto caribeñista.
- [10](#) Benítez, “Condenados de Condado”, 1968, p. 159.
- [11](#) Benítez, *Tute de reyes*, 1967.
- [12](#) Arenas, “Benítez entra”, 1968, p. 50.
- [13](#) Benítez, *El escudo de hojas secas*, 1969.
- [14](#) Por desgracia, no he podido ver la película ni el guion para esta. Por ello no puedo comentar este aspecto de la historia de la obra, algo que sería revelador.
- [15](#) Benítez, *La tierra y el cielo*, 1978.
- [16](#) Benítez, *Estatuas sepultadas*, 1984.
- [17](#) Benítez, *Antología personal*, 1997.
- [18](#) Benítez, *The Magic Dog*, 1990.
- [19](#) Benítez, *A View from the Mangrove*, 1998.
- [20](#) Benítez, *Heroica*, 1976.
- [21](#) Benítez, *Mujer en traje*, 2001.
- [22](#) Sedgwick, *Between Men: English*, 1985.
- [23](#) Álvarez, “Faena naciente”, 1978, p. 150.
- [24](#) Benítez, *Paso de los vientos*, 1999, p. 195.
- [25](#) Carpentier, *El reino de este mundo*, 1994.
- [26](#) Benítez, *Paso de los vientos*, 1999, p. 195.
- [27](#) Carpentier, *El reino de este mundo*, 1994, p. 135.
- [28](#) Benítez, *El escudo de hojas secas*, 1969. El único cambio que he detectado entre estas dos ediciones es que la cita de Kafka con que abría el libro en su primera edición –“De un punto determinado no hay regreso. Este punto puede ser alcanzado”– aparece en la argentina como

epígrafe del cuento “Escudo de hojas secas”. Más tarde, en *Estatuas sepultadas y otros relatos* también se incluye como tal en “La tierra y el cielo”.

[29](#) Benítez, *La tierra y el cielo*, 1978.

[30](#) Benítez, *El escudo de hojas secas*, 1969, p. 11.

[31](#) Benítez, *La tierra y el cielo*, 1978, p. 182.

[32](#) *Ibid.*, p. 199.

[33](#) Benítez, *El escudo de hojas secas*, 1969.

[34](#) Benítez, *Estatuas sepultadas*, 1984, p. x.

[35](#) La efectividad de estos cambios se hace evidente en la reseña de *La tierra y el cielo* y de *Heroica* de Luis Álvarez Álvarez, donde llama a Benítez Rojo “escritor marxista ajeno a los caprichos del mercado”. Álvarez, “Faena naciente”, 1978, p. 149.

[36](#) Benítez, *Estatuas sepultadas*, 1984.

[37](#) Benítez, *Antología personal*, 1997, p. 3.

[38](#) Uno de los cambios más reveladores introducidos en esta última versión es el del nombre del viejo “houngan” haitiano: Tiguá pasa a ser Ti-bois. La voz narrativa apunta el sentido del cambio cuando dice que el brujo era “Tibuá para los cubanos”, *ibid.*, p. 182. En esta última versión hay muchos otros cambios que tratan de hacer al texto más representativo de la lengua y de las creencias de los haitianos. Estos cambios retratan a un Benítez Rojo más erudito y mejor conocedor de las culturas y las lenguas del Caribe. También aquí se corrigen errores gramaticales que permanecían en las versiones anteriores.

[39](#) Benítez, *Paso de los vientos*, 1999.

[40](#) Marta Siberio, la única traductora de este cuento, ha fallado al restablecer la estructura común y titular su traducción “Heaven and Earth”. La traducción literal del título hubiera roto con la norma de la expresión en inglés, pero hubiera captado las intenciones del autor.

[41](#) Núñez, *Salas del Museo*, 1990, p. 139.

[42](#) Benítez, “Las crónicas y el autor”, 1988, p. 339.

ARRABAL PROPIO, PAISAJE DEL OTRO. VISIONES ESTADUNIDENSES EN LA INVENCION DEL “VIEJO SAN JUAN”, 1938- 1958*

Jorge L. Lizardi Pollock

Por qué siento más dolor mirando la imagen del puente [Mostar Bridge] que la imagen de una mujer [muerta]. Tal vez es porque veo mi propia mortalidad en el colapso del puente, no en la muerte de una mujer. Esperamos que las personas mueran, sabemos que nuestras vidas llegarán a su fin. El puente [sin embargo] fue construido para sobrevivirnos, para trascender el destino individual de cada cual. Una mujer muerta es uno de nosotros –pero el puente es todos nosotros.

Slavenka Drakulic

In teaching us a new visual code, photographs alter and enlarge our notions of what is worth looking at and what we have the right to observe. They are a grammar and, even more importantly, an ethics of seeing [...] Photographs cannot create a moral position, but they can reinforce one-and can help build a nascent one.

Susan Sontag

NOSTALGIA Y CIUDAD

Como la mayoría de los puertorriqueños, fui criado en una de las muchas comunidades suburbanas que entre 1950 y 1990 surgieron como hongos en el paisaje antes agrícola de la zona metropolitana de la capital. La distensión de esa zona no guardó proporción con la extensión de la isla ni se sujetó a lógicas que no fueran otras que las de un agresivo mercado de la vivienda que contó con el apoyo de los gobiernos populistas. En esa misma línea, comparto con la mayoría de los habitantes la experiencia de los controles de acceso, los atascamientos del tráfico, los prolongados periodos de alienación del suburbio y la eterna prisa por llegar al lugar que sea. Resulta irónico que en una pequeña isla del Caribe no sea fácil liberarse de las pesadillas de poseer un auto y depender para todo de él. Hace unos años decidí experimentar la vida sin los dudosos placeres del suburbio y ocupar periódicamente un pequeño apartamento en el casco colonial de San Juan, ese imaginario lugar del origen de nuestra identidad, tempranamente abortado en nombre del progreso. Al mudarme a la ciudad murada convertida en fetiche a causa de las brutales carencias de los suburbanitas, fui con la esperanza de escapar no sólo de la extensión citadina, sino de la suspensión de conciencia ciudadana que ocurre cuando nos encontramos tras el volante, del déficit de espacios públicos a los que se pueda acceder a pie, en fin, de los espacios chatarra que restan luego de que han acaecido los procesos de modernización.¹



Imagen 1. Plaza Colón antiguo vestíbulo de San Juan tras los muros y baterías de la Puerta de Tierra.
[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

¿Acaso con esta decisión me convertí en la envidia de escépticos amigos aferrados a sus carros y casas con patio? Un mes fue más que suficiente para dudar de que aquí se materializarían las fantasías con las que un renegado suburbanita ha intentado ocultar los horrores del cada vez más hostil paisaje metropolitano. De domingo a domingo, el entramado colonial ofrece una bizarra experiencia de calles estrechas, con empleados de gobierno, visitantes locales y masas de turistas. Entre las 12 de la madrugada y las 8 de la mañana, en especial de lunes a viernes y con la excepción de la concurrida calle de San Sebastián, los espacios se tornan fantasmagóricos, algunos francamente tan encantadores que pueden ser fotografiados sin que ningún alma se entrometa en la toma.

Lo cierto es que en las casonas y edificios coloniales no habitan mucho más de 2 000 habitantes. Demasiadas viviendas de esta ciudad están hoy ocupadas por los almacenes de los comercios, por oficinas o por apartamentos de alquiler a corto plazo para turistas locales y extranjeros. En

los últimos años del siglo XIX el viejo San Juan llegó a albergar más de 18 000 personas tras el hermético cinturón de fortificaciones que definió la forma de esta ciudad para siempre. Ese abrupto desplome demográfico no significa, sin embargo, que se puede conseguir estacionamiento para el auto. Tampoco que sea fácil encontrar una renta de clase media a causa del feroz aburguesamiento y la “turistificación” que tiranizan a los escasos residentes *bona fides*. De hecho, entrar en la ciudad un viernes en la noche o salir de ella un domingo al atardecer requiere de maña y paciencia. Además, la cálida humedad de la ciudad intramuros es angustiosa durante casi todo el año y, con frecuencia, falla el suministro de energía eléctrica y de agua potable. Su infraestructura es obsoleta y a veces es incapaz de atender las crecientes demandas de los establecimientos que intentan capturar a miles de turistas y visitantes, de las hospederías y hoteles, de los comercios, restaurantes y, claro está, del puñado de vecinos permanentes. Como si fuera poco para los nervios, el transporte público con el que llegué a contar para trasladarme diariamente a la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, a unos 18 kilómetros de distancia, ha sido impredecible nada menos que en los últimos 60 años.²

Los quebrantos de vivir en la parte más antigua e ilusoriamente auténtica de San Juan los conocía bien de antemano; y no son pocos los desilusionados con los que he tenido contacto antes de iniciar la búsqueda de una vivienda en la zona histórica colonial. Pero en un país donde la modernización canceló temprano la posibilidad de vivir en la ciudad, su nostalgia puede ser más poderosa que ningún testimonio de primera mano. *Algia*, ese deseo doloroso del *nostos*, por el regreso a un lugar que ya no existe –que tal vez nunca existió– condiciona y encauza más decisiones personales, colectivas y nacionales de lo que imaginamos.³ Es una nostalgia alimentada también por lo que el historiador del arte Paul Duro llama “memorias anticipatorias”: fotos, imágenes y relatos del pasado que tamizan el entendimiento del lugar que se desea habitar:

Under the circumstances, framing the experience of place through what I call anticipatory memory, a kind of pre-emptive nostalgia where the site or destination is prescriptively interpreted through the eyes of others, became the near-universal prophylactic against the potential for disappointment. Indeed, most travelers employed this kind of “recollective memory” gleaned

from travel journals, tourist guides, reproductive prints, photographs, snapshots, films, and videos, and reproduced them in their own memories.⁴

La nostalgia, de hecho, tiene un sólido fundamento estético, como observa Paul Duro. Además, después del colapso de las propuestas sociales utópicas del siglo xx, la misma, según Svetlana Boym, tiene dimensiones epidémicas.

Sin el pilar estético, sería imposible explicar el porqué los desencuentros que los turistas o los nuevos residentes experimentan cuando se ha arribado o regresado al espacio anhelado pesan menos que la incongruencia entre la sociedad real y la esperada. Pesan menos los desencuentros y la indiferencia de los que han residido allí por décadas hacia los recién llegados que la ilusión anticipada. Ni el tiempo ni el trabajo agotador invertido en la travesía hacia lo inexistente deshacen el deseo *a priori*. Las memorias anticipatorias de un tejido urbano diverso y bien preservado, la búsqueda de los paisajes pensados con antelación gracias a las narraciones escritas o fotográficas parecerían justificar la sádica inversión de esfuerzo en la construcción de la posibilidad del encuentro con la belleza de la arquitectura de esta ciudad. En mi caso el encuentro con la arquitectura excusa todas las torturas a las que el afán nostálgico nos somete.

En segundo lugar, sin la dimensión epidémica sería imposible explicar por qué, un hijo del suburbio, sueña en convertir el centro de una ciudad histórica en su domicilio, tener su hogar en un lugar radicalmente opuesto a la cómoda privacidad del suburbio. ¿Acaso la antigüedad, la obsolescencia y un supuesto estilo de vida alterno no es lo que provoca el apetito voyerista del turismo? ¿Cómo sobrevivir a los encontronazos diarios con tanta ave de paso que está allí para descubrir cómo viven “los otros”? ¿De qué manera se aguanta el hecho de que cada decisión relacionada con la arquitectura de una zona histórica está sometida al escrutinio y la discusión pública de los que no son sus vecinos? ¿Es posible navegar las frecuentes bacanales multitudinarias que, tal y como las fiestas de la calle San Sebastián todos los meses de enero, son capaces de reunir a decenas de miles de personas en tan pequeño entramado urbano?

En fin, muchos de los puertorriqueños del presente –y no sería arriesgado decir que igualmente lo piensan quienes radican en Estados

Unidos continentales— se identifican antes con las calles del viejo San Juan que con el entramado urbano en el cual habita la mayoría y que fue posible por la complicidad del Estado con los consumidores y las empresas privadas que lo financiaron. Estaría tentado a simplificar este gusto, a pensar que el aprecio por un lugar que demográficamente tiene menos importancia que el masivo *shopping mall* llamado Plaza las Américas — construido a fines de la década de 1960— se explica con base en una identidad sin ambigüedades. Ese viejo San Juan, ciertamente, es un lugar que “sobrevive y trasciende nuestro destino individual”, igual que observa Slavenka Drakulic en su elegía al bombardeado puente de Mostar en Sarajevo, y reconstruido recientemente a imagen y semejanza del original. Es el espacio del “todos nosotros”, de una sociedad heterogénea y contradictoria, un artificio de efímeros consensos, de satisfacción de carencias públicas: un fantástico paisaje arquitectónico que oculta de forma contingente las incertidumbres contemporáneas. Pero, de algún modo llegó a ser ese nosotros, capaz de encender la nostalgia por la estética y vida de un paisaje del pasado que no necesariamente ha sido como lo imaginamos, que nunca lo será.



Imagen 2. Jorge L. Lizardi Pollock, Simulacro de arcadas, balcones y paseos “coloniales” con palmeras artificiales en el interior de la Plaza Las Américas.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]



Imagen 3. Jorge L. Lizardi Pollock, Plaza de Armas, 2013.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

EL PASADO EXTRAÑO

Las aristas nada glamorosas del pasado de los centros urbanos coloniales del Caribe no son difíciles de encontrar en documentos y testimonios. Hasta al menos 1940, la ciudad murada de San Juan era un lugar donde pesaban más los desprecios que los deseos de ocuparla. El viejo San Juan en eso no era distinto a La Habana vieja, a la ciudad Ovando ni al casco histórico de Panamá, entre otros entramados coloniales. La ventilación pública de los tormentos urbanos había comenzado desde fines del siglo XIX. No pocos escritores, militares, políticos, comerciantes y propietarios pedían a gritos la demolición de las fortificaciones para lograr con ello la eliminación de las casas de vecindad, la contención de los incipientes arrabales, un ensanche urbano amplio y la finalización del acueducto. Las admiradas murallas del

presente son las mismas que en la década de 1880 simbolizaban para periodistas como Fernando de Ormachea todo lo abominable del régimen colonial, en especial el hacinamiento, esa vida como “sardinas en banasta” de los inquilinos de los pisos bajos.⁵ En ese mismo tono, el oficial de artillería y escritor, Ángel Rivero, abogaba por idéntica pulverización de los muros para que los habitantes más pobres, los “vecinos de abajo”, se fuesen a “vivir al viento”.⁶ Y los últimos años de régimen español, con un enrevesado sentido del humor, Manuel Fernández Juncos no reparaba en burlarse una y otra vez del estado de las plazas, de los paseos con pavimentos arruinados y ruinosos mobiliarios públicos. Sobre el paseo y jardín creado en honor a Isabel II escribiría:

Por el lado izquierdo se extendía la calle de la Princesa, con sus casas polígonas y de construcción irregular, sus innumerables baches, su fonda-posada-billar y tabaquería, su Fonda de la Esperanza, su Café y Billar de la Marina, su pesebre, su lodo y sus inmundicias. ¿Será esto, por desdicha, el Jardín Botánico? Entonces no sé por qué se le ha de negar el mismo nombre a las inmediaciones del cuartel Nuevo y del Mercado, al recinto Oeste, a los fosos de Puerta de Tierra, al pozo de la gallina, a las alcantarillas de San Justo y al sumidero de la calle Tetuán.⁷

Plantear que entre las alcantarillas y los espacios públicos no existían demasiadas diferencias puede que revista de algún grado de exageración, propio de las intenciones políticas de Fernández Juncos. Pero no hay duda de que ese pasado parece extraño por mucho, a las visiones benévolas que varios historiadores de la segunda mitad del siglo xx concibieron sobre la ciudad murada.⁸

Todo parece indicar que el idealizado y romántico San Juan es, en más de un sentido, una invención que comienza a tomar forma al mismo tiempo que el proceso de modernización del país y las radicales rupturas con las formas de vida, propias de una sociedad agrícola. Así, por ejemplo, según las elites letradas se mudaron fuera de la ciudad murada y grupos más variopintos y de menos recursos entraron a ella buscando hogares de poca renta, la idea de un “viejo” San Juan subrayó el contraste con los primeros suburbios del país. Las autoridades coloniales llevaron, en efecto, la demolición de la muralla en 1897. Pero el saneamiento y embellecimiento con el que soñaron las elites para la isleta, a pesar de algunas ambiciosas propuestas urbanas, nunca fue alcanzado. Más bien lo contrario. Hasta al

menos la década de 1960, muchas antiguas residencias o palacetes siguieron el curso de su mutación en casas de vecindad y la especulación mutiló un buen número de edificios de los siglos XVIII y XIX. Del mismo modo, la finca urbana conocida como La Perla, y que a principios de siglo XX no era sino un barrio de trabajadores que alquilaban allí lotes para construir sus casas, se convirtió en un arrabal una vez que sus dueños perdieron la titularidad de la propiedad por impago de las contribuciones.⁹ Pronto también crecerán otros arrabales como Miranda y Hoare a lo largo del canal de San Antonio y sobre los arrasados manglares en la costa sur de la isleta.



Imagen 4. Demolición de las murallas en 1897.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

En suma, en este San Juan previo a su gentrificación y, más recientemente “turistificación”, nunca llegarían a materializarse los ensanches que, luego del derribo de las murallas, pudiesen garantizar la continuidad o integridad urbana de la ciudad antigua. Por más de seis

décadas se registraron continuas demoliciones de edificios coloniales dentro y fuera del perímetro murado, a veces para ser sustituidos por austeros proyectos de vivienda social. No encontró demasiada oposición la pavimentación con asfalto de muchas calles adoquinadas. Tampoco encontró resistencia la práctica de empañetar murallas con cemento Portland, la destrucción de viviendas del barrio de Ballajá y de los restos de las fortificaciones del Recinto Sur para construir estacionamientos de superficie o multipisos, ni que el ejército construyera barracas espartanas sobre los centenarios baluartes o el glacis del castillo de San Felipe del Morro. El barrio extramuros de la Marina en la Puntilla pereció completo gracias a la picota modernizadora, sin dejar demasiados rastros en la prensa ni en la memoria.



Imagen 5. Frederick C. Gjessing, Entrada al Fort Brooke (Castillo de San Felipe del Morro), 1952-1953.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]



Imagen 6. Frederick C. Gjessing, Una calle del barrio La Marina (demolido en su totalidad), 1952-1953.

[\[Regresar a “Créditos de las imágenes” \]](#)

FOTOGRAFÍA, MEMORIA, NOSTALGIA

Como antes discuto, la ciudad murada se ha sublimado sin cesar en un aparente acto de apropiación nacional que en teoría inició con su declaración como zona histórica entre 1956 y 1958.¹⁰ Con el tiempo, la arquitectura colonial española se ha convertido en ese “todos nosotros”, y es promovido por el gobierno y no pocas entidades culturales como el paisaje auténtico de la memoria y de la identidad. En otras palabras, esa ciudad colonial, en un momento arrabalizada y empobrecida, es hoy el lugar privilegiado de una imaginaria reconciliación y recreación del pasado criollo. ¿Cómo es que el pasado extraño o extranjero se ha transformado al punto de mostrar una fachada confortable y deseable?¹¹

El mérito de una metamorfosis de casi 60 años se le adjudica al celebrado historiador Ricardo Alegría y al Instituto de Cultura Puertorriqueña (ICP) fundado por él en 1956. Esa generalizada creencia es, sin embargo, tan problemática como excluyente. Por un lado, tiende a restringir a unas pocas autoridades la compleja creación de los lugares de la memoria. En esa construcción han obrado y siguen operando más fuerzas e intereses sociales que las que se perciben a simple vista. Más aún, afirmar que estos espacios encarnan la expresión más concreta de la cultura de una nación, vacía de sus dimensiones políticas al proceso mismo de la conservación arquitectónica. Los individuos, las comunidades o las instituciones conservan lugares porque tienen convicciones, propósitos e intereses económicos y morales con el futuro. Lo que sí parece ser un resultado de la gestión del Instituto de Cultura y del doctor Alegría es la edición y encauzamiento de la multitud de voces –en ocasiones contradictorias– que promovieron desde décadas antes la protección de unas arquitecturas que se desvanecían en los avatares de la modernidad. Una vez institucionalizada en el ICP esa transformación simbólica del viejo San Juan, fueron silenciados u olvidados gestores y propósitos plurales en la construcción de un patrimonio. Entre los olvidos destaca el de un grupo de fotógrafos estadounidenses que difundió una imagen gráfica que domesticaba los desencuentros modernos con la ciudad murada. Fotógrafos que trabajaron ya para el gobierno insular, ya para el Servicio Nacional de Parques del gobierno estadounidense o por simples inquietudes propias y, años antes de que por ley se designara la zona histórica.

Los fotógrafos han participado enmarcando las “fachadas arquitectónicas de la historia” desde mediados del siglo XIX. El historiador Jens Jäger afirma que la fotografía ha sido uno de los medios más eficaces para la difusión de las imágenes que ayudaron a darle un rostro menos elusivo a las naciones-Estado modernas:

Most modern Nations were “made” in the nineteenth century, and their making was supported by the popularization and redefinition of all kinds of images and the nationalistic (re)interpretation of landscapes, architectural and honorific monuments [...] It was assumed that physical environment formed the character of its inhabitants, and therefore landscape images were frequently seen as representing the essence of national character.^{[12](#)}

Nada como una historia visual de una comunidad imaginada para lograr su cohesión, advierte además David Lowenthal. La historia vista no tiene la necesidad de ser traducida a los ojos de la mente, como ocurre con la escrita.¹³ La imagen no sólo puede llenar el vacío de las palabras cuando estas no logran capturar ni comprobar conceptos inasibles. Es un medio de fácil difusión, con la capacidad de interpelar por igual a uno que a millones de espectadores. Por esto la imagen crea o refuerza las nostalgias de un modo mucho más eficiente que la palabra. Su estética prescinde de interlocutores; su efecto es instantáneo y su contemplación puede llegar a ser epidémica. ¿Qué sería de conceptos abstractos como “paisaje”, “antigüedad” o “valor histórico” sin la difusión de una iconografía que le corresponda? ¿Se sostendría una propuesta de patrimonio sin su dimensión visual? La respuesta explicaría en parte el por qué de la obsesión con documentar gráficamente lo que una comunidad considera su paisaje auténtico o histórico, más aún si su continuidad está amenazada o ya ha sido quebrada por la modernización, las reproducciones mecánicas o la globalización de la cultura.¹⁴

Un caso distinto al puertorriqueño que ha capturado muchas veces mi atención es el de los fotógrafos Guillermo Kahlo y Agustín Víctor Casasola. La reingeniería de los significados del centro histórico de la Ciudad de México a partir de la década de 1930 parece deberle mucho a su trabajo. Aunque Kahlo y Casasola son conocidos más por las miles de fotos que tomaron de la revolución mexicana, fue igualmente amplia la documentación que realizaron de la ciudad capital cuando esta urbe era exorcizada de su masiva herencia virreinal. Esas imágenes desempeñaron luego un papel clave en la revaloración de unas arquitecturas y unos paisajes sin los que hoy sería difícil concebir el nacionalismo mexicano. En ese sentido, no habría que pensar que en Puerto Rico el papel de la fotografía en la construcción de un patrimonio fuese distinto. Cinco fotógrafos educados en Estados Unidos –Edwin y Louise Rosskam, Jack Delano, Charlie Rotkin y Frederik Gjessing– capturaron y propusieron mirar de otro modo la ciudad años antes de que se designara como zona histórica. Algunas de las fotografías preceden casi 20 años a la creación de las guías para la conservación –o edición del patrimonio– del arquitecto

argentino Mario Buschiazso, contratado por el gobierno a esos efectos en 1956, y a la primera exhibición de la arquitectura colonial que organizó el Instituto de Cultura en 1958.^{[15](#)}



Imagen 7. Jack Delano, Calle de San Francisco, San Juan Puerto Rico, 1941.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Cada uno a su manera y estilo empleó la cámara como una herramienta política subrayando un código visual surgido de las cenizas de la Gran Depresión que, según Susan Sontag, alteró y amplió la idea de lo que vale la pena mirar, de lo que tenemos derecho o el deber de contemplar. A partir de la década de 1930 los fotógrafos estadounidenses darán forma a una nueva ética sobre los modos de ver el mundo que nos rodea desde la fotografía misma.¹⁶ A través del lente, la ciudad y sus barrios se convirtieron en discurso estético y moral, un espacio sublimado, ocupado por habitantes domesticados desde la imagen. Gracias a su difusión, esas fotos versaron miedos y disolvieron desprecios, proponiendo en su lugar el disfrute estético, la imaginación histórica y, con ello, la metamorfosis de los significados de espacios que desaparecerán en la modernidad para reaparecer convertidos en paisajes arquitectónicos puertorriqueños.



Imagen 8. Edwin Rosskam, Vista de La Perla desde los baluartes y garita construidas en el siglo XVIII, San Juan Puerto Rico, 1938.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

LA CIUDAD Y SU DOLOR COMPARTIDO: EDWIN Y LOUISE ROSSKAM

La pareja de fotógrafos y artistas de vanguardia, Edwin y Louise Rosskam, visitaron la isla por primera vez a fines de la turbulenta década de 1930. *Life Magazine* les asignó documentar las tensiones y violencia política entre los nacionalistas y el gobierno de Blanton Winship, que ya había cobrado más de dos docenas de vidas.¹⁷ Su trabajo no fue aceptado para su publicación y no salió entonces a la luz pública. Pronto regresarían a la isla, sin embargo, reclutados en esta ocasión por Roy Stryker, el también fotógrafo y director del Historical Section de la Farm Security Administration (FSA), una agencia creada por la política del *New Deal* del presidente Franklin Delano Roosevelt, que extendió algunas de sus operaciones a la isla a fines de los años treinta. En el continente y en las islas, cartografiaron en imágenes, de manera novel e intensa, la vida de los trabajadores del campo. La escritora Susan Sontag señala que los artistas que trabajaron para la FSA –entre ellos los célebres Dorothea Lange y Walker Evans– no sólo eran tremendamente talentosos, también tradujeron en sus fotografías toda la intencionalidad de su compromiso con las reformas políticas del presidente Roosevelt:

members of the Farm Security Administration photographic project of the late 1930s [...] would take dozens of frontal pictures of one of their sharecropper subjects until satisfied that they had gotten just the right look on film the precise expression on the subject's face that supported their own notions about poverty, light, dignity, texture, exploitation, and geometry. In deciding how a picture should look, in preferring one exposure to another, photographers are always imposing standards on their subjects. Although there is a sense in which the camera does indeed capture reality, not just interpret it, photographs are as much an interpretation of the world as paintings and drawings are.¹⁸

Dicho de otro modo, los fotógrafos de la FSA presentaban su propia versión de una humanidad desamparada y descompuesta por la pobreza, legitimando directa o indirectamente las políticas de redistribución de las riquezas que el gobierno federal había adoptado bajo la presidencia de Roosevelt. Sacar a la luz la dureza cotidiana de los campos azotados por la depresión, la explotación o la sequía fue, en ese sentido, solo uno de los propósitos de los artistas. Al sintonizar su lente con las emergentes utopías sociales de la época se hicieron políticos ellos mismos.

Tal vez eso explica por qué Max Egloff, director de la oficina de información del poder ejecutivo durante el gobierno del controversial Rexford G. Tugwell, reclutó a los Rosskams.¹⁹ Esa contratación fue renovada luego por el primer gobernador electo de Puerto Rico, Luis Muñoz Marín. Ambos parecieron estar muy conscientes del valor de una imagen en el apuntalamiento de un proyecto social inédito. Además, la complicidad de Tugwell y Muñoz mientras este fue presidente del senado insular (1941-1948), tuvo como resultado la creación de la mayor parte de las corporaciones y autoridades públicas. Estas agencias –como el Banco de Fomento Económico, las autoridades de acueductos, energía eléctrica, de hogares o de tierras– serán las que ejecutarán en las próximas décadas el programa de desarrollo y redistribución de la riqueza del Partido Popular Democrático, fundado en 1938. Más tarde, una vez que Muñoz Marín asumió la gobernación en 1948, les encargó a ambos fotógrafos la creación y dirección de la División de Educación a la Comunidad (DIVEDCO). La prolífica producción que la pareja logró allí, a pesar del modesto presupuesto que recibieron, cimentó su autoridad en la creación de los imaginarios modernos acerca de la gente y de la ciudad capital. Sus influencias se extenderían más allá de su estancia en la isla, pues en la DIVEDCO se formaron varias generaciones de fotógrafos, actores, artistas gráficos y productores de cine que eventualmente ampliarían los propósitos discursivos tras las imágenes de la pareja.

Si algo destaca a primera vista en la obra fotográfica de los Edwin y Louise Rosskam es el énfasis que pone en la relación de los habitantes con sus espacios urbanos. Fueron cientos las fotos tomadas de personas en su contexto cotidiano con el ánimo de mostrar, como antes se sugiere, una visión específica sobre la pobreza, la dignidad, la identidad e hipotética belleza de la condición humana, aun cuando es sometida a extremas condiciones de necesidad. La captura de la especificidad de cada sujeto y su relación con el entorno fue una forma de sacar a los habitantes urbanos del anonimato de los números y abstracciones de las estadísticas o informes que las agencias del Nuevo Trato generaron por decenas. Al hacerlo así esperaban quizá mudar el “dolor de los otros” fuera de las cuentas oficiales, abordar las aristas más emotivas de esa otra ciudadanía que vivía de

espaldas a las vecindades o favelas, confrontarlos con la miseria capturada por una foto que se proponía objetiva, que a veces incluso parecía ser accidental. Un informe o un estudio como el realizado en 1939 por Manuel A. Pérez sobre las condiciones de vida en los arrabales apelaba a unos pocos lectores, independientemente de cómo estuviese concebido.²⁰ La fotografía, en cambio, en tanto tiene un “solo lenguaje”, encuentra audiencia en cualquiera.²¹



Imagen 9. Edwin Roskam, Vendedores de juguetes en la Plaza de Armas, San Juan Puerto Rico, 1937.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

En las fotos tomadas por Louise y Edwin Roskam es más que evidente la casi completa ausencia de monumentos. El protagonismo se le otorga a la gente en sus espacios vitales. Sólo en algunas de sus imágenes –de las más conocidas– se permiten la aparición de un pedazo del cinturón de murallas, una garita descascarada que deja expuestos sus ladrillos o un humilde jardín frente a una ventana antigua. No obstante, aun en esas imágenes es el barrio, la calle, la ciudad quienes dominan el fondo de la composición. En una de esas fotos sin personas lo que parece destacarse es la existencia de La Perla que, a la sombra de la muralla centenaria, reafirma su pertenencia a la ciudad histórica. Otra ilustra, en cambio, la presencia de los niños en las calles sin pavimentar del caserío con las fortificaciones de telón de fondo. La Perla, en ambas, no parece una anomalía en el entramado colonial. Recuerda en todo caso, que el origen remoto de toda ciudad comienza precisamente aquí, en la informalidad arquitectónica del arrabal.^{[22](#)}



Imagen 10. Edwin and Louise Roskam, Barrio de trabajadores La Perla, San Juan Puerto Rico, 1937.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

LA IDENTIDAD EN LA ADVERSIDAD: JACK DELANO

Jack Delano se curtió como fotógrafo trabajando para la Farm Security Administration, al igual que sus amigos y colegas Louise y Edwin

Roskam. Admirador también de Dorothea Lange y Walker Evans, este multifacético artista –osciló entre la composición musical y la dirección de cine– de origen ucraniano, fue enviado en 1941 por Roy Stryker a documentar la pobreza en las Islas Vírgenes y en Puerto Rico. Lo que creyó ver e intentó capturar lo expresa bien en su texto para el catálogo de su exhibición en 1990 auspiciada por el Smithsonian Museum:

In both the impoverished countryside and the urban slums, living conditions were horrendous. We had been accustomed the sight of poverty in the States, but never had we witnessed anything like this. What most impressed us, however, was the dignity, hospitality, gentleness, patience, indomitable spirit, and unquenchable sense of humor of the people in the face of the most appalling adversity.^{[23](#)}





Imagen 11. Jack Delano, La Perla, San Juan Puerto Rico, 1941.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Su talento y esa dignificación de la pobreza le valió posiciones en el gobierno populista de Luis Muñoz Marín y le abrió puertas entre muchos de los intelectuales que se identificaban con causas políticas progresistas. En más de un estudio o retrospectiva sobre su obra, se le ha representado como

el estadounidense que se “puertorriqueñizó”, en tanto inventó belleza allí donde no había otra cosa que la violencia de la miseria y el hambre.²⁴

La vida de Delano estuvo marcada por ese propósito: demostrar la existencia del “espíritu indomable” en la adversidad de los puertorriqueños. No en balde sus fotos tuvieron un enorme impacto en los modos en los cuales los puertorriqueños fueron definiendo, después de 1950, su nacionalidad, asociándola con el paisaje de una ciudad colonial en donde la pobreza y la dignidad no se cancelan mutuamente. Rara vez se discute y duda de esa problemática igualación entre paisaje histórico e identidad ideada por un estadounidense. Es decir, esa amplia cartografía fotográfica de Delano ha venido a conformar uno de los referentes iconográficos de la construcción de una nación, de conceptos tales como el mestizaje racial o la idealización de un pasado premoderno. Y todo a pesar de que la modernidad nos distanció radicalmente de aquella sociedad de 1941 –si es que existió– caracterizada por ser “hospitalaria, gentil, paciente, indomable y alegre”.





Imagen 12. Jack Delano, Calle San Francisco, San Juan Puerto Rico, 1941.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Luego de terminar su encomienda para la FSA, Delano regresó a la isla gracias a una beca otorgada por la fundación Guggenheim en 1946. Acompañado nuevamente por Irene, convirtió a la isla en su domicilio hasta su muerte en 1997. En ese medio siglo, ambos se zambulleron en la escena cultural local y a su haber se cuentan varias exhibiciones, publicaciones,

filmes y composiciones corales. Muchos de sus proyectos fueron generados desde la DIVEDCO o en la Universidad de Puerto Rico y, al igual que los Rosskams, la pareja Delano formó varias generaciones de artistas. En una de sus últimas exhibiciones, *Puerto Rico mío: cuatro décadas de cambio*, Delano incluiría parte del material fotográfico de su primera visita para contrastarla con fotos tomadas entre 1980 y 1990, bastante menos conocidas y difundidas que las primeras. En una de las fotos de 1941 destaca la vida cotidiana en las calles del viejo San Juan, un lugar sin excesos, de comercios locales y espacios ordenados, de edificios marcados por la modestia y la pátina del tiempo, pero con todo un porvenir como historia. En una segunda foto, también de ese año, Delano captura la marcha de una joven criolla en la calle de San Francisco. La delgada y espigada mujer no se fija en la cámara ni en las vitrinas mientras camina con seguridad a pesar de la humildad que destaca la imagen. En las fotos tomadas a lo largo de la década de 1980, Delano revela estridentes antónimos al 1941: turistas obesos vestidos ridículamente para la ocasión en las calles sanjuaneras; mujeres y hombres observando un carnaval, sin empacho de su apariencia ni de la falta de decoro en sus poses; en esta última resalta tras una mujer entrada en kilos sentada sobre un auto, un restaurante de comida chatarra, a modo de atroz espectáculo. Una demostración, en fin, de las mutaciones del paisaje provocadas por lo moderno.



Imagen 13. Jack Delano, Espectadores en un carnaval de Ponce, 1980.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Delano argumentó en su libro que las fotos contemporáneas eran simplemente las de un país que había abrazado de manera irreversible la modernización y la cultura del consumo. En ellas no había intención de desprecio. Su sarcasmo fotográfico, no obstante, hace poco por disimularse. En esta, uno de sus más famosas exhibiciones no perdió ocasión de representar una propuesta de identidad nostálgica en todo el sentido de esa profunda palabra. El juego de opuestos es una invitación a un regreso improbable, volver a la modestia, a la imaginaria dignidad e inocencia de la pobreza en las vecindades y calles de San Juan. El *Puerto Rico mío* es el encontrado por Delano en 1941, no el perdido en esos cuerpos monstruosos de 1980; cuerpos que podrían ser ya los de cualquier parte. En ese lente descalificador de Delano, la continuidad con la historia y el paisaje se había quebrado cruel e irreversiblemente.





Imagen 14. Charlie Rotkin, Vista aérea de San Juan, 1948.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

LA CIUDAD SE HACE PAISAJE: CHARLES ROTKIN

El historiador Michel de Certeau afirmaba que mirar una ciudad desde un rascacielos es uno de los ejercicios más seductores que jamás propuso la modernidad.²⁵ Desde las alturas se han hecho las guerras más mortíferas del siglo xx. Y también las más radicales transformaciones de las urbes en sus significados y en sus espacios se han concebido desde los cielos. Los planes para eliminar los barrios medievales de París ideados por Le Corbusier en la década de 1920 se delinearon desde un avión. Brasilia no sería todo lo impresionante que es si no fuese por la posibilidad de admirar desde el aire su monumental trazado urbano en forma de un ave con alas desplegadas. En

fin, que la imagen aérea es una propuesta de ver la ciudad ya no en sus detalles, en sus calles, plazas o gente. Desde los cielos desaparece lo incómodo, contradictorio u ordinario. Es por ello que desde esa perspectiva es fácil destruir la ciudad o convertirla en paisaje.

Las imágenes que tomó Charlie Rotkin desde un avión a finales de los 1940, un artista comprometido con causas radicales, amigo de los Delano y de los Rosskams, publicado con frecuencia en la prensa estadounidense y local, no son, sin embargo, las primeras que se realizaron en el país. Rotkin fue contratado como director para la Oficina de Información por el gobernador Tugwell y luego por sus sucesores, precisamente por su experiencia como piloto experto en documentar los escenarios de la segunda guerra mundial desde los aires.²⁶ El gobernador interino, Jesús T. Piñero, le solicitó en 1948 tomar fotos de las tierras que la marina y el ejército devolverían al gobierno a raíz de la desmovilización de tropas y la clausura de edificios empleados durante el conflicto.²⁷ Rotkin, sin embargo, no se limitó a realizar esa tarea. Aparte de los cientos de imágenes que tomó de la geografía isleña, realizó una serie fotográfica de San Juan desde una altura de entre 200 y 300 metros. Ahí estriba la originalidad de las mismas.



Imagen 15. Charlie Rotkin, Vista aérea de Puerta de Tierra, 1948.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Al rescatar la idea de las populares imágenes “a vista de vuelo de pájaro”, como era la práctica popular empleando un globo en el siglo XIX, Rotkin inauguró en la isla una mirada sobre la capital como paisaje. En ellas no se visualizan estructuras particulares ni monumentos. En todos los casos, lo que Rotkin hace visible es un conjunto ordenado del entramado urbano. Borradas de sus fotos quedan los detalles de las calles sin pavimentar de las favelas, el hacinamiento de las casas de vecindad, los edificios coloniales ruinosos, los ordinarios almacenes de los muelles o los austeros cuarteles y residencias del ejército. Además, en sus capturas Rotkin invita a mirar la dramática relación de la ciudad con su bahía y el mar Atlántico, así como la inmensa huella de su pasado militar español. En este conjunto de fotos, las masivas fortificaciones construidas entre los

siglos xvii y xviii aparentan ser parte de la naturaleza del lugar, estrechamente ligadas a su topografía, como un teatro griego o un acueducto romano lo serían a sus urbes centenarias.

Esa antigüedad definida por una lente llega incluso a aplicarse al barrio de La Perla, esa barriada que el gobierno intentó erradicar una y otra vez entre 1940 y 1970. Rotkin, y luego su discípulo Rafael Santiago, tomaron varias vistas aéreas del lugar. Pero las más originales se tiraron desde el mar y a la distancia. Con las murallas y las casas coloniales de fondo, La Perla no parece amenaza sino parte inherente al alzado de la ciudad. Como antes hicieron los Rosskams y Delano, La Perla de Rotkin es paisaje, es documento, es memoria, historia e identidad de San Juan. ¿Cuánto habrán influido esas imágenes en los modos de pensar ese arrabal? ¿Hasta dónde la resistencia a ser desplazados y el orgullo de los vecinos pobres del barrio extramuros se habrá alimentado por esa representación de su antigüedad?



Imagen 16. Rafael Andreu Santiago, La Perla, San Juan Puerto Rico, 1948.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

¿Qué es el patrimonio? ¿Por qué las naciones, comunidades o individuos llegan a obsesionarse con algunas de sus ruinas, con una parte del pasado que es “extranjero”, que ya no experimentaremos jamás como algo propio? François Choay afirma que la invención moderna del patrimonio ocurre en el siglo XIX, justo cuando las rupturas con el pasado a causa de la revolución industrial se tornan dramáticas, cotidianas, dolorosas.²⁸ La institucionalización del patrimonio apuntaló, irónicamente, la legitimidad política de las emergentes naciones-Estado modernas, que al mismo tiempo celebraban los rompimientos con el pasado. Con todo lo contradictorio que pueda sonar, los promotores de la modernidad y de las naciones como las conocemos, anclaron en el pasado la justificación de ese orden inédito de sociedad y política que ha triunfado en el siglo XX, aunque es cierto que, en el presente, la designación y protección de los lugares de la memoria ya no es cosa exclusiva de las instituciones nacionales. En muchos casos, incluso, los gobiernos se han retirado de la escena porque cada vez son más numerosos y diversos los grupos que toman en sus manos las nominaciones, preservación y edición del pasado.²⁹ No debe quedar duda, sin embargo, de que el primer esfuerzo por elegir de entre la multitud de ruinas y de institucionalizar su protección, tiene su origen en los ideólogos de un Estado nacional a los que no se les escapó el detalle de que, sin pasado, su proyecto de transformación sería vulnerable.

Por todo esto, quisiera concluir este ensayo con unos comentarios sobre el trabajo poco conocido del arquitecto conservacionista Frederik C. Gjessing. A pesar del significativo apoyo que Gjessing ofreció a los incipientes esfuerzos del Instituto de Cultura Puertorriqueña por enmarcar arquitectónicamente una definición de identidad nacional, tal aportación ha pasado desapercibida por largo tiempo. Arquitecto de origen danés pero educado y radicado desde muy joven en Estados Unidos, Gjessing realizó un primer viaje a las Islas Vírgenes y a Puerto Rico en 1952 para documentar y planificar los proyectos de restauración de las fortificaciones españolas en esa década, ya traspasadas de manos del ejército al National

Park Service de Estados Unidos para convertirlas en museos. Por sus conocimientos en la conservación fue también reclutado por arquitectos locales como consultor para restaurar algunas propiedades en el viejo San Juan.

Fue en ese periodo que Gjessing se dio a la tarea de realizar un extenso inventario gráfico de las estructuras más antiguas del viejo San Juan,³⁰ transformando la antigua ciudad por primera vez y antes que el propio Instituto de Cultura, en un extenso documento histórico. Calle por calle, bloque por bloque, la fotografía sirvió a Gjessing como indicador de los lugares de una nueva memoria y como herramienta para esa edición política que implica todo acto de preservación arquitectónica. Así destacó pues, dentro de la disparidad de los edificios entonces existentes en el viejo San Juan aquello que parecía ser estéticamente coherente –y también lo que no– con las arquitecturas de finales del siglo XVIII y finales del siglo XIX. Para restringir aún más la mirada sobre lo histórico, incluyó en su inventario dibujos, destacando aquellos acentos arquitectónicos que entendía adecuados para ser memorables en el futuro. Su iconografía colonial sirvió, así como una cartografía de la exclusión, que proponía eliminar lo que parecía ajeno a ese periodo y, de ser necesario, inventar lo viejo allí donde hiciera falta en nombre de la integridad de la historia.





Imagen 17. Frederick Gjessing, A Photographic Survey of San Juan Antiguo, San Juan Puerto Rico, 1952.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Algunas copias de este inventario fueron enviadas al ICP y a la Universidad de Puerto Rico pensando que serían de enorme utilidad en el futuro. Del mismo modo, escribió en marzo de 1956 un conjunto de recomendaciones para el director del ICP, Ricardo Alegría. El director del instituto recién creado pensaba publicar un folleto sobre la arquitectura residencial del viejo San Juan. La publicación debería de servir a la vez como instrumento de difusión y de guía para aquellos arquitectos y contratistas que desearan darse a la tarea de la restauración de edificios coloniales. En su carta fechada en marzo de 1956 subrayaba la necesidad de limitar al mínimo los ejemplos y los temas de la publicación para restringir el radio de acción de los constructores. Asimismo, Gjessing enfatizó que sólo deberían aparecer ilustrados en el documento los ejemplos que

representaran mejor esos siglos, y de entre ellos los de mejor calidad, acompañados por muchas imágenes y dibujos, pero por muy pocos textos.^{[31](#)}





Imagen 18. Frederick Gjessing, A Photographic Survey of San Juan Antiguo, San Juan Puerto Rico, 1952.

[\[Regresar a “Créditos de las imágenes” \]](#)

Una foto de fachada, un dibujo de la planta, una sección del edificio, un detalle de sus cornisas, de alguna de sus ventanas, de una escalera, balcón, balaustres y patio: esas fueron las coordenadas para la estética del porvenir que nos devolvería a un pasado que seguramente nunca existió en esos términos. Gjessing no podría haber sido más simple y directo en el establecimiento de un norte editorial de una memoria en piedra. No obstante, en el largo plazo esa edición ha tenido mejores resultados de los que tal vez entonces podía sospechar este arquitecto. Si algo celebran los visitantes del viejo San Juan en el presente es esa “integridad histórica” desconociendo que la misma es producto de una gestión moderna. Pocos pueden imaginar que la conservación ha conllevado tantas demoliciones como reinvisiones. Irónico además, si se toma en cuenta que ese lugar del “todos nosotros”, esos espacios arquitectónicos que apoyan una identidad

nacional tienen innumerables elementos ideados por los arquitectos del “imperio” del cual tanto hemos tratado de diferenciarnos.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

AACUPR	Archivo de Arquitectura y Construcción de la Universidad de Puerto Rico.
AFLMM	Archivo de la Fundación Luis Muñoz Marín.
AGPR	Archivo General de Puerto Rico.
LC	Library of Congress, Washington.

Hemerografía

La Integridad Nacional, San Juan.

Bibliografía

- Baldrich, Juan José, “Jack Delano, ¿un expatriado al servicio del Estado?”, *Revista Mexicana del Caribe*, Instituto Mora, año IV, núm. 7, 1999, México, pp. 36-62.
- Benjamin, Walter, “The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction” en Hannah Arendt (ed.), *Illuminations. Essays and Reflections*, Nueva York, Schocken Books, 1968, pp. 217-251.
- Benjamin, Walter, “Theses on the Philosophy of History” en Hannah Arendt (ed.), *Illuminations. Essays and Reflections*, Nueva York, Schocken Books, 1968, pp. 253-264.
- Boym, Svetlana, *The Future of Nostalgia*, Nueva York, Basic Books, 2001.
- Castro, María de los Ángeles, *Arquitectura en San Juan de Puerto Rico (siglo XIX)*, Río Piedras, Facultad de Humanidades-Universidad de Puerto Rico, 1980.
- Certeau, Michel de, *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press, 1984.
- Certeau, Michel de, “Practices of Space” en Marshall Blonsky (ed.), *On Signs*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1985.
- Choay, François, *The Invention of the Historic Monument*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Delano, Jack, *Puerto Rico mío. Cuatro décadas de cambio*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1990.

- Duro, Paul, "Disturbance of Memory. Travel, Recollection and the Experience of Place" en Anne Teresa Demo y Bradford Vivian (comps.), *Rethoric, Remembrance and Visual Form: Sighting Memory*, Nueva York, Routledge, 2012, pp. 49-66.
- Escalante Rengifo, Guadalupe, "El progreso motorizado: una historia cultural del transporte urbano en San Juan, 1942-1993", tesis doctoral, San Juan, Departamento de Historia-Universidad de Puerto Rico, 2012.
- Fernández Juncos, Manuel, *Galería puertorriqueña: tipos y caracteres. Costumbres y tradiciones*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1958 (Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2).
- González-Varas Ibáñez, Ignacio, *Las ruinas de la memoria. Ideas y conceptos para una (im)posible teoría del patrimonio cultural*, México, Siglo XXI Editores, 2014.
- Hostos, Adolfo de, *Historia de San Juan, ciudad murada: ensayo sobre el proceso de civilización en la ciudad española de Puerto Rico, 1521-1898*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1966 [1948].
- Jäger, Jens, "Picturing Nations: Landscape Photography and National Identity in Britain and Germany in the Mid-Nineteenth Century" en Joan M. Schwartz y James R. Ryan, *Picturing Place: Photography and the Geographical Imagination*, Londres, I. B. Tauris, 2006, pp. 117-140.
- Katzman, Laura y Beverly W. Brannan, *Re-Viewing Documentary: The photographic life of Louise Rosskam*, Washington, American University Museum, 2011.
- Koolhaas, Rem, *Acerca de la ciudad*, España, Editorial Gustavo Gili, 2014.
- Lizardi Pollock, Jorge L. y Francisco Javier Rodríguez, "Paisajes de la contingencia: arquitectura y urbanismo en San Juan, 1938-1948" en Jorge Rodríguez Beruff y José Bolívar Fresneda (comps.), *Puerto Rico en la segunda guerra mundial*, San Juan, Ediciones Callejón, 2015, vol. 2, pp. 573-597.
- Lowenthal, David, *The Past is a Foreign Country. Revisited*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015.
- Ormachea, Fernando de, *Popurri de aires puerto-riqueños. Tipos, costumbres, impresiones, aventuras y desventuras*, San Juan, Imprenta El Agente, 1884.
- Pérez, Manuel A., *Estudio preliminar de las condiciones de vida en los arrabales de San Juan*, San Juan, Puerto Rico Reconstruction Administration, Research and Statistics Section, 1939.
- Sección de Monumentos Históricos, "La arquitectura colonial" [reseña], *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, primera serie, núm. 8, julio-septiembre de 1960, San Juan, pp. 37-40.
- Sepúlveda, Aníbal, *San Juan. Historia ilustrada de su desarrollo urbano, 1508-1898*, San Juan, Carimar, 1989.
- Sontag, Susan, *Regarding the Pain of Others*, Nueva York, Picador/Farrar, Straus and Giroux, 2003.
- Sontag, Susan, *On Photography*, Nueva York, Picador/Farrar, Strauss and Giroux, 2013.
- Tugwell, Rexford G., *Tugwell's Thoughts on Planning*, Río Piedras, University of Puerto Rico Press, 1975.
- Urban, Florian, "La Perla-100 Years of Informal Architecture in San Juan, Puerto Rico", *Planning Perspectives. An International Journal of History, Planning and the Environment*, International Planning History Society, vol. 30, núm. 1, 2015, pp. 495-536.

NOTAS

- * Agradezco enormemente a María de Lourdes Rodríguez, del Archivo General de Puerto Rico (en adelante AGPR), su ayuda, generosidad, apoyo e interés en mis investigaciones sobre la historia de la imagen y el patrimonio han sido y seguirán siendo fundamentales.
- 1 Véase Koolhaas, *Acerca de la ciudad*, 2014.
 - 2 Sobre la histórica incapacidad isleña de articular un sistema de transporte colectivo eficiente, véase el trabajo de Escalante Rengifo, “El progreso motorizado”, 2012.
 - 3 Al respecto véase el provocador trabajo de Boym, *The Future of Nostalgia*, 2001.
 - 4 Duro, “Disturbance of Memory”, 2012, p. 50.
 - 5 Véase por ejemplo Ormachea, *Popurri de aires*, 1884.
 - 6 Ángel Rivero, “Mis vecinos de abajo”, *La Integridad Nacional*, 22 de mayo de 1897.
 - 7 Fernández, *Galería puertorriqueña*, 1958, p. 308.
 - 8 Me refiero a textos como los de Hostos, *Historia de San Juan*, 1966; Castro, *Arquitectura en San Juan*, 1980, y Sepúlveda, *San Juan*, 1989.
 - 9 Urban, “La Perla-100”, 2015, pp. 495-536. En este riguroso y amplio estudio de La Perla, Urban demuele muchos de los mitos sobre la relación entre este barrio extramuros y el entramado histórico de San Juan.
 - 10 Véase el Informe del arquitecto Mario J. Buschiazzi al Instituto de Cultura Puertorriqueña, 27 de mayo de 1958, en Archivo General de Puerto Rico (en adelante AGPR), fondo Instituto de Cultura Puertorriqueña, serie Correspondencia Oficina Director Ejecutivo, sub-serie Correspondencia Particulares, exp. Mario Buschiazzi, 1956-1962, s. f.
 - 11 Sobre la domesticación de un “pasado extranjero” o “extraño”, véase la obra Lowenthal, *The Past is a Foreign*, 2015. El libro fue publicado originalmente en los años ochenta. Lowenthal revisó y publicó nuevamente el trabajo en 2015.
 - 12 Jäger, “Picturing Nations”, 2006, p. 117.
 - 13 Lowenthal, *The Past is a Foreign*, 2015, p. 15.
 - 14 Véase Benjamin, “The Work of Art”, 1968, y Benjamin, “Theses on the Philosophy”, 1968.
 - 15 Reseña de la exhibición preparada por la Sección de Restauración de Monumentos Históricos, “La arquitectura colonial”, 1960, pp. 37-40.
 - 16 Sontag, *On Photography*, 2013, p. 3.
 - 17 Katzman y Brannan, *Re-Viewing Documentary*, 2011; Richard Doud, “Oral History Interview with Edwin and Louise Roskam”, *Archives of American Art*, Nueva Jersey, 3 de agosto de 1965, en <<https://www.aaa.si.edu/collections/interviews/oral-history-interview-edwin-and-louise-roskam-13112>>. [Consulta: 14 de agosto de 2017.]
 - 18 Sontag, *On Photography*, 2013, p. 6.
 - 19 Tugwell impulsó toda su vida la creación de un “cuarto poder”, el poder de la planificación, económica, social, centralizada y libre de interferencias partidistas. Sólo de ese modo el gobierno podría implementar políticas por el “interés público”, que no eran iguales a la suma de los intereses individuales de grupos que terminaban dominando la legislación gubernamental. Como muchas veces ese “interés general” fue comparado por sus detractores con la idea de una “voluntad general”, Tugwell fue acusado con frecuencia de promover el totalitarismo. Tugwell, *Tugwell's Thoughts*, 1975, pp. 143-158.
 - 20 Véase Pérez, *Estudio preliminar*, 1939.
 - 21 Sontag, *Regarding the Pain*, 2003, p. 20.
 - 22 Esa es la tesis central del excelente ensayo de Urban, “La Perla-100”, 2015.
 - 23 Delano, *Puerto Rico*, 1990, p. 24.
 - 24 Véase la crítica a este innecesario intento de “puertorriqueñización”, en Baldrich, “Jack Delano”, 1999, pp. 36-62.
 - 25 Véase Certeau, “Practices of Space”, 1985, p. 125, y Certeau, *The Practice of Everyday*, 1984.

- [26](#) “Interviews with ASMP Founder: Charlie Rotkin”, *American Society of Media Photographers*, en <<https://www.asmp.org/resources/about/history/interview-founders/charlie-rotkin/>>. [Consulta: 14 de agosto de 2017.]
- [27](#) Lizardi y Rodríguez, “Paisajes de la contingencia”, 2015, pp. 573-597.
- [28](#) Véase Choay, *The Invention of the Historic*, 2001.
- [29](#) González-Varas, *Las ruinas de la memoria*, 2014, p. 14.
- [30](#) El inventario y estudio de Gjessing fue depositado en el AGPR, fondo Documental del Instituto de Cultura Puertorriqueña, expedientes de Parques Nacionales. Una segunda copia fue enviada a la Universidad de Puerto Rico y hoy se encuentra en el Archivo de Arquitectura y Construcción de la Escuela de Arquitectura.
- [31](#) Frederik C. Gjessing a Ricardo Alegría, 23 de marzo de 1956, en AGPR, Fondo documental del Instituto de Cultura Puertorriqueña, exps. Parques Nacionales.

HISTORIOGRAFÍA DOMINICANA*

Roberto Cassá

Me voy a referir por petición de Laura Muñoz a la producción historiográfica dominicana durante el siglo xx, pero para hacerlo, debo ir un poco atrás, y establecer los orígenes de la problemática historiográfica del siglo xx. No haré una presentación desde el punto de vista técnico-historiográfico de lo que llamaríamos el examen del discurso histórico; no daría tiempo, y no creo que para ustedes sea lo más interesante. Me referiré a los componentes intelectuales alrededor de la problemática nacional y culminaré con la producción historiográfica.

El punto de partida es lo que llamo la tradición. La historiografía dominicana está gobernada por una matriz de tradición, alrededor de la cual se ha elaborado una filosofía de la historia nacional, un cuerpo de nociones, de supuestos, de conclusiones, que de una u otra manera han estado gravitando sobre el devenir de la producción histórica en el país. En términos muy resumidos, podríamos plantear un hiato entre el trabajo técnico de la investigación y del conocimiento históricos, y las circunstancias históricas en que se ha ido desarrollando el país. Este es un discurso que responde a intereses precisos de tipo social, y me referiré a ellos de manera esquemática. No obstante los cambios producidos a lo largo

de más de dos siglos, los sectores hegemónicos del país han acudido reiteradamente a la recuperación, desde esta matriz exclusiva, de esta suerte de corpus filosófico sobre el historiador.

Esta tradición se sustenta en el supuesto hispanista de que el conglomerado dominicano se ha estructurado como una continuación de España. Una continuación en circunstancias ciertamente distintas, pero que responden a una recuperación de la matriz básica de la cultura española. Es algo que ha servido para legitimar aspiraciones o para contraponer unos intereses a otros. Los términos de esta propuesta filosófica de la historia dominicana han ido cambiando.

En el intento de historiar un poco algunos de estos momentos nos encontramos con un fenómeno muy interesante con especial recurrencia: la noción de identidad. Los historiadores o los ensayistas han centrado su discurso alrededor de la búsqueda de una identidad, de responder preguntas como qué es el pueblo dominicano, qué son los dominicanos y cómo es que esto se vincula con una alternativa en la construcción de una realidad distinta.

Tal vez esta recurrencia discursiva esté vinculada con la pobreza del discurso histórico. Finalmente en el país sólo a partir de mediados del siglo xx, aproximadamente, se estructura un discurso histórico consistente desde el punto de vista profesional, especializado. Los historiadores normalmente han operado como ensayistas políticos, vinculados con el poder o con las instancias culturales vinculadas a aquel; se han apoyado en la historia pero no de una manera sistemática y profesional. Es parte de lo que podemos constatar como el hiato que mencionamos entre conocimiento empírico y este corpus filosófico doctrinario sobre la historia del país.

El origen de este discurso lo encontramos a fines del siglo xviii, vinculado con las reformas borbónicas y las reestructuraciones consecuentes y que llamaron a la clase dirigente esclavista local a disputar espacios con los procesos de reconquista por parte de la corona española. En Santo Domingo, ese proceso fue mucho más limitado que en el resto de la América española pero tuvo consecuencias en la consolidación de la elite criolla que finalmente asumió procesos a su manera. Vamos a tratar de explicarlo muy brevemente: asume la construcción de la comunidad

dominicana, pero lo hace de una manera que reproduce y profundiza en el discurso las exclusiones en las cuales se amparaban las revoluciones sociales y culturales de la época.

Podemos incluso datar esta manifestación en la figura intelectual dominante que viene del siglo XVIII –que por cierto murió en Guadalajara, México– el sacerdote Antonio Sánchez Valverde, un pensador muy religioso, pero también un analista de la realidad de su época y un historiador, a pesar de que su único tratado propiamente de historia no ha aparecido todavía. Tal vez esté en algún lugar de México o fue destruido.

Lo que subyacía en el planteamiento de Sánchez Valverde era la búsqueda de derechos para los criollos de producir una suerte de revolución esclavista; pasar del estado miserable en que se encontraba Santo Domingo, la colonia más pobre del continente, a competir con Saint Domingue, la colonia más “solita” del continente, la vecina, o con otras colonias donde las clases finalmente lograban la realización de sus intereses, como era el caso ya visible de Cuba.

En esta apuesta de hispanidad absoluta y polémica de parte del sacerdote, lo que subyacía era pura y simplemente la exclusión de la inmensa mayoría de la población; la nación se formulaba sobre la base de algo imputable a lo sumo a círculos urbanos, muy reducidos, vinculados con el mundo de la gran propiedad y los negocios. La propuesta de Sánchez Valverde es ilustrada y propositiva. Está buscando una realización dentro del orden colonial.

Este tipo de propuestas caen en el vacío con el cataclismo que se produce en el país a finales del siglo XVIII, principios del XIX, con el tratado de Basilea, mediante el cual la corona española cedió a Francia la soberanía sobre la isla. Se produce una emigración generalizada, los círculos dirigentes del país se marchan. Un vacío social y los procesos de guerras y revoluciones dan lugar a una pregunta angustiante entre los escasos círculos de la vieja clase que quedan en el país, el dilema sobre el futuro. Una situación sumamente difícil para ellos, que no encuentran en realidad respuestas discursivas de ningún género. Los podemos ver en crónicas, documentos, pero no de textos, por lo menos de manera significativa. Dentro de este tipo de planteamientos, fue un emigrado, Del Monte y

Tejada, quien se hizo un prominente abogado en los círculos esclavistas criollos de Cuba, el que recupere las tesis de Sánchez Valverde, pero que en lugar de hacerlo de manera propositiva, lo hizo de manera polémica y retrospectiva. Sánchez Valverde, en definitiva, criticaba el estado de la colonia y proponía la realización de la hispanidad a través de la revolución esclavista. Del Monte y Tejada analiza todo acontecimiento subversivo de inicios el siglo XIX como proceso aciago y propone un retorno al pasado. Es el corolario historiográfico del programa conservador de los círculos dirigentes que permanecieron en el país y de los que se fueron conformando después, salidos de los tratos criollos y provincianos. Es el caso de los inmigrantes canarios del siglo XVIII, muchos de los cuales permanecieron en la Dominicana, o bien, las nuevas migraciones, y la creación de nuevas elites, sobre todo de comerciantes, desde la primera mitad del siglo XIX. Del Monte y Tejada critica las revoluciones internas y su efecto catastrófico sobre los grupos dirigentes del país, y convocando a una recuperación, sobre la base del retorno a España y de un programa anexionista de los grupos dirigentes, que carecían de conciencia nacional. Su visión hispanista espontánea los segregaba del resto del pueblo y encontraban la única fórmula para la realización de sus intereses en la anexión a España, o a otra potencia, cosa que se realizó en marzo de 1861, con lo que Del Monte Tejada se propuso recorrer el país, pero le sorprendió la muerte poco después.

Durante la anexión a España, de 1861 a 1865, encontraremos la culminación de este planteamiento ilustrado-conservador en la figura del literato más renombrado del siglo XIX dominicano: Manuel de Jesús Galván, el teórico cultural de la anexión, quien justifica en términos doctrinarios el programa conservador plasmado en la anexión, y recupera el postulado hispanista y religioso con una derivación en contra de la nación haitiana. Esto ya estaba en Del Monte de manera, si se quiere, episódica. Galván, en un momento muy importante, le da una dimensión ontológica, asumida, supuestamente, por el pueblo dominicano a través del apoyo de la anexión. Es la última expresión importante, desde el punto vista intelectual, de la corriente conservadora del país, ya que después de 1865, con el fracaso del plan anexionista, los intelectuales prácticamente en su totalidad, salvo

contadas excepciones, se alinearon detrás del liberalismo, lo que tuvo una manifestación historiográficamente distinta de la del tipo ilustrado y conservador en personas como Galván, como Javier Angulo Guridi, emigrado también, que retornó de Cuba, y uno de los hombres cultos de la época.

Habría que hacer algunas brevísimas precisiones respecto al liberalismo dominicano. Sus puntos de diferenciación con la tradición política conservadora, fueron muy escasos, mínimos, incluso. De hecho, la historia dominicana de la segunda mitad del siglo XIX está atrevesada por los pactos entre liberales y conservadores, también por los enfrentamientos, sin duda, pero sobre todo por los pactos y las posibilidades de tránsito de un esquema político a otro. Nos encontramos muy frecuentemente con conservadores, como Manuel de Jesús Galván, que terminan como liberales declarados, y con liberales, algunos incluso radicales, que al final de su vida abjuran de muchos de sus postulados originales y se insertan en una propuesta conservadora desde el punto de vista de los resultados. Pero aún así, podríamos decir que la política cambia y también la producción cultural. En la historiográfica nos vamos a encontrar con dos manifestaciones principales de este largo predominio liberal de 1865 a 1930, que en cierta medida coinciden con etapas en el tiempo.

A la primera la podemos denominar discursiva, puramente expositiva, accionada alrededor de la exaltación de la lucha de los dominicanos por la libertad. Eso es lo que distingue a la tradición liberal de la tradición conservadora, así como la cuestión de la soberanía. Los conservadores, finalmente partidarios de la modernización, lo hacen a través de una suerte de recuperación del pasado, del régimen autoritario no nacional, de la anexión. Los liberales creen en la potencialidad de la soberanía nacional y popular, pero lo hacen de una manera que el postulado teórico no coincide en la práctica, de lo que derivaría la reiterada frustración con el predominio político de los liberales particularmente cuando tomaron ya establemente el poder, después de 1879, y terminaron estableciendo una dictadura oligárquica que simplemente se orientó al desarrollo capitalista en contra de los intereses del pueblo que anteriormente decía defender.

Los liberales manifiestan en términos historiográficos la existencia de un pueblo integrado; es lo que gobierna esta exaltación que hacen los historiadores narrativos que podríamos catalogar *grosso modo* como próceres políticos o próceres patriotas. Prácticamente todos intervienen decididamente en las luchas nacionales desde mediados del XIX y sostienen este planteamiento de la unidad del pueblo y de su potencialidad civilizada, pues no cuestionan el supuesto conservador de la condición hispánica del mismo. Estos liberales incluso profundizaron la exclusión del pueblo, que resultaba absolutamente ajeno. Ellos concibieron la nación como la construcción de una civilización ajustada a los parámetros de los países centrales, y todo aquello que no se ajustaba a este ideal civilizatorio y nacional quedaba excluido. Desde el fundador de la historiografía liberal narrativa, José Gabriel García, se distinguieron por la incomprensión declarada de las fórmulas de vida de la masa mayoritaria del pueblo, y procedían sin más –a pesar del formato narrativo de las historias políticas que escribieron del siglo XIX–, a condenar reiteradamente al accionar del pueblo por su falta de patriotismo, de fines generosos, de altruismo, de cultura. El pueblo era condenado como bárbaro africano y antipatrótico aunque no tengan problema en reconocer, desde el punto de vista de los principios, la unidad nacional, la dignidad de todos los dominicanos. En consecuencia, este discurso lo que hace es extender su propuesta de programa educativo, la panacea educativa, como clave para una verdadera unidad nacional alrededor de los principios civilizatorios del mundo occidental.

Una segunda manifestación del discurso liberal, *grosso modo* a partir de 1880, es el desencanto entre los propios intelectuales liberales por el fracaso de su propio programa y la búsqueda de las razones de este fracaso. Pero este momento de la historiografía liberal está relacionada con la llegada al país, en 1879, de Eugenio María de Hostos, sabio puertorriqueño que es colocado por el presidente del momento Gregorio Luperón –uno de los escritores historiadores a su manera dentro de esta historiografía narrativa, líder del partido liberal– en un lugar crucial en la tarea educativa e intelectual en general, a través de la prensa y del ensayo. Hostos recibe autorización para proceder a una reforma intelectual del país; a la par que

propició la introducción del positivismo en el país, contribuyó a crear la intelectualidad moderna o un formato de pensadores, intelectuales con criterios y niveles de formación muy distintos, de los característicos en los intelectuales liberales hasta entonces. En Hostos y en otros pensadores del momento, como Pedro Francisco Bonó, que no es hostosiano ni es positivista, pero que ya está penetrado de un espíritu analítico, sociológico, en la búsqueda de los determinantes de los procesos históricos-nacionales.

Nos encontramos entonces con el basamento de un nuevo tipo de análisis, una búsqueda de explicaciones, de estructuras y de razones. En realidad, su mirada de la historia dominicana no está elaborada ni expuesta a través del discurso histórico sino a través del ensayo. La novedad que aporta Hostos es que España, lejos de haber sido un factor de civilización, fue el motivo del atraso de la sociedad dominicana como parte de la comunidad iberoamericana. Sin embargo, Hostos y Bonó también recaen en aspectos del mito tradicional. Hostos, en particular, se aferra en ver en la minoría caucásica, como él la denomina, el único eslabón de civilización para la consecución de un proyecto civilizatorio. Aquí hay una condena al régimen colonial, también presente en Pedro Francisco Bonó, quien dice que los dominicanos tienen la posibilidad de escoger entre opciones étnico-raciales y que en razón de su cosmopolitismo y de su interés en el desarrollo moderno deben identificarse prioritariamente, dice Bonó, con la raza blanca. De manera que el criollismo, o el criollo como realidad social y cultural propiamente vinculada con la constitución de una comunidad dominicana está ausente, en muchos aspectos, en el discurso alternativo de los fundadores de la historiografía y del pensamiento liberales. Hostos no hizo historia, pero algunos de sus discípulos sí entre ellos Federico García Godoy y Américo Lugo. Inicialmente reproducen la diatriba antihispánica y se genera un terreno controversial terrible en el país, de división de la elite intelectual, entre católicos y normalistas –estos porque estaban vinculados a la escuela normal de maestros.

Bueno, no me voy a extender acerca de los elementos que surgen del normalismo, pero por lo menos debo plantear que se producen alrededor de esta búsqueda de determinantes científicos de la realidad nacional, a tono con los parámetros de la sociología de Hostos, que a su vez es una

continuación en cierta manera de la filosofía de Spencer. Una recusación ontológica del pueblo a un nivel ya de elaboración que en ningún momento los historiadores liberales anteriormente formularon.

Los teóricos positivistas hablarán acerca de la inferioridad étnica innata del pueblo dominicano, que tiene su mayor determinante en el antecedente africano –nocivo y refractario a la civilización–, pero también en la España atrasada. Hay una recusación del hispanismo, pero al mismo tiempo –por supuesto– una reivindicación de ellos como elite, como portadores del único espacio civilizado que puede dar lugar a la constitución de una nación. Ni la nación, ni el Estado, existen en palabras de Américo Lugo y deben ser contruidos por la minoría letrada a través de una dictadura prácticamente de clase. Es la convocatoria a la clase dirigente del país a tomar las riendas del devenir de la nación para un programa patriótico. La única solución que ven estos señores es una imposición sobre la mayoría del pueblo y lo hacen a través de una recurrencia a fórmulas de conocimiento de la historia no adscritas al discurso convencional. Sin embargo, uno de ellos, hacia 1911, empieza a cambiar este postulado. Es Américo Lugo, quien es enviado por primera vez a España para hacer investigaciones en los archivos españoles sobre la historia dominicana.

Lugo llega a la conclusión de que los dominicanos son españoles y de que la estructuración del pueblo, desde el siglo XVI, es producto de la impronta de la conquista y del ethos superior de la cultura española. El positivista no deja de ser positivista, el demócrata no deja de ser demócrata, pero plantea nuevos campos problemáticos en sus interrogantes acerca de la identidad dominicana. Esto no fue un proceso aislado. En la misma época, Federico García Godoy, otro de los seguidores de Hostos a su manera –no fue propiamente un normalista como Lugo, pero era un asociado y un positivista–, hizo algo parecido, cuestionando el materialismo de los países centrales y adscribiéndose al postulado de José Enríque Rodó en *Ariel*. Es posiblemente el primer discípulo en América Latina de Rodó. García Godoy llama a un ejercicio del espiritualismo creador, a un abandono del materialismo industrial, a la constitución de claves nuevas para la constitución de una nación fructífera.

Lugo está en los orígenes del nacionalismo antiimperialista y García Godoy, entre otros, está en los orígenes de la extrema izquierda del momento que se acercaba al planteamiento socialista, particularmente después de la revolución rusa.

Los imperativos del momento, particularmente la ocupación militar de Estados Unidos en 1916, llevaron a los intelectuales –sobre todo de la generación joven que es la que asume la lucha contra los ocupantes de una manera activa– a adscribirse a las tesis de Lugo, a extremar sus tesis hispanistas. Ahora de lo que se trata no es de que los dominicanos puedan constituir una nación, sino que ya son una nación como evidencia su derecho a la soberanía. Ese era el planteamiento. Lugo ya en ese momento comienza a preparar lo que podríamos decir es el primer tratado de historia colonial sustentado en fuentes históricas. Se publica muchos años después en 1952 con el título de *Historia de Santo Domingo desde el 1556 hasta 1608 Edad Media de la isla Española*.

Lo que estamos presenciando es que de una u otra manera, por vericuetos nuevos, la generalidad de los intelectuales positivistas y progresistas están recuperando elementos de la tradición. En este caso, como propuesta de un programa revolucionario o antiimperialista. Es decir, la dignidad hispánica como sustento de la potencialidad del pueblo se erige en el punto crucial de la lucha en el plano cultural contra la ocupación militar de Estados Unidos. De ahí que Lugo se constituyera en el gran orientador de esa generación, a través de una operación, si se quiere personalizada, mediante la designación de Emiliano Tejera como presidente de la Unión Nacional Dominicana, el organismo que dirigió la lucha contra la ocupación estadounidense. Emiliano Tejera era un intelectual liberal pero que se había orientado hacia posiciones moderadas, por no decir conservadoras, pero que terminó abjurando de Estados Unidos. Había sido un pronorteamericano, un modernizante, pero consideraba que EUA había engañado a los dominicanos. Tejera fue posiblemente el letrado que con más consistencia cuestionó las tesis de Hostos. No lo hizo de manera frontal, pero en los momentos en que casi todos los intelectuales coincidían en renegar del espíritu hispánico, fue el único que planteó el ethos superior de la religiosidad española, que constituía la quintaesencia del pueblo

dominicano y que había permitido la extensión de la cultura española a la masa africana de origen esclavo, o a la masa esclava o exesclava de libertos de origen africano. Esta trama está en el origen de las claves de lo que será el momento culminante de apropiación de la tradición durante la dictadura trujillista.

Como dije antes no fue una operación aislada; formó parte de una respuesta pertinente de la intelectualidad ante los retos planteados por la modernización del país en su vertiente oligárquica y neocolonial ante Estados Unidos.

Los intelectuales de la generación joven asumen el discurso integrándose en su casi totalidad como los agentes cruciales de la dictadura de Trujillo, y los viejos antiimperialistas son también cooptados por la dictadura. Aquí nos vamos a encontrar con una serie de personajes como Manuel Arturo Peña Batlle, y a Joaquín Balaguer, entre muchos otros que desde muy jóvenes tienen una idea clara acerca de la historia dominicana; parten de posiciones nacionalistas y antiimperialistas, pero entienden que la realización de un programa nacional y patriótico sólo se puede dar en las condiciones del país a través de la autocracia. Esto no es tan sencillo como lo estoy diciendo. Hay procesos, a veces muy personalizados, pero finalmente todos cayeron, salvo unos pocos que lograron quedar recluidos en sus casas, entre ellos el mismo Américo Lugo, y otros pocos, menos todavía, que lograron salir del país.

Aquí nos vamos a encontrar con la culminación del discurso esencialista de la tradición a través de un programa por primera vez sistemático, de corte estatal, como el programa de sustento intelectual de la dictadura. Mediante este esencialismo hispánico, católico el cuerpo doctrinario de la dictadura pretende erradicar lo que constituyó a su juicio el gran error del positivismo en el país, que se asocia con el caos de los caudillos con la intervención extranjera y con la imposibilidad previa de que surgiera propiamente un Estado-nación.

Esta operación se vincula con una expresión espontánea, luego finalmente sistematizada por personas como Peña Batlle en una exposición sustentada en el irracionalismo y en factores como la sangre, lo natural, la voluntad superior y la personalidad de Trujillo. En definitiva, como síntesis

de todo eso, el medio único de reivindicación del conglomerado nacional, el medio de su realización por oposición a su frustración sistemática, por lo menos en la época republicana cuando el llamado tronco prístino hispánico sufrió la desnaturalización de las embestidas francesas revolucionarias positivistas y haitianas.

Ahora se añade por supuesto muy en primer lugar, el peligro del comunismo como el factor externo que es todavía más peligroso para la continuación de la nación, en la medida en que la subsistencia o potenciación del espíritu nacional, de la realización de la comunidad dominicana, dependerán de la plasmación de esta esencia hispánica como factor de cohesión civilizador.

No puedo extenderme alrededor de esto, pero puedo decirles lo siguiente: no se trató sólo de la operación del poder. En términos historiográficos nos vamos a encontrar en las décadas de 1930 y 1940 con el esplendor económico que vino con la segunda guerra mundial y el surgimiento de una historiografía nacional. Antes eran personas aisladas que normalmente no recurrían al discurso histórico. De ahora en adelante nos vamos a encontrar con una sistematización, una generalización del discurso histórico. Y esta generalización no se da solamente en el contexto del régimen y de sus necesidades inmediatas de legitimación cultural ante el pueblo, se da como una respuesta de los letrados, que de una u otra manera se solidarizan con este programa del régimen. Prácticamente todos los historiadores del momento asumen este discurso, incluso muchos que no se refieren en ningún momento a Trujillo, o sea corren el riesgo de no asociar sus propuestas históricas con la figura del dictador. Nos vamos a encontrar con un Máximo Coiscou Enríquez, que es uno de los historiadores más importantes de la época, el segundo que va en misión al Archivo General de Indias con el proyecto de rescatar los orígenes hispánicos del pueblo dominicano, y elabora una propuesta todavía más conservadora y cerrada que la de Manuel Arturo Peña Batlle, no dirigida contra Hostos, sino dirigida exclusivamente contra Haití, a que la irrupción haitiana o franco-haitiana de fines del siglo XVIII llevó a la emigración a la llamada “flor de familias”, los educados, los que iban a la universidad, los hacendados, los ricos, los vinculados con la cultura española. Coiscou Enríquez dice que

hasta el momento el país no había podido reconstituir una clase rectora y que el origen de todas las desgracias provenía de ahí. Por supuesto lo que se está estableciendo es la idealización del orden colonialista y la satanización del orden soberano republicano, contaminado desde sus orígenes con el pecado capital de la influencia haitiana.

Hay varias otras manifestaciones. El historiador erudito más importante que ha tenido el país hasta el momento, Fray Cipriano de Utrera –un hispanista conservador a ultranza, un ultramontano–, en ningún momento de su producción hasta donde recuerdo se refirió a la obra de Trujillo, pero cuyas conclusiones evidentemente coincidían con los propósitos culturales del régimen en el terreno estrictamente historiográfico. Trujillo fue tan tolerante con instituciones como la Academia Dominicana de Historia compuesta fundamentalmente por trujillistas. Sólo al final y en capítulos aislados, fue objeto de presiones para que asumiera las necesidades discursivas del régimen.

Pero la manifestación extrema más conservadora y autocrática tiene su sistematización intelectual mayor en Manuel Arturo Peña Batlle. Peña Batlle matizó decisivamente toda la construcción intelectual de la dictadura, y en ese sentido quedó como un legado de primerísima importancia entre los círculos dirigentes del país y particularmente los círculos culturales.

Después de 1961, y específicamente después de 1965, nos encontramos con un nuevo movimiento historiográfico que podríamos caracterizar por la utilización del materialismo histórico. Es la respuesta generacional de los intelectuales jóvenes a la tradición a través de la historia.

Aquí nos encontramos con un cuestionamiento de la tradición sin precedentes. Los marxistas dominicanos después de 1965, y alrededor de la Universidad Autónoma de Santo Domingo que facilita una labor académica alrededor del discurso histórico, centran su programa en la crítica a la tradición, lo que tiene manifestaciones muy sistemáticas en don Isidro Jiménez Grullón que discute historiográficamente y condena de manera muy sistemática las expresiones de los historiadores tradicionales, particularmente de Peña Batlle y Joaquín Balaguer, que son los que tuvieron mayores consecuencias políticas, pero a muchas otras cosas también, o sea, hay un plantemiento global.

Los historiadores marxistas cambian las orientaciones completas, además del discurso historiográfico. Niegan la centralidad del discurso cultural de los conservadores como del discurso político de los liberales y, desde luego, del discurso teórico de los positivistas, reivindicando la igualdad de todos y el papel motor del pueblo en la contrucción de la nación. Una parte de los historiadores marxistas o de orientación marxista recuperaron aspectos de la tradición liberal, pero por supuesto para llegar a conclusiones distintas.

Pero hoy esta historiografía marxista está agotada, por no haber podido responder a través del marxismo. Casi todos siguen siendo marxistas, bueno algunos han fallecido como ha ocurrido con Jiménez Grullón o con Bosch, pero no han podido responder a los problemas nuevos. La sociedad dominicana de hoy es muy distinta de la sociedad de 1970 para poner una fecha en la cual ya comenzaba a expresarse este cuestionamiento a la tradición.

Lo cierto es que esto forma parte de un suerte de atonía intelectual en la sociedad que interpreto como efecto nocivo de la modernización en sus componentes culturales, o sea la hegemonía de todos estos parámetros del consumismo y la integración de las clases medias al poder económico y político.

Esto no ha sido ajeno a la renovación del discurso esencialista de la tradición. El principal problema que tiene la historiografía dominicana es el absurdo de que con el agotamiento de la historiografía marxista la tradición hispánica esté recuperando fuerzas y, parte del fantasma haitiano como peligro inminente para la subsistencia de la comunidad dominicana. Ello ha encontrado ecos variados en figuras como Federico Henríquez Grateraux que es un ensayista, no es un historiador, pero que se atreve, como todos estos ensayistas, a pontificar sobre la historia y que encuentra en Peña Batlle (le ha dedicado un libro, uno de los mejores tratados que posiblemente se han escrito sobre Peña Batlle fuera de las críticas marxistas como la de Raymundo González), el horizonte máximo del pensamiento dominicano.

Manuel Núñez va más lejos. No solamente reivindica a Peña Batlle sino que formula lo que puede ser el corolario pertinente de esta vuelta a la

tradición, que es la implantación de un régimen autocrático de nuevo género que dé respuesta al fracaso de la democracia dominicana.

En consecuencia, viendo que nos encontramos con un problema hacia el futuro, concluyo que constituye un deber ciudadano el cuestionamiento de esta renovación aberrante a todas luces antihistórica, a todas luces anacrónica de la tradición.

NOTAS

^{*} Este texto corresponde a la intervención de Roberto Cassá en el seminario realizado en noviembre de 2007.

JOSÉ VASCONCELOS EN REPÚBLICA DOMINICANA: REDES, VIAJES E INTERCAMBIOS INTELECTUALES

Isabel de León Olivares

En el transcurso de 1925, en “uno de aquellos días sin esperanza”,¹ José Vasconcelos decidió soltar las amarras y abandonar México. Sus desavenencias políticas e ideológicas con el régimen de Plutarco Elías Calles (1924-1928), traducidas –a decir del propio Vasconcelos– en injurias, amenazas, traiciones y falta de apoyo económico y político para el sostenimiento de su revista *La Antorcha*, lo convencieron de expatriarse y emprender un viaje “sin rumbo fijo”. Como explica Claude Fell, este acto marcó el inicio del prolongado exilio errante que, entre 1925 y 1938, llevaría a Vasconcelos por distintos países de Europa y de América, haciendo que “sus intervenciones en la vida nacional mexicana tuvier[a]n en lo sucesivo un carácter meramente marginal”.²

Pese a confesar que al momento de abandonar el país llevaba consigo tan sólo “cinco mil pesos en la bolsa”, lo cierto es que Vasconcelos partió con el reconocimiento y el prestigio intelectuales que logró adquirir gracias a sus días al frente de la Universidad Nacional de México (1920-1921), a su

gestión como secretario de Educación Pública durante el gobierno de Álvaro Obregón (1921-1924), y a esa gira continental de 1922 que, en defensa de los logros culturales de la revolución mexicana, lo llevó por Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, expandiendo transnacionalmente los alcances de su figura y su obra. Se puede afirmar que hacia el año de 1925 su nombre, junto al de José Martí, José Enrique Rodó y José Ingenieros, todavía figuraba dentro de la lista de los “maestros” de las juventudes latinoamericanas.

Fue, pues, con este prestigio intelectual a cuestas que Vasconcelos emprendió el exilio con dirección a Europa. Pasando primero por La Habana, se dirigió a Portugal, España, Francia, Italia, Turquía, Hungría y Austria. Durante su estancia en París, sin embargo, recibió una invitación que cambió el rumbo de este periplo: fue convocado por el canciller de la Universidad de Puerto Rico a impartir un ciclo de conferencias sobre cultura mexicana. Con la oferta de recibir “mil dólares para gastos de viaje desde París y regreso y mil quinientos dólares de honorarios”,³ Vasconcelos aceptó la invitación y, entre el 17 de mayo y el 10 de junio de 1926, se estableció en Puerto Rico. En un contexto isleño que se debatía entre la presencia cada vez más cotidiana de los “yanquis” y la palabra incendiaria de nacionalistas como Pedro Albizu Campos, Federico Acosta Velarde y otros, dictó siete conferencias sobre “cultura iberoamericana”, mismas que quedaron reunidas en su libro *Indología*. En esas conferencias, Vasconcelos abordó “por última vez” el tema de las “razas”, dándole continuidad a su tesis central expuesta en *La raza cósmica* (1925).

Tal fue la resonancia que tuvo esta gira de Vasconcelos en Puerto Rico que el gobierno de República Dominicana, por insistencia de la intelectualidad del país, decidió extenderle una nueva invitación para que dictara las mismas conferencias ante el público dominicano. Y así ocurrió: entre el 10 y el 16 de junio, Vasconcelos se presentó en las principales ciudades de Quisqueya —Santo Domingo, San Pedro de Macorís, La Vega, Santiago de los Caballeros y Puerto Plata—, “sembrando la simiente de sus ideas”. Pese a la cortedad de la gira, la prensa dominicana calificó este hecho como uno de los acontecimientos culturales más relevantes acaecidos en el país. En este trabajo apuntamos a examinar esta presencia de

Vasconcelos en República Dominicana, proponiendo una doble lectura en torno a la misma. Primero, que se trata de un viaje con el que culminó una prolífica historia de redes intelectuales que Vasconcelos construyó con distintos miembros del campo cultural dominicano del primer cuarto del siglo xx. Una historia cuyo origen podríamos remontar al año 1906 y cuya culminación podemos ubicarla en ese viaje de 1926. La segunda lectura que se propone es que esta gira constituyó una escenificación en pequeña escala de la entronización que en América Latina se hizo de la figura de Vasconcelos como “maestro de América”, cuya autoridad no emana de un poder político o económico, sino de su poder simbólico que daba prestigio y autoridad a las propuestas “racialista” del escritor mexicano.

REDES Y AMISTADES INTELECTUALES

La llegada de José Vasconcelos a República Dominicana en 1926 no fue un hecho casual; por el contrario, representó el corolario de un complejo entramado de redes que el escritor mexicano supo construir con figuras del campo intelectual dominicano del primer cuarto del siglo xx. El origen de esta relación lo podemos situar entre los años de 1907 y 1909, con la fundación en la ciudad de México de dos instituciones culturales, la Sociedad de Conferencias y el Ateneo de la Juventud. Estos espacios de sociabilidad hicieron posible un encuentro intelectual que, a la larga, resultó significativo para la historia cultural dominicana y latinoamericana del siglo xx: el encuentro entre José Vasconcelos y el joven dominicano Pedro Henríquez Ureña.

En efecto, como es bien sabido, Henríquez Ureña llegó a México en 1906, procedente de Cuba. Después de una breve estadía en Veracruz, donde publicó, junto con el cubano Arturo R. de Carricarte, la *Revista Crítica*, se trasladó a la ciudad de México, donde formó parte protagónica del grupo de jóvenes escritores congregados alrededor de la revista *Savia Moderna*, hermana menor de la *Revista Moderna* —esta última bandera del movimiento modernista en México encabezado por Jesús E. Valenzuela—.

Savia Moderna aspiró “a modernizar por completo la literatura mexicana”, tarea a la cual se abocaron autores como Alfonso Cravioto, Eduardo Colín, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo y los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña. Pese a su corta vida –sólo se llegaron a publicar cinco números–, *Savia Moderna* fungió como punto de reunión, unidad y organización de esta joven generación de escritores y artistas, que no sólo se dedicó a escribir sino también a organizar “una exposición de pinturas, donde se revelaron Diego Rivera, Francisco de la Torre, Saturnino Herrán, Alberto Garduño”;⁴ manifestaciones de protesta que dieron nueva visibilidad a los intelectuales dentro del espacio público mexicano, y una Sociedad de Conferencias cuyo principal propósito fue impartir conferencias en un periodo en que, como explica Pedro Henríquez Ureña, “eran cosas raras en México, y después, gracias a nuestro ejemplo, han aumentado de modo increíble”.⁵

“Sin apoyo oficial ni protección alguna”, la Sociedad de Conferencias logró efectuar dos ciclos de disertaciones públicas –el primero entre mayo y agosto de 1907, y el segundo entre marzo y abril de 1908–. Fue, pues, al calor del funcionamiento de esta sociedad que Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos se encontraron y comenzaron a cultivar su amistad. Ambos se hicieron partícipes de un viraje intelectual importante que se produjo en el interior de este grupo: su acercamiento a los estudios griegos y la crítica al positivismo bajo la batuta de Antonio Caso. Así se lo recordaba Pedro Henríquez Ureña a su amigo Alfonso Reyes:

Acevedo y yo pensamos en una serie de conferencias sobre Grecia: el grupo de conferencistas hubiera sido Caso, Acevedo, Gómez Robelo, Cravioto, no recuerdo si Valenti y Rafael López, tú y yo. Aunque no llegaron a hacerse estas conferencias, el estudio a que nos obligó la idea de prepararlas fue tan serio y las reuniones cortas (entonces en casa de Acevedo) fueron tan importantes, que aquí surgió el grupo céntrico. Como pasaba el tiempo y no había posibilidad de dar desde luego las conferencias griegas, se organizó una segunda serie a principios de 1908 [...] En 1907, junto con el estudio de Grecia, surgió el estudio de la filosofía y la destrucción del positivismo. Gómez Robelo ya la hacía, basándose en Schopenhauer; Valenti, basándose en libros italianos; Caso y yo emprendimos la lectura de Bergson, y de James, y de Boutroux. De ahí data la renovación filosófica de México, que ahora es apoyada por otros.⁶

Renovación filosófica: he aquí un “triunfo” que estos jóvenes se atribuyeron constantemente en sus memorias. Y en ellas, la renovación se

explicaba como resultado no sólo de las acciones que hasta ese momento habían efectuado sino, sobre todo, de las lecturas que realizaron y comentaron a las afueras de la Escuela Nacional Preparatoria o en sus pequeños cenáculos celebrados en los domicilios de Jesús Acevedo, Antonio Caso y Alfonso Reyes. Entre los autores leídos y discutidos se encontraban Platón, Schopenhauer, Kant, Boutroux, Eucken, Bergson, Poincaré, James, Wundt, Nietzsche, Schiller, Lessing, Winkelmann, Taine, Ruskin, Wilde, Menéndez y Pelayo, Croce y Hegel. De acuerdo con José Vasconcelos, “el abanderado” de la renovación filosófica “fue siempre [Antonio] Caso y nuestro apoyo Boutroux”. Precisamente, Caso en 1909 dictó siete conferencias sobre el positivismo en la Escuela Nacional Preparatoria, con las cuales –continúa Vasconcelos– “destruyó [...] toda la labor positivista de los anteriores treinta años”.⁷

Cuando en 1909 Antonio Caso concibió la idea de fundar el Ateneo de la Juventud, tanto Pedro Henríquez Ureña como José Vasconcelos volvieron a encontrarse dentro de este nuevo espacio de sociabilidad intelectual. De acuerdo con José Luis Martínez, Pedro Henríquez Ureña formó parte del grupo central del Ateneo –junto a Caso, Acevedo, Reyes, Gómez Robelo y Julio Torri–, mientras que Vasconcelos formó parte de un círculo más periférico pero de igual altura intelectual –junto a Martín Luis Guzmán, Cravioto, Eduardo Colín, Carlos González Peña, Mariano Silva y Aceves–.⁸ En su calidad de ateneístas, tanto Henríquez Ureña como Vasconcelos participaron en el ciclo de conferencias que, con motivo de la celebración del Centenario de la Independencia de México, se celebró en 1910, disertando el primero sobre la obra de José Enrique Rodó, y el segundo sobre Gabino Barreda y las ideas contemporáneas.

A raíz del estallido de la revolución mexicana y con el triunfo de los maderistas, el Ateneo fue incorporado al nuevo régimen a través de Vasconcelos, quien sustituyó a Antonio Caso como presidente de la sociedad. “Mis amigos –escribe Vasconcelos– me nombraron presidente del Ateneo de la Juventud”, no por “homenaje” sino en provecho de la institución, cuya “vida económica precaria yo podía aliviar”, asegurándole cierta atención del nuevo gobierno e incorporando así a los ateneístas al medio oficial. Con la designación de Vasconcelos, el Ateneo se elevó al

rango de Ateneo de México el 25 de septiembre de 1912 y amplió considerablemente su radio de acción. Por una parte, algunos ateneístas, entre ellos Pedro Henríquez Ureña, nutrieron la planta docente de la Universidad Nacional, en particular la Escuela de Altos Estudios, reintroduciendo las humanidades al sistema educativo nacional, a través de la creación de la Facultad de Humanidades. Por otra parte, a iniciativa de Pedro Henríquez Ureña, decidieron extender la labor ateneísta “al pueblo”, con la fundación de la llamada Universidad Popular Mexicana. Al respecto explicaba Alfonso Reyes:

El 13 de diciembre de 1912, fundamos la Universidad Popular, escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costear estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias. Los periódicos nos ayudaron. Varias empresas nos ofrecieron auxilios. Nos obligamos a no recibir subsidios del Gobierno. Aprovechando en lo posible los descansos del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la llevaron a término. El escudo de la Universidad Popular tenía por lema una frase de Justo Sierra: “La ciencia protege a la patria”.⁹

El Ateneo de México dejó de existir hacia 1914. El recrudecimiento de la guerra revolucionaria llevó a muchos de sus integrantes a tomar partido por alguno de los bandos en pugna o a marcharse del país. Ante esta coyuntura, Vasconcelos y Henríquez Ureña iniciaron una nueva etapa de su relación intelectual: una amistad epistolar que lograron sostener, pese a la distancia y la errancia, entre los años de 1910 y 1919. Tal como lo muestra el epistolario de Pedro Henríquez Ureña resguardado en el Archivo General de la Nación de República Dominicana, Vasconcelos le envió desde sus recurrentes exilios en ciudades de Estados Unidos –San Antonio, Nueva York, Nueva Orleans, Washington, San Diego– numerosas cartas al humanista dominicano, cuando este se hallaba en tránsito de México hacia Cuba y, de ahí, hacia la ciudad de Minnesota, donde habría de cursar sus estudios doctorales. Lo que pone de manifiesto esta correspondencia son los ricos diálogos en los que ambos escritores intercambiaron sus opiniones en torno a la situación política mexicana, sus posturas ante el movimiento revolucionario,¹⁰ sus impresiones sobre las ciudades que visitaban y sus inquietudes filosóficas y literarias. A la usanza de la época, les fue posible,

incluso, llevar a cabo colaboraciones a distancia para compartir, discutir y corregir los textos de cada uno, continuando esa tradición ateneísta de la “creación colectiva”. Así lo explicaba José Vasconcelos, en referencia a su texto *Pitágoras*, en una carta inédita a Henríquez Ureña de 1919:

Acabo de recibir juntas tus dos cartas [...]. Me es muy grata tu aprobación de lo fundamental de mis teorías, de nuestras teorías más bien dicho porque todas fueron elaboradas en nuestro pequeño grupo de México y sería difícil asignarles paternidad individual. Yo también creo en la creación colectiva, no sólo de los grupos selectos sino aún en la colaboración de toda la época. He releído la parte que citas del Pitágoras relativa a la vida social, etc. y me ha chocado. Es completamente reaccionaria. Por fortuna de entonces a acá he evolucionado, me he vuelto mucho más amplio. La parte que te parece, según tu nota, un poco fuera de lugar, etc. a mí además me parece atrasada y odiosa, no por lo que tiene de expresión de horror a la vida social sino porque desconoce que la humanidad no sólo vive de pequeños grupos sino también de vastos movimientos de espíritu. Movimientos, entiéndase bien, no democráticos, no obra ciega e interesada de mayorías glotonas, sino resultado de grandes iluminaciones colectivas. En otros términos, que la verdad se aparece por épocas a muchos hombres de esa época, aunque sólo unos cuantos se ocupen de formularla o de cumplirla. O viéndolo de otro modo, las páginas en cuestión adolecen de la insoportable y ridícula vanidad de la juventud. Ahora, cada día, me siento más parte humilde de un todo maravilloso, pero parte minúscula. He renegado del individualismo con todas sus consecuencias. Y creo que sólo debe defenderse el derecho, nuestro derecho, cuando lo oprimen otros derechos también particulares, también vanos y egoístas pero ante el interés social o ante el ideal supremo, el individuo y el individualismo son cosas mezquinas, antes abominables.¹¹

Cuando en 1920 Vasconcelos fue llamado por Adolfo de la Huerta a desempeñarse como Rector de la Universidad Nacional de México y, posteriormente, hacia 1921, fue nombrado Secretario de Educación Pública por el presidente Álvaro Obregón, Pedro Henríquez Ureña formó parte destacada del colectivo de intelectuales y profesores que impulsaron y ejecutaron el proyecto educativo vasconcelista, sobre todo en lo relativo a la educación media superior y superior. Como explica Claude Fell, Vasconcelos adoptó importantes medidas que buscaron, entre otras cosas, fortalecer la entidad universitaria como institución del Estado, abrir los espacios de enseñanza a un mayor número de estudiantes, consolidar la reorganización de la Universidad Nacional, así como concretar el establecimiento de cátedras universitarias ocupadas por profesores reclutados con base en títulos legítimos o por oposiciones.¹² De vuelta a México en 1921, Henríquez Ureña se incorporó rápidamente dentro de este

proyecto. Volvió a desempeñarse como profesor de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México. En 1921 fungió como representante de República Dominicana ante el Primer Congreso Internacional de Estudiantes, evento organizado bajo el amparo de Vasconcelos. Y, entre 1921 y 1923, dirigió el recién creado Departamento de Intercambio y de Extensión Universitaria, siendo el responsable de la puesta en marcha de los “Cursos de verano”, dirigidos a la enseñanza para los extranjeros que desearan venir al país durante sus vacaciones:

Pedro Henríquez Ureña, quien durante varios años había sido profesor en la Universidad de Minnesota y había establecido numerosos contactos en los Estados Unidos, fue considerado la persona más adecuada para dirigir ese departamento. A su lado trabajaban, en el comité de dirección, Federico de Onís, Manuel Romero de Terreros y Daniel Cosío Villegas. Dentro del marco de los cursos de verano, una comisión formada por Vicente Lombardo Toledano, Pedro de Alba y Daniel Cosío Villegas otorgaba becas a estudiantes mexicanos para que pudiesen terminar sus estudios en el país o en el extranjero, y a estudiantes norteamericanos para que acudiesen a establecimientos superiores mexicanos. El crecimiento de los cursos de verano fue espectacular. En 1921, hubo 67 estudiantes; en 1922, 403. En julio de 1923, los cursos de verano atrajeron a más de 600 estudiantes y profesores extranjeros, pero la dimisión de Pedro Henríquez Ureña el 21 de agosto del mismo año fue un golpe muy duro, ya que la presencia del escritor dominicano como director daba a los cursos un prestigio incuestionable.¹³

Precisamente, fue en su calidad de jefe del Departamento de Intercambio de la Universidad Nacional que Henríquez Ureña formó parte de la comitiva intelectual –junto a Carlos Pellicer, Julio Torri y Ricardo Gómez Robelo– que acompañó a Vasconcelos en su gira sudamericana por Brasil, Argentina, Uruguay y Chile en 1922. Durante este periplo cultural, Pedro Henríquez Ureña dictó una de sus conferencias más memorables: *La utopía de América*.

Pues bien, una de las consecuencias que trajo consigo la estrecha relación entre Vasconcelos y Henríquez Ureña –antes de su rompimiento en 1924– fue el abrir las puertas a otros escritores dominicanos para que pudieran formar parte de la extensa red iberoamericana que el maestro mexicano supo construir alrededor de su figura. Gracias a la intermediación de Pedro Henríquez Ureña, Vasconcelos entró en relación, diálogo y amistad con escritores dominicanos como Max Henríquez Ureña, Federico Henríquez y Carvajal, Enrique Apolinar Henríquez (*Phocas*), Federico

García Godoy, Manuel Cestero, Manuel M. Morillo y hasta el escritor de origen venezolano radicado en Santo Domingo, Horacio Blanco Fombona.

Vasconcelos conoció a Max Henríquez Ureña en el tiempo en que este estuvo en México hacia 1907, formando parte, gracias a su hermano, del círculo “juvenil” de la Sociedad de Conferencias. En efecto, Max Henríquez Ureña fue un miembro activo de dicha sociedad y, por consiguiente, se hizo partícipe de sus más célebres manifestaciones: el acto de protesta del 17 de abril de 1907 contra la falsa *Revista Azul* que el poeta Manuel Caballero fundó para atacar a los modernistas mexicanos; los dos ciclos de conferencias de 1907, en los que Max colaboró como pianista; y, finalmente, el homenaje de 1908, organizado por Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Gómez Robelo y otros jóvenes escritores, a Gabino Barreda. Aunque Max sólo permaneció en nuestro país hasta 1909, año en que decidió regresar a Cuba al lado de su padre, cultivó una relación intelectual con Vasconcelos que pudo extenderse más allá de la década de los treinta. Muestra de esto último son las gestiones que Max Henríquez Ureña llevó a cabo para que Vasconcelos pudiera impartir un ciclo de conferencias en Cuba en 1930, bajo el auspicio de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, encabezada por Fernando Ortiz y a la cual pertenecía Max en calidad de director de la sede en Santiago de Cuba.¹⁴ Max, sin embargo, no fue el único miembro de la familia Henríquez que pudo integrarse a la red vasconcelista. Lo mismo ocurrió con Federico Henríquez y Carvajal y Enrique Apolinar Henríquez (*Phocas*), tío y primo de los Henríquez Ureña, respectivamente.

Federico Henríquez y Carvajal fue una de las figuras intelectuales más importantes y visibles de la República Dominicana de entre siglos, gracias a su labor como fundador de instituciones educativas y culturales, y a la amistad que sostuvo con personajes de la talla de Eugenio María de Hostos, José Martí, Máximo Gómez y Rubén Darío. Entre Vasconcelos y Henríquez y Carvajal existió, en principio, una relación epistolar que sólo se trocó en un encuentro cara a cara cuando Vasconcelos pisó territorio dominicano en 1926 y, como veremos, Henríquez y Carvajal fungió como uno de sus principales anfitriones. Por su parte, Enrique Apolinar Henríquez, quien también estuvo de visita en México en 1907, se hizo amigo de Vasconcelos

durante uno de sus exilios en Estados Unidos. Por recomendación de Pedro Henríquez Ureña, Vasconcelos visitó en Nueva York a *Phocas*, “quien ya había recibido carta de mí. Me recibió cordialmente, hablamos de todos los amigos que él conoció. Tiene particular afecto por Caso. También estima mucho a Reyes. [...] P[h]ocas dice que no irá a México hasta que muera D[on Porfirio] o lo tumben. Está entusiasmado por conocer a Madero si viene a Nueva York. Es casi tan antipolítico como yo”.¹⁵

Fue, sin embargo, durante sus años como rector y secretario de Educación, cuando Vasconcelos consolidó sus lazos con intelectuales dominicanos que durante la década de 1920 se exiliaron en México huyendo del gobierno de la ocupación estadounidense en República Dominicana (1916-1924). Ese fue el caso de Manuel Cestero, Manuel M. Morillo y Horacio Blanco Fombona, quienes encontraron acogida en la Universidad Nacional. Mientras Manuel Cestero se destacaba como un escritor cercano a personalidades como José María Vargas Vila, Manuel M. Morillo fungía, desde 1916, como representante diplomático de la República Dominicana en Cuba, y Horacio Blanco Fombona debía su prestigio intelectual al hecho de ser hermano del famoso escritor venezolano Rufino Blanco Fombona y a haberse dedicado a la redacción y edición de revistas literarias en Cuba y República Dominicana. Las desavenencias políticas de estos tres personajes con el gobierno de ocupación militar de Estados Unidos instalado en República Dominicana los lanzó al exilio en México. Fue aquí donde un escritor como Horacio Blanco Fombona participó, en calidad de profesor, en la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, impartiendo la primera cátedra de “Historia de la América Española” y una materia optativa con el nombre de “Los personajes representativos de la América Latina y su significación para el porvenir”. Al recordar a estos exiliados dominicanos, Vasconcelos refería lo siguiente en sus memorias:

Con objeto de forzar la reforma educativa y preparar el terreno para la aprobación de los gastos elevados que demandaba nuestro programa, había aprovechado toda ocasión de hablar al público por declaraciones en los diarios y por discursos [...] Cada fiesta pública era ocasión de renovadas excitativas para que el pueblo entero se interesase en la labor de la Universidad y colaborase en ella. Y llegó la fiesta de la Raza [...]

En la ocasión fueron los estudiantes los organizadores de la conmemoración. Les cedí, al efecto, el anfiteatro de la Preparatoria y prometí presidirlos. El escudo que había adoptado la Universidad era ya un compromiso. Además, en la Universidad manteníamos albergada, en secreto, una bandera dominicana rescatada cuando la ocupación de la isla por las tropas de Norteamérica. [Manuel María] Morillo, el patriota dominicano que la había traído a México, estaba ya incorporado a la Universidad, en el ramo de acción latinoamericana. Un hermano de Blanco Fombona, el novelista, escapado también de Santo Domingo después de resistir la ocupación yanqui, estaba asimismo, con nosotros dando la clase recién fundada de historia de la América española. Con ira habíamos inaugurado esa cátedra, haciendo notar que existía un curso de ese género en cada universidad yanqui. En cambio, nosotros nunca habíamos otorgado el honor de cátedra especial a la lucha común y a la existencia paralela de veinte nacionalidades hermanas por la lengua, la religión, la raza y la cultura. Se hallaba, pues, lanzado el hispanoamericanismo y el 12 de octubre era nuestro día.¹⁶

Un dato importante es que todos estos intelectuales dominicanos vinculados a Vasconcelos participaron activamente en la resistencia nacionalista, cívica y pacífica dentro y fuera de República Dominicana durante los años de 1916 y 1924, en oposición a la primera intervención militar estadounidense. Apelando al “uso de la palabra y a las armas del derecho”, esta resistencia apuntó a movilizar a la opinión pública, nacional y extranjera, contra el hecho de la ocupación, de tal suerte que se pudiera presionar al gobierno de Estados Unidos a retirar de inmediato sus tropas. Para ello, los intelectuales participantes alentaron la fundación de organizaciones nacionalistas dentro y fuera de República Dominicana; la celebración de manifestaciones cívicas en los principales espacios urbanos del país; la realización de campañas de protesta y cabildeo en ciudades de Estados Unidos, España y América Latina, y, sobre todo, la publicación de una combativa propaganda nacionalista encaminada a convalidar el derecho del pueblo dominicano al ejercicio pleno de su soberanía.

Originalmente esta resistencia se conformó alrededor de la figura del depuesto presidente Francisco Henríquez y Carvajal, padre de Pedro y Max Henríquez Ureña; sin embargo, con el transcurrir de los años se hizo extensiva a las principales figuras del campo intelectual dominicano del primer cuarto del siglo xx: Américo Lugo, Fabio Fiallo, Félix Evaristo Mejía, Tulio Manuel Cestero, Enrique Deschamps, Francisco Prats Ramírez, Rafael Estrella Ureña y, por supuesto, los ya mencionados Federico Henríquez y Carvajal, Max Henríquez Ureña, Manuel M. Morillo, Manuel Cestero, Horacio Blanco Fombona, entre muchos otros. Todos estos

intelectuales asumieron su lucha desde una doble trinchera: una activa movilización cívico-política y una intensa resistencia discursiva desplegada en periódicos, hojas sueltas, opúsculos, conferencias y hasta revistas literarias. Un rasgo que caracterizó este discurso hecho resistencia fue el hispanismo con el que defendieron y definieron a la nación dominicana. Este hispanismo, al ser presentado como *fundamento* de la nacionalidad dominicana, les sirvió para sostener un “antiyanquismo”, esbozar un “antiimperialismo” y reivindicar un “hispanoamericanismo” en función del cual colocaron a República Dominicana como parte constitutiva de Hispanoamérica, entidad supranacional cuya unidad y solidaridad se convocaban para detener el avance imperialista de Estados Unidos.

Como veremos a continuación, fueron estos intelectuales dominicanos involucrados en la resistencia cívica los que fungieron como principales promotores y anfitriones de la visita de Vasconcelos a República Dominicana en 1926. Con un discurso hispanista, hispanoamericanista y antiimperialista, este sector de la intelectualidad dominicana encontró en la prédica en torno a la raza cósmica y la unidad iberoamericana del maestro mexicano el eco ideal de sus propias palabras.

EL HUÉSPED DISTINGUIDO

Días antes de su arribo a República Dominicana, la figura de Vasconcelos fue todo un acontecimiento en los espacios de la opinión pública nacional. Diversos actos, efectuados entre mayo y junio de ese año, anticiparon y prepararon su llegada. Una conferencia dictada en el Teatro Colón por el “joven e ilustrado literato uruguayo Carlos Deambrosis Martins con el interesante tema José Enrique Rodó y Zorrilla de San Martín” templó “un poco el espíritu” del público dominicano, “preparándolo para recibir al maestro Vasconcelos”.¹⁷ *La raza cósmica* –“evangelio de infinito amor y suprema esperanza” que “después de ‘Ariel’ [de Rodó] no se había escrito en esta tierra colombina nada más profundo y alentador”–¹⁸ fue reproducida en forma de folletín por el periódico *Patria* de Santo Domingo, publicación

dirigida por uno de los principales líderes de la resistencia cívica de 1916-1924, Américo Lugo. Por su parte, el honorable Ayuntamiento de la capital resolvió “declarar huésped de honor de la Ciudad [...], Primada de América, al ilustre pensador mejicano José Vasconcelos”,¹⁹ mientras que en La Romana, Santiago de los Caballeros, San Pedro de Macorís y el propio Santo Domingo se nombraron las comisiones que habrían de recibir al “eminente humanista” en su paso por esas ciudades.²⁰ La prensa nacional hizo de Vasconcelos el tema de cada día, resaltando, en particular, dos aspectos de su trayectoria: su “extraordinaria” obra al frente de la Secretaría de Educación Pública en México, y su prédica en torno a “la raza” y la unidad “latina” frente al avance del imperialismo “sajón”.²¹ De este modo, cuando Vasconcelos arribó al país, el “terreno” para sembrar “la simiente de sus ideas” ya estaba abonado.

Vasconcelos entró a República Dominicana el 10 de junio de 1926 por el puerto de La Romana. Su visita tuvo lugar dentro un contexto dominicano en el que, todavía, el fantasma de la intervención extranjera se hallaba en el ambiente: hacía apenas dos años que la república había sido desocupada por las tropas militares de Estados Unidos, las cuales, durante ocho años, detentaron el poder político de la nación. Pese a que Vasconcelos ingresó al país antillano sin respaldo alguno del gobierno mexicano, tan sólo con el prestigio de su poder simbólico como intelectual, fue recibido como huésped oficial por parte del gobierno dominicano en turno, dirigido por el presidente Horacio Vásquez. Esta fue la razón por la cual las distintas comisiones de recepción que lo recibieron –y lo acompañaron, prácticamente, por todo su periplo– estuvieron encabezadas por el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Rafael Estrella Ureña –antiguo miembro de la Asociación de Jóvenes Dominicanos de Santiago de los Caballeros, organización nacionalista que también contribuyó a la resistencia cívica contra la ocupación estadounidense–. El resto de las comisiones estuvo conformado por viejos y nuevos amigos dominicanos de Vasconcelos: Manuel M. Morillo, Federico Henríquez y Carvajal, Francisco Prats Ramírez, Rafael E. Sanabia, Vicente Tolentino, Enrique Apolinar Henríquez, entre otros.

Aunque Vasconcelos sólo permaneció en República Dominicana siete días, su gira fue lo suficientemente intensa y activa como para permitirle conocer casi la mitad del país y consagrar la popularidad de su figura y su obra en la isla. El 10 de junio de 1926, a su llegada a La Romana, fue recibido por el escritor uruguayo Carlos Deambrosis, los dominicanos Rafael E. Sanabia y Octavio Beras, así como por el presidente de la Casa de España en Santo Domingo, Domingo Hernández, y “otras distinguidas personalidades de la localidad”. Ahí se le ofreció su primer “champagne de honor”, “obsequio del Honorable Ayuntamiento de la Común”.²² Posteriormente, Vasconcelos se trasladó a San Pedro de Macorís, no sin antes conocer la Central Romana, el Pintado y el Seibo. En este último lugar, Vasconcelos se reencontró con su viejo amigo Manuel M. Morillo y tuvo su primer acercamiento con los jóvenes escritores Francisco Prats Ramírez y Vicente Tolentino, miembros destacados del grupo literario El Paladín de Santo Domingo, quienes tiempo atrás habían reivindicado a Vasconcelos como su “maestro del ideal”.²³ En el Ayuntamiento de San Pedro de Macorís –ciudad aledaña a Santo Domingo y ejemplo de la “pujanza” económica que podría traer al país la industria azucarera–, “el Paladín de la raza” fue declarado “huésped de honor” y se le ofrecieron “lunchs” y “champagnes” por parte del Club 2 de Julio, el Centro Recreativo Español y el Unitario Puertorriqueño. Vasconcelos pronunció su primer brindis memorable en honor a Puerto Rico:

[...] el maestro ilustre, nuestro gran guía, en un lunch ofrecido por la sociedad Macorisana, de improviso, con emoción y grandeza de alma, ha dicho que Puerto Rico era la única espina que él llevaba clavada al corazón, y ha brindado por su libertad y por los hombres que luchan por ella.

Bien; con Vasconcelos hemos brindado todos, ante Vasconcelos los hombres que representaban a Puerto Rico en aquel momento, por labios del Señor López Ameiro, han declarado que por sobre el esfuerzo arrollador de la civilización yankee, estaría siempre el vínculo indestructible de la civilización y de la sangre hispanas.

Con Vasconcelos hemos brindado todos porque ese país sea libre, y haremos cuanto nos sea dado hacer en nombre de la libertad, por la cristalización de tan sagrado ideal, a pesar de lo que haya avanzado el Norte en esa isla hermana nuestra.²⁴

El acontecimiento del día, sin embargo, se produjo a las 5:40 de la tarde: la entrada del “ilustre” visitante a la ciudad de Santo Domingo, “acompañado del joven patriota dominicano” Manuel M. Morillo, Noel

Henríquez, Luis C. del Castillo y “numerosas personas de las ciudades Capital, San Pedro de Macorís, Seybo y La Romana”.²⁵ “Será para mí inolvidable –recordaba Vasconcelos– y para todos resultó imponente, la vista de aquella multitud alineada desde la mitad del puente sobre el Ozama hasta las calles de la ciudad de Santo Domingo. Todos los trajes, todas las estaturas, niños, mujeres, hombres, estandartes, banderolas, ramos de flores. A la cabeza de todos, Estrella Ureña triunfante”.²⁶ En efecto, el ministro de Justicia e Instrucción Pública encabezó la comitiva que recibió al “eminente educacionista” en la capital de la república. Durante el acto de bienvenida, Estrella Ureña y Vasconcelos intercambiaron discursos y agradecimientos. Fue, entonces, que Vasconcelos pudo conocer en persona a Federico Henríquez y Carvajal, consagrado ya por aquellos años como maestro de la juventud dominicana. En el Parque Colón, la banda municipal de música concluyó el evento “con un magnífico concierto que fue iniciado con la ejecución del Himno Nacional Mejicano”.²⁷ De este modo, el primer día se había consumado.

El 11 de junio de 1926 Vasconcelos retomó la gira con una visita a los monumentos históricos de la Ciudad Primada de América. Su acompañante fue su “viejo amigo” Enrique Apolinar Henríquez, el mismo que lo acompañó quince años atrás por las calles de Nueva York. Por la noche, Vasconcelos dictó su primera conferencia en el principal recinto cultural de la capital, el Teatro Colón: “El palco escénico fue ocupado por el ilustre mexicano Lic. Vasconcelos, por el viejo y amado Maestro Dr. Fed. Henríquez y Carvajal, por el Maestro don Félix E. Mejía y por el rebelde e independiente periodista y orador fogoso señor M[anuel] M. Morillo”.²⁸ La presentación del invitado corrió a cargo de Henríquez y Carvajal, quien “se puso a recordar esos lazos de afecto que a él y a su familia los ligan con tantas gentes de nuestra gran patria común”.²⁹ Acto seguido, Vasconcelos,

[...] con claridad de voz y en el tono natural de la conferencia leyó su trabajo, la Historia de la Educación en México, y su obra de evolución moderna mientras estuvo al frente de la Secretaría de Educación de su país.

Unas veces leía, otras improvisaba, y en unas y en otras ocasiones, pasaban como en una cinta gráfica los tiempos y los acontecimientos, y la obra del apóstol que lucha infatigable por el triunfo de las nuevas ideas, por la nueva orientación de la conciencia nueva, se perfilaba, dejando en cada

mente y en cada corazón, las simientes de más puras, más nobles y más amplios ideales de civilización.

Muchas veces fue interrumpido el conferencista por los aplausos, pero aún muchas veces más será recordado por las ideas expuestas con tanta sencillez y mayor clarividencia después, cuando en el reposo de la meditación nos demos a ponderarlas serenamente. [...]

Una prolongada ovación acompañó la última frase de su conferencia. Luego, como al comenzar, la Banda Municipal, ejecutó respectivamente los Himnos Dominicano y Mexicano, oídos de pie por toda la concurrencia y aplaudidos con entusiasmo por todos.³⁰

En su calidad de huésped oficial, el sábado 12 de junio, Vasconcelos visitó al presidente de la República, el general Horacio Vásquez. En esta ocasión sus acompañantes fueron Rafael Estrella Ureña, Federico Henríquez y Carvajal y Vicente Tolentino. A decir de la prensa, se trató de una visita de “carácter puramente espiritual”, en la que sólo tuvo lugar la “reciprocidad de satisfacciones íntimas”.³¹ Horas más tarde, en la Sala Capitular de Santo Domingo, el “ilustre” mexicano recibió el nombramiento de Huésped de Honor por parte de los miembros del Ayuntamiento de la ciudad.³² El discurso del regidor Jacinto I. Mañón selló el acto.³³ Al concluir, Vasconcelos se dirigió hacia San Pedro de Macorís, donde dictó su segunda conferencia. Ante un auditorio de casi mil asistentes, Vasconcelos expuso su tesis más conocida: el de la raza síntesis, la “quinta raza” que “aquí en la joven América, por consecuencia directa de la evolución y del mestizaje”, florecería dando origen al hombre nuevo, al “hombre representativo de la raza cósmica; inteligente, fuerte, bien preparado para todas las luchas y contando indiscutiblemente con el vehículo glorioso de la habla castellana”.³⁴

De regreso a la ciudad de Santo Domingo, el domingo 13 de junio, Vasconcelos vivió la jornada más “atareada [...] y también [la] más dichos[a]” de la gira.³⁵ Por la mañana, el intelectual visitante impartió, bajo el título de “El pensamiento iberoamericano”, su tercera conferencia en la Casa España de Santo Domingo:

En poco más o menos una hora, el Maestro recorrió con seguridad de observación y justeza de apreciación los hechos en que ha culminado la vida de la América Hispana desde el Descubrimiento y la Conquista hasta nuestros días, hechos en los cuales resumido el esfuerzo común se revela el pensamiento que dirige la acción: hizo justicia a España que, al fundar escuelas, universidades y mandar sus misiones a la América nos transmitió lo que poseía como tesoro intelectual, su cultura, no estancada ni muerta aquí, sino en creciente y constante

desarrollo; hizo un elogio hermosísimo de los conquistadores que en busca de El Dorado, como razón de sus empresas enormes por el continente, no eran en verdad sino soñadores seducidos por las bellezas de cada nuevo paisaje que avanzaba y avanzaban atraídos por el incomparable panteísmo de la naturaleza; [ofreció] con belleza de poeta observaciones de sabio, que ambas condiciones en él se hermanan y armonizan, las diversas tendencias a la hora de la emancipación [...] y las nuevas teorías filosóficas que cada veintena de años se iban sucediendo preparando nuevas orientaciones, los espíritus, y poniendo las bases, conjuntamente con la confusión de orígenes raciales, con el mestizaje que ha dado esta raza iberoamericana [...] una orientación suya al pensamiento ibero-americano, sin una nueva filosofía determinada, pero con una que se esboza delineada en la confusión de todas las anteriores, manera de eclecticismo positivista que formará su doctrina universal en el momento en que a esta raza toque cumplir sus grandes y maravillosos destinos en la humanidad.³⁶

Terminada la disertación, se le ofreció un “champagne de honor” y un concierto en el centro social más importante de la capital, el Club Unión. Entonces, Vasconcelos, junto con Estrella Ureña, Prats Ramírez, Morillo, Tolentino y otros, emprendieron “la más maravillosa de las excursiones”³⁷ rumbo a la provincia cibaeña de La Vega. Ahí el poeta Furcy Pichardo, “con verbo arrogante, le dio la bienvenida”.³⁸ La caravana, sin embargo, no se detuvo en ese lugar. Continúo rumbo a la segunda ciudad más importante de la república, Santiago de los Caballeros, donde la recepción “fue sonada y rivalizó o acaso superó a la de Santo Domingo”.³⁹ Una doble columna de gente aguardó al visitante a la entrada de la ciudad y “poco a poco se organizó el desfile”: Vasconcelos y Estrella Ureña encabezaron un concurrido contingente en el que se mezclaron escuelas y agrupaciones obreras, bandas de música y toda clase de gente:

De pronto la calle se abre hacia la izquierda y entramos en una extensa plaza, donde hay gente que aplaude y observa. En la esquina de enfrente vemos la casa del Ayuntamiento. [...] Allí me entregan pliegos, banderas, y soy declarado ciudadano de Santiago de los Caballeros. [...] La luz, los sonidos y las presencias humanas nos embriagan. Cuando me tocó hablar les dije que todo aquello que ocurría era sin duda un premio que a mí me ofrendaba la fortuna por haber leído tantos libros de magia, pues sólo así podía explicarse que un pobre escritor, refugiado desde hacía tiempo en los rincones de las grandes ciudades del mundo; un idealista vencido en su patria, expulsado de no pocos sitios, se viera de pronto caminando en triunfo por el centro de una bella ciudad rodeado de niños, atendido de damas y acompañado de hombres. “Gracias –les dije– porque me habéis hecho vivir un cuento de hadas. Desde hoy tendré que agregar una página a mi edición de las mil y una noches.”⁴⁰

Entre discursos, un concierto de música en el Parque Duarte y un concurrido brindis en el Club Santiago, Vasconcelos concluyó su primera jornada en Santiago de los Caballeros, pero no su jornada del día. Por la noche, tuvo que regresar a la ciudad de La Vega a pronunciar una cuarta conferencia. Con un impaciente público que lo esperó hasta las 23 horas, Vasconcelos disertó en el Teatro La Progresista sobre “El problema de la tierra”, en referencia no a problemas agrarios sino a cuestiones arquitectónicas.⁴¹

Empero, después de la tempestad vino la calma. Los últimos días de Vasconcelos en República Dominicana transcurrieron entre conferencias, brindis y despedidas. El lunes 14 de junio se presentó en el Teatro Colón de Santiago de los Caballeros para exponer su quinta conferencia de la gira.⁴² De ahí partió hacia Puerto Plata, al norte de la República, donde el día 15 de junio expuso su última disertación del viaje y, en la madrugada del 16, después de una velada en la playa junto a su amigo Manuel M. Morillo, abandonó la isla rumbo a Estados Unidos.⁴³ “Cuando perdí de vista los rostros amigos, cuando perdí de vista las casas, una gran angustia me cerró el pecho; me iba para siempre de la isla del grato refugio. La perdía para volver a las incertidumbres del mar y a las asechanzas de un destino pródigo, pero que hasta hoy no ha querido regalarme paz.”⁴⁴

LA CONSAGRACIÓN DEL “MAESTRO DE LA RAZA”

Nos hemos detenido en detallar los pormenores de la gira de Vasconcelos en República Dominicana porque consideramos que dichos detalles ponen en evidencia dos aspectos interesantes. Primero, la escenificación, en pequeña escala, de la entronización que en distintas partes de América Latina se hizo de la figura de Vasconcelos como “maestro de las juventudes latinoamericanas”. En efecto, consideramos que la gira vasconcelista en República Dominicana ejemplifica muy bien la consagración que dentro de los espacios públicos se hizo de este escritor como maestro o, de modo más preciso, como “caudillo cultural” de las sociedades latinoamericanas. De

hecho, Vasconcelos acabó por personificar la consagración de un modelo particular de intelectual latinoamericano que estuvo muy en boga en la década de 1920: la del intelectual comprometido con las causas sociales, que no sólo abandona la “torre de marfil” sino que, incluso, su acción social supera su propia obra escrita.

El segundo aspecto que quisiéramos destacar es la buena acogida que las ideas en torno a la raza y la unidad iberoamericana de Vasconcelos tuvieron entre el público y los intelectuales dominicanos que lo recibieron. Prácticamente nadie cuestionó sus tesis en torno a la raza síntesis o la raza cósmica. Por el contrario, las lecturas que se hicieron de las mismas fueron bastante favorables, tomándose como principios rectores de un camino a seguir para sociedades latinoamericanas que, como la dominicana, recién salían del “vasallaje yanqui”. Esta favorable recepción resulta significativa porque tuvo lugar dentro un contexto caribeño, en el cual, en otras islas comenzaron a emerger voces críticas hacia la categoría de “raza”, que proponían su sustitución por la noción de “cultura”. Ese es el caso de un intelectual como el cubano Fernando Ortiz, que desde las dos instituciones que funda en la década de los veinte –la Institución del Folclor Cubano y la Institución Hispano Cubana de Cultura– va a pugnar por el cuestionamiento a la idea de raza como categoría para la comprensión de los procesos culturales en América Latina. En esa misma lógica se va a inscribir, pero desde el ámbito de la literatura, el amigo dominicano de Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña que, en esa misma década de los veinte, publica sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, con la propuesta de colocar la idea de cultura como principio para la construcción y comprensión de una historia cultural latinoamericana.

FUENTES CONSULTADAS

Archivo

AGN-RD Archivo General de la Nación, República Dominicana.
BNJM Biblioteca Nacional “José Martí”, La Habana, Cuba.

Hemerografía

La Opinión.
Listín Diario.

Bibliografía

Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*, México, UNAM, 1989.
Martínez, José Luis, *Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*, México, FCE, 1986.
Reyes, Alfonso, “Pasado inmediato” en *Obras completas*, México, FCE, 1983, vol. XII, pp. 174-278.
Vasconcelos, José, *Indología. Una interpretación de la cultura Ibero-Americana*, París, Agencia Mundial de Librería [1927].
Vasconcelos, José, “Los fragmentos” en Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña y José Escofet, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 2000, pp. 135-144.
Vasconcelos, José, *La creación de la Secretaría de Educación Pública*, México, INEHRM/SEP, 2011.

NOTAS

- [1](#) Vasconcelos, *Indología. Una interpretación*, [1927], p. IV.
- [2](#) Fell, *José Vasconcelos*, 1989, p. 15.
- [3](#) Vasconcelos, *Indología. Una interpretación* [1927], pp. XVIII-XIX.
- [4](#) Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913, en Martínez, *Alfonso Reyes*, 1986, p. 222.
- [5](#) *Ibid.*, p. 224.
- [6](#) *Ibid.*, pp. 224-225.
- [7](#) Vasconcelos, “Los fragmentos”, 2000, p. 135.
- [8](#) Martínez, *Alfonso Reyes*, 1986, p. 17.
- [9](#) Reyes, “Pasado inmediato”, 1983, vol. XII, pp. 213-214.
- [10](#) Estas cartas muestran las múltiples posiciones que fue tomando Vasconcelos ante los acontecimientos revolucionarios en México: desde su participación en el Partido Antirreleccionista, defendiendo los ideales de Madero; su papel como “agente confidencial” del maderismo ante el gobierno americano, gracias a lo cual abría la posibilidad de “importar

armas” desde el país del norte; y cuando en tiempos de Carranza se le nombra director de la Escuela Nacional Preparatoria e invita a Pedro Henríquez Ureña a volver a México.

- [11](#) José Vasconcelos a Pedro Henríquez Ureña, 25 de febrero de 1919, en Archivo General de la Nación, República Dominicana (en adelante AGN-RD), Fondo Rodríguez Demorizi, carpeta 8, carpetilla 13_6, fs 1-2.
- [12](#) Fell, *José Vasconcelos*, 1989, pp. 287-288.
- [13](#) *Ibid.*, pp. 298-299.
- [14](#) Max Henríquez Ureña a Juan Marinello, 1927-1962, en Biblioteca Nacional “José Martí” (BNJM), La Habana, Cuba, Fondo Histórico.
- [15](#) José Vasconcelos a Pedro Henríquez Ureña, 20 de junio de 1910, Nueva York, Fondo Rodríguez Demorizi, en AGN-RD, carta PHU 6, carretilla 24, 007-0010.
- [16](#) Vasconcelos, *La creación de la Secretaría*, 2011, pp. 87-88.
- [17](#) José Martínez Conde, “Notas Editoriales. Conferencia del Dr. Deambrosis Martins. Rodó y Zorrilla de San Martín”, *Listín Diario*, 3 de junio de 1926, p. 3.
- [18](#) Carlos Deambrosis Martins, “Los hombres, las cosas y los días. Breves apuntes sobre José Vasconcelos”, *La Opinión*, vol. 18, núm. 175, 12 de junio de 1926, [pp. 20-41].
- [19](#) “Moción que el Gral. Augusto Chotin, Síndico Municipal, presenta al Ayuntamiento de esta Común, para honrar al ilustre José Vasconcelos, aprobada a unanimidad por el Cabildo”, *Listín Diario*, 7 de junio de 1926, p. 1.
- [20](#) “El viernes próximo será huésped de honor de la nación el pensador don José Vasconcelos”, *Listín Diario*, 5 de junio de 1926, [p. 1]; “Hoy se reunirá el Comité Pro-Recepción José Vasconcelos”, *Listín Diario*, 8 de junio de 1926, [p. 1]; “La recepción al eminente humanista José Vasconcelos. Comisión de recepción”, *Listín Diario*, 9 de junio de 1926, p. 1, y “Comité organizador de la recepción a José Vasconcelos”, *Listín Diario*, 9 de junio de 1926, p. 1.
- [21](#) R. Antonio Espaillat, “La visita de Vasconcelos”, *Listín Diario*, 8 de junio de 1926, p. 9.
- [22](#) “La llegada a la romana del ilustre mejicano Dr. José de Vasconcelos resultó un verdadero acontecimiento”, *Listín Diario*, 14 de junio de 1926, p. 2.
- [23](#) José Martínez Conde, “Vasconcelos, el ilustre paladín de la Raza llega a Macorís”, *Listín Diario*, 11 de junio de 1926, p. 8.
- [24](#) José Martínez Conde, “Notas editoriales. Un Brindis por la libertad de Puerto Rico”, *Listín Diario*, 14 de junio de 1926, p. 3.
- [25](#) “La llegada del ilustre humanista Dr. José de Vasconcelos. Su entrada en la ciudad fue una pública manifestación de simpatías”, *Listín Diario*, 11 de junio de 1926, p. 1.
- [26](#) Vasconcelos, *Indología. Una interpretación*, [1927], p. XLII.
- [27](#) “La llegada del ilustre humanista Dr. José de Vasconcelos. Su entrada en la ciudad fue una pública manifestación de simpatías”, *Listín Diario*, 11 de junio de 1926, p. 1.
- [28](#) Jacinto Silvestre, “La conferencia del maestro Vasconcelos. Desbordante concurrencia. ‘El sembrador siembra sus simientes’”, *Listín Diario*, 12 de junio de 1926, p. 1.
- [29](#) Vasconcelos, *Indología. Una interpretación*, [1927], p. XLII.
- [30](#) Jacinto Silvestre, “La conferencia del maestro Vasconcelos. Desbordante concurrencia. ‘El sembrador siembra sus simientes’”, *Listín Diario*, 12 de junio de 1926, p. 1.
- [31](#) “El presidente Vásquez recibió la visita del Dr. José Vasconcelos”, *Listín Diario*, 14 de junio de 1926, p. 1.
- [32](#) “La Recepción al eminente humanista José Vasconcelos. Comisión de Recepción”, *Listín Diario*, 9 de junio de 1926, p. 1.
- [33](#) “Discurso del regidor Dr. Jacinto I. Mañón, en la Sala Capitular con motivo de la recepción del Dr. José Vasconcelos”, *Listín Diario*, 14 de junio de 1926, p. 1.

- [34](#) “La magnífica conferencia del Dr. José Vasconcelos en el Teatro Colón” [de San Pedro de Macorís], *Listín Diario*, 15 de junio de 1926, p. 3.
- [35](#) Vasconcelos, *Indología. Una interpretación*, [1927], p. XLIV.
- [36](#) Jacinto Silvestre, “La segunda conferencia de Vasconcelos [ilegible]”, *Listín Diario*, 14 de junio de 1926, p. 2.
- [37](#) Vasconcelos, *Indología. Una interpretación*, [1927], p. XLVI.
- [38](#) “El ilustre Vasconcelos en Santiago. Espléndida recepción. Actos en su honor”, *Listín Diario*, 14 de junio de 1926, p. 5.
- [39](#) Vasconcelos, *Indología. Una interpretación*, [1927], p. XLVIII.
- [40](#) *Ibid.*, p. L.
- [41](#) Benjamín Sánchez G., “Vasconcelos y La Vega”, *Listín Diario*, 15 de junio de 1926, p. 5, y Benjamín Sánchez G., “Vasconcelos y La Vega” [continuación], *Listín Diario*, 16 de junio de 1926, p. 5.
- [42](#) D. O. Berges Bordas, “Información de Santiago. La Conferencia del Dr. Vasconcelos”, *Listín Diario*, 16 de junio de 1926, p. 5.
- [43](#) “Información de Santiago. Sociales y personales”, *Listín Diario*, 17 de junio de 1926, p. 5.
- [44](#) Vasconcelos, *Indología. Una interpretación*, [1927], p. LV.

CARTOGRAFÍAS DE LA MEMORIA CULTURAL CARIBEÑA. ECORRELATOS EN LA “ZONA DEL HURACÁN”^{*}_—

Margaret Shrimpton Masson

Yo lo he buceado. Son como unos riscos, pero pequeño, como banquetas. Como una cordillera encima de otra. Parece que el mar ha hecho como escalones. Es parte de la geografía del Contoy.

Jesús Farfán.¹

¡Ibas a la carreta de Progreso, Maxcanú, Tizimín, por ahí, Chichén Itzá, Campeche, cuando iba en el tren, [...] Me gustaba hacer así mi vista, *¡parecía mar! ¡Puro henequén!* ¡Qué bonito!

Israel Manzanilla.²

MAPEANDO MAR, MANGLAR Y SELVA

Hace unos años, en el marco del seminario “El Caribe: visiones históricas de la región”, Laura Muñoz me hizo una pregunta aparentemente

sencilla: “¿En Yucatán la gente se piensa parte del Caribe?”. La pregunta se hizo evidente a partir de un corpus de trabajos y una tradición política e intelectual que designaba a Yucatán como parte de un México mestizo e indígena, que implícitamente lo excluía de cualquier otra identificación; y, a la vez, otro corpus que valora el Caribe solamente en términos de su afrodescendencia. En este contexto, ¿cómo podría considerarse Yucatán parte del Caribe? Respondiendo a una coyuntura similar desde el contexto del Caribe colombiano, Nadia Celis explica:

Hablar del Caribe continental nos obliga a sortear aún más diferencias internas: un linaje indígena vivo tanto material como simbólicamente, un Caribe forjado dentro y más allá del modelo de la plantación, [...] El Caribe continental también invita a reflexionar sobre la resistencia de las identidades culturales del Caribe aún dentro de naciones que no se ven a sí mismas como “caribeñas”.³

Celis identifica uno de los problemas centrales que confrontan estas áreas que de una u otra manera no se alinean del todo con la cultura dominante del país. Los estudios sobre el Caribe continental, como corpus, evidencian grados de diferenciación importantes. Desde Colombia existe un eje consolidado, mismo que articula con una necesaria toma de conciencia en el área, y una búsqueda desde la comunidad para expresar su caribeñidad. Explica Alberto Abello en uno de los más completos estudios recientes, la importancia de mantener visible la diversidad que caracteriza el área y evitar el reduccionismo en aras de construir una nueva hegemonía caribeña.

Pero ¿qué Caribe, de esos tantos, es el Caribe de Colombia? [...] En el esfuerzo por redescubrir el Caribe colombiano, por conectarlo con el gran archipiélago del Caribe, se ha enfatizado en sus similitudes, pero no en aquello que lo diferencia; incluso se ha corrido el riesgo de trasladar a la realidad colombiana, marcos de análisis explicativos de otros contextos caribeños en un equivocado ejercicio de reduccionismo.⁴

Es en este contexto pues, que esta investigación aporta una manera de entender al Caribe continental desde su diferenciación interna, ofreciendo una cartografía discursiva que permite visibilizar una idea de pertenencia que, a la vez, manifiesta una relación rizomática.

En mis primeras investigaciones planteé que Yucatán parecía gozar de una posición “al filo de la navaja”, negociando y fabricando una identidad insular, que bien podía encarnar su aislamiento y marginación del centro (Ciudad de México), “a la vez que permitía también remarcar su autonomía, una identidad otra”.⁵ Los territorios continentales son más que una franja costeña o litoral –como lo es la propia isla, que no se limita a su costa– y propongo que es necesario explorar las zonas de tierra firme en ambos lados de su frontera, la marítima y la de tierra adentro. Pensar en Yucatán, por ejemplo, como parte de un litoral de territorios continentales, es decir, un Caribe continental, me ha regresado a “la idea” de la isla y a preguntar: ¿los territorios del Caribe continental develan una condición de isla?⁶

En el caso de Yucatán, Belice, Honduras, Costa Rica, Panamá, Colombia y Guyana, por ejemplo, encontramos una serie de regiones/naciones que conjugan una identidad caribeña en articulación con sus otras identidades nacionales y regionales. Son zonas anómalas, ínsulas en tierra firme, cuya propia irregularidad proporciona un patrón que invita a explorar la construcción de identidad desde esos espacios fronterizos, complejos y múltiples que resisten y reconfiguran los discursos nacionales. Las discusiones de identidad, memoria cultural y construcción de “nación” deben enfrentarse entonces, a los imaginarios enraizados que empoderan ciertos grupos, crean hegemonías, desigualdades y asimetrías sociales. Alberto Escobar –a partir de una idea de lugar como móvil, entrecruzado y “desterritorializado”–, reflexiona sobre el rol activo que la idea de “lugar” debe desempeñar en la construcción de (nuevas) epistemologías, y pregunta: “¿Puede uno reinterpretar los lugares como vinculándose para constituir redes, espacios desterritorializados, e incluso rizomas? ¿Lugares que permiten los viajes, el cruce de las fronteras, y las identidades parciales sin descartar completamente las nociones de *enraizamiento*, linderos y pertenencia?”⁷

El contexto más amplio de este proyecto plantea que es precisamente la interacción de raíz y rizoma (lugar entrecruzado y a la vez enraizado) que permite entender las dinámicas identitarias en el Caribe continental. Se revelan los elementos constantes y los variantes que permitirán establecer un modelo de insularidad en la configuración de la identidad del Caribe

continental, que a su vez develan una mirada al área como un espacio íntegro (con especificidades, con raíces), en vez de uno fragmentado. Por ejemplo, en el caso de Yucatán, la topografía y la toponimia nos muestran este proceso de raíz y rizoma. Por un lado, la iteración yucateca-insular de marcar raíz y origen a partir de la pregunta “¿de dónde eres?”, y los gentilicios que lingüísticamente son posibles desde cualquier pueblo al responder, “soy meridano”, “soy cancenense”, “soy celestunense”, soy del “bondojo” (barrio del puerto de Progreso), soy de “la esquina del Elefante”:⁸ son unidades que se vuelven cada vez más específicas, y enraizadas. Por otro lado, la misma repetición constante de estas identificaciones crea vínculos, puentes y nuevos patrones, como *collages*, que no solamente responden a la idea de raíz, sino también a las de rizoma y relación. El mapeo topográfico de la península nos demuestra una rizoma de pueblos-raíces. También, las toponimias reforzarán los puentes entre pueblos: Chicxulub Pueblo/Chicxulub Puerto; Chuburná Pueblo/Chuburná Puerto; Telchac Puerto/Telchac Pueblo. Se multiplican las relaciones rizomáticas entre costa e interior en toda la península.

En este capítulo propongo una lectura del área Caribe que hace explícita estos nexos, en lo que llamo una cartografía poética de la región. Con un corpus de textos producidos en Yucatán, Belice y Guyana trazo la representación discursiva en torno a los huracanes para proponer desde la ecocrítica,⁹ una epistemología construida en el cruce de raíz y rizoma.

Cuando Kamau Brathwaite afirmó en 1984 que “The hurricane does not roar in pentameter”,¹⁰ colocó el lenguaje (y lo que debe significar y representar) en el centro de un debate anticolonial y profundamente arraigado en conceptos identitarios. El pentámetro hace referencia a Shakespeare, *La tempestad*, el colonialismo, materializados plenamente en cada isla caribeña. El huracán (no una simple tormenta) rugía con un lenguaje propio, y resonaba dentro de cada comunidad. El eje central de este capítulo es este huracán: el huracán como factor natural, ecológico, cultural y discursivo. Stuart B. Schwartz propone el estudio de las tormentas y las respuestas de las sociedades e instituciones como una metanarrativa, que da cuenta de los procesos históricos y transculturales de la región:

And so I began to think about using hurricanes and the ways societies of the greater Caribbean understood them and responded to them as a kind of meta-narrative, a general organizing of them that would allow me to examine the past of the region over the long course of its history. [...] to use an element of natural history as a leitmotiv that provides yet another useful tool for viewing the history of the region [...].¹¹

Schwartz identifica, por un lado, el conocimiento autóctono sobre la astrología, el clima y las tormentas, una sabiduría que “naturalizaba” el fenómeno; y que también, por el otro lado, impulsaba a los europeos a estrechar vínculos con los pueblos originarios, generando un conocimiento intercultural: “the hurricanes provided an occasion and a pathway for a knowledge that crossed cultural and ethnic boundaries”.¹² Los huracanes son comprendidos como naturales (no supernaturales, mágicos o maravillosos), es decir, propios a la zona, no extraños. Schwartz afirma que desde el siglo XVI hasta la fecha, habrán azotado el Caribe unos 4 000 o 5 000 huracanes, y si bien siempre son “awesome and frightening”, son también fenómenos cotidianos y esperados cada temporada: “Their regularity, seasonality and seemingly random appearance in various places within the region made moral interpretations of the storms difficult. [...] They were simply too frequent and too random.”¹³ El propósito de su texto es trazar las respuestas de las comunidades y las políticas establecidas –sea en diálogo y articulación con o contra, la sociedad.

Al eliminar el factor de “extrañeza” también me alejo de la línea de estudios de “desastres”. No es mi intención explorar aquí el lado catastrófico de los huracanes, sino evidenciar cómo la literatura de la región escribe su propia historia y experiencia comunitaria mediante (a causa de, no a pesar de) sus huracanes, que proporcionan “a way of seeing”, “a way of speaking” y “a way of telling”. Apropriadome de la astucia y profunda percepción de George Lamming, Kamau Brathwaite y John Berger, respectivamente, planteo que las poéticas del huracán ofrecen una manera de ver, de hablar y de contar: tres ejes de la construcción de la memoria e identidad desde la experiencia vivida.¹⁴

NATURALEZA, COTIDIANIDAD Y EXPERIENCIA VIVIDA

La escritura del desastre también es una escritura del lugar. Se construye a través de las interacciones de los habitantes con su entorno. Aquello corresponde, como bien lo dice White en su definición de la geopoética, a una práctica. Dando visibilidad al cataclismo se orienta el texto hacia lo concreto.

Hannes de Vriese, “Écritures antillaises”, 2015.¹⁵

Desde finales del siglo xx uno de los campos disciplinarios de más rápido crecimiento es el de la ecología y el medioambiente. La crisis climática afecta a toda la humanidad: es un factor global sin distinción, aun cuando las respuestas políticas y comunitarias varían dramáticamente. Existen detallados estudios sobre el impacto del calentamiento global, monografías que documentan el colapso del sistema ecológico, catalogan las catástrofes, critican políticas y esbozan caminos a seguir, llamando a diferentes grados de activismo y cambio. Sobre estas bases se abre un campo con provocativos estudios acerca de tormentas, clima, desastres —muchos específicamente enfocados sobre el Caribe— abordados con enfoques transdisciplinarios desde la ecocrítica, ecopoética, geopolítica y diversas propuestas estéticas en torno a los imaginarios relacionados con las tormentas.

Paralelamente al corpus de trabajos científicos sobre medioambiente surge desde las humanidades, y específicamente desde la literatura, el campo de la ecocrítica. Según Glotfelty, “by 1993, then, ecological literary study had emerged as a recognizable critical school”.¹⁶ Varios trabajos de años recientes han documentado el avance de los estudios de ecocrítica que ahora se consolida después de tres etapas,¹⁷ resumidas por Jennifer French: “las tres etapas sucesivas que Glotfelty describe en su muy citada introducción a *The Ecocriticism Reader* —es decir, desde una fase inicial de analizar la representación de la naturaleza en el canon occidental a una segunda etapa marcada por la reconstrucción de una tradición de literatura ecológica o ecologista, y, finalmente, a la búsqueda o elaboración de nuevas formulaciones teóricas”.¹⁸

En el epígrafe de este apartado, y refiriéndose al poeta Daniel Maximin, Hannes de Vriese explica la estrecha relación entre paisaje, lenguaje y la experiencia vivida. Existe una escritura del lugar, construida por las

interacciones de los habitantes con el medioambiente. Haciendo eco de los lugares de memoria (*lieux du memoire*) de Pierre Nora, Maximin sitúa lugar, memoria, escritura y experiencia en el corazón de la comunidad representada. Así, nombra una práctica que se repite en la literatura del Caribe, zona que aquí se ubica desde sus rasgos ecológicos. Desde Guyana hasta Yucatán, vientos, aguas y mares ofrecen una cartografía plasmada en la literatura oral y escrita. Desde Guyana, Wilson Harris desarrolla una narrativa que gira no solamente en torno a la espacialidad y la importancia del paisaje como “texto vivo”,¹⁹ sino que también evidencia una geografía del área en términos de su movilidad y conexiones trazadas culturalmente a través de cosmovisiones e iconografías compartidas entre mayas, taínos, caribes y amerindios. Harris traza “un puente rítmico” de las Guayanas hasta Yucatán, a través de los mitos y las voces de las lenguas originarias en torno al huracán, relacionando las deidades Quetzalcóatl, Kukulcán, Huracán y Yurokon.²⁰

Varios autores han documentado las respuestas de los primeros europeos en América sobre los huracanes. En su mayoría, las primeras reacciones durante el siglo XVI relacionaron los huracanes con actos de dios. Los consideraron supernaturales, fenómenos a temer, productos de la ira divina. Si bien los nativos también los consideraron supernaturales, su visión no giraba en torno a los castigos de un dios, sino que el poder mismo de las tormentas era deificado. Los huracanes formaban parte de un ciclo anual de vida y las costumbres y prácticas sociales se ajustaban lógicamente a ellos. La perspectiva nativa era entonces, pragmática y racional.²¹ Angela Last en su estudio reciente “Fruit of the Cyclone: Undoing Geopolitics through Geopoetics” desmantela el aura de misterio, temor y fatalismo en torno a los huracanes y, citando a Daniel Maximin, hace hincapié en la necesidad de leer y entender a los huracanes en el plano de lo cotidiano: “Disasters are not necessarily the quasi-apocalyptic manifestations that we see in the media, but an extension of the things that feel normal, good or even particularly bright. Maximin’s geopoetics make us aware how big disasters can even liberate us from overlooking everyday disasters –the apocalypse that is performed daily, routinely, even happily and with permission”.²²

Es aquí en la cotidianidad y en las prácticas de las comunidades donde aprendemos a leer y a entender a los huracanes. En las primeras décadas del siglo xx, Fernando Ortiz identificó patrones lingüísticos y culturales similares en la región en torno a los huracanes. Al referirse al núcleo morfológico deja explícita la perenne visibilidad, la familiaridad y cotidianidad de la cultura del huracán: “*Gucumatz, Kukulcán y Quetzalcoatl* son personajes míticos y representativos en sus respectivas culturas de la lluvia, de las nubes, del rayo y del trueno, o sea de la tempestad o del huracán [...] Los fenómenos meteóricos de la tromba, de los vientos y del ciclón son núcleo morfológico del cual se fueron desarrollando los mitos del Dios Unípede, de la Serpiente Emplumada”.²³ En la cultura maya el lenguaje cotidiano registra el comportamiento de los vientos precisando no solamente su direccionalidad, sino su impacto y actuación en la comunidad. Los mayas también refieren a los vientos como seres vivos, que pueden habitar dentro de lugares (cerros, cenotes, cuevas) y personas: hay vientos malos y vientos buenos. Se traducen y se representan en expresiones coloquiales, como “no vayas a cargar viento”, “vientos con el proyecto”; o precauciones tomadas por “viento de agua”, entre otras prácticas.²⁴

“Chan Moson”, relato escrito originalmente en lengua maya por la escritora María Luisa Góngora (Oxkutzkab, Yucatán), abre con lo siguiente: “En una caverna vivía desde hace mucho tiempo una familia de remolinos... Los cazadores [...] escuchaban temerosos el ruido del viento dentro de la caverna y por tal motivo nunca regresaban allí.”²⁵ En el contexto indicado por la antropóloga Patricia Martínez Huchim, es evidente aquí que los cazadores huyen al reconocer que los vientos “malos” están habitando la cueva. El cuento se ubica en una tradición animista propia de la cultura maya. Los huracanes viven en la comunidad donde nacen, crecen y mueren. A lo largo del cuento se muestran patrones de comportamiento de los elementos naturales, patrones reconocidos y respetados por los cazadores y otros habitantes. Los remolinos, al salirse de la cueva buscan un hogar, al que deben regresar; se alimentan de agua de mar; interactúan (peligrosamente) con su entorno. Los habitantes del lugar observan la trayectoria y resienten los estragos: reconocen que el remolino necesita

encontrar de nuevo su hogar (su cueva) para calmarse, y así entre rezos y comidas le enseñan el camino.

Como explica De Vriese en el epígrafe, refiriéndose al poeta Daniel Maximin (Saint-Claude, Guadeloupe), el relato de María Luisa Góngora revela los pasos del ciclón y visibiliza las prácticas de la comunidad. No es un cuento sobre desastre y destrucción, aun cuando nombra el impacto devastador de Hilda (1955), personificada en el cuento como Señora Remolino, y Gilberto (1988), personificado como Chan Moson, o Pequeño Remolino. Los tres remolinos entran y salen de la cueva creando los ritmos del huracán; en el relato, Góngora muestra los diferentes trazos que pueden llevar la ruta de un ciclón. En busca siempre del agua caliente, se dirigen al mar. El Señor Remolino llevó un camino directo, tirando árboles en el monte, y al llegar al mar: “quiso regresar a su casa y sintió que moría hasta convertirse en una pequeña brisa que se perdió en la inmensidad del mar”.²⁶ La Señora Remolino marca un trazo de espirales, las dobles esferas que reconocemos en las iconografías maya y toma del huracán. Su trazo en el cuento es por equivocarse y perderse en el camino después de “bailar sobre el océano”, que aumenta sus fuerzas, mismas que la alejan del punto de regreso: “Cuando se dio cuenta, la inmensidad del océano la alegró tanto que comenzó a bailar sobre el agua y así comenzó a dar vueltas. Así se alejó bastante de su hogar hasta que se dio cuenta que estaba perdida. [...] Por encontrar su hogar, mucha gente murió, y por su tamaño no podía encontrar a su Pequeño Remolino. Así siguió un tiempo, hasta que desfalleció.”²⁷

El relato concluye con la “salida” del tercer remolino, el Pequeño. Al convertirse en Gilberto, el huracán del siglo xx, el nombre Chan Moson, el remolino pequeñito, se vuelve apodo irónico. En este último ejemplo, es necesaria la intervención de la comunidad para “regresar” el huracán a su caverna:

Los hombres del Mayab fueron a ver al sacerdote maya... Dijo que con rezos y dándole comida regresaría. Y así fue. Al sentir el aroma de la comida regresó. El Señor del Viento recobró el aire que se había escapado. El Señor de la Lluvia le arrebató el calabazo a Pequeño Remolino y así pasó la lluvia. Cuando Pequeño Remolino escuchó su nombre invocado, regresó a la caverna donde vivía.²⁸

Se recupera el balance perdido, pero no sin antes padecer los estragos del descontrol. Este cuento transmite no solamente la sabiduría milenaria adquirida y comunicada generación tras generación desde la observación y registro del entorno natural, en complejos procesos de interacción y aprendizaje; también construye una forma de narrar. “The hurricane must be read in texts not merely as symbolic but as a material representation, making visible the objective reality of the ‘stubborn, recalcitrant and unpredictable physical and ecological world that, like the weather, constitutes the environment in which we have our being’.”²⁹ Así, “a way of seeing” y “a way of telling” articulan con lo que Schwartz identifica como una epistemología intercultural,³⁰ y Ottmar Ette reconsidera como transcultural: “Literature brings forth the *mobility* of knowledge, and as the *mobile* (sculpture) of knowledge, sees to it that the most widely varying realms and segments of the knowledge of one, of several, of a great many communities and societies are continuously being experimentally related to one another in new ways.”³¹

LA ZONA DEL HURACÁN: CARTOGRAFÍAS CULTURALES

[...] here in this portion of the Hurricane Zone

Yasser Musa, 2014.

En su poemario *The Girl in Black* (2014), el poeta beliceño Yasser Musa narra una historia de amor entre dos personas; los poemas evocan recuerdos a través de música, lugares, cartas, conversaciones: memorias culturales que significan el gran relato de su amor y su vida. Viajes a Dallas, a Manhattan, cenas en la ciudad de Belice: cruzan fronteras, a la vez que trazan raíces. Los últimos dos poemas de la colección “Did It Rain Last Night” y “Like a Dance” introducen dos motivos que guían la lectura de los textos (ecorrelatos) estudiados aquí. Con ellos, vislumbramos un espacio delimitado por su relación con la tormenta, cuya agua y vientos dejan su huella sobre el mar, sobre la tierra y sobre las comunidades. Los últimos

versos de “Did It Rain Last Night”, metaforizan el poder del amor de la mujer como la fuerza del agua del huracán. La lluvia es lenguaje, imaginación, anticipación y expectativa. Eso es su poder:

She is the rain of my imagination
I am drenched in the anticipation
of a new encounter
the residue still on my lips of our last dance
I am in this state waiting for the rain.

Después de la espera y después de que pase la tormenta, la historia continúa, y en el último poema “Like a Dance” la pareja camina y pasea por “the sugarcane fields/south of Quintana Roo”, and the “Bay of Corozal”. Las imágenes poderosas de los versos del poema anterior, se plasman en el espacio del huracán, en la danza del huracán.³² Musa deja atrás cualquier referencia nacional, elimina fronteras y evoca the Hurricane Zone, espacio de convivencia, imaginación, cultura, lengua, creatividad:

[...] someday
you can realize that
here in this portion of the Hurricane Zone
a man walks with words in his head,
images in his mind
and super thoughts of basic love in his heart.

Es el huracán que deja huellas, crea memorias y marca las raíces de las comunidades (nos muestra una manera de ver, de hablar y de contar). Nos centra en tierras continentales, mirando hacia las islas. Otro ejemplo, el poema “Hurricane hits England”, de Grace Nichols (Guyana, 1950) evidencia este proceso, de una cartografía cultural. Escribiendo desde Inglaterra, Nichols evoca su natal Guyana utilizando el recuerdo del huracán Hattie, de 1961, como mecanismo de revelación. Los vientos del huracán son metáfora de iluminación y claridad y abren camino para volver, recordar y entender. Los vientos le hablan a través de los dioses (Huracán, Oya, Shangó), son las voces que le reconectan con su ser, con su tierra y con sus espacios, con el lugar (nuevo y antiguo). Aquí, el huracán no es (solamente) un elemento de destrucción y caos, pero, como en el poema de Musa, es a través del lenguaje del huracán que se construyen “las imágenes

en su mente”. El poema breve de Nichols abre con “It took a hurricane, to bring her closer/To the landscape”. Cierra con la entrega de la voz lírica a los caminos trazados por la tormenta, rutas iluminadas por la posibilidad de sentir y relacionarse con la tierra:

I am aligning myself to you,
I am following the movement of your winds,
I am riding the mystery of your storm [...]
That the earth is the earth is the earth.³³

Nichols escribe este poema en el contexto de una tormenta que azotó a Inglaterra en 1987. El título de su poema, sin el artículo inicial (A/The), simula un encabezado de noticiero, de periódico, y obliga a reconocer el eurocentrismo de Inglaterra –identifica el atrevimiento del huracán definitivo, con todo su poder genérico y *único*, depositado sobre Inglaterra–, y el olvido y borramiento del Caribe. La voz lírica evoca el huracán Hattie (1961) y devuelve la historia a tierras caribeñas. No obstante, Hattie destruyó Belice y no “entró” a Guyana –territorio a la extrema orilla del área de huracanes, marcado como punto de surgimiento, pero rara vez impactada directamente–. El poema introduce el factor huracán como metonimia que desencadena una serie de relaciones vinculadas: de tierra, viento y sobre todo agua.

Si bien las estadísticas de desastres se generan en torno a las zonas de impacto y la medición de fuerza de los vientos, los efectos de los ciclones se miden de manera diferente en las orillas y en el centro del área.³⁴ Así, como en el poema de Musa es frecuente en las zonas continentales del Caribe encontrar las referencias al efecto del huracán en términos del agua –lluvia y oleajes– y no exclusivamente en términos de vientos, o en relación con el ojo. Las secuelas “secundarias” dejan su huella en las tierras continentales.³⁵ Por ejemplo, en el caso de los reportes registrados en el área de Chetumal cuando impactó el huracán Janet en 1955, Antonio Handall Marzuca exclamó: “¡El mar Caribe se nos vino encima!”³⁶ Recordando al huracán Gilberto, el celestunense Israel Manzanilla dijo “Se unió el mar con el río”.³⁷ Las fronteras naturales separando el mar, la ría y el manglar se desvanecieron con el paso del huracán. Estos aspectos

anormales observados en el comportamiento de mar y manglar se encuentran plasmados en relatos “ficcionales”, ecorrelatos, como los de *Gilberto en el paraíso*, texto que también desmantela el imaginario de la costa Golfo-Caribe como un exótico paraíso: “Cuando pasó el viento del sur, muy por el contrario de lo que pensaba la gente, como por arte de magia, se retiró el agua. [...] El mar se retiró unos cincuenta metros de la orilla. Todos descubrieron este fenómeno con asombro y desconfianza, antes nunca había sucedido. Por esa situación el muelle parecía ridículo”.³⁸

Vuelvo a la obra seminal de Wilson Harris, aquí citado por otro poeta guyanés, Mark McWatt quien en su poemario *Journey to Le Repentir* (2009) nos centra de nuevo en una cultura y un paisaje escritos con las lluvias y desde la profundidad del agua. Lluvia es una de las palabras más repetidas en el poemario: lluvia es memoria, es sonido, es cuerpo, vida y muerte:

Because rivers contain
the history of space...
my tears become the same salt as the sea.
I anchor myself to your vast body
raking the flesh of a continent
on the soft, forgettable, beds of rivers,
making and healing
the scars of my race.³⁹

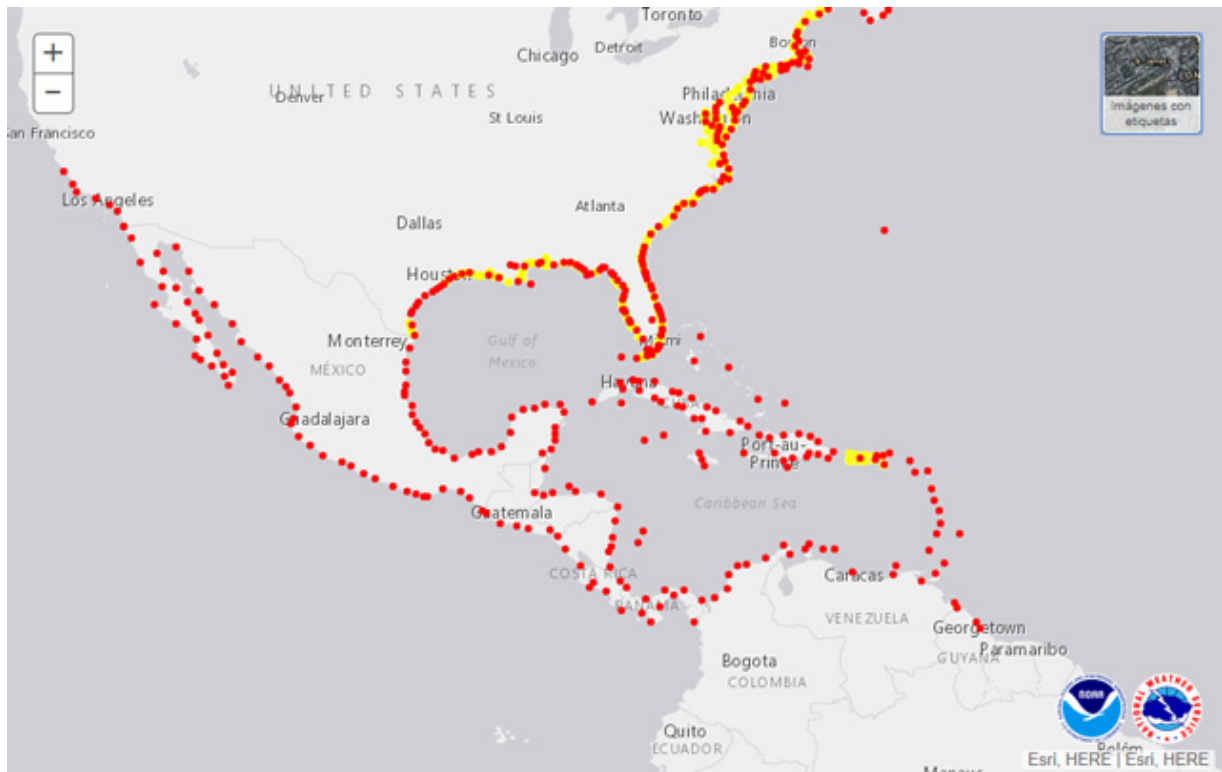
En el ensayo, “The Guyana Landscape and the Language of the Imagination in the Fiction of Wilson Harris”, McWatt hace explícita la iconografía sémica del huracán, la tormenta y sus aguas, al referirnos a la “desorientación de las aguas”, un paisaje “anfíbio” y un país que vive con la dinámica de control de y temor a las aguas.⁴⁰ McWatt cita a Wilson Harris, quien en su novela *The Far Journey of Oudin* (1961) visualiza el impacto impenetrable de una tormenta sobre estas tierras. Una lluvia como cortina invertida que sube desde la tierra al cielo, descargando su furia sobre una tierra iluminada por relámpagos: “The rain grew solidly from the ground up, rather than falling from the clouds down, an enormous inverted theatre and curtain, upon which rose the webbed dreams of bird and beast the sky had unloaded on the lightning earth.”⁴¹ Estos “watery landscapes” resuenan

en los textos de estos autores guyaneses, agregando un factor más a la cartografía sémica –el ruido. Harris enfatiza una y otra vez que el paisaje es un ser vivo– que habla, escribe, suena e interactúa. Es un paisaje performativo, y el actuante principal será la tormenta, a la vez sujeto y dios, experiencia vivida y memoria.

Al revisar los ecorrelatos de Celestún, Cancún y Chetumal encontramos motivos que se repiten en torno al huracán y la experiencia de ellos en tierras continentales, en cuasiislas, o lo que he llamado “pueblos/puertos fronteras”. Ninguno es simplemente un puerto. Los tres son pueblos frontera –puntos donde interactúan selva, manglar y costa, “islas rodeadas de selva” o una “naturaleza en flujo” como la caracteriza el poeta David Anuar–. Se ubican en la costa occidental, noreste y sureste de la península de Yucatán, respectivamente. El recorrido de uno a otro nos permite dibujar una línea de contorno marcando la península entera. Los comentarios recopilados sobre el impacto del huracán Janet (1955) en el área de Chetumal visibilizan –a nivel de la población– el sentir de pertenecer a una zona del huracán, que ofrece un mapa que traza y plasma experiencias comunes:

En Xcalak, a través de la radio que instalé en mi casa, oí las noticias de Belice, de Miami y del Colegio Belén de La Habana. Por esas fechas estábamos atentos a las noticias, porque era época de ciclones y estábamos acostumbrados a los preparativos. Acababa de pasar el ciclón Hilda, que arrasó Vigía Chico y Carrillo Puerto, y del cual a nosotros, en Xcalak, sólo nos tocó “la colita”.⁴²

Los caminos trazados por Musa, Harris y los poetas de la península nos permiten mapear una zona continental siguiendo la ruta del huracán. El mapa del National Hurricane Centre muestra los puntos de inicio o surgimiento (*breakpoints*) de los huracanes en el océano Atlántico (véase mapa 1).



Mapa 1. Hurricane and Tropical Storm Watch/Warning Breakpoints. Fuente: National Hurricane Center and Central Pacific Hurricane Center. Recuperado de <http://www.nhc.noaa.gov/breakpoints/>. [Consulta: 14 de agosto de 2017.]
[\[Regresar a “Créditos de las imágenes” \]](#)

Observamos una zona punteada que delimita el Caribe, insular y continental, dos arcos de territorios “insulares” que forman el circuito de la zona del huracán. Como las iconografías taína y maya, son curvas que asemejan visualmente al movimiento espiral del huracán, como si la zona misma se representara gráficamente en la cartografía.

ECORRELATOS EN LA ZONA DEL HURACÁN: MEMORIA, IDENTIDAD Y COTIDIANIDAD

Vilma no está invitada a la fiesta.
 Vázquez, *Recuerdo de Cancún*, 2008.

Los ecorrelatos recopilados hasta ahora (un corpus preliminar) incluyen: *Gilberto en el paraíso (Historia de Celestun)*; *Cuaderno Cancún* (inédito); *Recuerdo de Cancún*; “El huracán que cambió la historia”; “Chan Moson”; “El niño”; *The Girl in Black*; *Journey to Le Repentir*. Los relatos hablan en particular de los huracanes que devastaron Belice y Yucatán: Janet (1955) que devastó Chetumal y la ciudad de Belice; Hattie (1961), también en el área de Belice; Gilberto (1988), conocido como el huracán del siglo, que cruzó toda la zona; y Vilma (2005), que destruyó Cancún. Común a todas las historias son varios factores: el huracán como marcador de memoria; el huracán como ser vivo; el impacto del agua; imágenes iterativas en torno al poder, el ruido y la luz; la participación comunitaria. En conjunto, los relatos construyen imaginarios y mitologías tejidos con los recuerdos en la construcción de una memoria cultural colectiva. Por último, se repite en este corpus el *leitmotiv* del huracán como una poética, dejando su escritura espiral como huella en la comunidad: “Vilma cambió los paradigmas para enfrentar a los huracanes en esta parte mexicana del Caribe. Fueron poco más de 63 horas de viento duro, impío, y de lluvia imparable. *La furia de la naturaleza se desató sobre el Caribe mexicano con su lenguaje dulce y violento al mismo tiempo.*”⁴³

Al revisar estos textos se evidencia una construcción de memoria e identidad que vuelve a remarcar la idea de la “zona del huracán” como espacio identitario. Si bien el huracán como factor de destrucción está presente, no es solamente este factor apocalíptico y destructivo que perdura en el imaginario, sino su presencia perenne como marcador de identidad a través de la experiencia vivida. Los relatos hacen hincapié en lo que se vivió, y cómo se interactuaba con la cotidianidad antes, durante y después. En los relatos de Celestún y Chetumal, por ejemplo, se marca hora por hora los avances de viento y mar, un ritmo de observaciones conocido y temido. Como estrategia narrativa esta dinámica crea tensión, pero es a la vez una forma de inscribir el impacto del huracán en la memoria, grabando textualmente las marcas en las paredes de los edificios, en los troncos de los árboles. Una escritura inscrita en las paredes de la comunidad. *Recuerdo de Cancún*, colección de cuentos de Gabriel Vázquez, inicia con un cuento sobre Vilma. Como en anteriores cuentos comentados aquí, el relato

reclama la temporalidad mientras avanza el meteoro devastando el lugar. Pero el autor deja claro que Vilma es una intrusa, que interrumpe por un lado la rutina y quehaceres de la cotidianidad, y por el otro, contribuye a desmantelar aquel imaginario del paraíso. “El ojo llega. Deja de llover por primera vez en dos días. No es como en las películas, ni como se lo habían contado, no hay sonido de esperanza, ni hay rayos de luz como en las cintas de desastres, no hay música de fondo en la realidad.”⁴⁴

En *Gilberto en el paraíso*, el narrador marca el paso del huracán anunciando hora por hora (a las dos de la tarde, a las tres de la tarde), creando una especie de estribillo en el cuento, como el ritmo del mar y viento que avanza sobre el poblado. Con cada hora así marcada en el cuento, se sentía el efecto del agua subiendo de nivel, y cuyas consecuencias eran también el miedo, el temor; y para los pobladores lo extraño durante el huracán fue siempre el comportamiento del mar. Tanto el huracán como el mar adquieren cualidades antropomorfas en el cuento, convirtiéndose en poderosos actantes. De manera similar en *Recuerdo de Cancún*, la voz narrativa marca con reloj cada cambio que se observa y experimenta. De nuevo el tiempo actúa como puntuación en el lenguaje que el huracán escribe sobre la comunidad. En este relato hay un lenguaje explícito para señalar de manera visual y sonora el momento preciso, exacto, de la presencia y avance del meteoro en Cancún: “El viento se cuela por cada rendija [...] llueve como si fuera la última noche que pudiera llover. Oscurece a las cinco de la tarde, el agua ya entra por todas partes, la humedad le gana la carrera a las paredes blancas, manchas oscuras hacen formas irregulares.”⁴⁵

En los textos y comentarios recopilados en *Parece que fue ayer... Álbum de familia* (2004) en torno al huracán Janet, la gran mayoría graba el paso hora por hora. Se personalizan los relatos, y el huracán en cada uno de sus movimientos se inscribe en la memoria de cada persona. “A las 10 y media regresamos todos a nuestros refugios, no podíamos hacer nada más. A las 11 de la noche una madera se estrelló contra la casa, la puerta se rompió y vino una explosión, la casa voló y 200 personas nos quedamos a merced del ciclón.”⁴⁶ Esta manera de personalizar el huracán y la experiencia de su impacto como si hubiese una estrecha relación entre huracán y poblador, se

expresa también en la forma de recordar los huracanes cada uno con su nombre. Si bien a partir de 1955 los huracanes del Atlántico y del Pacífico son bautizados por el National Hurricane Centre, mucho antes los pobladores también los nombraban. En el área de Chetumal los huracanes de principios del siglo xx eran bautizados por los pobladores. La *Enciclopedia de Quintana Roo* en la sección sobre huracanes, menciona cinco huracanes entre 1903 y 1955 de los cuales cuatro recibieron nombres por los pobladores afectados (San Hipólito, San Luis Rey, Santa Mónica y San Maximino). En los recuerdos recopilados en *Álbum de familia*, la importancia de los nombres queda registrado como acta de memoria, como anales de la historia familiar y comunitaria: el huracán es nombrado y reconocido: “Janet, Hattie, Gilberto, Wilma, hasta el ‘sin nombre del ‘31’: todos tenemos un huracán en la familia.” Y ese grado de familiaridad queda de manifiesto también en el humor oscuro que (como se indicó con el nombre irónico de Chan Moson mencionado arriba) genera diversos apodos y caricaturas de los nombres. En *Recuerdo de Cancún*, el nombre de Vilma se transforma en jerga local y eslogan de marketing “‘Vilmadriza nos tocó’, dicen cientos de playeras que ahora ve a su paso en las calles.”⁴⁷ En las memorias de un diplomático inglés en Belice leemos: “When my family and I arrived in British Honduras we soon discovered that the impact of a devastating hurricane in 1931 was etched upon the national psyche.”⁴⁸ El huracán personalizado en la experiencia comunitaria se multiplica en una identificación nacional y/o regional. Es en este sentido también que se elaboró el foto-recuerdo sobre el huracán Wilma que devastó Cancún en 2005. Los editores apuntan: “En cada fotografía está grabada una sensibilidad, una inteligencia, una secreta ternura, una inocultable emoción.” Es “un libro hecho con las barajas de una memoria compartida”.⁴⁹

CONCLUSIONES: UNA ECOPOÉTICA DEL CARIBE CONTINENTAL

Nací, pues, en una tierra donde la tierra es arena, nací en una ciudad que emergió de entre las olas y la selva, que se levantó como se levanta el mangle sobre la ciénaga.

David Anuar.

Pensadores como Kamau Brathwaite, Edouard Glissant, Wilson Harris y Antonio Benítez Rojo han dibujado mapas de un Caribe submarino, rizomático; un Caribe eco-poético visualizado por sus contornos naturales, una organización de islas y tierras continentales a la vez caótica y sistemática. Es una cartografía que vislumbra una manera de ver y pensar el Caribe, más allá de un registro de fenómenos naturales. Sus propuestas se fijan en la organización espacial (archipiélagos, caos, rizoma, lo submarino) y también en lo temporal y rítmico de los entornos y lugares de este mapa caribeño. No es una cartografía que delimita, sino que registra múltiples niveles de la articulación de seres humanos con sus entornos y con su memoria, historia e identidades. En este sentido, Prezioso afirma que los escritores “map the Caribbean by using memory, imagination, desire and language, for the material resonances these categories have not only upon people’s everyday lives but also upon their individual and collective relationships with space”.⁵⁰ En estas páginas he presentado un corpus de textos que ejemplifican diversas maneras de relacionarse con los fenómenos naturales, tormentas y huracanes que no solamente configuran un paisaje sino que funcionan como portadores de una memoria cultural y ofrecen una nueva manera de ver y escribir. Mi argumento central en este capítulo defiende, en primer lugar, que la representación de los huracanes en los textos configura una cartografía del Caribe continental como “Hurricane Zone”; en segundo lugar, los relatos del huracán hilan entre sus oleajes y vientos los ritmos de la experiencia, la historia y la identidad de los pueblos. Así, Adam Barrows explica: “if we understand space not as a rational abstraction but as a concentration of rhythmic density, narrative is the ideal means by which to give voice and shape to the spaces of the world”.⁵¹ Por último, este trabajo ha intentado mostrar un lenguaje ecológico, como aquel paisaje guyanés que “hablaba”, un ser vivo a quien se debe escuchar. Los relatos del huracán aportan una manera de ver, de hablar y de contar: una eco-poética que formula una epistemología forjada desde la región, que da cuenta de la

propia diferenciación interna de la zona, así como su posición como lugar móvil, situado en el cruce de raíz y rizoma.

FUENTES CONSULTADAS

Hemerografía

Diario de Yucatán, Mérida.

Bibliografía

- Abello Vives, Alberto, *La isla encallada. El Caribe colombiano en el archipiélago del Caribe*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores/Parque Cultural del Caribe, 2015 (ed. kindle).
- Barrows, Adam, *Time, Literature and Cartography after the Spatial Turn: The Chronometric Imaginary*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2016 (Geocriticism and Spatial Literature Studies).
- Berger, Mohr, *Another Way of Telling*, Nueva York, First Vintage International, 1995.
- Brathwaite, Kamau, "History of the Voice" en *Roots*, La Habana, Casa de las Américas, 1986, pp. 259-304.
- Buell, Lawrence, Ursula K. Heise y Karen Thornber, "Literature and Environment", *Annual Review Environment and Resources*, núm. 36, 2011, pp. 417-440.
- Celis, Nadia, "Palabras iniciales", Plenaria de abertura/Opening Plenary: "El Caribe Continental/The Continental Caribbean" en 39º Conferencia Anual de Caribbean Studies Association, Conference Program Book, Mérida, 2014.
- Deckard, Sharae, "The Political Ecology of Storms in Caribbean Literature" en Chris Campbell y Michael Niblett (comps.), *The Caribbean: Aesthetics, World-Ecology, Politics*, Liverpool, University of Liverpool Press, 2016, pp. 25-45.
- Domínguez, Jair y Alfredo Maya (comps.), *Wilma: imágenes de una adversidad vencida*, Cancún, Editorial Idea, 2007.
- Escobar, Arturo, "El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?" en Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 113-143.
- Ette, Ottmar, *Transarea: A Literary History of Globalization*, Berlin, De Gruyter, 2016.
- French, Jennifer, "Naturaleza y subjetividades en la América Latina colonial: identidades, epistemologías, corporalidades", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 40, núm. 79, 2014, pp. 35-56.
- Glotfelty, Cheryll, "Introduction. Literary Studies in an Age of Environmental Crisis" en Cheryll Glotfelty y Harold Fromm (eds.), *The Ecocriticism Reader: landmarks in literary Ecology*,

- Athens, University of Georgia Press, 1996, en <<https://books.google.com.mx/books?id=eiJ4R1FKWCop&rintsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>>.
- Godden, C. H., *Trespassers forgiven. Memoirs of Imperial Service in an Age of Independence*, Londres, The Radcliffe Press, 2009.
- Góngora, María Luisa, “Chan Moson” en María Luisa Góngora, *Chan Moson. Pequeño remolino*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1998, pp. 49-52.
- Harris, Wilson, “New Preface to Palace of the Peacock” en Andrew Bundy (comp.), *The Unfinished Genesis of the Imagination*, Londres, Routledge, 1999, pp. 53-57.
- Lamming, George, *The Pleasures of Exile*, Londres, Nueva York, Allison and Busby, 1984.
- Last, Angela, “Fruit of the cyclone: Undoing Geopolitics through Geopoetics”, *Geoforum*, núm. 64, 2015, pp. 56-64.
- Lavalle Torres, María Cecilia, *Parece que fue ayer... Álbum de familia*, México, Edición del autor, 2004, 2 vols.
- McWatt, Mark, “Beloved of the Rivers”, *The Journey to Le Repentir*, Leeds, Peepal Tree Press, 2009.
- McWatt, Mark, “The Guyana Landscape and the Language of the Imagination in the Fiction of Wilson Harris”, *The Arts Journal*, vol. 5, núms. 1-2, 2009, pp. 31-43.
- Ortiz, Fernando, *El Huracán. Su mitología y sus símbolos*, México, FCE, 1984.
- Pérez Rejón, Reyes, *Gilberto en el paraíso: historia de Celestún*, México, Edición PACMYC, 1998.
- Preziuso, Marika, “Mapping the Lived-Imagined Caribbean: Postcolonial Geographies in the Literature of the ‘Diasporic’”, *Caribbean, Journal of Intercultural Studies*, vol. 31, núm. 2, 2010, pp. 145-160.
- Schwartz, Stuart B., *Sea of Storms. A History of Hurricanes in the Greater Caribbean from Columbus to Katrina*, Princeton, Princeton University Press, 2015.
- Shrimpton Masson, Margaret, “La isla que no se parece a otra: la narrativa yucateca entre el deseo y la imaginación” en Stefan Igor Ayora Díaz y Gabriela Vargas (comps.), *Representaciones y etnografía. Imágenes e imaginación de lo yucateco*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 2010, pp. 33-52.
- Shrimpton Masson, Margaret, “Islas de tierra firme: ¿un modelo para el Caribe continental? El caso de Yucatán”, *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe Colombiano*, año 11, núm. 25, Barranquilla, 2015, pp. 178-208.
- Shrimpton Masson, Margaret y Daniel Can Caballero, “Memoria e identidades en Celestún, Yucatán. Relatos de pesca, sal y ecoturismo” en Silvia Cristina Leirana y Celia Rosado Avilés (comps.), *Múltiples voces, diversos diálogos*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán (en prensa).
- Vázquez, Gabriel, *Recuerdo de Cancún*, México, CONACULTA/Fondo Editorial Tierra Adentro, 2008.
- Vejar Pérez-Rubio, Carlos, *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta*, México, CONACULTA/UNAM-CIALC, 2013.
- Vriese, Hannes de, “Écritures antillaises entre géopoétique et écopoétique: sur la nature des cataclysmes chez Patrick Chamoiseau et Daniel Maximin”, *Revue Critique de Ficción Française Contemporaine*, núm. 11, 2015, pp. 16-27.

NOTAS

- * Este capítulo presenta algunos resultados preliminares de una investigación financiada por el CONACYT (Ciencias Básicas 2015), “Representaciones literarias de insularidad en el Caribe continental” (CB257673). Agradezco las invitaciones a participar en el seminario “El Caribe: visiones históricas de la región”. Las discusiones generadas en torno al Caribe y en particular al Caribe continental, en este marco, han sido indispensables para canalizar estas ideas. Agradezco también las recomendaciones bibliográficas y aportes señalados por Charles Pigott (Cambridge University) y Nadia Celis (Bowdoin College).
- 1 Entrevista a Jesús Farfán, pescador itinerante, realizada por Daniel Can Caballero, Mérida, Yucatán, 2 de abril de 2016.
 - 2 Entrevista a Israel Manzanilla, poblador de Celestún, Yucatán, realizada por Daniel Can Caballero, Celestún, Yucatán, 9 de abril de 2016.
 - 3 Celis, “Palabras iniciales”, 2014, pp. 189-190.
 - 4 Abello, *La isla encallada*, 2015, pp. 409 y 450-454.
 - 5 Shrimpton, “La isla que no”, 2010, pp. 32-52.
 - 6 Shrimpton, “Islas de tierra”, 2015, pp. 178-208.
 - 7 Escobar, “El lugar de la naturaleza”, 2000, p. 116.
 - 8 La ciudad de Mérida es reconocida por una muy particular identificación de las esquinas en el centro de la ciudad colonial, conocidas por nombres (el elefante, el *tucho*, el pájaro *Toj*, entre muchas otras). Ejemplifica el arraigo de raíz y la iteración rizomática al emplearse como patrón. Sobre las esquinas de Mérida, véase Luis Iván Alpuche Escalante, “Historia en cada calle”, *Diario de Yucatán*, 5 de septiembre de 2012, en <<http://yucatan.com.mx/temas/exclusivas-central-9/historia-en-cada-calle>>. [Consulta: 30 de agosto de 2017.], y el documento Anexo: Nombres de las esquinas de Mérida (Yucatán), <[https://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Nombres_de_las_esquinas_de_M%C3%A9rida_\(Yucat%C3%A1n\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Nombres_de_las_esquinas_de_M%C3%A9rida_(Yucat%C3%A1n))>. [Consulta: 30 de agosto de 2017.]
 - 9 Entiendo ecocrítica a partir de Cheryl Glotfelty, “Ecocriticism expands the notion of ‘the world’ to include the entire ecosphere. [...] literature does not float above the material world in some aesthetic ether, but, rather, plays a part in an immensely complex global system, in which energy, matter and *ideas* interact.” Glotfelty, “Introduction. Literary”, 1996, p. xix.
 - 10 Brathwaite, “History of the Voice”, 1986, p. 265. En reciente publicación Sharae Deckard afirma “Brathwaite thus presents the ‘rhythm’ of ‘environmental experience’ as integral to the formation of Caribbean poetics [...]”, Deckard, “The Political Ecology”, 2016, p. 28.
 - 11 Schwartz, *Sea of Storms*, 2015, p. xi.
 - 12 *Ibid.*, p. 15.
 - 13 *Ibid.*, p. 31.
 - 14 George Lamming, *The Pleasures of Exile*, 1984, escribe un capítulo fundamental e influyente, “A way of seeing”, en el cual aporta una lectura propia (caribeña) sobre el área, una manera de ver lo local que se opone a la mirada colonial; Brathwaite, en el muy citado ensayo “Historia de la voz”, hace explícita la innegable relación entre lenguaje y poder, y reclama una voz propia, un lenguaje que representa la nación –una manera de hablar–; desde una disciplina y un lugar diferentes, el fotógrafo John Berger dice “In the relationship between a photograph and words, the photograph begs for an interpretation, and the words usually supply it. The photograph, irrefutable as evidence but weak in meaning, is given a meaning by the words. And the words, which by themselves remain at the level of generalisation, are given specific authenticity by the irrefutability of the photograph. [...] Yet it might be that the photographic ambiguity, if recognised and accepted as such, could offer to photography a unique means of expression. Could this ambiguity suggest *another way of telling?*” Berger, *Another Way*, 1995, pp. 92 (énfasis mío).

- ¹⁵ “L’écriture du désastre est aussi une écriture du lieu et se construit autour des interactions des habitants du lieu avec leur environnement. Il s’agit là, comme le signale la définition de la géopoétique selon White, d’une pratique. Donner à voir le cataclysme a ainsi pour effet d’orienter le texte vers le concret”. Traducción de Fabienne Viala para este texto.
- ¹⁶ Glotfelty, “Introduction. Literary”, 1996, p. xviii.
- ¹⁷ Lawrence Buell se consolidó como uno de los mayores exponentes de la ecocrítica desde Estados Unidos y en 2011 con Heise y Thornber expuso su revisión de las tres etapas de la ecocrítica al momento. Véase Buell, Heise y Thornber, “Literature and Environment”, 2011, pp. 417-440.
- ¹⁸ French, “Naturaleza y subjetividades”, 2014, p. 37.
- ¹⁹ Harris, “The Landscape is Alive it’s a living text”, citado en McWatt, “The Guyana Landscape”, 2009, p. 31.
- ²⁰ Harris, “New Preface”, 1999, p. 54.
- ²¹ Véase Schwartz, *Sea of Storms*, 2015, pp. 5-9.
- ²² Last, “Fruit of the Cyclone”, 2015, p. 61.
- ²³ Ortiz, *El Huracán. Su mitología*, 1984.
- ²⁴ Conversación con Ana Patricia Martínez Huchim, abril de 2017, y Shrimpton y Can, “Memoria e identidades” (en prensa).
- ²⁵ Góngora, “Chan Moson”, 1998, p. 49.
- ²⁶ *Ibid.*, p. 50.
- ²⁷ *Ibid.*, pp. 50-51.
- ²⁸ *Ibid.*, p. 52.
- ²⁹ Deckard, “The Political Ecology”, 2016, p. 42.
- ³⁰ Schwartz, *Sea of Storms*, 2015, p. 13.
- ³¹ Ette, *Transarea: A Literary*, 2016, p. 5.
- ³² Véase Vejar, *Las danzas del huracán*, 2013.
- ³³ Grace Nichols, “Hurricane hits England”, *The Poetry Archive*, Inglaterra, 1996, en <<http://www.poetryarchive.org/poem/hurricane-hits-england>>. [Consulta: 30 de agosto de 2017.]
- ³⁴ Para una discusión sobre los efectos de los huracanes en el área continental, véase Shrimpton y Can, “Memoria e identidades” (en prensa).
- ³⁵ Véase Schwartz, *Sea of Storms*, 2015.
- ³⁶ Lavalle, *Parece que fue ayer*, 2004, vol. 2, p. 344.
- ³⁷ Israel Manzanilla, entrevista citada.
- ³⁸ Pérez, *Gilberto en el paraíso*, 1998.
- ³⁹ McWatt, “Beloved of the Rivers”, 2009, pp. 56-7.
- ⁴⁰ McWatt, “The Guyana Landscape”, 2009, pp. 35-36.
- ⁴¹ *Ibid.*, p. 39.
- ⁴² Lavalle, *Parece que fue ayer*, 2004, vol. 2, p. 341.
- ⁴³ Domínguez y Maya, *Wilma: imágenes*, 2007, p. 8. Cursivas mías.
- ⁴⁴ Vázquez, *Recuerdo de Cancún*, 2008, p. 15.
- ⁴⁵ *Ibid.*, p. 13.
- ⁴⁶ Lavalle, *Parece que fue ayer*, 2004, vol. 2, p. 344.
- ⁴⁷ Vázquez, *Recuerdo de Cancún*, 2008, p. 23.
- ⁴⁸ Godden, *Trespassers Forgiven*, 2009, p. 98.
- ⁴⁹ Domínguez y Maya, *Wilma: imágenes*, 2007, p. 8.
- ⁵⁰ Prezioso, “Mapping the Lived”, 2010, p. 147.
- ⁵¹ Barrows, *Time, Literature*, 2016, p. 11.

APUNTES PARA UNAS LITERATURAS DEL DESASTRE EN EL CARIBE INSULAR

Margarita Aurora Vargas Canales

Yo había rezado sin poner mucho empeño
por esta insinuación
y él no tenía ningún deseo
excepto flirtear también
con el viento húmedo
y el mar agitado
amistoso preludio
antes de su entrada en tierra
en Florida.
Marion Bethel¹

Las literaturas del Caribe insular han narrado los fenómenos naturales presentes en su entorno, la mayor parte de las veces con efectos de desastre para sus habitantes: huracanes, sismos, deforestación, erupciones volcánicas, incendios y más recientemente los efectos del cambio climático ocupan un lugar tanto en la narrativa como en la poesía, desde los tiempos en que se tiene registro.²

Este trabajo parte del análisis de varias novelas, publicadas de finales de la década de los ochenta del siglo xx hasta el año 2012, todas escritas por caribeños, la mayor parte, proveniente del Caribe insular francófono, donde se abordan algunas de las catástrofes enunciadas.

La propuesta es que a partir del análisis literario de esta narrativa, busquemos los mecanismos y las formas por medio de los cuales los fenómenos naturales, y particularmente los desastres, son narrados, contados, recreados, vividos ¿y acaso también imaginados? Por otra parte, ¿qué lugar ocupan estas literaturas en el amplio espectro de las literaturas caribeñas? y ¿cómo extienden diálogos y vasos comunicantes o no con otras artes y disciplinas académicas?, ¿generan un nexo, un correlato, quizá un puente con algo que podemos llamar hombre y naturaleza?, ¿cómo son estos?

HURACANES, MÁS ALLÁ DE SU EMPLEO METAFÓRICO

El Caribe insular se encuentra ubicado dentro de la zona de formación de tormentas tropicales. Las tormentas se convierten en huracanes solamente cuando se reúnen las siguientes condiciones: 1) el agua debe estar a más de 28 °C; 2) evaporación para provocar condensación en capas superiores y centro de baja presión, y 3) vientos alisios que proporcionen aire frío en las capas de la atmósfera.

El nombre científico de los huracanes es ciclón tropical. Los vientos deben ser de más de 79 km/h, si no se trata de tormentas tropicales.³ Sólo los producidos en el océano Pacífico y el Atlántico se llaman huracanes. La temporada comienza el 1 de julio y termina el 30 de noviembre. Existen cinco categorías de huracanes, el más catastrófico es el de tipo cinco con vientos de más de 155 km/h. Los huracanes eran ya conocidos por los taínos quienes los representaban con glifos circulares, justamente como remolinos. Fernando Colón hablaba ya de una ruta de huracanes en 1502,⁴ de esta suerte el fenómeno era conocido desde la más remota antigüedad tanto por indios como por europeos después.

Las sociedades insulares han producido una forma de vivir, y en la medida de lo posible, también de prevenir los efectos de los huracanes. Los huracanes han sido plasmados en el arte: pintura, literatura, artes plásticas y escénicas. Los historiadores han hecho el relato de los más devastadores⁵ y los científicos continúan estudiando su morfología.

Las pequeñas Antillas, también llamadas por los ingleses *West Indies* han sido particularmente vulnerables a estas catástrofes. Sin embargo, pareciera que por ser un evento habitual no toma forma como un personaje literario principal; salvo contadas excepciones, los huracanes aparecen en la narrativa contemporánea como preludio de una situación devastadora, ya sea en el plano social o personal.

En otros casos, figuran precisamente como parte del paisaje de las islas: los habitantes saben que vienen, están allí, luego se van, son parte de su diario vivir. Para la narradora de *Autobiografía de mi madre*, Xuela Claudette Richardson: “Roseau no era calificada meramente de ciudad, todo el mundo la llamaba la capital, la capital de Dominica. También sus cimientos eran frágiles y cada cierto tiempo quedaba asolada por las fuerzas de la naturaleza, un huracán o lluvias torrenciales, agua y más agua cayendo del cielo como si de repente tuviéramos el mar encima y los cielos debajo.”⁶ En este caso, no hay metáfora. La novela, narrada de manera autobiográfica, describe las lluvias torrenciales como parte de la fragilidad de la capital y de un fenómeno habitual. Líneas más adelante se refiere a unas rocas, restos de erupciones volcánicas, los dos fenómenos naturales, que sin duda, han causado devastación en esta pequeña isla; en esta novela solamente forman parte del entorno natural, su presencia constante no parece sorprender ni interrumpir el hilo de la narración: “Iba demasiado de prisa y se salió de la carretera, cayendo por un precipicio y estrellándose contra las copas de unos árboles primero, y luego contra las rocas, restos de una erupción volcánica.”⁷

En cambio en *Ormerod*, Édouard Glissant emplea los desastres naturales ya no como metáforas de las rebeliones del “grito”, sino en su connotación de presagios de pequeños y grandes acontecimientos históricos. Aparece algo que él, cuya voz se confunde con la de un narrador, llama anticiclón: “Hace mucho tiempo que sabemos lo que es un anticiclón, primero

escuchábamos hablar en la radio, luego pudimos ver en las pantallas de televisión las espirales cargadas de nubes y las contorsiones de los vientos que danzaban y penetraban en los bordes vacíos de una zona neutra y plana, que se reconocía como protegida de los estallidos y los delirios del mal tiempo.”⁸

Tampoco aquí es empleado el huracán o ciclón tropical como una metáfora. Más bien se propone, dentro de ese fenómeno natural, que hace vulnerable al Caribe insular a los desastres naturales, una antítesis, un no ciclón, es decir una zona, en pleno ciclón, donde los vientos y la lluvia no llegan. Ante la devastación provocada por los huracanes, el escritor martiniquense propone un espacio, un intersticio a salvo de esta.

La escritora guadalupense Simone Schwartz-Bart narra, a través de la voz de una niña, *Telumée*, cómo se vive la estación de lluvias en su barrio Fond-Zombi, en la Basse-Terre, el ala izquierda de la isla de Guadalupe:

Ese año la desgracia de Fond-Zombi comenzó con una estación de lluvias que sorprendió a todo el mundo. Trombas de agua se abatieron sobre el poblado, transformando los caminos en torrentes lodosos que arrastraban hacia el mar toda la grasa de la tierra. Los frutos corrían antes de madurar y los negritos tenían una tosecita seca que les hacía daño. Esperemos la calma, decían, olvidando que una mala estación de lluvias vale más que una buena estación seca. Y la estación seca llegó, tórrida, estupefacta, sofocando puercos y devastando gallineros.⁹

La estación de lluvias coincide en Guadalupe, casi exactamente, con la época de huracanes: la primera comienza en junio y termina en noviembre, los huracanes comienzan en julio y terminan en el mismo mes que las lluvias. De acuerdo con la novela, la estación de lluvias (*hivernage*) presagia la desgracia, porque seguramente en esa época puede haber huracanes y los campos de caña de azúcar ser arrasados; con ello vendría el desempleo y la falta de pago a los cientos de trabajadores que todavía laboraban en el corte de la caña en esos años.

Durante la década de 1960, e incluso a finales de los años cincuenta, en las publicaciones de algunos literatos como Édouard Glissant, Aimé Césaire y el guyanés León Gontran-Damas, la imagen de los huracanes era empleada, sobre todo, como una metáfora del “grito” de la “rebelión”, en relación con el estatus colonial de los Departamentos de Ultramar Franceses (DOM), o bien con el impulso reivindicativo de la negritud.

En una etapa más contemporánea, lo que observamos, sobre todo en la narrativa, es una disminución del uso metafórico de los huracanes y, en cambio, una presencia habitual, descrita con un lenguaje directo, que algunas veces parece ser parte ya del paisaje caribeño. En otros casos, hay una propuesta distinta: el uso del no lugar, de la antítesis del fenómeno por demás conocido: el anticiclón, para revelar lo que no se ve, es decir, la opacidad glissantiana. Por otra parte, el uso de los contrastes y opuestos permite resaltar la cualidad destructiva de las dos únicas estaciones en el Caribe insular: el tiempo de secas (*carême*) y el de lluvias (*hivernage*), donde ocurren los huracanes.

Un ejemplo ilustrativo es la estrofa del poema que da inicio a este artículo, donde hay una personificación de un huracán: el Dennis, el recurso literario empleado es precisamente el opuesto a la metáfora. Sin embargo, este artículo se centra en el análisis de novelas y no de poesía, por esta razón sólo dejamos anotada esta observación.

LA LLAMA: PRELUDIO DE LOS INCENDIOS Y ERUPCIONES VOLCÁNICAS

Los incendios domésticos en el Caribe insular francófono han sido otro fenómeno, quizá no precisamente natural, que ha devastado barrios y poblados. Debido a la presencia constante de terremotos y sismos, la monarquía francesa impuso la prohibición de construir casas y edificios de mampostería; las construcciones debían ser realizadas en madera¹⁰ para evitar mayores daños.

Por otra parte, con la abolición de la esclavitud en las otras colonias caribeñas insulares francesas, Guadalupe y Martinica, ocurrida en 1848, los ahora libertos ocuparon terrenos en los campos y montes para vivir, y usualmente construyeron sus chozas con madera. Si tomamos en cuenta que la luz eléctrica fue una realidad hasta bien entrado el siglo xx, la forma de alumbrarse era con lámparas de queroseno, que en un descuido podían provocar un incendio.

Patrick Chamoiseau, escritor martiniquense, publica tres volúmenes que constituyen la obra *Un temps d'enfance*.¹¹ En ellos narra la historia de un niño negro de *Fort-de-France*, la capital, desde su infancia hasta la adolescencia; el narrador es este niño ya adulto que rememora su niñez. Es posible que el relato tenga tintes autobiográficos.

Esta edición tiene un prefacio de Chamoiseau donde habla del incendio de su casa de infancia y lo metaforiza como algo que arrasó con esa etapa de su vida, más no con sus recuerdos, con su memoria. Su madre Man Ninotte le advierte al niño, quien manifiesta una fascinación por el fuego, cuáles son los peligros en esta isla: “Los incendios de *Fort-de-France* junto con los ciclones y las inundaciones constituyen el panteón de los horrores créoles.”¹²

La narrativa contemporánea, además de tocar este tema, se ha referido a una de las mayores erupciones volcánicas registradas en el Caribe insular: la erupción de la montaña Pelée, en Saint-Pierre, Martinica en 1902. El 8 de mayo hizo erupción, cubriendo de lava y ceniza la ciudad, considerada la capital cultural de la isla, matando a los cerca de 30 000 habitantes que la poblaban. Raphaël Confiant, escritor martiniquense nacido en 1951, publicó en 2002, a cien años de ocurrida la catástrofe, una novela titulada *Nuée ardente*, cuya traducción al castellano sería algo así como nube que arde, o nube ardiente.

El título de la novela, que algunos críticos han descrito como un fresco, hace referencia a la erupción volcánica. Sin embargo, lo que realmente ofrece el texto es un relato vivo de la vida en Saint Pierre en esa época. Uno de los recursos que utiliza el escritor para lograrlo es la creación de personajes arquetípicos, que representan la variada composición social, política, étnica y cultural de la entonces vibrante ciudad de Martinica.

Algunos de estos personajes son el rico comerciante *béké* Dupin de Maucourt; el profesor de filosofía mulato, Pierre Marie Danglemont, y su banda de jóvenes amigos juerguistas: Syparis, vagabundo, sabio especialista en la vida bohemia y nocturna de Saint Pierre y el enigmático negro llamado Lafrique Guinée. Todos ellos son varones que establecen relaciones con diferentes personajes femeninos, también arquetípicos de la sociedad *créole* de esta ciudad, llamada en la época “el París de las Antillas”: les

femmes-matador como Thérésine, Hermancia o Mathilde, las mujeres del pueblo como la lavandera Mari-Egyptienne o Rose Joséphine y la impresionantemente bella cuarterona Edmée Lemonière, de la que todos estaban enamorados, especialmente Daglemont.

De acuerdo con la trama de la novela, solamente hay un sobreviviente de esta catástrofe natural: Syparis el vagabundo, un personaje simpático, incluso casi cómico, que está encarcelado y condenado a muerte porque, además de ser un ladrón, mató a su mujer por celos. Él iba a ser ejecutado precisamente el día de la erupción, pero se salva de manera totalmente fortuita. Él habla con la riqueza y la sonoridad del *créole*, es especialista en dichos y piropos para las mujeres, también en groserías y ese lenguaje tan particular entre los hombres para hablar de lo sexual. Al leer la trama de la novela el lector se percata de que toda una sociedad desaparece con la erupción de la montaña Pelée; solamente queda vivo el lenguaje, el sentido del humor y el *détour* de un personaje marginal e infractor en la sociedad *créole* como Syparis.

El final del relato termina con una parte titulada *Requiem*, que justamente da una idea de solemnidad, pero hace alusión a las misas de difuntos en la Iglesia católica, a algo que se muere. En el requiem de *Nuée ardente* Syparis, después de ocurrida la catástrofe, es contratado por un circo, el circo Barnum, ya que se convierte en un héroe al ser el único sobreviviente. *L'Echo de la Wallonie* es un periódico semanal publicado en Bélgica, citado en el epílogo, el cual anuncia que ahora él gana un buen salario y hasta está aprendiendo francés.

Además de la construcción de personajes arquetípicos, Raphaël Confiant utiliza el recurso de acudir a la cita de periódicos para anunciar el final. Por otro lado, la construcción de la novela está basada en cuatro apartados relacionados con el tiempo, cada uno de ellos señala una época que caracterizó a Saint Pierre y se presenta *in crescendo*: de la dulzura al desconsuelo. Los tiempos son: 1) un tiempo de la dulzura, utilizando una palabra creada especialmente para describir ese estado “doucine”; 2) un tiempo de desasosiego o intranquilidad; 3) un tiempo de apocalipsis, y 4) un tiempo de desconsuelo.

En el cuerpo de la narración hay un paralelismo entre los tiempos y las fases por las que atravesó la erupción volcánica, medidas por la gente, no por los científicos: un periodo de tiempo en el que escuchaban ruidos, sentían pequeños temblores o vibraciones en la tierra, incluso percibían algunas exhalaciones, luego hay una intranquilidad porque no desaparecen esos signos sino que se intensifican, hasta que finalmente se produce la erupción, el apocalipsis, para concluir con el desconsuelo.

Los recursos literarios contenidos en la novela para hablar de los desastres naturales son varios. Por ejemplo, las comparaciones y las referencias a los huracanes y ciclones; cuando el narrador omnisciente habla del jueves 8 de mayo de 1902, día exacto de la erupción, la novela toma la forma de un diario, ya que no está narrada en primera persona.

Describe el fenómeno como si la isla fuera un barco que vacilara tambaleándose por la quilla: “el mar se cubre de un enorme velo de duelo. Sobre él flota una nube escupida por el volcán en una sacudida tan terrible que uno siente la isla vacilar”.¹³ La comparación es con un barco que zozobra, es decir con un elemento marino y no con algún otro referente a la naturaleza.

Antes de llegar el día de la erupción, un personaje llamado Frédéric Le Bihan, un marinero bretón, contaba la historia en La Taberna de la Filibusta, de un ciclón que hizo estrellar su barco en los acantilados de Grande Rivière, cuando se dirigía de la isla de Terranova, frente a Canadá, a Saint Pierre. Frédéric como SyParis fue el único sobreviviente del naufragio. Él era un lector, no un marinero. Durante los naufragios y ciclones él nunca subía a la proa ni se encadenaba al mástil del barco como todos, él se encerraba en un cuchitril de la zona de carga a leer libros de geografía, por tal razón había adquirido, entre los marineros, una fama de “mariquita”.

Sin embargo, gracias a sus lecturas, evitó que su barco, en la travesía, pasara por “los arrecifes de Bahamas, los remolinos marinos de la Isla de la Tortuga, las lianas traicioneras del Mar de los Sargazos, la masa oblicua de la isla de Saba, con frecuencia enmascarada por la bruma”.¹⁴ Hasta que a principios de septiembre divisaron la isla de la Dominica e inmediatamente después Saint Pierre, su destino final.

Una vez más, el único sobreviviente es un proscrito, un bretón acusado de malviviente en su pueblo natal, y que obligado por las circunstancias tiene que embarcarse para ir a la pesca de bacalao en las costas de Canadá.

En la novela el ciclón no daña mayormente Saint Pierre, pero en cambio la erupción volcánica lo destruye.

La mayor parte de las metáforas y comparaciones presentadas son de registro marítimo: el mar, los barcos, los naufragios, aún con lenguaje más especializado: quilla, proa, mástil, con excepción de la lava, la ceniza y las fumarolas; no predomina un registro referente a la erupción volcánica.

La erupción de la montaña Peleé parece ser más bien el pretexto para ofrecer una documentada historia de la cosmopolita sociedad *créole* de Saint Pierre, sus personajes típicos, su intensa vida cultural y nocturna y la estratificación social y étnica. Para ello Raphaël Confiant emplea un francés también “creolizado” que intercala dichos, bromas y hasta proverbios populares en boca de Syparis.

El sentido del humor y la ironía están presentes a lo largo de todo el relato, y me atrevo a pensar que una parte de la narrativa de los desastres en el Caribe insular francófono tiene como uno de sus rasgos característicos precisamente el empleo de ambos recursos.

EL SISMO DE 2010 EN HAITÍ NARRADO POR SUS ESCRITORES

El 12 de enero de 2010 un sismo de magnitud 7.3 en la escala de Richter devastó la capital Puerto Príncipe y algunas otras ciudades del sur del país como Jacmel. A un año de ocurrido, el entonces presidente haitiano René Preval anunció que el sismo había provocado alrededor de 300 000 víctimas mortales y más de 1 500 000 personas habían quedado sin hogar; en total más de 3 000 000 de haitianos, de una población de alrededor de 10 000 000, fueron afectados por esta catástrofe, considerada una de las más devastadoras en los últimos 50 años.

La historia de los terremotos en Haití registra varios con una intensidad superior a 7. Durante la época colonial, en el entonces Saint-Domingue, el 18 de octubre de 1751 se registró uno en Puerto Príncipe; otro el 3 de junio de 1770 superior incluso en magnitud al de 2010: 7.5 en la escala de Richter,¹⁵ y también acabó casi por completo con la capital.

Los sismos registrados el 7 de mayo de 1842 y los de 1887 y 1904, en cambio, afectaron principalmente la ciudad de Cabo Haitiano en el norte del país. En 1946, un sismo de magnitud 8 en la escala de Richter afectó Haití, sin embargo, su epicentro estuvo en el país vecino, República Dominicana, donde un tsunami mató a 1 790 personas. Durante 2010 hubo una alerta de tsunami que, por fortuna, no ocurrió. La narrativa sobre este último escrita por haitianos es abundante. Además de novelas se publicaron relatos: Danny Laferrière, *Tout bouge autour de moi*, de 2011, y Kettly Pierre Mars, *Failles*, de 2010 y, sobre todo, crónica periodística. En este trabajo quiero referirme a dos novelas: *Maudite éducation*, de Gary Victor escrita en 2012, y *Corps mêlés*, de Marvin Victor publicada en 2011.

La primera novela aún sin traducir al castellano, utiliza el sismo como una gran metáfora del desastre social que vivió Haití durante la dictadura de los Duvalier: François *Papa Doc* (1958-1971) y Jean-Claude *Baby Doc* (1971-1983). El sismo sirve para significar otra devastación: el duvalierismo. El narrador, Carl Vausier cuenta su historia, la de un joven escritor que se enamora de una joven por correspondencia, cuyo seudónimo es *Coeur qui Saigne*. Después de un tiempo la joven descubre quién es, al mismo tiempo se percata de la pobreza en los barrios, de la prostitución y la corrupción en los militares, a la sazón la clase dirigente. Chantal su enamorada, contrae matrimonio con un oficial del ejército; anteriormente, su hermana había sido su novia, pero él la engaña y la muchacha se suicidó. Chantal busca vengar a su hermana, finalmente lo logra matando a su esposo, aunque ella se suicida después. Pareciera ser que tal como ocurrió en el sismo de 2010, una tragedia envuelve la historia¹⁶ de la narración; todos los que se involucran en ella perecen. No hay escapatoria posible.

En el texto se hace hincapié en mostrar lo más recóndito de la sociedad haitiana: los *bidonvilles* como Nan-Palmis, los desaparecidos, esos pobres “indeseables” que el duvalierismo borró de la faz de la tierra, la

prostitución, la homosexualidad en las filas del ejército, la corrupción del gobierno que no permite a la población tener acceso a los servicios básicos de salud. Tal como los escombros pusieron al descubierto la fragilidad de las estructuras de las viviendas y edificios: “Cuatro decenios más tarde un temblor puso al descubierto los muros que lo sostenían, no se sabe cómo, por así decirlo sin cimientos ni almacón.”¹⁷

Los elementos mágicos están presentes. Por una parte, la presencia de vudú y sus dioses, la mayoría de los habitantes del barrio Nan-Palmis, de acuerdo con la narración, acudieron a un barco para ser trasladados a la isla de la Gonâve, donde el gobierno les había ofrecido trabajo, buena paga y comida en abundancia.

Cuando el barco se encontraba lleno y en alta mar, los soldados masacraron a sus ocupantes. Ellos nunca llegaron a la isla ni tampoco regresaron a su barrio. Desaparecieron en el mar. La historia se la cuenta Madelaine a Carl Vausier. Ella había sobrevivido a la matanza, pero su pareja pereció. Ella se salvó gracias al dios del mar Agwé:

La memoria difícilmente guarda las cosas y los dichos que no son modelados con la materia de nuestro mundo. Se pretendía que Agwé, el dios del mar, tuviera piedad de las lágrimas de Madelaine, él se conmovió con Madelaine por la pureza de su amor por Alexandre, seguramente conoció los celos de Ayida, la amante del dios, cuyas crisis se manifestaban en las impías sequías sobre las costas, ya que Agwé era conocido por su afición a las mujeres bellas.¹⁸

Agwé es el supremo amo del mar y de las islas en el vudú de rito arada, solamente la ortografía es distinta Agoué T’Arroyo o Agoué Woyo. Ayida Oueddo o Wedo es la esposa de Damballah Oueddo, ella es la diosa de los arco iris y de las aguas dulces. Damballah es un esposo celoso ya que Ayida tiene amores con Agoué: “cuando el arco iris toca el mar en el horizonte, se dice que Ayida hace el amor con Agoué. Sabiendo que su marido conoce sus amores con el poderoso dios del mar y que él la vigila, Ayida evita siempre encontrarse con su amante en el mismo lugar.”¹⁹

Por otra parte, siguiendo la narración, Chantal acude a una ceremonia *chapwèl*, acompañada de su novio el oficial del ejército Pierre L’Ange, allí ella baila alrededor del fuego y entra en trance. Gran parte del ejército duvalierista y sus parejas acudían a esta ceremonia.

En esta novela me interesa destacar, sobre todo, las múltiples posibilidades literarias que ofrece la metáfora del sismo: puede penetrar como lo hace el escritor, en las grietas más profundas de la sociedad haitiana y, a la vez, le permite una amplitud en los desplazamientos espacio-temporales: desde los *bidonvilles* como Nan-Palmis, el palacio presidencial y el hospital general en Puerto Príncipe hasta el mar y la isla de la Gonâve, incluyendo el vudú, sus dioses y sus rituales.

La novela de Marvin Victor, *Corps mêlés* es la primera publicada de este joven escritor. Parte de una historia de amor común: una mujer que cuenta su historia desde su nacimiento en Baie-de-Henne al noroeste de Puerto Príncipe, una región polvosa, de tierras erosionadas que no ofrecen ya posibilidades de cultivo. Ella emigra a la capital y allí encuentra a su antiguo amor de juventud. Se encuentran el día y a la hora del sismo.

A diferencia de *Maudite éducation*, en *Corps mêlés* el empleo del sismo como metáfora no es necesario, pues el estilo directo de la narración enmarca la catástrofe en una historia personal, la de la mujer, inmersa en la migración campo-ciudad, la pobreza absoluta y la desesperanza, que justamente culmina con el encuentro amoroso, atravesado por la devastación que provocó la tragedia del 12 de enero de 2010.

Ella lo divisa entre la multitud, en el barrio Turgeau, y lo sigue hasta que se produce el encuentro, justo en los siguientes momentos después del sismo:

Él dejó que el cielo se oscureciera, y una reconocida dama chocó con él, poco le faltó para tirarlo, él se fue sonriendo, torpemente, ofreciendo disculpas innecesarias, hasta encontrarse al otro lado de la calle, desde donde observaba, una última vez, a esa gente que corría por todos lados: hombres, mujeres y niños balbuceando en las banquetas estalladas, entre los cables de alta tensión, que se mecían encima de ellos, con el rostro cubierto de polvo, de sudor y de sangre, que cubría sus rasgos con gran aire familiar.²⁰

CONSIDERACIONES FINALES

Los fenómenos naturales, ciclones, temblores, erupciones volcánicas e incendios, entre otros, son frecuentes en la historia del Caribe insular, por

encontrarse en una zona vulnerable a estos sucesos. Cuando sobrevienen estas catástrofes causan una gran devastación.

La narrativa contemporánea caribeña insular (de los años ochenta del siglo xx a la fecha), en particular la del Caribe francófono, ha dado cuenta principalmente de las catástrofes. Los recursos literarios que ha empleado son múltiples y variados: desde el uso metafórico para penetrar en otros registros como el terreno social y político, hasta la personificación de las catástrofes para dialogar con ellas, retarlas, cuestionarlas, incriminarlas incluso.

Los escritores han penetrado desde el dominio de lo real maravilloso, en particular con la introducción de los elementos mágicos de las divinidades del vudú haitiano, hasta el realismo urbano de la pobreza y el hacinamiento; incluso en una misma novela pueden coexistir uno o varios recursos.

La veta histórica, la construcción de personajes arquetípicos y el recurso de la memoria tampoco han escapado a esta aprehensión literaria de las catástrofes. Las artes caribeñas insulares han estado presentes a lo largo de su historia, en capturar esos momentos, algunas veces transfigurándolos pero no han dejado de ser fuente de inspiración, materia prima de una geopoética del Caribe insular que comenzamos a desentrañar, a escuchar sus ritmos.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Colón, Hernando, *Cuarto viaje colombino, la ruta de los huracanes: 1502-1504*, Madrid, Dastin, 2002 (Crónicas de América Historia, 55).
- Chamoiseau, Patrick, *Une enfance créole I, antan d'enfance*, París, Gallimard, 1996.
- Confiant, Raphaël, *Nuée ardente*, París, Mercure de France, 2002.
- D'Ans, André-Marcel, *Haití, paisaje y sociedad*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2011.
- Glissant, Édouard, *Ormerod*, París, Gallimard, 2003.
- Kincaid, Jamaica, *Autobiografía de mi madre*, Madrid, México, Editorial Txalaparta/Era, 2008.
- Longshore, David, *Encyclopedia of Hurricanes, Typhoons and Cyclones*, Nueva York, Infobase, 2008.

- Marcelin, Milo, *Mytologhie Vodou*, Puerto Príncipe, Haïti, Éditions Haïtiennes, 1949, vol. 1.
- Mulcahy, Matthew, *Hurricanes and Society in the British Greater Caribbean 1624-1788*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2006.
- Ortiz, Fernando, *El huracán su mitología y sus símbolos*, México, FCE, 2005.
- Pané, Ramón Fray, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, ed. Juan José Arrom, México, Siglo XXI Editores, 1988.
- Poetas del Caribe anglófono*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2011, vol. 1.
- Robles Carrasquillo, Huáscar, *Puerto Príncipes temblemos todos*, México, La Cifra Editorial, 2017.
- Schwarz-Bart, Simone, *Pluie et vent sur Télumée Miracle*, París, Editions du Seuil, 1972.
- Vargas, Margarita, “Haïti: las grietas capitales” en Margarita Vargas (coord.), *Imaginarios del anticolonialismo caribeño del siglo XX*, México, CIALC-UNAM, 2016, pp. 123-128.
- Victor, Gary, *Maudite éducation*, París, Éditions Philippe Rey, 2012.
- Victor, Marvin, *Corps mêlés*, París, Gallimard, 2011.

NOTAS

- [1](#) Marion Bethel, “Dennis Hurricane”, poema traducido del inglés por Ana Ramos, publicado en *Poetas del Caribe*, 2011, p. 221.
- [2](#) Probablemente los primeros registros daten de los *Diarios de Cristóbal Colón* y de los cronistas durante el siglo XVI, al describir las tormentas, después conocidas por los europeos como huracanes. En forma de literatura propiamente su aparición es más tardía, sin embargo, los taínos representaban pictográficamente los huracanes: la diosa Guabanex e, incluso, en forma de figurillas, conocidas como cemíes. Véanse para el origen de la palabra y sus representaciones tal como lo vio y lo oyó de los taínos: Pané, *Relación acerca de las antigüedades*, 1988. Un estudio más de carácter etnográfico, que incluye información relativa a los cemíes: Ortiz, *El Huracán su mitología*, 2005.
- [3](#) Véase Longshore, *Encyclopedia of Hurricanes*, 2008.
- [4](#) Colón, *Cuarto viaje colombino*, 2002, p. 155.
- [5](#) Un texto ilustrativo para las islas caribeñas anglófonas es Mulcahy, *Hurricanes and Society*, 2006.
- [6](#) Kincaid, *Autobiografía de mi madre*, 2008, p. 59.
- [7](#) *Ibid.*, p. 111.
- [8](#) En el original: “Il y a longtemps que nous savons ce que c’est un anticyclone, nous entendîmes d’abord parler à la radio puis nous avons pu voir sur les écrans de télévision les spirales animées de nuages et les contorsions de vents qui se chassaient l’un l’autre et creusaient des bords évidés d’une zone neutre et plate, qui était reconnue protégée des éclats et des délires du mauvais temps.” Glissant, *Ormerod*, 2003, p. 77. Traducción propia.
- [9](#) Schwarz-Bart, *Pluie et vent*, 1972, p. 148. Existe traducción al castellano como *Lluvia y viento en Telumée Milagro*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2015. Traducción propia.
- [10](#) Se tienen registros de un sismo que provocó gran devastación en 1751 en Saint-Domingue, hoy Haití y por ello se promulgaron las disposiciones señaladas. La necesidad de conseguir madera para las construcciones provocó también la tala indiscriminada de árboles y la consecuente deforestación. Véase D’Ans, *Haití, paisaje*, 2011, p. 151.
- [11](#) Chamoiseau, *Une enfance créole*, 1996, p. 190.

- [12](#) En el original: “Les incendies de Fort-de-France, avec les cyclones et les inondations, constituaient le panthéon des horreurs créoles”. *Ibid.*, p. 31.
- [13](#) En el original: “La mer se drape d’une énorme voile de deuil. Au dessous d’elle flotte une nuage craché par le volcan dans une secousse si tellement terrible que l’ont sent l’île vaciller sur sa quille”. Confiant, *Nuée ardente*, 2002, p. 317. Traducción propia.
- [14](#) En el original: “les récifs de Bahamas, les courants tourbillonnants de l’île de la Tortue, les lianes traîtresses de la mer des Sargasses, la masse oblongue de l’île de Saba souvent masqué par la brume”. *Ibid.*, p. 312.
- [15](#) Véase Robles, *Puerto Príncipes*, 2017, p. 48.
- [16](#) Las metáforas, paralelismos y comparaciones entre la historia de la novela y el sismo, las analicé en un artículo previo, véase Vargas, “Haití: las grietas”, 2016, pp. 123-128.
- [17](#) En el original: “Quatre décennies plus tard, un tremblement de terre mit à nu des murs qui tenaient, on ne sait comment, pour ainsi dire sans ciments ni armature”. Victor, *Maudite éducation*, 2012, p. 25. Traducción propia.
- [18](#) En el original: “La mémoire garde difficilement les choses et les dits qui ne sont pas modelés dans la matière de notre monde. On prétendait que Agwé, le dieu de la mer, avait eu pitié des larmes de Madelaine, qu’il avait été ému par la pureté de l’amour qu’elle vouait à Alexandre. Le dieu l’avait sauvée des balles des militaires pour lui donner ensuite l’hospitalité de son royaume. Agwé étant réputé pour son amour de belles femmes, Madelaine avait certainement connu la jalousie d’Ayida, la maîtresse de dieu, dont les crises se manifestaient par des sécheresses imitoyables sur les côtes”. *Ibid.*, p. 38.
- [19](#) Véase Marcelin, *Mytologhie Vodou*, 1949, p. 69.
- [20](#) En el original: “Mais il laissa le ciel s’assombrir, et une dame sonnée manquer le renverser, puis il s’en alla en souriant, bêtement, s’excusant plus que de raison, pour se ressaisir de l’autre côté de la rue, d’où il observa une dernière fois ces gens qui couraient dans tous les sens: hommes, femmes et enfants trébuchant sur les blocs écroulés, entre les câbles à haut tension se balançant au-dessus d’eux, le visage cubert de poussière, de sueur et de sang, qui nimbaient leurs traits d’un grand air de famille”. Victor, *Corps mêlés*, 2011, pp. 45-46.

IDENTIDAD EN MOVIMIENTO: LA EXPERIENCIA NARRATIVA DE LA MIGRACIÓN EN DOS CUENTOS PUERTORRIQUEÑOS

Daniel Can Caballero

En la introducción del libro *The Figure of the Migrant*, Thomas Nail afirma desde la primera línea que “the twenty-first century will be the century of the migrant”.¹ El peso de esta oración, más allá de su aliento profético, visibiliza una fuerza sociopolítica que incluye las identidades de nuestras sociedades en un tiempo histórico en común: el del movimiento migratorio. Sin duda, la migración ha sido sustancia imperiosa en la conformación histórica de las identidades en el Caribe. Desde la península yucateca, pasando por la cuenca, hasta la punta de Trinidad y Tobago y las Guyanas, la migración ha tejido una experiencia que nos hermana más allá de los espacios que habitamos, siendo el tiempo experimentado la característica fundamental que teje nuestras existencias. Este tiempo histórico en común se expande como un mangle/rizoma,² revelándonos un ecosistema cuyos múltiples caminos por recorrer son la puesta en escena de la multiplicidad de relatos que conforman nuestra identidad. Este intrincado

viaje en el que nos embarcamos es protagonizado por el centro móvil de nuestro mangle/rizoma: el sujeto migrante.

El presente trabajo toma la figura del sujeto migrante encarnado en Andrés, personaje de “Paísa –un relato de la emigración–”, cuento publicado en *El país de cuatro pisos*, 2004, de José Luis González; y en los pasajeros de la guagua aérea, del relato “La guagua aérea”, de Luis Rafael Sánchez. Específicamente nos atañe el movimiento que realizan entre la isla de Puerto Rico y Nueva York. Concibo dicho movimiento como una experiencia narrativa que siempre es “a question of producing in the future an account of the past, that is to say it is always about narrative, the stories which cultures tell themselves about who they are and where they came from”.³

Esta narrativa acaba por ser un relato de la desestabilización de las imposiciones fronterizas, tanto las sociopolíticas como las cognoscitivas. Aquí, el migrante no sólo funge como la “political figure of our time”,⁴ sino que, siendo palabra que siente y experimenta en el espacio literario, se convierte en una metonimia que representa una población históricamente marginalizada y silenciada.

El sujeto migrante atraviesa un proceso de aprehensión histórica a través de que palpamos una realidad migratoria que ha pesado sobre cada una de nuestras identidades. Este se convierte tanto en un paradigma sociopolítico –que constantemente resignifica los regímenes nacionales–, como cognoscitivo, pues su movimiento suscita una epistemología capaz de relacionar una narrativa histórica con un presente en constante narración.⁵ Esta relación configura al sujeto migrante como factor de discontinuidad en la hegemonía de los Estados-naciones y sus relatos basados en la disyunción y selectividad. El migrante es la oración que no encaja, que rompe la regla sintáctica de los relatos nacionales: la estricta gramática de la unidad identitaria. Su existencia implica identidad como “la diferenciación dentro de una unidad”.⁶ Acaso es la otra cara de lo ya dicho, un travestismo ontológico⁷ para repensar dentro y fuera de las condiciones casi impenetrables de los centros hegemónicos de poder.

Los relatos de José Luis González y Luis Rafael Sánchez operan como un espacio literario cuya función es ser un punto de entrecruzamiento entre

el autor y el lector, el entorno inmediato y el entorno histórico.⁸ El texto se configura como la memoria del entorno inmediato de un autor-lector que es potencial a construir una memoria histórica. En nuestro caso, los textos de José Luis González y Luis Rafael Sánchez nos llevan a experimentar la memoria de su entorno inmediato a través de la narración de la situación migratoria de su tiempo. Cuando tomamos ambos textos como un conjunto, estos conforman un puente sistemático a través de los múltiples lectores que experimentan el entorno inmediato. El entrecruzamiento de las experiencias del entorno inmediato construye una memoria histórica que empalma un proyecto de reapropiación identitaria bajo el tópico de la migración: el movimiento migratorio conforma así una memoria histórica. Dicho lo anterior, el texto literario, como un producto cultural, es un conjunto de experiencias de un autor-lector que se entretejen hasta formar un patrón rizomático: cada línea es un camino que el autor-lector recorre constantemente hacia la construcción de un nuevo sentido.

El espacio literario emerge como locación del pensamiento regional, donde se manifiesta un diálogo subversivo entre un pasado latente y un presente siempre en construcción. El espacio textual de la literatura se convierte en re-solución, en médium para llevar a escena y exhibir el objeto de la realidad en un plano donde “there is a Caribbean sensibility whose undiscovered history resides in its fiction”.⁹ Los márgenes de dicha realidad son desbordados por el flujo de experiencias negociadas concretando aquella historia que yacía sin contexto, produciendo nuevos sentidos a partir de viejos significantes. Este es el caso de nuestros cuentos puertorriqueños “Paísa –un relato de la emigración–” y “La guagua aérea” que nos develan la construcción de un tejido en el que:

nuestros poemas, nuestras ficciones, nuestros espectáculos toman sus circunstancias trágicas de un imaginario formidablemente compuesto que se ha constituido mediante ósmosis aluviales con una naturaleza, unas costumbres, mentalidades, tragedias, crisis de identidad, conflictos de “raza” y de religión, surgidos, al borde del mar Caribe, del mismo régimen de las plantaciones americanas.¹⁰

EL MOVIMIENTO DISCONTINUO DE LA MIGRACIÓN: ¿UNA EPISTEMOLOGÍA?

Tanto “Paísa –un relato de la emigración–” como “La guagua aérea” nos enmarcan dentro del paradigma puertorriqueño y su imbricada relación migratoria con los Estados Unidos. El primer texto nos relata la historia de Andrés, un puertorriqueño que emprende una migración desde la zona rural de Puerto Rico, pasando por San Juan, hasta encallar en Nueva York sin la posibilidad de retorno a la isla. El segundo texto es el relato de un grupo de pasajeros que viajan incesantemente de Puerto Rico a Nueva York y viceversa, convirtiendo el viaje en una “trillita sencillona sobre el móvil océano”,¹¹ hecho que Jorge Duany ha conceptualizado como un “back-and-forth movement between Puerto Rico and the United States [...] vaivén - literally meaning “fluctuation”.¹²

Ambas historias nos revelan experiencias distintas del fenómeno migratorio en Puerto Rico. Para llevar a cabo el análisis de dichas experiencias he optado por utilizar tres estrategias textuales: habla/movimiento, espacio/tiempo y diálogo/historias. En conjunto, las estrategias textuales conforman un instante comunicativo en el tejido construido por los textos, el de su entorno inmediato y el histórico.¹³ El instante comunicativo es el del movimiento interno/externo de un texto inmerso en el tiempo histórico. Las estrategias nos develan que la relación textual funge como *continuum*¹⁴ de historias enunciadas a través del sujeto migrante. Cabe recalcar que las estrategias textuales no son hechos aislados, sino que conforman una metodología de pasos íntimamente relacionados que tienen la finalidad de dar voz a una narración silenciada e invisibilizada.

Al atender el habla/movimiento, hallamos en ambos textos la construcción de circuitos cerrados de narrativa limitada. Tanto Andrés como los pasajeros de la guagua dibujan circuitos en los que su movimiento queda supeditado a Nueva York. El circuito es una estructura que, si bien posibilita una historia, esta resulta un relato “encerrado” en una estructura hegemónica que invalida el relato de una identidad autónoma. “La guagua

aérea” presenta un movimiento que de tanto ir y venir genera un estanco narrativo, representado en el mapa 1. Los sujetos, a pesar de la posibilidad de retorno a la isla, parecen no trascender más allá del espacio en el que se les permite moverse. Por su parte, Andrés presenta un movimiento migratorio unidireccional, cuyo estanco se halla en la imposibilidad de retorno a la isla, “encerrado” en su propia existencia. No obstante, dentro de los circuitos cerrados Andrés y los pasajeros constituyen un punto focal en constante movimiento.



Mapa 1. Circuito del vaivén. Elaboración de Daniel Can Caballero, dibujo vectorial: Fabián Díaz.
[Regresar a “Créditos de las imágenes”]

Al volcarnos en los personajes como punto focal encontramos un espacio/tiempo íntimo: el de un *quien* que experimenta el movimiento y lo convierte en una forma narrativa del espacio. Este espacio/tiempo comienza a desafiar el movimiento de los circuitos cerrados. Tanto los pasajeros de la guagua como Andrés llevan consigo un equipaje sociocultural e histórico, la

memoria de un tiempo en común que no puede ser confiscada por ningún tipo de aduana fronteriza. Este tiempo es la experiencia migratoria que hermana a cada sujeto dentro del espacio de la memoria. Así, la nave en que viajan los pasajeros y la propia existencia de Andrés en la que viajan sus recuerdos, crean una curva de memoria activa, representada en el mapa 2, que permite un vaivén fuera del circuito cerrado. Nuestros personajes se edifican como espacios de instantes narrativos que referencian una historia colectiva. Lo que acontece es la memoria de un entorno histórico de carácter migratorio, contada desde diversas voces que refieren diversas memorias y experiencias.



Mapa 2. Curva de memoria activa. Elaboración de Daniel Can Caballero, dibujo vectorial: Fabián Díaz.

[Regresar a “Créditos de las imágenes”]

Asimismo, estas voces son concebidas como “una tradición relativamente muda de la gente del *pagus* [coloniales, poscoloniales, migrantes, minorías], gente errante que no quedará contenida dentro del *Heim* de la cultura nacional y su discurso unisonante, sino que son las marcas de una frontera móvil que aliena las fronteras de la nación moderna”.¹⁵ El sujeto en relación con el espacio provoca una frontera móvil, porosa, íntima y subversiva, que entrecruza las experiencias del movimiento migratorio, convirtiéndolas en “un espacio que desemboca en varios lados”.¹⁶ La primacía del sujeto migrante, su habla/movimiento y su espacio/tiempo me llevan a decir que los espacios –que en ocasiones resultan en circuitos cerrados– no son propiamente históricos. En este caso, resulta que el sujeto migrante es el único espacio histórico¹⁷ capaz de narrar y, con este acto, historiar el mundo a través de su tránsito.

Lo anterior toma relevancia cuando escuchamos hablar a una de las pasajeras de la guagua aérea acerca de su origen, “la cháchara que recae en el *¿De dónde es usted?*”¹⁸ El circuito cerrado que se había fijado sufre una discontinuidad a nivel discursivo, pues la oración “¿De dónde es usted?”, posee en su estructura una referencia directa al *quien* que enuncia el mundo experimentado a la vez que el mundo lo enuncia a él. Esta doble ubicación genera una conciencia de un sí mismo en relación con los otros, pues la condición migrante establece una comunidad que reconoce sus diferencias y acepta un tiempo histórico en común: “¿De dónde es usted? Unos ojos rientes y una fuga de bonitos sonrojos le administraron el rostro cuando me contesta —*De puerto Rico* [...] —*Pero, ¿de qué pueblo de Puerto Rico?* Con una naturalidad que asusta, equivalente la sonrisa a la más triunfal de las marchas, la vecina me contesta —*De Nueva York.*”¹⁹

La respuesta, aparentemente simple y juguetona, desbarata el vaivén entre Puerto Rico y Nueva York. Cada una de las historias, incluso la de Andrés, son jaladas hacia un centro móvil en el que se tejen los múltiples viajes; con ello las fronteras se ven traslapadas, abiertas como canales de un flujo histórico constante. Al responder a la pregunta “¿De dónde es usted?”, la mujer convierte a Nueva York en un punto local, una región más que, practicada por los sujetos que van y vienen, se convierte en un espacio donde se desarrolla y despliega una nacionalidad propiamente

puertorriqueña. A pesar de que pueda percibirse como “un manoseado lugar común o un traspié geográfico [...] Parece una hábil apropiación. Parece la dulce venganza del invadido que invadió al invasor.”²⁰ La importancia de “La guagua aérea” y “Paísa –un relato de la emigración–” radica en el relato de los personajes, en el movimiento que estos realizan dentro y fuera de los circuitos.

Los diálogos de cada relato tensan los hilos de una experiencia histórica en común, tejen una diversidad de motivos económicos, sociales, políticos, sentimentales, espaciales y lingüísticos en que participa el sujeto migrante. Al hacerlo, comparte la acción profunda del movimiento como narración de los tiempos que se entrecruzan en los espacios practicados, donde existe un instante de “ser” en el mundo que no opera ni en lo múltiple, ni en lo diverso, ni en el todo, ni en la parte, sino en ambas a la vez. Es dentro de esta madeja que la enunciación de los relatos ubica a los pasajeros de la guagua y a Andrés como centros móviles que nos llevan por los imbricados caminos de una antología fractal de historias. Hablamos de una epistemología que se desprende del movimiento migratorio en el que la existencia misma y su movimiento se vuelven referentes capaces de historiar y ser historiados.

El trazo de nuestros personajes es un mapa en constante movimiento, un mapa de fronteras móviles y de espacios resignificados por la existencia del sujeto migrante. Se inicia una cartografía de las identidades cuyas raíces son desprendidas y expandidas en el mangle/rizoma. Esta “es la historia que no se aprovecha en los libros de historia. Es el revés de la retórica que se le escapa a la política. Es el dato que ignora la estadística. Es el decir que confirma la utilidad de la poesía”,²¹ la identidad que escapa de las prisiones dialécticas establecidas entre las identidades unilaterales y la identidad siempre en construcción del sujeto migrante, lo que produce un pensamiento que ubica su atención en el proceso de llegar y no en el haber llegado, pues tal y como Andrés y los pasajeros de la guagua aérea nos exponen, nuestra existencia es migrante en su sustancia más primitiva, un no estar acá ni allá. Ante esto, los circuitos migratorios comienzan a desestabilizarse rumbo a una discontinuidad que rizomatiza las existencias.

DISCONTINUIDAD EN EL CIRCUITO

A pesar de que la discontinuidad pueda contener un sentido fragmentario, de ruptura o de desorden para un pensamiento “estatalizado”, es este el brote de la semilla que venimos cultivando desde el inicio del trabajo. Pese a los vientos desfavorables que puedan soplar, la discontinuidad es el ritmo que orquesta una sinfonía migratoria. Es, pues, la herramienta epistemológica que emerge de un análisis focalizado en la experiencia del sujeto migrante. Es esa misma *continua discontinuidad* de los pasajeros de la guagua aérea que van y vienen de Puerto Rico, ese mismo circuito de Andrés que deviene en un imposible retorno a casa, y luego la curva que se despliega con su memoria para dibujar en el mapa de su existencia el hogar que no volverá a sentir. Es esa continua discontinuidad del centro móvil que cartografía un conocimiento en torno al tiempo experimentado de ser migrante en un mundo que no se detiene.

A esta forma de movimiento centrado en la figura del sujeto migrante la he llamado discontinuidad en los circuitos migratorios. Aquí, el movimiento como epistemología tiene dos funciones: *a)* como elemento de un sistema complejo y dinámico del habla, y *b)* como catalizador de una enunciación concreta de los relatos. En conjunto, las dos funciones dadas en el movimiento narran la historia de un pueblo en constante migración. Debido a la multiplicidad de historias, más las relaciones que se presentan en el intercambio dialógico de los mismos, los circuitos se fragmentan y desbordan sus estructuras. La historia de una nacionalidad ya no es suficiente para hablar de un sujeto que experimenta varias a la vez. Así, los espacios transitados, las fronteras entrecruzadas, resultan en experiencias relatadas. Si todo relato implica un tiempo en relación, el de su momento de enunciación y el que representa en el relato mismo, entonces el movimiento discontinuo hace referencia al tiempo que circula en y a través del instante de “ser” en el mundo de los sujetos.

Esta forma discontinua opera en el cruce de “raíz y rizoma”²² donde la experiencia del movimiento y del habla se hacen fundamentales a la hora de configurar un movimiento rizomático como elemento básico de las identidades. Cabe argumentar que ante el modelo de raíz y rizoma surge la

idea de que “el Ser-raíz es exclusivo, no entra en las infinitas e imprevisibles variancias del Caos-mundo, en donde obra nada más el Siendo-como-Relación”.²³ No obstante, yo observo, a partir del análisis que se desprende de “La guagua aérea” y “Paiza –un relato de la emigración–”, una imbricación entre las raíces y el rizoma. El *Ser-raíz* y *Siendo-como-Relación* no son disyuntivos, guardan una relación profunda dada en la figura del sujeto migrante.

Las experiencias de cada personaje son un proyectil que perfora la membrana de los circuitos cerrados, provocando una discontinuidad que resulta en un diálogo constante de las identidades, es decir, una negociación que acaba por redactar nuestra antología fractal de historias. Las discontinuidades que se desprenden de “La guagua aérea” y “Paiza –un relato de la emigración–”, tejen una forma rizomática, como se representa en la figura 1. Cada punto mantiene un movimiento continuo que tiene la propiedad de fungir potencialmente como un centro que podemos partir para experimentar transversalmente el relato de la migración. Si en los circuitos migratorios cerrados se invisibiliza a los sujetos, imposibilitando la migración de las historias, en la discontinuidad del circuito, siendo el sujeto nuestro principal centro, el tiempo invisibilizado se hace presente a través de las historias que lo ubican en el mundo, caracterizándolo con una identidad en constante negociación, una identidad entrecruzada y narrada desde el movimiento migratorio.

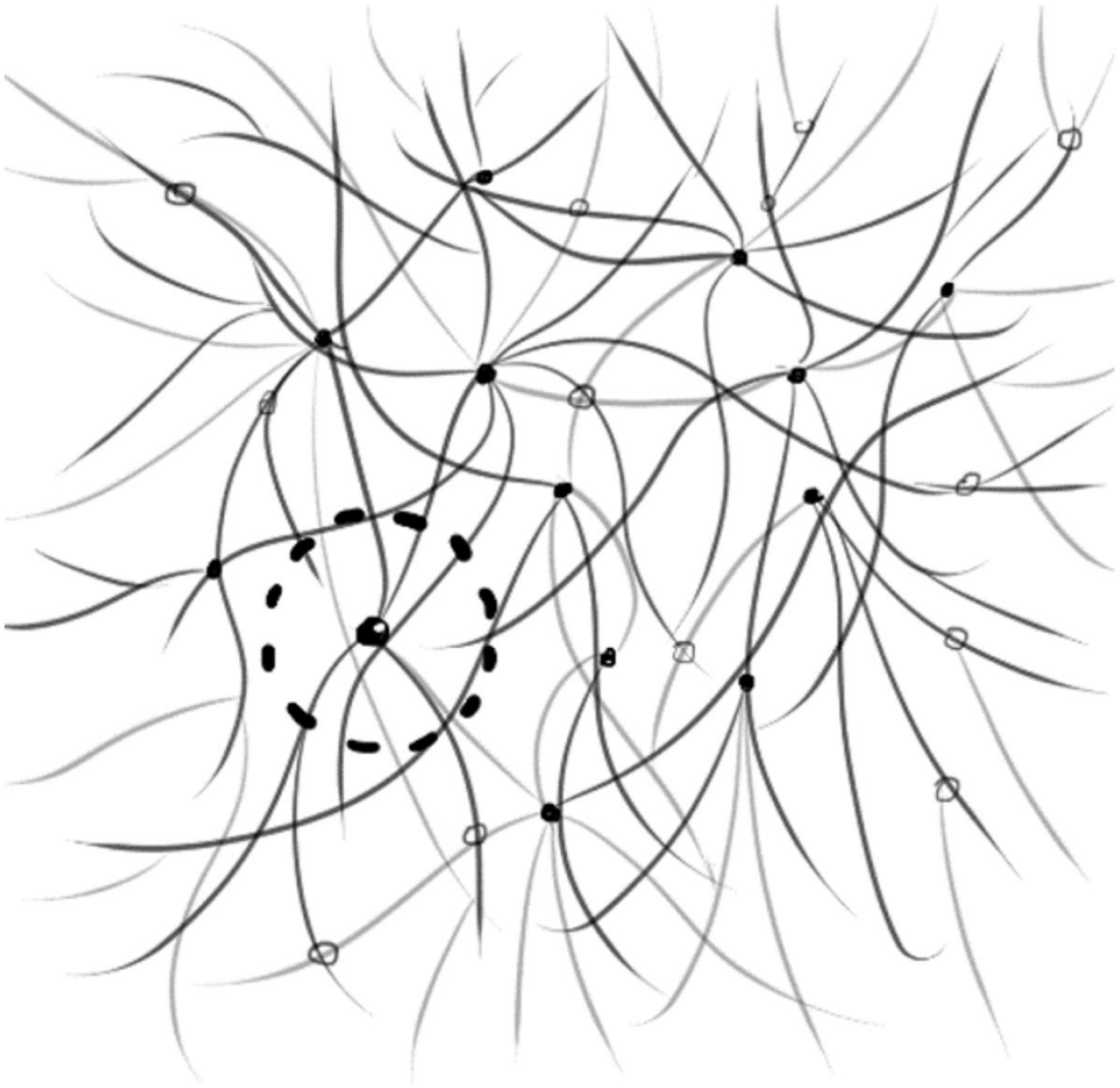


Figura 1. Instante de ser en el mangle/rizoma. Elaboración de Daniel Can Caballero, dibujo vectorial: Fabián Díaz.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

La importancia de volver a este par de cuentos radica en la lectura de la discontinuidad de los migrantes que habitan los espacios literarios. A su vez, se genera un paradigma de alteridad, un mapa itinerante, que nos brinda la pista para la construcción de un saber autónomo. Estamos frente a una ontología del movimiento donde “el migrante es aquel que opera una ruptura con su entorno de origen, con el conjunto de relaciones sociales,

familiares y afectivas donde ha transcurrido su existir; es aquel que, mediante un desplazamiento territorial, penetra a un entorno nuevo y desconocido, implicando ello una redefinición biográfica”.²⁴ El sujeto migrante como centro del rizoma, apunta hacia un constante movimiento que narra los espacios en función de un tiempo histórico común. El sujeto aquí devela su movimiento como acto narrativo en el que los relatos de su entorno inmediato tejen el gran relato de nuestra identidad: la antología fractal de nuestras historias (véase figura 2).

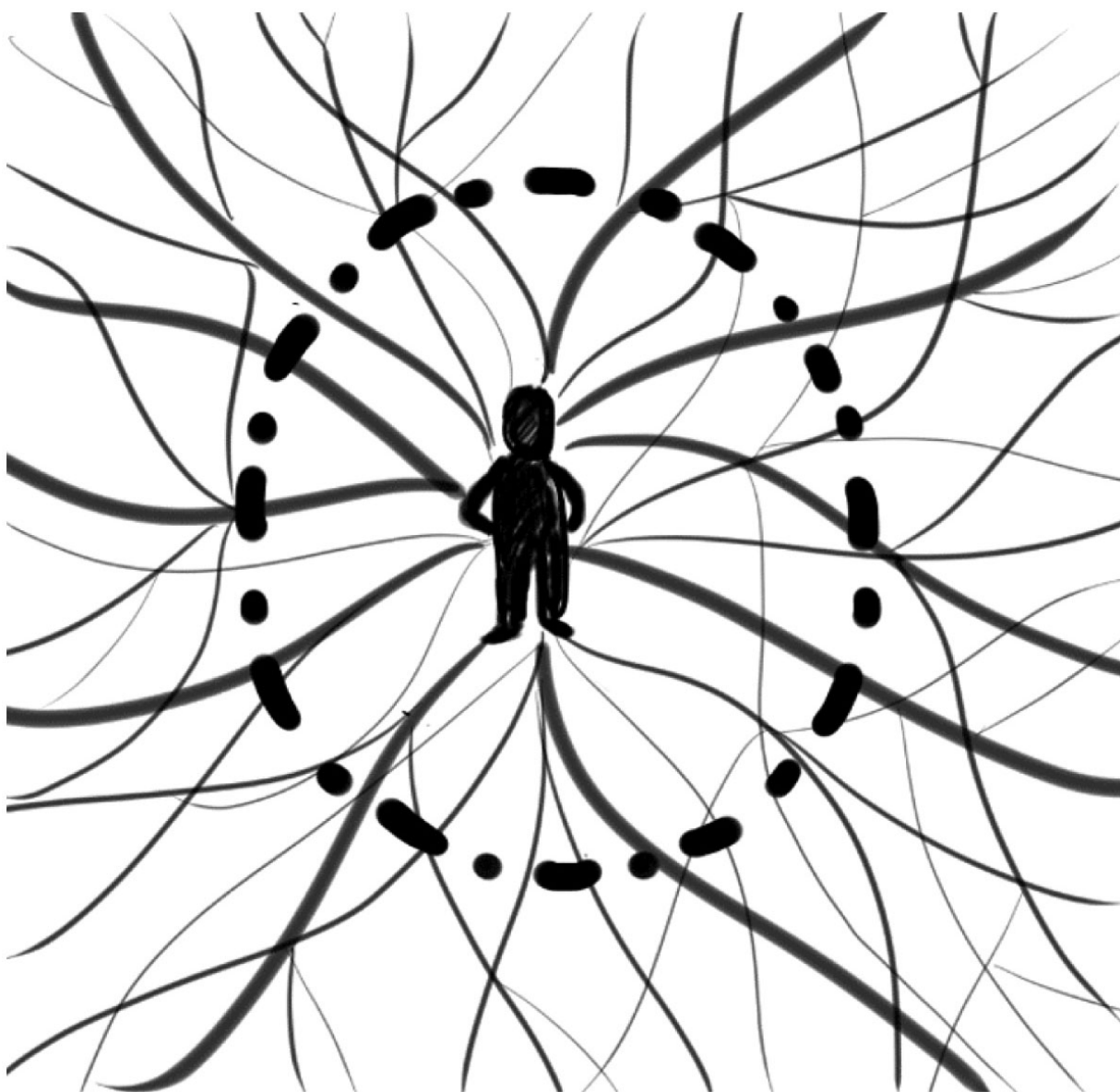


Figura 2. El sujeto migrante como centro móvil del rizoma. Elaboración de Daniel Can Caballero, dibujo vectorial: Fabián Díaz.

[Regresar a “Créditos de las imágenes”]

CONCLUSIONES

La migración se nos presenta como una realidad palpable que modifica cada aspecto de nuestro entorno inmediato. Así, el puertorriqueño y su movimiento han llegado a ser factores que han convertido un proceso tan complejo como la migración, en lo que Luis Rafael Sánchez nombra irónicamente una “trillita sencillona sobre el móvil océano”.²⁵ Esta constante experiencia migratoria que existe entre la isla y Estados Unidos también reblandece las fronteras políticas entre ambos territorios, abriendo poros cada vez más amplios por donde el sujeto migrante y su equipaje cultural fluyen con mayor soltura. La frontera, desde la experiencia del migrante, abandona su condición estática para devenir en un espacio de intercambios, traslapes y negociaciones en función del tiempo experimentado; en otras palabras, son las prácticas del movimiento una puesta en escena donde la identidad juega líquidamente sus papeles. No obstante, no podemos tomar el vaivén de Duany como marcaje universal, pues el movimiento migratorio

es un proceso de negociación, que si bien para unos implica una “vida en el vaivén” –como en el título del libro de Duany–, para muchos otros “significa un drama de desplazamiento, de destitución y, por último, de pérdida de hogar” –Torres Sailant–. Las migraciones, los viajes y el exilio han sido siempre experiencias vitales para los pueblos caribeños, marcando de manera particular su formación como sociedades, y plasmando una variedad de identidades traslapadas que conforman el espacio Caribe, es decir, la experiencia cotidiana de ser uno y muchos.²⁶

La experiencia de la migración se nos presenta como una dialéctica entre el sujeto migrante y los puntos de destino, en este caso las metrópolis de los Estados-nación: lugares de acumulación de aquel progreso histórico de herencia colonial. El migrante busca la síntesis –muchas veces imposible– capaz de concretar su identidad en los mencionados centros. Esta pugna acaba por ser, en su concepto más reducido, movimiento cuyos

vectores presentan distintas magnitudes y unidades del sujeto. Por ejemplo, José Luis González describe a Puerto Rico como una sociedad dividida, en la que “coexisten dos clases: la cultura de los opresores y la cultura de los oprimidos”.²⁷ Es decir, que en muchos casos estas unidades son cimentadas en el factor económico, sumado al de clase y raza, delineando fronteras socioculturales basadas en cajones categóricos y homogeneizantes. La identidad se conforma como una serie de locaciones independientes que guardan una relación colectiva de carácter no jerárquico.

Concibo a la identidad como un objeto plurivalente que halla su unidad a través de un mecanismo dialógico que comprende un vínculo entre las partes, y permite un flujo constante de ellas, manteniéndolas en un constante movimiento y con ello en una constante renovación del sentido. Se establece una memoria activa, localizada en el tiempo presente de quien la experimenta. Esta memoria recoge una secuencia de eventos que podemos leer simultáneamente en nuestro aquí y ahora, provocando un tiempo en común no cronológico, es decir, una reconstrucción de los relatos identitarios a partir de los procesos memorísticos que operan desde la experiencia del sujeto migrante. En este punto, la identidad se vuelca hacia las subjetividades, las cuales se convierten en los instantes de nuestra experiencia global que conforman un tejido o patrón para cada relato.

La migración de Andrés y los pasajeros de la guagua aérea nos narran las experiencias que tejen el gran relato de la migración puertorriqueña. La focalización en el sujeto migrante como espacio/tiempo íntimo nos lleva a concebir a nuestros personajes como centros móviles cuyo desplazamiento es un acto narrativo. Cada sujeto es un centro móvil que genera un diálogo/historia en relación con otros sujetos. El resultado es un ecosistema imbricado: cada persona es una historia y cada historia es un relato, por lo que nuestra historia resulta ser el tejido de las experiencias de la misma, un mangle/rizoma cuyos centros móviles son el principal factor de desestabilidad ¿Acaso nuestra identidad no es el resultado de una acumulación de relatos que podemos leer simultáneamente en nuestro aquí y ahora? Si este es el caso, nuestro presente no es más que un punto de partida para la locación de un futuro que vamos narrando ahora.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Bhabha, Homi K., *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2002.
- Cárdenas Méndez, Eliana, *Sin ir más lejos: de identidades migraciones y fronteras*, Chetumal, Universidad de Quintana Roo, 2011.
- Carretero, Reyna y Emma León, *Indigencia trashumante. Despojo y búsqueda de un sentido en un mundo sin lugar*, México, CRIM-UNAM, 2009.
- Carretero, Reyna, *La comunidad trashumante y hospitalaria como identidad narrativa*, México, El Colegio de Michoacán, 2012.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari, "Introducción: rizoma" en Gilles Deleuze y Félix Guattari (coords.), *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 2006, pp. 9-32.
- Depestre, René, "Escribir el Caribe que somos", *Revista Encuentro*, núm. 20, 2001, pp. 297-301.
- Duany, Jorge, *Puerto Rican Nation on the Move. Identities on the Island and in the United States*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002.
- Glissant, Édouard, *Poetics of Relation*, Michigan, University of Michigan, 1997.
- Glissant, Édouard, *El discurso antillano*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2005.
- González, José Luis, *Paísa –un relato de la emigración*, México, FCE, 1950.
- González, José Luis, *El país de cuatro pisos y otros ensayos*, San Juan, Ediciones Huracán, 2004.
- Grossber, Lawrence, "Stuart Hall sobre raza y racismo: estudios culturales y la práctica del contextualismo", *Tabula Rasa*, núm. 5, 2006, pp. 45-65.
- Hall, Stuart, "Negotiating Caribbean Identities", *New Left Review*, núm. 209, 1995, pp. 3-14.
- Kristeva, Julia, "Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela" en Desiderio Navarro (comp.), *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un contexto*, La Habana, Casa de las Américas, 1997, pp. 1-24.
- Lamming, George, "Myths of the Caribbean", *Anales del Caribe*, 2003, pp. 9-12.
- Nail, Thomas, *The Figure of the Migrant*, Stanford, Stanford University Press, 2015.
- Sánchez, Luis Rafael, "La guagua aérea" en Luis Rafael Sánchez (comp.), *La guagua aérea*, San Juan, Editorial Cultural, 1994, pp. 11-22.
- Santos Febres, Mayra, *Sobre piel y papel*, San Juan, Ediciones Callejón, 2005.
- Shrimpton, Margaret, "El Caribe fluctuante ¿una metonimia definitoria? Transgresión y deconstrucción en *Sobre piel y papel*" en Juan Pablo Rivera y Nadia Celis (comps.), *Lección errante: Mayra Santos Febres y el Caribe contemporáneo*, San Juan, Isla Negra Editores, 2011, pp. 153-168.
- Shrimpton, Margaret, "Islas de tierra firme: ¿un modelo para el Caribe Continental? El caso de Yucatán", *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología del Caribe Colombiano*, núm. 25, año 11, 2015, pp. 178-208.

- [1](#) Nail, *The Figure of the Migrant*, 2015, p. 1.
- [2](#) Véanse la idea del rizoma en Glissant, *El discurso antillano*, 2005 y *Poetics of Relation*, 1997, y Deleuze y Guattari, “Introducción: rizoma”, 2006, pp. 9-32. El rizoma se concreta sensiblemente en la imagen del ecosistema intrincado del mangle: zona limítrofe entre la estructura sólida de la isla y los flujos marítimos. Esta es nuestra zona, el mangle/rizoma, un pantano de lecturas donde no existe un centro como tal, sino una serie de puntos relacionados a partir de un tiempo en común que hermana nuestras experiencias lectoras dentro de un ecosistema literario experiencial.
- [3](#) Hall, “Negotiating Caribbean”, 1995, p. 5.
- [4](#) Nail, *The Figure of the Migrant*, 2015, p. 235.
- [5](#) Dentro de los estudios de migración véase Carretero, *La comunidad trashumante*, 2012, quien propone, en una secuencia de su libro en coautoría con León, *Indigencia trashumante*, 2009, p. 11, la trashumancia como una teoría y metafísica que “ha sido elaborada en aras de abordar una condición emergente y predominante en la sociedad contemporánea, originada en esa amalgama de la pobreza extrema y la migración forzada”. Esta sustituye el concepto de migración por no reflejar en su totalidad la experiencia. Lo anterior suscita una discusión de carácter teórico que sobrepasa las delimitaciones del presente trabajo. No obstante, ya sea *migración* o *trashumancia* el concepto elegido, la sustancia profunda en estos procesos es el *movimiento*, germen epistemológico que abordaré a lo largo de este trabajo.
- [6](#) Grossber, “Stuart Hall”, 2006, p. 48.
- [7](#) Concibo el travestismo desde la propuesta de Santos, *Sobre piel y papel*, 2005, p. 129: “El travestismo caribeño es una treta de supervivencia que no ha sido muy nombrada en las literaturas ni artes de estas tierras”. Aquí el travestismo ontológico funciona como una negociación, arma y defensa a la vez, del ser que es expuesto en la vorágine del mundo moderno.
- [8](#) Kristeva, “Bajtín, la palabra”, 1997, p. 2. La autora nos habla, en torno al pensamiento de Mijail Bajtín, de lo siguiente: “la ‘palabra literaria’ no es un punto (un sentido fijo), sino un cruce de superficies textuales, un diálogo de varias escrituras: del escritor, del destinatario (o del personaje), del contexto cultural actual o anterior”.
- [9](#) Lamming, “Myths of the Caribbean”, 2003, p. 9.
- [10](#) Depestre, “Escribir el Caribe”, 2001, p. 297.
- [11](#) Sánchez, “La guagua aérea”, 1994, p. 20.
- [12](#) Duany, *Puerto Rican*, 2002, p. 2.
- [13](#) Como hemos visto, el texto es un cruce de superficies textuales cuya “escritura [es] a la vez subjetividad y comunicatividad”. Kristeva, “Bajtín, la palabra”, 1997, p. 6, y en él “la palabra es puesta en espacio: funciona en tres dimensiones –sujeto-destinatario-contexto– como un conjunto de elementos sémicos en diálogo o como un conjunto de elementos ambivalentes”. *Ibid.*, p. 3.
- [14](#) Shrimpton, “Islas de tierra”, 2015, pp. 178-208. Dice, al respecto del *continuum*, que “para Heidegger, la frontera es relacional –concepto que será desarrollado por Glissant, *Poetics of Relation*, 1997, p. 190, para entender las islas, el mar, y las fronteras como un *continuum*– como espacio rizomático. Para Glissant, la isla se suma con el espacio marítimo que a su vez se abre a otras islas y espacios”.
- [15](#) Bhabha, *El lugar de la cultura*, 2002, p. 201.
- [16](#) Shrimpton, “Islas de tierra”, 2015, p. 184.
- [17](#) Para aseverar lo anterior, me baso principalmente en el acto de narrar, mismo que permite historiar los espacios. Si bien estos son puntos estratégicos en el recorrido de nuestras historias, así como lo escrito, lo simbólico y los productos culturales en general que los espacios guardan,

sigo la idea de que los sujetos mantienen en constante movimiento los objetos de representación, realizando cruces de sentidos en el instante de ser de sí mismos. Cada sujeto es el resultado de un cúmulo de sentidos en el rizoma que devienen de una secuencia histórica y pueden leerse simultáneamente en él. Declaro esta postura como un antropocentrismo relacional, una vuelta al hombre como centro, con la característica de ser un centro móvil, posible si y sólo si se encuentra en relación con los elementos de su entorno físico, simbólico y humano. No obstante, es pertinente tratar este tópico con mayor profundidad en trabajos posteriores.

[18](#) Sánchez, “La guagua aérea”, 1994, p. 19.

[19](#) *Ibid.*, p. 21.

[20](#) *Ibid.*

[21](#) *Ibid.*

[22](#) Véase Shrimpton, “Islas de tierra”, 2015.

[23](#) Glissant, *Poetics of Relation*, 1997, p. 109.

[24](#) Cárdenas, *Sin ir más lejos*, 2011, p. 86.

[25](#) Sánchez, “La guagua aérea”, 1994, p. 20.

[26](#) Shrimpton, “El Caribe fluctuante”, 2011, pp. 153-154.

[27](#) González, *El país de cuatro*, 2004, p. 13.

LAS RESISTENCIAS DE LOS SUBALTERNOS

Resistance [...] begins as, I suspect, all historical resistance by subordinate classes begins: close to the ground, rooted firmly in the homely but meaningful realities of daily experience. The *enemies* are not impersonal historical forces but real people [...]. The *values* resisters are defending are equally near at hand and familiar [...]. The goals of resistance are as modest as its values [...]. The means typically employed to achieve these ends [...] are both prudent and realistic.

James C. Scott

LO INDÍGENA “DOMINICANO”: IDEOLOGÍA Y REPRESENTACIÓN

Elissa L. Lister

Las narrativas que se originan en torno a periodos, hechos, procesos, sucesos y personajes en la historia dominicana se constituyen en un espacio propicio y fecundo para los análisis y reflexiones sobre las interacciones entre ideología y representación, y más aún si estas se efectúan desde perspectivas descolonizadoras. Las múltiples relaciones entre conocimiento y poder suscitadas en estos discursos posibilitan al investigador una aproximación en que se aborden y problematicen algunos de los planteamientos de la colonialidad, es decir, las dinámicas derivadas de las colonizaciones eurocéntricas, que instauran su dominio a partir de la jerarquización, clasificación e inferiorización de los grupos sometidos en las sociedades bajo su control y que niegan o descalifican las culturas, los saberes, las creencias y las prácticas de esos mismos grupos. Dichos discursos remiten también a los estudios de la memoria. Esta entidad puede servir para consolidar y perpetuar poderes hegemónicos o, por el contrario, para empoderar los sectores subalternos, propiciando cambios y modificaciones en las instancias sociales, políticas, económicas y culturales donde se desenvuelven. En el mediano y largo plazos esto último repercute

en concepciones más inclusivas, abiertas a la diversidad y a las reivindicaciones de igualdad y equidad.

Un análisis crítico de las investigaciones de autores dominicanos acerca de los grupos indígenas que habitaron originalmente la isla permite observar cómo se supedita la producción de conocimiento al proyecto político e ideológico de los sectores hegemónicos del país, además de dar cuenta de los usos y abusos de la memoria que estos hacen en el afán de instaurar unas ciertas versiones sobre la identidad, la historia y el relato de nación. Estas versiones, que operan discursivamente y en la práctica como “guardianes de la identidad”,¹ se constituyen, simultáneamente, en instrumento y justificación para el ejercicio del racismo y del cada vez más extendido antihaitianismo en el país, afectando a dominicanos, a domínico-haitianos y a emigrantes haitianos. Son relatos a través de los cuales se logra arraigar, de manera profunda, la construcción o reproducción de sentidos que interesa a quienes han ostentado el poder históricamente, que se sustentan en procesos de diferenciación basados en la desigualdad, la segregación y la explotación. Estas narrativas articulan representaciones, imaginarios, memorias, identidades y prácticas que tienen por finalidad establecer desde el discurso las posiciones que deben ocupar los sujetos en las relaciones entre un “nosotros” y un “otro” interno y externo, y operan como demarcadores de fronteras simbólicas y sociales.² De esta manera, el conocimiento que se produce actúa como mecanismo regulador, disciplinar y de control.³

La incidencia de la ideología dominante en los discursos estudiados pretende, como lo indica Ricoeur, “llenar el abismo de credibilidad abierto por todos los sistemas de autoridad”.⁴ Esto tiene como consecuencia la legitimación y la justificación de los relatos sobre el pasado que adquieren una validez incuestionable. Hall advierte sobre los efectos que en la práctica adquiere esta producción discursiva cuando afirma que “el conocimiento vinculado al poder no sólo asume la autoridad de ‘la verdad’ sino que tiene el poder de hacerse él mismo verdadero”.⁵

De este modo, han hecho carrera dos de los mitos fundacionales sobre la conformación del pueblo dominicano: el del mestizaje producto de indígenas y españoles y el de la democracia racial. García Arévalo, por

ejemplo, identifica al pueblo dominicano como “multirracial” y predominantemente mulato. Admite que el hecho que la mayoría de las personas se autodefina como “indio” puede tener un sustrato de prejuicio y racismo. Sin embargo, considera que esta concepción puede obedecer a la búsqueda de una forma conciliadora y, aparentemente neutral, frente a las diferencias en cuanto a la identidad y la definición de lo dominicano. Señala que “se presenta como una fórmula unificadora y armónica que reemplaza los conceptos divisionistas y antagónicos de ‘africanismo’ e ‘hispanidad’, con los cuales hubiera podido polarizar la sociedad nacional”.⁶

Surgen aquí varios asuntos para cuestionar o problematizar. La primera implicación de tal afirmación es asumir que cada uno de los pueblos y razas que habitaron la isla permanecieron de forma aislada y “pura”, y se podría elegir una adscripción a uno de los tres grupos sin más. Pareciera que el reconocimiento de lo multirracial por parte del autor se inscribe en concepciones multiculturalistas en las que la diversidad se concibe como simple yuxtaposición, pero no como mestizajes entre desigualdades y conflictos. Un segundo aspecto es que los aborígenes fueron exterminados muy rápidamente en la isla, por lo que no existe la opción de adscripción étnica al indio como población viva y vigente.⁷ Un tercer punto remite a que se sugiere una coexistencia idílica entre los tres grupos poblacionales, dejando de lado los conflictos y consecuencias de la colonización y la esclavización de indígenas y de africanos. Un cuarto elemento se refiere a que la asunción de “lo indio” se deba a un proceso de diferenciación frente a lo hispano y frente a lo africano cuando, en realidad, hace parte del proceso de blanqueamiento que se difunde desde las posiciones y concepciones hispanófilas. En este caso, lo indio no es diferente ni opuesto de la adscripción a lo hispano, sino parte de esta. Por último, lo que García Arévalo considera posiciones con las cuales “hubiera podido polarizar la sociedad nacional” no es más que la confrontación con los discursos y poderes hegemónicos, racistas y eurocéntricos, por parte de los sectores críticos subalternos compuestos, en su mayoría, por personas negras y mulatas provenientes de sectores no hegemónicos. La posición “africanista”, además de una construcción identitaria que reconoce el legado de los esclavos como parte constitutiva de la dominicanidad, se

suma en la actualidad a las reivindicaciones de estos sectores por derechos sociales, políticos, económicos y culturales. De una u otra forma, ellos encarnan lo que las elites consideran un “otro” interno que contraponen a la definición sesgada de la dominicanidad y que debe reclamar y luchar para ser incluido.

Por otro lado, las interpretaciones de la historia para erigir un “nosotros” dominicano y un “otro” haitiano también generan divisiones y conflictos en el interior de la sociedad dominicana y con los vecinos. A los haitianos se les sustrae su pasado indígena, a la par que se difunde y generaliza la concepción que dicho pasado es exclusivo de los dominicanos.⁸ Esta idea equivocada, pero ampliamente difundida desde la institucionalidad, otorga en las construcciones discursivas y simbólicas una cierta superioridad a los dominicanos al aportarle un elemento étnico y racial al que se le ha atribuido una valoración positiva. El pasado de esclavitud y sometimiento de la raza negra, al que se le adjudica lo negativo, se ha relacionado al origen del pueblo haitiano. A pesar de que la herencia africana constituye el elemento fundamental de la población y cultura dominicanas, se matiza o encubre este hecho para evadir lo negativo con lo que se ha asociado.⁹

Ahora bien, hay que aclarar que la reivindicación de lo indígena por parte de las elites dominicanas se efectúa en un nivel discursivo, pero no va respaldada por medidas coherentes con lo que se exalta que conduzcan a la preservación, el conocimiento y la memoria del legado aborígen, el patrimonio arqueológico y los vestigios materiales de esas culturas. Se verifica, así, una contradicción que deja en evidencia la instrumentalización ideológica de lo indígena desde los discursos y las construcciones simbólicas. Sobre este particular Abreu señala: “La visión del indio en la sociedad dominicana es utópica, artística, romántica y espiritualista”.¹⁰

Esta concepción sobre lo indígena la reitera Ulloa Hung al problematizar sus implicaciones en los discursos identitarios de los dominicanos cuando afirma que

La representación del indígena, en este caso, se manejó como expresión de un pasado idílico y superado. Su patrimonio se asumió de manera superficial y vacía, como valor estético y exótico, como fuente de distinción ante lo africano. Por lo tanto, más que contribuir al reconocimiento de

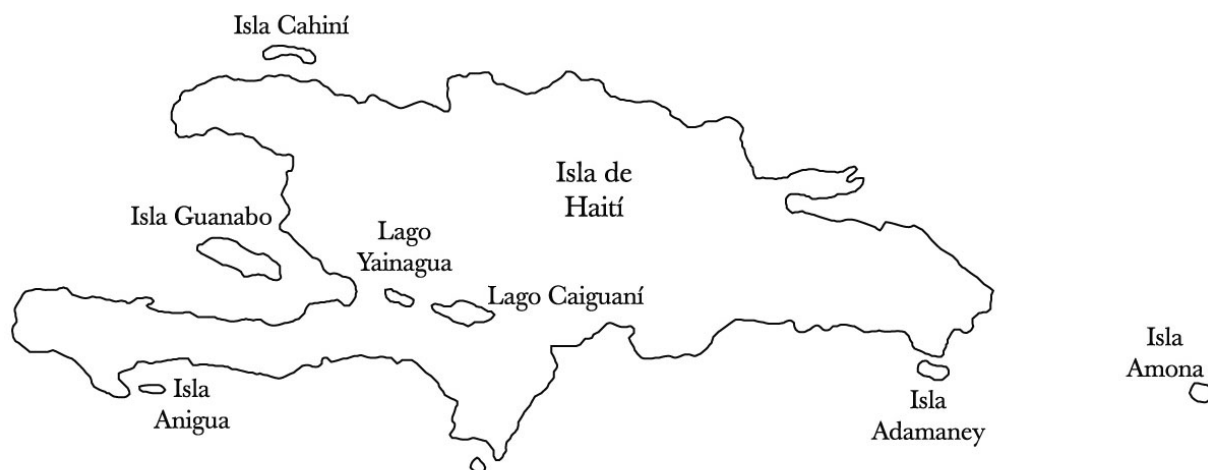
un verdadero proceso integrador y diverso en la conformación del dominicano, su exaltación ha conllevado la enajenación y la confusión.^{[11](#)}

En el transcurso del siglo xx y lo que va del xxi buena parte del patrimonio indígena del país ha sido saqueado y destruido en función de los proyectos y concepciones desarrollistas.^{[12](#)} A esto se suman acciones neocoloniales como la invasión de Estados Unidos (1916-1924) o la que se verifica desde las últimas décadas del siglo xx a través de las compañías turísticas y las multinacionales del sector. Gran parte de los espacios que correspondían a yacimientos arqueológicos han sido destruidos para dar paso a los resorts y a grandes centros turísticos.^{[13](#)} Los hallazgos arqueológicos pasan a las colecciones privadas de los empresarios sin que se llegue a tener noticias de esto y se despoja a la población dominicana, independientemente de lo ideológico, de esta parte de su patrimonio.

También incide la falta de voluntad política y la inaplicación de las leyes por parte de las instituciones y funcionarios encargados, así como la desprotección en que se encuentran la mayoría de los yacimientos arqueológicos, que están a merced de extracciones o daños de los visitantes. Se suma a esta problemática el abandono total en que se encuentran los museos en el país, la precariedad con la que operan y la pérdida de parte del patrimonio que resguardaban por la corrupción administrativa. La historia y la cultura son ámbitos no prioritarios de inversión por parte del régimen que ha gobernado desde 1996, y ello se observa en la exploración arqueológica de las últimas dos décadas que se realiza principalmente a través de comisiones de entidades y universidades de Estados Unidos y Europa, en la que la participación de expertos dominicanos es escasa o nula. Como consecuencia, se desconocen los hallazgos pues los informes se producen y difunden en lenguas diferentes al español y no suelen difundirse en el país. Resulta esta práctica otra forma de alienación y expoliación, producto del colonialismo intelectual, patrimonial y de la colonización del saber.

ISLA DE HAITÍ, PRECISIONES EN TORNO A UN NOMBRE

Los diferentes cronistas españoles que estuvieron en contacto con los aborígenes antes de que estos fueran exterminados reiteran la denominación de Haití que ellos empleaban para referirse a la isla que hoy integran República Dominicana y Haití (véase mapa 1). Estos pobladores indígenas representan el pasado más remoto, poblacionalmente hablando, de la historia de ambos países.



Mapa 1. Isla de Haití e islas adyacentes con las denominaciones indígenas. Dibujo vectorial: Fabián Díaz, con base en Martin, *Caribbean History*, 2012, p. 3.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Fray Ramón Pané, primer europeo que accedió al conocimiento de las tradiciones y cosmogonías taínas y escribió sobre ellas, indica en *Relación acerca de las antigüedades de los indios* lo siguiente: “Que después hubo mujeres otra vez en la dicha isla Española, que antes se llamaba Haití, y así la llaman los habitantes de ella.”¹⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo, en *Historia general y natural de las Indias*, y fray Bartolomé de Las Casas, en *Historia de las Indias* reiteran continuamente la denominación de Haití para toda la isla. Este último precisa en el Libro I, capítulo L que “no se llamaba sino Haytí, la última sílaba luenga y aguda”.¹⁵ El religioso también aclara acerca del término *bohío* y la interpretación que hicieron algunos de los primeros españoles para creer que se trataba de otro nombre de la isla. Afirma en el libro I, capítulo XLIII: “El llamarla Bohío no debía de entender a los intérpretes, porque por todas estas islas, como sea toda o cuasi toda

una lengua, llamaban bohío a las casas en que moraban, y a esta gran isla Española nombraban Haytí, y debían ellos de decir que en Haytí había grandes bohíos.”¹⁶

Es así como Haití sería el término apropiado para referirse a la isla durante el periodo prehispánico. No obstante, la evidencia en torno al pasado indígena, en los discursos históricos, políticos y culturales dominicanos se acogió la denominación de Quisqueya, rechazando de este modo cualquier vinculación con la república de Haití. Esta última, al denominarse así cuando se constituye en república, efectúa un reconocimiento a los aborígenes y adopta un nombre libre de todo pasado colonialista.¹⁷

Apolinar Tejera, en su artículo “Quid de Quisqueya?”, de 1908, advierte los problemas de esta otra denominación y sitúa el origen del error. Atribuye a los textos de Pedro Mártir de Anglería, quien nunca estuvo en el continente americano, el asociar el nombre de Quisqueya con la isla de Haití. De forma categórica, expresa Tejera: “No existe la menor versión de que así se denominase originariamente ninguna de las islas del hermoso y vasto archipiélago que se extiende desde la península de la Florida hasta el golfo de Parías.”¹⁸

Charlevoix, en su extenso estudio de 1730 sobre la isla, describe cómo se gesta la confusión a partir del relato de Anglería y toma distancia de esta versión por considerarla poco fiable desde lo histórico. Señala:

Si creemos a Don Pedro Mártir de Anglería, esta isla fue poblada primero por salvajes venidos de Martinica, llamada también Martinino, quienes se sorprendieron de su tamaño, creyeron que era la tierra más grande del mundo, y la llamaron Quisqueia, de la palabra Quisquey, que en su lengua significa: Todo. Luego habiéndose percatado de las largas cadenas de montañas [...] la llamaron Haití, es decir, país rudo y montoso. [...] Pero creo mi deber advertir aquí, que he encontrado a veces poco exacto a Pedro Mártir de Anglería en lo que ha escrito del Nuevo Mundo. Su historia no es más que una serie de cartas que escribía a diferentes personas.¹⁹

No obstante, desde finales del siglo XIX, intelectuales dominicanos que incidieron en la construcción del discurso nacionalista acogieron el término Quisqueya como supuesto vocablo aborigen que nombraba la isla, negando así un pasado común con los haitianos.²⁰ El himno nacional, compuesto en 1883, inicia con la apelación “Quisqueyanos valientes”.

Una consecuencia de esta ideología se verificó con la decisión del ministro de Educación dominicano, Amaranto Baret, de censurar y retirar de las escuelas, en septiembre de 2015, un libro de texto aprobado previamente por la institución para la enseñanza de las ciencias sociales de sexto grado. Entre los diferentes motivos que desataron la polémica en los medios de comunicación y los sectores académicos figura que el libro consignaba como nombre originario de la isla el de Haití, lo que, a juicio de algunos, se consideró que atentaba contra la nación y los principios de la dominicanidad.²¹

El nombre de Quisqueya también tuvo su acogida en Haití, pero por diferentes motivos. La reivindicación de este nombre en el oeste de la isla surge a partir de la década de 1930, cuando la Junta de Geografía de Estados Unidos decidió la denominación de La Hispaniola para toda la isla.²² En ese momento el país caribeño llevaba más de una década ocupado por Estados Unidos. Para la historiadora Odette Roy el término elegido por los estadounidenses significaba instaurar en la memoria la exaltación del proceso de colonización y dominación española, en lugar de resaltar el pasado de lucha y resistencia de indígenas y negros. En su opinión, este procedimiento simbólico permitía a los estadounidenses justificar y naturalizar la invasión a Haití.²³ Roy daba por cierto la procedencia aborigen del término Quisqueya.

Las discusiones de los intelectuales y políticos en torno a cuál debía ser el nombre para el conjunto de la isla se extendieron a ambos lados de la frontera durante toda esta década. En estos discursos se expresa un nivel del conflicto entre dominicanos y haitianos puesto que la “pugna” por la denominación evidencia los procesos históricos, sociales, culturales y políticos de demarcación y de diferenciación entre ambas naciones. Esto hace que imperen las diferencias y resulte casi imposible llegar a acuerdos en torno a un denominador común para toda la isla.

SESGOS Y EXCLUSIONES EN LAS INVESTIGACIONES

En la bibliografía revisada para este trabajo se observa que en las publicaciones e investigaciones de autores dominicanos sobre la historia y arqueología de los indígenas de la isla no suele emplearse el nombre de Haití para referirse al territorio insular. A pesar de tratarse de estudios del pasado precolombino, y que este era el término empleado por los pobladores originarios, se opta casi siempre por las denominaciones que otorgaron los colonizadores europeos, es decir, La Española, La Hispaniola o Santo Domingo.

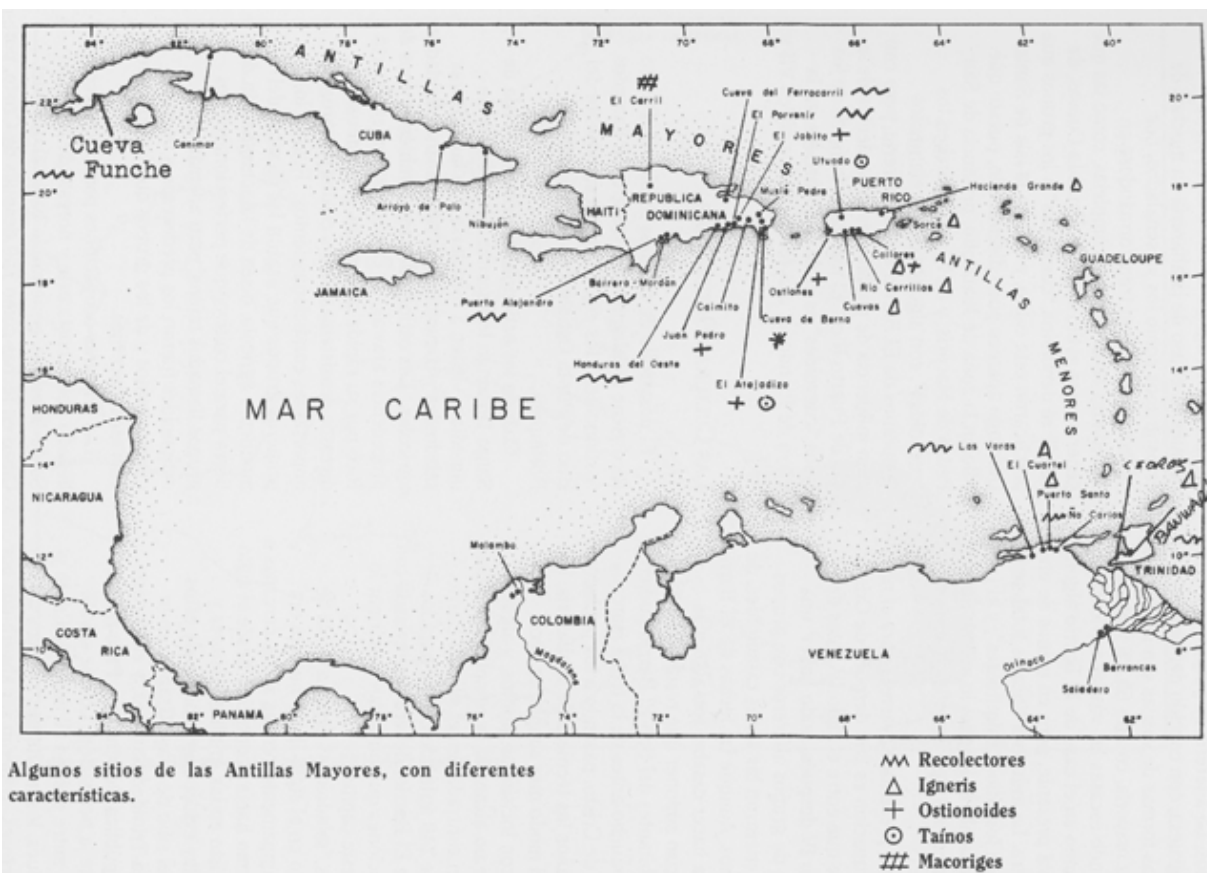
Ejemplo de lo anterior son obras con títulos como *Los taínos de La Española*, de Roberto Cassá de 1974; *Los cacicazgos de La Hispaniola*, de Bernardo Vega de 1990; *Los poblamientos aborígenes de la isla Española*, y *La isla de Santo Domingo antes de Colón*, de Marcio Veloz Maggiolo de 1973.²⁴

Dado que estos títulos remiten a los estudios de los pobladores originarios anteriores a 1492 y no a su supervivencia durante las primeras décadas de la colonización, con esta práctica se reafirman expresiones de la colonialidad en las que se niega o silencia la preponderancia de los indígenas, sus aportes y memorias, imponiéndose el relato eurocéntrico de los colonizadores. Se continúa, de una u otra manera, la noción de “descubrimiento” que instauraron los europeos con su llegada, y el discurso académico acoge la concepción de que los indígenas inician su existencia en la historia a partir de este hecho y no con anterioridad.²⁵ Opera la concepción hegeliana de “los pueblos sin historia” y los principios de la modernidad eurocéntrica.

Otra implicación de los títulos consiste en que La Española, La Hispaniola o isla de Santo Domingo deberían aludir al conjunto del territorio insular. Cuando se procede a la lectura y análisis de estos textos, se observa que en la mayoría de los casos se excluye a Haití o su inclusión se reduce a una escueta mención, a pesar de la expectativa que suponen los títulos. Lo que se desarrolla, realmente, es una historia nacional del pasado indígena que se encubre bajo una denominación que supondría abarcar a toda la isla, a lo sucedido anteriormente tanto en lo que hoy ocupan Haití y la República Dominicana.

Lo reiterado del uso de “isla de Santo Domingo” en los títulos de los trabajos contribuye a la ambivalencia de remitir a la totalidad de la isla, pero sólo incluir el país del este. Si bien durante el periodo colonial la isla se dividió en el Santo Domingo francés y el Santo Domingo español, y se empleaba el nombre de Santo Domingo para toda la isla, en la actualidad se ha generalizado el empleo de este término como sinónimo de la República Dominicana. En la práctica, un estudio sobre la isla de Santo Domingo parece exonerar a los investigadores de abordar lo acontecido en el país que ocupa el oeste de la isla.^{[26](#)}

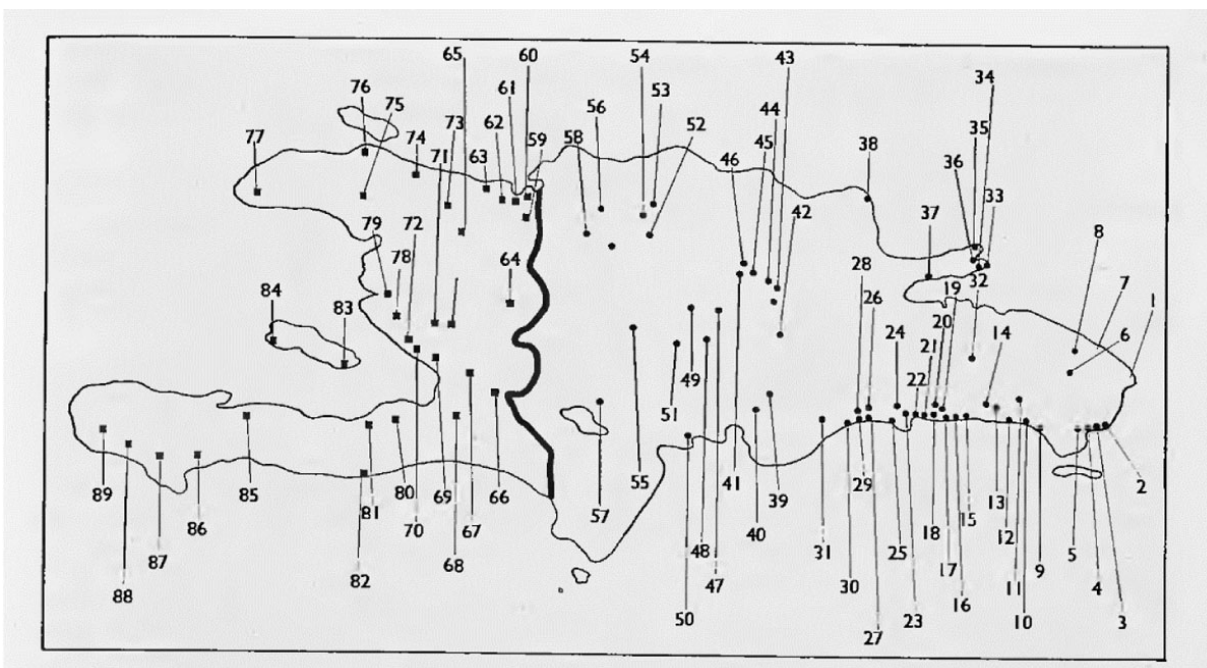
Estos hechos se observan como práctica continua y sistemática. Por ejemplo, en otros trabajos de los autores referidos, en que el estudio de las comunidades indígenas se extiende a la región del Caribe o de las Antillas, no se suelen incluir referencias o trascender de la simple mención sobre los asentamientos indígenas y yacimientos arqueológicos de Haití.^{[27](#)} No obstante, se establecen relaciones y comparaciones entre el pasado aborigen de República Dominicana con el de Puerto Rico, Cuba, Trinidad y Venezuela. Como muestra de esta tendencia se encuentran *Los indios en Las Antillas*, de Roberto Cassá (1995); *Historia, arte y cultura en Las Antillas precolombinas*, de Marcio Veloz Maggiolo y Daniela Zanín (1999), y *Santos, shamanes y zemíes*, de Bernardo Vega (1987). En este último se incluye el capítulo “Comparación entre pictografías precolombinas recién localizadas en cuevas dominicanas y el arte rupestre del área del Caribe”. Se elaboran paralelos con lo acontecido en las islas de Santa Lucía, Curazao, Cuba y Puerto Rico, entre otros, pero no con Haití. Es lo mismo que también hace Veloz Maggiolo cuando en muchos de sus trabajos evita informar sobre Haití (véase mapa 2).^{[28](#)}



Mapa 2. Exclusión de Haití en los estudios sobre pobladores indígenas en la región Caribe. Fuente: Veloz Maggiolo, *La isla de Santo*, 1993, p. 67.

[\[Regresar a "Créditos de las imágenes" \]](#)

El autor no podría aludir desconocimiento puesto que en una obra anterior suya, *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*,²⁹ contiene un mapa con yacimientos arqueológicos en toda la extensión de la isla (véase mapa 3). Cabría la pregunta si en esta diferencia tendría algo que ver el hecho de que el mapa 2, en el que se omite Haití, fue incluido en una obra editada por el Banco Central de la República Dominicana como parte de las conmemoraciones del Quinto Centenario del “descubrimiento” de América. Adicionalmente, la década de 1990 es el periodo en que se reaviva el antihaitianismo entre los dominicanos, tanto por el marco de relaciones y conflictos con el vecino país como por procesos sociopolíticos internos.



Mapa 3. Yacimientos arqueológicos "de la isla de Santo Domingo". Dibujo vectorial: Fabián Díaz, con base en Veloz Maggiolo, *Arqueología prehistórica*, 1972, p. 89.

[[Regresar a "Créditos de las imágenes"](#)]

Si bien el mapa 3 ilustra en torno a los pobladores aborígenes de la isla en su conjunto, hay que señalar la desigualdad en la información proporcionada en el texto cuando ella remite a dinámicas en el lado este u oeste de la isla y los términos en que aparece. Este mapa se incluye en la página 89 y es hasta la página 154 cuando se hace la descripción de sus contenidos. En esto contrasta la extensión que ocupan las referencias de los sitios en República Dominicana, unas 17 páginas (pp. 154-170) con la concisa enumeración de los lugares en Haití (pp. 170-171). Nótese que en el mapa aparece la frontera política que separa a las dos naciones a pesar de que el estudio da cuenta de un periodo donde esta no existía. También son reiteradas las afirmaciones en que lo indígena en la parte oeste de la isla se concibe como derivado o extensión de lo acontecido en el territorio de lo que hoy ocupa la República Dominicana.³⁰

Para los fines de esta investigación se elaboró el mapa 4, en el que se incluyen diferentes centros de excavación arqueológica a uno y otro lado de la frontera. Las indagaciones arrojan la existencia de material arqueológico correspondiente a diferentes periodos en un mismo lugar. Esto hace que las

fechas de antigüedad puedan fluctuar si nos remitimos a una de las capas de excavación o a otra. También aflora la discusión tácita para ubicar el punto de mayor antigüedad de poblamiento humano en la isla, que remitirá al yacimiento de Cabaret (4160 años a.C.), si el estudio lo efectúan especialistas haitianos, o a Barrera y Mordán, si lo hacen dominicanos.



Mapa 4. Principales yacimientos arqueológicos en la isla. Dibujo vectorial: Fabián Díaz, con base en Aubourg, *Haití préhistorique*, 1951. Por lo general, a los diferentes yacimientos arqueológicos de la isla se le otorga el nombre que ostenta el lugar en el momento del hallazgo, y los estilos de los objetos allí encontrados son bautizados con esta misma denominación. Se ejerce de este modo la colonialidad del saber en la actividad arqueológica, pues se condena al olvido y se borran de la memoria los nombres de las comunidades o aldeas indígenas que existieron en su momento en esos lugares. En lugar de registrar quiénes habitaron allí y produjeron esos objetos y formas de vida, prevalece el término resultado de la colonización francesa, en el oeste, o española, en el este. Sólo en caso de que el lugar mantenga la toponimia indígena, se conserva la referencia aborígen. Es así como la desaparición física de los primeros pobladores de la isla va acompañada de su ausencia o desaparición en las diferentes formas de representación, a la colonialidad del poder y del ser se suma la del saber.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Esta reiterada exclusión de Haití de los estudios sobre el pasado indígena realizados por investigadores dominicanos obedece a la idea propagada desde la historia oficial, el sistema educativo y los medios de comunicación, y arraigada en gran parte de la población, de que la historia de Haití se inicia a partir del siglo XVII con los asentamientos de bucaneros, corsarios y filibusteros franceses en la parte occidental de la isla, pero no con el arribo de los primeros aborígenes miles de años antes. Desde el punto de vista de las articulaciones entre ideología y memoria, se produce lo que señala Lotman en cuanto a “lo que se declaraba verdaderamente

existente puede resultar ‘como si inexistente’ y que ha de ser olvidado y lo que no existió puede volverse existente y significativo”.³¹

El sesgo de este relato histórico niega un periodo indígena a los haitianos y, por ende, la posibilidad de un discurso en que se reconozca unos mismos pobladores e historia aborigen para República Dominicana y Haití. Dicho reconocimiento dejaría sin argumentos el mito de República Dominicana como nación mestiza, producto de españoles e indígenas, y de Haití, como nación exclusivamente negra, descendiente de esclavos africanos. Si en el pasado se trató de la isla de Haití y, posteriormente, de la isla La Española, puede afirmarse sin lugar a dudas que todo lo que ocurrió en esa territorialidad hace parte de la historia de las dos naciones, y debe integrarse a la historia nacional y, en lo ideal, a una historia transnacional.

REPRESENTACIONES CARTOGRÁFICAS

Los taínos, macorixes, ciguayos y guanahatabeyes, pueblos indígenas que poblaron la isla de Haití, eran ágrafos, fueron sometidos y exterminados muy rápidamente. Lo que se conoce de ellos se debe, casi en su totalidad, a los insuficientes estudios arqueológicos, lo que registraron cronistas como Gonzalo Fernández de Oviedo, fray Ramón Pané, Bartolomé de Las Casas y Cristóbal Colón en su diario, entre otros, así como a la documentación administrativa de las primeras décadas del régimen colonial español.

El mapa 5 muestra la división territorial del mundo indígena de acuerdo con las interpretaciones que se hicieran de las crónicas de los españoles luego de su llegada al continente en 1492. Asume a la isla dividida en cinco grandes cacicazgos bajo la dirección cada uno de un importante jefe. Es la versión más difundida y se incluye en los libros de texto de la educación dominicana. Se trata de una representación plana, en lo literal y metafórico, carente de referencias humanas, vida natural y asentamientos poblacionales. De este modo, los mapas “transmiten la sensación de estar ante un enorme territorio, fértil y vacío”, en el que no aparecen poblados.³² Constituye una de las estrategias que se desarrollan en los diferentes procesos de

colonización e imperialismo para la apropiación y control de territorios y dominio y desplazamiento de sus pobladores. La exaltación del paisaje, los recursos naturales, la vastedad del espacio, la riqueza y fertilidad del suelo fueron difundidos, en distintos momentos de la historia, tanto por Estados Unidos como por los cronistas españoles.³³ Ambos tenían el propósito común de fomentar y justificar la apropiación de estas geografías. Como señala Muñoz, queda establecida así la idea de “avanzar por ese espacio ‘vacío’, listo para desarrollarse y ubicado estratégicamente”.³⁴



Mapa 5. Versión difundida de la división territorial de la isla para 1492. Dibujo vectorial: Fabián Díaz, con base en Portal Educando, Ministerio de Educación República Dominicana, en <<http://www.historiadelnuevomundo.com/wp-content/uploads/2010/03/tainosCacicazgosHispaniola.gif>>. [Consulta: 15 de junio de 2016.]
[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Las dinámicas político-culturales de los aborígenes que se han logrado esclarecer, así como lo que consignaron los cronistas, difícilmente permitirían trazos categóricos de límites y fronteras de cacicazgos. En el relato de los españoles se entremezclan, por momentos, referencias topográficas, nombres de caciques y nitaínos con regiones y zonas, generándose alguna confusión para la interpretación.

Bartolomé de Las Casas, en *Apologética Historia Sumaria*, en el libro primero, capítulo iv, indica que “yendo por esta costa del sur al poniente, ocurre luego, después desta de Higüey, otra provincia que se llama Cayacoa o Agueibana y llega a Sancto Domingo, que serán treinta leguas”. Cayacoa era el nombre de uno de los caciques más importantes en el este de la isla,

mientras que Agueibana fue uno de los jefes indígenas de la isla de Puerto Rico.

Por otro lado, en la forma tradicional de la división territorial para el periodo prehispano se tratan de aplicar principios propios de las sociedades occidentales modernas como fronteras, Estado-nación y concentración del poder, cuando en realidad se trataba de organizaciones predominantemente tribales, colaboracionistas entre sí y que se unían para propósitos comunes. Como lo indica Moscoso, los cacicazgos son una representación de la organización tribal-comunal, en la que ya se había roto con las relaciones endogámicas, se había iniciado el desarrollo de la diferenciación por clases y el pago de tributos, mostrando una transición interrumpida por la colonización europea.³⁵ Alcina Franch reitera este carácter tribal, precisa que en los aspectos políticos y económicos las prácticas insinúan un modelo de “jefatura” que, de haberse continuado, podría haber conducido a la consolidación de Estados.³⁶ Este proceso no llegó a consolidarse por la colonización europea y el consiguiente exterminio de la población aborígen.

La tendencia a establecer fronteras bien delineadas para el periodo indígena y concebir a los caciques como especie de monarcas absolutistas dificulta una mayor comprensión de las formas de vida, de organización y de relaciones de poder de las comunidades indígenas de la isla. Con esto se retrotraen al periodo prehispánico concepciones y prácticas totalitarias del ejercicio del poder presentes. Se pretende instaurar una línea del tiempo a través de la cual se homogeniza un ejercicio de poder personalista, autoritario y absoluto y se le muestra como constante y, prácticamente, único en el transcurrir de la historia de la República Dominicana.

Por otro lado, en el mapa de uso más generalizado se pretende hacer coincidir la delimitación norte entre los cacicazgos de Marién y Maguá con la frontera entre Haití y República Dominicana (véase mapa 6). De esta manera, el relato en torno a las colectividades precolombinas opera según las políticas de representación del Estado-nación contemporáneo, en este caso el dominicano. Altagracia señala que las fronteras “tienen una fuerza icónica en tanto son pensadas como imágenes que no sólo representan a la identidad nacional, sino que efectivamente son parte de ella”.³⁷ Pareciera que con esta delimitación la representación que se genera buscara desligarse

del acontecimiento de la destrucción del Fuerte la Navidad, en el territorio de Marién, dejando las acciones consideradas bárbaras y salvajes para los habitantes de la parte oeste de la isla. Esto serviría también para la construcción del relato idílico en torno a la fundación de la villa de la Isabela por parte de los españoles y el desarrollo de los procesos de colonización en el oeste. De alguna manera, se pretende contraponer la “barbarie” constante de lo que hoy es Haití, traspasada al incidente indígena, con la “civilización”, característica que acompañaría desde sus inicios a lo que hoy es República Dominicana. En este proceder se rebela “la artificialidad histórica de las fronteras” y su incidencia y uso como mecanismos que operan “en niveles cognitivos y políticos”.³⁸



Mapa 6. Fronteras periodo precolombino y fronteras estatales. Elaboración de Elissa Lister, con base en <http://www.historiadelnuevomundo.com/wp-content/uploads/2010/03/tainosCacicazgosHispaniola.gif>. [Consulta: 15 de junio de 2016.] Dibujo vectorial: Fabián Díaz.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Precisamente ese punto, que además de frontera geográfica opera como frontera simbólica y de imaginarios, constituirá un foco de discusión y diferenciación en los intentos de establecer los límites de los diferentes cacicazgos. Como construcción cultural y discursiva actúa como escenario de “enfrentamientos entre dos o más mundos”.³⁹

El caso de estos mapas remite a las concepciones e interpretaciones sobre lo nacional que permean las aproximaciones de los historiadores sobre las comunidades indígenas de la isla. Una preocupación de los

estudios sobre fronteras consiste en deconstruir los discursos y representaciones, “revelando los procesos históricos a través de los cuales los límites fueron instituidos y sus significados configurados”.⁴⁰

El mapa 7 sigue la demarcación que incluye en su obra José Gabriel García, considerado uno de los fundadores de la historia moderna dominicana. Es la versión que posteriormente acogen Marino Incháustegui⁴¹ y Manuel Peña Batlle.⁴²



Mapa 7. Diferencias en delimitación de cacicazgos. Elaboración de Elissa Lister, con base en García, *Compendio de la historia*, 1879, vol. 1. Dibujo vectorial: Fabián Díaz.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Parece existir cierto consenso en la mayor parte de las líneas divisorias del centro-sur. Sin embargo, ciertas variantes se introducen para la delimitación norte entre los cacicazgos de Marién y de Maguá, la demarcación oeste entre Jaragua y Marién y la demarcación este entre Maguá e Higüey. Para el caso de la primera división se puede observar que la ciudad de La Isabela forma parte del cacicazgo de Marién, en el que fue destruido el fuerte de La Navidad. En cuanto a Maguá e Higüey, se manifiesta una práctica común de los historiadores que pretenden aunar los límites de los territorios “políticos” –los denominados cacicazgos– con los de influencia cultural. Las fluctuaciones en la delimitación entre estos dos cacicazgos se deben, principalmente, a las interpretaciones en torno a la extensión de los territorios habitados por los ciguayos y los marorixes en el

este y noreste de la isla, respectivamente. Moya⁴³ y Frank Moya Pons⁴⁴ introducen otras dos versiones de división en cacicazgos.

Joaquín Priego adelanta un paso más en la aplicación de criterios propios de los Estados-nación modernos en el espacio aborigen cuando propone una división de la isla a modo de provincias o departamentos, dentro de los territorios mayores de los cacicazgos. El autor no ofrece justificantes a esta segmentación territorial. Si bien historiadores como José Gabriel García y Nau, entre otros, dan cuenta de los subjeses y posibles subdivisiones de los cacicazgos, sólo lo indican a modo de enumeración, sin mapas. Priego no sigue a ninguno de los autores mencionados. El mapa fue eliminado de la segunda edición del libro que, en su momento, contó con el aval de la Secretaría de Educación para su uso como texto de consulta y referencia en la educación media.⁴⁵

La propuesta de establecer los nombres y límites de los cacicazgos de la isla de Haití que propone Bernardo Vega (véase mapa 8) rompe con toda la tradición historiográfica anterior y podría cuestionarse desde diferentes perspectivas.⁴⁶ El autor decide dejar de lado a los cronistas que vivieron en la isla y que pudieron tener contacto con comunidades indígenas, como Gonzalo Fernández de Oviedo y Bartolomé de Las Casas, y, supuestamente, se basa para elaborar su mapa en Pedro Mártir de Anglería, quien nunca visitó el continente.



Mapa 8. División en cacicazgos de Bernardo Vega. Elaboración de Elissa Lister, con base en Vega, *Los cacicazgos de La Hispaniola*, 1990. Dibujo vectorial: Fabián Díaz.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Una lectura del mapa desde los conflictos actuales entre República Dominicana y Haití permite observar una concentración de cacicazgos en la zona este de la isla, lo que hoy ocupa República Dominicana, mientras que la zona oeste se reduce a prácticamente un solo cacicazgo, Bainoa, que cubre casi todo el territorio de la república de Haití. He resaltado los límites del cacicazgo que Vega denomina Cayabo debido a que este coincide, sospechosamente, con lo que constituye el eje económico y de mayor concentración poblacional de República Dominicana. Cerca de dos tercios de este Cayabo, lo que corresponde al centro-norte, coincide también con zonas de la región del Cibao. En el imaginario dominicano, a los habitantes de esta región se les considera “blancos” o “los más blancos”, esto se refuerza en el discurso historiográfico con la exaltación de esta región como depositaria de la hispanidad al realizarse allí la fundación de las primeras villas y fuertes y ser el centro de expansión de las acciones colonizadoras en la isla.

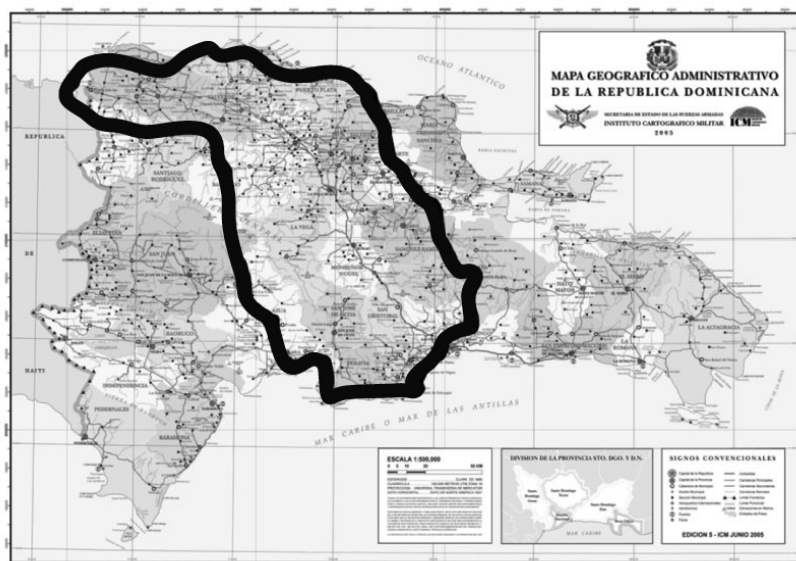
En el mapa 9 se puede observar la coincidencia entre la zona del Cayabo, de Vega, con la ruta de los primeros asentamientos españoles y fundación de villas y fuertes durante el segundo viaje de Colón. Los puntos señalados de las ciudades fundadas por este, dan cuenta de la travesía entre La Isabela, primera ciudad fundada, y Santo Domingo, que se constituiría en capital colonial. En la historia dominicana, si bien se hace énfasis en el proceso de colonización española y las ciudades que se fueron estableciendo, no se hace mención ni son frecuentes los mapas en que se muestre la localización de villas y aldeas indígenas. Tampoco se señala que la mayor parte de las villas españolas se construyeron junto a pueblos y ciudades indígenas de importancia.



Mapa 9. Primeros asentamientos españoles. Elaboración de Elissa Lister, con base en Portal Educando, Ministerio de Educación República Dominicana, en <<http://www.educando.edu.do/centro-de-recursos/mapa-para-el-aula/mapas-de/mapa-fundacin-de-ciudades-coloniales-entre-1483-1509/>>. [Consulta: 15 de junio de 2016.] Dibujo vectorial: Fabián Díaz.
[\[Regresar a “Créditos de las imágenes” \]](#)

La demarcación de Cayabo, aplicada a un mapa actual, delimita las zonas de mayor riqueza agrícola y económica del país, el área de concentración de las ciudades con mayor población y la ruta de la autopista Duarte, principal carretera del país. Esta demarcación del pasado indígena reforzaría la hegemonía de una región en función de una supuesta inexistente o mínima presencia africana en sus genes y cultura, alimentando la creencia del mestizaje hispano-indígena.

Se evidencia aquí cómo el recurrir al pasado y apelar a la memoria surge desde intereses y preocupaciones del presente. En este caso se manifiesta también lo de la memoria “secuestrada”, pues se observa su utilización por los sectores hegemónicos, no para generar cambios y procesos inclusivos, sino para validar y dar continuidad a las prácticas sobre las que se instauran ciertos poderes en función del color de la piel y mantener así la exclusión y la marginalidad. La cartografía sobre el pasado indígena en la isla de Haití evidencia cómo “los mapas a menudo han servido como medio para representar al mundo, y también para problematizar su representación” (véase mapa 10).⁴⁷



Mapa 10. División política de la República Dominicana. Elaboración de Elissa Lister, con base en Instituto Cartográfico Militar, 2005, <<http://cdn.com.do/2014/08/01/instituto-cartografico-militar-presenta-nuevos-mapas-de-la-geografia-nacional/>>. [Consulta: 15 de junio de 2016]. Dibujo vectorial: Fabián Díaz.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

DIVERSIDAD CULTURAL Y MESTIZAJES

Otro aspecto que se deriva de la problematización de la cartografía sobre este periodo es la homogenización de la población de la isla a través de la exaltación de un solo grupo aborigen: los taínos. Por lo general, no se da cuenta en los mapas de la diversidad cultural y étnica que existía en la isla antes de la llegada de los españoles (véase mapa 11) ni de los procesos de intercambio y de mestizaje entre los grupos prehispánicos.



Mapa 11. Diferentes grupos étnicos de la isla de Haití. Elaboración de Elissa Lister, con base en Incháustegui, *Historia de Santo*, 1965; Rouse, *The Tainos: Rise*, 1992; Wilson, *Hispaniola: Caribbean*, 1990, y Aubourg, *Haiti préhistorique*, 1951. Dibujo vectorial: Fabián Díaz.

[[Regresar a “Créditos de las imágenes”](#)]

Dicho mestizaje se ha podido certificar en la cerámica y otros hallazgos arqueológicos, si bien muchos informes ameritan una revisión crítica pues, como señala Guerrero, “cuando aparecía tal mezcla, se eliminaban tales pruebas por considerarlas intrusivas”.⁴⁸ En los libros de texto se fomenta la idea de progreso a través de la mención de grupos “poco evolucionados” a los que le sucedieron otros más avanzados que los sustituyen. En pocas ocasiones se muestran a los diferentes grupos humanos que vivían, poseían diferentes estilos de vida y condiciones materiales, desde la simultaneidad, la coexistencia y los intercambios.

La mayoría de los autores analizados intentan resolver la división territorial en cacicazgos de acuerdo con los criterios convencionales del Estado-nación: un territorio, con un grupo étnico, una cultura homogénea y una misma lengua. Incháustegui⁴⁹ es el único de los historiadores dominicanos analizados que incluye dos mapas diferenciados para establecer en uno la división territorial, y en el otro las zonas etnoculturales. Asimismo, el autor señala la dificultad para hacer divisiones tajantes debido a que entre los aborígenes no operaba la noción de frontera occidental. Los caciques transitaban por el espacio insular, independientemente de si los territorios que recorrían estaban bajo su mando o no. En esto se manifestaban las diferentes cosmovisiones en torno a las formas de

interrelación, de organización social y política, de colaboraciones, acuerdos y resolución de conflictos entre los distintos grupos y líderes.

Es preciso señalar también la ausencia en el mapa 11 de espacios habitados por indígenas caribes. A este grupo se le concibe como nómadas y guerreros que incursionaban y atacaban esporádicamente a las demás comunidades de las Antillas mayores. Representan el bárbaro, el caníbal y buen salvaje, contrapuesto a los “dóciles” aborígenes susceptibles a la colonización, motivo por el que se excluyen los primeros de cualquier participación en la conformación del pasado indígena de los dominicanos. Si bien se reconoce que el cacique Caonabo, que lideraba Maguana, uno de los territorios de mayor tamaño e importancia, era de procedencia caribe, se asume en las narrativas históricas que se trató de un caso individual y aislado, del que no se ofrece explicación acerca de su llegada, familia de origen, acompañantes, permanencia y expansión de su poder.

El mestizaje afro-indígena constituye otro de los procesos que suele ser obviado en los estudios que remiten al devenir de los pueblos originarios en la isla de La Española. Abreu hace notar este hecho cuando afirma: “Creo que en nuestra historia convencional existe un eslabón perdido, producto de la relación del *indio* con los descendientes de África, que debemos llamar sincretismo *afro-taíno*. Este vínculo, ignorado y olvidado, merece ser mejor estudiado.”⁵⁰

La negación sistemática de esta realidad en el discurso historiográfico ejerce, básicamente, dos funciones: por un lado, si los indígenas se reconocen como ese “otro” idealizado que integra el mestizaje con lo hispano fundador de la nación dominicana, debe concebirse como “incontaminado” y ajeno a lo espurio que representa el negro. De este modo se fortalece el mito diferenciador del vecino Haití, en el que la prevalencia africana y afrodescendiente supone su inferiorización, la naturalización de la barbarie y su imposibilidad de incorporarse a los valores de la modernidad occidental. Una segunda función consiste en la política de silencio y olvido ejercida en torno a las prácticas de resistencia que históricamente han existido en los diferentes procesos de colonización en la isla y las colaboraciones e intercambios entre grupos subalternos.

El mito de una colonización española “laxa”, “benévola” y “tolerante” deja de operar si se reconoce que desde su inicio los diferentes pueblos sometidos se rebelaron ante ella enfrentándola, huyendo y aislándose, resistiendo de múltiples modos; no de forma aislada y contestataria, sino de manera sistemática y continua, erigiendo una tradición libertaria transmitida entre las diferentes generaciones y las comunidades étnicas. Es así como los “objetos” pasivos de la colonización –los indígenas y negros– debieran transformarse en los análisis e investigaciones en sujetos activos, conscientes, con capacidad de poder y proyecciones a futuro. En gran medida, esto constituye una deuda todavía pendiente.

En función de lo anterior resulta necesario mencionar el valor que adquiere la cultura afrocaribeña como práctica de resistencia, en especial el vudú. Si bien se admite la interacción entre los nativos antillanos y africanos en el sincretismo religioso del vudú, en el que existe un panteón indígena, resulta poco estudiada la transmisión de una memoria oral que recupere las luchas de oposición al régimen colonial. Esto último queda en evidencia cuando se indaga en el sistema de cuevas habitadas y usadas por los aborígenes en todo el territorio insular, convirtiéndose luego de la llegada de los europeos en espacios de resguardo para las personas y grupos que se resistían al sometimiento. Estos lugares se constituyeron en escenarios de encuentro y mestizaje entre indígenas y africanos pues, si se superponen los mapas sobre las cuevas indígenas y la existencia de comunidades cimarronas durante los siglos XVI, XVII y XVIII, se podrá observar la coincidencia en su localización. Se trata de un conocimiento geográfico y estratégico transmitido entre pueblos ágrafos, aprendido en las múltiples y sucesivas prácticas libertarias. Actualmente en Haití los creyentes del vudú realizan una peregrinación durante varias semanas del mes de julio en que se recorren cuevas que conservan petroglifos y pinturas rupestres que trazan la ruta de los indígenas y cimarrones sublevados. Son a la vez centros ceremoniales que evocan lo espiritual, las tradiciones culturales y la memoria de las gestas de los antepasados.⁵¹

A MODO DE CIERRE

La representación de lo indígena “dominicano” se inscribe dentro de una política de la representación en la que prima la ideología nacionalista surgida en las décadas finales del siglo XIX y afianzada a partir de la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo en el siglo XX. Responde a concepciones excluyentes de la identidad dominicana por medio de las cuales se justifica y naturaliza el racismo estructural y el antihaitianismo en la sociedad, reafirmando las hegemonías históricas.

Como resultado, se produce una “distorsión de la realidad, de legitimación del sistema del poder”,⁵² a través de la instauración de relatos homogenizadores, empobrecidos y sesgados del pasado prehispánico en el que se imponen los intereses del presente, limitando la comprensión amplia de cosmovisiones, contextos, interrelaciones, riqueza cultural y complejidad de las sociedades aborígenes que habitaron la isla de Haití.

Como señala Ulloa, no basta con “analizar la pluralidad del presente, sino también del pasado”.⁵³ Esto conlleva problematizar la noción de memoria histórica y los relatos del pasado que se han instaurado para recuperar la capacidad para la acción política de las memorias colectivas cuando se esgrimen desde propuestas alternativas. Es manifiesto que “la democratización en la circulación simbólica es cada vez más un modo de extensión del ejercicio ciudadano”.⁵⁴ Desde esta perspectiva será posible, entonces, confrontar los discursos establecidos y generar verdaderas transformaciones en las prácticas y estructuras de un determinado conglomerado humano, en este caso la comunidad binacional de haitianos y dominicanos.

El reconocimiento de la pluralidad, la diferencia y la diversidad desde la subalternidad debería constituirse en un eje transversal para mirar la historia de la isla tanto en la dirección presente-pasado como pasado-presente. Es decir, implica el reto de deconstruir una representación del presente desde una pretendida homogeneidad, a la vez que se reconoce que esta nunca ha existido y que tampoco operaba sobre los grupos poblacionales originarios. Otros discursos sobre periodos, procesos, acontecimientos, grupos y

comunidades se hacen necesarios para proyectos que propendan por la inclusión y la igualdad en el contexto insular y nacional, así como en el regional caribeño.

Un ejercicio descolonizador en torno a los contenidos y propósitos ideológicos de las narraciones históricas y las representaciones conlleva a la reflexión y el cuestionamiento acerca de las prácticas racistas y antihaitianas infundidas desde las elites, para desestructurar algunos de los mitos fundadores de la dominicanidad, en supuesta oposición a la haitianidad. Esto conduciría a reconocer, por ejemplo, el pasado indígena común entre dominicanos y haitianos para redefinir las identidades de los dos países que habitan la isla como especie de vasos comunicantes, donde si bien se reconocen diferencias, a las cuales hay que despojar de su carga negativa y de inferiorización, también resulta innegable lo compartido.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Abreu Abreu, Alejandro, “La visión indígena y la identidad cultural dominicana” en Federación Internacional de Sociedades Científicas (comp.), *Culturas aborígenes del Caribe*, Santo Domingo, Banco Central, 2001, pp. 77-81.
- Alcina Franch, José, “La cultura taína como una jefatura” en Federación Internacional de Sociedades Científicas (comp.), *Culturas aborígenes del Caribe*, Santo Domingo, Banco Central, 2001, pp. 33-38.
- Altagracia, Carlos, *El cuerpo de la patria: intelectuales, imaginación geográfica y paisaje de la frontera en la República Dominicana durante la era de Trujillo*, Arecibo, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico/Centro de Investigación y Creación, 2010.
- Aubourg, Michel, *Haiti prehistorique*, Puerto Príncipe, Imprenta del Estado, 1951.
- Balcácer, Juan Daniel, *Acerca del nombre de nuestro país*, Santo Domingo, Ediciones Pedagógicas Dominicanas, s. a.
- Bartolomé, Miguel Alberto, *Procesos interculturales. Antropología política del pluralismo cultural en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 2006.
- Beauvoir-Dominique, Rachel, “The Rock Images of Haiti: A Living Heritage” en Michelle Hayward, Lesley-Gail Atkinson y Michael Cinquino (comps.), *Rock Art of The Caribbean*, Tuscaloosa, Alabama, The University of Alabama, 2009, pp. 78-89.

- Boyrie, Emile de, "Tres flautas ocarinas de manufactura alfarera de los indígenas de la isla de Santo Domingo", *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*, núm. 1, 1971, pp. 13-17.
- Charlevoix, Francisco Javier de, *Historia de la Isla Española o de Santo Domingo*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1977, 2 vols.
- Coronil, Fernando, "Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no-imperialistas" en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (comps.), *Teorías sin disciplina*, México, Porrúa, 1998, pp. 121-145.
- Deive, Carlos Esteban, *Los cimarrones del Maniel de Neiba: historia y etnografía*, Santo Domingo, Banco Central, 1985.
- García Arévalo, Manuel A., "El maniel de José Leta: evidencias arqueológicas de un posible asentamiento cimarrón en la región sud-oriental de la isla de Santo Domingo" en José Juan Arrom y Manuel A. García Arévalo, *Cimarrón*, Santo Domingo, Fundación García Arévalo, 1986, pp. 31-55.
- García Arévalo, Manuel A., *Indigenismo, arqueología e identidad nacional*, Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano/Fundación García Arévalo, 1988.
- García, José Gabriel, *Compendio de la historia de Santo Domingo*, Santo Domingo, Imprenta García Hermanos, 1879, 2 vols.
- Geggus, David, *Haitian Revolutionary Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 2002.
- Grimson, Alejandro, "Disputas sobre las fronteras (introducción a la edición española)" en Scott Michaelsen y David Johnson (coords.), *Teoría de la frontera: los límites de la política cultural*, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 13-23.
- Guerrero, José, "La Isabela, primera villa hispánica de América: un patrimonio arqueológico-histórico mundial", *World Heritage Papers*, vol. 14, 2005, pp. 185-194.
- Hall, Stuart, "El trabajo de la representación" en Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (coords.), *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2010, pp. 447-482.
- Hopenhayn, Martín, "¿Integrarse o subordinarse? Nuevos cruces entre política y cultura" en Daniel Mato y Lourdes Arizpe; *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2001, pp. 69-89.
- Incháustegui, Marino, *Historia de Santo Domingo*, México, Gráfica Panamericana, 1965.
- Inoa, Orlando, *Historia dominicana*, Santo Domingo, Letra Gráfica, 2013.
- Larrazábal Blanco, Carlos, *Los negros y la esclavitud en Santo Domingo*, Santo Domingo, Librería La Trinitaria, 1998.
- Las Casas, Bartolomé de, *Historia de las Indias*, México, FCE, 1986, 2 vols.
- Lotman, Iuri, *La semiosfera*, Madrid, Cátedra, 1996, 2 vols.
- Martin, Tony, *Caribbean History*, Nueva York, Pearson, 2012.
- Morbán Laucer, Fernando, "Cronología de radiocarbono (C-14) para la isla de Santo Domingo", *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, núm. 12, 1979, pp. 147-159.
- Moscoso, Francisco, *Tribu y clases en el Caribe antiguo*, San Pedro de Macorís, República Dominicana, Universidad Central del Este, 1986.
- Moya Pons, Frank, *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo, Caribbean Publishers, 2000.
- Muñoz, Laura, "Discurso imperial. Imágenes y representaciones del Caribe en *National Geographic*", *Relaciones Internacionales*, núm. 25, 2014, pp. 35-51.
- Muñoz, Laura, *Fotografía imperial, escenarios tropicales. Las representaciones del Caribe en la revista National Geographic*, México, Instituto Mora/El Colegio de Michoacán, 2014.
- Ortega, Elpidio, "Sitio arqueológico conchero pre-cerámico, Coral Costa Caribe" en Federación Internacional de Sociedades Científicas (comp.), *Culturas aborígenes del Caribe*, Santo

- Domingo, Banco Central, 2001, pp. 211-230.
- Ortega, Elpidio y José Guerrero, *Cuatro nuevos sitios paleoarcaicos en la isla de Santo Domingo*, Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano, 1981.
- Pagán Perdomo, Dato, “Nuevas pictografías en la isla de Santo Domingo. Las cuevas de Borbón”, *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, núm. 9, 1978, pp. 31-53.
- Pané, Ramón, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, México, Siglo XXI Editores, 1998.
- Peguero Guzmán, Luis, “Algunas consideraciones sobre la arqueología del cimarronaje”, *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, vol. 22, 1989, pp. 163-178.
- Peña Batlle, Manuel, *Historia de la división territorial 1494-1943*, Santo Domingo, Gobierno Dominicano, 1944.
- Priego, Joaquín, *Cultura taína*, Santo Domingo, s. e., 1967.
- Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003.
- Rouse, Irving, *The Tainos: Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*, New Haven, Londres, Yale University Press, 1992.
- Tejera Bonetti, Emilio, “Santo Domingo o la Española”, *Clío*, núm. 1, 1933, pp. 11-15.
- Tejera Bonetti, Emilio, *Rectificaciones históricas*, Santo Domingo, Taller, 1976.
- Ulloa Hung, Jorge, “Patrimonio arqueológico e identidades en la República Dominicana”, *Ciencia y Sociedad*, vol. 35, núm. 4, 2010, República Dominicana, pp. 681-699.
- Vega, Bernardo, *Los cacicazgos de La Hispaniola*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1990.
- Veloz Maggiolo, Marcio, *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*, Singapur, McGraw-Hill Far Eastern Publishers, 1972.
- Veloz Maggiolo, Marcio, *Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*, Santo Domingo, Taller, 1976.
- Veloz Maggiolo, Marcio, *Vida y cultura en la prehistoria de Santo Domingo*, San Pedro de Macorís, Universidad Central del Este, 1980.
- Veloz Maggiolo, Marcio, *La isla de Santo Domingo antes de Colón*, Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana, 1993.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Elpidio Ortega, *El precerámico de Santo Domingo, nuevos lugares, y su posible relación con otros puntos del área antillana*, Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano, 1973.
- Wilson, Samuel M., *Hispaniola: Caribbean Chiefdoms in the Age of Columbus*, Alabama, University of Alabama Press, 1990.

NOTAS

- [1](#) Ricoeur, *La memoria, la historia*, 2003, p. 113.
- [2](#) Bartolomé, *Procesos interculturales*, 2006, pp. 275-299.
- [3](#) Hall, “El trabajo de la representación”, 2010, p. 474.
- [4](#) Ricoeur, *La memoria, la historia*, 2003, p. 114.
- [5](#) Hall, “El trabajo de la representación”, 2010, p. 474.
- [6](#) García, *Indigenismo, arqueología*, 1988, p. 20.

- ⁷ Se estima que para 1519 la población aborigen de la isla La Española era de unas 3 000 personas. Documentos de los archivos españoles correspondientes a 1548 indican que para esa fecha apenas sobrevivían unos 500 indígenas, la mayoría de ellos como sirvientes domésticos y, algunos otros, en los resguardos. No hay acuerdo sobre el número estimado de la población indígena con anterioridad a la llegada de los españoles. Bartolomé de Las Casas cifra en 1 000 000 el número de habitantes indígenas de la isla para 1492. Véase Inoa, *Historia dominicana*, 2013, p. 74.
- ⁸ Es necesario precisar que este sesgo está arraigado en el imaginario del común de los dominicanos y se retroalimenta a través de los libros de texto de ciencias sociales y de historia de los diferentes niveles de la educación (básica, media y superior). En Haití, en cambio, se reconocen los diferentes procesos y pobladores que constituyen su pasado, incluyendo aquellos que tienen en común con el país con el que comparten la isla. Los libros escolares y la historiografía haitiana dividen en cuatro periodos el devenir de esta nación: 1. Periodo indígena; 2. Periodo de colonización española; 3. Periodo de colonización francesa, y 4. Periodo republicano. Adicionalmente, el interés de reivindicar una cultura “nacional” en Haití, que incluyera lo propio y confrontara la versión afrancesada o pronorteamericana de las elites, llevó a un grupo de intelectuales haitianos, encabezados por Jacques Roumain, a fundar el Instituto de Etnología de Haití, en 1941. A través de investigaciones, programas educativos y proyectos editoriales, el instituto dirigió su atención a dos focos de la cultura “popular” haitiana marginados hasta ese momento por las elites del país: el patrimonio arqueológico amerindio y las tradiciones de origen africano. En cuanto al pasado indígena, el instituto promovió un mayor conocimiento a través de los trabajos arqueológicos, exhibiciones y la gestión de políticas para protección del patrimonio. En lo que concierne a las tradiciones afrocaribeñas, fue un eje de su trabajo la preservación y la defensa de los santuarios vudú, así como de sus sacerdotes y creyentes.
- ⁹ Estas evasiones o negaciones adquieren diversas concreciones. Están presentes en los términos de autoidentificación de los dominicanos como “indio”, “indio claro”, “canela”, “indio oscuro”, “moreno”, “jabao”, pero difícilmente como negro, llegando a considerarse insulto este último. Aparece en la idea bastante generalizada entre historiadores de que los españoles ejercieron una esclavización “considerada”, en comparación con los franceses e ingleses. Surge también en la idealización del mestizaje como supuesta democracia racial y constatación de esa esclavización positiva a través de la que se niegan los conflictos y desigualdades.
- ¹⁰ Abreu, “La visión indígena”, 2001, p. 81.
- ¹¹ Ulloa, “Patrimonio arqueológico”, 2010, p. 685.
- ¹² A modo de ejemplo vale mencionar la pérdida de gran parte del centro ceremonial de Chacuey, provincia de Dajabón, por la construcción de una carretera en la década de 1980 y la desaparición de importantes yacimientos arqueológicos que databan del 145 a.C., que quedaron sumergidos bajo las aguas de la presa de Tavera, provincia de Santiago, desde la década de 1970. Véase Veloz, *Vida y cultura*, 1980, p. 28. La destrucción de los vestigios de la cultura aborigen ha sido constante a uno y otro lado de la frontera. En Haití cuevas y centros arqueológicos indígenas de gran significación fueron destruidos durante la ocupación norteamericana de 1915 a 1934 con la finalidad de expandir los terrenos para las plantaciones. El patrimonio legado por los indígenas sufrió grandes estragos también cuando en 1982 el dictador Jean Claude Duvalier ordenó dinamitar ciertos puntos de la isla La Tortuga donde se refugiaban opositores del régimen. Resultó que algunos de esos lugares eran los mismos donde se encontraban remanentes de los asentamientos de los pobladores originarios. Otros aspectos como la inestabilidad política, las continuas ocupaciones por fuerzas extranjeras y el

devastador terremoto de 2010 han incidido en la destrucción y saqueo del patrimonio aborigen de Haití. Beauvoir-Dominique, “The Rock Images”, 2009, pp. 80 y 88.

[13](#) Ortega, “Sitio arqueológico”, 2001, pp. 211-230.

[14](#) Pané, *Relación acerca de las antigüedades*, 1998, p. 9.

[15](#) Las Casas, *Historia de las Indias*, 1986, vol. 1, p. 250.

[16](#) *Ibid.*, p. 218.

[17](#) Geggus analiza las discusiones y valoraciones en el momento de decidir el nombre de la recién creada nación de negros libres en el Caribe, en 1804. El nombre taíno de Haití simbolizaba la reivindicación de la resistencia aborigen frente a la colonización española en la isla y el continente, pudiéndose generalizar dicha resistencia al sistema colonial inglés y francés a través del triunfo de la revolución haitiana. La elección también puede asumirse como una especie de negociación entre los negros y los mulatos del antiguo Santo Domingo francés. Aunque para esa fecha más de la mitad de la población negra había nacido en África, provenía de diferentes lugares y etnias, lo que dificultaba proponer un nombre que proviniese de alguna lengua o tradición africana. Por otro lado, los sectores mulatos y de negros criollos no se sentían tan identificados con este continente del que llegaron sus antecesores. El nombre de Haití resolvía estos múltiples inconvenientes. Geggus, *Haitian Revolutionary*, 2002, pp. 207-219.

[18](#) Tejera, *Rectificaciones históricas*, 1976, p. 63.

[19](#) Charlevoix, *Historia de la Isla*, 1977, vol. 1, p. 4.

[20](#) El historiador José Gabriel García (1879) reconoce el nombre de Haití como el usado por los aborígenes para la isla y es el que emplea cuando se remite al periodo precolombino. Véase García, *Compendio de la historia*, 1879, vol. 1, pp. 13-15. Para los periodos sucesivos de la historia dominicana adoptará las denominaciones de La Española, isla de Santo Domingo o Quisqueya. Casimiro de Moya (1911) titula *Haití o La Española* el mapa que elabora para su interpretación de la división de la isla en cacicazgos. Casimiro Moya, “Haití o La Española” [mapa], en Archivo General de la Nación de República Dominicana, 1911, en <<http://www.bibliotecadigital.gob.do/search/>>. [Consulta: 10 de enero de 2015.] Esta fluctuación en la denominación se puede encontrar en otros autores de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. La mayor radicalización para eliminar el nombre original de la isla se producirá a partir de la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo Molina (1930-1961).

[21](#) El libro de texto censurado fue *Ciencias Sociales*, de Juan Ricardo Hernández y Alejandro Hernández. Los aspectos centrales de la polémica pueden observarse en las siguientes noticias: “Raymundo González desmonta avispero creado por partido de los Vincho sobre libro de historia”, *Acento.com.do*, 10 de septiembre de 2015, en <<http://acento.com.do/2015/politica/8282920-raymundo-gonzalez-desmonta-avispero-creado-por-partido-de-los-vincho-sobre-libro-de-historia/>>. [Consulta: 10 de diciembre de 2015.]; “Escritor pide retirar libro de texto: El volumen Ciencias Sociales 6 es antidominicano y dice RD es un país racista”, *Listín Diario*, 4 de septiembre de 2015, en <<http://www.listindiario.com/la-republica/2015/09/04/386853/escritor-pide-retirar-libro-de-texto>>. [Consulta: 10 de diciembre de 2015.], y “Educación anuncia cambio libro Sociales. El texto había sido cuestionado por incongruencias históricas”, *El Día*, 7 de septiembre de 2015, <<http://eldia.com.do/educacion-anuncia-cambio-libro-sociales/>>. [Consultado: 10 de diciembre de 2015.]

[22](#) Una manifestación previa se había producido en 1918, encontrándose tanto Haití como República Dominicana bajo la invasión de los Estados Unidos. El Brigadier General, J. H. Pendleton, envía carta el 8 de junio a autoridades dominicanas informando de lo siguiente: “En la actualidad existen algunas confusiones en el sentido geográfico causadas por los distintos

nombres con que se denomina esta Isla [...] Con el fin de evitar estas confusiones, ha sido propuesto por el Ministro americano y el Gobernador Militar, recomendar a la Sociedad Geográfica de los Estados Unidos cambiar la denominación de la Isla por su nombre antiguo, o sea HISPANIOLA”. Balcácer, *Acerca del nombre*, s. a., p. 10.

- ²³ Roy, “Renombrar la isla: Quisqueya y no Hispaniola”, Île en île, 2000, en <<http://ile-en-ile.org/odette-roy-fombrun-renombrar-la-isla-quisqueya-y-no-hispaniola/>>. [Consulta: 4 de septiembre de 2014.]
- ²⁴ Para la elaboración de este trabajo se consultó la colección del *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* y de la *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*. Se observa que, en líneas generales, se mantiene la misma práctica vigente en los títulos de los libros referidos. También, al tratarse de artículos que son informes y resultados de investigación, predomina en los títulos la especificidad del lugar, yacimiento o excavación. La selección y énfasis en las obras de estos autores se debe a que han ejercido y ejercen cargos y funciones en la vida política, académica y cultural de República Dominicana, convirtiéndose sus obras en un referente casi obligado para los trabajos sobre el pasado aborigen de los dominicanos. Adicionalmente, lideraron significativos proyectos emprendidos en el país durante la década de 1970-1980 en que los trabajos arqueológicos e históricos, en este caso sobre el pasado indígena, se proponían consolidar la relación patrimonio-identidad. Marcio Veloz Maggiolo participó en el proceso de concepción, diseño y curaduría del Museo del Hombre Dominicano, como director del Departamento de Investigaciones de dicha institución. También fue director del Departamento de Antropología e Historia, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, al que está adscrita la *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*. Bernardo Vega fungió como director del Museo del Hombre Dominicano (1978-1982) y fue presidente de la Academia de Historia Dominicana en el periodo 2013-2016. Roberto Cassá fue presidente de la Academia Dominicana de la Historia de 2001 a 2004 y se desempeña como director del Archivo General de la Nación desde 2004. El uso de isla de Santo Domingo para referirse a estudios que remiten exclusivamente a República Dominicana se puede encontrar tanto en los antecesores de los tres investigadores referidos como en sus sucesores. Ocurre en artículos de: Boyrie, “Tres flautas”, 1971, pp. 13-17; Pagán, “Nuevas pictografías”, 1978, pp. 31-53; Morbán, “Cronología de radiocarbono”, 1979, pp. 147-159, y Ortega y Guerrero, *Cuatro nuevos*, 1981, entre otros.
- ²⁵ Otra manifestación de esta misma concepción es que, al analizar los índices o tablas de contenidos de los libros de texto de ciencias sociales de la educación básica y media dominicana, así como de buena parte de la historiografía producida por dominicanos, se podrá observar que los primeros capítulos remiten a la llegada de los españoles al continente americano. Sólo después que se estudia esta presencia, entonces se procede a incluir el capítulo concerniente a los pobladores aborígenes de la isla. Los indígenas adquieren su existencia y razón de ser a partir de que son “descubiertos” o son vistos por los europeos, con el consiguiente sometimiento y explotación. En otras palabras, su entrada a la historia se inicia dentro de concepciones occidentalistas que incorporan al “otro” en función del rol que cumplen dentro del sistema de la colonialidad-modernidad capitalista.
- ²⁶ Lo anterior muestra las ambivalencias en torno al nombre de Santo Domingo, que puede aludir indistintamente al país que hoy se denomina República Dominicana o a la isla. Los investigadores de tema indígena antes citados no hacen diferencia cuando emplean el término Santo Domingo o isla de Santo Domingo. En ambos casos se remitirán en los trabajos a lo que ocurre exclusivamente en el lado dominicano. El origen de esta generalización se remonta a la época colonial y la importancia que adquirió la ciudad de igual nombre como sede del virreinato y de la Real Audiencia de Santo Domingo. La apropiación de este nombre, con

carácter de exclusividad para los habitantes de la nación del este, se refleja en la siguiente afirmación: “Santo Domingo sería el nombre geográfico del país, República Dominicana su nombre político. Como Francia, República Francesa, España, República Española”. Tejera, “Santo Domingo”, 1933, p. 15. En las discusiones de la década de 1930, los intelectuales haitianos rechazaban el nombre de Santo Domingo principalmente por dos motivos: si se empleaba en español, se sentían excluidos por no asociarse tradicionalmente el nombre con los habitantes del oeste de la isla; la traducción en francés del nombre era inadmisibles por corresponder a su condición de colonia francesa y la historia de la esclavización. Balcácer, *Acerca del nombre*, s. a.

- [27](#) Existen ocasiones en que se hace breve mención a yacimientos arqueológicos en Haití o a estilos de cerámica que allí se encuentran. Véase Veloz, *Medioambiente y adaptación*, 1976, pp. 143 y 147. Lo que se observa es que los arqueólogos e historiadores dominicanos prefieren citar los trabajos desarrollados por investigadores estadounidenses y europeos y muy escasamente incluyen referencias de las excavaciones y trabajos efectuados por sus contrapartes haitianos.
- [28](#) Veloz, *La isla de Santo*, 1993.
- [29](#) Veloz, *Arqueología prehistórica*, 1972, p. 89. En otra publicación del autor, junto con Elpidio Ortega, correspondiente al mismo periodo, se incluye también otro mapa con algunas referencias al territorio de Haití. Veloz y Elpidio, *El precerámico de Santo*, 1973, p. 35.
- [30](#) Veloz, *Arqueología prehistórica*, 1972, pp. 154-170 y 170-171.
- [31](#) Lotman, *La semiosfera*, 1996, vol. 1, pp. 157-161.
- [32](#) Muñoz, “Discurso imperial”, 2014, p. 38.
- [33](#) Muñoz, *Fotografía imperial*, 2014.
- [34](#) Muñoz, “Discurso imperial”, 2014, p. 39.
- [35](#) Moscoso, *Tribu y clases*, 1986.
- [36](#) Alcina Franch, “La cultura taína”, 2001.
- [37](#) Altagracia, *El cuerpo de la patria*, 2010, p. 38.
- [38](#) Grimson, “Disputas sobre las fronteras”, 2003, p. 17.
- [39](#) Altagracia, *El cuerpo de la patria*, 2010, p. 39.
- [40](#) Grimson, “Disputas sobre las fronteras”, 2003, p. 17.
- [41](#) Incháustegui, *Historia de Santo*, 1965, p. 38.
- [42](#) Peña, *Historia de la división*, 1944, p. 7.
- [43](#) Casimiro Moya, documento en línea citado.
- [44](#) Moya, *Manual de historia*, 2000.
- [45](#) Priego, *Cultura taína*, 1967, p. 69.
- [46](#) Vega, *Los cacicazgos de La Hispaniola*, 1990.
- [47](#) Coronil, “Más allá del occidentalismo”, 1998, p. 122.
- [48](#) Guerrero, “La Isabela, primera”, 2005, p. 191. La diversidad de grupos étnicos y los procesos de mestizaje los evidencian también los cronistas de Indias cuando aluden a guías indígenas que dominaban más de una lengua nativa y se trasladaban con ellos de una zona a otra. Fray Ramón Pané relata: “Así, por su mandado, me fui a vivir con el dicho Guarionex. Y bien es verdad que le dije al señor gobernador don Cristóbal Colón: ‘Señor, ¿cómo quiere Vuestra Señoría que yo vaya a vivir con Guarionex, no sabiendo más lengua que la de Macorís? Déme licencia Vuestra Señoría para que venga conmigo alguno de los nuhüey, que después fueron cristianos, y sabían ambas lenguas’”. Pané, *Relación acerca*, 1998, p. 43.
- [49](#) Incháustegui, *Historia de Santo*, 1965, pp. 37 y 38.
- [50](#) Abreu, “La visión indígena”, 2001, p. 78. Carlos Larrazábal, *Los negros y la esclavitud*, 1998, en su trabajo pionero sobre la esclavitud en la isla, hace una breve mención a este mestizaje. Posteriormente, Peguero, “Algunas consideraciones”, 1989, pp. 163-178, enumera algunas

prácticas e instrumentos derivados de este intercambio interétnico, señalando la necesidad de estudios amplios sobre estos procesos. Otros estudios arqueológicos sobre el cimarronaje en el siglo xvii dejan de lado esta posible interacción, probablemente por la extinción de los aborígenes para la fecha. Véanse García, “El maniel de José”, 1986, pp. 31-55 y Deive, *Los cimarrones del Maniel*, 1985.

[51](#) Beauvoir-Dominique, “The Rock Images”, 2009, p. 84.

[52](#) Ricoeur, *La memoria, la historia*, 2003, p. 113.

[53](#) Ulloa, “Patrimonio arqueológico”, 2010, p. 690.

[54](#) Hopenhayn, “¿Integrarse o subordinarse?”, 2001, p. 37.

FRAGMENTACIÓN Y DESCOLONIZACIÓN EN LA NARRATIVA DE ERNA BRODBER

Nair María Anaya Ferreira

Los teóricos recientes de la descolonización han insistido en la importancia de identificar y reconocer el giro descolonial como un paso transcendental para seguir debatiendo, en palabras de Maldonado, la colonización “como componente constitutivo de la modernidad” y la descolonización “como un sinnúmero indefinido de estrategias y formas contestatarias que plantean un cambio radical en las formas hegemónicas actuales de poder, ser y conocer”.¹ En la medida en que este proceso implica una reflexión constante y permanente de las formas culturales e ideológicas que contribuyeron a la conformación psíquica del “otro” colonizado, nunca está de más seguir profundizando en ciertas nociones y manifestaciones literarias que han tenido un peso contundente en nuestro entramado mental. Por esta razón, resulta pertinente seguir debatiendo las implicaciones que términos y conceptos como “modernidad”, “modernismo” y “posmodernismo” tienen para el estudio de las literaturas contemporáneas y no tan contemporáneas, en especial las que suelen incluirse en el rubro “poscolonial anglófono”.

El crítico Simon Gikandi ha señalado atinadamente que, en términos generales, los escritores caribeños comparten un sentido de ansiedad y ambivalencia en relación con el acontecimiento definitorio de la modernidad europea –el “descubrimiento” de América por Cristóbal Colón–, pues comprenden que el “periodo inaugurado por la colonización europea de las américas fundó también una tradición moderna de representación que todavía persigue al Caribe”.² Dicha tradición representacional acompañó al complejo proceso mediante el cual el poder hegemónico europeo negó la subjetividad, la lengua y la historia de los pueblos colonizados. Al mismo tiempo, paradójicamente, el fenómeno colonial es el factor que dio lugar a la cultura caribeña tal y como la entendemos en la actualidad. Así, la transformación de las culturas provenientes de África y Asia constituyó también su “modernización” en un nuevo entorno y, con ello, la configuración de nuevas identidades que desafiaron, desde el inicio, las categorías con las que la modernidad europea ha sustentado su hegemonía a lo largo de los siglos: historia/progreso, raza, nación y lengua nacional.

En el ámbito literario anglófono, la articulación de estas identidades ha tenido una relación dialógica con el complejo sustrato ideológico proveniente de la tradición inglesa, por lo que es posible afirmar que mucha de la literatura escrita durante el siglo xx fue también una reflexión más amplia sobre las repercusiones pasadas y presentes del impulso modernizador europeo. En la medida en que los autores fueron educados en el rígido canon literario inglés, su obra se configuró tomando como base los postulados del movimiento modernista que esencialmente, se deslindaba de las representaciones miméticas características del realismo decimonónico, aunque continuaba perpetuando una visión estereotipada del “otro”. En el fértil terreno del Caribe, la relación entre las nociones de la subjetividad, la fragmentación, la experimentación, y las contingencias de una historia progresista e imperial que empezaba a desmoronarse, dio lugar a una producción literaria y artística que aprovechó las indefiniciones formales del modernismo para dar voz a preocupaciones inmediatas vinculadas con una historia de despojo y subyugación, y con representaciones que buscaban una afirmación identitaria que había sido negada por tanto tiempo.

Como afirma Gikandi, los escritores caribeños se encontraron en una situación paradójica, pues no podían “adoptar la historia y la cultura del modernismo europeo –en especial como quedaba definido por las estructuras coloniales– pero tampoco [podían] escapar de este porque había sobredeterminado de muchas maneras a las culturas caribeñas”.³ La paradoja ha dado lugar a una de las expresiones artísticas más ricas de las últimas décadas, en la que se conjugan un sinnúmero de tradiciones provenientes de diversos lugares del mundo con una postura crítica acerca de las repercusiones de la modernidad expresada precisamente por medio de los recursos del modernismo e, incluso, del posmodernismo.

La literatura escrita por mujeres pone el dedo en la llaga acerca de asuntos relacionados con una noción de identidad muy compleja, y trae a la superficie un tópico que el crítico Gikandi considera como primordial en el discurso modernista del Caribe: el de la “traducción y transformación de categorías prestadas o heredadas”,⁴ provenientes de las culturas originarias o bien de la tradición literaria europea. Autoras como Paule Marshall, Michelle Cliff, Erna Brodber, Merle Hodge o Lakshmi Persaud han insistido en desconstruir y reconstruir todo tipo de visión hegemónica por medio de obras en las que predomina una subjetividad que abre nuevos caminos para entender las complejas configuraciones identitarias que predominan hoy en día.

En un sentido, se podría afirmar que estas autoras comparten con sus contrapartes masculinos una preocupación revisionista por la historia de la región y por los complejos constructos heredados del colonialismo, así como por la inestabilidad de las identidades nacionales que nunca lograron consolidarse a pesar de haber alcanzado la independencia política en la década de 1960. Sin embargo, para ellas ha sido necesario confrontar también la múltiple marginación resultante del legado colonial, y de regímenes patriarcales que en su dislocación geográfica e histórica se tornaron todavía más rigurosos. Así, la obra de estas autoras privilegia aquellos espacios intersticiales en donde las voces y las historias de las mujeres abren posibilidades de transformación creativa que dan cuenta, por un lado, de la traumática historia de la región y, por otro, permiten crear nuevas categorías para reconstruir, articular y aprehender nuevas realidades.

La naturaleza de su búsqueda literaria prácticamente excluye el empleo de los modos realistas de representación, por lo que su interés por las culturas maternas y las expresiones populares –que por lo general fueron silenciadas en los discursos oficiales (tanto del momento colonial como del posindependentista)– las ha llevado a proponer formas experimentales que suelen ser asociadas por la crítica con estrategias modernistas y posmodernistas, que podría parecer una contradicción de términos pero que en el contexto de la región articula el complejo proceso de hibridación cultural que define su identidad contemporánea.

Hay otro aspecto: la mayor parte de estas escritoras han sido formadas ya sea en la Universidad de las Indias Occidentales, o bien en universidades anglosajonas de Estados Unidos, de Canadá o de Gran Bretaña. Varias de ellas han emigrado definitivamente y realizan su reconstrucción literaria a la distancia; otras más ejercen tareas comprometidas en el archipiélago. No obstante, todas comparten un bagaje intelectual e histórico que, a pesar de las posibles diferencias generacionales y regionales, tiene el fundamento común del legado imperial británico que, con el tiempo, dio lugar a ese gran constructo que en un principio fue denominado literatura de la Commonwealth, posteriormente literatura “poscolonial” y ahora se categoriza de formas distintas, algunas de estas se encaminan hacia concepciones como la de “world literatura” o “literatura-mundo”.

Entre las estrategias literarias compartidas por estas autoras destaca el empleo altamente sofisticado y experimental de la oralitura, recurso que no sólo ofrece un hilo conductor temático en gran parte de las obras, sino que constituye en algunos casos la esencia misma de los textos, al grado que estos desafían las categorías genéricas de la crítica literaria. En este ensayo deseo concentrarme en analizar dos novelas de la autora jamaicana Erna Brodber (1940) –*Jane and Louisa Will Soon Come Home* (1980) y *Myal* (1988)– en donde la autora articula la transformación creativa resumida en el concepto de “*creolization*” con el que se ha teorizado al Caribe en las últimas décadas, y que Balutansky y Sourieau definen como:⁵ “el proceso sincrético de dinámicas transversales que reelabora y transforma sin cesar los patrones culturales de varias experiencias e identidades sociales e históricas. Los patrones culturales que resultan de este ‘cruce de razas’ [o

cruce de tejidos] socava cualquier pretensión académica o política de autenticidad y orígenes unitarios”.⁶

La obra narrativa de Erna Brodber constituye un ejemplo sobresaliente de *creolization* en el ámbito literario. Por un lado, predominan la fragmentación y la discontinuidad como fundamentos estructurales y como ejes conceptuales; por otro, prevalece la intención de recrear las diferentes facetas de la historia y la sociedad de Jamaica, de tal forma que Brodber imposibilita, de entrada, cualquier tentativa de lectura reduccionista que quiera volver a definir al Caribe en los términos que se empleaban en el discurso colonial. Como sugiere MacDonald, Brodber postula una “poética de la redención” a través de la que las comunidades caribeñas puedan “reivindicar su doloroso pasado y, en el proceso, lograr una sanación que produzca no sólo autoconocimiento sino, sobre todo, un conocimiento del yo en relación con la comunidad”.⁷

En las dos novelas que comentaré en las siguientes páginas, Brodber juega de forma compleja con la intertextualidad y rebasa, con mucho, cualquier noción de que las obras anglófonas de las ex colonias británicas son simples ramificaciones de una literatura canónica conformadas a partir de un criterio reductivo de “influencia”. Brodber comienza por dismantelar un género paradigmático de la cultura europea, el *bildungsroman* decimonónico, en el que se presentaba el crecimiento moral y psicológico de protagonistas –en su mayoría varones– que lograban establecer un compromiso entre su autonomía individual y una normatividad social por lo general sustentada en valores protestantes que apuntaban hacia rígidos códigos de conducta personal y a una percepción racionalista del mundo. *Jane and Louisa*, por ejemplo, se caracteriza por presentar episodios minúsculos, sin referentes específicos ni una perspectiva narrativa definida, en un continuo lingüístico que varía del inglés estándar a diferentes registros del *creole*, de manera que quien lee debe realizar un esfuerzo activo por desentrañar los retazos líricos para acompañar el proceso de sanación física y espiritual de la protagonista, Nellie. Lo que se va infiriendo en el transcurso de la lectura no es sólo el aprendizaje de esta, sino una versión alternativa de la historia de la colonización, de las relaciones de poder entre esclavos y esclavistas, del ambivalente entramado

ideológico heredado por las generaciones contemporáneas que, aún con el paso de las décadas y la independencia política, continúa prevaleciendo en las relaciones cotidianas.

Brodber ha conjugado su investigación sociológica sobre la cultura popular en Jamaica con su obra ficcional, en la que articula sus esfuerzos por recuperar los fragmentos intangibles, pero no por eso menos históricos, de la diáspora africana. Así, en el caso específico de *Jane and Louisa*, el título es uno de los mecanismos que vinculan el rescate de la tradición oral con los recursos modernistas y posmodernistas de la tradición literaria anglosajona. Sin embargo, el empleo de estos últimos no constituye un simple calco derivativo de la producción “occidental” sino una herramienta para desestabilizar las narraciones maestras o *master narratives* de esta. La multiplicidad de voces, algunas anónimas, otras más sólo identificables al avanzar en la lectura; la ausencia de una trama secuencial, en la que se rompe toda posibilidad de causa y efecto para justificar lo sucedido en los episodios; el lirismo y la subjetividad que distinguen cada párrafo; el uso de un lenguaje altamente simbólico y metafórico, que sugiere incluso tintes de locura, por lo que desarticula la función referencial básica de la comunicación; una autorreflexividad indirecta que distancia y acerca a la voz narrativa principal con respecto a los demás personajes y a quien lee todo se combina para reconstruir el proceso identitario de la protagonista, fracturado por la historia y la educación coloniales, pero recuperado emocional y psíquicamente mediante la reconstrucción creativa. El título, entonces, conecta la individualidad de la protagonista con las comunidades que habían sido construidas como marginales por el envolvente discurso colonial, a la vez que proporciona el sentido estructural del que parecía carecer la narración. *Jane and Louisa Will Soon Come Home* alude a una ronda infantil que es, también, un producto híbrido, pues es una expresión de la cultura oral de Jamaica, pero con orígenes en las contradanzas tan populares en los salones europeos y coloniales de los siglos XVII y XIX. Las formas geométricas de la *quadrille* original enmarcan el movimiento de la narración, pero además los versos de la ronda introducen el tema del cortejo matrimonial y del amor idealizado por medio de la alusión a una rosa que puede ser cortada por el pretendiente en un hermoso jardín, por lo que

Brodber agrega un contrapunto irónico a la temática de la novela de formación: el final de la novela queda abierto, no hay una resolución amorosa propiamente dicha. Este tipo de estrategia narrativa es sólo una instancia de cómo Brodber articula en la forma y el contenido de su obra la naturaleza híbrida, *creolizada*, de la cultura caribeña. Agrega también una sutil dimensión histórica de las transformaciones culturales de la región. El que la *quadrille* haya dado lugar a la ronda infantil y que los dos productos culturales sean empleados por Brodber deja ver, según Cooper, cómo la autora caribeña hace énfasis en “la capacidad de adaptación de la cultura popular neoafricana en Jamaica y en cómo esta logró circunscribir las tradiciones folklóricas británicas para enriquecerse” en lo que constituye un ejemplo de “resiliencia igualitaria” que todo intelectual caribeño contemporáneo necesita volver a aprender.⁸

A pesar de la fragmentación formal y temática de la trama, al nombrar las secciones de la novela con algunos de los versos de la ronda, Brodber apunta hacia un sentido de completitud narrativa que de otra forma no sería posible de alcanzar, a la vez que reconstruye un sentido final de comunidad entre la protagonista y su entorno, sentido comunitario que es más significativo que su situación amorosa en sí. Nellie logra, al final del proceso, comprender aquello que le resultaba enigmático de la cultura popular y dar un sentido de coherencia al tropo del *kumbla*, que la reconecta con sus raíces africanas. Dicho tropo se ha convertido en una especie de metáfora de la mujer afrodescendiente⁹ en el Caribe anglófono pues se ha empleado para articular la ambivalencia de la búsqueda de orígenes que, en términos prácticos y reales, son imposibles de determinar. El *kumbla* es símbolo de origen africano, presente en la cultura popular, que enuncia espacios y situaciones duales y que Brodber asocia con los relatos de la figura mitológica africana de Anancy. En la novela, el *kumbla* es un tropo ambiguo que se desdobra en varias metamorfosis metafóricas: es una especie de capullo, pero también se le asocia con un guaje, una concha, una pelota que se mueve al ritmo de las olas, pero no se hunde, o bien con una espiral; representa un espacio de protección, pero puede convertirse en un lugar represivo, de encierro; es como una vacuna, que inmuniza, pero puede también producir reacciones negativas. Actualiza, por así decirlo, el tercer

espacio de enunciación que para Homi Bhabha abre la posibilidad de inscribir y articular la hibridez de la cultura y trascender las oposiciones binarias, maniqueas, del discurso colonial.

Para Nellie –la protagonista mulata (cuarterona, en la denominación racial, colonial) cuya familia está obsesionada por el blanqueamiento de sus integrantes–, permanecer cómodamente en el *kumbla* de la educación y de los valores coloniales la ha llevado a la frigidez y a una enajenación social que la aíslan de su entorno. Las rígidas reglas de comportamiento impuestas por la filiación anglicana de la familia, en especial por la tía Becca, afectan su psique y sólo después de una larga trayectoria de autoanálisis y aprendizaje tiene una epifanía –manifestada durante un colapso nervioso y su subsecuente curación mediante prácticas ritualistas de origen africano– que la hace darse cuenta del grado al que ha asimilado e internalizado el racismo colonialista. En un nivel superficial, la espiral asociada con el *kumbla*, así como el diseño geométrico de la ronda infantil, rompen con la linealidad del relato realista, pero en otro nivel más profundo, constituyen los mecanismos que permiten a Nellie, como individuo, reescribir su propia historia y responsabilizarse por esta. Es decir, salir del *kumbla*, aunque le ocasiona varias crisis de locura, le otorga la posibilidad de alcanzar la regeneración psíquica y espiritual.

Para Brodber, los efectos del colonialismo perviven a través de instituciones y modelos discursivos que continúan dejando marcas indelebles en el sujeto caribeño. De manera sutil pero contundente, Brodber expone cómo la escuela, la Iglesia –en especial la anglicana–, el aparato legal y el económico configuran la mente y las expectativas de los individuos mediante prácticas y comportamientos que, a la larga, generan una desarticulación entre el cuerpo y el espíritu: la ruptura somática entre el cuerpo y la psique anunciada por Frantz Fanon. La tía Becca en *Jane and Louisa* y Ella O’Grady en *Myal* ejemplifican las consecuencias nefastas de la aceptación indiscriminada de los valores impuestos por las instituciones coloniales. A pesar de una dura caracterización como la voz que impone un sentido de culpabilidad y recato femenino en la personalidad de Nellie –a través, principalmente, del motivo bíblico del libro de Daniel 5:27 “Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”–, la tía Becca (Rebeca) es un

personaje conmovedor que se encierra tras una máscara de pulcritud y respetabilidad para evadir el juicio social y limpiar su propia conciencia por las transgresiones del pasado: haber sido pretendida –como mujer *khakhi*, mulata– por Mass Stanley y por su hermano Tanny (negros), de quien queda embarazada y luego aborta para evitar la “vergüenza” social. Mediante la caracterización de la tía Becca, Brodber articula la problemática de lo que constituye ser mujer de origen africano en un contexto en el que la noción de “legitimidad” está claramente marcada por tintes raciales y racistas.

En *Myal*, Brodber presenta otras facetas de los efectos de la educación colonial en la configuración mental de la protagonista. Como niña mulata, destaca en la escuela, a pesar de ser una alumna más bien mediocre, por su capacidad de recitar los versos de Rudyard Kipling relativos a la expansión marítima del imperio británico y a la responsabilidad de llevar la civilización a los rincones lejanos y salvajes del planeta, lo que constituye “la carga del hombre blanco” tan citada en el discurso colonial. Como bien afirman algunos críticos, aprender de memoria y recitar poemas y fragmentos de obras canónicas de la tradición literaria inglesa constituyó una de las formas más insidiosas de configuración del sujeto colonial. Tiffin,¹⁰ por ejemplo, argumenta que acciones en apariencia formativas – como cuidar la postura de los estudiantes en los mesabancos, marchar, aprender bailes folclóricos, participar en actividades de educación física y deportes y, por supuesto, leer en voz alta y recitar el canon inglés– contribuyeron a reproducir, por así decirlo, el cuerpo (y el espíritu) británico a través de los sujetos colonizados en la medida en que dichas acciones hacían a un lado, e incluso prohibían o suprimían las prácticas tradicionales de cada comunidad. Por su parte, Kortenaar¹¹ comenta que el episodio escolar con el que empieza la diégesis de *Myal* ilustra el valor pedagógico que se daba a la recitación –como una especie de reconocimiento público de una verdad ampliamente compartida– pero también sirve como punto de partida para explorar la conflictiva relación entre oralidad y alfabetismo en una sociedad como la que representa Brodber en su novela: una aldea en las afueras de la bahía de Morant, Jamaica, a principios del siglo xx.

No es gratuito, entonces, que mediante la alusión a los poemas de Kipling Brodber haga explícito el vínculo oculto entre la expansión

imperial con fines económicos y políticos y la supuesta evangelización espiritual y cultural con la que se justificaban los procesos de colonización europea. En el caso de *Myal*, la caracterización de Ella O'Grady muestra cómo su configuración intelectual –a través de la lectura de obras como *Peter Pan*, de los poemas de Wordsworth o de relatos que idealizan la campaña británica– la aíslan tanto como su configuración racial híbrida y su marginación social, en términos de clase. En *Jane and Louisa* la compleja disposición social de los personajes en términos de raza y clase queda de manifiesto por la profusión de adjetivos con que se les describe: *black*, *blue-black*, *mulatto*, *quadroon*, *pattoo*, por no hablar de la piel “rosada” – *pink* de los blancos–. En *Myal*, Ella O'Grady es discriminada por la propia población de origen africano debido a que tiene el cabello ensortijado pero rojizo, labios delgados y nariz afilada. Su indefinición racial y su falta de capacidad intelectual parecen encarnar, como si fuera un castigo, la transgresión sexual de sus padres, que la coloca en una situación permanente de “ilegitimidad”. Sin embargo, Brodber obstaculiza cualquier tipo de juicio de valor sustentado en prejuicios raciales al complejizar la relación entre el fenotipo de Ella y su linaje familiar. Si bien pudo haber heredado el pelo rojo de su padre –un oficial irlandés cuya función en Jamaica era la de “prevenir que los nativos se comieran unos a otros”,¹² pero que al cometer el acto inmoral de procrear con su criada negra, es expulsado de la policía y repatriado a Irlanda– la confusa ascendencia de su madre parece determinar sus rasgos faciales “finos”. Brodber resalta así que la hibridez del Caribe es producto de la mezcla de las diferentes migraciones al archipiélago y no sólo resultado de la sobreposición de la cultura británica/europea y lo nativo –sea este visto como las culturas indígenas prácticamente desaparecidas o como lo relacionado con la migración forzada de África y la India–. En este caso, Ella descende de una madre mulata, hija, a su vez, de una mujer blanca de tez casi transparente, color de papa requemada, y un hombre que sueña con regresar a “Tanja” –¿quizá Tánger, en Marruecos?–, sigue a la Iglesia sincrética de Kumina, se hace llamar “Moro” y tiene rasgos que parecen de un “coolie real”.¹³

Las contradicciones que configuran a la frágil figura de Ella culminan en un colapso nervioso que es la suma de su educación colonial y de su

estancia en Estados Unidos donde contrae matrimonio con Selwyn Langley, heredero de una próspera industria familiar que le permite transformar la vida de Ella en una exitosa obra de teatro en la que el Caribe aparece representado como un *coon show*, es decir, como un espectáculo que explota y perpetúa los estereotipos raciales acerca de la población de origen africano. De regreso en la isla, Ella sólo logrará encontrarse a sí misma después de una ceremonia ritual de sanación y después de aprender a leer a contrapelo los libros coloniales que perpetúan la marginación de los pueblos colonizados. Resulta interesante que tanto en *Jane and Louisa* como en *Myal*, las ceremonias rituales en las que participa la comunidad para sanar al individuo nunca son evidentes, al grado que en la segunda novela, el ritual aparece aludido en el título (*myal*), pero nunca es identificado con ese nombre a lo largo de la trama. Al contrario, las ceremonias sólo aparecen sugeridas detrás de estrategias narrativas en las que prevalecen técnicas del realismo mágico que, aunadas a un lenguaje figurativo o alegórico, obligan a quien lee a incursionar en terrenos desconocidos para que, tras un esfuerzo de aprendizaje e interpretación, logre compartir ese conocimiento que lleva a una sanación espiritual comunal. Como asevera Slemon, Brodber propone a lo largo de su obra un *telos* que sugiere que “una crítica textual poscolonial sólo gana terreno cuando queda incrustada en los conocimientos locales, en las voces subterráneas; es decir, aquellas voces expresivas, ‘auténticas’, de la otredad a las que el intruso imperialista nunca tiene acceso completo”.¹⁴

La obra de Erna Brodber es un ejemplo de ese proceso vital que, para algunos de sus antecesores masculinos, pienso en Edward Kamau Brathwaite y Wilson Harris, es crucial para restituir la subjetividad que le fue denegada al sujeto caribeño durante siglos. En *Jane and Luisa Will Soon Come Home* y en *Myal* las protagonistas siguen una trayectoria similar a la voz poética de la trilogía de Brathwaite, *The Arrivants*, y al igual que él, alcanzan un sentido de completitud espiritual sólo cuando se integran y participan en los rituales populares afrocaribeños. Así, las estrategias narrativas de Brodber, ancladas en recursos que pueden clasificarse como modernistas y posmodernistas, constituyen el fundamento de su “poética de la redención”, que constituye el primer paso hacia un pensamiento

descolonizado. Como sugiere Macdonald, las múltiples capas narrativas que distinguen las novelas de Brodber reproducen la textura multidimensional de la historia del Caribe.¹⁵ Sin embargo, su logro principal es que, al desconstruir la historiografía colonial europea, evita adjudicar culpas históricas simplistas, con lo que propone una lectura más sutil y compasiva del pasado de la región. Al incluir al lector en este proceso, al obligarlo a armar el rompecabezas narrativo, lo hace compartir también la posibilidad de transformación, un primer paso para la descolonización del pensamiento.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- Balutansky, Kathleen y Marie-Agnès Sourieau (comps.), *Caribbean Creolization. Reflections on the Cultural Dynamics of Language, Literature, and Identity*, Gainesville/Barbados, University Press of Florida/The Press University of the West Indies, 1998.
- Brodber, Erna, *Myal*, Londres, New Beacon, 1988.
- Cobham, Rhonda, "Revisioning Our Kumblas: Transforming Feminist and Nationalist Agendas in Three Caribbean Women's Texts", *Callaloo*, vol. 16, núm. 1, invierno de 1993, pp. 44-64.
- Cooper, Carolyn, "Afro-Jamaican Folk Elements in Brodber's *Jane and Louisa Will Soon Come Home*" en Carole Boyce Davies y Elaine Savory Fido (comps.), *Out of the Kumbla. Caribbean Women and Literature*, Trenton, NJ, Africa World Press, 1990, pp. 279-288.
- Gikandi, Simon, *Writing in Limbo. Modernism and Caribbean Literature*, Londres, Cornell University Press, 1992.
- Kortenaar, Neil Ten, *Postcolonial Literature and the Impact of Literacy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- MacDonald, Antonia, "Erna Brodber. A Poetics of Redemption" en Michael A. Bucknor y Alison Donnel, *The Routledge Companion to Anglophone Caribbean Literature*, Nueva York, Routledge, 2014, pp. 20-26.
- Maldonado-Torres, Nelson, "La descolonización y el giro des-colonial", *Tabula Rasa*, núm. 9, julio-diciembre de 2008, pp. 61-72.
- Slemon, Stephen, "Teaching at the End of Empire", *College Literature*, vols. 19-20, núm. 3(1), Teaching Postcolonial and World Literatures, octubre de 1992-febrero de 1993, pp. 152-161.
- Tiffin, Helen, "Cold Hearts and (Foreign) Tongues: Recitation and the Reclamation of the Female Body in the Works of Erna Brodber and Jamaica Kincaid", *Callaloo*, vol. 16, núm. 4, otoño de 1993 (vol. especial: "On Postcolonial Discourse"), pp. 909-921.

NOTAS

- [1](#) Maldonado-Torres, “La descolonización y el giro”, 2008, p. 66.
- [2](#) Gikandi, *Writing in Limbo*, 1992, p. 3. Todas las traducciones al español son mías.
- [3](#) *Ibid.*, p. 3.
- [4](#) *Ibid.*, p. 44.
- [5](#) Mantengo la grafía y el concepto de *creolization* para distinguir el fenómeno distintivo del Caribe de los conceptos de “criollo”/“acriollamiento”/“criollización” que se emplean en el contexto de la América Hispana.
- [6](#) Balutansky y Sourieau, *Caribbean Creolization*, 1998, p. 3. La traducción de *cross-breeding* bien podría ser “mestizaje”; sin embargo, opto por “cruce de razas” para resaltar que en inglés se sigue haciendo referencia a este proceso en términos animales.
- [7](#) MacDonald, “Erna Brodber”, 2014, p. 20.
- [8](#) Cooper, “Afro-Jamaican Folk”, 1990, p. 280.
- [9](#) Cobham, “Revisioning our Kumblas”, 1993, pp. 44-64.
- [10](#) Tiffin, “Cold Hearts”, 1993, p. 910.
- [11](#) Kortenaar, *Postcolonial Literature*, 2011, p. 136.
- [12](#) Brodber, *Myal*, 1988, p. 6.
- [13](#) *Ibid.*, pp. 7-8.
- [14](#) Slemon, “Teaching at the End”, 1992-1993, p. 157.
- [15](#) MacDonald, “Erna Brodber”, 2014, p. 23.

AMAR Y MORIR EN LA TIERRA DEL MAMBÍ

José Abreu Cardet

Una de las primeras víctimas de la guerra es el amor. El hombre enviado al frente de combate deja atrás a la esposa, a la novia o a la amante. La incertidumbre sienta su reino. Un telegrama, un aviso cualquiera puede traer la noticia fatal de un regreso definitivamente postergado.

En general, las guerras de independencia americanas fueron desastrosas para el amor. Es de imaginar que la retirada de las tropas realistas del continente conllevó un número considerable de separaciones. Probablemente, la mayoría no fueron recogidas por la memoria histórica pues debieron ser parejas de gente anónima y, de seguro, muchas consensuales. Otras han quedado como una muestra de lo que no se conoce. Ejemplos aislados que son referencia de un número muy superior de ausencias, como el del abuelo del futuro general de la insurrección cubana, Calixto García Íñiguez, que formó parte del bando realista en Venezuela. Al retirarse hacia Cuba dejó a su esposa en tierra firme con sus hijas y un varón, mientras él marchó a Cuba con otros tres hijos.¹

Incluso se dieron casos que estos desastres del amor fueron organizados muy fríamente por el mando hispano. Tal acontecimiento ocurrió en la guerra de restauración dominicana. España había ocupado Santo Domingo

en 1861. Luego de cuatro años de guerra se vio obligada a abandonar la isla. Los hispanos habían trasladado un ejército numeroso. La mayoría de los militares eran tan jóvenes como las muchachas dominicanas, que desde sus puertas entreabiertas los vieron pasar el día de su llegada agotados por el calor.

A la hora de la retirada se recordó en los estados mayores que los soldados eran simples muchachos, muchos, es posible, que cabalgaran en la ingenuidad del primer amor, las dominicanas, además de enemigas potenciales, eran como la mayoría de las muchachas del mundo alborotadoras, alegres y soñadoras.

De seguro que la oficialidad pudo recoger información sobre la visita de soldados y suboficiales a las humildes residencias que guardaban tras sus puertas a una María o una Isabel, propietaria de los misterios del entendimiento humano. Es posible que llegaran detalles a los cuarteles sobre un artillero o un infante que estaba en averiguaciones con el sacerdote de la iglesia de Baní o de Azua sobre los precios y detalles de una boda.

Se olfateó la desertión, se estableció la intranquilidad entre generales y coroneles que ya no pudieron dormir bien hasta que se firmó la orden muy precisa para esos casos. Se les remitió a los oficiales que se encontraban al frente de las fuerzas regulares hispanas. Esta aclaraba que a todos los sospechosos de estar en relaciones con dominicanas, sus jefes debían de: “valerse de un pretexto plausible y que no pueda infundir ningún género de sospecha para mandar al puerto y que allí sean inmediatamente embarcados a bordo de uno de los buques de guerra, con cuyo comandante deberá usted ponerse de acuerdo previamente”.²

Pero estas Marías o Isabelas anónimas tuvieron un gesto de bravura y se dispusieron a acompañar a sus hombres abordando muelles y botes para llegar a los navíos que debían de conducirlos a Cuba, hacia donde se efectuaba la retirada. Un oficial español dejó constancia de esa acción: “Un numero crecido de mujeres de la clase baja”³ quisieron abordar los barcos en que se producía la retirada. El militar realizó un razonamiento implacable al afirmar que estaban: “inspiradas por sentimientos de afección personal que no conviene favorecer”.⁴ Se les prohibió la entrada a los buques, se redobló la guardia en los muelles y colocaron patrullas navales

que rechazaban los botes que trataban de llegar a los transportes militares.⁵ Nunca sabremos el sufrimiento que dejó esta separación.

LA CALDERILLA DE LA MILICIA

La guerra de Cuba de 1868 a 1878 sobredimensionó ese desconsuelo de la separación; pues creo en un Estado, dos. Estableció fronteras internas dentro del mismo país y argumentó la incertidumbre de los límites. A ciencia cierta no se sabía dónde estaba la línea divisoria respecto al enemigo. En ambos bandos se encontraban vecinos nacidos en la isla por lo que la guerra debió de fomentar un conjunto de separaciones y de tragedias olvidadas la mayoría.

En ocasiones, tras la desertión de un soldado hispano se encontraba un idilio. Estos eran tan trágicos como los de los mambises, pues tal infidelidad en el ejército colonial se pagaba muchas veces con la vida. Pese a tales riesgos la noble y la vieja pasión de los amantes se imponía como en la historia del soldado Rafael López Herrera. El 9 de julio de 1869 el jefe del destacamento de Purnio en la jurisdicción de Holguín, en el oriente de la isla, informaba a sus superiores:

El soldado de la quinta compañía de este batallón Rafael López Herrera que se hallaba en calidad de sumario en la guardia de promisión por haber desertado ha desaparecido en la tarde de ayer, y según indicios, es de creer que se encuentre en esa ciudad [Holguín] donde suele frecuentar la casa de una doña Rafaela que vive en la calle que da al fuerte de Mayarí en la última cuadra a mano izquierda.⁶

¿Cuál sería el destino de estos amantes? No lo sabemos y lo más seguro es que nunca nos enteraremos cómo terminó esta pasión del soldado hispano y la cubana. Hay además otra historia desconocida, la de esposas y novias que quedaron en la península mientras sus amantes marchaban al Caribe a defender el imperio español.

La historiografía cubana salvó para la posteridad la imagen de varios apasionados y trágicos amores, claro, todos fueron de los mambises, como se les llama a los que combatían contra el dominio colonial. Como la

historia de la guerra de 1868 se ha escrito con mucha pasión, no se les ocurrió a los encargados de conservar la memoria del país imaginar que en el bando contrario también debieron de existir amores tan apasionados como los de “acá”.⁷

El amor en la contienda hay que verlo también desde la obsesión española de permanecer en la isla. Aplastar la insurrección se convirtió en un objetivo fundamental de la corona. En la primera guerra trasladaron a la mayor de las Antillas 208 597 militares. En la tercera guerra, entre 1895 a 1898, llegaron a las costas de la isla 219 858 militares.⁸

En 1862 residían en Cuba unos 115 600 emigrantes españoles.⁹ Si tenemos en cuenta que el total de la población era de 1 426 475,¹⁰ nos encontraremos que más de 10% de los vecinos de la isla, la mayoría de estos españoles, combatieron en las filas del imperio. Además, había más de 340 000 esclavos de los que una parte considerable no tomó parte en la contienda. Cuba continuó siendo el mayor productor de azúcar durante aquella década de guerra, por lo que los independentistas que ante un enemigo superior en hombres y recursos no podían librar grandes combates, tenían que recurrir a la guerra de guerrilla, a la resistencia que desgastara al enemigo.

Las cifras de bajas así lo demuestran. En la guerra de 1868 a 1878 de los 145 884 militares fallecidos tan sólo el 8.4% murió en combate, el resto de enfermedades,¹¹ que forman parte de la guerra, pues la resistencia guerrillera provoca que estos soldados vivan a la intemperie en persecución del insurrecto, tomen agua encharcada, coman alimentos no siempre bien procesados, vivan de tensión en tensión, se agoten al sol en las marchas o se empapen bajo la lluvia y queden a disposición de las enfermedades oportunistas. Vecinos de las mismas aldeas de donde procedían estos soldados establecidos en la isla como emigrados, cuidados y alimentados por sus familias viven muchos más años que estos infelices militares. El clima funciona para uno y no para otros.

Existe un problema que no era fácil de solucionar. La historia militar, que ha sido la piedra angular de la formación de los mitos nacionales cubanos, tiene una base esencialmente europea. En ella predomina el gran combate, la batalla tipo Waterloo. Tales criterios se trasladaron al Nuevo

Mundo y fueron reforzados por las guerras de independencia de las trece colonias y de América Latina. Yorktown y Ayacucho se convirtieron en las referencias para las guerras contra el colonialismo en las Antillas. Máximo Gómez¹² estaba ilusionado con dar el Ayacucho cubano que pusiera fin a la dominación española en Cuba.

La escaramuza, la pequeña emboscada que es la base de la guerra de guerrilla, ha sido descartada por la historiografía de las metrópolis como factor importante. Al extremo que John Keegan, uno de los más importantes historiadores militares, afirma: “Porque hay una diferencia fundamental entre el tipo de escaramuza esporádica y a pequeña escala que es como la calderilla de la milicia y lo que entendemos como una batalla.”¹³

Siguiendo esa lógica los cubanos debían de conformarse en reconstruir su historia con la “calderilla de la milicia”. Pueblo orgulloso ha recurrido a la imaginación, una buena aliada para rellenar tales socavones. De esa forma se han ido rehaciendo batallas muy a gusto del orgullo nacional.

LAS MUJERES DE LA CLASE ÍNFIMA

Las mujeres y el amor tienen muy poca oportunidad de abordar la letra de imprenta en la narración que han hecho los historiadores de la contienda donde el combate es esencial. Como muy pocas mujeres participaron en operaciones y las que lo hicieron tuvieron un papel muy secundario ninguna fue una “caudilla” militar, incluso no existe tal definición en el idioma, por lo que en esa reconstrucción del pasado la mujer tiene un papel muy mediocre. Se recogen once mujeres con grados militares en las tropas insurrectas: diez capitanas y una mayor,¹⁴ pero la mayoría se destacaron por ser enfermeras.

En las circunstancias reales de la guerra, no en su reconstrucción teatral, lo principal no son los grandes combates, lo que decide es la resistencia hasta agotar económica y políticamente a la metrópoli. Era una guerra que parecía no tener fin. Para los soldados y oficiales enviados a la lejana isla debían de comparar a los insurrectos con una planta cubana que al tocarla se

marchita inesperadamente para retornar con todo su vigor cuando el intruso se aleja. “Moriviví” le dicen los naturales del oriente de la isla a esa planta. Pi y Margall intelectualizó con acierto la guerra en la mayor de las Antillas cuando afirmó que aquella era “una insurrección siempre moribunda, nunca muerta”.¹⁵

La mujer e incluso las relaciones de pareja tienen un espacio, nada reducido, por cierto, en este universo militar. La resistencia tiene un soporte humano donde el sexo y la familia son fundamentales. Estos hombres que vivieron por diez años en los bosques y montañas necesitaban contar con familia, con parejas; llevar una vida sexual activa que compensara los traumas y tensiones cotidianas de la guerra. No poseemos información sobre prácticas homosexuales entre algunos insurrectos, aunque debieron de existir entre hombres que residían en campamentos perdidos en los bosques y en las sabanas. Las mujeres eran decisivas. Fueron retaguardia segura para estas guerrillas las más de las veces hambrientas. El insurrecto Francisco Arredondo escribió en su diario: “los exploradores descubrieron un rastro que entraba en el monte, informado de esto nos dirigimos por él, encontrándonos con un buen rancho habitado por una familia de apellido Sifonte; la que informada de no haber comido desde el día anterior, nos hicieron un cocido de maíz y calabaza”.¹⁶

Un oficial español prisionero de los mambises por tres meses, al ser dejado en libertad escribió un testimonio sobre esos días de cautiverio.¹⁷ En todos los casos vincula la presencia de mujeres insurrectas con los alimentos. Calabazas, jútías, yucas o boniatos se encuentran juntos a los rústicos bohíos donde residen estas mujeres ocultas en los bosques, incluso hasta el apetecible tabaco tiene espacio. Estas mujeres conformaron especies de hospitales en sus ranchos. Un general mambí en 1870 le ordenaba a uno de sus oficiales que “trasladara los enfermos cuidando de buscar una familia que cuide los enfermos que los asista poniendo al mismo tiempo uno o más hombres que busquen los alimentos para los espresados [sic]”.¹⁸ Tales palabras son frecuentes en la papelería mambisa. No son las soldaderas que marchan tras las tropas a la que pertenecen sus hombres. Estas insurrectas viven en ranchos, en apartados rincones de los bosques y

montañas, son los hombres los que acuden en busca de su compañía, a curarse, a alimentarse, a obtener el muypreciado tabaco.

La mayoría de las familias que permanecieron en Cuba Libre eran las de humildes campesinos, negros en un alto porcentaje. Se les menciona a estas insurrectas esporádicamente en diarios y cartas como “Matilde querida del cocinero Marcos”,¹⁹ anotación que hace en su diario el mambí Jorge Carlos Milanés y Céspedes sobre esa mujer que le brinda un café. El mismo diarista se refiere en otro momento a “la esposa de Jesús, Rosalía Borrego”.²⁰ Luego en una nota muy breve menciona “la mujer de Galán”.²¹ Mientras “la mujer de Duran”²² le da un ajiaco. Nos encontramos en otro documento un prefecto²³ que enterado de la llegada del enemigo con gran egoísmo: “no se cuidó de avisar a nadie y si ir a salvar a su querida”.²⁴

El ejército español en sus informes de operaciones, se refería, con frecuencia, a la presencia de estas mujeres insurrectas. El 11 de julio de 1870, en Fomento, Las Villas, en el centro de la isla, una columna hispana captura a una familia compuesta de cuatro mujeres,²⁵ quienes hicieron todo lo posible por evitar caer prisioneras. Hay diversos ejemplos de esta resistencia. Una fuerza colonial que actuaba en junio de 1870 en la jurisdicción de Colón, Matanzas, con los límites de Cienfuegos informaba:

El 19 por la mañana se practicó un reconocimiento por todos los montes limítrofes a dicho potrero dando por resultado la captura de Da. Dolores Portiel, esposa de Francisco Socarras, su hija Socorro, Modesta Castellanos con sus hijas Francisca y [ilegible] María y una niña sin bautizar de un año de edad y otra nieta de Socarras llamada Ramona. Se les cogieron dos puercos cebados y quince terneros.²⁶

Poco después descubren: “tres casas donde habitaba una partida enemiga, que desalojaron. Varios hombres y mujeres emprendieron precipitada fuga y en ella logró capturarse a la joven Quirina Gonzalez, hija de Francisco y de Dolores Morfa”.²⁷ El 24 de junio de 1870 un destacamento colonial integrado por 21 hombres en Aguada de los Pasajeros, en Cienfuegos, capturó en “una casita a medio hacer” a un esclavo de 17 años y “a Doña Ramona Morejón de 21 y una niña llamada Rosario de siete meses”.²⁸

Una columna que operaba en Las Villas, en septiembre de 1869, informó que el 1 de septiembre de 1869 captura a: “la familia del Capitán insurrecto Agramonte, compuesta de trece mujeres y niños en su mayor parte enfermos, llenos de miseria y desnudos”.²⁹ Otra tropa que actuaba entre las jurisdicciones de Tunas y Camagüey comunicó, el 13 de mayo de 1870, de dos familias capturadas, una de ellas integrada por “una mujer de quince años y su hijo de tres meses”.³⁰ El 6 de julio de 1870 una unidad contraguerrillera que maniobraba en la jurisdicción de Cienfuegos, en Las Villas, en el centro del país informaba que en el “sitio llamado Rompe Garrafontes donde se creía encontrar acampado el cabecilla Pancho García al que ni pudo encontrarle hallándose gran número de ranchos abandonados y una familia de dos mujeres y dos niños que se condujeron al Mamey”.³¹ Existe una visión triste sobre estas desdichadas y que salió de la pluma de algunos insurrectos. Carlos Manuel de Céspedes³² le escribía a su esposa:

no hay casas, ropas ni comida: se vive en ranchitos o a la intemperie: no tiene ropa sino el que la toma en los combates, o la compra a subidísimos precios para perderla con la mayor facilidad. La comida se reduce a frutas y raíces, y cuando se consigue carne de jutia, caballo, rara vez vaca, y nunca puerco. Solo las mujeres de la clase ínfima pueden residir así en los campos, acostumbradas ya a esas privaciones, y no muy exigentes en cuanto a las leyes del pudor y la decencia.³³

Mientras, el coronel Francisco Estrada no duda en decir que: “De las familias decentes no quedan más en la revolución que Lola Santiesteban y las Cancinos. Todo lo demás es morralla.”³⁴ En cierta forma tenían muchas razones estos insurrectos en sus apreciaciones. Era aquel un universo de mujeres incultas, la mayoría analfabetas, heridas en la sensibilidad por la guerra, no parecen que eran muy delicadas en el trato, y es posible que existiera un predominio de la promiscuidad sexual. En algunos de los vecinos de Cuba Libre se estableció una moral de guerra. De gente que no sabía si al día siguiente estaría frente a un pelotón de ejecución: “La corrupción de costumbres [escribiría un patriota], en ambos sexos se ha generalizado tanto que va á ser necesario tomar alguna medida para contenerla.”³⁵ El 2 de enero de 1874, anota Carlos Manuel de Céspedes, en un caserío insurrecto escuchó: “una conversación colorada que de un

rancho a otro tenían en alta voz varios vecinos y vecinas, me desveló por mucho tiempo. ¿Cuándo saldré de esta atmosfera?”³⁶

Pero hay otra historia de estas mujeres. Ellas dieron un aporte a la resistencia conformando hogares en pleno bosque para estos perseguidos. Viviendo las amarguras y la incertidumbre de la guerra. Resistiendo junto a sus hombres y quizás, en ocasiones, haciendo que ellos no flaquearan y se presentaran a los españoles. Siempre estuvieron presentes a la hora de resolver la necesidad imperiosa de los héroes de tener un hogar y una mujer. La mayoría de ellas no debieron ser bellas ni delicadas en el trato, pues es de pensar que se marchitaron en lo físico y en lo espiritual tempranamente por la vida de campaña. La mayoría no sabía leer ni escribir. No conocían de geografía, ni de historia. Seguro que no pocas eran incapaces de concebir en un sentido abstracto lo que era Cuba. Nunca comprendieron el papel que habían desempeñado en la historia de su país. La mayoría fueron olvidadas.

¿Cómo presentarlas en estatuas, en pinturas alegóricas a la guerra, en filmes y seriales de televisión? No es imaginable que al lado de la estatua de mármol o de bronce del gallardo general mambí que adorna los parques de la mayoría de las ciudades cubanas se sitúe algo que recuerde a la mujer, o a las mujeres, pues algunos de los héroes tuvieron más de una, que en los días más aciagos de la guerra lo recibió en su bohío ofreciéndole un cálido mundo de detalles que hacían olvidar la quemante realidad de la contienda. Tampoco es imaginable que, junto a las fotos de esas bellas, delicadas y en ocasiones cultas esposas de los grandes caudillos mambises que fueron deportadas por los colonialistas, colocar el dibujo de la *guajira* o la liberta de mirada hosca y aguda como si buscara todavía el rastro más insignificante que le revelara la posible presencia de la contraguerrilla implacable. Mucho menos recordar que ellas, no pocas veces, huyeron con su hombre por las veredas sin nombre de las montañas y los campos bajo el fuego de las avanzadas españolas. No es necesario narrar que recibieron, en ocasiones, a esos altivos generales convertidos en piltrafa humana, en seres temblorosos por la fiebre, deshidratados por las diarreas, quejosos por las heridas. Los curaron y atendieron para devolverlos al combate. Mucho menos imaginar que los intransigentes pudieron tener momentos de

debilidad y que es muy posible que en la intimidad tibia del bohío llegara el consuelo, el soporte para continuar la resistencia.

Fueron amantes discretas, que desaparecieron cuando ya no eran necesarias. Ni siquiera dejaron constancia de una queja, de una protesta por la ingratitud que recibieron de la posteridad. Quizás la mayoría de ellas, en ese sentido de lo intangible que siempre guardan las mujeres, prefirieron el anonimato y entraron para siempre en los misterios de la guerra grande.

UN CUERPO YA DEFINITIVAMENTE SEPARADO

La elite terrateniente que inició la beligerancia llevó sus familias a los bosques cuando se inició la ofensiva española, como hicieron los campesinos y los peones que formaron el ejército insurrecto. La mayoría de estas mujeres acostumbradas a la vida de sus haciendas y casas urbanas no soportaron tanto sufrimiento. Incluso sus esposos y padres, en ocasiones, las obligaban a presentarse a los hispanos; otras fueron capturadas. Las autoridades las deportaban al exterior por el mal ejemplo que podían ofrecer. Algunas por su influencia de ser miembros de la clase terrateniente lograron el permiso para emigrar. Sus esposos quedaron en los campos de combate de la isla. Estos desgraciados amantes iniciaron un constante intercambio de cartas. Parte de ellas se salvaron.^{[37](#)}

Esta documentación tiene un valor histórico incuestionable porque estos hombres les narraron a sus mujeres la vida en Cuba Libre, en ocasiones, con detalles de gran importancia que de otra forma se hubieran perdido. Se han publicado varias colecciones de estas cartas a las esposas como las de los líderes insurrectos Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte y Francisco Estrada. Es de pensar que en tales descripciones está el interés de estos hombres que sus mujeres estén al tanto de lo que ocurre en Cuba Libre. Ellas eran también parte del independentismo. Por lo que tenían este mínimo de derecho a que se les mantuviera informadas de lo que ocurría en su añorada isla. Esas cartas personales han servido para ilustrarnos la vida cotidiana en Cuba Libre pero han sido menos utilizadas para valorar el

drama íntimo vivido por estos hombres y mujeres. En este sentido hay un asunto peculiar. Las mujeres de estos hombres se encargaron de guardar la correspondencia que recibían, por lo que quizás fueron las que tuvieron un primer sentido de que estaban haciendo historia. Además de una gran fidelidad al recuerdo de sus esposos y amantes actuaron, en general, con una gran modestia. No dejaron constancia de sus sufrimientos en el frío exilio en diarios y en cartas, y si lo hicieron no se encargaron de salvarlas para la posteridad. Hay una decisión de Ana Betancourt, esposa del independentista Ignacio Mora, que nos sorprende. Fue capturada y deportada al extranjero mientras su esposo permanecía en las filas de la insurrección. Ella pidió a su cónyuge que quemara las cartas que le había enviado desde el exilio. Es posible que no quisiera que cayeran en poder de manos extrañas, que ojos maliciosos recorrieran aquellos senderos de palabras que debieron de reflejar su soledad, su deseo de estar junto a su compañero. El 5 de mayo de 1873 Mora escribe en su diario: “Por complacer a mi Anita he quemado sus cartas. ¡Sus cartas! Ese consuelo de mi soledad y de mi vida. He hecho un sacrificio, pero he dado gusto a mi digna Anita. Que el sacrificio sea la prueba de mi amistad, mi abnegación y el gran dolor de mi alma.”³⁸ Quizás ellas estaban dominadas por un discreto, pero firme orgullo femenino. Guardaron detalles de sus pasiones con celo obsesivo.

Aunque también se desarrolló un trasiego de noticias desagradables desde los campos de la insurrección hacia el exterior. Algunas mujeres de la emigración se enteraron de una lamentable verdad: no siempre sus hombres les eran fieles. Algunos de estos héroes crearon nuevas parejas con las mujeres que habían permanecido en los campos de guerra. Estas relaciones de algunos líderes insurrectos con sus amantes mambisas crearon verdaderos dramas de celos como los de Ana de Quesada con su esposo Carlos Manuel de Céspedes. Sus cartas luego que conoció de las infidelidades de su esposo se convirtieron en frías.³⁹ Menos conocidas fueron las amarguras que sufrió Isabel Vélez Cabrera con la falta de lealtad de su esposo, Calixto García. Se negó a que él reconociera a sus muchos hijos ilegales.⁴⁰ Es un asunto espinoso y delicado: reconocer que estos héroes eran ante todos hombres y mujeres.

Pero ni siquiera estas traiciones le quitan el sentido trágico de estos amores. Uno de los dramas menos conocidos fue el de Ignacio Mora y Ana Betancourt. Ana residía en una ranchería mambisa donde recibía con frecuencia la visita de Ignacio. Un día una guerrilla hispana descubre la ranchería y la hacen prisionera junto con otras mujeres.

Ana es capaz de engañar a sus captores para evitar que su esposo sea sorprendido en el rancho donde la tropa la ha hecho prisionera. Comprendiendo que la guerrilla que la ha capturado es muy reducida le informa al jefe enemigo que una tropa de 200 independentistas debe de llegar de un momento a otro al lugar. El oficial decide retirarse en busca de refuerzo. Dos horas después llega Ignacio al sitio donde había sido hecha prisionera su esposa. Encuentra los restos de los bohíos y las depredaciones enemigas.

La estratagema de Ana lo ha salvado, pues muchas veces las contraguerrillas se emboscaban en las rancherías capturadas en espera de la llegada de los hombres de las familias que residían allí o cualquier visitante casual.⁴¹ En su diario personal Ignacio deja detallada constancia de la pasión por la esposa ausente. Si seguimos el diario nos encontraremos al doblar de cada página su gran tragedia. En una ocasión anota: “paso mis días en este rancho de Canapú, ya peleando con mis recuerdos, ya atormentándome la suerte de mi Anita, de ese ángel a quien mi amor a la libertad de Cuba ha sacrificado el amor que siempre me han inspirado sus virtudes, su capacidad y su abnegación por mí”.⁴²

Son amores atormentados por la guerra y la separación. El 5 de julio de 1872 en el primer aniversario de la captura de Ana por las tropas hispanas, Ignacio, abatido por el recuerdo y el remordimiento por “los sufrimientos que la hicieron pasar”⁴³ lo afectan físicamente al extremo que llega a “caer en cama con unas calenturas que creía serían las últimas que sufría en mi azarosa vida”.⁴⁴

Para estos amantes solitarios la mayor felicidad es recibir una carta de la amada. El 13 de septiembre de 1872 Mora escribe: “Abro este día con gran alegría en el corazón, con un placer como no he experimentado en toda la revolución la causa de este placer, de este gozo, es, dos cartas que he recibido de mi Anita.”⁴⁵ Mientras Calixto García anota en su diario: “Hoy

he recibido la correspondencia de [Santiago de] Cuba⁴⁶ y del extranjero.⁴⁷ Nada nuevo traen sobre política, pero mucho para los que como yo ven cartas de su familia, que es el único consuelo que siente el corazón cuando la necesidad lo obliga a estar separado de los seres que le son queridos.”⁴⁸

La correspondencia con la emigración es irregular. Ignacio Agramonte le escribe a la esposa, el 21 de julio de 1872: “las últimas tuyas y de Simoni que he recibido tenían fecha de noviembre y diciembre de 1870”.⁴⁹ Casi hacia año y medio que no recibía cartas de Amalia.⁵⁰ El poder escribir a la amada es un placer sobredimensionado para esta gente. Ignacio Mora afirma que: “mi mayor deseo de salir de este valle de Canapú Arriba [...] Es por tener papel en que escribir a mi Anita por lo menos una vez al mes”.⁵¹

El amor desesperado estará presente como una constante en la correspondencia. El 26 de marzo de 1873 escribe Mora: “El enemigo se retiró y comencé a escribir a mi Anita.”⁵² Confiesa en otra ocasión que, “mi única esperanza, mi solo consuelo es la llegada de la correspondencia: con ella me viene el pensamiento íntimo de mi Anita; y sus cartas son el bálsamo de mi natural tristeza”.⁵³

Llega hasta cometer una ilegalidad al redactar sus cartas “bajo la cubierta de Calixto García para que remitan esta carta a Devis a Cuba”.⁵⁴ Devis era el agente secreto cubano en Santiago de Cuba y que se utilizaba fundamentalmente para la correspondencia oficial. Calixto García como jefe de departamento tenía ese derecho que le estaba vedado a Mora. Miente y engaña por amor. Hay una desgarradora confidencia de Ignacio Mora realizada a la soledad del diario: “la guerra y la suerte de Cuba me tienen sin cuidado. Todo mi pensamiento todo mi anhelo están puestos en mi Anita”.⁵⁵

Pero poco después recibe una carta de Ana: “jamás, exclama ella, pediré nada a los verdugos de mis hermanos”.⁵⁶ El héroe que fue Ignacio se recobra del momento de debilidad. Estará por siempre a la altura de ella. Caerá en tierra insurrecta sin claudicar. Ana logró rescatar el diario personal de su esposo años después. Escribiría ocasionalmente en los espacios que él

dejó libre breves anotaciones expresando su amor como si en ese entrelazar de las dos escrituras se cumpliera el anhelo del encuentro que nunca se dio:

Estos apuntes diarios de mi infortunado esposo, semejan gritos de angustias: ayes de apasionado dolor escapado de su corazón y estampados en el papel á falta de un ser querido a quien comunicar sus tristezas y sus recelos. Conversación escrita para que algún día llegase á mis manos; á manos del ser que le era más querido, en cuya alma sabía él que habían de hallar eco sus dolores.⁵⁷

El amor y la muerte conforman un extraño contrapunteo. La mayoría de estos amores separados por la guerra no se encontrarán jamás. Céspedes murió sin ver a Ana de Quesada; Ignacio Mora sin expresarle cuanto amaba a su “Anita”; Ignacio Agramante perecerá en combate llevando una fidelidad antológica hacia su Amalia y su primo, el coronel Eduardo Agramonte, también encontrará la muerte tempranamente sin el encuentro con su esposa Matilde Simoni que residía en el extranjero.⁵⁸

La muerte del esposo en la tierra del mambí dejará una última página sin escribir en la copiosa correspondencia que mantuvieron estas trágicas parejas. Un encuentro que nunca se llevó a cabo. Tan sólo ha quedado ese puñado de páginas hoy veneradas como reliquias. Tales documentos son como la punta de un gran *iceberg* pero no de hielo sino de un largo silencio, de una ternura que nunca encontraría desahogo en un cuerpo ya definitivamente separado.

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

ANC	Archivo Nacional de Cuba.
AHH	Archivo de Historia de Holguín.
MPH	Museo Provincial de Holguín.
RAH	Real Academia de la Historia.
SHMM	Servicio Histórico Militar, Madrid.

Bibliografía

- Arredondo, Francisco de, *Recuerdos de las guerras de Cuba (Diario de campaña, 1868- 1871)*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1963.
- Estrada Céspedes, Francisco, *Cartas familiares*, Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, 1969.
- Fernández Áurea, Matilde, *España y Cuba: Revolución burguesa y relaciones coloniales*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988.
- Keegan, John, *El rostro de la batalla*, Madrid, Ediciones Ejército, 1990.
- Leal Spengler, Eusebio, *Carlos Manuel de Céspedes*, La Habana, El Diario Perdido Publicimex, S. A., 1992.
- Milanes y Céspedes, José Carlos, “Apuntes de Bio Arriba” en Ludin B. Fonseca García (coord.), *Haciendo patria*, Bayamo, Granma, 2004.
- Moreno Fraguas, Manuel R., y José J. Moreno Masó, *Guerra, migración y muerte. El ejército español en Cuba como vía migratoria*, Asturias, Ediciones Júcar, Fundación Archivos de Indios, 1993.
- Pastrana, Juan J., *Ignacio Agramonte: su pensamiento político y social*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.
- Portuondo, Fernando y Hortensia Pichardo, *Carlos Manuel de Céspedes*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1982, t. III.
- Rosal Vázquez de Mondragón, Antonio del, *En la manigua: diario de mi cautiverio*, Madrid, Imprenta del Indicador de los Caminos de Hierro Costanilla de los Ángeles, 1879.
- Sarabia, Nydia y Ana Betancourt, *Agramonte*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970.
- Sarmiento Ramírez, Ismael, *Cuba: entre la opulencia y la pobreza*, La Habana, Aguilar Editores, s. a.
- Torres Mariselis, Ana Santiago, Ayme Cabrera, Nélida Peña y Evelin Hernández, “Consideraciones en torno a la familia del mayor general Calixto García”, Íñiguez, inédito.

NOTAS

- ¹ Calixto García de Luna Hernández, como se llamaba el abuelo, estaba casado con la criolla María de los Ángeles Gonzáles. El matrimonio tuvo siete hijos. Al producirse la derrota realista se retira a Cuba. En tierra firme, hoy Venezuela, quedó su esposa con tres mujeres y un varón. A Cuba lo acompañan tres varones. Entre ellos Ramón García González, el futuro padre del mayor general insurrecto Calixto García. Véase Torres *et al.*, “Consideraciones en torno”, inédito.
- ² Archivo Nacional de Cuba (en adelante ANC), fondo Asuntos políticos, caja 227, núm. 6.
- ³ *Ibid.* En las citas textuales se ha respetado la ortografía y redacción original.
- ⁴ *Ibid.*
- ⁵ *Ibid.*
- ⁶ Informe del jefe de destacamento de Punio, Holguín, 19 de julio de 1869, en Archivo de Historia de Holguín (en adelante AHH), Tenencia de gobierno, exp. 6010, leg. 159.

- ⁷ El otro reverso del amor de los militares hispanos se efectuó en la isla. Apenas concluyó la contienda, una parte importante de estos se quedaron en Cuba y constituyeron familia. Hay ejemplos muy elocuentes de que el amor comenzó a curar las heridas de la guerra. En la villa de Gibara, situada en la costa norte del oriente de la isla, entre 1878 y 1880, de los novios que contraen matrimonio en esos años, 27 son militares en activo y 24 licenciados del ejército. Es de pensar que debió de existir también una cifra relativamente alta del eterno amor no oficializado ante las autoridades eclesiásticas. Véase Libros de matrimonio, iglesia de San Fulgencio de Gibara, 1878-1880.
- ⁸ Moreno y Moreno, *Guerra, migración*, 1993, pp. 99 y 132.
- ⁹ Sarmiento, *Cuba: entre la opulencia*, s. a., p. 45.
- ¹⁰ *Ibid.*, p. 51.
- ¹¹ Véanse Datos cuantitativos, en Real Academia de la Historia (en adelante RAH), Colección Caballeros de Rodas, leg. 8, f. 198.
- ¹² Máximo Gómez Báez, natural de República Dominicana, fue uno de los líderes militares más destacados de las guerras de independencia de Cuba.
- ¹³ Keegan, *El rostro de la batalla*, 1990, p. 26.
- ¹⁴ Elda Cento Gómez, “Las mujeres marcharon a la guerra”, *Cuba Debate. Contra el Terrorismo*, sección Opinión, Cuba, 15 de julio de 2016, en <<http://www.cubadebate.cu/opinion/2016/07/15/mujeres-marcharon-guerra-elda-cento/>>. [Consulta: 21 de noviembre de 2016.]
- ¹⁵ Fernández, *España y Cuba*, 1988, p. 75.
- ¹⁶ Arredondo, *Recuerdos de las guerras*, 1963, p. 94.
- ¹⁷ Véase Del Rosal, *En la manigua: diario*, 1879.
- ¹⁸ Órdenes del general mambí, Holguín, 13 de mayo de 1870, en Museo Provincial de Holguín (en adelante MPH), Julio Grave de Peralta, libro copiadador, núm. 1392.
- ¹⁹ Milanes y Céspedes, “Apuntes de Bio”, 2004, p. 28.
- ²⁰ *Ibid.*, p. 39.
- ²¹ *Ibid.*, p. 42.
- ²² *Ibid.*, p. 49.
- ²³ Encargado del territorio donde se encontraban los cultivos y talleres insurrectos.
- ²⁴ Acciones de un perfecto, en ANC, Donativos y Remisiones, caja 474, núm. 10.
- ²⁵ Diario de operaciones de la Columna de Jumento, Las Villas, del 1 al 15 de julio de 1870, en Servicio Histórico Militar, Madrid (en adelante SHMM), ponencia de Ultramar, núm. 14, leg. 10, armario 2, tabla 3 A, Columnas de operaciones.
- ²⁶ Operaciones practicadas por las columnas creada en esta jurisdicción en virtud de lo dispuesto por el señor brigadier comandante general del distrito sur, Madrid, junio de 1870, en SHMM, ponencia núm. 13, leg. 9, armario 2, tabla 3.
- ²⁷ *Ibid.*
- ²⁸ Milicias y bomberos de la Habana. Destacamento aguada de pasajeros, Madrid, 19 al 25 de junio de 1870, en SHMM, ponencia núm. 13, leg. 9, armario 2, tabla 3.
- ²⁹ Diario de Operaciones en Cuba, Madrid, agosto de 1969, en SHMM, ponencia núm. 13, leg. 9, armario 2, tabla 3.
- ³⁰ *Ibid.*
- ³¹ 3er Regimiento de infantería de Marina, Madrid, 1-15 de junio de 1870, en SHMM, ponencia, núm. 14, leg. 10, armario 2, tabla 3.
- ³² Iniciador de la guerra de 1868 y primer presidente de la República de Cuba en armas.
- ³³ Portuondo y Pichardo, *Carlos Manuel*, 1982, t. III, p. 84.
- ³⁴ Estrada, *Cartas familiares*, 1969, p. 107.

[35](#) Leal, *Carlos Manuel*, 1992, p. 133.

[36](#) *Ibid.*, p. 241.

[37](#) Estas historias han sido muy reconstruidas según los senderos de los conceptos machistas. Todas las esposas y amantes han sido fieles a sus amores. Resulta poco edificante referirnos a un desliz matrimonial de alguna de esas heroínas. Con tales criterios machistas si existieron infidelidades por parte de alguna de ellas no se han recogido. Sólo el pensar en esa posibilidad asusta. No cabría en los mitos de idealización de la mujer insurrecta un acontecimiento tan desagradable para el varón, mientras se ha perdonado e incluso aplaudido las infidelidades de los héroes. Asunto muy aceptable en las leyes sociales de la época e incluso actuales para los hombres. En definitiva, son los que han establecido las leyes para interpretar el pasado.

[38](#) Sarabia, *Agramonte*, 1970, pp. 175-176.

[39](#) Portuondo y Pichardo, *Carlos Manuel*, 1982, t. III, p. 52.

[40](#) Calixto García a su esposa, La Habana, en ANC, Donativos y remisiones, Fuera de caja, núm. 123.

[41](#) Sarabia y Betancourt, *Agramonte*, 1970, p. 156.

[42](#) *Ibid.*, pp. 144-145.

[43](#) *Ibid.*, pp. 144-149.

[44](#) *Ibid.*

[45](#) *Ibid.*, pp. 144-154.

[46](#) Se refiere a Santiago de Cuba.

[47](#) Los mambises tenían agentes en Santiago de Cuba y otras ciudades que le hacían llegar correspondencia de la inmigración revolucionaria.

[48](#) La esposa de Calixto García, sus hijos y otros miembros de la familia, luego de ser hechos prisioneros en Holguín, fueron enviados a La Habana y más tarde a Estados Unidos. En esos momentos vivían en Nueva York.

[49](#) Pastrana, *Ignacio Agramonte*, 1987, p. 113.

[50](#) Amalia había sido capturada y deportada a Estados Unidos donde residía. Mientras su esposo el general Ignacio Agramonte combatía en la isla.

[51](#) Sarabia y Betancourt, *Agramonte*, 1970, pp. 144-155.

[52](#) *Ibid.*, p. 172.

[53](#) *Ibid.*, p. 208.

[54](#) *Ibid.*, p. 210.

[55](#) *Ibid.*, p. 154.

[56](#) *Ibid.*, p. 155.

[57](#) *Ibid.*, p. 214.

[58](#) Nació el 22 de octubre de 1843 en Camagüey. Sus padres José Ramón Simoni Ricardo y Manuela Argilagos Ginferrer poseían una de las fortunas más importantes del Camagüey. Su hermana Amalia contrajo matrimonio con Ignacio Agramonte.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

DESDE JAMAICA CON AMOR

Fotografía 1: Ian Fleming y Sean Connery durante la filmación de *Dr. No* en Jamaica, 1962

Recuperado de

<<https://twitter.com/j00stmichels/status/936917337764020224>>

EL CARIBE INSULAR COMO ENCRUCIJADA GEOESTRATÉGICA, 1492-2014

Mapa 1. Mapa del Caribe amplio

Gifex: Mapas y Mapa del mundo. Mapa de América Central y del Caribe.

Recuperado de ‘<http://gifex.com/fullsize2/2009-12-25-11476/Mapa-Politico-de-America-Central-y-del-Caribe.html>’

EL 98 EN EL OJO DE EL FÉNIX: UNA VISIÓN DESDE LA PRENSA

Imagen 1. Autor desconocido

Gracias por salvarnos

Sancti Spíritus, 1898

El Fénix, Periódico Liberal Autonomista, 10 de septiembre de 1898,

Archivo Histórico Provincial de Sancti Spíritus, fondo Hemeroteca, p. 2

Imagen 2. Autor desconocido

Retirada del león

Sancti Spíritus, 1898

El Fénix, Periódico Liberal Autonomista, 18 de septiembre de 1898,

Archivo Histórico Provincial de Sancti Spíritus, fondo Hemeroteca, p. 2

LA FAZ MEDIÁTICA DE LA GUERRA QUE TERMINÓ EL SIGLO XIX EN EL CARIBE: IMAGEN Y COMUNICACIÓN VISUAL

Imagen 1. Autor desconocido

Destruction of the War Ship Maine Was the Work of an Enemy

New York Journal, 17 de febrero de 1898,

Recuperado de ‘<http://espahisto.blogspot.mx/2011/09/tema-127-guerra-colonial-y-crisis-de.html>’

[Consulta: 5 de abril de 2016]

Imagen 2. E. Estevan

La repatriación. Dibujo de portada

Semanario Nuevo Mundo, Madrid, 21 de septiembre de 1898

Biblioteca Nacional de España, Hemeroteca Digital

Imagen 3. Autor desconocido

Preparatius per l’amputació. El cloroformo

La Campana de Gràcia, Barcelona, 4 de diciembre de 1897

Biblioteca Virtual de Prensa Histórica

Imagen 4. Autor desconocido

Bill of Fare

ca. 1900

Granger Historical Archive/Alamy Stock Photo

Imagen 5. Louis Darlymple

Waiting for the verdict

Nueva York, 1898

Library of Congress. Prints and Photographs Division. Digital ID: LC-DIG-ppmsca-28722

Imagen 6. Autor desconocido

El calvario cubano

La Discusión, La Habana, 5 de abril de 1901

Recuperado de '<http://ay-vecino.blogspot.com.mx/2011/10/la-discusion-necesaria.html>' [Consulta: 3 de abril de 2016]

HAITÍ ANTE EL ESPEJO DEL SER: NARRATIVAS IMPERIALES DE LA OCUPACIÓN MILITAR ESTADUNIDENSE (1915-1934)

Imagen 1. U.S. Marine Corps

Helping the Haitian to help himself

Haití, 1920

National Geographic Creative, Image ID: 672526

Imagen 2. U.S. Marine Corps

Recalcitrant Natives Forced to Follow Peaceful Pursuits

Haití, 1920.

National Geographic Creative, Image ID: 672529

[Imagen 3.](#) U.S. Marine Corps
Learning Labor-Saving Methods of Advance Civilization
Haití, 1920
National Geographic Creative, Image ID: 672531

[Imagen 4.](#) U.S. Marine Corps
A new order of cleanliness prevails in Haiti
Haití, 1920
National Geographic Creative, Image ID: 672532

EL GOLFO DE MÉXICO, LA SEGUNDA GUERRA Y LA REVISTA *NATIONAL GEOGRAPHIC*

[Imagen 1.](#) J. Baylor Roberts
Bell-bottom Trousers; Coat of Navy Blue. He'll Climb the Rigging Like
His Daddy Used To Do
1944
National Geographic Creative, Image ID: 992824

[Imagen 2.](#) J. Baylor Roberts
What's the Use of Putting on Lipstick at the Bottom of a Lake?
1944
National Geographic Creative, Image ID: 110369

[Imagen 3.](#) Anthony V. Ragusin
He Gets a Drink of Fresh Water from a Well Far out in the Salty Gulf
Tomada de Fridrich Simpich, "How We Use the Gulf of Mexico"
National Geographic Magazine, enero de 1944, p. 3

ARRABAL PROPIO, PAISAJE DEL OTRO. VISIONES ESTADUNIDENSES EN LA INVENCION DEL “VIEJO SAN JUAN”, 1938-1958

[Imagen 1.](#) Autor desconocido

Plaza Colón, antiguo vestíbulo de San Juan tras los muros y baterías de la Puerta de Tierra

San Juan, Puerto Rico, *ca.* 1900

Archivo General de Puerto Rico, CP/TP 122

[Imagen 2.](#) Jorge L. Lizardi Pollock

Simulacro de arcadas, balcones y paseos “coloniales” con palmeras artificiales en el interior de la Plaza Las Américas

[Imagen 3.](#) Jorge L. Lizardi Pollock

Plaza de Armas

2013

[Imagen 4.](#) Autor desconocido

Demolición de las murallas en 1897

Feliciano Alonso, Álbum de Puerto Rico, 1897

Archivo General de Puerto Rico, Archivo Fotográfico

[Imagen 5.](#) Frederick C. Gjessing

Entrada al Fort Brooke (Castillo de San Felipe del Morro)

1952-1953

Archivo de Arquitectura y Construcción de la Universidad de Puerto Rico

Colección Frederik Gjessing

FGj.1000.D0115

[Imagen 6.](#) Frederick C. Gjessing

Una calle del barrio La Marina (demolido en su totalidad)

1952-1953

Archivo de Arquitectura y Construcción de la Universidad de Puerto Rico
Colección Frederik Gjessing
FGj.1000.D0035

[Imagen 7.](#) Jack Delano

Calle de San Francisco
San Juan, Puerto Rico, 1941
Library of Congress, Farm Security Administration/Office of War Information Photograph Collection
Recuperado de <<https://www.loc.gov/item/2017798915>>

[Imagen 8.](#) Edwin Rosskam

Vista de la Perla desde los baluartes y garita construidas en el siglo XVIII
San Juan, Puerto Rico, 1938
Library of Congress, Farm Security Administration/Office of War Information Photograph Collection
Recuperado de <<https://www.loc.gov/item/2017764494>>

[Imagen 9.](#) Edwin Rosskam

Vendedores de juguetes en la Plaza de Armas
San Juan, Puerto Rico, 1937
Library of Congress, Farm Security Administration/Office of War Information Photograph Collection
Recuperado de <<https://www.loc.gov/item/2017764547>>.

[Imagen 10.](#) Jack Delano

Barrio de Trabajadores, La Perla
San Juan, Puerto Rico, 1937
Library of Congress, Farm Security Administration/Office of War Information Photograph Collection
Recuperado de <<https://www.loc.gov/item/2017764595>>

[Imagen 11.](#) Jack Delano

Barrio de Trabajadores, La Perla
San Juan, Puerto Rico, 1937
Library of Congress, Farm Security Administration/Office of War
Information Photograph Collection
Recuperado de <<https://www.loc.gov/item/2017799031>> (fotografía
superior), Recuperado de Recuperado de
<<https://www.loc.gov/item/2017798955>> (fotografía inferior)

[Imagen 12.](#) Jack Delano

Calle San Juan
San Juan, Puerto Rico, 1937
Library of Congress, Farm Security Administration/Office of War
Information Photograph Collection
Recuperado de <<https://www.loc.gov/item/2017798910>> (fotografía
superior)
<<https://www.loc.gov/item/2017798913>> (fotografía inferior)

[Fotografía 13.](#) Jack Delano

Espectadores en un carnaval de Ponce,
1980
J. Delano, *Puerto Rico Mio: Four Decades of Change*. Smithsonian
Institution Press, Washington, 1990
Cortesía de Pablo Delano

[Fotografía 14.](#) Charles Rotkin

Vista aérea de San Juan
San Juan, Puerto Rico, 1948
Archivo de la Fundación Luis Muñoz Marín
Colección fotográfica Rotkin
X6541 (fotografía superior), X6556 (fotografía inferior)

[Fotografía 15.](#) Charles Rotkin

Vista aérea de Puerta Tierra
San Juan, Puerto Rico, 1948

Archivo de la Fundación Luis Muñoz Marín
Colección fotográfica Rotkin, X6562

Fotografía 16.

Rafael Andreu Santiago
La Perla
San Juan, Puerto Rico, 1962
Archivo General de Puerto Rico
Archivo fotográfico, Cc45 E5503-12

Fotografía 17. Frederik Gjessing

A Photographic Survey of San Juan
San Juan Antiguo, Puerto Rico, 1952
Archivo de Arquitectura y Construcción de la Universidad de Puerto Rico
Colección Frederik Gjessing
FGj.1000.D0328 (fotografía superior), FGj.1000.D0296 (fotografía inferior)

Imagen 18. Frederik Gjessing

A Photographic Survey of San Juan
San Juan Antiguo, Puerto Rico, 1952
Archivo de Arquitectura y Construcción de la Universidad de Puerto Rico
Colección Frederik Gjessing
FGj.1000.D0126 (fotografía superior), FGj.1000.D0122 (fotografía inferior)

CARTOGRAFÍAS DE LA MEMORIA CULTURAL CARIBEÑA.
ECORRELATOS EN LA “ZONA DEL HURACÁN”

Mapa 1. Hurricane and Tropical Storm Watch/Warning Breakpoints
National Hurricane Center and Central Pacific Hurricane Center
Recuperado de <<http://www.nhc.noaa.gov/breakpoints/>>
[Consulta: 14 de agosto de 2017]

LO INDÍGENA “DOMINICANO”: IDEOLOGÍA Y REPRESENTACIÓN

Mapa 1. Isla de Haití e islas adyacentes con las denominaciones indígenas
Martín, *Caribbean History*, 2012, p. 3
Dibujo vectorial: Fabián Díaz

Mapa 2. Exclusión de Haití en los estudios sobre pobladores indígenas en la región Caribe
Veloz, *La isla de Santo*, 1993, p. 67
Dibujo vectorial: Fabián Díaz

Mapa 3. Yacimientos arqueológicos “de la isla de Santo Domingo”
Veloz, *Arqueología prehistórica*, 1972, p. 89
Dibujo vectorial: Fabián Díaz

Mapa 4. Principales yacimientos arqueológicos en la isla
Aubourg, *Haití prehistorique*, 1951
Dibujo vectorial: Fabián Díaz

Mapa 5. Versión difundida de la división territorial de la isla para 1492.
Ministerio de Educación República Dominicana
Dibujo vectorial: Fabián Díaz

Mapa 6. Fronteras en el periodo precolombino y fronteras estatales
Elaboración de Elissa L. Lister con base en
<<http://www.historiadelnuevomundo.com/wp->

content/uploads/2010/03/tainosCacicazgosHispaniola.gif>.

[Consulta: 15 de junio de 2016]

Dibujo vectorial: Fabián Díaz

[Mapa 7.](#) Diferencias en delimitación de cacicazgos

García, *Compendio de la historia*, 1879, vol. 1

Dibujo vectorial: Fabián Díaz

[Mapa 8.](#) División en cacicazgos de Bernardo Vega

Vega, *Los cacicazgos de La Hispaniola*, 1990

Dibujo vectorial: Fabián Díaz

[Mapa 9.](#) Primeros asentamientos españoles

Portal Educando, Ministerio de Educación República Dominicana

Recuperado de <<http://www.educando.edu.do/centro-de-recursos/mapa-para-el-aula/mapas-de/mapa-fundacin-de-ciudades-coloniales-entre-1483-1509/>>.

[Consulta: 15 de junio de 2016]

Dibujo vectorial: Fabián Díaz

[Mapa 10.](#) División política de la República Dominicana

Instituto Cartográfico Militar, 2005

Recuperado de <<http://cdn.com.do/2014/08/01/instituto-cartografico-militar-presenta-nuevos-mapas-de-la-geografia-nacional/>>

[Consulta: 15 de junio de 2016]

Dibujo vectorial: Fabián Díaz

[Mapa 11.](#) Diferentes grupos étnicos de la isla de Haití

Elaboración de Elissa L. Lister con base en Incháustegui, *Historia de Santo*, 1965; Rouse, *The Tainos: Rise*, 1992; Wilson, *Hispaniola: Caribbean*, 1990, y Aubourg, *Haiti prehistorique*, 1951

Dibujo vectorial: Fabián Díaz

Narrar el Caribe. Visiones históricas de la región

Edición realizada a cargo de la Subdirección de Publicaciones del Instituto Mora.

En ella participaron:

corrección de estilo, Hugo Vargas;

revisión de textos, Estela García y Javier Ledesma;

diseño de portada, Natalia Rojas;

diseño y formato ePub, Marco Ocampo;

edición de imágenes, Marco Ocampo;

cuidado de la edición, Javier Ledesma y Yazmín Cortés.

Esta edición se terminó el 25 de diciembre de 2019 en la Ciudad de México.

Este libro es producto del trabajo de un grupo de investigadores que se ha formado y consolidado en el marco del proyecto de investigación El Caribe. Visiones Históricas de la Región. Ha sido preparado como una edición conmemorativa por los quince años del proyecto y de su seminario. Cada uno de los 25 textos incluidos se inscribe en uno de los metarrelatos que identificamos como pre-
valecientes para narrar el Caribe. A saber, la geopolítica, los dilemas de los procesos económicos, la identidad y las resistencias. Según el primero de tales metarrelatos, el Caribe se concibe como un espacio definido de manera fundamental por fuerzas geopolíticas. El segundo sostiene que la economía ha tenido en los imaginarios sobre el Caribe un papel más determinante aún. El tercero gira alrededor de las identidades, el color, la etnicidad o los orígenes nacionales, elementos que actúan como factores cardinales en la configuración de las interpretaciones sobre el Caribe. Finalmente, en el cuarto, en el de las resistencias, en particular de los subalternos, se remite a las formas de oposición a los sectores dominantes y a las estructuras de poder que históricamente han operado en la región, sobre todo el colonialismo. El número de trabajos adscritos a tres de esos metarrelatos y la ausencia de textos en el otro habla de los intereses de los caribeñistas.

historia
internacional

